3 1761 09545781 8

Printed in Spain

LOS HEROES DEL SIGLO XVII
NOVELA HISTORICA
ELIPE GONZALEZ
EDITOR

LS
P2597h

FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR

LOS

HÉROES DEL SIGLO XVII

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO

TOMO PRIMERO

331484
17. 9. 36.

MADRID
ADMINISTRACIÓN CALLE DE SAN RAFAEL, NÚM. 9
(Barrio de Pozas)
Teléfono número 1880
1895

Imprenta y Casa Editorial de Felipe González Rojas, San Rafael, 9.

CAPÍTULO PRIMERO

Madrid en el primer tercio del siglo XVII.—Los dos héroes en miniatura.—Una bella y angelical italiana.—El rey.—La majestad sobre la razón.—La reina.—El primer triunfo de un héroe.

Lector, trasladémonos al siglo XVII, para saber de esta manera lo que fué la corte de España, lo que ocurría en Madrid hace cerca de tres siglos. Es un viaje de recreo, de instrucción, acaso de deleite y positivamente de enseñanza. Será una excursión culta, porque culta es la historia, durante la cual veremos á nuestros infanzones, á nuestros héroes, á nuestros santos, á nuestros guerreros, á nuestros enamorados, á nuestros inquisidores, á nuestros verdugos, á nuestras víctimas, y cuanto se ha hecho en la mencionada época de grandioso, sublime, cruel y sangriento.

No han de detener nuestro atrevido paso las custodiadas puertas de los palacios, de la Inquisición, de las cárceles, de la morada oculta; ni hemos de hallar es-

torbos en los rugientes mares ni en los viejos y nuevos continentes que vamos á cruzar.

Hé aquí la prueba:

Nos hallamos en Madrid y marca el calendario romano el mes de Octubre de 1611. Todavía sirve de corte á España aquel feo y destartalado pueblo formado por calles estrechas y accidentadas, por barrancos, sinuosidades, colinas y arroyos; por viejos y modernos edificios; por palacios, alcázares y casas de negra fachada y aspecto de villa antigua, en los que se hospedan una aristocracia que se eleva, una nobleza que se arruina y un pueblo que trabaja, paga y ahoga sus penas entre diversiones.

Son las diez de una noche oscura y fría, y los pocos transeuntes que circulan á esa hora, van acompañados de pajes ó lacayos con blandones encendidos, por vieja linterna, y cuando menos, por una tizona, que no alumbra, pero que abre paso á su dueño.

De algunos portales sale un resplandor opaco, que rompe con dificultad las tinieblas de un corto pedazo de calle, y éstas son las únicas luces que á esa hora se ven en contados sitios.

La Inquisición funciona; las intrigas se multiplican, y sólo interrumpen el silencio de la noche las pisadas de algún enamorado, de algún mala vida, de algún atrevido á las riñas de espada tan frecuentes, tan constantes en la época que nos ocupa.

A los pálidos resplandores de que hemos hablado antes, los cuales prestan á la villa y corte un tinte sombrío, también se ven algunos grupos de alguaciles

que en forma de ronda van de un lado para otro, cautos, silenciosos, aplicando el oido y dirigiendo la mirada á donde creen percibir un bulto ú sombra misteriosas.

Este es Madrid en la presente noche.

A la hora indicada se abrió el postigo de un palacio situado en la calle de Atocha, frente al convento de Trinitarios, y por él salieron dos embozados. Un viejo criado cerró la pequeña puerta, y los otros se dirigieron por la Plaza Mayor hacia el real alcázar.

No llevaban linterna, y se movían con segura planta, y el brío que prestan el valor, la juventud y la superioridad.

Iban embozados en mantos de grana, y cubrían el rostro cuanto les era posible.

De esta manera continuaron hasta entrar en la hoy calle Mayor.

No había luz alguna, y á los pocos pasos que dieron escucharon una voz que les dijo: «Con quien vengo, vengo.» Esto quería decir en castellano: Dejad el paso franco ó desnudad las espadas.

En más de una ocasión produjeron esas frases riñas que derribaron al suelo á muchos hombres por la terquedad de no franquear el paso á los que se lo demandaban. «Con quien vengo, vengo», era un reto audaz que se hacía á desconocidos, y que estaba tan arraigado en nuestras costumbres, en aquella época, que se dió el deplorable caso de batirse dos hermanos, y hasta un padre con un hijo, por haberse reconocido después de cruzados los aceros. Si alguno de los dos grupos era mayor que el otro, quedaban de reserva los sobrantes,

y no cesaba la pelea hasta que los vencedores hallaban expedita la acera, y con la mayor tranquilidad cruzaban por encima de las víctimas que habían inmolado. Era una costumbre funesta, pero que nos da la medida de lo que eran nuestros hombres de armas en principios del siglo XVII.

Nuestros embozados eran dos, según hemos dicho, y los retadores cinco. Al oir la amenaza, contestó uno de los primeros:

—¡Paso á Flaviano de Osorio!

—¡Paso á Julio de Silva!—dijo el otro, y los cinco que oyeron estas frases dejaron expedita la acera, murmurando:—¡Los hijos de los Invencibles!

Estos cruzaron sin detenerse ni pronunciar más frases; los otros quedaron en fila con los chambergos en la mano. Los embozados al pasar junto á ellos les hicieron una reverencia sin detenerse.

Un segundo después los unos continúan su marcha hacia palacio y los otros entraban en la Plaza Mayor comentando el encuentro que acababan de tener. Sigamos á los primeros.

Flaviano de Osorio, era el hijo del renombrado Duque del Imperio, y se decía que heredó el talento y todas las bellas cualidades que adornaban á su padre. Júlio de Silva era el único hijo del príncipe de Italia, religioso trinitario, el cual después de haber dado pruebas de un heroismo que le aplaudió el mundo, se encerró en un oscuro y solitario claustro, siguiendo el ejemplo del autor de sus días.

Los dos jóvenes tenían la misma edad, veinticinco

años, eran huérfanos de madre y se igualaban en talento, discreción y destreza. Flaviano tenía algunas bellas dotes, como eran las de ser poeta y cantor, única diferencia que existía entre los dos. Esbeltos, ágiles, con musculatura rígida y una belleza varonil que los presentaba incomparables ante el bello sexo, sin haber parecido en sus rostros, era muy difícil hallar una facción, un perfil más perfecto en el uno que en el otro. Se habían educado juntos, tuvieron iguales maestros y desde la más tierna edad se profesaron un cariño fraternal tan grande y profundo como el mayor que pueda existir. No había medio de ofender al uno sin que el otro dejase de creerse ofendido, ni uno de los dos padres podía reprender á su hijo sin que el otro tomase á la vez la reprensión como suya. Verdad es que el príncipe de Italia y el duque del Imperio apoyaban el mutuo cariño, la unidad, la cohesión y hasta la identidad de ideas y pensamientos que existían en sus hijos, y constantemente aplaudían aquella noble y cariñosa actitud de los jóvenes.

Basta por ahora con lo expuesto para que nuestros lectores empiecen á conocer á los dos héroes de este libro.

Los jóvenes continuaron su camino sin hallar estorbo alguno ni alma viviente. Frente ya del real alcázar y á los reflejos de las luces de aquel, vieron una casa recién construída, muy próxima al regio edificio, y ambos se dirigieron á un costado de la misma, quedando parados al pie de uno de los dos postigos que tenía. Flaviano sacó una llave, abrió y entraron, cerrando por dentro.

—Toma,—dijo aquél á Julio,—por si tuvieras necesidad de salir antes que yo.

Y le entregó la llave que el otro se guardó.

Subieron una escalera alumbrada por un farolito que se hallaba fijo en la pared y cruzaron tres habitaciones, quedando parados en la última.

Flaviano meditó algunos seguudos, diciendo al acabar á su compañero:

—Julio, hermano mío, apoyado en el quicio de esa puerta, puedes oir todo lo que se hable en la habitación contigua, y en caso de necesidad, obra según hemos convenido, ó como te inspire tu elevado talento.

—Entra, Flaviano, y nada temas por el resultado del acontecimiento que vamos á provocar,—le contestó su amigo.

Sin expresar más frases abrió el hijo del duque del Imperio una puerta que dejó entornada y entró, quedando su compañero apoyado al quicio de aquella y con el oido atento á lo que pudiera hablarse en la estancia en que acababa de entrar Flaviano. Era este un saloncito ligeramente amueblado y estaban en él dos jóvenes, una bellísima italiana que representaba veinte años de edad y su camarera nacida en Roma. Las dos jóvenes hallábanse, reclinada la una en un diván forrado de damasco, y de pie la otra frente á su señora.

Al ver entrar á Flaviano de Osorio, se levantó la primera, exclamando:

—¡Qué felicidad!

La camarera hizo una reverencia al recién venido saliendo del salón.

¡Qué felicidad!

Nuestro joven tiró el manto y la gorra de terciopelo con pluma encarnada que cubria su cabeza, y se acercó diciendo:

—No es poca mi dicha al hallarme cerca de tí, bellísima Alice.

Y cogiendo una de sus manos, qué ella le abandonó, estampó un beso con interés, pero sin entusiasmo.

Luego se sentaron ambos en el diván; añadiendo el joven:

—Cuénteme lo que te ha ocurrido.

—Ya sabes,—le dijo Alice,—que me trajeron á esta casa por orden del rey, al cual he visto anoche por primera vez en este salón.

—Supongo,—interrumpió Flaviano,—que se presentaría don Felipe, tierno y afectuoso como un enamorado. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Qué notaste en él, Alice, que debas referirme.

—Entró en esta casa galante y cortés. Luego me requirió de amores y noté que su vehemencia y pasión aumentaban á medida que el tiempo corría. Me hizo sentar á su lado, quedando ambos, como lo estamos tú y yo en este instante. Al terminar su relato quiso cojerme una mano; pero la retiró á tiempo; y poniéndome en pie le dije: señor, soy una joven huérfana, pero tan honrada, que no basta el poder de un soberano para sumergirse en el vicio. Quedó sorprendido, vacilante y entre cortadas frases balbuceó algunas amenazas que ya escuché con desdén, y dió fin á su entrevista con estas ó parecidas palabras: Alice, os doy veinticuatro

horas para que meditéis en la torpeza que estáis cometiendo esta noche. Quiero que seáis rica, poderosa, que os envidien las damas más elevadas de mi corte. Quiero que seáis mía á cambio de un mundo de grandezas, amor y ventura que el Rey de España os ofrece. Esto ha de ser ó vuestra suerte será funesta. Hasta mañana, niña hermosa. Y salió de este salón sin recibir de mí otra cosa que una reverencia.

—Muy bien,—dijo Flaviano,—tu conducta merece un aplauso y un beso en tu pura frente.

La joven inclinó la cabeza permitiendo que los labios de Flaviano llegaran á su blanquísima epidermis. Después le contestó:

—¿Muy bien has dicho? yo creo lo contrario. Flaviano; ese monarca, su loco amor y la entrevista que acabo de referirte, tendrán fatales consecuencias para los dos, y sabe el cielo que temo por tí.

—Es una desgracia temer, angel mío,—añadió nuestro joven con indolencia,—yo jamás sentí el dolor de ese aguijón y me apena que á tí te suceda lo contrario. ¡Temor! ¿por qué hemos de temer nosotros?

—Es un león, Flaviano, que nos despedazará con sus garras.

—Un león es efectivamente, pero el hombre domina y vence á la fiera.

—¿Qué vas á hacer Flaviano?

—Esperarle aquí y sorprendido con mi visita, ver el efecto que le hace nuestra presencia, sea ó no la de dos enamorados. ¿Qué le importa á él lo que ambos podamos pensar, ni qué derecho tiene sobre tí?

—¡El mismo corazón que su padre,—exclamó la joven con admiración—la misma nobleza de alma, igual valor y acaso más entendimiento aún!

—Alice, deja en paz al duque del Imperio que vale más que yo....

—Más que tú ni cuatro monarcas.

—Es que mi padre vale por seis.

—Entonces tú vales por ocho.

—Bella niña, te inspira la gratitud, y la respeto, entre otras cosas, porque es tuya.

Hazme un señalado favor, Osorio,—añadió la joven con energía,—el rey no debe tardar en presentarse aquí; vete; te lo suplico; para defenderme de ese poderoso no necesito de tí.

—No puede ser, Alice; don Felipe te vió y enamorado de tu encantadora belleza mandó á sus agentes que te arrancaran de la casa donde habitabas y te trajeran aquí sin enterarse de otra cosa que de tu orfandad y hermosura. Nada más quiso saber é hizo mal, porque esta noche ha de convencerse que la perla escondida entre el alga de la muchedumbre castellana no vino de Italia á satisfacer instintos groseros; hoy se convencerá de que la alhaja, tenga ó no dueño, hay quien la defiende con arrogancia y poder que le han de maravillar.

—¿Te atreverás á luchar con él, Flaviano?

—No, Alice, me atreveré á vencerlo.

—Flaviano, por el padre que tanto te ama, por la madre que con tanta ternura te cubría de besos, yo te suplico te ausentes por esta noche. Di al señor duque lo que ocurre y mañana....

—Esta noche te he de sacar de entre las garras del león.

—Vienes solo, á él le siguen muchos y tiene además una nación que le obedece.

—¡Solo, no, Alice, vengo acompañado de la razón y del derecho, y los Osorios tienen bastante con ambas cosas, para arrancar el triunfo á sus contrarios!

—Si desnudan las espadas y te acometen...

—¡Ah! si me atacasen, entonces los venceré de otra manera. Mi padre y el Santo, únicos seres á quien obedezco en el mundo, me prohibieron desnudar la espada, con la sola excepción de hacer lo contrario en propia defensa. ¡Qué más quisiera yo que me atacasen!

—Pues lo harán, no abrigues la menor duda.

—Me complace la noticia.

—No quiero que te expongas por mí, Flaviano; la sóla idea de que pueden matarte me horroriza.

—Razón más para que yo te defienda.

—¡Qué empeño tan cruel!

—Con el mismo defiendo á la anciana, á la joven rica, á la doncella pobre y á todos los que necesitan de un corazón fuerte y de un alma noble que ampare el honor y la justicia.

—¿Oyes? ¡Llega el rey! Flaviano, por Dios te suplico...

—Silencio; no es hora de rogar, ha sonado otra distinta y puesto que soy tu caballero, veamos si puedo ó no desempeñar mi papel dignamente.

Un segundo después se descorrieron las cortinas que cubrían la puerta principal de aquel saloncito y

apareció un embozado el cual avanzó inquieto y vacilante.

Las cortinas volvieron á correrse y la puerta se cerró, quedando á la parte afuera dos caballeros que habían acompañado al que acababa de entrar. Este se bajó el embozo, en cuyo instante, reconociéndolo Flaviano, se puso en pie; haciéndole una reverencia.

—¿Aquí estabas, Osorio?

Preguntó el recién llegado demostrando ira y asombro.

—Aquí estoy, señor,—le contestó el joven con la mayor sangre fría, fijando en él una mirada serena y apacible.

—¿Qué haces aquí?—volvió á preguntarle Felipe III, pues él era el que acababa de entrar.

—Esta hermosa napolitana,—replicó Osorio,—me fué entregada por su moribundo padre como á su único protector. Juré sobre su lecho de muerte defenderla y velar por su honra día y noche, y ya lo ve vuestra majestad, cumplo el sagrado deber que me impuse.

—Está bien; en adelante yo seré su solo protector.

—Es el caso, señor, que la protección se ofrece, no se impone y ella no quiere otra que la mia.

—¿Hay por ventura en España quien se oponga á la voluntad de su rey?

—Cuando no es justo, señor, se sublevan contra ella la rectitud y la conciencia humana. La majestad no brilla tanto por el derecho divino como por la grandeza que le presta la justicia.

El rey Felipe era austero como su padre, religio-

so hasta emplear mucho tiempo y dinero en fundaciones religiosas y en distintas obras pías, su carácter era débil, su indolencia grande, su talento oscuro, y si no fué un mal hombre distó mucho de ser un buen rey.

Vió á Alice y se enamoró de ella porque no había en sus reinos mujer más hermosa que la seductora napolitana. No fué nunca libertino ni dado á bastardas pasiones, mas seducido y dominado por los encantos de un ángel se dejó arrastrar, por una excepción de la regla, y ya en la pendiente debía rodar al abismo de la más potente y arrobadora de las pasiones. Como rey absoluto creía que su voluntad era omnipotente y cuantas más dificultades se le presentasen, más debían agrandar su perturbación, deseo y enojo.

Felipe no desconocía el talento, valor, preponderancia, poder y audacia de los Osorio y Silva; no ignoraba la unión de estas dos familias; su parentesco con casi todos los grandes, su influencia en el ejército y el amor que el pueblo les demostraba, pero ¿qué suponía todo eso para un rey absoluto?—Era el monarca de dos mundos el avasallador, el dueño de vidas y haciendas, y según su creencia nada debía oponerse á su omnímoda voluntad. A pesar de las verdades expuestas, don Felipe de Austria veía en estos instantes en el talento de Osorio un poder que le asombraba, un rival que le aturdía.

Enamorado y fuera de sí, cargó sobre Flaviano con la arrogancia de un monarca. Nuestro joven fué parando todos sus golpes uno á uno hasta patentizarle que

estaba de su parte la razón, el derecho y la superior inteligencia del hombre

En un diálogo, vivo, acerado, contundente, representaba el uno el poder de la lógica y de la inteligencia, y el otro el de la fuerza bruta que se impone á la materia y á la moral.

Alice escuchaba á Osorio con entusiasmo, á Felipe con desdén. El talento y el valor del primero le seducían, la arrogancia del segundo le inspiraba desprecio.

Cansado el joven de oponer razones, justicia y verdades exclamó:

—Y por último, señor, Alice quiere que yo defienda su honor cumpliendo mi juramento. Pues bien, entre ella y vuestra majestad se interpone Osorio; para llegar á la casta doncella es preciso pasar por encima de mí, porque yo puedo dar á mi rey la vida, pero la honra no.

—¿Y qué es eso para Felipe III?

—Es el estorbo de un hombre que vale tanto como la justicia y la razón.

—¡Hola!—gritó el rey descompuesto y fuera de sí, —prended á Osorio,—dijo á dos cortesanos que estaban á la puerta, y añadió:—llevadlo inmediatamente á un calabozo del alcázar.

—Soy grande de España.

—Eres reo de lesa majestad.

—Tomad vos.

Flaviano dió al rey su espada, y volviéndose á Alice, le dijo:

—Nada temas, ángel mío, te defienden mi padre,

mi hermano, el Santo, y Dios que no puede abandonar á sus ángeles. Cuando gustéis, señores... esbirros,—añadió, á los cortesanos, y salió en medio de los dos.

Un momento antes de llegar á la puerta del salón se descorrían las cortinas, exclamando una voz varonil:

—Su majestad la reina mi señora.

Al oir estas frases el rey se echó atrás, quedando descoloridos los dos que llevaban preso á Osorio se descubrieron y éste retrocedió hacia donde estaba el monarca, le cogió la espada que éste soltó maquinalmente, quedando con la gorra en la mano junto á Alice.

Esta escena fué rápida y obró tan acertadamente Flaviano, que al verle la reina lo halló ya entre el rey y Alice.

—¿Qué te trae por aquí, Margarita?—preguntó el rey á su esposa disimulando su turbación.

—Vengo,—le contestó ella,—á presenciar la misteriosa entrevista que estás celebrando en esta casa. ¿Qué te propones en ella?

—¿Quién te ha dicho que me hallaba aquí?—preguntó á su vez el rey.

—Un anónimo, Felipe, y ya veo que no mentía. Te ruego contestes á mi pregunta.

Margarita, inspirada por los celos hablaba con resolución y hasta con enojo.

El rey no sabía qué contestarla, y salió del apuro con las siguientes frases:

—Te acompañan tu camarera mayor, duquesa de los Andes y tres gentiles hombres, uno de los cuales es Julio de Silva, hijo del Santo.

—Eso no contesta á mi pregunta, Felipe.

—Me hallaba conversando con Flaviano de Osorio, y como vos me acompañaba el duque de Uceda y un capitán de mi guardia.

—¿Con Flaviano ó con esa bella joven?

—Señora,—dijo Flaviano:—Su Majestad el Rey mi señor no se atreve á dar explicaciones á Vuestra Majestad, porque supone sin razón que han de perjudicarme. ¿Me permite Vuestra Majestad que yo se lo refiera todo?

—Habla Flaviano; pero ten en cuenta que los Osorios nunca mienten, según decís el padre y el hijo.

—Todo el mundo añade lo mismo, señora.

—Muy bien, refiéremelo todo.

—Sentiré molestar demasiado la atención de Vuestra Majestad porque para la fácil comprensión de la escena de esta noche, me veo en la necesidad de citar antecedentes que son indispensables para el esclarecimiento de los hechos.

—No me molestas; cuenta todo lo que sea necesario, sin omitir nada de lo que debas decir.

El rey miraba en estos momentos con asombro á Osorio, y á su esposa con temor.

Margarita y Alice lo contemplaban con marcado interés, hallándose ambas pendientes de sus frases. Los cuatro formaban un grupo que ocupaba el centro del salón.

Las dos camareras de la jóven que habían acudido se hallaban á un extremo, y la servidumbre de los reyes al otro.

Con serenidad, calma y marcando mucho algunas de sus frases, dijo Flaviano á la reina:

—Señora, hará dos meses que tuvo noticia mi padre de que un maestre de campo italiano, al servicio de España, se hallaba moribundo; salvó la vida al autor de mis días, y no pudiendo partir el duque por causa harto conocida de Vuestra Majestad, fuí yo en su lugar á Italia, encontrando al maestre de campo, tan gravemente enfermo, que murió en mis brazos, pocos días después de mi arribo. Dejaba una bellísima hija soltera y sin protector alguno en Nápoles, y con las lágrimas en los ojos me rogó el anciano, momentos antes de espirar, que fuera yo la egida de su hija en la tierra. Hé aquí sus frases: «Osorio, conozco la nobleza de vuestro padre, del que sois un retrato moral y físicamente considerado; yo os suplico amparéis á mi hija; yo os la entrego para que sea vuestra hermana, vuestra protegida, y que Dios os colme de bienes en este mundo y en el otro si lo haceis.» Le juré por mi honor cumplir con exactitud su encargo; y el infelíz me abrazó, espirando en aquella postura. Pasados los días indispensables regresé á Madrid, trayendo conmigo á la hija del maestre. Conté á mi padre todo lo ocurrido, aplaudió mi conducta y hospedamos á mi protegida como convenía á su clase y á la de su protector. Os juro, señora, que solo fuí hasta este momento para ella un padre, ó por lo menos un hermano. Para que la maledicencia no enlodara su nombre y el mío, la visito lo menos posible, pero álguien ha de haber sospechado otra cosa distinta de la verdad, le habrá referido un

cuento á vuestro augusto esposo, y he aquí que me ha sorprendido esta noche junto á ella, creyendo encontrar á mi manceba y poder decir mañana en la corte, que el hijo del duque del Imperio se parecía á su padre hasta en algunas calaveradas que achacan al autor de mis días, allá en sus mocedades. Esto debo pensar, esto debo creer en mi amado monarca; si me he equivocado, suplico al rey me desmienta.

—No,—contestó Felipe, admirando el talento de Osorio y la facilidad en que le había sacado del más grave compromiso en que se halló durante la vida de su esposa Margarita de Austria, reina la más celosa de cuantas hubo en su época.—No,—repitió tranquilo ya; —Flaviano ha dicho la verdad, y debes quedar satisfecha.

—En ese caso,—replicó Osorio,—permítame mi reina y señora le presente á mi recomendada. Aquí la tiene Vuestra Majestad.

Y Flaviano cogiendo de la mano á Alice, la acercó á la reina, besando ambos la diestra que ésta les alargó.

—¿Iba á salir esta dama?—preguntó Margarita.

—Sí señora,—contestó el joven;—no es conveniente continúe en esta morada y se traslade á otra hasta tanto que el duque del Imperio determine lo que á bien tenga.

—Sal con ella y sus camareras á presencia mía. Que te acompañe además tu inseparable amigo Julio de Silva,—añadió la reina.

Los dos jóvenes se despidieron de los reyes, luego

de la comitiva de estos, y salieron, yendo Alice entre Flaviano y Julio y detrás las dos camareras.

Segundos después partían también la reina junto á su camarera mayor, quedando solos un momento en el salón el rey y su favorito Uceda. El primero dijo al oído del segundo:

—Duque, me estorba Osorio.

—¡Señor!...

—Que desaparezca él y quede ella asegurada.

Pronto se incorporaron á los que iban delante, entrando la reina en el alcázar al lado de su esposo.

Los tres jóvenes y las dos camareras hallaron seis embozados al volver la esquina de la casa que abandonaban. Eran el duque del Imperio y cinco deudos que después de cruzar cuatro frases con Flaviano, siguieron á buen paso en dirección de su palacio.

Cinco minutos después atravesaban una calle estrecha y tan oscura que no se distinguían los objetos á cinco varas, y en aquel mismo instante cogió el duque del Imperio del brazo á Alice, y se fué con ella por la mencionada estrecha callejuela. No se detuvieron un momento; Flaviano, las camareras y sus acompañantes continuaron su camino con la rapidez que les era posible, revueltos unos con otros, sin que en la oscuridad que reinaba hubiera podido ver al espía que pudiera seguirlos si faltaban ó no los dos que habían desaparecido de entre ellos.

De esta manera llegaron al palacio del duque del Imperio, en cuyo instante se cerraron las puertas y nada más pudo verse.

El triunfo de Flaviano había sido completo; quitó al monarca la deliciosa mujer que la juzgaba tener en sus brazos y cuando aturdido ante su casta esposa, ni aun frases hallaba con qué disculparse, la sacó del aprieto con facilidad admirable.

Fué un triunfo completo, sin duda alguna, pero triunfo que auguraba desgracias sin cuento.

CAPITULO II

Un monarca celoso y ofendido.—El favorito y el rey.—El palacio de los Invencibles y lo que en él ocurría —El Santo.

Después que Felipe III hubo dejado en sus habitaciones á la reina Margarita, entró solo en su cámara, siendo así que el favorito duque de Uceda había desaparecido al terminar las escenas que presenciamos en la casa de Alice.

Ni una sola frase dirigió el rey á su esposa en el corto trayecto que acababa de andar; luego le dió las buenas noches y encerrado en su cámara paseaba ahora demostrando ansiedad y bastante disgusto.

Su restro aparecía contraido, la mirada sombría, algo encendido el rostro y una agitación nerviosa dominaba su sér.

Según transcurría el tiempo le iba pareciendo más grande y humillante para él, el triuufo conseguido por el jóven Osorio. Le había librado de un conflicto un

barbilampiño audaz; le odiaba ya cuanto odiar se puede y esta acción que debía á su rival le abrumaba más que hubiera podido hacerlo al conflicto con todas sus consecuencias.

Alice se presentaba bellísima, ideal, y por lo mismo que concluía de perderla aumentaba su deseo, crecía su pasión y se agitaba su alma en un Océano de amores, de celos y de odios.

Era su antítesis; la antítesis esta noche de aquel piadoso monarca que dedicó casi toda su vida á la fundación de monasterios y á practicar obras plausibles en un particular, pero no tanto en un soberano que debía su tiempo, su interés y su anhelo al bien de una patria que tenía condenado al más sensible abandono. Por lo mismo que no supo ser un buen rey no completaba su obra de fundar y hacer obras pías, interrumpiéndolos para entregarse, aun cuando fuera pocas veces y por escaso tiempo, á pasiones bastardas que lo empequeñecían y sepultaban en la mísera condición del más débil y vulgar de los hombres. Esta era su verdadera situación en los momentos en que le estamos viendo pasear por su espléndida morada.

Habitaba el mismo alcázar que su padre don Felipe II, si bien el duque de Lerma, su primer favorito, había hecho decorar las principales habitaciones con más lujo y riqueza que estaban en tiempo del austero y tétrico monarca. Todavía, sin embargo, conservaba el interior del alcázar el tinte sombrío de su anterior severidad; el aliento de Felipe II parecía existir en aquellos extensos salones, y la servidumbre proseguía

muda y templada con la severa educación que había recibido de su anterior monarca.

Las doce de la noche acababan de sonar en el reloj del alcázar, la situación de Felipe III era cada vez más insoportable, su enojo y desesperación aumentaban, cuando apareció en el dintel de la puerta del extenso salón la figura del duque de Uceda.

—Entra,—le dijo el rey:—me tenías impaciente y anhelaba tu regreso.

—Continuo á la disposición de vuestra majestad,—le contestó el favorito llegando hasta quedar á muy corta distancia de su señor.

—¿Dónde han encerrado á la bella Alice?

—Al retirarse Flaviano, Julio, la dama y sus camareras, se incorporaron con ellos seis bultos y todos juntos partieron al palacio del duque del Imperio donde entraron cerrándose la puerta después.

—¡Seis hombres que aguardaban cerca de la casa de Alice! ¿Es eso, duque?

—Sí, señor.

—Seis temerarios que intentarían arrancar á Alice de entre las garras del leon.

—Es probable, señor.

—¿Quien los ha seguido?

—Yo; por el pronto no tuve de quien echar mano.

—¿Y decís, Uceda, que todos quedaron encerrados en el palacio de Osorio?

—Señor, la noche está muy oscura y si bien pude distinguir con los resplandores que llegaban del alcázar, al incorporarse los seis bultos eran once

creo que en el camino desaparecieron dos, pues al llegar á su morada ví á la luz que salía del zaguán que solo llegaban nueve.

—¡Dos quedaron en el camino; Flaviano y Alice probablemente!

—No puedo asegurarlo, señor; iban tan juntos, tan deprisa, y se precipitaron de tal modo en su morada que sólo pude contar los bultos, en manera alguna distinguirlos.

—¿Qué hiciste luego?

—Cerca de allí hallé quienes de noche y de día, espiarán el palacio y nos darán cuenta de cuantos entran y salgan de él.

—Poco es eso, duque.

—Me hallaba sólo, señor, y entre las negras sombras de la noche...

—¿No te parece, como á mí, que Flaviano de Osorio me ha vencido y humillado?

—Es mi primo, pero no se me oculta que tiene mucho talento, la misma sangre fría de su padre, idéntico valor y una audacia que asombra.

—Valor, ¿dónde ha demostrado ese valor?

—Señor, conoce el arte de pelear, mejor aun que los *Invencibles*, y su audacia habla muy alto de lo que es capaz de hacer. No debemos fiarnos de su falta de riñas y duelos, sería en nosotros un gran error; Julio de Silva y Flaviano de Osorio pueden llegar á ser dos héroes.

—¿Quién dice eso, Uceda?

—Cuantos les conocen, incluso el *Santo*, vuestro tío,

que emplea una parte de su vida en contener y dulcificar los instintos y costumbres de esos dos mancebos.

—Con Julio nada tengo que ver, no me ha ofendido y circula por sus venas sangre real y sangre de un santo, á quien el mundo ama y respeta; pero el otro ha lastimado mi corazón con más furia que la aguda punta de un puñal, manejada por brazo robusto, y me estorba, duque; Flaviano debe desaparecer.

—Señor, Flaviano de Osorio y Julio de Silva, son un mismo ser dividido en dos partes; no hay idea, pensamiento ni ofensa que no sea mutua; la muerte de Osorio convertiría á Silva en leon, y es inalculable el daño que podría causar el indisputado genio de Julio. Todos afirman que vale tanto como su padre.

—En ese caso que muera el uno y se destierra al otro.

—Señor, ¿y sus padres, innumerables parientes é infinitos amigos?

—Se hace salir de España á todo el que no acate la ley de su señor.

—¿Por qué matar á Osorio? Se le destierra también.

—No, duque eso no, Alice ama á Osorio tan profundamente que, sólo la muerte de uno de los dos puede ahogar tan loca pasión.

—¡Ah, señor, cuántos males preveo!

—¿Tienes miedo?

—En esta ocasión lo tengo, ¿á qué ocultarlo?

—¿Qué temes, duque?

—Señor, á un *Santo*, á dos *héroes*, á un *Invencible*,

—Duque, me estorba Osorio.

á mil caballeros y á todo el ejército que adora á los cuatro primeros.

—Ese temor tuyo, ó mejor dicho, la causa que lo motiva, lejos de amendrentarme excita más mi pasión, agranda los celos y me obliga á averiguar quién es el hombre que tiene más poder en España, quién es el que manda, quién es el obedecido. Si tú no puedes ó no quieres continuar á mi lado, si temes servirme en la presente ocasión, dilo con franqueza y esta misma noche serás reemplazado.

—Eso nunca, señor.

—Pues que muera Osorio lo antes posible, y dime luego dónde han depositado á la bella Alice.

—¿Qué medios, señor?

—Los que te ocurran; los que mejor conduzcan al logro del fin que nos proponemos. Retírate ya, é interin no termines lo que acabo de encargarte, no me hables de asunto que no esté relacionado con ese otro. Nada quiero oir, nada quiero saber, sólo pienso, sólo anhelo, sólo puede ocuparme la muerte de Osorio y la posesión de una beldad italiana que no tiene rival en el mundo. Hasta mañana, duque. Dios te dé acierto y entiende, que la muerte de Osorio salvará tu vida, y la posesión de Alice te elevará sobre todos los restantes seres de mis reinos.

Y le volvió la espalda para entrar en su dormitorio.

El duque le hizo una reverencia sin murmurar, y cuando lo hubo perdido de vista desapareció del salón, partiendo luego á su palacio, entre cuatro pajes que alumbraban la calle con blandones, y tres hombres de

armas que seguían en pos, para defender al que llamaban su jefe y señor.

También el duque buscó su lecho, pero ni él ni el rey pudieron conciliar el sueño hasta la madrugada, en que rendidos por el insomnio lograron descansar tres ó cuatro horas.

Poco después de abandonar el duque la real morada salió del alcázar la duquesa de los Andes entre varios individuos de la servidumbre de la reina, que la acompañaron hasta dejarla en el palacio del duque del Imperio que lo era á la vez suya por herencia de su marido, el *Invencible*, Roberto Navarro.

Es preciso retroceder un poco, para entrar con nuestros dos héroes en la morada de sus padres y ver lo que allí ocurría, con posterioridad á la llegada de ambos, cinco deudos y las dos camareras de Alice.

Las últimas fueron destinadas á la servidumbre de la duquesa de los Andes, los cinco deudos se retiraron á sus habitaciones, y los jóvenes entraron en un elegante salón que servía de antealcoba al dormitorio en que ambos tenían sus camas. Este salón presentaba una puerta secreta, que daba paso á una escalera, y ésta á una cava ó subterráneo que terminaba en otra escalera, la cual conducía á la celda del general de la Order de Trinitarios, Príncipe de Italia, y un varón tan eminente, tan sabio y tan noble y generoso, que era llamado el *Santo*. Padre de Julio de Silva se retiró al claustro meses después de enviudar, y se comunicaba con su hijo y con todos los habitantes del palacio del duque del Imperio, por las escaleras y subterráneo que

atravesaba la calle Ancha, única distancia que dividía el palacio del convento, por estar situado el uno frente al otro.

Nuestros dos jóvenes dieron á los pajes sus mantos y gorras, y ya solos en el salón de que hemos hablado antes, se dejaron caer en dos sillones.

Después de meditar algunos minutos, dijo Osorio á Silva:

—Con qué oportunidad mandaste á la reina, Julio.

—Está cerca el alcázar, y con cuatro frases que dije á la reina bastaron para la oportunidad que elogias. Después hablé con tu padre, que esperaba en el sitio convenido, y unido luego á la escolta de la reina me dispuse á salvarte, á salvar á Alice, pasando por encima de todo lo que pudiera estorbar mi paso.

—Sí,—añadió Osorio,—obras como yo, me quieres como yo á tí, y es imposible que uno de los dos se vea lastimado sin que también lo esté el otro.

—Todo eso es cierto, Flaviano, pero ¡ay, hermano mio, cuantas desdichas preveo! El rey ha de oponernos una resistencia tan fuerte, que brotarán de ella gérmenes de desdichas.

—¡Cómo ha de ser, Julio; ni nosotros podemos obrar de otra manera ni ha de detener nuestro paso el poder de un monarca! Siempre juntos, defendiendo siempre la razón, llegaremos á la muerte, que como dice muy bien el Santo, nuestro padre, es el fin de todas las desdichas humanas, el principio de las venturas celestiales. La vida es corta, comparada con la eternidad, y un poco más ó menos de existencia, forma esca-

samente el aumento de una gota de agua que cae sobre los mares.

—Bien, Flaviano, yo quiero lo que tú, pienso como tú y haré cuanto tú hagas, más habrás de convenir conmigo en que la lucha empezada esta noche nos obligará á verter sangre.

—Siendo en defensa propia...

—Nos va á obligar en alguna ocasión á velar la verdad que tanto amamos.

—En favor de la justicia todo se puede hacer.

—Nuestros padres van á sufrir mucho.

—Julio, no podemos corregir la plana al destino, y es inútil que nos molestemos en intentarlo. No era posible que nuestros amados padres obrasen con más rectitud que nosotros cuando tenían nuestra edad. Recuerda sus historias, que has escuchado como yo, con entusiasmo creciente; ¿has olvidado que hubo ocasiones en que convertían en arroyo de sangre el sendero que pisaban?

—¡Es verdad, hermano!

—También ellos llevaron á cabo muchas empresas contra la voluntad del rey don Felipe II, que era más grande y poderoso que su hijo Felipe III. También ellos se vieron obligados en más de una ocasión á quedar frente á frente del austero monarca, que acabó por darles la razón.

—Es verdad, Flaviano.

—Pues si todo lo malo que hacemos en nuestra vida es imitar al Santo y al Héroe, que nos llaman hijos, debemos estar tranquilos.

—Sea en buen hora, amigo mío, si es preciso llegaremos donde ellos llegaron.

—Eso es.

En esta momento se abrió la puerta secreta de aquella estancia, y apareció en el dintel la grave y hermosa figura del príncipe de Italia.

Presentaba blanco y ralo el cerquillo, y aun cuando su actitud y fisonomía revelaban bondad y mansedumbre, todavía su mirada era lo del Héroe, la del hombre ante la cual doblaron la cerviz sus enemigos é inclinaron la testa algunos reyes.

Vestía el hábito de Trinitario, y al verlo los jóvenes corrieron hacia él, como el niño riente á los brazos que le alarga su tierna madre.

—¡Hijos!—exclamó el príncipe, y los estrechó con ternura.

Después besó sus frentes, ellos la mano al religioso, y cuando éste los hubo contemplado un minuto, se sentaron los tres, teniendo el Trinitario uno á cada lado.

—Sé,—les dijo,—que esta noche habeis estado expuestos por causa de un acto indigno, en el que debiera ser más fuerte que todos por ocupar el trono donde se sentaron el gran Carlos I y Felipe II. Referidme todo lo acontecido sin omitir detalle alguno. He concluído por esta noche de remedior los males que hallé á mi paso y puedo dedicaros todo el tiempo que sea necesario.

Su hijo Julio se adelantó á Flaviano, refiriendo al príncipe cuanto hemos presenciado en la casa en que vivía Alice y fuera de ella.

El Santo le escuchaba con atención é interés, pero su fisonomía estaba impasible; durante el largo relato del jóven no demostró sentir los efectos de ninguna impresión grata ó adversa. Al terminar, meditó; concluyendo por exclamar:

—Habeis estado hábiles, discretos y vuestra conducta al defender una vírgen ha sido noble, generosa y digna de dos cumplidos caballeros. Terrible cosa es que vuestro contrario sea un monarca de la tierra, por el respeto y consideración que merece á todos; pero sobre los reyes están la justicia, la rectitud, la hidalguía y el dedo de Dios, que marca al fuerte la obligación de defender al débil. Bien, hijos, muy bien; obrad siempre lo mismo, respetad al soberano, pero no consintais que nadie, absolutamente nadie, atropelle la virtud, ni sumerja en el vicio y la corruptión á las vírgenes de la tierra.

—Grande será nuestra pena, padre mio,—exclamó Julio,—si en alguna ocasión por torpeza ó error nos desviamos de la rectitud que habeis impreso en nuestras almas.

—Tengo la persuación, Julio, Flaviano, de que el Dios de la misericordia y de todas las grandezas que existen, os ha de continuar inspirando como lo hizo hasta aquí, como yo se lo pido constantemente. A vuestra edad, mi hermano el duque del Imperio y yo obrábamos de otra manera. Siempre en guerras, siempre luchando contra los enemigos de nuestra patria y de nuestra religión, tuvimos que pelear, tuvimos que herir, y más fuertes y hábiles que nuestros contrarios,

cayeron á nuestros pies centenares de infelices, cuyo recuerdo tortura mi alma todavía. ¡Dios os libre de una época como aquella, de una cadena de acontecimientos tan crueles como amargos! ¿No ha regresado aún el duque?

—Todavía no; se fué con Alice...

—Le sé, Flaviano, y no debe tardar en llegar aquí.

En efecto, segundos después entraba el duque del Imperio. Representaba algo más de cincuenta años, pero su rostro aun era bello, varonil, se movía con la rapidez de un joven, y si bien la madura reflexión absorbía su sér, pensamientos é ideas, todavía se hallaba en actitud de demostrar en un caso dado que era el *Invencible*, que era el mismo *Invencible* de su edad juvenil.

Estrechó al príncipe, besó las frentes de Julio y Osorio sin preferencia ni mayor interés con el uno ni con el otro, y sentóse frente á los tres en un mullido sillón.

Tenía delante sus grandes facciones de la vida; Osorio era su primogénito, Julio su hijo adoptivo y el Trinitario su querido hermano, con el cual vivió hasta que aquel se hizo religioso. Posible es que los cariños fuesen distintos, pero ni él mismo sabía á quien de los tres amaba más.

En este instante los miraba con fijeza, y se podía leer en sus ojos una grande y profunda satisfacción. Así continuó hasta que el príncipe le dijo:

—Me ha referido Julio lo ocurrido con Alice, el rey y la reina; consideré esos acontecimientos antes de que

tuvieran lugar lo mismo que después de efectuados. No me he equivocado.

—No era posible otra cosa, hermano; tú siempre adivinaste.

—No tanto como eso; conozco bien á nuestros hijos; sé de lo que es capaz ese débil y mísero monarca, y era fácil prever lo que yo he previsto: ¿Qué has hecho tú, hermano?

—Por calles extraviadas y sin ser reconocido por nadie, dejé á Alice en el Palacio del Nuncio de Su Santidad. La hermana del prelado la recibió en sus brazos, y cuidará de ella como de un sér querido.

—¿Te esperaban?

—Sí. Tus encargos en la nunciatura son órdenes que se obedecen con maravillosa exactitud.

—Muy bien, ya están advertidos de todo lo que es capaz de hacer ese apasionado rey, y la defenderán como una virgen merece.

—Me lo han dicho, y esa jóven se halla en mi concepto á salvo de toda tentativa. Podemos, si á bien lo tienes, ocuparnos de nuestros hijos.

—No lo imagines, hermano; esos jóvenes tienen talento, discreción y cordura. En el difícil trance en que el destino los ha colocado, deben obrar por inspiración propia.

—Los aconsejamos...

—No lo necesitan; ni el duque del Imperio ni yo, podemos sobreponernos á lo que ellos alcanzan. Flaviano, Julio, desplegad vuestro libre albedrío y seguid

vuestro vuelo sin oir otras ideas que las nacidas en vuestros cerebros.

— Si tú lo quieres, sea, hermano.

—Nos falta, no obstante un detalle, no para aconsejar á los que no necesitan nuestros consejos, sino para que los cuatro conozcamos algo de las consecuencias de la escena de esta noche.

—¿Un detalle, dices?

—Sí, duque, nos lo traerá pronto nuestra hermana la duquesa de los Andes.

—¡Ah! comprendo.

No tardó mucho en presentarse la dama á que acababan de aludir.

Esta besó la diestra del religioso, y mirando al duque le dijo:

—Hermano, tu hijo Flaviano, ese joven modelo de caballerosidad y de bizarría acaba de ser sentenciado á muerte por Felipe III.

—¿Quién es el verdugo? —le preguntó el duque sin demostrar sorpresa ni abatimiento.

—Nadie lo sabe todavía; queda encargado de nombrarlo el duque de Uceda,—le contestó la dama mirando el efecto que habían hecho sus frases en sus cuatro interlocutores; nada notó que llamara su atención; habían oido la noticia con indiferencia. El duque volvió á preguntarla:

—¿A qué han sentenciado á la bella Alice?

—Tu primo Uceda queda encargado de buscarla, dar con ella y ponerla y disposición de su majestad.

—¿Qué más, duquesa?

—El resto de la conversación que tuvieron el rey y su favorito carece de importancia.

—En cambio, —añadió el duque del Imperio, —las dos órdenes del rey son concretas, terminantes, y no dan lugar á duda ni á interpretación equivocada.

—Sí, cortan como el filo de una espada

—¿No te sientas?

—No, es tarde y me retiro á descansar.

—Permanece en palacio la mayor cantidad de tiempo posible.

—Por obligación tengo que hacerlo todo el día y gran parte de la noche. Su majestad la reina no ha quedado satisfecha de las explicaciones que le ha dado tu hijo, respecto de Alice y del rey, desea saber todo lo que habla su esposo con el favorito, y me ha dado el molesto encargo...

—Comprendo y aplaudo tus futuras molestias. Supongo que la reina sabrá...

—Le diré lo conveniente, lo que deba saber para no molestarle con relatos largos y estériles.

—¡Ah, deliciosa india! —exclamó el duque del Imperio: —tú, la reina Tolopalca, la descendiente de los Incas peruanos, no has necesitado aprender nada en este viejo continente; tú talento...

—Hermano, me es imposible oir hablar de ese modo teniendo delante dos genios... y por si no fuesen bastantes, veo también á sus hijos, que se elevarán sobre los padres si hallan ocasión. Adiós, príncipe de Italia, sublime hermano; deja que bese tu noble diestra. Adiós, Julio, un beso en tu frente. Adiós, Flaviano,

otro en la tuya, que sois mis hijos queridos. Y para tí, duque, esta mano que con tanto placer estrechas.

Todo lo fué haciendo, según lo expresaba, desapareciendo de allí un instante después.

Quedaron solos los tres. El príncipe de Italia con las manos cruzadas y la vista baja, parecía absorto por una idea, por un pensamiento que embargaba todo su sér.

Los tres restantes, fijos en el Trinitario, lo miraban sin atreverse á interrumpir su profunda meditación.

Un cuarto de hora permaneció de aquel modo; luego se puso en pie sin alzar la vista del suelo, y empezó á salir de la estancia, murmurando:

—No morirán; mi padre desde el cielo los defiende, la divinidad lo escuda, pero correrá la sangre; ¡cuánta sangre! ¡Dios mío, Dios mío; apiadaos de las víctimas!

Y continuó murmurando y desapareciendo, hasta que se perdió en la escalera del subterráneo.

El duque del Imperio cerró la puerta secreta, diciendo á los dos jóvenes:

—Nada puedo aconsejaros, nada puedo deciros, me lo ha prohibido el Santo; dormid, hijos míos, que es tarde, y continuad obrando con vuestra única inspiración; yo os secundaré con la mía.

Los estrechó tiernamente y desapareció también.

Los jóvenes entraron en su alcoba, se dejaron desnudar por los pajes que en ella esperaban, y ambos quedaron solos. Una lámpara despedía en aquel dor

mitorio rayos de luz opacos y tan tenues, que lejos de estorbar al sueño convidaban á él.

De cama á cama habría cuatro ó cinco varas; Julio, antes de cerrar los ojos, dijo á Osorio:

—También tú adivinas, hermano; dijiste que correría la sangre y el Santo ha venido esta noche á darte la razón.

—Pues que corra; los altos juicios de Dios son incomprensibles.

—¿Qué efecto te ha hecho la sentencia de muerte dictada por el rey?

—Ninguno, Julio; estaba seguro de que lo haría así, y ni me hizo efecto la creencia mía, ni la confirmación expuesta por nuestra madre adoptiva la duquesa de los Andes.

—¿Quieres que hablemos sobre los medios de evitar?...

—No, hermano, creo más conveniente dormir.

—¿Tienes mucho sueño?

—Mucho.

—Pues durmamos.

Cinco minutos después se hallaban ambos presa de un tranquilo sueño.

Algo más tarde apareció el bulto de un sér humano; el cual, lentamente y sin promover ruido alguno, aplicó el oído y luego fijó su mirada en los dos jóvenes.

Así permaneció cinco minutos. Una dulce sonrisa brilló en sus labios, retirándose acto contínuo en la forma que había ido.

Por el camino iba diciendo para sí:

—La misma sangre de los padres; idéntico valor con más talento acaso... Con esa tranquilidad, con ese sosiego dormíamos Julio y yo en los campamentos á cien varas del enemigo y cuando la muerte batía sus negras alas sobre nuestras cabezas. ¡Ah, Felipe III, si lograses asesinar á alguno de los dos, no le has de sobrevivir más de veinticuatro horas! ¡El duque del Imperio te lo jura!

El bulto aquel se perdió bien pronto entre los anchos pasillos de palacio.

El juramento que acababa de hacer era otra sentencia de muerte, mucho más segura que la de Felipe III.

CAPITULO III

El primer asesino.—Varias sorpresas, esperadas unas é inesperadas otras.—El conflicto acrece.—La muerte.

Nuestros dos jóvenes se levantaron á la hora de costumbre, continuando su vida ordinaria. La primera hora de la mañana la dedicaban á la gimnasia; la segunda á la esgrima; estudiaban las cuatro siguientes y comían. El resto de la tarde lo empleaban en la equitación y en hacer algunas visitas, pues se hallaban emparentados con casi todos los individuos de la aristocracia de Madrid.

Tres días después de haber tenido lugar las escenas que hemos relatado, asistieron Julio y Flaviano á un sarao que dieron los duques de Pastrana, primos de Silva.

A la media noche se retiraron los dos jóvenes, y siguiendo su costumbre se encaminaron á su palacio sin acompañamiento alguno.

Poco antes de llegar á su morada vieron varios bultos y un movimiento entre ellos que hizo sospechar algo siniestro á los jóvenes. Grave debieron suponer lo que distinguían, cuando ambos, sin quitar el embozo de sus mantos, sacaron las espadas, pero sin dejar de andar, si bien se separaron lo indispensable para batirse en caso necesario, sin que el uno entorpeciera el juego del otro.

Segundos después vieron brillar diez ó doce aceros, gritando una robusta voz:

—¡A ellos! ¡mueran!

Julio y Flaviano se hallaban á tres varas de sus contrarios. Ambos presentaron sus espadas, y en guardia esperaron la acometida. Pero en vez de venir ésta, gritó uno de aquellos:

—No, no puede ser; son los hijos del Santo, al que debo la vida, la honra y mi ascenso á capitán. Huyamos... Es una infamia lo que íbamos á hacer.

El que así hablaba empujó á sus compañeros, añadiendo:

—Adelante... Corramos, y que Dios sea con nosotros.

Todos desaparecieron, dejando libre el paso á los mancebos. Estos continuaban parados, cuando oyeron ruído de pisadas por la espalda, y una voz muy conocida que les dijo:

—Partamos, hijos míos; esos desdichados no han sabido cumplir la horrible misión que les dieron.

Era el duque del Imperio que llegaba seguido de varios jefes del ejército.

Incorporados todos se encaminaron al palacio del duque, donde se despidieron, entrando sólo el padre y los dos jóvenes.

Media hora después decía Flaviano á Julio, acostados ambos:

—Eran diez ó doce, Julio.

—Con los dos bastaba, Flaviano.

—Pero asesinos, cuyo nombramiento llevaba el sello de toda la torpeza que abarca el cerebro de mi primo Uceda.

—O estaban inspirados por la Providendia, porque si atacan, y la reserva que llevábamos, sin saberlo, toma parte en el combate, hubieran quedado tantos cadáveres como hombres eran.

—Es verdad, más si esta noche huyeron, otra sucederá lo contrario, y puesto que mipadre vela como has visto, por nosotros, te voy á pedir un favor.

—Negado, pero habla.

—Iremos juntos de día, pero de noche no.

—¿Porqué?

—Porque soy yo sólo el sentenciado á muerte.

—La sorpresa anterior, Flaviano, te inspira chistes de mal género; los delirios no son para gente grave y cuerda como nosotros.

—No es chiste ni broma; lo quiero, tengo gran empeño en que así suceda, y te ruego...

—Flaviano, ¿lo harías tú conmigo?

—Julio, hazme ese favor, por tu idolatrada madre.

—Ni por mi padre; era preciso que me lo mandase Dios, y la divinidad me inspira lo contrario.

—¿Y si te hieren?

—Tú me vengarás.

—Tu infeliz padre, víctima de su caridad, de su vida austera, de sus virtudes, ¿qué motivo nos ha dado para que agrandemos el cúmulo de desdichas en que se mueve?

—El Santo te ama tanto como á mí, y quiere que unidos siempre nos defendamos mútuamente, y juntos triunfemos ó perezcamos.

—Aun cuando pudiera prescindir de lo sagrada que es para mí tu existencia; aun cuando no temiera nada por ti y me fuera dable aceptar tu concurso como recíproco del mio, como cumplimiento de un deber fraternal, existe todavía otra causa que me impide continuar á tu lado, tan sin excepción como hasta aquí.

—¿Qué causa es esa Flaviano?

—Que me estorbas Julio.

—¡Te estorbo! Explícate, hermano.

—Oye con atención. En distintas ocasiones tu padre y sus cuatro compañeros llamados *Invencibles*, hablaron delante de tí de la manera admirable con que el duque del Imperio se descomponía el rostro, se disfrazaba y con sagacidad envidiable se deslizaba entre sus enemigos, penetraba sus secretos, y de este modo los seis *Invecibles* daban al traste con sus planes y los vencían, salvando la patria, la religión y el rey. ¿Recuerdas todo eso, Julio?

—Perfectamente.

—¿Y no deduces las consecuencias?

—Sí, nos disfrazaremos los dos, y lo que hicieron aquellos héroes lo intentaremos nosotros.

—No es eso, hermano; era mi padre sólo el que se disfrazaba, y jamás fué acompañado de ninguno en sus difíciles y peligrosas excursiones.

—¿Serán idénticos los casos que puedan ocurrir?

—No, pero sí parecidos, y en los que será necesario emplear más sagacidad y acaso más precisión y prudencia.

—En alguna ocasión se disfrazaron cinco de los seis que eran.

—Es verdad; fueron á casa de la princesa de Evoli, tu tia, de lacayos y cocheros, y me complace el recuerdo para aceptar tu concurso siempre que lo juzgue necesario.

—Flaviano, comprendo todo lo que te propones, me consta que eres capaz de sobreponerte á tu padre y no desconozco la gravedad de los acontecimientos que han de sobrevenír. Acepto tu plan; no pudiendo reconocerte tus enemigos con dificultad te matarán; pero quiero yo poderte conocer. Discurre una señal...

—Cuando vaya disfrazado y me amenace algún peligro, sugetaré con la mano izquierda un pañuelo blanco.

—Yo haré lo mismo si me veo en la necesidad de imitarte.

—No te extrañe si desaparezco de pronto y dejo de venir en dos ó tres dias. Quedas encargado de tranquilizar á tu padre y al mío.

—¿Dónde podré adquirir noticias tuyas?

—En casa de la viuda é hijos de Ros.

—Excelente idea; con cinco hermanos, algo calaveras, pero valientes y tan decididos por tí, que se dejarán matar por el hijo del duque del Imperio.

—¿Estamos conformes?

—¿Cuándo das principio?

—Mañana ó después; eso depende de lo que me impongan los acontecimientos.

—Ya han empezado; lo de esta noche es el preludio, no se hará esperar el resto.

—Sí, hoy nos han enviado valientes, y viendo que estos no les dan resultado, nos enviarán asesinos experimentados.

—De galeras...

—O del infierno, si los hallan.

—Me hallo conforme con todo.

—Pues á dormir, que es tarde.

Los dos eran presa de tranquilo sueño diez minutos después.

En este instante salió un hombre de detrás de una cortina, y antes de retirarse dirigió una mirada cariñosa á los jóvenes, exclamando para sí:

—También yo me disfrazaré, y veremos quien enseña á quien, si los discípulos al maestro ó éste á aquellos. Hijos, os llevo una ventaja, os reconoceré por el pañuelo blanco en la mano izquierda, y á mí sólo Dios podrá conocerme.

Y se retiró sin promover ruido alguno.

Era el duque del Imperio que velaba por los dos jóvenes con paternal solicitud; era el hombre más ha-

bil, diestro y entendido de su siglo, Veremos si su hijo logra sobreponerse á él; con igualarse debe darse por satisfecho.

Julio y Flaviano habían terminado sus estudios del día siguiente, y se disponían á pasar al comedor, cuando vieron entrar en la estancia en que se hallaban á la duquesa de los Andes, que llegaba en aquel momento de palacio.

—Hijos,—les dijo después de estrecharlos,—el rey ha descubierto el paradero de Alice.

—¿Cuándo?—le preguntó con viveza Flaviano.

—Esta mañana; hará sólo dos horas.

—Gracias por tu interés, madre querida. ¿Quién hizo el descubrimiento?

—Llevó la noticia Uceda, pero el descubrimiento lo hizo un sacerdote. Han indagado en conventos, en hosterias, en casas particulares, y no han cesado hasta dar con su encierro.

—¿Quién es ese sacerdote?

—Lo ignoro. Uceda no se lo dijo al rey pero ya lo sabremos.

—Mucho se han movido.

—Más de cien personas se ocupan de tí y de ella.

—Incluso el duque, mi primo, que no hará otra cosa.

—Cierto.

—Así se gobierna la nación. ¿Sabe el rey lo ocurrido anoche?

—No. Uceda sólo le dice lo que le sale bien, el resto lo oculta.

—Es natural.

—Tratará de enmendar su falta de ayer.

—Lo doy por hecho y espero tranquilo. Vamos á comer, bellísima Inca.

—Como su padre.

—Lo mismo; ninguno de los dos faltamos á la verdad.

Y los tres pasaron al comedor, en el cual esperaban el duque del Imperio y otros señores.

Por la tarde salieron á caballo los dos amigos; por consejo del duque del Imperio se pusieron ambos una tupida y finísima cota de malla debajo del traje que los cubría, y hasta las gorras iban forradas por dentro de delgada y fuerte plancha de acero. Escondían además en los bolsillos de sus anchos gregüescos un par de pistolas cada uno; pistolas que sólo usaban entonces los grandes señores, y á las cuales daban el nombre de *pistolets*.

Pasaban los dos mancebos por la pradera de San Fermín, cuando los detuvo la voz de un sirviente, diciendo á Osorio:

—Señor, han llevado al palacio una carta para vos.

—¿Quién?

—Un caballero que no conozco.

—¿Dijo de parte de quién iba?

—No, señor; añadió únicamente que pertenecía á la nunciatura.

—Dámela.

Flaviano la leyó dos veces, despidiendo al criado con las siguientes frases:

—Está bien, puedes regresar.

—¿Qué es eso Flaviano?—le preguntó Julio.

—Avancemos un pooo y lo verás.

Ya en el campo y solos añadió:

—Lee esa carta y dame tu opinión.

Julio leyó la carta que concluía de recibir Flaviano y se la devolvió diciendo:

—Te ruega Alice que la visites á las diez de esta noche. ¿Es suya esta letra?

—No.

—Lo sospechaba. Han escrito esa carta tus enemigos para asesinarte cuando vayas á la nunciatura.

—Exactamente.

—Las calles aquellas son apropósito para tender una emboscada.

—En todo estamos conformes, Julio.

—¿Qué vamos á hacer, Flaviano?

—Lo voy meditando. ¿Me obedecerás?

—¿Quién lo duda?

—Pues oye. Pienso terminar la funesta intriga de esta noche con un golpe de habilidad que ha de descomponer á nuestros contrarios. Pero habrá sangre, Julio.

—¿Quién será la víctima?

—Un primo de Uceda.

—Sí, Ramiro.

—Lo has acertado.

—¿Morirá?

—Es posible que lo maten, Julio, pero nada se pierde. Es calavera, disipador y no hay vicio desconocido para él, por lo mismo lo quiere y preteje Uceda.

—Empiezo á comprender tu plan. ¿Qué papel me reservas?

—Uno importante; en el palacio sabrás el resto.

Y sin violentar el paso continuaron los jóvenes en dirección de su morada, seguidos por dos lacayos que tenían más trazas de soldados que de sirvientes.

Ya en un salón del expléndido edificio, añadió Flaviano:

—Empieza á oscurecer, Julio; cuando haya anochecido, te cubres con un manto negro, un chambergo; y calzas botas altas, para que bien embozado no puedan reconocerte. Sales por una puerta escusada, siendo tu paso tan vivo que nadie logre seguirte. Entras en el palacio del Nuncio, enteras á Alice de la carta que he recibido, háblale de los medios que emplean sus enemigos contra ella y contra mí, y prohíbele en nombre de tu padre y del mío que no haga caso de carta alguna ní de recados, sea quien fuese el que los llevase. Lo que tengamos que decirle iremos uno de los tres y nunca nos valdremos de extraños. Dí á monseñor y á su hermana que han descubierto la presencia de Alice en su morada y que deben vigilarla y defenderla como ese ángel merece. Después les aconsejas que cierren antes de las diez las puertas del palacio y no abran á nadie ni se cuiden de lo que pase en la calle.

—Muy bien. ¿Y luego?

—Regresas aquí y me esperas.

—¿Qué vas á hacer tú?

—No expongo mi vida esta noche, te lo juro.

—Con eso me basta.

Quince minutos después salía Julio en dirección del palacio del Nuncio.

Y no tardó en ausentarse también Flaviano, saliendo por la puerta principal y llevando el mismo traje, manto y gorra que usaba ordinariamente.

Convencido de que no le seguían, andubo dos calles, entrando luego en una casa de buen aspecto situada cerca de su palacio. En ella habitaban la viuda de Ros, criado y mayordomo que fué de su padre, y noble y propietario luego.

Al verlo la viuda, que casi lo había criado, lo besó y abrazó como si fuera hijo suyo.

—Basta de caricias:—le dijo el joven,—tengo mucho que hacer, y el tiempo corre. ¿Están tus hijos?

—Sí, los cinco.

—Házlos entrar aquí.

Los cinco salieron. Eran bien parecidos, su aspecto varonil y tenian, el menor quince años, y el mayor cerca de veintidos. Todos estrecharon su mano, que nuestro joven les alargó sonriendo; se sentó luego en un sillón de baqueta y tomando un aspecto grave les dijo:

—Vengo poco por vuestra casa porque me consta que dais muchos disgustos á vuestra madre. No sois malos, pero sí tan gastadores que si mi padre y yo os dejásemos, acabaríais por ir los seis á la miseria. Y eso ha concluido ¿lo oís? Vuestra madre fué la camarera de confianza de la mía, casi su amiga y vuestro padre el hombre más leal y valiente que sirvió á mi padre; tengo un derecho indisputable á corregiros y os obligaré ¡vive Dios! á que seais dignos de un padre que en su clase no tuvo rival.

—Lo que tú quieras, Flaviano,—contestó el mayor, manda y obedeceremos.

—¿Qué dice vuestra madre?

—Qué he de decir, que el hijo del duque del Imperio vale tanto como el incomparable autor de sus días y que lo escucho como á oráculo. Tú mandas en mi casa, Flaviano; en mí, en mis hijos; al verte entrar exclamé: He ahí la Providencia.

—Está bien, desde esta noche quedan los cinco á mi servicio y sólo harán lo que yo les ordene. Toma, pobre madre, esas cinco onzas en oro, para que repongas tu despensa por si algún día como con vosotros. Me tienes dispuesta además cama y habitación; es posible que os acompañe más de lo que yo quisiera. Me preparais un traje ordinario, aquel unto con que mi padre se descomponía el rostro...

—Comprendo; otro duque del Imperio con tanta belleza y discreción...

—No me adules. Tomad vosotros una onza cada uno; cuidado con pedir nada á vuestra madre; yo os daré un sueldo que baste á cubrir todas vuestras necesidades fuera de casa.

—Y ellos, si preciso fuera, morirán por tí, Flaviano. ¿Lo hareis?

—¡Vaya una pregunta, madre! Haremos por él, si es posible, más de lo que nuestro padre hizo por el señor duque del imperio.

—Son muy valientes, Flaviano.

—Ya lo sé. Estrechadme y esperad mi segunda visita, que no ha de tardar.

—Nada te preguntamos; los seis te pertenecemos y que Dios te inspire, hijo mío.

Osorio se despidió de todos y salió embozado cuanto podia.

Poco después se hallaba paseando por una calle estrecha, próxima á la plaza Mayor. Andaba despacio y cuando escuchaba ruido de pisadas se volvía para encontrarse frente al que llegaba.

Así permaneció, dando señales de impaciencia, hasta las nueve y media en que vió asomar á un caballero, el cual llevaba en la diestra una linterna para que su luz le evitase los tropiezos de aquella época en la sinuosa superficie de la villa y corte de Madrid.

—¡Ramiro!—exclamó Osorio aparentando conocerle en aquel momento. No esperaba encontrarte en tal instante.

—Primo, mi querido primo, tú tan rico y poderoso te dignas...

—Eso último es una broma tuya. ¿Cuándo sufriste desdenes míos, ni cómo desdeñar á un pariente casi favorito del duque de Uceda?

—Eso de favorito si que es broma tuya, Flaviano.

—Cuentan eso, Ramiro, y sentiré que no sea cierto ¿Cómo andas de calaveradas?

—Es más el ruido que las nueces. Con tan poco dinero como yo tengo, no se puede ser muy calavera.

—Yo creí que estabas rico.

—Me has juzgado por tí; soy hijo tercero; dicen que tengo mala cabeza y mi padre me ha sitiado por hambre, por hambre de dinero.

—Bien, pero nuestro primo Ucéda...

—Ese ya es otra cosa; me quiere como á hijo y algo me da, pero no mucho, se empeña en que lo gasto mal... Primo, á tí que tanto te sobra podías favorecerme con un adelanto de dos onzas de oro. De qué compromiso me sacabas.

—Concedido, pero favor por favor.

—Lo que me pidas, Flaviano.

—Nos vamos entendiendo, Ramiro. Ya comprenderás que el haberme encontrado solo y en esta calle obedece...

—Sí, á alguna cita. ¿Y tu inseparable Julio, cómo?...

—Me estorbaba esta noche.

—Con que también tu te vas haciendo aficionado.

—Pago á la edad su tributo y como hay mujeres tan hermosas...

—Es verdad.

—He ahí lo que á mi me sucede; tengo esta noche á las diez que visitar á dos y como no puedo dividirme y ya no me queda tiempo para buscar á Julio y rogarle que me disculpe con una de ellas, me quiero valer de tí.

—¿Ese es el favor que me ibas á pedir?

—Sí.

—Pues nada más facil. primo. Vive en esta calle una de mis mejores amigas y me recibirá lo mismo á las diez que á las once de la noche; dame las señas de la tuya y dime lo que he de decirle.

—Es una protegida del Nuncio, vive con su hermana, me manda llamar esta noche á las diez para no sé que asunto, y deseo que vayas tú en mi lugar y me dis-

culpes. Yo iré por la mañana. Oye, si estuviera cerrada la puerta, porque allí despues de las diez no reciben á nadie, das uno ó dos golpes y si no te abren enseguida te retiras. Con decir yo mañana que estuve y no abrieron habré cumplido.

—Si entro ¿qué nombre doy?

—El tuyo, añadiendo que eres mi primo; con eso basta.

—¿Nada más?

—Eso solo.

—Están al caer las diez Flaviano y dista algo de aquí la Nunciatura. ¿Me das las dos onzas?

—Sí, pero noto con sentimiento que llevas un manto y una gorra impropia de tu clase y de la misión que acabo de encargarte.

—Es verdad, pero como venía... ¿me comprendes?

—Sí, y todo se puede arreglar; dame los tuyos y la linterna, toma los míos, las dos onzas y en paz.

—¿En paz dices? Tan generoso como tu padre. ¡Qué manto tan bueno, chico! ¡Y qué pluma tiene la gorra! Coge la linterna del suelo; al bolsillo mio las dos onzas. ¿Quieres algo más?

—Quiero arreglarte el embozo; hay que llevarlo asi. Muy bien. Adiós, primo; cumple bien mi encargo.

—Mañana te lo dirán. ¿Con que no tiene vuelta?...

—Nada de lo que te doy esta noche.

Y cada uno se fué por su lado; Ramiro sin violentar su paso natural, y Flaviano muy embozado y con la linterna debajo del raído manto negro, desapareció como un relámpago por el camino más corto en dirección del barrio de la Morería, procurando adelantar

mucho á su primo, pues llevaban ambos la misma dirección.

Flaviano llegó á la plaza de Puerta-Cerrada, llamó á una puerta, y cuando le abrieron se precipitó escalera arriba hasta llegar al piso principal, en el cual le esperaba el dueño de la casa, pariente lejano de su padre. Después de cruzar algunas frases con él, puestos ambos de acuerdo, le abrieron el balcón de una estancia que estaba completamente á oscuras, y muy embozado, quedó en aquél imitando á la dueña quintañona. El referido balcón daba á la calle del Nuncio. Desde allí hizo varías observaciones, notando que en una de las casas próximas de la acera de enfrente había una luz opaca, á cuyo resplandor se distinguían varios bultos y un hombre que en el portal de la misma casa, embozado hasta los ojos, estaba inmóvil y como esperando algo que debiera llegar por la mencionada plaza.

El edificio en que estaba Osorio tenía un frente á Puerta-Cerrada y otro á la calle del Nuncio, como habrán supuesto nuestros lectores, y esto le facilitaba observar desde su balcón hasta el palacio de la Nunciatura.

El pariente de Osorio, á dos varas del balcón, miraba á Flaviano con interés.

Diez minutos más tarde oyó el jóven ruido de pisadas y, recatándose en lo posible, distinguió á Ramiro que se dirigía por bajo de sus balcones al palacio del Nuncio. Se convenció de que no se había equivocado cuando lo vió cruzar por frente á la casa donde salia el resplandor de la luz. En el mismo instante el emboza-

do que observaba en la calle entró en la casa; pero no tardó en salir previsto de una linterna.

A la vez se apagaron los resplandores que salían del cuarto bajo, abriéndose los cristales y varios bultos aparecieron junto á la ventana.

El embozado paseaba en un trozo de veinte varas solamente.

Cuando Ramiro llegó al palacio donde iba, estaban ya cerradas sus puertas y sus luces apagadas; llamó una vez y no le contestaron, por cuyo motivo retrocedió, intentando regresar por donde había ido.

Cruzó por frente del embozado sin cuidarse de él para nada; pero éste sacó entonces la linterna y le dirigió su luz, continuando de este modo á diez varas de Ramiro.

Segundos despues se oyeron dos tiros que salieron por la reja que ya conocemos. El de la linterna se precipitó portal adentro y cerró la puerta á la vez que sus compañeros hacían lo mismo con la ventana desde la cual hicieron fuego

A las detonaciones siguió un ¡ay! dolorido y el ruido de un cuerpo que chocaba con la tierra.

Ramiro había caido herido ó muerto. Varias luces asomaron á los balcones y ventanas de la calle, pero ninguna puerta se abrió.

El silencio que siguió á todo esto era sepulcral.

Si algo hablaban las dueñas y los curiosos lo hacían en voz tan baja que no se oían los unos á los otros.

Por fin se percibió la carrera de muchos hombres, con linternas unos y todos con las espadas desnu-

das, que rodearon el cuerpo de Ramiro, gritando uno:

—Alumbrad, alguaciles, ¡Lo han muerto! Tiene deshecho el cráneo y atravesado el corazón. ¡Desgraciado! Es Flaviano de Osorio.

—No,—exclamó nuestro jóven desde el balcón sin darse á conocer;—es Ramiro, primo hermano del señor duque de Uceda.

—¡Ramiro!—volvió á gritar el jefe de los alguaciles.—¿Quién ha dicho que es Ramiro?

—Lo he reconocido con las luces de vuestras linternas. Vedlo,—repitió Flaviano.

—Más luces,—añadió el jefe.

Osorio cruzó algunas frases con su tío y desapareció de la casa y barrio, saliendo por una puerta escusada de la primera.

El dueño del edificio que abandonaba salió al balcón en que estuvo Osorio, diciendo á los alguaciles:

—Cojed á los asesinos que se ocultan en aquel cuarto bajo de enfrente. Desde esa reja lo han muerto. ¡Pobre don Ramiro!

—¡Desgraciados!—dijeron los vecinos que habían salido á los balcones y ventanas. Varios añadieron.—Coged á los asesinos que van á huir. Han tirado con arcabuz.

—A ellos,—gritó el jefe: obligaron á los vecinos de las casa á que abrieran la puerta y se precipitaron varios alguaciles, hallando á tres asesinos con los dos arcabuces que concluían de descargar.

Se hallaban tan tranquilos y serenos como si nada hubieran hecho. Uno de ellos dijo al jefe muy quedo:

—Obedecemos al duque; debia morir Flaviano de Osorio.

—Habeis asesinado al primo hermano del señor duque de Uceda, miserables. Ya os daré yo el Flaviano de Osorio. Sujetadlos y á una prisión con los tres. Nosotros recojamos el cadáver. Traed unas angarillas; abreviad.

Media hora más tarde Puerta-Cerrada y todos sus alrededores habían vuelto á su estado normal en lo exterior. Reinaba la oscuridad anterior, nadie transitaba por allí, el cadáver lo habían retirado, las puertas y ventanas se cerraron, y sólo en el interior de los edificios, reunídos en grupos amos y dueñas, comentaban en voz baja los dos disparos que oyeron, el asesinato de don Ramiro y cuanto presenciaron desde los huecos de sus habitaciones.

Algunos sospechaban que la ronda se hallaba apostada cerca de allí, esperando la perpetración del crímen, y hasta hubo quien añadió que existía complicidad entre los asesinos y el jefe de alguaciles, y que la prisión de los primeros era una farsa.

De estos maliciosos asertos no hemos de tardar en saber la verdad que puedan contener.

CAPITULO IV

La ilusión de un delincuente.—Serenata.—Desesperación del favorito.—Otro triunfo de Osorio.—Nuevos acontecimientos.

Habitaba el favorito duque de Uceda un expléndido palacio levantado junto al real Alcázar y unido al del duque de Pastrana, pero sin comunicación interior; estaba el uno al lado del otro con entera independencia.

Sepamos lo que hacía el favorito en los momentos en que tenian lugar las escenas de la calle del Nuncio.

Contaba Uceda treinta y dos años de edad, su figura no era mala y en la corte se presentaba elegante y con pretensiones de dominador. Carecía en cambio del talento necesario á su elevada posición y si el rey lo conservaba á su lado, era simplemente porque rara vez le contradecian y era más probo que su padre el duque de Lerma, al cual derribó del poder para ocupar su puesto.

Carecía de conciencia, fué mal hijo y aun cuando su falta de talento y sabiduría lo empujaban de la altura á que se había encumbrado, lo retenía en ella su desmedida ambición, la cual no menguaba á pesar de los muchos disgustos, sinsabores y compromisos que le ocasionaban sus torpezas, equivocaciones y carencia de aptitud.

En estos momentos paseaba por uno de los salones de su expléndida morada algo agitado, temeroso é impaciente. Cumplían sus esbirros la orden que les dió de asesinar á Flaviano de Osorio, estaba manejada por él la intriga que hemos presenciado, y conociendo de antiguo el talento, valor y habilidad de los Osorios temía.

Después de meditar, dando paseos y entregando á movilidad nerviosa, se detuvo exclamando para sí:

—Temible es el duque del Imperio, no es menos su hijo, pero entre obedecer al rey ó rodar al abismo, la elección no es dudosa. Ellos tienen mucho poder y gran talento pero nosotros contamos con la nación entera y sucumbirán. Lo siento, más no puedo avenirme á dejar el primer puesto de la corte. Aun cuando lo dejase, el mal no se remediaría por eso, toda vez que mi sustituto se vería obligado á obedecer á don Felipe. Tengo que seguir adelante, tengo y quiero ser el primer hombre de Estado, casi el único, y no dejo el dominio de los españoles por nadie ni por nada.

Hechas estas reflexiones, se animó su semblante y hasta parecía tener la seguridad que presta el triunfo.

—Sí,—dijo volviendo á pasear,—la supuesta carta de Alice fué una red tendida hábilmente al enamorado

mancebo irá á la Nunciatura y al salir cerrará los ojos para no volverlos á abrir. Le hacen fuego los dos mejores arcabuceros del reino y es su puntería tan certera, que no hay miedo de que yerren. Son más de las diez; ya estará el venturoso mancebo junto á su amada, libando amores, burlándose de su rey y formando castillos que muy pronto echará abajo mi potente diestra. ¡Qué golpe para el padre y qué placer causará en don Felipe la noticia! La verdad es que el monarca ama y respeta al príncipe de Italia, pero no le sucede lo mismo con el duque del Imperio: dice, y no le falta razón, que el primero es un santo y el segundo un diablo. En cuanto al hijo, á ese bello Flaviano, le aborrece más, y yo, no obstante mi parentesco con ellos, los odio, ¡me han humillado tantas veces! Esta noche me vengo.

En este momento se oyeron dos detonaciones seguida la una de la otra. Sonaron á mucha distancia, pero con el silencio de la noche pudo percibirlas el duque.

Su paseo por el salón fué más rápido, volvió á sentirse nervioso y un sudor frío bañó su cuerpo. Sin pretenderlo creyó hallarse frente al invencible duque del Imperio, que con mirada de fuego, rostro aterrador y voz que imitaba al trueno, le preguntaba:

—¿Y mi hijo, duque; qué has hecho de mi hijo?

Y aligeraba el paso más y más como huyendo de la férrea mano del duque que le iba á oprimir la garganta para estrangularlo.

En tan insostenible actitud ordenó que todos los

hombres de armas que tenía en el palacio bajasen al zaguán, cerraran las puertas y solo dejasen franco el paso á Bermúdez, alcalde del Rastro.

Poco á poco se fué tranquilizando; abrió un balcón y observó: la oscuridad era completa y el silencio que reinaba parecido al de las tumbas.

Cerró el balcón y esperó la llegada de Bermudez paseando. El tiempo que todo lo cura le quitó el sudor frío que había sentido largo rato y tranquilizado en parte discurría de la manera siguiente:

—¡Murió! Ha muerto sin duda alguna, ya está libre el rey de su terrible rival y yo me he vengado. Me vengué, sí, como lo hacen los de mi raza; duque del Imperio, me acabas de pagar tus desdenes, tus miradas altivas y aquellas frases que en más de una ocasión me sonrojaron llenando mi alma de saetas. Era Flaviano tu digno sucesor, tu encanto, tu delicia, era un hombre que valía tanto ó más que tú, y por eso lo amabas con delirante pasión. Ahora tu cabeza tan erguida y altanera la humillarás con el peso del dolor; ahora cruzarás los salones con la frente baja, la mirada sombría el suspiro en los labios y el ¡ay! profundo, lastimero en el corazón. Si me pidiera cuentas le escucharía con indiferencia, replicando á sus preguntas: Yo no sé de tu hijo: ¿me lo entregaste á mí por ventura? ¿era yo su defensor? y como en adelante estaré siempre rodeado de ocho ó diez hombres curtidos en la guerra y los combates, ellos contestarán á sus amenazas, si es que tiene la audacia de dirigírmelas. ¡Ah, buen Flaviano, toda aquella hermosura varonil, aquel talento, tan

gran destreza y tan suma habilidad, quedarán sepultados en un pedazo de carne inerte y en putrefacción mañana, en gusanos luego que roerán hasta los huesos! Tu incomparable voz se ahogó para siempre; canta, canta ahora... ¡Jesús! qué escucho.

Y retrocedió el duque sorprendido, confuso, casi aterrado.

Habia llamado á la voz de Flaviano, y en el mismo instante se dejó aquella oir dulce, argentina y sonora, hasta llegar desde la primera nota al do de pecho. Ni cabia más arte, ni mejor voz, ni más gusto en la elección de la trova que cantaba.

En estos instantes se acompañaba Flaviano con una cítara y daba una serenata á la hija del duque de Pastrana, prima de Julio, bellísima jóven que en una apuesta habia ganado á Osorio la serenata que en estos momentos le ofrecía. Siempre hábil y entendido esperó el cumplimiento de la apuesta, cuando á la vez de complacer á su amiga, creyó con razón sobrada que cada nota escapada de sus labios sería un dardo en el corazón del duque de Uceda. Este andaba ahora por el salón en que lo dejamos, aturdido, confuso, queriéndose tapar los oidos, sin dejar por eso de escuchar el acento más seductor que existía en España.

—¡No lo han muerto!—exclamó:—vive y su voz de infernal sirena viene á lastimar todas las fibras de mi ser. ¡Vive!... ¿Y los disparos que yo escuché? ¿Si estaré soñando? ¿Si me habré vuelto loco? No, es su voz que contesta á mis pensamientos, á mis diabólicas ideas. ¡Me han vencido otra vez los Osorios! ¡Una

nueva humillación! ¡Le aplauden! ¡no está solo! Maldita voz, ¡qué hermosa es por mi mal y en qué momentos tan críticos se ha dejado oir esta noche! Me han humillado otra vez; con habilidad suma han deshecho mi intriga y me clavan la saeta que yo les habia dirigido. No puedo con ellos, no.

Quedó parado, pues sudaba como el caminante al terminar una jornada durante el estío.

Luego llamó, preguntando al paje que asomaba la cabeza por entre las cortinas que cubrían una puerta.

—¿Quién canta?

—El primogénito del señor duque del Imperio, vuestro primo, señor; el hombre más bello y afortunado que hay en la tierra.

—No te pregunto eso último, bellaco. ¿Quiénes aplauden?

—Los nobles y el pueblo, señor; se va cuajando la calle de gente, en todos los balcones hay hachas encendidas y parece de dia el resplandor que alumbra al afortunado trovador.

—¿Pero qué dicen de ese canto?

—Dicen, señor duque, que don Flaviano da una serenata á la hija de los señores duques de Pastrana por habérsela ella ganado en una apuesta.

—¿Y has visto mucha gente oyéndole?

—Es una masa apiñada, y el número seguía creciendo hasta hacerse incalculable.

—Pero no habrá ningún noble.

—Hasta grandes de España, señor, se ven desde estos balcones.

—¿Y los duques de Pastrana?

—Tienen todas las puertas del palacio abiertas y una iluminación que maravilla. Todos los habitantes del edificio están asomados á los balcones y ventanas.

—Sal, y si viene Bermudez que pase al momento.

—¿Encenderemos blandones, señor?

—No.

—Es el único del barrio en que no se ven luces.

—Marcha, y que continúe como hasta aquí.

El cantor se hallaba ya entonando su tercera trova y llevaba recibidos veinte aplausos y muchos vítores.

En un corto intermedio de canto, entre la tercera y cuarta trova se abrieron las cortinas, apareciendo en el salón en que se hallaba el duque, la tímida figura de Bermúdez, alcalde del Rastro. Uceda le preguntó, levantando los brazos:

—¿Qué habeís hecho, insensato?

—Yo nada, señor, que pueda disgustaros.

—¿Qué ha sido de Osorio?

—Debajo de esos balcones se halla dando una serenata á la bella hija de los señores duques de Pastrana, y en verdad que los padres y la hija lo están cubriendo de hojas de flores.

—No es eso, torpe, ¿por qué no ha muerto Flaviano esta noche?

—¡Ah! señor, yo no lo sé. Mi misión era distinta y la he llenado tan cumplidamente, cuanto que en vez de favorecer á los matadores de Osorio, tengo sepulta-

dos en una mazmorra á los tres asesinos de vuestro primo hermano Ramiro.

—¿Qué estás diciendo, loco? ¿Quién ha muerto á mi primo Ramiro?

—Los encargados de matar á Osorio.

—¡Qué barbaridad! ¿Por qué han cometido ese crímen?

—Yo no lo sé, señor. Me ha faltado tiempo para averiguarlo. Oí los dos tiros corrí, al sitio con los alguaciles que me acompañaban, y viendo que el muerto era vuestro primo, mandé prender y encerrar á los tres asesinos, llevé el cadáver al corregimiento y vine corriendo á enteraros de lo que ocurría.

—¿Pero los matadores son los dos arcabuceros y el jefe?...

—Si, señor, los mismos.

—¿Y qué dicen?

—Que han muerto al que se les mandó matar.

—¡Una equivocación!

—Es imposible.

—¿Qué causa la motivó?

—No he tenido tiempo, señor, para averiguarlo.

—¿Estás seguro que el asesinado es mi primo Ramiro?

—Le conocieron hasta los vecinos. Después le registré, hallándole encima estas cartas y estas monedas envueltas en ese papel que las cubre.

El duque miró los sobres, murmurando:

—Sí, eran suyas.

Y maquinalmente deslió las dos onzas que le dió

Flaviano, leyendo en el interior del papel en que estaban envueltas les siguientes frases:

«Miserable asesino, por tí me matan. Tu brutal ambición ni aún respeta el apellido y la sangre de los tuyos.»

—¡Jesús!—volvió á exclamar el duque palideciendo, —esto ya no es talento, ni habilidad, ni destreza; esto es contar con el poder de Dios ó del demonio.

Y cayó sobre un sillón casi desfallecido.

Bermúdez le prestó auxilio, pero el duque lo rechazó diciéndole:

—Partid de aquí, averiguad y volved mañana á decirme lo que sepais.

Salió el alcalde, quedando el duque como anonadado y sin aliento para nada.

No tardó en sacarle de aquel semiletargo la llegada de un caballero de los que estaban á su servicio, el cual le dijo:

—Señor, es necesario que permitais poner luces en los balcones.

—He dicho que no quiero,—le contestó Uceda con todo el imperio que le fué posible.

—Siento contrariaros, señor, mas debo advertiros que el pueblo murmura ya á voces contra el dueño de este palacio, único que permanece á oscuras en todo el barrio.

—Si ese pueblo me incomoda, haré que lo acuchillen.

—Es imposible, señor; está la reina en medio de él.

—¿Cómo la reina?

—Vino en una litera, acompañada de la duquesa de los Andes y de parte de su servidumbre.

—¿A dónde vino?

—Frente al palacio del señor duque de Pastrana. El pueblo y la nobleza la han vitoreado, y ahí continúa.

—Pero ¿á qué vino?

—A oir desde cerca á ese inimitable cantor.

—¡Esto más! ¡Maldición! Que saquen luces; cumplir con vuestro deber y dejadme en paz.

Y Uceda se fué á las habitaciones interiores de su palacio, para no oir ni ver nada de lo que pasaba en su calle, pero la arrogante voz de Flaviano traspasaba los muros y llegaba á todas partes en quinientas varas lo menos en su alrededor.

Recostado el duque sobre un diván, quedó inmóvil y como presa de mortificante estupor.

Volvamos con Osorio.

Nuestro jóven salió de la casa de su pariente, y no tardó en llegar por la plaza de Puerta Cerrada y calle de Toledo á la plaza Mayor, donde le esperaban dos pajes, uno que le llevaba otro manto encarnado y gorra y un segundo, la preciosa cítara que comunmente usaba.

Cambió manto y gorra, mandó retirar con lo que se quitaba á uno de los pajes, y embozado y sin luz alguna cruzó por la calle Mayor, hasta quedar parado á la puerta del duque de Pastrana, donde le esperaban Julio y algunos parientes y amigos.

Despnés de dirigir breves frases á todos ellos, le formaron círculo, quedando dentro los dos amigos y el

paje que llevaba la cítara. Flaviano le dió el manto y comenzó á afinar el delicado instrumento que le alargó el paje.

Poco después de dar principio al preludio, dejo oir su deliciosa voz. Era tan conocida y tan admirada de los madrileños, que instantáneamente se abrieron ventanas y balcones, se alumbró la calle y todos los huecos se llenaron de curiosos que ansiaban escuchar al cantor.

Poco después fueron llegando gentes de las restantes calles, con hachas unos, con linternas otros, hasta quedar convertido el contorno en una ascua de oro.

La multitud de abajo y de arriba aplaudían con entusiasmo, y tanto interés demostraba esta noche en complacer al público el afortunado trovador, que nunca había afinado tanto ni emitido la voz con más varonil acierto.

Hasta su mismo padre, que le oía desde un extremo de la calle y fué el primer cantor de su época, lo aplaudía con entusiasmo.

—Me supera con mucho; yo nunca pude sostener esas altísimas notas con la valentía y la seguridad que ese endiablado chiquillo.

Al terminar la quinta estrofa, que eran las cinco ofrecidas en la apuesta que perdió, iba á retirarse, cuando oyó varios vivas, notando á la vez que todas las miradas se dirigián á su izquierda.

En aquel instante llegaban en una litera real la reina y la duquesa de los Andes.

Con trabajo pudo llegar Flaviano, y después de besar la mano á doña Margarita, le dijo:

—Señora, me retiraba en este instante; ¿quiere vuestra majestad algo de mí? Deseo oir sus órdenes para cumplirlas.

—Si,—le contestó la reina,—oí tú funesta voz desde mi alcázar y atraída por ella vengo á escucharla.

—¡Funesta es, señora! Sentiría que hubiera ofendido á vuestra majestad.

—Es deliciosa porque te concedió el cielo la primera del mundo, y es funesta porque me arrancó de mi cámara para venir á escucharla.

—Gracias, señora; ni la voz ni el trovador merecen tan señalada honra.

—¿Cuántas trovas has cantado?

—Cinco, señora; eran las que perdí y pagué.

—Pues bien, canta otras cinco por mí pero distintas de las anteriores.

—¿Dónde me sitúo, señora?

—Donde estabas cuando yo llegué.

—Me apresuro á complacer á vuestra majestad.

Flaviano cruzó por medio de las dos filas que formaban sus amigos y parientes, luego le rodearon y comenzó de nuevo á cantar, fijándose ahora mucho más en la letra que improvisaba que en el modo de emitir su magnífica voz.

Cada estrofa contenía ahora un oculto pensamiento que permitia á la reina adivinar un secreto sin que el público pudiera comprender nada. De esta manera supo doña Margarita lo que acontecía, incluso lo

ocurrido aquella noche; pocas preguntas tuvo necesidad de hacer á la duquesa de los Andes para penetrarse de todo.

La inmensa concurrencia que le escuchaba continuó aplaudiendo sin lanzar gritos ni frases por respeto á la reina.

Cuando terminó, dijo á doña Margarita:

—Señora, he concluído y continúo esperando las órdenes de vuestra majestad.

—Gracias, audaz y afortunado Osorio; tu primer enemigo fué un rey; Dios vele por la vida de ambos. En la horrible lucha que sostienes temo por los dos, y está la razón tan de tu parte que no puedo inclinarme en favor de ninguno.

Dió la orden de partir, Osorio besó su mano y éste y Julio se colocaron á los dos lados de la litera, llevando cada uno un blandón encendido.

La dejaron en el alcázar y se dirigieron á su palacio entre varios deudos, amigos y parientes.

El público se habia retirado ya y la oscuridad y el silencio reemplazaron al canto, á los aplausos y á la animación que antes reinaron en una calle de Madrid.

Era más de la media noche cuando se reunieron en el salón que ya conocemos el duque del Imperio y los dos jóvenes, los cuales fueron sorprendidos por la severa figura del príncipe de Italia que les estaba esperando en medio de aquella estancia, en pie, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

Los tres se detuvieron frente á él, quedando en actitud respetuosa.

El Trinitario alzó por fin la cabeza, y fijándose en Flaviano le dijo:

—Hijo mío, se han valido de un hecho indigno, reprobado por toda conciencia recta para intentar asesinarte. Te fué fácil conocer el burdo engaño y yo he dado las gracias á la Providencia que así lo dispuso; pero si bien debiste defender tu existencia, no era correcto sacrificar la vida de un desgraciado que ha muerto esta noche sin que le dieran tiempo ni aun para pedir á Dios perdón de sus culpas. ¿Por qué no empleaste otro medio más humano?

—Padre mío, yo no lo mandé para que lo asesinasen; querían una víctima y les mandé otra digna, sino de tan mala estrella, de castigos que yo no merezco. Me propuse, además, dar una lección á mis asesinos para ejemplo de su torpeza y estímulo de una enmienda que yo desearía ver en ellos.

—¡Ah, Flaviano! ni lograrás esa enmienda, ni conseguirás por ese camino otra cosa que cambiar de víctimas. Yo he visto clara la protección conque la Providencia te distingue; hazte digno de ella, hijo mio, porque si te la retira sufrirás mucho y perecerás pronto.

—Son tan perversos, señor, mis enemigos.

—Es una dicha no obrar como ellos; es una gran desgracia contarse en el número de los réprobos y puesto que eres bueno, puesto que tanto debes á Dios, imita á mi padre Alberto; su historia la has oido relatar muchas veces.

—Sería una ventura imitar al padre ó poder copiar

las acciones del hijo; fué un santo aquél, éste es otro; ¿pero quién puede llegar á alguno de los dos?

—Tú, si te propones. Desvíate más del duque del Imperio, que si hoy es un modelo, se hizo á tu edad digno de algunas justas reprensiones. Tienes tanto talento como tu padre, acaso más, si en el bien lo empleas siempre, podrás llegar á sobreponerte á Alberto de Silva

—Padre mío, es una rémora mi edad, lo son las críticas circunstancias en que el destino me ha colocado.

—Por eso, hijo mío, te aconsejo con tanto cariño; por eso nada te impongo. Tú eres valiente, ¡oh! si te hallases entre las guerras en que fuimos arrojados tu padre y yo, serías más temerario que nosotros; más harías aun; pero luego te sentirías agobiado bajo el peso de un dolor que siente todo el que abriga en su alma la nobleza que tiene la tuya. No es necesario que te defiendas tanto, tienes varias egidas y si la rectitud y la grandeza de tus hechos se igualan á tu talento, no te matarán, está seguro, Flaviano. Fía en mis frases, hijo, y nada temas; no quiero yo que temor alguno te abrume, no.

Segun expresaba las anteriores frases fué besando las frentes de los dos jóvenes, y estrechó luego á Osorio desapareciendo por la puerta secreta que dejó cerrada al salir.

Quedáronse los tres mirándose sin atreverse á expresar frase alguna.

Por fin se dejó caer sobre un sillón el duque del Imperio, exclamando:

—Hijos, debemos los tres obedecer al principio, esto es indudable, más la verdad es que como yo no soy santo como él, me ha parecido el cambio que has logrado esta noche, delicioso, Flaviano; y la serenata que has dado, no á la hija del duque de Pastrana, sino al favorito Úceda, encantadora. Se hallaba en su palacio y esperaba la noticia de tu muerte con la ansiedad de un malvado, cuando tu voz mejor que la mía, más potente, más enérgica, le dijo: mientes, mienten todos los tuyos y sobre ellos y sobre el mismo rey se columpia dulcemente el trovador Osorio. Cuánto le habrás hecho sufrir; son dos hechos, hijo mío, que te han elevado donde yo no llegué jamás.

—Padre, no halagueis injustamente mi vanidad.

—¿Qué dices tú, Julio?—le preguntó el duque.

—Nada, señor; como todo lo hacemos á medias Flaviano y yo, como no hacemos nada que deje de sernos común, os ruego como Flaviano que dejeis en paz nuestro amor propio y nuestra vanidad.

Prosiguieron hablando media hora retirándose luego á descansar.

Entremos nosotros por breves momentos en el real alcázar.

Se hallaba don Felipe en su cámara de escribir trabajando con un secretario cuando el gentil-hombre de guardia le participó que don Francisco Sandoval le suplicaba lo recibiese.

—¡A esta hora!—dijo el rey admirado.—¿Qué le ocurre?

—Dice, señor,—replicó el palaciego,—que desea

enterar á vuestra majestad de un acontecimiento gravísimo y pedirle un acto de justicia. Llega muy afectado y sus ojos han vertido lágrimas.

—Sal y que espere.

El rey acabó el trabajo con que debía terminar la velada y despidió al secretario mandando entrar á Sandoval. Era este señor, tio carnal del favorito y entró en la Cámara afligido y descompuesto.

—¿Qué sucede?—le preguntó el rey.

—Señor, ha tenido lugar un hecho inaudito, sorprendente, horrible.

—Sepamos.

—Señor, hace poco más de una hora, han arcabuceado á mi desgraciado hijo Ramiro.

Y Francisco rompió en llanto amargo que hubo de excitar la compasión del monarca.

—¡Arcabuceado! ¿Quién?

—Dos soldados de vuestra majestad en la calle de Nuncio y cuando mi hijo pasaba por allí solo y sin ver ni oir á nadie. Le dispararon desde una reja frente á la cual cruzaba.

—Parece eso una novela, Sandoval.

—Señor, cuanto acabo de tener la honra de referir á vuestra majestad es exacto.

—¿Has hablado con tu sobrino Uceda?

—No señor, esta noche no quiere recibir á nadie.

—Pues te va á oir.

Y el rey llamó, ordenando que en el acto fuesen á buscar á su favorito y lo acompañaran hasta su regia cámara.

Vivía tan cerca el duque que pudo presentarse ante Felipe á los pocos minutos de ser llamado. Al ver este á su tio palideció se semblante, pero disimuló la mala impresión que acababa de recibir, diciendo acto con tínuo al rey:

—Señor, espero las órdenes de vuestra majestad.

—¿Sabes lo que ha ocurrido esta noche en la calle del Nuncio?

—Perfectamente, señor.

—Y cómo se explica, duque, que se asesine en la via pública por arcabuceros reales á tu primo hermano.

—Solo podía ocurrir ese grave atentado siendo como es hijo de una equivocación.

—No te comprendo, duque.

—Sabe bien vuestra majestad lo mucho que yo estimaba á mi primo Ramiro, comprenderá su elevada inteligencia, que no era conspirador ni podia obedecer su muerte á otra cosa que á una fatalidad que no era posible prever. Señor, debo y deseo dar á vuestra majestad todas las explicaciones necesarias, indispensables, pero son de carácter tan reservado, que sólo vuestra majestad puede oirlas.

—Comprendo, pero dí á tu tio, algo; lo más que puedas

—El padre de tan desgraciado victima debe estar persuadido de que ya que otra cosa sea imposible he de satisfacer sus deseos, y los criminales serán sin duda alguna castigados como merecen. No me es posible decir máe. ¡Ojalá y pudiera devolver la vida que tan torpemente han arrancado á su querido hijo!

—¿Quieres algo más Sandoval?—preguntó el rey.

—Señor, anhelo saber si están presos los asesinos.

El monarca miró á Uceda, éste vaciló acabando por contestar:

—Sí, encerrados están

—¡Justicia! señor, ¡justicia! Eso únicamente deseo, —dijo Sandoval rompiendo otra vez en amargo llanto.

—No es posible negártela; los asesinos pagarán con su vida la que han quitado á tu hijo. ¿No es cierto duque?

Volvió á vacilar Uceda, más al fin contestó:

—Sí, señor.

Sandoval dió las gracias al rey, y haciendo una reverencia salió de la cámara.

Quedó sólo el monarca con su favorito. El primero se sentó, diciendo al segundo:

—¿Qué equivocación es esa que solo á mi puedes decirme?

—Señor, esos arcabuceros desconocían á mi primo, creyeron que era Flaviano de Osorio, y por eso le nan muerto

—¿Qué ha motivado una equivocación tan funesta?

—Todavía lo ignoro; creo no obstante que obedece á un golpe de habilidad de ese terrible joven...

—¿De Osorio?

—Sí, señor, de Osorio.

—Tu cerebro, duque, se halla perturbado en la ocasión presente, ni á Flaviano se le debe matar á tiros, ni dando lugar á equivocaciones que se pueden llamar insignes torpezas.

—¡Estaba todo tan bien preparado; tan hábilmente dispuesto!

—Refiéreme el hecho desde su origen con todos sus detalles; no omitas una sola frase.

El duque le obedeció, añadiendo el rey al terminar aquél largo rato.

—La intriga era hábil, pero á hombres como á Osorio, se les hiere después de reconocidos con arma blanca.

—Señor, es difícil, casi imposible hallar quien se comprometa á llevar á cabo esa temeraria y peligrosa, empresa.

—Por qué no buscas bien, duque.

—Señor, Osorio por si solo es una potencia, y defendido y apoyado por su inseparable compañero Julio, por el duque del Imperio y el príncipe de Italia es incontrastable. Esta noche reunió al pie de los balcones de mi casa más de cinco mil personas que escuchaban su canto con loco entusiamo.

—Sí, posee la mejor voz del mundo, la emite con arte arrebatador y nada más natural que eso suceda.

—Atrajo su mágico acento hasta á su majestad la reina que fué á escucharle en una litera.

—Lo estraño no es eso, Uceda, lo raro es que odiándolo yo cuanto es posible odiar, dejase el importante trabajo que me ocupaba para oir sus admirables notas desde ese balcón.

—Señor, permitidme arrancar de la nunciatura la bella italiana que amais y olvidémonos de Flaviano.

—Jamás. Ha contrariado á su señor; puso los ojos

en el cristal donde yo me miraba, me robó el amor de la mujer más bella que existe, y debe morir; si no hubiera quien fuera capaz de hacerlo así mis propias manos... Duque, no me sirves si continúas pensando de Osorio de ese modo.

—Haré lo que vuestra majestad me ordene.

—Quiero las dos, la bella Alice y la muerte de ese mancebo.

—Os obdeceré, señor.

—Y pronto.

—Por mí ahora mismo, si posible fuera.

—Comprendo que tu misión es grande; pero lo es más la confianza que he depositado en tí, y son mayores las omnímodas facultades que te he concedido.

—¿Me permite vuestra majestad que me retire?

—Es preciso dar una satisfacción á tu tio, ¿has pensado en eso?

—Sí señor.

—¿Qué vas á hacer?

—Los dos arcabuceros saldrán mañana para la India y nunca regresarán á España. A mi tío le diré que para evitar dilaciones han sido ejecutados en su prisión.

—No es mala idea realizarla y vete á dormir.

—El cielo guarde la vida de vuestra majestad.

—Y la tuya, duque, que bien lo ha menester.

Por una puerta del real alcázar salía el favorito, y poco despues por otra una litera en la que iba la duquesa de los Andes.

Uceda no durmió aquella noche; era ya Osorio para

él un fantasma aterrador que le quitaba la tranquilidad por el día y el sosiego por la noche.

Flaviano despertó poco despues de amanecer viendo sobre la almohada en que apoyaba su cabeza un papel escrito que leyó con afan. En él le daban cuenta de la escena habida aquella noche entre el rey, Sandoval y el favovito.

En el mismo instante se tiró de la cama y sin hacer ruido se vistió, saliendo luego del palacio embozazo en la capa y cubierto con la gorra que fueron de Ramiro Sandoval.

Nadie tuvo conocimiento de esta salida, realizada por una puerta secreta, cuya llave poseía el mancebo.

CAPÍTULO V

Las contrariedades de un favorito.—Golpe fatal.—Un callejón sin salida.—La audacia de la desesperación.

Hemos dicho que el favorito no pudo dormir aquella noche, y, en efecto, llegó á su palacio, y después de hojear algunos papeles, estuvo escribiendo media hora.

Después hizo llegar á su presencia á un jefe militar de su confianza, diciéndole:

—Os voy á encargar una importante misión, y entended que me respondéis con vuestra cabeza de su exacto cumplimiento. Oid: el alcalde Berdúmez ha preso esta noche dos arcabuceros y á un alférez. Los dos primeros saldrán ahora mismo para Cadiz, se embarcarán en la galera que parte para Méjico, é irán allí para no volver más á España. Les dais cuanto necesiten para el viaje. El alférez partirá también esta noche con el grado inmediato para incorporarse al ejército de Portugal; que le adelanten dos mesadas.

Decid al que os pregunte, que los tres han muerto por sentencia del tribunal, ¿comprendeis bien?

—Perfectamente, señor.

—Aquí teneis las órdenes por escrito, salid al momento.

Dos suspiros lanzó el duque y se retiró á su alcoba con deseo de dormir; pero no lo consiguió; la figura del duque del Imperio que no podia borrar de su mente le asustaba; la del príncipe de Italia le imponia, y las de los dos jóvenes le aterraban.

Se volvía de un lado para otro, cerraba los ojos, mas no le era posible conciliar el sueño. No dejaba de ver cual fantasmas imponentes esas cuatro figuras, ni de oir la voz de Osorio que vibraba en sus oidos tan varonil y funesta como el acento de un destino adverso.

De ese modo trascurrió toda la noche. Ya había salido el sol cuando se rindió su materia, el espíritu la dejó y pudo entregarse á un sueño de dos horas.

Despierto nuevamente, todos cuantos esfuerzos hizo para volver á dormir fueron inútiles.

Trituraban ya su decaido espíritu el remordimiento, la cobardía y la debilidad. Era, en efecto, muy pequeño para luchar con aquellos jigantes en inteligencia, valor y sabiduria.

A las diez de la mañana entró en su despacho, en el cual le esperaba el alcalde Bermúdez.

—Me alegro hablaros aquí, alcalde,—le dijo:—¿qué habeis descubierto?

—Pasé la noche, señor, examinando á los vecinos,

y cuando lo iba á hacer con los dos arcabuceros y el jefe, se los llevaron de orden vuestra, sin darme explicación alguna.

—No os habrá pesado; en lo relativo al acontecimiento de anoche nada teneis que hacer en el caso de que seais tan torpe, que no halleis medio de averiguar la causa de la funesta equivocación.

—Habiendo muerto Sandoval, no veo medio...

—Está bien, el tiempo aclarará el misterio, si vos no lograis abrir el arcano. Comprendereis, señor alcalde, que el hecho es gravísimo, el rey sabe cuanto ha ocurrido, mi tio Sandoval le ha pedido justicia por la muerte de su hijo, D. Felipe necesita una víctima, y la verdad es Bermúdez, que os habeis colocado en una situación muy mala.

—¿Por qué, señor? Yo no he muerto á nadie, ni he hecho nada, y en el caso de resultar cargo será contra los matadores, no contra mí que me apresuré á prenderlos.

—Los arcabuceros y su jefe están ya recibiendo el castigo á que se hicieron acreedores; pero el rey quiere más todavia, desea una verdadera víctima, y no veo otra que vos.

—¡Por mi patrón Santiago, que sería una injusticia, señor!

—La frase justicia, alcalde, es muy lata ¡y se aplica de tantos modos! En fin, solo hallo un medio, de que libreis bien en las críticas circunstancias en que el destino os ha colocado. Hasta es posible que os hagais acreedor á una recompensa.

—Hablad, señor, y si lo que deseais no es superior á mis fuerzas, lo haré con mucho gusto. Creo que para obedeceros, carezco de conciencia.

—Así debe ser; la conciencia solo sienta bien en la forma, en los labios de todo pecador y en los santos varones que dirigen la de los demás. Voy á daros el medio de que os he hablado antes: don Antonio Gaetano, arzobispo de Capua, Nuncio de su santidad en Madrid, retiene en su casa, contra la voluntad de muchas personas, á una jóven y bellísima italiana, llamada Alice. Pues bien, arrancádsela al arzobispo por la fuerza, si de otro modo no podeis, y depositadla donde yo os mande.

—¿He de entrar en el palacio del Nuncio de Su Santidad? ¿He de cometer un rapto en tan sagrado asilo?

—¿Por qué no? Si podeis realizar la idea sin pasar los umbrales del que llamais sagrado recinto, mejor para vos y para nosotros.

—Señor, me pedís casi un imposible.

—La recompensa casi será regia, alcalde.

—Lo creo, señor, pero el escándalo...

—¿Qué os importa eso, si en vez de atender las reclamaciones del Nuncio, en vez de imponer castigo al raptor, lo van á premiar con más de lo que él se figura?

—Está bien, señor, lo intentaré.

—No, es necesario que lo hagais, que lo ejecuteis, porque de lo contrario...

—Yo he de llegar donde pueda, señor duque.

—Pensad, discurrid con fría calma, estudiad el hecho que vais á realizar, dad el golpe con acierto y la victoria será nuestra. Tomad, ahí teneis las señas de la casa, donde depositareis á Alice. La recibirán un viejo mayordomo y dos camareras que ya aguardan desde esta mañana.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Partid, Bermúdez, y abreviad en lo posible. Es muy importante y urgente el asunto que concluyo de encargaros.

—Y muy difícil de realizar.

En este momento entró un sirviente, alargando á su señor una carta que llevaba sobre bandeja de plata. Al ver la letra el duque abrió el escrito, demostrando impaciencia. No leía, su vista devoraba aquellas líneas, y segun se iba enterando iba palideciendo.

Dos veces leyó la carta, quedando como anonadado, confuso, sin acción.

Bermúdez notaba con terror el mal efecto que la lectura acababa de hacer en el favorito.

El duque hizo un esfuerzo supremo sobre sí, y aparentando tranquilidad, exclamó.

—¡Ah! ¡estábais todavia aquí, alcalde! Me alegro. Os voy á pedir un favor.

—Lo que querais, señor.

—No os admireis, es cosa fácil. Suspended hasta nueva orden el asunto que os acabo de encargar.

—¿El de la nunciatura?

—Sí, ese.

—Muy bien, señor. ¿Deseais algo más de mí?

—No, que el cielo os guarde.

—El os inspire y defienda.

Y Bermúdez salió más que á paso, pues tenia sobrada razón al suponer que aquella aparente calma del duque era precursora de una gran tormenta.

Al quedar solo Uceda, se cubrió el rostro con las manos murmurando:

—¡Esos hombres adivinan; todo lo preven, no dejan cabo alguno suelto, maldición! Y cogiendo de nuevo la carta leyó por tercera vez lo siguiente:

«Señor: En las primeras horas de esta mañana sorprendieron mi casa cinco hombres, penetraron en ella y después de sujetar á mis criados, dejándolos inútiles para gritar, se llevaron la niña que dormia con su camarera. Yo conocí este hecho inaudito una hora después de haberse cometido el rapto. Se han hecho varias preguntas, pero efecto de lo temprano que era, nadie ha visto nada.

Los raptores no desplegaron sus labios, iban enmascarados y parecían nobles, creo que se trata de una venganza, no contra mí que á nadie hice daño, sino contra vos.

Si sois tan poderoso como cuentan, tan buen padre como decís, demostrádselo á esta infeliz madre, devolviéndola la hija que acaban de robarle.—Leonor.»

—¡Una venganza, sí! ¿Pero quiénes pueden ser?

Un lacayo vino á contestar á la pregunta acercándole otra carta en una bandeja.

El duque le despidió fijándose en el sobre.

—No conozco esta letra,—dijo, y abrió el escrito leyendo lo siguiente:

—«Señor duque: Vuestra hija está en poder de personas que cuidarán de ella con solícito afán. La conservan en rehenes y nada acontecerá á esa niña mientras Alice permanezca en la nunciatura ó salga de ésta por su propia voluntad; pero si algo se intentara contrario á lo expuesto, contra la protegida del Nuncio de Su Santidad, dejareis de ver esa niña para siempre.—Un italiano.»

La carta venía escrita con letra gallarda. en rico papel y en el idioma del que la escribía, es decir, en italiano.

—Me lo habia figurado,—exclamó el duque con dolor,—es una lucha titánica, una pelea imposible; mis enemigos, si les doy un golpe de mano, serán capaces de atravesar mi corazón en mi propio lecho.

Después meditó, añadiendo:

—Estas intrigas tan hábiles, este secuestro tan audaz y bien dirigido, sólo puede ser producto de los Osorio, ó de los Silva; de esos poderosos en riquezas, en talento, en valor y en habilidad. Yo que tan fuerte me juzgo ante los demás, soy un pigmeo frente á esos colosos. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo contrariar la voluntad del monarca sin perder la privanza? ¡Horrible conflicto; y aun habrá insensatos que me envidien! Si yo pudiera combatir el funesto amor que se apoderó del corazón del monarca. ¡Es tan bella Alice y tan débil él! Pero debo intentarlo porque la verdad es que si continúo como hasta aquí seré vencido y hasta dejaré de existir.

Y quedó meditando largo rato hasta adoptar una idea que se propuso realizar con la energía de que era capaz.

Pidió su carroza, y media hora después partía en dirección del palacio del duque del Imperio. Se hizo anunciar y el duque le recibió en su cámara de escribir sin demostrar impresión alguna agradable ni contraria.

—Siéntate, Sandoval,—le dijo,—y perdona el que te haya recibido trabajando. Supongo que vendrás á tratar conmigo algún asunto y por esta causa no te he recibido con etiqueta alguna.

—Tienes razón, Osorio, me trae aquí un asunto de mucho interés para mí, y me es igual el sitio elegido para tratar de él.

—Pues dí lo que quieras, que ya te escucho.

—Somos parientes, nos igualamos en jerarquía social, y todo cuanto nos rodea me aconseja que sea contigo franco, explícito, terminante.

—Muy bien, habla.

—Osorio, su majestad el rey ha tenido la debilidad de enamorarse ciegamente de la bella Alice. Esto es común en casi todos los monarcas, y no debe extrañarte el hecho ni el que yo te recuerde una cosa que ya sabes.

—Continúa, Sandoval.

—Mi posición se ha hecho dificilísima, y puesto que tanto talento tienes, y tan bueno fuiste siempre con tus allegados, te suplico me aconsejes qué debe hacer en el funesto trance en que el destino me ha colocado.

—Debiste empezar, Sandoval, por pedirme ese consejo antes de escribir la carta que recibió mi hijo, fir-

mada por Alice, y antes de mandarle arcabucear en la calle del Nudcio.

—No quiero defenderme de nada, no he venido á debatir contigo; deseo que corramos un velo sobre el pasado y me des un consejo, si á bien lo tienes.

—Sandoval, yo nunca cometí crímen alguno; maté á muchos hombres, porque mi oficio era guerrear, y el instinto de conservación me obligó á salvar mi vida á costa de la de otros, pero te juro que siempre rechacé el delito y huí del crimen. Tú no estás en ese caso, Uceda; tú sigues distinto camino del que yo anduve en el mundo, y no es posible que te avengas á tomar consejo alguno mío.

—Osorio, sé lo que vales, conozco perfectamente tu honrosa y brillante historia, no ignoro tu rectitud, y seguramente por eso te he pedido un consejo.

—En ese caso voy á dártele. Combate con talento y habilidad esa funesta pasión del rey; no porque sea monarca tiene derecho á convertirse en criminal; no es dueño de otra honra que la suya, y es menguado abusar del poder y de las grandes pasiones para ofrecer impunidad á los delitos.

—¿Y si no logro arrancar de su espíritu ese terrible amor que lo devora?

—Después de poner todos los medios, si no lograses lo que tú deseas y lo que á él conviene, abdica tu privanza, y no vuelvas á pisar la corte. ¿Qué falta te hace á tí, rico y poderoso, un favoritismo que te humilla, empequeñece y amengua mucho más qne puede darte en poder y en satisfacción de sí propio? Compara

tu existencia con la mía, lo que ven en mí las gentes y lo que miran en tí, mi tranquilidad y tu vida agitada y llena de sinsabores. Si esto hicieras me daría la razón.

—Me agrada la primer idea; la de arrancar del corazón del monarca una pasión que sólo mancilla y delito puede producir. Pero dime la manera de hacerlo, los medios que he de poner en juego para lograrlo.

—La persuasión, no hay otro.

—¿Quieres ayudarme, querrá el príncipe de Italia?...

—No continúes, Sandoval, ni mi hermano Julio ni yo, queremos pisar la corte, y menos ser consejeros de un rey tan débil.

—¡Ah, Osorio, no me hallo con fuerzas para empresa tan difícil!

—Inténtale y en último caso te encierras en tu palacio ó recorres tus Estados, ¿qué te puede faltar en el mundo?

—Osorio, no es eso; peligra la honra de Alice; se halla sitiada la vida de tu hijo, y yo he venido principalmente á que me prestes tu poderosa ayuda, para salvar ambas cosas, porque debes estar tan interesado, ó más que yo, en que no ocurra ninguna de las dos desgracias.

—Ni yo soy favorito, ni puedo hacer otra cosa que defender la justicia y la razon; mas no con intrigas ni entre sombras palaciegas.

—Puede ocasionarte una desgracia esa tenacidad, Osorio.

—No lo dudo, Sandoval, y si llega, la recibiré con esa abnegación y paciencia de que tan heróicas pruebas nos da ejemplo mi hermano Julio.

—Unidos los dos, y trabajando de común acuerdo, todo podría conseguirse.

—No cabe esa unidad entre un cortesano y el duque del Imperio; ni tú podrías hacer lo que yo te mandase ni yo obedecerte en nada. Posible es que el rey te haya mandado atropellar la Nunciatura, y arrancar de ella á la casta virgen que proteje mi primogénito sin mira alguna bastarda, pues es la hija del valiente maestre de campo, que siendo italiano, vertió su sangre por el monarca español, y salvó mi vida después de recibir dos heridas que pusieron en peligro su existencia. Todo eso y más sereis capaces de hacer, no lo dudo, pero no lo habeis de llevar á cabo sin dificultades, sin mucha exposición, y menos impunemente, os lo juro, que todos mis parientes y amigos os conocen, sabe lo que ocurre, y ¡ay de vosotros, el día que consumais alguno de esos dos crímenes!

—No es eso, Flaviano, yo no he venido aquí con amenazas, ni con deseo de que se cometa delito alguno, quiero lo contrario, te he pedido y ruego, que me ayudes á evitar toda desgracia á Alice y á tu hijo. ¿Por qué no parte éste con su protegida el tiempo indispensable para que el rey pueda olvidarse de ella, y ahogar la pasión que arde en su pecho?

—Porque ella no ha vendido su honra á nadie, ni mi hijo una vida que solo debe á Dios.

—Los grandes males necesitan remedios heróicos, y no hay regla que no tenga excepción. Hazlo, Flaviano, yo te lo suplico. Yo mismo facilitaré la marcha de ambos.

—Imposible.

—Que parta al menos ella sola.

—No tiene más protector en el mundo que mi hijo.

—¿No discurres algún otro medio?

—No lo hay. Que obren el rey y cuantos le aconsejan con la rectitud que Alice, mi hijo y yo, y no es posible que lamentemos desgracía alguna.

—¡Te he rogado, llegué hasta la súplica y me dejas partir sin atenderme!

El duque expresó estas frases con dolor y poniéndose en pie. Flaviano le contestó:

—Me has pedido un consejo y te lo he dado, excelente, decisivo.

—Bien comprendes que no es bastante; y que de realizar tu idea, sólo conseguiríamos que ocupara mi puesto en la Corte un hombre que pudiera sernos funesto á todos.

—Pero tú habrías logrado una dicha que desconoces.

—Algo intentaré con sujeción á tus ideas, y si nada consigo, que se cumpla la voluntad de Dios.

—Uceda, ten en cuenta al obrar, que mi hijo es hoy el hombre más terrible de España. Adiós.

Ambos se estrecharon las manos, yendo acompañado Uceda de Osorio hasta la escalera del palacio. Después se volvió el último, y tornando á sentarse en el sillón, exclamé:

—¡No harás nada, no, pobre Uceda, eres tan débil como tu señor, y contais con tan poco talento!... No se puede transigir con él; mi hijo tiene razón, cuando la cosa es justa, no debe dejarse de hacer por nadie ni

por nada. ¿Pero qué segundo golpe le habrá dado Flaviano, para que haya venido aquí tan humilde y pesaroso? No lo sé, más debe haber sido bueno, contundente, como suyo. Tiene más talento que yo; más acaso que Silva.

Y mandó llamar á Julio, toda vez que su hijo desapareció del palacio antes de anochecer, y no habían vuelto á saber de él.

Uceda se valió de todos los medios que su inteligencia le sugirió, para arrancar del corazón del rey la pasión que á éste le devoraba. Alice era para él su dicha, su ventura y hasta su honra, toda vez que veía en el triunfo de Flaviano una humillación vergonzosa. En este asunto, estaba interesado su corazón, su vanidad, su amor propio, y no había sacrificio en el mundo que él no fuera capaz de hacer, por conseguir el logro de sus deseos. Ni miraba las consecuencias, ni daba oídos á otra cosa, que á los gritos de la pasión que lo atormentaba.

Tres días empleó el duque de Uceda en aconsejarle bien, en espantar el amor que lo abrasaba, y hasta en describirle con estudiadas y sentidas frases, el daño que podía resultarle con la deshonra de Alice y la muerte de Flaviano; más todo fué inútil, lejos de ceder Felipe, hubo de llegar hasta la cólera, amenazando á Uceda con arrojarlo del alcázar y llamar acto contínuo al jóven conde-duque de Olivares, que ya tenía nombre en la Corte de audaz, de ambicioso y de hábil palaciego.

La vida del duque era una tortura continuada; sa-

lía de palacio después de hallar en él grandes sufrimientos, y lo recibía su manceba afligida, y preguntándole á cada instante:

—¿Y mi hija, duque? ¿Por qué no parece mi hija? ¿Por qué permitís que esta infeliz madre, que un día se sacrificó por vos, siga anegada en llanto amargo?

Preciso era que la ambición del duque llegase á una exageración incomprensible, para soportar una vida llena de abrojos y de penalidades.

Al tercer día por la noche, se encerró en su palacio, y entregado á la más completa desesperación, decidió la muerte de Osorio y el rapto, á mano armada, de la hermosa Alice. Al discurrir de esta manera, se olvidó de que era padre, toda vez que no trajo á su memoria la niña que tenían en rehenes sus enemigos y la triste suerte que podía correr al atentar sus esbirros contra Alice.

Más tarde, llegó á su memoria la suerte de su hija, y se contrajo á exclamar:

—¡No me han robado á mí esa inocente niña! pues lo mismo haré yo con ellos. ¿Pero y si matan á mi hija? ¡Maldición sobre ellos y sobre la funesta pasión de ese desdichado rey! Ya no puedo retroceder; empezaré por Osorio. y luego arrancarán la italiana del palacio del Nuncio. Esto ha de ser, y que ocurra lo que quiera.

En este momento, le anunciaron la presencia de Bermúdez en el palacio, y le hizo entrar, diciéndole:

—Llegais á tiempo, alcalde, pero empezaremoe por vos. ¿Qué noticias me traeis?

—Una sola, señor duque, pero la creo importante.

—Hablad.

—Puso en juego, según orden vuestra, toda la gente que me obedece en Madrid, que, gracias á la orden vuestra, es sencillamente la policía toda de la corte; pasan de doscientos hombres.

—¿Era esa la noticia que me íbais á dar?

—Perdonad, señor duque; he debido empezar por eso y añado: puse en juego á cuantos me obedecen, y tanto han preguntado, que lograron averiguar lo que vais á oir: salieron de la casa de doña Leonor en las primeras horas de la mañana de hace cuatro días cinco hombres, tirando cada uno por su lado, pero llevando uno de ellos un bulto, que debía ser sin duda alguna, la niña robada. Al abandonar la casa, iban sin careta, y la dueña que los vió asegura, que son jóvenes y bien parecidos. Resumiendo, para no molestaros, os diré, que deben ser los cinco hijos que dejó Ros, criado que fué del duque del Imperio, después mayordomo y últimamente le dieron un título de nobleza, y al morir vivia del producto de las rentas que añadieron los *Invencibles* al citado título. Los cinco son valientes, audaces y algo calaveras; llevan consumido más de la mitad del patrimonio que los dejó su padre. Estos son, al parecer, los raptores de la hija de doña Leonor.

—Es verosímil, alcalde, pero sólo tenemos una presunción.

—Está bastante fundada, señor.

—¿Qué pensais hacer?

—Rodear la casa esta noche, entrar de improviso

cuando se hallen cenando, y empezar por rescatar la niña, si allí la tienen. En caso contrario, prender á los cinco, y hasta les mandaré dar tormento, para que declaren el paradero de esa inocente criatura.

—Bien dispuesto; respetad á la madre y á las demás personas que pudiera haber en la casa.

—Lo haré.

—Esa familia debe estar protegida por el duque del Imperio, y no os conviene extralimitaros. Denunciando el hecho y recayendo sospechas de que pueden ser los autores los cinco hijos de Ros, puede hasta emplearse el tormento para hacerles declarar; pero á ellos solos, toda vez que el delito sólo cinco lo cometieron.

—Muy bien.

—Alcalde, os tengo reservada una plaza en el Consejo Supremo.

—¡A mí, señor! ¡Eso es imposible!

—Facilísimo, puesto que lo queremos su majestad y yo.

—¡Qué felicidad, señor, qué dicha!

—No es eso sólo, pienso entregaros á la vez cuatro mil ducados en oro.

—Empiezo á comprender, señor, y creo adivinar que debo antes ganar todo eso

—Lo habeis acertado.

—Tanto me ofreceis, que juzgo muy difícil conseguirlo.

—Por una plaza en el Consejo Supremo y cuatro mil ducados en oro, bien puede un alcalde del Rastro exponer su vida, Bermúdez.

—Es verdad, señor duque. Ahora comprendo por qué me llamásteis para poner á mi disposición toda la policía de Madrid y la calma que ha seguido á ese acto. Debe ser grave, y habrá necesitado de toda vuestra meditación.

—Estais inspirado esta noche.

—Ya anhelo saber dónde se halla la puerta del alcázar de la felicidad, por la cual deseo entrar.

—En pocas frases es lo voy á explicar. Empezais por descubrir el paradero de la niña, ó por averiguarlo en la forma que hemos convenido, y sin pérdida de tiempo, haced porque pase de este mundo al otro Flaviano de Osorio.

—¡El hijo del duque del Imperio!

—Si, ese.

—¡Con qué sangre fría lo decís!

—Imitadla vos, para que lo mateis mejor.

—¿Cómo he de hacer eso, señor duque?

—Eso es cuenta vuestra; la misión mía se concreta á mandar extender vuestro nombramiento de consejero y á entregaros cuatro mil ducados en oro.

—¡Ya me figuré yo que me ibais á encargar un asunto poco menos que imposible!

—Era natural, teneis tanto talento y adivinásteis que sólo lo casi imposible se puede pagar de un modo tan expléndido. Vais á empezar vuestra elevadísima carrera, por lo que los grandes hombres acaban.

—Inspiradme señor; unas cuantas indicaciones vuestras podian facilitar mucho el desenlace de ese trágico drama.

—No; quiero debéroslo todo; su majestad y yo deseamos saber si teneis ó no aptitudes para ocupar el puesto que os he ofrecido.

—¿Es decir, que en cuanto muera Osorio?...

—En cuanto muera Flaviano os resta una sola que hacer, fácil á mi juicio; porque sin la protección de Flaviano, la bella Alice caerá en vuestro poder sin grandes esfuerzos.

—Resumiendo, he de hacer lo posible por rescatar la niña á su madre; ha de morir Osorio y he de arrancar de la Nunciatura á la hermosa italiana. ¿Es ese todo?

—Nada más que eso.

—Me asombra el *nada más*, señor.

—Si vos no os atreveis...

—Comprendo que tendreis otro.

—No es eso solo, tengo además una isla en Filipinas, donde ireis á acabar vuestros dias si os matan por el camino.

—¿Qué hice yo, señor, para merecer?...

—Lo más grave del mundo: Oísteis un secreto, Bermúdez, que el que lo posee se halla encerrado en el siguiente dilema: «O cumple su misión y recibe la más grande recompensa, ó muere.»

—Muy bien, señor duque, opto por lo primero.

—¿Cuándo vais á dar principio?

—En cuanto me separe de vos.

—La brevedad, la mucha brevedad os puede facilitar la consumación de los hechos y mi gratitud.

—Solo espero que me deis vuestro permiso para empezar á comunicar órdenes.

—Lo teneis, partid y no olvideis que una cuchilla cortante se alza ya sobre vuestra garganta, Bermúdez.

—No se pueden olvidar esas cosas, señor.

Ambos se despidieron quedando el duque solo.

—Es jóven, muy ambicioso, osado, y no le falta capacidad; Bermúdez es el único hombre que puede realizar mi pensamiento. ¡Mi pensamiento! No, el de un loco que se echó en brazos de la pasión más insensata. ¿Qué resultará de las órdenes que acabo de dar? Lo ignoro, pero no puedo prescindir, más me he violentado yo al darlas, que ese alcalde al recibirlas.

Y quedó arrellenado en el sillón con la frente contraída y la mirada vaga y sombría.

Este favorito fué uno de los más pequeños de cuantos nos enseña la historia.

CAPITULO VI

—

La policia del siglo XVII.—Sorpresa y prisión.—Una insigne torpeza del favorito y del alcalde.—Flaviano de Osorio digno sucesor del duque del Imperio.—La libertad.—Conatos de un crimen.—La pelea.—Catástrofe.

Serian las nueve de la noche del dia en que el duque de Uceda dió las terribles órdenes al alcalde del Rastro, cuando fueron poco á poco rodeando varios embozados la casa en que habitaban la viuda de Ros, sus cinco hijos y una criada.

Después que tuvieron tomadas todas las salidas y no era posible que escapara ninguno de los habitantes de aquella morada, mandó abrir la puerta en nombre del rey el alcalde Bermúdez.

No tardó la criada de la casa en franquearles la entrada. Diez hombres penetraron con el alcalde á la cabeza, cuatro quedaron en el zaguán y seis en la calle vigilando la casa.

Los once, guiados por la sirvienta, entraron en el

comedor, donde cenaban tranquilamente María, viuda de Ros, sus cinco hijos y un desconocido que dijo la primera ser pariente lejano suyo y haber llegado aquel dia de Castilla la Vieja. Era el aludido, joven, pero más moreno que los hijos de Ros, estaba peor vestido y se quedó mirando á los recien llegados con la sorpresa que pudiera demostrar un provinciano.

—Mientras nosotros registramos la casa, concluid de cenar,—dijo Bermúdez,—para que luego podais contestar tranquilamente al interrogatorio que os voy á hacer.

La presencia del mismo alcalde hacía inútil la orden de nadie y por esta causa ninguno de los siete que cenaban se opuso al allanamiento y acto que iba á practicar Bermúdez.

De los once, dos quedaron en el comedor y los nueve restantes se extendieron por la casa reconociendo todas las habitaciones, armarios y cuantos huecos había en el piso bajo y principal de aquella vivienda únicos que tenía.

Convencidos hasta la saciedad de que no existía en aquella morada más seres que los siete hallados en el comedor y la criada, se incorporaron los once, y viendo que la cena había terminado, dijo el alcalde:

—Es preciso que me sigais los cinco hermanos.

—¿Dónde llevais á mis hijos?—preguntó la madre.

—Por el pronto á una prisión, luego donde acuerde el juez.

—¿De qué delito se les acusa?

—Todavía no hay acusación, señora; hay sólo vehe-

mentes sospechas, y si éstas logran desvanecerlas vuestros hijos nada les ocurrirá.

—Dejad á la justicia que cumpla su misión, tia,—dijo el que parecía provinciano.—Y vosotros primos míos, puesto que ningún delito habeis cometido, id tranquilos, que el duque del Imperio, nuestro señor, obligará al mundo entero á que os haga justicia.

Los estrechó con modales bastante bastos; ellos abrazaron á su madre y partieron yendo en medio de los alguaciles.

Cuando ya estaban en la escalera se acercó el supuesto sobrino al oido de su tia, diciéndola:

—Nada temas, María, que yo los salvaré pronto. Cuidado con que se os escape una frase inconveniente...

—No será; pero hijo mío...

—Nada me recomiendes, adios. Volveré á la media noche ó después.

Y salió también, siguiendo al alcalde y comitiva á respetable distancia.

El favorito, dando la orden de que sólo prendiesen á los cinco hermanos; y el alcalde, concretándose á obedecerla, había cometido una insigne torpeza. Se llevaron á los cinco, dejando tranquila y sosegadamente al que podia dar fin de todos ellos; á Flaviano de Osorio disfrazado de provinciano, con su epidermis teñida, dos berrugas en los carrillos que descomponían su bello rostro y un grosero tabardo [que dejaba ver unos zapatos, calzas y gregüescos de un mísero castellano viejo. Verdad es que el hijo había empezado á disfra-

zarse mejor que el padre lo habia hecho en sus buenos tiempos y no lo hubiera podido reconocer ni aun el mismo autor de sus dias. Artista consumado, hasta desfiguraba su voz; dándole un sonido grueso que en nada se parecía al timbre delicioso que tenia la natural.

Con las manos metidas en los bolsillos de su tabardo, el cual ocultaba una hermosa hoja de Toledo y dos pistolas que ocultaban cuatro cañones entre ambas, seguía nuestro joven á la comitiva hasta que ésta se detuvo á la entrada de una casa cuartel situada en la calle del Factor. En ella estaba alojado un tercio de los que servían la guardia en palacio y mezclados por consiguiente flamencos y españoles.

El alcalde penetró en el edificio con los presos y toda su escolta. Flaviano entró preguntando por un flamenco conocido suyo, que no estaba allí ni supieron darle razón de él, pero que le permitió comunicarse con varios soldados y ver y oir más de lo que á Bermúdez le convenía sin ser visto ni oido por éste.

Salieron el alcalde y sus corchetes dejando encerrados en el lóbrego calabozo á los cinco hermanos Ros.

Flaviano tardó todavía más de un cuarto de hora en abandonar el cuartel. Se habia hecho simpático á cuantos soldados se comunicaron con él, y hasta hicieron una apuesta que debia perder Flaviano al siguiente dia y en el caso de resultar así, ofreció pagarla en la hostería próxima, á las dos de la tarde que ya sus compañeros de apuesta estaban libres de servicio.

Salió de allí, desapareciendo por las calles de Ma-

drid á buen paso y sin que le ocurriese nada en el trascurso de aquella noche.

Durmió algunas hora en casa de la viuda de Ros, dió á ésta instrucciones y seguridades, y al amanecer salió de allí para dar principio á una vida activa como no la tuvo nunca.

Hizo varias visitas unas veces con su traje natural y otras disfrazado y cubierto su rostro con un barniz que lo desfiguraba por completo, habló con muchas personas, dejando por fin terminado el vasto plan combinado aquel dia y cuya realización era inmediata.

Con su traje grosero como el de la noche anterior, estuvo después de las dos de la tarde en la casa cuartel; había perdido la apuesta y la pagó en una hostería próxima.

Supo por los soldados, sus compañeros en esos momentos, que el alcalde Bermúdez había estado dos veces interrogando á los presos y no habiendo averiguado lo que quería, pensaba mandarles dar tormento á la mañana siguiente para ver si de este modo lograba declaraban lo que él necesitaba saber.

Flaviano tenía necesidad absoluta de evitar aquel tormento y para el logro de sus aspiraciones, no tenía otro remedio que el de dejar en libertad á los prisioneros. Fijo en esta idea, y discurriendo mejor que nunca, trabajó con celo incansable hasta las nueve de la noche que, vestido como pudiera estarlo un curial, entró en una modesta casa donde le esperaba un conocido suyo y varios dependientes de su palacio.

Era el primero un hombre que representaba la mis-

ma edad que Bermúdez, tenia su estatura y podia muy bien confundirse con él, entre la opaca luz con que se alumbraban entonces los madrileños.

Los otros eran cuatro, é iban cubiertos con trajes de alguaciles. De esa manera se había presentado en la casa-cuartel durante el día, el alcalde Bermúdez; es decir, acompañado de un escribano y cuatro corchetes.

Con su profundo talento, Osorio los ensayó, y cuando estuvo satisfecho de la verosimilitud de aquellos falsos curiales, se dispuso á salir con ellos.

Serian las diez cuando los seis entraron en la casa-cuartel. El supuesto alcalde, presentaba el rostro algo demudado, pero Flaviano iba junto á él, sereno, frío y demostrando la verdadera actitud que convenía al papel que representaba.

De orden del señor alcalde mandó llamar al llavero, disponiendo que abriese la prisión de los cinco detenidos la noche antes.

La orden fué imperativa; rápida, é impuso al llavero, hasta el extremo de obedecerla en el acto.

—Retiraos á vuestra habitación,—le dijo Osorio, sin perder su actitud imperativa,—ya os avisaremos al terminar este último interrogatorio.

Y los seis entraron en la prisión, en tanto que el carcelero obedecia, y lentamente se dirigió á sus habitaciones, equivocando á los recien venidos con los que estuvieron durante el dia.

No habia más luz que la de la linterna que llevó el llavero, la cual le arrancó Osorio de la mano, dirigién-

dola al suelo para que no pudiera fijarse en ninguno de los que le acompañaban.

Y dentro del calabozo los seis, habló nuestro valiente joven con los cinco hermanos; mandando luego á los supuestos alguaciles que les quitaran las esposas que sujetaban sus muñecas.

Supo por ellos que llevaban veinticuatro horas sin tomar alimento alguno, y que ya empezaban á ser víctimas de la debilidad.

Con calma, sin precipitación ni aturdimiento, dió algunas órdenes en voz baja nuestro entendido mancebo, y á la media hora de haber entrado en la prisión salieron los once. Los diez se dirigieron á la calle demostrando el alcalde al pasar por junto á la guardia la arrogancia que Osorio le había mandado. Iba delante, y entre los cuatro alguaciles salieron los cinco exprisioneros.

Con su natural sangre fría y calma, cerró Osorio la puerta del calabozo, cuya llave dejó puesta el carcelero, y llevándola en una mano y la linterna en la otra, se dirigió pausadamente á la habitación de aquél, diciéndole:

—Por fin han declarado; son unos pobres muchachos sin verdadera malicia.

—El miedo á que les dieran tormento.

—Mucho habrá contribuido. Tomad la llave y la linterna.

—¿Vos, no sois el escribano que vino esta mañana con el señor alcalde?

—No, su compañero, despachamos dos con su señoría.

—¿Quedan encerrados?

—Se los llevaron el señor alcalde y los alguaciles, pero ignoro si los dejará en libertad ó quedarán presos en el corregimiento. Buena noche.

—Vaya con Dios el señor escribano.

No podía abrigar la menor duda el carcelero de que Flaviano no fuese un consumado curial; su traje, su actitud, su serenidad; su aplomo y hasta el imperio con que hablaba cuando se dirigía á un mísero llavero eran propios del papel que representaba. Ni el mismo Bermúdez hubiera sabido distinguir á nuestro jóven de los curiales que le servian.

Con la calma que había entrado en la casa-cuartel, salió de ella: anduvo por la calle del Factor un minuto, incorporándose al doblar la esquina con el apiñado grupo de los diez que allí le esperaban.

—¿Habeis entregado las espadas? —preguntó Flaviano á los supuestos curiales.

—Sí, señor,—le contestaron.

—Tomad ese bolsillo, delicioso alcalde, embozaos bien y dormid tranquilo que nada debe ocurriros por lo que acabais de hacer.

El falso alcalde que no era un héroe ni mucho menos, desapareció de allí como un relámpago.

Osorio añadió, dirigiéndose á los aguaciles:

—Cada uno por su lado partid á la casa donde os disfrazásteis esta noche, regresando al palacio, que por hoy no necesito de vosotros.

Luego dijo á los hermanos Ros:

—Embozaos bien, y seguidme.

Por calles excusadas marcharon los seis hasta entrar en la hostería situada en una casa que habia en la calle Mayor esquina á la plaza del mismo nombre. Era necesario subir tres escalones para entrar en el establecimiento y en el hueco que estos formaban, se detuvo Osorio diciendo á los Ros.

—Entrais, probablemente no habrá nadie á estas hora, en caso contrario serán parejas que ocuparán cuartos interiores. Tomad la primera mesa de la izquierda y que os sirvan inmediatamente una buena cena. Aun tenemos que hacer mucho esta noche y es preciso que repongais las fuerzas perdidas. Yo quedo en este hueco para impedir, en mi calidad de curial, que nadie os moleste.

—Señor...

—Silencio y obedeced.

Los cinco hermanos entraron, no viendo parroquiano alguno en el primer saloncito.

Sin aturdimiento se sentaron, pidieron la cena y dieron principio á la consumación del acto que su materia les pedía y Osorio les habia ordenado.

Nuestro jóven quedó como hemos dicho en el hueco de la entrada, apoyando el hombro en un ángulo, fija su vista en la calle que corría á la derecha; y en la plaza Mayor que tenía á la izquierda. En estos momentos mumuraba para sí:

—Mal rato me dieron anoche y durante todo el día de hoy; pero no descansaremos hasta después de habernos desquitado, dando al favorito, al jefe de esos miserables una lección á lo Osorio

Eran las once y cuarto de la noche, que como las anteriores, se presentaba oscura y algo fría.

Diez minutos más tarde oyó Flaviano el ruido de pisadas cautelosas que se dirigían hacia donde él estaba.

Poco después vió pasar por delante de él una ronda compuesta de doce hombres, á cuyo frente iba Bermúdez, el cual le fué fácil reconocer á la luz de la única linterna que llevaban.

Toda la atención de nuestro jóven se concretó al grupo de seres humanos que cruzaban por delante de él.

—¡Oh, esto es algo!—dijo,—ese malvado intenta algo nuevo y he de averiguar lo que es.

En el acto entró en la hostería diciendo á los cinco hermanos:

—No os movais de este sitio ocurra lo que quiera; si os atacasen os defendeis; pero á ser posible permaneced cenando hasta que vuelva.

Y desapareció de allí como una centella.

Pronto su vista distinguió á Bermúdez y comitiva. Estos continuaron avanzando hasta situarse en un portal abierto, que había en la acera de enfrente del palacio del duque de Pastrana y como á doscientas varas de éste.

Osorio se situó en el hueco del portal contiguo, observando desde allí lo que hacían ó pudieran hacer los que componian la ronda.

—Empiezo á comprender,—murmuró nuestro jóven, —aguardan la salida de mi hermano Julio al cual sue-

lo acompañar é intentan asesinarme. O me han equivocado con él y esperan que me retire para matarme. Está bien, si no me he engañado me vereis esta noche, pero no en la forma que suponeis, miserables esbirros.

Y continuó pegado á la puerta y sacando solo una parte del perfil de su rostro para ver lo que pasaba en el portal contiguo.

Trascurrieron ocho minutos durante los cuales fué víctima Osorio de terrible ansiedad.

Por fin vió á larga distancia salir del palacio de Pastrana á su hermano Julio.

Iba embozado en su manto de grana y siguiendo su costumbre no quiso que le acompañara nadie.

Segundos después oyó Flaviano movimientos de pisadas en el portal contiguo y la voz de Bermúdez que hablaba muy quedo á sus subordinados.

—No me he equivocado, —dijo Osorio cogiendo un pañuelo blanco y dos pistolas que montó, quedando en actitud belicosa.

Julio marchaba á su paso natural y muy embozado por efecto del frío.

Diez pasos antes de llegar al portal donde estaban los esbirros, salieron estos espada en mano, dispuestos á asesinar á Julio.

Los dos que iban delante quisieron clavar en el pecho del hijo del Santo las puntas de sus espadas, y lo hubieran conseguido por efecto de la sorpresa y de lo envuelto que iba en su manto el jóven, si el valiente Osorio no lo hubiera impedido.

Al comprender éste la intención de sus enemigos,

se confundió con ellos, rompiendo sl cráneo con dos balazos á los primeros que se iban á echar á fondo. Después dirigió otro á Bermúdez que le atravesó un brazo; era la única parte de su cuerpo que veía, y el cuarto se lo puso en la frente al tercero que se iba á echar á fondo. Sus pistolas tenían dos cañones y otros tantos hombres habian rodado al suelo; pero quedaban nueve, y espada en mano acometieron á los dos mancebos.

Con el primer momento de suspensión tuvo bastante Silva para sacar su acero y Osorio para guardar las pistolas, y con la espada desnuda caer con su amigo sobre aquellos sicarios.

No eran corchetes, eran hombres de armas disfrazados de alguaciles, por esta causa se batían bien y con denuedo. Si hubieran sido corchetes, probablemente bastarían las cuatro detonaciones para que huyeran los nueve que quedaron en pie.

Bien pronto comprendieron Julio y Flaviano la clase de gente con quien se las habian, y comenzaron á hacer prodigios de valor y de destreza. Era la primera batalla á que concurrían, y en verdad que parecían dos consumados maestros, dos invencibles capitanes.

Osorio que era el más interesado en aquella ruda pelea, se echaba atrás, avanzaba, y saltando cuando le convenía, paraba los quites y hería sin compasión, dando tajos y estocadas con velocidad y acierto prodigiosos.

Diez minutos llevaban de pelear, el ferreruelo de Osorio estaba hecho girones, lo mismo sucedía al man-

to de Julio; pero sólo este último había recibido una leve herida en la parte superior del brazo izquierdo.

De sus contrarios quedaban solo batiéndose cuatro, los restantes cayeron muertos ó heridos.

—¡Maldito curial!—exclamaba el más valiente y diestro de los de Bermúdez, aludiendo á Osorio:—te he de matar.

Y se echó á fondo: pero Flaviano esquivó de un salto la estocada, dándole casi á la vez un tajo en el brazo derecho que lo dejó inútil, y su espada rodó por el suelo.

Su vista de lince fija, no sólo en sus enemigos, sino también en lo que pasaba en torno, distinguió á lo lejos, frente á él y á espaldas de los esbirros una ronda que habían atraido las anteriores detonaciones.

—Aquí, señor corregidor,—gritó Osorio:—trece asesinos quieren matar á don Julio de Silva.

—Silva,—exclamaron los sicarios, bajando las espadas é intentando huir, lo cual impidieron las puntas de los aceros de los dos jóvenes.

El alcalde Bermúdez tenía un brazo atravesado por una bala, pero esto no le impedía levantarse del suelo; quedó como muerto á impulsos de su miedo, más al oir que llegaba el corregidor y era Silva el atacado y no Osorio, se sentó para incorporarse. Flaviano lo vió, dándole un golpe en la frente que le privó de la razón por algunos minutos.

La ronda, atraida por las voces de Osorio, llegó, adelantándose éste con el acero envainado para decir:

—Señor corregidor, no son estos asesinos alguaci-

lles, son hombres de armas; vedlos: los ha traido el alcalde Bermúdez; ahí en tierra lo teneis, y la víctima es don Julio de Silva, que teneis delante. Lo ha herido, ¡maldición! Fijaos en él.

—Rodead á esos hombres y que ninguno escape,—dijo el corregidor.

—Rodeadlos, sí,—añadió Flaviano, y formó con ellos un círculo.

La autoridad, después de dirigir una mirada á cuanto le rodeaba, quedó frente á frente de Julio, preguntándole:

—¿Qué ha sido esto, señor de Silva?

—Salí hace un cuarto de hora,—contestó el joven,—del palacio de mi tío el duque de Pastrana y me dirigía á mi casa, cuando al llegar aquí salieron de ese portal, que aún continúa abierto, trece asesinos espada en mano, y sin expresar más frases que «¡Muere!» me acometieron sin darme tiempo á quitarme el embozo y á desnudar la espada. Me hubieran muerto indudablemente, pero la Providencia velaba por mí y de cuatro balazos que ignoro quién fuese el tirador, derribaron os cuatro primeros asesinos que se echaban á fondo. Hubo un instante de paralización, que aproveché para echar mi manto á la espalda y ponerme en guardia. No desistieron por eso los malvados, cayeron sobre mí los nueve que estaban ilesos y la Providencia, que seguía velando por este su hijo, puso á mi lado un curial que parecía llovido del cielo y comenzó á defenderme con valor que no hallo frases con que elogiarlo.

—¿Sería ese el que me llamó?—preguntó el corregidor.

—Sí, señor.

—¡El que me dijo luego que esos traidores eran hombres de armas y vos don Julio de Silva?

—Sí, señor.

—¿Dónde está? que venga á estrechar mi mano y á recibir la recompensa á que se ha hecho acreedor.

Todos los alguaciles le buscaron, pero el curial no estaba; había desaparecido sin que nadie le viera.

—Lo siento,—dijo el corregidor.

—Es posible,—añadió Julio,—que haya ido á avisar á mi padre ó al señor duque del Imperio y á su hijo.

—Es verdad, yo os ruego me lo mandeis cuando le veais, señor de Silva.

—Os repito, señor corregidor, que no le conozco, y es probable que no vuelva á verlo.

—¿Por qué?

—Esas almas nobles, valientes y generosas, ni gustan recibir recompensa ni darse á conocer.

—¡Poco habrá podido hacer un pobre curial!

—Lo mismo que yo, tres he derribado y otros tantos tendió él en tierra.

—¡Quién será!

—Lo ignoro.

—¡Ah, señor de Silva, estais herido, y no puedo ni debo deteneros más! Marchad á vuestro palacio, y no dudeis que la sangre real que os han hecho verter, será vengada inmediatamente; tenedlo por seguro.

Y alzando la voz, añadió:

—Acompañad dos con una linterna al señor de Silva.

El corregidor y Silva se estrecharon las manos, partiendo el primero entre dos corchetes, que lo dejaron en su morada.

La autoridad hizo llevar parihuelas, y cuantos estaban en la calle sanos, heridos y muertos, fueron trasladados al corregimiento.

El alcalde había vuelto á la razón, pero iba en la camilla quejándose amargamente.

En el acto de llegar al corregimiento, se empezó la indagatoria, y el jefe pasó la noche en vela, trabajando en el sumario y dando órdenes, para que después de identificar las personas, fuesen enterrados los cadáveres y curados los heridos.

La causa criminal que formaba el corregidor esta noche, debía ser origen de algunas complicaciones, según veremos más adelante.

Esa autoridad y todos los vecinos de Madrid, con la sola excepción de siete, ignoraban que estaba teniendo lugar en aquellos momentos, en otro punto de Madrid, un acontecimiento tan grave ó más que el que acabamos de presenciar.

Este segundo lance debía ser ignorado por todos, en las veinticuatro horas que siguieron al instante en que sus afortunados autores lo realizaron.

Pero nosotros que somos más impacientes que los curiosos de la corte, y tenemos más medios que ellos para saberlo antes, vamos á seguir á Flaviano, y todo lo sabremos, según vayan ocurriendo.

CAPITULO VII

Una inteligencia superior y cinco instrumentos de primer orden.—Sorpresa.—La casa misteriosa.—Al sótano.—Ni la Paz y Caridad salvan al favorito.—Lo que ocurre en una mísera celda.—La resonancia que tienen en el real alcázar los acontecimientos anteriores.

Flaviano de Osorio ayudó á los alguaciles á que formasen el corro dispuesto por el corregidor, mas, se quedó él fuera, y al primer descuido de aquéllos, desapareció de allí sin ser visto ni oido por ninguno.

En un minuto llego á la hostería, preguntando á los hermanos Ros:

—¿Habeis cenado?

—Sí.

—¿Pagasteis?

—Sí.

—Pues seguidme.

Y los seis salieron á buen paso en dirección de la plaza de Oriente.

No se parecía en nada la referida extensa plaza de hoy á la de entonces; ahora es la más embellecida de

Madrid; tiene hermosos jardines, estátuas y la rodea un semicírculo de casas de construcción moderna y entonces había huertas, arroyos y casas esparcidas sin uniformidad ninguna.

En la parte Norte había un convento de monjas, cerca de él una casa grande y lujosa y en torno, á alguna distancia, tres casas, una desalquilada y dos que habitaban familias de hortelanos.

No se veian más luces que las del real alcázar, y la que despedía el farol del zaguán que tenía la única casa grande que se alzaba, según hemos dicho, en la parte Norte de la plaza.

Desde esta vivienda á la parte Sur donde empezaban las calles de Madrid, había una extensión de mil varas, hallándose el terreno poblado de árboles y huertas, según hemos dicho.

Flaviano y sus cinco acompañantes llegaron á doscientas varas de la casa que presentaba alumbrado el zaguán, y deteniéndose allí Flaviano, dijo:

—Hemos llegado á tiempo; cuando luce esa luz todavía está dentro, y era cuanto yo deseaba.

Los cinco hermanos le rodearon, diciéndole el mayor:

—Flaviano, tu ferreruelo está acuchillado, rotos los gregüescos y en la hostería te he visto manchas de sangre.

—Sí, me he batido.

—¿Te han herido?

—No, maté siete, y á mí sólo me rompieron la ropa.

—¿Por qué nos dejaste en la hostería?

—Porque no necesitaba de vosotros, ni pude adivinar lo que iba á ocurrir.

—¡Has corrido!

—Eso sí, pero no huyendo de nuestros enemigos. ¡Qué día y qué noche! Vamos á concluir, que ya es media noche. Oidme los cinco.

Osorio les dió instrucciones claras y concretas, después cinco caretas, una mordaza de seda y esposas que llevaba ocultas y los fué situando detrás de árboles, prohibiéndoles hablar y moverse.

También él se ocultó frente á la casa alumbrada, y de este modo esperaron cerca de un cuarto de hora.

De la mencionada casa sacaron la niña los hermanos Ros, y en ella habitaba Leonor, manceba del duque de Uceda, de la que llegó á enamorarse perdidamente, y á la que visitaba todas las noches que podía, de diez á doce y media de la noche.

El favorito fué esa noche bien ignorante por cierto de lo que le iba ocurrir á la salida.

Jamás hacía aquellas visitas acompañado de gente para ocultar en lo posible el adulterio que constituían aquellas relaciones clandestinas.

Era la primera noche que iba el duque después de haberle secuestrado la hija que tuvo con Leonor; ésta le atormentó con llantos y reconvenciones, y lo cierto es que en aquella casa empezó á recorrer la calle de la Amargura para llegar al Gólgota que le preparaba Osorio.

Salió el duque de la casa, la puerta se cerró, y el favorito se encaminó por entre los árboles á su palacio.

Al abandonar el zaguán se oyó un estornudo.

Luego otro más quedo, y después una palmada, en cuyo instante salieron cinco hombres de entre los árboles, sujetaron á Uceda sin darle tiempo para nada, y en un minuto le pusieron mordaza y esposas.

Casi arrastrando lo llevaron á la casita desalquilada que abrió Flaviano, precipitándose dentro. La puerta se cerró, y entonces pudieron verse los siete.

Los hermanos Ros iban enmascarados, Flaviano con el rostro descompuesto y cubierto con el traje de curial, y el duque elegantemente vestido, sujeto con esposas y mordaza, aparecía descolorido y acobardado, cuanto que creía era llegada su última hora. Hizo varias señas con la cabeza, pero ninguno lo atendió.

Por signos dió una orden Osorio, y acto contínuo abrieron la trampa do un sótano, obligando al duque á que bajara á él.

Mientras los hermanos Ros le acompañaban, nuestro joven se entretuvo en cargar los cuatro cañoncitos de sus pistolas.

Era el sótano en que Uceda se hallaba, una habitación oscura y sombría. La luz y el aire llegaban á él por dos tragaluces que daban al corral, y era, en suma, un calabozo peor, si cabe, que el destinado á los hermanos Ros en la casa-cuartel.

No había mueble alguno ni otra cosa que alguna paja extendida para poder dormir sobre ella.

Cerrada la trampa, reinaba completa oscuridad; hasta que el día le prestaba un poco de luz, la escasa para poder distinguir los objetos.

Desde la cima del poder cayó el favorito al fondo de la mayor desgracia: era allí más pobre que un mendigo y tenía menos poder que la más débil é ignorante zagala.

La lección que le estaba dando Osorio era completa y casi cruel. En las veinticuatro horas que debía estar allí el duque sin comer, beber, ni auxilio alguno, su sufrimiento resultaba superior á todas las penalidades juntas de su vida.

Todo el poder de un favorito, á veces el de un rey, es pequeño en lucha con el gran talento del hombre privilegiado.

Por grande que sea el primero, es el otro un destello divino que supera en grandeza á todo lo conocido.

Cuando vió el duque que la trampa se cerraba, y ni aun auxilio podía pedir por impedírselo la mordaza, se sentó sobre la paja y quiso meditar, pero no tenía ideas ni hallaba medio de discurrir.

Su cerebro estaba descompuesto, su razón perturbada.

La noche fué horrible, sin que mejorase el siguiente día.

Osorio cargó sus pistolas, y cuando se disponía á marchar, le preguntó uno de los cinco hermanos Ros:

—Flaviano, ese hombre que queda encerrado en el sótano, ¿es el duque de Uceda?

—Sí.

—¡El favorito del rey!

—Eso es.

Lit. de F. Gonzalez Rojas. Madrid.

Prision de Uceda.

—Tienes más talento y más alma que tu mismo padre.

—No me compares con el duque.

—¿Qué te propones, Flaviano?

—Tenerlo encerrado en ese calabozo sin comer ni beber el mismo tiempo que os tuvo á vosotros en el vuestro y de la misma manera.

—¿Fué él ó el alcalde?

—Los dos.

—¿Qué vamos á hacer con el otro?

—Tiene ya un balazo en el brazo derecho y un golpe en la frente, que descompondrá su razón mientras viva.

—¡Terrible, Flaviano!

—¿Tienes miedo?

—No; los cinco hermanos Ros, tienen también la misma sangre que su padre.

—Me alegro, y partamos. Dejad puesta la llave del sótano; la de la puerta me la dais.

—¿Qué consecuencias podrá tener este atentado, Flaviano?

Nuestro jóven se encogió de hombros, contestando:

—Quitaos las caretas, guardadlas y salgamos de dos en dos.

Así lo hicieron, llegando á casa de la viuda de Ros, cerca de la una de la madrugada.

Preciso era que las carnes de Flaviano fuesen de bronce para tenerse de pie, después de lo que había trabajado durante aquel día y noche.

Los cinco hermanos Ros, estrecharon á su madre,

y unos en pos de otros, con intervalos de cinco ó más minutos, fueron entrando los seis por una puerta falsa, en el palacio del duque del Imperio.

Los cinco hermanos se acostaron.

Osorio se lavó y vistió, y con su traje natural, entró en su alcoba.

Su hermano Julio dormía tranquilamente. Sin promover ruido alguno le pulsó, y notando que no tenía fiebre dijo para sí:

—No ha sido nada, pero pudo ser mucho, por no haber llevado la cota interior; más me hubiera ocurrido á mí si la dejo en casa.

Abrió la puerta secreta y se dirigió, provisto de una luz, á la celda del padre Julio.

Antes de entrar le salió al encuentro un lego, que había servido al príncipe desde que tenía uso de razón; era un pobre anciano, que lo alentaba y tenía de pie, el amor que profesaba al príncipe.

—¿Señor,—preguntó á Flaviano,—á esta hora por aquí?

—Sí, ¿qué hace el príncipe?

—Lleva más de dos horas con el éxtasis.

—¿Más de dos horas?

—Vino á las once de socorrer desgraciados, y cayó á los piés del Señor, quedando sumido en el éxtasis.

—Voy á sacarlo de él.

Flaviano entró en la celda del superior de la Orden de Trinitarios, que era un paralelógramo pequeño, en el cual sólo había una mesa con libros y seis sillones de haqueta á un lado, y al otro, una preciosa escultura de

tamaño natural, con peana de mármol, que representaba á Jesús en el acto de expirar. La cruz y la figura eran de preciosas maderas, y esta divina imagen fué la misma que mandó hacer, y conservó, Alberto de Silva, primer príncipe de Italia.

Tenía la celda una alcoba separada por un tabique, y unas cortinas de paño negro que cubrian la puerta. Dentro de la misma había un catre de madera y lona; tenía un solo colchón de lana con dos almohadas, un armario con hábitos, ropa blanca y calzado con otro sillón de baqueta.

Este era el ajuar del príncipe de Italia, primo de Felipe II, generalísimo de los ejércitos de mar y tierra y general ahora de la Orden de Trinitarios.

Al entrar Flaviano, se hallaba Silva de rodillas delante la imagen del Señor, la cual estaba alumbrada por una lámpara perpétua y dos blandones.

El príncipe de Italia no oraba, no se movía, no articulaba frase alguna: tenía las manos cruzadas, y era su actitud la de orar; pero su materia estaba rígida, no veía ni escuchaba, su éxtasis lo dejaba en estado cataléptico, ó sea la muerte aparente, que parecía una estatua de piedra.

Flaviano lo contempló con ternura, con amor. Aquel leon de hace dos horas, era en estos instantes la enamorable beldad, contemplando al idolo que adoraba.

De pronto se abrazó al príncipe, y comenzó á besarle en la cara, ojos, manos, cabeza y hábitos. Después dejó su rostro unido al del religioso, exclamando:

—Padre, padre mío, despierta; te llama tu segundo hijo querido, tu Flaviano. Dios mío, permitidle que venga á ver á tu hijo y al suyo, Señor.

Y estrechaba su pecho contra el suyo, oprimiéndolo cada vez más.

El lego había entreabierto la puerta de la celda y por la abertura miraba el sublime grupo y sonreía diciendo:

—Bien, bien, le hará volver á la vida, sólo él, su padre y Julito tienen ese privilegio en el mundo. Ni toda la comunidad, ni el rey, ni nadie lo saca del éxtasis.

El Trinitario empezó por estremecerese, luego sintió calor su materia, un tinte rosa pálido coloreó sus mejillas, abrió los ojos y reconociendo á Flaviano exclamó.

—Hijo mío, me trasportas del cielo á la tierra, de un mundo de encantos á otro de penas y amarguras. ¿Es muy tarde?

—Las dos de la madrugada.

—¡Las dos! ¿Por qué estás todavía levantado?

—Por que tengo muchas cosas que referirte; y hasta que tu vayas al cielo para siempre con mi abuelo Alberto, tienes que oirnos y recibir nuestros besos y reprendernos, porque todos juntos no valemos lo que tú sólo, ni reunidos la centésima parte de tus virtudes.

—Tan diablito como noble y generoso, Sentémonos en estos dos sillones, mírame.

Y Julio se fijó en la despejada frente de Flaviano. en sus ojos llenos de vida, fuego y belleza, en su her-

moso y varonil rostro, pero al acabar de contemplarlo bajó la cabeza, su frente se plegó y con acento dolorido le dijo:

—¡Terribles cosas has hecho hoy! Sí; ahora recuerdo que al postrarme ante nuestro Dios tuve un presentimiento terrible, temí por tí y por tu hermano Julio, y por ambos pedía al señor. Es verdad, y Su Magestad Divina me concedió la gracia, Flaviano ¿qué os ha ocurrido; porque no está Julio contigo?

Esta pregunta la hizo el sacerdote con una viveza desconocida en él. Osorio se apresuró á contestarle después de cogerle una mano, cubrirla de besos y quedar con ella entre las suyas.

—Nada temas por mi hermano, señor, está durmiende arriba con la tranquilidad de un Silva ó de un Osorio.

—Pero eso no contesta á mi pregunta; ¿por qué no ha bajado contigo, él que me ama tanto como tú?

—Primero porque estaba ya dormido cuando llegué esta noche, y segundo, porque él no ha sido el pecador hoy, lo fuí yo y por eso vengo solo á confesarme.

—¿Tú has pecado? ¿Oí mal, Flaviano?

—No, padre mío, has oido perfectamente.

—Habla, cuéntamelo todo. Nada me ocultes.

—Eso deseo, á eso he venido y no temas que ni una sola frase he de desfigurar ni he de ocultar nada.

—Empieza.

Con naturalidad, calma y completa exactitud fué uno por uno refiriendo Osorio al príncipe todo lo ocurrido y cuanto había hecho en aquel día sin olvidarse

de añadir el rapto de la hija de Uceda ni ninguno de los hechos anteriores.

Cuando hubo terminado le hizo el religioso varías preguntas á las cuales contestó el jóven con sinceridad completa.

Al escuchar el largo relato no demostró el príncipe haberse impresionado mal ni bien; oía con interés y nada más.

Después miró á Flaviano de una manera extraña, diciéndole.

—Has sido esta noche la Providencia de tu hermano Julio y has sido el encargado de demostrar al duque de Uceda lo poco que todos valemos, dándole á la vez un aviso elocuente, saludable, de que no hará caso, pero es hijo de Dios como nosotros y merece esa atención de nuestro divino padre. Flaviano, vales más aun que tu padre, que fué el primero en su época: no abuses hijo mío de tu talento, ni de tu valor. Lo mucho que vales se lo debes á Dios y puesto que á todos aventajas en veinte bellísimas cualidades, aventájales también en generosidad, en grandeza de alma, en caridad, en abnegación. Nada puedo reprenderte, la sangre de tu padre el duque del Imperio no niega en tí su origen, obras como él, casi como él, respecto á los hijos de Dios mejor que él; ¿por qué no has de ser perfecto?

—No hay más que uno en Madrid, señor, y ese eres tú.

—También á tu edad, en las guerras, en las intrigas... Flaviano domínate más y puedes ser mejor que todos nosotros.

En este momento apareció un lego joven á la puerta de la celda, diciendo á su superior:

—Señor, su majestad el rey desea hablar con vuestra alteza.

—Fray Juan, ¿por qué me dais tratamiento?

—Porque lo teneis y porque sois el mejor de los nacidos. Os dignais recibir al rey.

—Sí, que entre, y yo te suplico no me vuelvas á dar tratamiento alguno.

—Sentiré no poderos obedecer, pero será en lo único.

Salió, exclamando Osorio:

—¡Señor, el rey á estas horas!

—¡Qué me importa!

—¿Me retiro?

—No, hijo, contigo hablo por amor, con el monarca por obligación; que lo primero endulce lo segundo.

—Su majestad el rey, nuestro señor.

Anunció el lego y apareció don Felipe, que se descubrió al vor la imagen de Jesús, besando luego la mano de su tío Julio; después dió á besar la suya á Osorio, diciendo:

—Sentaos, señor: la reina me obliga á venir á esta hora, y yo no he dudado, puesto que se trata de vos y de vuestro hijo Julio.

Ambos se sentaron, quedando de pie nuestro joven. El príncipe reparó en ello, diciéndole.

—Flaviano, estamos delante de Dios y ante Su Divina Majestad todos los nacidos somos iguales. Siéntate como nosotros lo estamos.

—Gracias, padre mío, —dije Osorio sentándose frente al rey.

Este no pareció disgustarse por eso, y se apresuró á decir:

—Era ya más de la media noche y me disponía á descansar, cuando entró la reina, que se ocupa más que yo de las cosas mundanas, y trémula, azorada y entristecida, me dijo: «Felipe esto es insufrible, intolerante; al paso que vamos llegará día que no se pueda andar por las calles de Madrid sin llevar uno ó dos tercios detrás y delante. Felipe, añadió, gobierna tu á España, ó bajaremos al sepulcro, maldecidos y llenos de remordimientos.» ¿pero qué ocurre, señora,—le pregunté? Hace cuatro días secuestraron á una niña inocente,—dijo;—ayer, sin causa ni motivo, y por sólo una rícula sospecha, prendieron y encarcelaron á los cinco hijos de una viuda, cuyo marido prestó muchos servicios al rey tu padre, junto al duque del Imperio, y esta noche, escandalízate, han querido asesinar y consiguieron herir doce asesinos, mandados por un alcalde al hijo del Santo, á tu primo Julio. ¿Qué se puede esperar de un país manchadas sus calles con sangre real?» Confieso que nada sabía; mandé llamar á Uceda, el cual parece que se ha perdido, fué en su lugar mi corregidor, y me ha enterado de todo. Equivocaron á vuestro hijo con otro, y ese funesto error motivó esa desgracia.

—Cierto señor, creyeron que mi hijo era el del duque del Imperio por lo parecido que son en figura y traje, pero eso no obsta para que resulte que las auto-

ridades asesinan ó intentan asesinar en medio de las calles de Madrid á un grande de España, heredero del hombre que más servicios prestó al rey, á la religión y á la patria en los últimos treinta años.

—El hecho es funesto siempre, pero la justicia lo vengará.

—Mi hijo, Flaviano y yo perdonamos á los reos; pero Dios acaso no lo haga, respecto del desgraciado que se entregó á bastardas pasiones, y en aras del vicio y del apetito impuro viene siendo la oculta causa de algunos crímenes y de un desconcierto que humilla y empobrece el reino. Su majestad la reina tiene razón; si el rey no gobierna sus Estados, éstos sucumbirán entre las fauces de hombres sin conciencia ni amor á la patria que les vió nacer.

El rey palideció, y comprendiendo la alusión, un poco turbado, dijo:

—Ante todo, deseo saber cómo se encuentra Julio de su herida.

—Mi hijo, señor, que es bueno, y no falta á ninguno de sus deberes, le mandó esta noche Dios una Providencia para que le defendiera y otra para que le curase. Por eso se halla tranquilamente dormido y sano, casi sano.

—Me complace mucho saberlo.

—Gracias, señor.

El rey no se atrevió á entablar debate con el Santo; su conciencia le acusaba, y se apresuró á ponerse en pie, diciéndole:

—Me complace la noticia que me dais sobre vues-

tro hijo, y estoy seguro que la reina se alegrará mucho. Conste que he venido en persona á enterarme. Dios os conserve la vida, y vele por vuestro hijo, príncipe.

—El os tenga de su mano, señor, y defienda vuestra vida, colmándola de dichas y ventura.

Sin más cumplidos, y sin decir nada á Osorio, salió don Felipe, siendo acompañado por Silva hasta la puerta de la celda, nada más.

El primero temía tanto como respetaba al tercero; éste sólo abrigaba compasión para el otro. Cuando lo hubo perdido de vista, exclamó:

—¡Pobre materia humana, débil y quebradiza, cual mísero barro, lo mismo en el rey que en el vasallo, en el rico que en el pobre! ¡Felipe III, tu padre dejó algo que desear, tú llevarás el reino á la desgracia!

Y volviéndose á Flaviano, le dijo:

—Retírate, hijo mío, que es muy tarde. Y domínate, Flaviano, domínate.

Ambos se estrecharon, buscando cada cual su respectivo lecho.

Osorio quedó dormido poco después de haber apoyado la cabeza sobre la almohada. En este momento abrió Julio los ojos, y fijándolos en su querido amigo y hermano.

—Mi Providencia esta noche,—exclamó.—No es posible querer más á un hermano, ¡oh, su vida me importa más que la mía! ¡Qué valiente es, qué hábil, qué audaz y qué noble y generoso! Duerme tranquilamente; ya puedo yo también hacerlo.

Y volvió á dormirse.

Sepamos lo que ocurría en palacio.

Al día siguiente, poco después de levantarse el monarca, entró la reina en su cámara, y muy mal humorada, le preguntó:

—¿Qué medidas habeis tomado, para que sean castigados inmediatamente los asesinos del hijo del príncipe de Italia?

—Ya se ocupa de eso el corregidor,—le contestó don Felipe,—conoces su celo, y no se puede dudar de su energía é interés. Cumplí tu encargo, visité al superior Trinitario, y su hijo se halla bien, nada debe temerse de la herida que recibió.

En este momento apareció en la puerta de la cámara un gentil-hombre, diciendo al rey:

—Señor, el corregidor de Madrid acaba de llegar.

—Nunca más á tiempo,—exclamó el rey,—que pase. Tú, Margarita, quédate, y podrás oir lo que deseas.

Entró la autoridad anunciada, y después de besar la mano á los reyes, esperó á que le preguntasen. El rey le dijo:

—Habla, dí todo lo que sepas y hayas podido averiguar sobre el acontecimiento de anoche.

—Señor, el que dirigía á los sicarios que atacaron al señor don Julio de Silva, no ha podido declarar. Tiene el brazo derecho atravesado por una bala (pelotas se llamaban entonces), posible es que tengan necesidad de amputarle ese miembro por el hombro, recibió además un terrible golpe en la frente, la fiebre le devora, delira, y es inútil hacerle pregunta alguna.

—Bien, bien, ¿pero y los restantes?

—Los restantes, señor, eran doce; siete han muerto sin declarar, y los cinco vivos, dos se hallan heridos y tres únicamente sanos. Los doce resultan oficiales del segundo tercio de Flandes, residente hoy en Madrid. Todos tienen nota de valientes y de diestros en el arte de la guerra.

—¿Y por qué iban disfrazados de alguaciles?

—Su jefe les mandó que obedecieran ciegamente al alcalde Bermúdez, y lo hicieron con desgraciada exactitud.

—¿Quién es el jefe?

—El maestre de campo, Mendoza.

—¿Está preso, corregidor?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha declarado?

—Que mandó esos hombres como los más valientes y aguerridos de su tercio, por orden verbal que le dió el señor duque de Uceda. Asegura que ignoraba por completo el uso que iba á hacer de sus oficiales el alcalde Bermúdez, y añade, que de haber comprendido que iban á asesinar al hijo de su generalísimo, el príncipe de Italia, ó al de su general el invicto duque del Imperio, no diera un soldado sin una orden firmada por vuestra majestad.

—¡Cuánta iniquidad, Felipe!—exclamó la reina.

—No formemos juicios temerarios, Margarita; deja al corregidor que continúe enterándonos de todo. Tú, continúa el relato.

—Los cinco oficiales que viven, han declarado, que sólo les dijo el alcalde, que se trataba de prender vivo,

ó de entregar muerto al mayor enemigo que tenía vuestra majestad. Añadió luego, segun ellos afirman, que era un hombre tan valiente y hábil en el manejo de las armas, que debían andarse con mucho cuidado con él. Además de este medio empleó otros, procurando con ellos excitar el amor propio de los oficiales, para cegarlos y que atacasen con el brío que lo hicieron.

—Buen brío estuvo, corregidor; bastó la espada de mi primo Julio con la ayuda de un mísero curial para derribar diez de los trece.

—Y es indudable que si yo no llego, dan fin de todos, pero segun afirman, el primo de vuestra majestad es un héroe y el curial un demonio con el cual dicen que no puede nadie, el mismo don Julio me ha dicho esta mañana que los doce oficiales se batieron admirablemente.

—El hecho, corregidor, vá resultando más grave de lo que creimos anoche. Supongo que ya habreis encontrado al célebre curial; le debe la vida mi primo y es digno de recompensa y de nuestro aprecio.

—Señor, desde ayer no he dormido ni descansé un momento; toda la curia de Madrid estuvo en el corregimiento; hallé dos que se parecen al de anoche, pero niegan haber sido ninguno de ellos, y la verdad es que nada he podido averiguar. Mandé visitar á los que me dijeron hallarse enfermos toda vez que pudo haber recibido anoche alguna herida; trabajo inútil, ninguno es el que buscamos.

—¿No pudiera ser otra clase de hombre disfrazado de curial?

—Eso creo, señor, pero no tenemos dato alguno que lo confirme.

—Como dato basta lo que hizo. ¿Se parecía algo á Flaviano de Osorio?

—En nada, señor, era hombre muy distinto y de más edad.

—¿No habeis oido referir como yo lo admirablemente que se descomponía y disfrazaba el duque del Imperio?

—Sí, señor; y para que el de anoche fuese el hijo del duque era necesario que adivinara, pues Bermúdez á nadie dijo su intento, ni la hora, ni el sitio, ni nada. Solo cuando en tierra y revolcándose en su sangre oyó gritar que su gente asesinaba á don Julio de Silva exclamó incorporándose: no, es Flaviano de Osorio. No pudo decir más porque un golpe en la frente le derribó otra vez privándole la razón.

—Basta eso, corregidor para comprender que Bermudez equivocó á Julio con Flaviano.

—Es posible, señor, pero el asesinato era tan grave en el uno como en el otro.

—Es verdad, corregidor, se apresuró á decir la reina.

—No digo lo contrario,—añadió el rey,—pero volvamos al curial. ¿No habrá medio de descubrir quién es?

—Como él siga ocultando su nombre ó una casualidad no lo descubra, lo creo imposible, señor, después de lo mucho que he trabajado para dar con él.

—¿Habló con Julio de Silva?

—Ni una frase siquiera le dirigió. Se colocó á su lado defendiéndolo con heroismo y en cuanto lo dejó rodeado de mi gente, es decir, cuando ya no hacía falta desapareció de allí como un relámpago.

Está bien; ¿qué más averiguaste?

—Que se ha perdido el señor duque de Uceda.

—¿No ha vuelto á su palacio?

—No, señor; salió á las diez de la noche y nadie ha vuelto á verle.

—Eso es más extraño todavía. ¿Guardará alguna relación la ausencia del duque con los acontecimientos de anoche?

—Lo ignoro, señor.

—¿Pones los medios para averiguarlo?

—Sí, señor.

—¿Buscan á Uceda?

—Doscientas personas.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Desgraciadamente, no señor.

Continúa averiguando, corregidor, que se depure la verdad y á los que resulten criminales que caiga sobre ellos la cuchilla de la ley, sin consideración á clase ni á privilegios. Retírate y dame cuenta de todos los descubrimientos que hagas.

El corregidor besó la mano de sus reyes y salió de la cámara dejando solos al rey y á la reina. Ambos quedaban ensimismados y vacilantes. Por fin exclamó ella:

—El rey debe gobernar sus Estados: cuando no lo hace así y se fía de hombres ignorantes y débiles como

el duque de Uceda, llueven las desdichas y los tronos son blanco de la maledicencia. ¡Ah, por algo suspiran esas masas populares por su rey Carlos V y hasta por Felipe II! El que no entrega á sus hijos igual ó mejorada la herencia que recibió de sus padres, baja al sepulcro entre remordimientos y amarguras.

La reina se había puesto en pie é iba pronunciando las anteriores frases según cruzaba la cámara real.

El monarca continuó sepultado en su sillón meditando sobre lo que acababa de oir y probablemente haciendo votos que no había de cumplir nunca.

CAPÍTULO VIII

Madrid después del acontecimiento anterior.—El palacio de Silva —Un notable paseo —Vuelve á presentarse en escena el duque de Uceda.—La ambición ni se arrepiente ni se enmienda, como veremos más adelante,

Pronto corrió por Madrid la noticia del atentado contra Julio de Silva, y eran tan queridos los dos hermanos de los grandes, los nobles y la plebe, que nadie hablaba de otra cosa, retratándose la indignación en los semblantes de todos.

Desde las diez de la mañana empezaron á llenarse los salones del palacio de Silva con grandes, nobles y jefes del ejército que iban á ofrecerse á él y á darle la enhorabuena por su heroismo y suerte en un lance en que pudo muy bien perecer.

El pueblo fué yendo también, preguntaba á los criados y con el mayor respeto y compostura se iba retirando bendiciendo á Dios porque había salvado la vida del hijo del Santo.

Desde muy temprano se llenó de curiosos el Men-

tidero de San Felipe y la noticia de lo ocurrido corrió allí de boca en boca y fué luego extendiéndose por todo Madrid. Cada individuo de los que pisaban el atrio filipense, era una trompeta que pregonaba las noticias y éstas corrían con rapidez vertiginosa.

Referían el hecho un poco exagerado, según costumbre meridional, pero con exactitud hasta cierto punto. Cuando llegaban al curial todos le llamaban la Providencia, pero se decían para sí:

—Flaviano de Osorio; sólo él es capaz de hacer lo que achacan al curial. Se disfrazaría como su padre...

Se callaban estas ideas, pero estaban grabadas en la conciencia de todos los madrileños.

El duque del Imperio y Julio de Silva habían recibido á los grandes, nobles y generales que fueron á enterarse de la salud del segundo y ofrecerse á él.

En cuanto á Flaviano de Osorio, ni su padre, ni sus hermanos sabían de él; se levantó tarde y desapareció del palacio sin decir á nadie donde iba.

Hasta la hora de comer estuvieron llenos los salones del palacio.

Después se fueron retirando todos y al desaparecer el último entró Flaviano, diciéndoles:

—Padre mío, hermano, me hareis el favor, si á bien lo teneis, de acompañarme esta tarde. ¿Cómo sigue tu brazo, Julio?

—Muy bien, nada siento en él que me moleste.

—Me complace, y de ese modo te será posible salir á caballo. ¿Podrás manejar las bridas?

—Perfectamente.

—¿Por qué quieres que te acompañemos á caballo esta tarde?—preguntó el duque.

—Padre mío, la desgraciada Alice no ha salido á la calle desde que la depositásteis en la Nunciatura, la gusta mucho montar á caballo y he ofrecido á la hermana del Nuncio y á ella acompañarlas esta tarde á dar un paseo.

—¿Y el favorito, Flaviano?

—Yendo con nosotros el *invencible* duque del Imperio, no creo debamos temer nada; pero aun cuando así no fuese nada debemos temer del duque de Uceda; está inútil.

—¿Cómo inútil?

—Como si dijéramos preso.

—¿Quién osó atentar?...

—Un curial que anduvo haciendo diabluras anoche, según cuentan.

—¿Sólo él?

—No, le seguían cinco jóvenes que según he podido comprender tienen buen temple de alma.

—¿Cómo el padre?

—Por ese estilo.

—¿Hasta cuando va á estar preso ese desgraciado?

—El curial le dará al rey los medios de que lo liberte á media noche; es la misma cantidad de tiempo que por causa suya estuvieron presos cinco protegidos del curial.

—Ya sospechaba yo, hijo mío, quién era el intruso de la curia.

—¿No os dijo nada Julio?...

—No, tu hermano es modesto, hace suyo todo lo que á tí se refiere y se lo calla para evitar que le llamen vanidoso. También ignora lo de Uceda.

—Y yo,—añadió Julio.

—Pues ya lo sabeis. ¿Comemos?

—Vamos.

Y los tres se dirigieron al comedor.

Hora y media más tarde montaron en tres magníficos potros y seguidos de otros tantos lacayos se dirigieron á la Nunciatura.

Las dos damas montaron también, saliendo en dirección á la pradera de San Fermín.

Osorio, padre é hijo, llevaban enmedio á los tres restantes, y unidos á los lacayos de los caballeros, otros dos de la Nunciatura, comenzaron á pasear primero por la pradera, luego por el pradillo de San Jerónimo, llamando la atención de cuantos transitaban por aquellos sitios por la gallardía de los caballeros y la mucha fama que tenían y por su incomparable belleza Alice.

Más de un aplauso recibieron, en particular Julio de Silva, por la rapidez con que había sanado de su herida ó por su indiferencia respecto de una lesión leve.

Grandes y pequeños todos se descubrían cuando ellos pasaban.

Ya iban á retirarse cuando se les vino encima una carroza en que iba la reina y el rey. Al ver ésta á la bella Alice no pudo disimular la impresión que recibió.

—¿Cómo estás de tu herida, Silva?

La reina mandó parar el carruaje é hizo seña á Julio para que se acercase.

Los cincos habían detenido sus caballos en fila para dar frente á los reyes, y al movimiento de la mano de la reina avanzaron los tres, y gorra en mano quedaron frente á la portezuela izquierda de la carroza.

La reina, sacando parte del cuerpo fuera del coche, preguntó:

—¿Cómo estás de tu herida, Silva?

—Señora, desde que mi padre el duque del Imperio me fijó el apósito, no he vuelto á cuidarme de ella. Debe ser muy leve, toda vez que no me molesta. Doy á vuestra majestad las gracias por un interés que no merezco.

—Sí, eres acreedor á él; sois dos jóvenes dignos de la estimación de vuestros reyes, como lo es el duque del Imperio, vuestro padre, de la admiración de los españoles por sus gloriosos hechos.

—Gracias, señora,—contestaron los tres.

—Silva, me complace lo leve de tu herida; deseo cure radicalmente y que á los tres os proteja siempre la bondad divina.

No hubo tiempo para que contestaran los otros. La reina había hecho señal al cochero para que continuara la marcha, y la carroza arrancó al expresar Margarita su última frase.

Volvieron á incorporarse los cinco, prosiguiendo su paseo hasta dejar á las damas en su morada, y reregresaron ellos á palacio, sin que nada les aconteciera.

Sigamos nosotros á la regia pareja.

En cuanto el rey vió que su esposa llamaba á Ju-

lio, é inclinaba el cuerpo hasta sacarlo fuera de la portezuela, se echó él atrás, y de este modo ni le vieron ni pudo ver á los tres que se acercaron, por cubrirlo la reina. Esta preguntó á su esposo:

—¿Por qué te has impresionado tanto al ver á esos caballeros?

—No me han impresionado, Margarita.

—Entonces habrá sido Alice.

—¡Alice! Tampoco esa dama.

—¿Si habré estado yo ciega?

—Por lo menos has visto mal.

—¿Qué motivo te han dado el duque y sus dos hijos para que no les hayas dirigido el más leve saludo? El uno es pariente tuyo, y los tres son grandes de España, y según dice todo el mundo, los más cumplidos caballeros de esta hidalga sociedad.

—Me cubrió tu cuerpo, y no pude verlos, Margarita.

—No tendrías muchas ganas de hacerlo.

—Estaba distraido.

—Sí, pensando en Italia probablemente.

—O en Francia.

—¿Por qué no había de ser en Nápoles?

—Sea lo que tú quieras, Margarita, ese asunto no merece debate.

—¿Quién sabe?, el tiempo lo dirá.

Y continuaron mudos hasta que ya en el alcázar cada uno entró en su respectiva cámara.

Al rey le esperaba el corregidor, y en el acto lo hizo pasar, interrogándole con viveza:

—¿Qué has descubierto sobre el paradero de Uceda?

—Señor, nadie me da razón de él, no obstante las muchas indagaciones que hemos hecho mis agentes y yo.

—¿Viste á doña Leonor?

—Sí, señor, y me dijo que salió anoche de su casa bueno y sano, despues de la media noche. Nadie ha vuelto á verle desde entonces.

—Le tendieron alguna celada y ha sido víctima de ella.

Y arrellanándose en un sillón, añadió demostrando disgusto y malestar:

—Sigue buscando y no ceses hasta dar con él.

Salió el corregidor y el rey se olvidó de éste y de Uceda para llevar á su memoria la preciosa imagen de Alice. Esta tarde le había impresionado más aun que anteriormente y su pensamiento se perdía entre el cúmulo de ideas que le pendían la posesión de aquella virgen.

Cada vez más enamorado de la casta doncella, estuvo en el comedor cenando maquinalmente y luego trabajó dos horas, retirándose á las doce á descansar.

Al entrar en la cama tropezaron sus pies con un objeto que hubo de llamar su atención. Lo cogió con la mano, notando con sorpresa que era una llave grosera, de la cual pendía un escrito.

—Acerca luces,—dijo al que le servía en aquellos instantes.

Después leyó para sí:

«Señor: Tengo el honor de entregaros la llave que cierra la prisión del duque de Uceda.

»Lo he tenido veinticuatro horas preso sin comer ni beber para que comprenda lo que ha hecho sufrir á tantos infelices, inocentes la mayor parte, á quien él ha impuesto ese mismo castigo.

»Si á vuestra majestad le parece poco tiempo, puede añadir otras veinticuatro ó dejarlo, si lo juzga justo, dentro del sótano donde se halla, el cual puede servirle muy bien de panteón.—UN NAPOLITANO.»

La carta se hallaba escrita en italiano y á continuación de lo expuesto se daban señas claras y terminantes para hallar la prisión de Uceda.

—¿Quién ha podido poner en mi lecho esta llave y esta carta?—exclamó el rey fuera de si.—Lo ignoro, pero es indispensable averiguarlo, es preciso que el verdugo corte la mano del osado que á tanto se atrevió. Vísteme.

Después salió el rey de la regia alcoba, ordenando que fuese inmediatamente el corregidor.

Media hora tardó en presentarse el que acababa de llamar, cuyo tiempo empleó el monarca en pasear agitado por la real cámara.

Por fin llegó la autoridad que había mandado llamar, á la cual preguntó:

—¿Conoces el idioma italiano?

—Sí, señor.

—Lee esa carta.

El corregidor le obedeció, exclamando al concluir:

—¡Qué osadía!

—Es más audaz aun haber colocado entre las ropas de mi cama esa carta y esa llave.

—¡En la cama de vuestra majestad!

—Sí, corregidor, pero no malgastemos el tiempo; pero si es cierto lo que en ese escrito se manifiesta, parte inmediatamente en averiguación de la verdad. Si has venido solo, que te acompañen los soldados de mi guardia que necesites. Si hallases al duque vuelves al alcázar después de dejarlo en su morada. Si todo eso fuese mentira vuelves á decírmelo. No me acuesto hasta que vuelva á hablar contigo.

—Será lo antes posible, señor.

Salió el corregidor y el monarca quedó paseando. Tenía encendido el rostro, vaga la mirada y se notaban en él señales inequívocas de contrariedad y desesperación.

Pasó una hora, y el corregidor no regresaba, de lo cual dedujo el rey, que el contenido del escrito decía la verdad.

Cansado de pasear, se arrellanó en un sillón, como fatigado, harto de discurrir.

Ya eran las dos de la madrugada, cuando le anunciaron la llegada del corregidor.

—Mucho has tardado,—exclamó el monarca, viéndole entrar.—Detalla cuanto quieras, lo que hayas hecho, visto y oído.

—Señor, provisto de la llave y de la carta que vuestra majestad me hizo el honor de entregar, y acompañado de la ronda que me aguardaba á la puerta del alcázar, fuí á la casita que en la carta se señalaba. La hallé, era la llave de su puerta, la abrí y entramos, pero nada había en las dos ó tres únicas habitaciones que

se presentaron á nuestra vista. Oí suspirar bajo mis pies, y no tardé en dar con la trampa que conducía á un sótano; en él encontré al señor duque de Uceda, en un estado que inspiraba compasión. Estaba sujeto por las muñecas con esposas, cubría su boca una mordaza, que sólo le permitía suspirar, y se hallaba yerto de frío, y tan débil, que no podía sostenerse en pie. Mandé llegar inmediatamente una camilla, le quitaron la mordaza y esposas, y lo subieron hasta dejarlo sentado en una silla. El aire puro comenzó á reanimarlo y á dar vida á su pálido rostro. Lo trasladé á su palacio, le mandé dar caldos, y el enfermo, espera la llegada del doctor.

—¿Ofrece peligro su existencia?

—Creo que no, señor.

—¿Qué te dijo?

—Que al salir de casa de doña Leonor, fué sorprendido por cinco enmascarados y un curial, que lo sujetaron con tal rapidez, que hasta le fué imposible llevar la mano á la empuñadura de la espada y pedir auxilio. Con mordaza y esposas, lo sepultaron en el sótano, donde yo lo hallé, sin que hasta entrar yo haya visto á ningún otro sér humano. Nada le dijeron sus secuestradores, nada hablaron entre sí; fué un plan hábilmente preconcebido y realizado con suma destreza. Eso es todo, señor.

—¿Sería ese curial el de anoche?

—Lo ignoro, señor; el duque debió turbarse ante una sorpresa tan terrible, y no dá razón de nada.

—Creo, corregidor, que guarda relación el lance de anoche, con la prisión del duque.

—Fueron casi á la misma hora.

—Yo no digo que se realizase con los mismos hombres.

—Es verdad, pero el curial no podia estar en los dos sitios á la vez.

—Seria otro curial tan valiente como el primero.

—Por lo menos tan audaz.

—Bien, corregidor, para un hombre de tu capacidad, basta y sobra con el cabo que tenemos, para dar con la historia que tanto nos interesa averiguar.

—Haré lo posible, señor, por complacer á vuestra majestad, en cumpliniento del más sagrado de mis deberes.

—Vuelve á ver al duque y que me traigan noticia del estado en que se halla, y de la opinión facultativa.

Media hora más tarde, recibió el rey en cama buenas noticias del duque de Uceda, y quiso dormir, mas transcurrieron algunas horas sin lograr conseguirlo.

Serían las once de la mañana cuando, previo anuncio entró el favorito en la cámara real.

Llegaba descolorido, se marcaba en su rostro la huella del dolor y del sufrimiento. Se juzgaba un muerto resucitado, pues creyó durante veinticuatro horas, que el sótano en que se hallaba iba á servirle de sepultura.

La lección que le había dado Flaviano, fué completa, como de un Osorio.

El rey le dió á besar su mano preguntándole:

—¿Cómo te encuentras?

—Muy débil, señor, en lo relativo á la materia y al espíritu, ¡he sufrido tanto!

—Lo creo, pobre Uceda, pero no es razón para que tu espíritu se debilite.

—¡Señor, son tan poderosos mis enemigos!

—¿Más que nosotros?

—Más que vuestra majestad, no; más que yo, sí, señor.

—En ese caso, unidos los dos, no hay para qué temerles. ¿No has podido reconocer á ninguno?

—Imposible, señor; iban cinco enmascarados, y al sexto creo no haberle visto jamás. Me pareció curial.

—¿Ese último, no tenía parecido alguno con Flaviano de Osorio en la estatura, modales, fisonomía, arrogancia ó voz?

—No escuché la última, se entendieron por señas; en lo demás no hallé semejanza alguna con Flaviano ni con ninguno de cuantos conozco en Madrid.

—¿Te ha referido el corregidor lo ocurrido la noche que te secuestraron?

—Sí, señor.

—¿Y qué opinas?

—Que fué víctima el alcalde Bermúdez de una funesta equivocación.

—Todas son equivocaciones en este asunto, duque.

—Bien cara costó la última al desgraciado señor, y es lo más grave que no tuvo él la culpa.

—¿Pues quién fué?

—La fatalidad.

—Explícate.

—En la mañana del día en que eso ocurrió, mandó llamar la hija del duque de Pastrana á Flaviano para que ensayase con ella un dúo que debían cantar no sé qué noche. Mi primo ofreció ir á las diez, lo supe, juzgué llegado el momento y avisé á Bermúdez para que consumara lo que tanto anhela vuestra majestad cuando Osorio saliera de casa de Pastrana. Un asunto urgente y perentorio impidió á Flaviano asistir á la cita y en su lugar fué Julio de Silva para disculpar á su amigo. El parecido de ambos jóvenes, la oscuridad de la noche y el frío que obligaba á llevar el embozo lo más alto posible, dieron lugar á una equivocación que costó varias víctimas y nos ha proporcionado un conflicto lamentable.

—Lo que unido á dos curiales que no tienen parecido lanzados á la escena con valor y talento superiores, á todo encomio, dan una sombra misteriosa al cuadro que admira, sorprende y fatiga el cerebro. En este asunto, duque, hay muchos brazos y varias inteligencias que no conocemos.

—Casi todos los habitantes de Madrid, señor.

—¿Qué dices?

—Que el Santo, el duque del Imperio y sus hijos cuentan con todas las voluntades de la villa, ricos y pobres paisanos y soldados, grandes y pequeños.

—Su poder no puede igualarse al de su señor. Callas. ¡nada contestas!

—No, señor.

—Les tienes miedo.

—Lo ignoro, señor; pero creo firmemente que sería

cuerdo, discreto y muy conveniente desistir de la empresa que con tanta desdicha hemos acometido.

—¿Por qué?

—Nos niega la suerte su poderoso apoyo, hemos empezado muy mal y el resultado pudiera ser desastroso. Todo lo que intento contra Osorio cuesta víctimas, grandes disgustos y un descrédito que ruboriza.

—Todo eso, duque, sucede por las infinitas torpezas que todos habeis cometido. Nuestro intento no se logra de esa manera.

—¿Pues cómo, señor?

—Empleando más talento, más habilidad, mayor suma de intrigas y precauciones y mejores instrumentos. Osorio tendrá algún amigo, ó amiga, que el oro ú otros móviles análogos los pongan de tu parte y lo que anto cuesta á tus agentes, sea facilísimo para uno de esos otros.

—Comprendo, señor, y juzgo excelente la idea de vuestra majestad.

—Lo que no sea eso, sólo producirá escándalos y desdichas.

—¿Vuestra majestad insiste?

—Con más interés, con más vehemente deseo que nunca.

—Señor...

—No escucho reflexión alguna sobre ese particular.

—Está bien, señor; procuraré complacer á vuestra majestad.

—Y pronto.

—Con la brevedad que me sea posible.

—Es indispensable que seas más sagaz, más astuto, más ingenioso, más digno del rango á que te he elevado.

—Lo seré.

—Despues de lo que han hecho contigo, ¿serías capaz de permitir á tus contrarios que continuaran riéndose de tí el resto de la vida?

—Señor, no hallo frases con que encomiar la sabiduría y talento incomparables que admiro hoy en vuestra majestad. Su privilegiado entendimiento penetró en mi corazón, abrió sus pliegues, leyendo lo oculto que allí se escondía. Creo como vuestra majestad que mi desgracia de ayer fué dirigida por Osorio; creo otras muchas cosas parecidas y en verdad que anhelo tomar la revancha. No es posible que vuestra majestad tenga más deseos, más ganas que yo de ver realizada una venganza que se ha hecho tan necesaria en mí con la vida.

—¿No está en tu mano?

—Pronto lo he de ver.

—¿Te falta algo?

—Nada, señor, necesitaba que un talento superior iluminara mi cerebro y ya lo ha hecho el de vuestra majestad.

—En cuanto te restablezcas da principio con energía, destreza y tanta habilidad que ganes lo perdido en consideración, respecto de mí, y en fama de habilidoso entre los grandes y nobles.

—Lo haré, señor.

—Ve á saludar á la reina que deseaba verte y retírate que aún estás descolorido y débil.

El favorito salió de allí de modo bien distinto á como había entrado. Llegó acobardado, vacilante, tímido é irresoluto y salía valiente, atrevido y más dispuesto que nunca á realizar los deseos de su señor. Era el más poderoso de la corte, en adelante iba á ser el más audaz y la nueva lucha á que iba á dar principio debía ser terrible y tan cargada de accidentes dramáticos que ha de maravillar su relato. Tenía el duque de su parte casi todo el poder del rey y Osorio el de un talento, astucia y sagacidad incomparables, unidos á las facilidades que se logran con el oro, la simpatía y la defensa de lo justo.

La pelea iba á ser de potencia á potencia. Pero no adelantemos el discurso.

El duque entraba por una puerta en la cámara de la reina y por otra llegaba la duquesa de los Andes. Antes que su majestad se dignara dirigir la palabra á Uceda habló con la duquesa cinco minutos en voz tan baja que nadie las oyó.

Quince minutos conversó con la reina el favorito del rey. Su majestad estuvo tan irónica y epigramática con Uceda, que éste salió de allí corrido y avergonzado; sus desgracias sólo inspiraban á la augusta señora frases mortificantes que el duque oyó con amarga paciencia.

Abandonó el alcázar y entrando en su palacio, comenzó á trabajar sin cuidarse para nada de sus dolencias.

—Seré sagaz,—se decía,—el rey tiene razón, la intriga, la hipocresía y el ingenio, lo harán todo y de esta manera me vengaré hasta de la augusta señora que acaba de martirizarme.

Torturó su ingenio y dió principio á la preparación de una emboscada tan hábil como inicua.

La víctima era Osorio, pero le encontraba prevenido, gracias á la duquesa de los Andes y á su prodigioso talento y perspicacia.

CAPÍTULO IX

Una entrevista importante.—Empieza el desarrollo de una intriga que debe concluir con una gran maldad.—Otro crimen oculto entre las sombras de la noche.

Dejemos al favorito que torture su entendimiento y ponga en juego los grandes medios de acción de que disponga para dar fin de una preciosa vida, y sigamos nosotros á la víctima hasta que sepamos si ha logrado ó no su verdugo segar tan incomparable garganta.

Felipe II, mejor ó peor, gobernó siempre su país, y lo que los españoles pudieron perder en libertades y derechos, lo ganó la nación en preponderancia y poderío. El austero monarca jamás confió las riendas del poder á manos extrañas ni advenedizas, en tanto que su hijo Felipe III todo lo confió, primero al duque de Lerma, y luego al hijo de éste, ó sea al duque de Uceda, el cual ni tenía talento para gobernar un reino, ni ese interés de un monarca, que si por otra cosa no, por gratitud debe velar por la suerte de sus goberna-

dos. Los favoritos por punto general se ocuparon, primero de enriquecerse, luego en tiranizar con despotismo peor y más insufrible que el de un monarca tirano, entregándose por último á venganzas y goces que los empequeñecian y desprestigiaban. Es decir, que la mayor parte del tiempo la empleaban en desgobernar la nación y el resto en deleites que los presentaban como tipos de corrupción y de desenfreno.

El duque de Lerma, primer favorito de Felipe III, era malo, pero su hijo el duque de Uceda tenía menos talento que el padre, era menos hábil y correcto en sus obras y tenía necesariamente que presentar el tipo acabado de un valido pequeño como ninguno. Prefirió el rey el hijo al padre por la sumisión, servilismo y dobleguez completa que el de Uceda le ofrecía.

Hecha esta aclaración indispensable, para mejor inteligencia de nuestros lectores, reanudemos nuestra interrumpida historia trasladándonos al expléndido palacío que fué de los Invencibles, y hoy lo poseen el duque del Imperio, la duquesa de los Andes y don Julio de Silva.

Habian trascurrido tres dias desde aquel en que el favorito se despidió del rey, se sepultó en su palacio y comenzó á meditar en la manera de realizar un gran crimen, y luego se dispuso á realizar su terrible pensamiento.

En la noche de este tercer día, los duques de Pastrana habían reunido en su palacio la clase más escogida de la sociedad en agradable sarao. Cantó su bella hija, hizo las delicias del auditorio el incomparable

Flaviano con su mágica voz y delicioso arte, y éste, en unión de su amigo íntimo Julio de Silva, fueron los héroes de la función por su elegancia, varonil belleza y trato exquisito y delicado.

Terminada aquella velada, los dos jóvenes, acompañados del duque del Imperio, se retiraron á su morada, quedando los tres en la antecámara de la alcoba de Flaviano y Julio, comentando las peripecias que presenciaron en el salón.

De pronto se abrió la puerta secreta que ya conocemos, apareciendo en los umbrales la severa y esta noche imponente figura del principe de Italia.

Los tres se pusiero de píe, besaron la diestra del religioso y retrocedieron, mirando con interés y respeto al Santo. Este avanzó lentamente unos cuantos pasos presentando esta noche sombría la mirada, y tan tétrico el semblante, que hubiera impuesto á otros que no fueran los que llamaba hijos y hermano.

Quedó parado frente á Flaviano; ambos se miraron, el uno con amor y respeto y el Trinitario con severidad que impuso á los tres.

Por fin rompió aquel silencio la voz del príncipe, diciendo á Flaviano:

—Te aguardan, hijo mío, males sin cuento, y en verdad que te ha de faltar abnegación para sufrirlos.

—No os comprendo, señor,—contestó el joven mirando con tranquilidad suma al religioso. Este añadió:

—La Providencia concede á muchos hombres una fortaleza de ánimo, un talento y un cúmulo de dotes que los elevan sobre el resto de sus semejantes. Pues

bien, Flaviano, tú estás en ese caso; tú tienes que agradecer á Dios lo indecible y debes esperar que las pruebas que de tí exija el cielo sean tan grandes y tan difíciles como grandes y maravillosas son las cualidades que te otorgó su portentosa munificencia. Al grande pide Dios como grande; al pequeño como pequeño.

—Es verdad, padre mío, debo mucho á la Providencia y es justo que las pruebas á mí exigidas sean inmensas, terribles, como las que un día os pidió á vos, como las muchas que exigió de mi padre don Flaviano.

—Acaso mayores,—dijo el sacerdote con pena,—porque todavia debes más á la misericordia divína que el autor de tus dias.

—Que vengan, señor, también yo os salvaría á vos como mi padre al vuestro en Malta, y si era necesaria más abnegación todavía, mayor la encontrareis en mí. Ni tengo apego á la vida, señor, ni haré nunca de ella vil juguete de pasiones bastardas.

Pronunciaba Flaviano sus frases con una seguridad y una entereza que había logrado asombrar á su padre el duque y á su hermano en cariño Julio de Silva. La actitud que en aquellos momentos tenía el príncipe de Italia impuso un día á los *Invencibles* y hasta á los reyes; porque era la severidad del talento, de la sabiduría humana, del predominio y de una conciencia recta y poderosa. No sucedía lo mismo con el joven Flaviano: lejos de inclinar su frente ante la venerable cabeza del Santo, sin perder su constante amor y respeto, la tenía alzada, contestando á la mirada sombría de aquel génio del saber y de la virtud, con otra cari-

ñosa, pero indiferente, casi desdeñosa al augurio que contenían las palabras del Santo. Este volvió á fijarse en él con más interés que nunca y con el mismo acento severo, añadió:

—Flaviano, te han sentenciado á muerte y ahora te buscan en un terreno que si la misericordia divina no te defiende, sucumbirás. Sucumbirá, duque del Imperio, sucumbirá Julio de Silva, y ambos sepultareis vuestra existencia en un piélago inmenso de desdíchas, amargura y pena.

Ninguno de los dos últimos se atrevió á decir nada contra el terrible vaticinio del Trinitario; sólo Flaviano le contestó:

—Lo sé, padre mío, y aguardo con la indiferencia del que nada teme.

—Te he dicho, Flaviano, que perecerás si la Providencia no te defiende, y para que Dios te ampare, necesitas ser digno de Dios.

—Muy bien, señor, continuaré defendiendo la virtud y matando á todo el que me estorbe, en el cumplimiento de tan santa misión.

Ahora los tres miraron á Flaviano con sorpresa, y un tinte de terror muy marcado. Las frases eran la expresión de la verdad, la decisión de su pensamiento y de un propósito invariable.

El sacerdote replicó:

—¡Matando! Terrible frase, Flaviano.

—Funesta verdad, señor, que aprendí de Alberto de Silva, de su incomparable hijo Julio y de mi padre, el duque del Imperio.

—¿Por qué no habías de ser mejor que nosotros?

—¡Mejor aun! Haré lo posible, pero lo creo difícil de conseguir. Dios en sus altos designios, armoniza en el hombre las bellas cualidades con terribles pasiones que lo columpian y perturban hasta hacerle dudar de todo, y yo, padre mío, ne obstante deber mucho á la Providencia, no me he librado de esa severa ley. El instinto de conservacion me impone matar, la virtud amenazada, pide movimiento y brío á mi acero, y la justicia... quien sabe si divina ó humana, pero justicia al fin, me convierte on verdugo, y ninguno me enseñó hasta ahora á desobedecerla. La gran prueba de esta verdad la encuentro en vuestras propias frases: vos me habeis facultado para que obre con libre albedrío, con entera independencia, y bien sabeis, señor, que si me hubiérais querido encerrar en el férreo círculo de vuestra voluntad, yo no hubiera salido de él. Cuando me habeis dejado en completa libertad, es porque la merezco, es porque como yo, vacilais entre dos deberes antitéticos; por eso vos, como vuestro admirable padre, os hicísteis religioso; en ese estado no hay vacilación posible, la caridad y la humildad sujetan y dominan al sér humano, encerrándolo en el cumplimiento de un solo deber, el de imitar al sublime Mártir del Gólgota. ¿Quereis que yo no sea lo que soy? Vuestra voz, señor, vuestra voluntad, son omnipotentes para mí; mandad me profesar en vuestra Orden, y aun cuando no tengo vocación seré religioso, imitaré á Jesús y no volveré á ser víctima de vacilación alguna; al que estampe su

mano en mi carrillo derecho le presentaré el izquierdo, para que haga lo propio con él.

—Gran admiración sería para la Orden, Flaviano de Osorio; excelente conquista para la religión, pero mi estado no debe imponerse á nadie: sólo se llega á él por la inclinación y el convencimiento.

—Entonces, señor, no os preocupeis por mí ni por mi suerte; he de hacer aun menos de lo que vos y mi padre hicísteis, y si muero, si tengo más suerte que vosotros, y el Hacedor me llama en mis juveniles años, no me lloreis, envidiadme. Luego nos reuniremos con el padre Alberto, y la felicidad será allí completa para todos nosotros.

—Jamás osó el duque del Imperio hablar de ese modo á mi padre que valía más que yo.

—¿Os he podido faltar en algo, señor?

—No, hijo mío; has podido sobreponerte á tu padre moralmente considerado y te seguirás sobreponiendo en todos los terrenos y de todas las maneras.

—Gracias, señor, vuestras frases podrian enorgullecerme si yo pudiera sucumbir ante esa debilidad.

El rostro del príncipe de Italia había ido poco á poco perdiendo toda la severidad y el tinte sombrio y tétrico había cambiado por la demostración de un cariño tan profundo que admiraba. Se acercó á Flaviano, y colocando sus manos sobre el rostro del joven estampó un beso en su frente, diciéndole con ternura:

—Hijo, vé siempre provisto de un narcótico que imite el agua en apariencia y sea de seguros efectos.

—¿Es esto, padre mío?—le contestó Flaviano, enseñándole un frasquito que llevaba en el bolsillo.

—Muy bien,—replicó el príncipe,—y lleva consigo además un buen lápiz y papel.

—¿Como éste, señor?

—Veo, Flaviano, que son inútiles todas mis precauciones para contigo. Graba en tu memoria que este mísero sacerdote vela por tí y te sigue con su mirada desde su celda, desde el coro, donde quiera que esté, haga lo que quiera. Te salvaré... No tengo duda alguna ya, te salvaré.

Volvió á besar su frente, también la de su hijo y la del duque, desapareciendo de allí sin darles tiempo á pregunta alguna ni réplica.

La puerta secreta se cerró en pos del Santo, exclamando el duque al perderlo de vista:

—Está bien, hermano; creo que salvarás la vida de mi hijo, pero si por una excepción te equivocases, yo te juro que ha de correr la sangre por Madrid con más caudal de líquido que en los campos de batalla.

—¿Contais conmigo?—le preguntó Julio mirándole fijamente.

—Sí, como se puede contar con un hijo querido, con un león que no podría yo dejar atrás por mucho que avanzara.

Mientras tenía lugar este corto diálogo, Flaviano se había arrellanado en un sillón de damásco y tarareaba una de las arias que acababa de cantar en el palacio de Pastrana. Su actitud era la de un hombre feliz y tan indiferente á los futuros males, que parecía

no amenazarle ninguno. Su grata voz fué interrumpida por la de su padre, que le preguntó:

—¿Pero qué ocurre, Flaviano, que justifiquen los temores del sabio príncipe de Italia?

—El Santo adivina, padre mío, y lee en el porvenir con la facilidad que en su breviario. Hoy no hay otra cosa que lo referido por la duquesa de los Andes; mis enemigos esconden sus intentos entre las sombras de la noche y más cautos y diestros que anteriormente, pretenden segar mi garganta de una manera tan discreta como sabia, buscando de un modo criminal, como fácil y conducente al logro de lo que se proponen realizar.

—¿Y en el porvenir qué ves, Flaviano?

—Permitid, padre mío, que me alegre y sonría; no me inspira la verdad, es la satisfacción de sí propio. En el porvenir, señor, entraré en una lucha sagaz, hábil, diestra, en que lucharán contra mi pobre entendimiento muchas inteligencias, todo el poder de un rey y toda la astucia de infinitas serpientes.

—¿Y eso te hace reir y te alegra?

—Claro es, sólo espongo la vida que no me hace falta y puedo ganar una victoria que me haga digno sucesor del conspirador de Alicante, del célebre raptor de Sira y de tantos otros hechos que la historia relata, comenta y elogia menos aún de lo que merecen.

—¿Con qué cuentas tú para el logro de esa victoria?

—Con Dios y con mi inteligencia.

—Yo tenía un Ros y cinco invencibles compañeros.

—Yo tengo cinco Ros, un Santo, al duque del Im-

perio y á mi hermano Julio, que puestos en la balanza contra vuestros cinco invencibles pesan mucho más, padre amado. ¿Opinas lo mismo que yo, Julio?

—Sí, Flaviano.

—Has previsto, hijo mío, todas las contingencias y desastres que pueden caer sobre tí en un momento dado.

—¿Quién es capaz de preverlo todo? La suerte se reserva algo para ella y se lo ofrece después al que tiene por conveniente.

—¿Nada más me dices Flaviano?

—Sólo eso, padre mío.

—¿Quieres que te acompañemos siempre Julio y yo?

—Padre, eso es demasiado cobarde para aceptarlo el hijo del duque del Imperio y es excesivamente nimio y vulgar para un cerebro medianamente organizado.

—¿En ese caso, qué hacemos tu hermano y yo?

—Ahora dormir y mañana lo que querais, no contando conmigo para nada. Deseo hacer uso de mi libre albedrío y de la independencia que me ha concedido el Santo.

Y después de estrechar á ambos, buscó en unión de su padre y de Julio el descanso, quedando al poco tiempo dormido sin que idea alguna viniera á preocuparle.

Desde que Flaviano salvó á los cinco hermanos Ros había sufrido un cambio completo la vivienda de éstos. Alquilaron la casita de su propiedad, en que antes vivían, y se habían trasladado á otra más grande,

pegada al palacio del duque del Imperio y con una comunicación secreta, que permitía á Flaviano visitar á la viuda y cinco hermanos sin salir á la calle. Esta casa hacía esquina, y tenía tres fachadas y dos postigos á calles excusadas. Cuando Flaviano entraba ó salía disfrazado, siempre lo verificaba por la casa de los Ros, imitando en sus disfraces á uno de los hermanos que tenía sus carnes y estatura.

A la noche siguiente de la en que acabamos de describir las escenas anteriores, se retiraba como á las diez de la noche el valiente joven cuando llamó vivamente su atención la voz tímida de una joven, cuyo velo cubría parte de su faz y desde el portal de su casa le dijo:

—¿Señor, me dais una limosna por caridad?

Osorio se detuvo preguntándole:

—¿Quién te ha dicho que yo soy señor?

Iba perfectamente disfrazado, y esta noche lo cubria grosero traje. La pobre le contestó:

—Para una mendiga todos son señores. Tengo dos niños que están pereciendo de hambre. Entrad, señor, y los vereis; por duro que tengais el corazón se ablandará ante cuadro tan desgraciado.

—Me basta con que tú lo digas, pobre criatura.

—Yo os suplico que asomeis la cabeza si teneis valor bastante para presenciar la verdadera miseria.

—Tengo el suficiente para remediarla, que es el que á tí te conviene, mendiga. ¿Vives en ese cuarto bajo?

—En él perezco, señor.

—¿Te llamas Mágdalena?

—¿Cómo sabeis?...

—Un conocido me habló de tí y ya te he recomendado al Santo que vendrá sin duda alguna á remediar tu indigencia como tiene de costumbre cuando le hablan de un desgraciado. Te daré, no obstante, estas dos monedas.

—¡Ah, señor, entrad y vereis!...

—No hay necesidad.

—El príncipe de Italia, si llega á venir, no se avergonzará de visitar la miseria.

—No es vergüenza lo que me causa.

—Será entonces miedo ó repugnancia.

—Tampoco; es otra cosa.

—Para un corazón noble, para un alma generosa no hay causa alguna que la impida ver la desgracia antes de socorrerla.

—Eso ya no es mendigar, Magdalena.

—¡Qué bien me conoceis, señor!

—Ya lo ves.

—¿Y conociéndome tanto, no entrais?

—Porque te conozco, no entro: hombres como yo no huyen de la miseria, sino del vicio y de la corrupción.

—¿Cómo me habeis conocido?

—Como tú á mí; en el perfil, en la mirada. Tú eres el único ser que puede reconocerme, y á mí me basta fijarme una sola vez para distinguir la persona al través de todos los disfraces.

—¿Por qué soy la única que puedo reconoceros?

—Porque hace un año me sigues á todas partes, es-

tudias hasta mis menores movimientos, estás enamorada y hasta adivinas mi presencia antes de haberme acercado al sitio donde te hallas.

—¡Es verdad! ¿Por qué me ofrecísteis dos monedas si me conocíais, y sabeis que no soy pobre?

—Porque imploraste mi caridad y jamás dejo de contestar al que invoca mi filantropía.

—Puesto que me conoceis, entrad, señor, y os contaré una historia que os interesa saber.

—Gracias, Magdalena; no pudiendo la sirena atraerme con la caridad, imposible que lo logre de otra manera.

—¿Vos tan valiente os asusta una mujer?

—Una mujer no, una infame traición.

—¿Eso suponeis, creyéndome enamorada?

—Por eso lo doy por hecho. Despreciada por mí te vendiste á mis enemigos para vengarte con la ayuda de ellos.

—Creeis adivinar y os engaña el miedo.

—Voy á daros un consejo, y me retiro. Yo no he tenido ni tendré mancebas; vuestra pasión es insensata; insistir en ella es locura; pretender vengarse de mí es llamar á la muerte, cuando con dinero y belleza podías hacer la suerte de un hombre y ayudarle á fundar una familia honrada. Medita en lo que acabo de decirte, y que el cielo te inspire.

—Esperad un momento. ¡Ay qué desgraciada soy!

Esta exclamación salió de los labios de Magdalena como un grito de dolor expresado con toda la fuerza de sus pulmones.

Flaviano fué á volverle la espalda, pero le detuvo la voz del príncipe de Italia, que exclamó:

—¡Llegó á tiempo! ¡bendito sea Dios!

No tanto como el religioso creía. Al exhalar Magdalena el fingido grito de dolor, salieron diez hombres del cuarto donde pretendía aquella mujer que entrase Osorio; y espada en mano fueron á caer sobre el jóven, conteniéndoles el príncipe que lo cubrió con su cuerpo.

Trocada en harpía la enamorada jóven, les dijo con ira:

—Herid, matad. Primero á ese fraile. ¿Qué os detiene, cobardes?

Uno, el que estaba delante, fué á clavar la punta de su espada en el Santo, pero cayó redondo, atravesado su cráneo por una bala que le dirigió Osorio.

Este, desde el momento que vió á los asesinos, comenzó á tocar un silbato de oro que prolongaba extensamente sus sonidos. Después de varios toques lo guardó, quedando con una pistola de dos cañones en cada mano.

Los que estaban dentro del portal, en cuyos umbrales habían hablado Flaviano y Magdalena, retrocedieron al oir la detonación y ver caer á uno de sus compañeros. La harpía quedó pegada á la puerta, muda y sin aliento.

Hubo un momento de tregua y de silencio interrumpido luego por la carrera de diez hombres que llegaban por la izquierda de la calle.

Despues aparecieron otros por la derecha.

Respuesta Magdalena, les decía:

—Ese es Flaviano de Osorio, matadlo, También á ese fraile que lo defiende. ¿Qué os detiene?

Otro balazo escapado de las pistolas de nuestro jóven derribó al jefe de los que venían por la derecha, y no tardó en escucharse el tercero que hizo rodar al que iba delante de los que llegaban por la izquierda.

Tres tiros había disparado Osorio y otros tantos cadáveres besaban el suelo.

Los veintisiete hombres que quedaban con vida volvieron á retroceder y siguió al último disparo otro momento de tregua y silencio.

El Santo había cruzado las manos y con la vista baja parecia no oir ni ver lo que ocurria en torno suyo.

Flaviano, que todo lo veía, sereno y más valiente de cuanto es posible decir, aprovechó aquellos instantes, y cogiendo al príncipe lo pegó á una de las paredes exteriores de aquella casa, quedando él delante con una pistola en una mano y la espada desnuda en la otra.

La harpía tornó á exclamar:

—¿Tantos hombres y no os atreveis con un maldito fraile y con un jóven? Mañana lo sabrá el duque, cobardes mercenarios, torpes galeotes fugados de Cartagena. ¡A ellos, si teneis corazón!...

No pudo continuar. Flaviano se separó un instante del religioso y acercándose á Magdalena la levantó en alto, arrojándola contra las piedras de la calle con toda la fuerza, rapidez y destreza de un consumado gimnasta. Acto continuo volvió á cubrir con su cuerpo el del religioso. Este seguía con las manos cruzadas, la vista baja y sin oido ni vista al parecer.

Riña en la calle.

La joven cayó en medio de la calle sin sentido por la conmoción que le produjo el fuerte choque de su cabeza contra el duro suelo. Ya no podía hablar, su cuerpo inerte servía de estorbo á los que antes obedecían sus mandatos.

Este último hecho de Flaviano prolongó la tregua, pero no tardaron en rehacerse los asesinos, y comprendiendo cuan fácil le era vencer y matar los veintisiete á uno sólo, corrieron junto á Osorio. El más valiente, el que iba delante, rodó también al suelo, roto su cráneo por la cuarta y última bala de las pistolas de Flaviano.

Siguió una nueva y cortísima tregua. Eran veintiseis y su valeroso contrario sólo tenía una espada, las dos pistolas estaban vacias y era imposible resistir por mucho tiempo el ataque de tanto acero como iba á dirigirse á su pecho.

El Santo era un verdadero estorbo para nuestro valiente joven, toda vez que le impedía moverse, pues se ballaba resuelto á defenderlo con su espada y con su propio cuerpo.

Desde el medio de la calle, solo y con su natural bravura, arte y ligereza hubiera podido entretener un poco aquella desigual pelea, pero esto le era imposible teniendo detrás al padre que adoraba, al Santo cuya veneración y respeto lo atraían y dominaban.

Estas y otras ideas análogas cruzaron por la mente de Flaviano y anteponiendo la vida del religioso á la suya propia, decidió arrojar la espada y decir á sus contrarios:

—¡Respetad al Santo que á nadie hizo daño y al que todo el mundo venera! ¡Yo soy vuestro enemigo, yo soy Flaviano de Osorio; aqui me teneis solo é indefenso, asesinos; matadme!

Dicho esto desde el medio de la calle su muerte era tan segura como cierto el que ninguno se atrevería á herir al indefenso y bondadoso sacerdote cubierto con los hábitos de una orden sagrada, y que pasaba los días de su vida orando y haciendo el bien de sus semejantes.

Fué á llevar á cabo su noble pensamiento, pero le contuvo la salida que hicieron de pronto del portal los asesinos que quedaban dentro, los cuales, creyéndose poco seguros en el estrecho recinto, salieron á la calle para unirse á sus compañeros y entre todos dar fin del temerario mancebo que parecía atreverse con todos.

Los que acababan de salir dieron varias voces para juntar á los otros y formar con ellos el semicírculo de hierro que debía dar fin de la existencia de Osorio.

Eran nueve galeotes escapados de Cartagena, donde los iban á embarcar para que continuasen remando como castigo impuesto por el tribunal á sus muchos delitos; nueve criminales que vivian en Madrid disfrazados y con nombres supuestos, y su único oficio era el robo, realizado colectiva é individualmente. Estos nueve facinerosos no podían cobrar el precio estipulado por la muerte de Osorio sin haberlo antes muerto, y aun cuando no eran valientes, suplía en aquellos momentos el egoismo á la falta de valor.

La arpía dispuso con más acierto que los anterio-

res esbirros de Uceda la sorpresa de que era víctima en aquellos momentos el más valiente, sagaz y entendido de los madrileños; pues además de los diez hombres que ella se habia proporcionado servibles para todo lo malo, pidió y obtuvo de Uceda veinte agentes de policía que á sus órdenes formaban la reserva de su gente de acción.

El plan de aquella furiosa mujer era ingenioso y sagaz. Para realizarlo habia alquilado una casita que sólo tenía piso bajo y principal, situada en una calle próxima al palacio del duque del Imperio y por la cual cuzaba Osorio cuando se retiraba disfrazado; por ser una de las más estrechas y menos pasajeras de aquel barrio. Comprendió que ningún estímulo mayor para el noble joven que el invocar la caridad, y no sólo dispuso llamar su atención de la manera que hemos visto, sino que auxiliada por la influencia del duque, un conocido de éste le había escrito aquel mismo día recomendándole socorriera la amarga desgracia en que se hallaba una madre viuda y sin recurso alguno, que veía morir de hambre á dos niños de corta edad.

Creía ella con razón que reconoceria á Osorio con cualquier disfraz y no se había equivocado; pero nuestro joven, que notó de tiempo atrás que era seguido y espiado por el amor de aquella mujer, hubo de fijarse también en ella y le sucedía lo propio; es decir, que debía necesariamente reconocerla con cualquier disfraz y aun al pálido resplandor de la opaca luz de una linterna situada algo distante de donde la supuesta mendiga se había colocado.

Posible es que de no haberla reconocido Flaviano hubiera caído en el lazo diestramente tendido, y entrando en la habitación donde se hallaban los supuestos niños, hubiera recibido como recompensa á su noble acción cuatro ó seis puñaladas que lo hubieran dejado muerto sin auxilio de nadie, sin ruido y sin que se enteraran otros que los asesinos.

Aquella malvada declaró su pasión en todas las formas que le fué dable al virtuoso mancebo, pero éste la contestó siempre con desprecio, y cuando la voluptuosa joven comprendió que el bello y poderoso Flaviano sólo tenía desprecio para ella, juró matarlo, vengando de esta manera los muchos desaires que llevaba sufridos. Hizo póblico su deseo; aseguraba que el heredero del duque del Imperio seria pronto asesinado; corrió la voz entre las gentes con quien ella tenía tratos; no era fea; su apasionamiento la prestaba valor y energía; se la recomendó al duque uno de los esbirros, y el de Uceda la llamó, creyendo que la había abortado el infierno para realizar sus planes con acierto y seguridad.

Fué indudablemente el pensamiento mejor encaminado al desarrollo del funesto plan que bullía en el cerebro del favorito. Su entretrevista con la arpía le dejó tan satisfecho que aprobó el plan, dándole á la vez el dinero, los hombres y la influencia que le pidió. La idea de Magdalena parecia estar dentro de los consejos é indicaciones hechas por el rey á su primer ministro, y en estos instantes aguardaba el último la realización con éxito completo del funesto plan de su cómplice.

En efecto, Flaviano, que había reconocido á la funesta mujer y comprendió desde luego lo que se proponía, no entró en la red, pero su excesivo valor le impidió comprender que la astucia de la mujer suele prever todos los casos; éste lo había sido por Magdalena y le fué imposible contar con la llegada del príncipe de Italia y con el círculo de hierro que ahora le iba á rodear.

Más noble aún que valiente, más generoso que audaz ante el peligro que la vida del Santo corría, recordó lo que su padre había hecho en otra solemne ocasión con el padre del príncipe, y se dispuso á imitarle ofreciendo su vida sin defensa alguna por la existencia del anciano y venerable sacerdote.

Dios había dispuesto otra cosa, y el mismo que salvó la vida del duque del Imperio, tan generosamente ofrecida en Malta, debía intentar ahora la salvación de la vida del noble Flaviano.

En el mismo instante que los nueve hombres que se hallaban en el portal saltaron en medio de la calle, sintió Flaviano oprimida su cintura por dos brazos de hierro y se vió conducido en vilo instantáneamente al portal que quedaba vacío. A la vez se cerró la puerta de la calle, le arrastró la misma mano que antes le oprimía, se cerró otra puerta, y entonces pudo fijarse Osorio en el religioso que, provisto de una linterna, le decía:

—Sube, abre el balcón y vuelve á tocar ese silbato si crees que alguien pueda oirnos.

Desde el momento en que Flaviano se halló opri-

mido por la cintura, en aquel instante se había sentido dominado por un poderoso fluído que perturbó su razón; dejándolo inerte. El Santo, que tuvo cruzadas las manos y baja la cabeza, permitiendo sin notarlo al parecer, que la espalda de Flaviano se pegara á su cuerpo, levantó de pronto la frente, miró como en aquella época en que siendo el primer general del mundo se hallaba frente al enemigo, é hizo un esfuerzo superior á todo encarecimiento; rápido, colosal y dando un salto cayó enmedio del portal llevando á Flaviano entre sus brazos. Con rapidez vertiginosa cerró las puertas con llaves y pasadores, y cogiendo la linterna, única cosa que habia en aquellas desmanteladas habitaciones, expresó las frases que acabamos de oir dirigidas á Flaviano.

En aquel momento volvió á la razón nuestro joven y comprendiendo todo lo que ocurría, subió de dos en dos los escalones, luego abrió el único balcón que la casíta tenía y dejando la linterna en el suelo y la espada en la vaina se puso el silbato en la boca y comenzó á tocar con más brío que anteriormente. A la vez cargaba los dobles cañones de sus pistolas, pues iba provisto de segunda carga.

Los sonidos del silbato eran estudiados: primero se dejaban oir un segundo sin interrupción alguna y luego daban golpes acompasados. De esta manera continuó con ligeros intervalos, pero repitiendo siempre los mismos sonidos.

Los veintiseis sicarios, al salir los nueve últimos se habían arremolinado, hablaron entre sí y viendo la

puerta cerrada y que por ella habian entrado el fraile y su acompañante se dispusieron echarla abajo, proporcionándose al efecto una gruesa piedra que hallaron no lejos de allí.

Dos de ellos la llevaban cogida, pero al ir á arrojarla sobre la puerta uno rodó al suelo, herido en la frente por otra bala, la piedra fué al arroyo y el segundo que la sostenía retrocedió asombrado.

El silbato continuó tocando.

El príncipe de Italia siguió lentamente á Flaviano hasta situarse en medio de la sala donde se hallaba el balcón. Otra vez había vuelto á cruzar las manos y más baja que nunca la cabeza, parecía no oir ni ver nada de lo que pasaba en torno suyo.

Osorio tendido sobre el pavimento del balcón con una pistola al lado y otra en la mano, dirigía la luz de la linterna al grupo que tenía de frente.

Su silbato no dejaba de tocar.

Repuestos los asesinos se oyó más que un grito un rugido que atronó el espacio. Después gritó uno de ellos:

—Escalemos unos la casa y otros arrojad esa piedra sobre la puerta con la fuerza de Satanás.

—Arriba, arriba,—exclamaron varios y fueron á obedecerle como furias infernales; pero al acabar el primero de expresar sus frases, se oyó otra detonación cayendo muerto el improvisado jefe.

Otro remolino y otra impresión siguió á la bala que había roto el cráneo del sexto asesino.

El silbato no dejaba de tocar.

Osorio arrojó la primera pistola vacía ya en sus dos cañones y cogió la segunda apareciendo en sus labios una siniestra sonrisa, iban seis malvados muertos y transcurridos diez minutos; tiempo suficiente para que pudiera ser oído su silbato y estar en su busca los que pudieran acudir á defenderle. Los tiros eran un segundo aviso que debían atraer á los que obedecieran aquellos sonidos del silbato, indicándoles á la vez el sitio en que el jóven se hallaba.

Rehechos de nuevo los sicarios volvieron á gritar, y puestos de acuerdo trataron de escalar las dos rejas que tenía la casa para trepar por ambas á la vez al balcón donde se hallaba el valiente mancebo.

Así lo hicieron: uno tras otro comenzaron á subir.

Los dos primeros que se cogieron á los hierros del balcon fueron derribados por los dos tiros que quedaban en la segunda pistola de Osorio; pero los restantes asesinos no retrocedieron.

Entonces Osorio tiró nuevamente de la espada y poniéndose en pié se dispuso á defender el balcón de aquel formidable asalto contra los veintidos asesinos que quedaban con vida.

Pronto se abalanzaron dos á los hierros del balcón y fueron á saltar, pero dos estocadas de Flaviano los derribaron, cayendo al suelo.

Otros dos intentaron hacer lo mismo, mas se oyó el estrépito producido por la carrera de algunos hombres y el grito de uno de ellos que decía:

—¡Hijo: Flaviano!

Eran el duque del Imperio, Julio de Silva, los cin-

co hermanos Ros, y varios hombres de armas, que seguían á los prisioneros.

Flaviano había dirigido la luz á los que le llamaban y reconociéndolos, exclamó:

—¡Aquí, padre mío! En el balcón. ¡Atacad á esos hombres, que escalan la casa!

Y la luz de la linterna se los demostraba, mas todo era inútil. Los sicarios se arrojaron al suelo desde la reja, huyendo con la velocidad de la centella.

Nuestro joven abrió la puerta, y todos subieron, llegando asombrados del aspecto que presentaba la calle. Vieron diez hombres muertos y una mujer tendida cerca de la acera. Luego contemplaron la inmóvil figura del Santo, y á Osorío, que los estrechaba con cariño, sonriendo, como si nada hubiera ocurrido, y con la satisfacción del que contempla objetos queridos.

De improviso se contrajo su frente, y cogiendo la mano del príncipe, tiró de ella, añadiendo:

—Padre mío, hermano, salgamos de aquí que es un lugar de traición, de infamia y de muerte.

Y sin soltar su mano la del sacerdote, llevando en la otra la linterna, se dirigieron á su palacio; tendiendo una sombría mirada por el cuadro que dejaban atrás.

Iban delante cogidos de las manos el príncipe y Flaviano, y en pos hasta veinte hombres, mudos todos, y de esta manera llegaron al palacio.

El príncipe de Italia se dirigió á su celda, y el duque, Flaviano y Julio, se encerraron en una cámara, donde el primero hizo que el segundo le refiriera cuanto acababa de acontecer.

Osorio obedeció á su padre, contándole lo que aquel quería saber sin detenerse en detalles pueriles.

Al acabar el joven su relato, desapareció Julio de Silva como un relámpago, perdiéndose poco tiempo después en las extensas galerias del regio alcázar.

El duque del Imperio y su hijo, continuaron hablando, si bien éste dejó, por un poco de tiempo, al autor de sus días, para cambiar de traje y entregarse al aseo, que lo presentaba tal como era.

De este modo, esperaron hablando padre é hijo el regreso de Julio Silva.

El favorito, esperaba en su palacio el desenlace de la escena que acabamos de describir.

El rey, algo impaciente, paseaba por la cámara, dirigiendo miradas siniestras á los objetos que habia en su elegante morada.

La reina, conversaba agradablemente con la duquesa de los Andes, cuando le anunciaron la llegada de Julio de Silva, al que recibió en el acto.

El Santo habia entrado en su celda, según hemos dicho, cayó á los pies del crucifijo que ya conocemos, y dirigía á Dios tierna plegaria.

La noche, silenciosa y fría, era alumbrada á intervalos por la luna, que de contínuo se ocultaba detrás de negros nubarrones.

En la presente noche parecían haberse dado el santo y seña todas las rondas de Madrid y ni un solo alguacil transitaba por las calles.

CAPITULO X

Las consecuencias de un nuevo atentado.—Otra vez en campaña Magdalena.—El diablo inspira muchas veces á algunas hijas de Eva.—Golpe afortunado.—Sucumbió el noble león.

Eran las once y media de la noche, el rey continuaba paseando por su cámara dando señales marcadas de impaciencia, cuando de pronto se abrió una puerta apareciendo sola y con el rostro algo encendido la reina Margarita.

Su esposo le salió al encuentro preguntándola:

—¿Qué acontece; cómo no te has retirado á descansar?

—¿Sabes tú lo que acaba de acontecer en Madrid?

—No,—le contestó el rey sorprendido, á nadie he recibido esta noche.

—¿No esperabaa noticia alguna?

—¿De quién, Mariquita?

—Algo aguardabas tú, pero no podias suponer que fuese yo la portadora,—añadió la reina con intención

—No te comprendo, Margarita. ¿Quieres explicarte?

—A eso he venido, Felipe. En una calle de Madrid hay tendidos seis cadáveres y una mujer que ha sufrido terrible golpe en la cabeza y se halla privada de la razón.

—¿Cómo sabos tú eso; tienes acaso policía?

—No, lo he sabido de boca de Julio de Silva que ha visto lo que aconteció y me lo ha referido detalladamente.

—¿Julio de Silva á esta hora en mi alcázar?

—¿Qué te extraña? Es grande de España y quiso acompañar á su palacio á mi camarera mayor que es su madre adoptiva.

—Ahora lo comprendo. ¿Le ha ocurrido algún siniestro á su amigo y compañero Osorio?

—No; nada absolutamente, fué á su padre, al príncipe de Italia; al venerable varón de estirpe real que el pueblo con justicia venera como á Santo.

—¡Al príncipe de Italia? Eso no puede ser.

—Pues ha sido.

—Habla, que me devora la impaciencia.

—Pues oyo y fíjate bien en mis frases. Parece que Flaviano de Osorio, ó sea el más valiente y cumplido caballero que tiene España, ha sido sentenciado á muerte por miserables asesinos que ocultan sus criminales intenciones, como pudiera hacerlo el más villano, el más miserable de los hombres.

—Margarita, suprime dicterios y entra en asunto, porque estoy impaciente.

—No puedo, Felipe; la indignación y el asco que á

toda alma noble y generosa produce los criminales hechos, me obligan á calificar como merecen á los que en brazos de Satanás olvidan lo que son, lo que deben á su Dios, á su honra y al pueblo que los vió nacer.

—Califica, si te empeñas, pero abrevia.

—Me han asegurado personas verídicas que por celos y por otras pasiones tan bastardas como esa, han sentenciado á muerte á Osorio, según acabo de decirte.

—¿Pero quiénes son esos jueces?

—Ya te lo he dicho. Unos malvados que no tienen religión, ni honra, ni valor, ni dignidad.

—Sus nombres.

—Esos permanecen ocultos entre las sombras de la noche, pero la Providencia se encargará de darlos á conocer y correrán por el reino para ser malditos por la hidalguía castellana.

—¿Y qué han realizado esta noche esos terribles jueces?

—Más que jueces, esos verdugos, han logrado lo siguiente.

Y la reina contó al rey todo lo ocurrido, acentuando mucho las frases en lo que á ella convenía, disculpando el disfraz de Osorio, suponiendo que usaba aquel traje siempre que como su padre y el Santo recorría Madrid practicando actos de caridad, lo cual era doblemente honroso para el filántropo y concluyó elevando á lo ideal el tipo de Flaviano presentando entre el cieno más asqueroso á todos sus enemigos.

Jamás estuvo Margarita tan lógica, tan persuasiva, ni se expresó con tan excelente castellano.

Parte de sus palabras salieron como puntas de agudos puñales que fueron clavándose en el corazón de su marido.

El rostro del rey estaba demudado y tales impresiones recibió, que la reina pudo comprender bien lo que su amiga la duquesa de los Andes la hubiera podido ocultar.

El monarca se dejó caer en un sillón, abrumado por el peso de un malestar profundo, amargo, torturador.

No habiendo contestado nada al largo relato de su esposa, le dijo ésta:

—Y bien, rey de España, ¿Nada van á hacer contra los asesinos? ¿Continuarán esgrimiendo el arma fratricida enmedio de las calles de Madrid á ciencia y paciencia del rey?

—Esas cuestiones no me incumben, Margarita; corresponden á los tribunales.

—Esos harán lo que les imponga el duque de Uceda.

—No lo creo.

—Pues eso sucede ahora.

—Te engañan.

—Lo estoy viendo continuamente.

—Cómo ha de ser.

—Evitándolo.

—¿De qué manera?

—Gobernando el reino como hacía tu padre Felipe II.

—El gustaba de hacerlo todo y yo no.

—El deber se cumple agrade ó no al monarca.

—¡Me permites que me retire á descansar!

—¿Me echas? Está bien; si se continúa asesinando en las calles, robando en los caminos, vendiéndose los cargos públicos y convirtiendo el reino en granjería de magnates sin conciencia ni pudor; haré venir al archiduque mi hermano y regresaré con él á mi país.

—¿Qué dices? ¿Pretendes abandonarme?

—Sí.

—No lo consentiré.

—Si me condenas á vivir entre crímenes y delitos sabrá el mundo por la reina de España todo lo que pasa en este desventurado reino.

—Estás loca, Margarita; tú no viniste á gobernar sino á ser la esposa del rey.

—Tampoco vine á hacerme solidaria con mi silencio de las infamias que presencio.

—Va á ser necesario que sustituyas con otra á la duquesa de los Ardes.

—El día que eso suceda dejarás de verme para siempre. Es la única amiga leal que tengo, la única compañera, Felipe, si la maldad llega hasta mí y no puedo aplastarla, huiré de ella sin dilación alguna.

Y Margarita le volvió la espalda retirándose á sus habitaciones.

El rey continuaba abrumado y como herido por una contrariedad grande.

Poco después buscó el lecho, descansando en él algunas horas. Su sueño fué corto é intranquilo.

Despertó temprano, pero no se levantó hasta las nueve.

Después que se hubo desayunado mandó llamar al duque de Uceda y se encerró con él.

Iba el duque triste, cabizbajo y mal humorado. El rey le recibió grave, casi severo, se sentó y mirándole fijamente le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido anoche, Uceda?

—Otra desgracia, señor.

—Sepamos.

—Por asegurar más el golpe, que obedecía á una intriga hábil y bien preparada, todo se echó á perder.

—Refiérelo detalladamente.

Así lo hize el duque, mintiendo algo, exagerando lo que le convenía y desfigurando algunos hechos.

El soberano le oyó con calma y cuando hubo concluído le contestó:

—Te han engañado, Uceda; los muertos por sólo Flaviano de Osorio fueron diez; no tomó ninguno otro parte en la pelea, pues al ver tu gente al duque del Imperio y á los que le acompañaban huyeron como galgos, y no hicieron mal: si uno sólo de aquellos mató y se atrevió con treinta, veintiuno hubieran dado fin de un ejército de mercenarios.

Y continuó rectificando todas las inexactitudes en que el favorito incurrió.

Con asombro le oyó el duque, admirándose de lo bien enterado que el rey estaba. Al terminar el uno, balbuceó ei otro las siguientes frases:

—Si vuestra majestad sabe esa historia por buen conducto me habrán engañado á mí.

—Tenlo por cierto; te han mentido.

—¡Ah, señor! ¿Por qué no hacemos salir de España á Osorio y nos libramos de él por medio de un destierro?

—¿Qué motivo ó pretexto vamos á alegar?

—El bien del reino; se le puede mandar de embajador lo más lejos posible.

—No aceptará cargo alguno.

—Se le obligará en bien de la patria y de vuestra majestad.

—Imposible, Uceda, ni él iría, ni yo puedo aceptar ese transacción con él. La noche que lo hallé en la casa que habitaba Alice, pude perdonarlo, violentándome algo; hoy no puedo ser ni aun eso. Quiero que muera, ¿lo oyes? que muera, porque merece la muerte.

—¿Pero quién le mata, señor?

—¡Brava pregunta! El talento, la habilidad, la previsión, la astucia. Hasta ahora estuviste muy torpe, Uceda.

—Señor, si Osorio entra anoche, sin que nadie lo hubiere notado.

—Pero como no entró debísteis desistir y con calma buscar la ocasión. Lo contrario ha dado lugar á un nuevo escándalo, á que la reina se entere y me dé un gran disgusto, y á que la grandeza, fría conmigo y lastimada por los disparates que estás haciendo, deje de venir, y acaso me mire de una manera poco conveniente.

—¿Qué debo hacer, señor?

—Muéstrate indignado por lo acontecido hasta ahora, que hagan algunos escarmientos y quede en buen lugar la vindicta pública.

—¡Escarmientos! Perdonad, señor, pero no comprendo.

—Escarmiento, sí; es indispensable que mueran dos ó tres y vayan unos cuantos á galeras.

—De los que han tomado parte.

—De esos ó de otros; basta con que sean criminales.

—Perfectamente. Esa mujer ajustó diez escapados de Cartagena, los cuales se fugaron de la galera en que cumplían su condena, y los que no murieron anoche, perecerán el sábado en un patíbulo.

—A la vez, todos los sentenciados á galeras que salgan el mismo día, extendiendo la voz de que eran los mismos que atacaron á Julio de Silva, y anoche á su padre y á Osorio.

—Todo se hará al momento.

—¿Y esa Magdalena se halla enferma? ¿Qué dice?

—No la he visto aún, pero sé que recibió un golpe terrible que la he descompuesto el rostro; y le abrió la cabeza, causándole varias lesiones en el resto del cuerpo, pues quedó tendida en el suelo sin conocimiento, y los mismos hombres que la obedecian tropezaron con ella, la pisotearon y contribuyeron á multiplicar el número de sus lesiones. Se halla en cama con fiebre, y solo piensa en vengarse de Flaviano.

—Puede servirte aún si sabes darle aplicación ¿Quedará desfigurada?

—Probablemente.

—Eso ayudará á que Osorio no la reconozca.

—Dice que la levantó como á ligera pluma Flavia-

no, y la arrojó con tal fuerza, que debió estrellarla contra el suelo.

—Tengo noticia de que es buen gimnasta, y habrá desarrollado bien su musculatura.

—¡Un buen gimnasta! Y el mejor tirador de pistola y espada que conozco. Ocho tiros de pistola, ocho cadáveres y dos estocadas, dos corazones deshechos.

—Háblame lo menos posible en ese sentido de tu primo.

—Pariente mío es, señor, pero le odio más que vuestra majestad; es al único hombre que temo en el mundo.

—¿Más que á su padre?

—¡Ah, señor, vale más!

—Bien, bien; hablemos de otra cosa.

—¿Me manda algo vuestra majestad?

—No, pero me resta darte una noticia. Van tres *fiascos*: al cuarto dejarás de visitar este alcázar para siempre y saldrás de España.

—Procuraré, señor, no dar motivo á vuestra majestad para que aplique en mí un rigor que me impediría continuar sirviendo á vuestra majestad.

Y después de besar su mano se retiró, dejando al monarca abrumado con el peso de acontecimiento tan funesto y saliendo él en peor estado de aquel en que dejaba á su señor.

Felipe III ni se arrepentía ni enmendaba. Alice era para él su sola felicidad, y Flaviano el depósito de su ira y el que le inspiraba más odio, rencor y saña que el resto de los hombres. Le bastaba oir pronunciar

su nombre para montar en cólera y enrojecerse su rostro.

Poco después entraba en la capilla donde oró media hora.

Estos eran en general los hombres del siglo XVII; dirigían un ruego á Dios y una salutación al demonio.

Después pasó á visitar á su esposa participándole que habia mandado hacer escarmientos con los asesinos de Julio, del Santo y de Osorio. La reina lo miró como dudando, pero nada dijo hasta tener pruebas en contrario.

La noticia de lo ocurrido por la noche, llegó al *Mentidero* con colores vivísimos; se decía allí que iban el Santo y Flaviano repartiendo limosnas cuando fueron atacados por todos los polizontes de Madrid á los cuales hizo frente el joven Osorio. Que mató más de veinte sin que le tocasen á él, y los restantes huyeron despavoridos. Después daban detalles, idealizando á Flaviano y dejando al favorito en el peor lugar posible.

Del Mentidero corrió la noticia á los palacios, á las casas y todo Madrid comentaba el hecho con descripciones de las que salían mal librados el rey y su favorito.

De una á dos de la tarde estaban apiñados los grandes y nobles en los salones del duque del Imperio. Iban á felicitar á Flaviano, á ofrecerse á él como hicieron con Julio y fulminar rayos y centellas contra el favorito sin perdonar embozadas alusiones á persona más elevada.

También nuestro joven, por un exceso de valor, demostró en este día una arrogancia sombreada de terquedad.

Su padre tenía una reunión con varios grandes, de tres á cinco, y él y Julio salieron á caballo, entraron en el palacio del Nuncio é invitaron á pasear á la hermana del prelado y á Alice. Ambas aceptaron, saliendo en medio de los dos.

La encantadera napolitana iba radiante de hermosura y sus rasgados ojos buscaban de continuo la mirada de Flaviano.

El joven había supuesto que estarían en la pradera de San Fermín los reyes y no se equivocó.

Al verlo la reina lo llamó, y tanto se interesó por él, que excitó la bilis de su esposo bastante; luego habló con Julio, con la hermana del Nuncio y últimamente con Alice. Total un cuarto de hora durante el cual sufrió don Felipe el tormento de las cuñas.

No fué eso sólo, los grandes, los nobles y hasta el pueblo se descubrían ante los dos jóvenes, demostrándoles cada vez que cruzaban cerca de ellos cariño y admiración.

Flaviano era eutre las damas el hombre de moda, el más querido, el más agasajado y en esta tarde todas las que había en la extensa pradera, le saludaban con manifiesta exageración.

La prueba fué completa para Osorio, el martirio que sufrió el rey más completo aún.

Cuando los dos jóvenes se retiraban, después de dejar á las damas en la Nunciatura, dijo Silva á Osorio:

—Esta tarde te has propuesto dar un mal rato á don Felipe.

—Has acertado.

—Lo has conseguido por completo, Flaviano, pero no creo que hayas ganado nada.

—Sí, he ganado el tormento que le dí y nada he perdido.

—Hoy no, pero en adelante.

—Tampoco, Julio: el rey no puede odiarme más de lo que lo hace ya, ni le es dado desistir de su temeraria empresa. Llegaron al colmo sus celos, su rencor, su deseo de venganza y su anhelo porque me asesinen.

—Puede que tengas razón.

—Por eso yo lo he de atormentar cuanto pueda, por esos y porque no puedo rehusar ningún peligro; antes al contrario me domina el vehemente deseo de irme al fondo de todo peligro y combatirlo allí. Cuando nadie me amenaza, de nadie me acuerdo, pero veo el peligro y sin poderme contener me dirijo á él lo provoco, lo agrando, si puedo, y lucho hasta vencer. ¡Oh! si anoche no hubiera tenido que defender al Santo, doy fin de los treinta.

—¡De los treinta!

—De todos, sí; me sentía con fuerza y poder bastante. ¡Ay de ellos si posible me fuera correr al medio de la calle, saltar, tirar estocadas á derecha é izquierda y matar sin más estorbo que el que me opusieran aquellos cobardes, aquellos torpes.

—Ha cambiado tu rostro, hermano, te presentas fiero, tu mirada irresistible despide fuego y pareces un león.

—Como tú cuando te hallas en mi caso.

—Tu triunfo anoche fué completo.

—¡Completo! Nunca fué más infortunado.

—¿Qué dices, loco?

—La verdad. Me atacaron treinta y quedaron con vida veinte. Quise luego demostrar á mi padre que yo también era capaz de morir por salvar á un Silva y en el momento de ir á consumar el hecho, me cogió el Santo por la cintura y con fuerzas sobrenaturales me arrancó de allí, perturbando á la vez mi cerebro con un fluído que me hacía feliz.

—Mi padre tan flaco y demacrado por el ayuno y la penitencia ¿de dónde sacó esas fuerzas?

—No eran suyas, te he dicho y te repito que fueron sobrenaturales, como el fluído que yo aspiraba. No hay hombre alguno que disponga de una fuerza como aquella. Cuando todos le llamamos el Santo algo hay en él, que merezca ese calificativo.

—Pero si te llegan á matar anoche, está ardiendo hoy Madrid.

—No hagais eso.

—Tú juegas tu vida en esa cuestión, hermano, pero Felipe III juega su corona y algo más.

Hablando así llegaron al palacio, cenaron luego, pasando la noche en la morada del duque de Pastrana. Cantó Osorio para torturar con sus estrofas al favorito que habitaba al lado, y á la media noche los dos estaban en el lecho buscando el natural reposo.

Hubo ejecuciones y varios sentenciados á galeras.

Cuarenta días trascurrieron sin que acontecimiento

alguno viniera á turbar la paz que reinaba en el palacio del duque del Imperio, Julio y Flaviano hacían su vida ordinaria sin más excepción que la de pasear á caballo en compañía de Alice y de la hermana del Nuncio, en vez de ir solos como anteriormente. Ese paseo era ya diario y sólo lo suspendia la inclemencia del tiempo.

Una noche, terminando ese plazo, salió Flaviano de casa de su hermana, casada con el conde de Monterrubio é iba solo en dirección á su palacio. No pudo acompañarle Julio por impedirselo un asunto urgente. Flaviano no dijo donde iba y á nadie le fué posible incorporarse con él al regresar de su visita nocturna.

Lo que hace tiempo no acontecía, vino á suceder esta noche, toda vez que desde el último grave accidente, Flaviano iba casi siempre acompañado de su hermano Julio, ó seguido ó vigilado por alguno de los Ros.

La fatalidad parecía haber preparado las cosas de manera que, sin poderlo evitar nadie, fueron todos sorprendidos por el acontecimiento más funesto que imaginar se puede.

Flaviano salió de casa de su hermana á las doce de la nochs, y anduvo varias calles embozado en su manto, sin impedimento alguno. Llegó de este modo á la plaza Mayor, entrando en la calle de Atocha.

La noche estaba oscura, empezaban á caer menudos copos de nieve, y la calle de Atocha, en su extensa longitud, se hallaba solitaria, como pocas veces. Hasta la Naturaleza, con su nieve, frío y cierzo,

parecía favorecer el crímen que sitiaba ya la vida del hidalgo Oosorio.

Nuestro joven seguía adelante sin distinguir persona alguna, verdad es que ni á cinco metros podian verse los objetos. A los diez pasos oyó el ruido de pisadas, y un instante después tropezó con una pareja que iba por la misma acera, llevando dirección contraria á la suya. Al choque, resbaló, al parecer, la dama que iba del brazo de un caballero, rodando al suelo como una pelota. Su compañero y Flaviano se inclinaron para levantarla.

—¡Ay!—exclamó ella. –Creo que me he roto una pierna.

A la vez alargó un brazo á su acompañante y otro á Osorio; en la mano de este brazo, llevaba un pañuelo, que chocó varias veces con la nariz de nuestro joven, el cual no reparó en esto ni en el olor que el pañuelo echaba, ocupado en hacer esfuerzos inauditos para levantar á la señora que estaba en tierra.

A la quinta vez que el pañuelo llegó á su nariz, sintió Flaviano un gran desvanecimiento, y quiso incorporarse soltando el brazo de la señora pero no pudo. cayó por el contrario al suelo, sin voz, sin vista y sin aliento.

—Ya es nuestro,—gritó la dama con alegría febril, arrojó el pañuelo lejos de ella, y de un salto se puso en pie, diciendo á su compañero:

—Entremos en mi casa con él. Date prisa; cójelo bien por debajo de los brazos, yo por las piernas.

Y entraron en un portal inmediato, cuya puerta

cerraron, y en un cuarto bajo, decentemente amueblado, y en el que ardian dos velas de cera, cerraron también la puerta del cuarto, depositando á Flaviano en un ancho sillón forrado de piel de Córdoba.

Sin perder tiempo, registró la mujer aquella los bolsillos de los gregüescos y ropilla de Osorio, sacándole dos pistolas, cuatro cargas, y quitándole despues la espada y daga que llevaba en el cinto.

—Ahora sí que es mío,—murmuraba aquella mujer, asomando á sus lábios una satánica sonrisa.

Era Magdalena, algo desfigurada por el golpe que recibió en el rostro, pero la misma harpía que hemos conocido. Su acompañante era un cómplice mercenario pagado á peso de oro.

—Toma, Juan,—dijo Magdalena;—deja en la habitación contigua, esa espada y puñal, y espérame allí, quiero quedarme sola con nuestro prisionero.

—¿No temeis?

—Yo no temo nada; tengo además este par de pistolas.

—¡Qué efecto tan rápido le produjo el olor de ese líquido!

—El florentino que he conocido por tí, es una alhaja. Los preparados que él hace son infalibles.

—¡Pero con qué facilidad, con qué destreza!...

—No es eso; consiste en que además del excelente líquido, preparamos bien el golpe, y luego nos ayudó el diablo con la oscuridad, la nieve y el silencio.

—Es verdad. ¿Tardará mucho en volver á la razón?

—Una ó dos horas.

—¿Para qué quereis quedaros sola con él?

—Para contemplarlo, para gozarme en su inerte cabeza, para saborear mi venganza.

—¡Pues si parece un cadáver!

—Así quería yo verlo, así lo pedia el alma. Cuánto he discurrido, cuánto he trabajado; llevo más de un año ocupándome sólo de este hombre.

—Habeis cumplido la palabra al duque, y va á quedar más contento aún que vos.

—Llegó á la desesperación por lo mucho que tardaba; creen que enjaular á este león era cosa fácil; necio, si él lo hubiera intentado, no lo logra jamás.

—Cierto.

—Esa gloria me correspondía á mí por completo; á mí que lo he amado más que su madre y que todas las mujeres del mundo. Sal de aquí, obedece; y como yo no te llame, no entres.

—Muy bien.

—Cierras la puerta que comunica con esta habitación.

Y quedó sola con el semi-cadáver de Flaviano.

La noche continnaba oscura y fría; y el silencio era completo. La casa en que habitaba Magdalena era vieja, no tenian cristales las rejas y sí algunos desajustes por los cuales penetraba el frío y hasta el aire. En medio de la salita en que se hallaba Osorio habia un brasero que mitigaba en parte el intenso frío que se dejaba sentir.

Flaviano estaba caído en el sillón donde lo dejaron, la cabeza inclinada sobre el pecho, y tan pálido que parecía muerto.

Magdalena la miró fijamente, exclamando:

—¡Lo habrá muerto el florentino con ese olor!

Y le cogió una muñeca, oprimiéndola con una de sus manos.

—Está vivo,—añadió;—tiene razón el sabio italiano; y ese olor perturba hasta dejar en suspenso la vida, pero no mata. ¡Qué bello es, su cutis blanco, terso y suave admira, lo perfecto de sus facciones encanta, y su gallardía, talento, voz y entereza enloquecen! ¿Y su virtud? Este hombre es un encanto, una maravilla. ¡Si fuera capaz de amarme! Imposible; no ama ni aun á esa italiana que acompaña, y es la mujer más bella que existe. He ahí á lo que una débil mujer condujo al hombre más valiente de España; al futuro duque del Imperio, al grande, al poderoso señor que no tenía rival en la corte. Su ardiente sangre es ya un líquido frío que corre con lentitud por el sistema arterial. Su fuerte corazón no es otra cosa que un pedazo de carne casi inerte. Su incomparable cerebro se apagó; ya no tiene ideas, ni pensamientos; su voz, la más hermosa que he oido, enmudeció para siempre. ¡Ah, Flaviano, recompensaste mi amor, estrellándome contra el suelo y haciéndome sufrir una enfermedad para quedar al salir de ella con el rostro afeado y descompuesto; pero tomé la revancha y vas á pagar con tu vida todo el mal que me has hecho. Con tu vida, sí; con una sola porque no tienes más.

Otra vez volvió á oprimir su muñeca; después le cogió una mano, y dejándola entre las suyas, añadió:

—¡Si todavia fuese capaz de amarme; si pudiera lo-

grar por la amenaza ó por la gratitud lo que no me fué posible por la constancia, el amor y la ternura! Difícil es; me dejaron tan desfigurada las heridas que recibí en el rostro! Eso no es tampoco una razón; su espíritu elevado y su corazón de roca no se pueden enamorar de ninguna belleza física, buscan las del alma, y al volver á la vida Flaviano me ha de hallar tan fuerte y valiente como él lo es; tan hábil y discreta como la más entendida, y tan sagaz como la primera. ¡Quién sabe!, ni es para hacerse ilusiones ni para desconfiar por completo.

Digamos algo de la perturbación que sufría Osorio.

Llegó no ha mucho tiempo á Madrid un químico fiorentino sin conciencia y con mucho talento y sabiduría. Entre sus muchos descubrimientos científicos, dió con un equivalente al cloroformo, más activo aún que éste, pero muy expuesto, si la aplicación recaía en una persona débil ó enferma. También conocía y fabricaba el ácido prúsico, veneno el más activo y enérgico que todavía se usa. Componía también narcóticos, algunos medicamentos en forma de específicos, y todo esto lo vendía al precio más caro que le era posible, desapareciendo de la población en que se instalaba á los pocos meses. Comprendía el mucho daño que causaban sus compuestos, y temiendo ser cogido y ahorcado, pasaba á otra ciudad. llevando alguna recomendación que lo diera á conocer á los aficionados á sus brevajes. También conocía la medicina.

Ese hombre curó á Magdalena sus heridas y contusiones, y averiguando ésta quién era, le compró vene-

nos, narcóticos y el equivalente al cloroformo que empleaba esta noche en Flaviano. Bien hecho estaba el específico, pero fué más hábil aún la manera que tuvo Magdalena de aplicarlo. Verdad es que esta mujer contaba con un valor, astucia, serenidad y sangre fría, impropios de su sexo.

La habitación en que se hallaba Flaviano era una sala en forma de paralelógramo decentemente amueblada. Tenía un sofá, sillas y sillones de cuero de Córdoba, dos cornucopias, seis cuadros y una mesa con recado de escribir; una botella con agua, un vaso; varias esculturas pequeñas de adorno y dos candeleros de metal blanco, en los que ardían velas de cera.

El sillón en que se hallaba Osorio cloroformizado era el único mueble que habia enmedio de la sala.

Junto á Flaviano se sentó la arpía contemplando á su víctima unas veces con amor, otras con esperanzas y algunas con fiereza que demostraba instintos de venganza.

Dos solas veces dejó aquella mujer á Flaviano para espiar á su cómplice que estaba en la habitación contigua. Las dos se retiró diciendo:

—Duerme como un bellaco. Esos son los hombres; confiados y torpes hasta el grado *máximo*.

Y volvió á contemplar á Flaviano, estrechando unas veces sus manos, besando otras su frente y mirándole con ira ó dulzura, según eran las distintas ideas que llegaban á su mente.

Cerca de tres horas permaneció de aquella manera.

De pronto exclamó:

—Asoma el carmín á sus mejillas; se mueve... Alerta, Magdalena, que va á salir el león de su calentura.

Y se puso en pie, separó la silla en que estaba sentada y quedó frente á Osorio con una pistola en cada mano, fija en él é inmóvil.

Flaviano fué lentamente volviendo á la vida. Sus mejillas tomaron un tinte encarnado pálido, se movió de un lado para otro varias veces, concluyendo por abrir los ojos y mirar en torno

—¿Dónde me hallo?—se preguntó.

Y fijándose en la harpía, añadió:

—¡Ah, comprendo! Miserable mujer, si me has de matar hazlo al momento. Jamás dí motivo á nadie para que me martirizasen. Aquí tienes mi corazón, fija el cañón de una de esas pistolas en él y haz fuego, yo te lo agradeceré.

—¿Tanto te estorba la vida, Flaviano?

—Bastante. Mi madre me espera en el cielo, y ¡cuán mejor estaré á su lado que entre tanto traidor y malvado como hallo á mi paso!

—Quiero ser generosa contigo ya que tú fuiste tan ingrato conmigo. Estás sentenciado á muerte y te doy á elegir entre un veneno activo ó la bala de una de tus pistolas.

—¿Por qué al perturbar mi razón y dejarme inerte no me distes ese veneno? ¿Eres tan mala que pretendes gozarte en mi agonía?

—No es eso, quiero sencillamente conversar contigo

antes de que mueras. Yo no te odio ni te aborrezco; veo sólo en tí una víctima de mi justa venganza.

—No te comprendo.

—Dí, Flaviano, ¿por qué rechazaste siempre mi amor?

—Porque era impuro, grosero y no podía casarme contigo.

—¿Por qué no podías?

—Porque nos separaba clase, condición y conducta. Yo jamás fuí libertino.

—¿Por qué al menos no te inspiró cariño la ardiente pasión que sentía por tí?

—Porque no se lo tuve á ninguna mujer fuera de mi madre y hermanas.

—¿Ni á Alice?

—No.

Flaviano, que al abrir los ojos y reconocer á Magdalena creyó que ésta le iba á matar, saboreando su agonía, leía ya lo que esta mujer pensaba y quería, y se dispuso á una lucha moral, cuya victoria le pedía el instinto de conservación. Momentos antes daba por hecho que iba á parecer, y con abnegación, resignando y casi indiferente se disponía á recibir la muerte sin violencia. Ahora cruzaba por su mente una ráfaga de esperanza que concibió su elevado entendimiento, dispuesto á vencer á aquella astuta serpiente. Más que á ella convenía á Osorio el debate entablado; con él ganaba tiempo é iba poco á poco recuperando las fuerzas de que carecía al volver á la razón.

Magdalena continuó preguntándole:

—¿Por qué me levantaste en alto arrojándome al suelo para estrellarme?

—Para estrellarte no, Magdalena, me era fácil haberlo hecho si lo hubiera deseado; fué solo para ahogar tu voz que alentaba á mis asesinos y salvar de esta manera al príncipe de Italia; le amo tanto como á mi padre. Fuí esa noche más generoso contigo que lo vas á ser osta conmigo.

—¿Qué sabes tú lo que yo voy á hacer contigo?

—Obrando por cuenta del infame favorito del rey debo estar seguro de lo que vas á realizar.

—El duque de Uceda aguarda que yo sola lleve á cabo lo que él no pudo con todo su inmenso poder, y ya ves que no me ha juzgado mal; pero ignora todavía que estás en mi poder.

—No importa, cumplirás órdenes anteriores.

—O no; eso depende de acontecimientos futuros.

—Magdalena, de mí te has vengado ya, haciéndome más daño del que yo pude causarte en mi vida; cuanto hagas en adelante lo realizas por cuenta del villano duque de Uceda, como mísera mercenaria que mata y cobra el precio de un asesinato.

—Todavía no hice nada de eso.

—Pero lo harás y yo te ruego que si no me he equivocado abrevies. Sólo una arpía puede gozar prolongando la agonía de un desgraciado.

—Sublime frase. Osorio; es casi igual á la que yo me decía de contínuo: Ese hombre, exclamaba aludiendo á tí, se goza en el mal de una desgraciada.

—Jamás me gocé en tu daño; daño que yo no te

hice, daño que tú sola creaste sin darte yo motivo alguno.

—Me veías sufrir y me desdeñabas.

—No tenía yo el agua que podía apagar tu fuego.

—Acaso porque eras feliz, ¿y ahora que eres desgraciado?

—No lo sé.

—¿Qué necesitas para averiguarlo?

—Meditarlo, tiempo; has trastornado mi cerebro con el olor que llevaste á él y todavía no pienso como anteriormente; aún se confunden mis ideas y yo jamás me comprometo á nada sin tener seguridad de poderlo cumplír.

—¿Jamás faltas á tu palabra?

—Nunca; si yo engañara ó mintiese, me atravesaría el corazón antes que nadie pudiera arrojarme al rostro ese baldón.

—¿Qué tiempo necesitas para tranquilizar tu cerebro, coordinar tus ideas y contestar á una pregunta?

—Antes de ofrecerte una réplica terminante necesito conocer la pregunta.

—Óyela, Flaviano: estás encerrado en el siguiente dilema: ó mueres envenenado, ó de un tiro, ó huyes conmigo de España, ofreciéndome una seguridad absoluta de que no me has de abandonar jamás. Te concedo una hora para que lo medites, elijas y me des una contestación concreta y clara y que no dé lugar á explicaciones y debates. La vida ó la muerte: elije. Si la primera, piensa bien la seguridad que me ofreces, pues la quiero absoluta.

Osorio meditó dos minutos contestándola sin vacilar:

—Muy bien; acepto el dilema en la forma siguiente: me dejas solo; todo lo bien encerrado que quieras, pero he de quedar completamente solo para reflexionar sin que nada me distraiga toda vez que se trata de elegir entre la vida ó la muerte. Soy demasiado joven aún, el porvenir me brinda con una existencia sonriente y dichosa, y la verdad es que tu actitud varonil, tu talento y cuanto acabo de estudiar en tí me han impresionado hasta causar una revolución en mis ideas y pensamientos.

Nuestro jóven leía ya como en un libro en el corazón y cerebro de la harpía y su contestación debía seducir á tan terrible mujer. Al callar Osorio, le dijo ella:

—Perfectamente y no puedo negar que he oido con gusto tus frases. Estarás solo absolutamente solo una hora. Que más deseas.

—Veo que las maderas de esa reja tienen candado y esa previsión debe tranquilizarte en lo relativo á mí por más que tales precauciones son inútiles. Aceptado por mí tu dilema nada intentaré contrario á él. En esa mesa hay lo necesario para escribir; con eso y el veneno tengo suficiente. Meditaré primero y cuando me haya decidido, si opto por la vida pondré por escrito la seguridad que me ofreces, si opto por la muerte, redactaré en breves frases una despedida para que me hagas el favor de mandarle de un modo anónimo á mi padre, y en el mismo instante tomaré todo el veneno

que me dejes, volviendo á sentarme en este sillón que será mi lecho de muerte.

Más de un cuarto de hora continuaron hablando los dos mancebos, ella se obstinaba en que aceptase por la vida y razonaba sobre este tema con todo el ingenio de que era capaz. Osorio la escuchaba con aparente interés y no la contradecía ni apoyaba; parecía vacilar, pero esa actitud era hija del cálculo, en manera alguna de torpe vacilación.

En este último diálogo procuró demostrar el entendido joven algo de perturbación en sus ideas, dificultad al expresarse y cuanto podía convenirle para burlar una sagacidad femenil, sorprendente, maravillas.

En cuanto á Magdalena, muy sobre sí constantemente, ni se aproximó á Flaviano, ni soltó las pistolas, ni perdió un momento el predominio y actitud que podían librarla de toda sorpresa. Era demasiado grande su triunfo y mayor la exposición en que estaba para que no temiese correr un riesgo que podía costarle la vida. Se hallaba enfrente de un león que podía acabar con ella en dos segundos, lo comprendió así y para conseguir dominarlo y vencerlo moral y materialmente necesitaba no incurrir en el más leve descuido y no lo tuvo, ni si hemos de ser justos, añadiremos que tampoco lo buscó Osorio por comprender que sería inútil esperarlo de mujer tan avisada y sagaz, ó porque se proponía cosa distinta y no quería alterar su plan.

Había avanzado bastante la madrugada cuando Magdalena se despidió por una hora de Osorio y salió, dejándolo perfectamente encerrado.

CAPITULO XI

El conflicto.—El pensamiento de Flaviano.—Algo hay que enseñar á la suerte.—La muerte aparente.—Alegria del favorito.—Misterio.—Cambio de una terrible sentencia.

El duque del Imperio se retiró á su palacio cerca de la media noche. Casi á la vez llegó Julio de Silva, pero Flaviano no parecía y ni los hermanos Ros, ni nadie, sabía donde se hallaba. Instintivamente sospecharon que le habia ocurrido alguna desgracia y en el acto salieron varios criados con objeto de preguntar si había estado aquella noche en alguna de las casas donde solía concurrir á esas horas.

Después de la una, supieron que estuvo en casa de su hermana hasta las doce y que á esa hora salió sólo con ánimo, según dijo, de retirarse á descansar.

No quedaba duda alguna de que Flaviano estaba siendo víctima de una celada. Su pureza de costumbres y vida ordenada, alejaban toda sospecha en contrario y el conflicto fué completo.

Antes de tomar determinación alguna, el duque y Julio consultaron con el príncipe de Italia que aun permanecía orando en su celda.

El Santo oyó con atención el relato de lo que acontecía, se ensimismó por algunos minutos concluyendo por exclamar.

—Algo ha ocurrido al noble Flaviano, lo presiento, pero no lo han muerto, no, estoy seguro. Hijo, hermano, que lo busquen por todas las calles de Madrid, que indaguen, que averigüen, que busquen alguna señal en la calle, algún signo, algo suyo. Flaviano tiene mucho talento y debe haber dejado algún rastro que indique su paradero. Partid mientras yo pido á Dios Nuestro Señor que lo salve del peligro que pueda amenazarle.

Y cayó de rodillas delante del crucifijo.

El duque y Julio desaparecieron y momentos después partían todos los hombres que había en el palacio. Uno avisó á los hermanos Ros y á varios parientes, recorriendo las calles de Madrid más de cincuenta hombres á las dos y media de la madrugada. Iban de dos en dos preguntando, inquiriendo y de este modo continuaron hasta las seis de la mañana en que el príncipe de Italia, después de celebrar una corta conferencia con su hijo y el duque dió la órden terminante de que no se buscase más á Flaviano ni se dijera á nadie nada sobre la desaparición del ilustre jóven.

Así lo hicieron volviendo á imperar el silencio y la quietud en el palacio.

Ninguno durmió aquella noche y el conflicto que los dominó fué completo.

Tranquilos ó no, pero sin acción por la ciega obediencia que debian al Santo. abandonémoslos para volver nosotros á la casa de Magdalena donde acaso podamos comprender algo de lo que motivaba la órden de quietud, impuesta por el sábio y virtuoso príncipe de Italia.

La noche iba mejorando notablemente; habia dejado de nevar y ya no cubría nube alguna el azul del firmamento.

Flaviano quedó solo, según digimos, y estaban muy bien cerradas las dos puertas que comunicaban con la habitación donde le dejamos. En cuanto á la única reja que aquella tenia, se hallaba cerrada por dentro con un candado, cuya llave guardó Magdalena. Desgastados los maderos que tenia la citada reja presentaba varias grietas y una corta abertura por el centro de la parte inferior ó baja por la que cabía el dedo de una persona. Esta circunstancia no pasó desapercibida para el entendido Osorio.

Lo primero que hizo cuando se vió solo fué meditar. Supuso con razón que Magdalena no lo veía, pero que no lejos de allí, escuchaba sus menores movimientos.

Al salir la funesta mujer dejó junto á uno de los candeleros un frasquito lleno de ácido prúsico. El que bebiese su contenido, debía caer muerto instantáneamente, le tomasa sólo ó mezclado con agua.

Después de meditar nuestro joven un cuarto de hora, acercó el sillón á la mesa, escribiendo una carta, de la que hizo un rollito, el cual sujetó, oprimiéndolo

en lo posible con una sortija de oro y brillantes que llevaba en el dedo.

La carta iba cerrada con gotas de cera, y en el sobre se leía:

«¡Transeunte, por el amor de Dios, entrega este escrito al príncipe de Italia! La sortija para tí.»

Cogió el rollito y comenzó á pasear por la estancia, como buscando ideas y flexibilidad á su masculatura. Al poco tiempo, oyó ruído de pisadas en la calle, y con el disimulo posible, metió el rollito por la abertura que tenía la ventana, dándole tan fuerte golpe con un dedo que lo mandó al medio de la acera.

Con tal oportunidad lo arrojó Flaviano, que debieron oir los transeuntes el golpe que dió al caer, ó lo distinguieron sobre la acera, toda vez que se detuvieron al pie de la reja, hablaron, desapareciendo despues á buen paso.

Osorio había continuado su paseo, pero sin dejar de andar; tenía tan fija su atención en lo que acabamos de expresar, que notó la parada y continuación de la ruta que llevaban los dos transeuntes que por allí cruzaron.

Luego se detuvo, reconoció las paredes, y no viendo imágen alguna de Dios, ni de la Virgen, cruzó las manos, y dirigiendo la mirada hácia arriba, oró.

Al acabar este acto, cogió el frasco de veneno que le dejó Magdalena, vertiendo su contenido en el agua que contenia la botella. Parecía que estaba arreglando los papeles; y empleó tal disimulo al hacer esto, que desde donde estaba Magdalena le hubiera sido imposi-

ble comprenderlo por más que lo espiase su mirada.

Más tarde, trazó en un papel las siguientes frases con letras grandes, desiguales y mal hechas:

«Muero envene... no...» Añadió unos rasgos, que nada decían, aun cuando imitaban letras.

Usando el disimulo anterior, sacó otro frasquito que llevaba oculto en un disimulado bolsillo de la parte interior de su ropilla, bebió el contenido, y rompiendo con los dedos el mencionado frasco, guardó los diminutos pedazos en varios de sus bolsillos.

Se inclinó, sentado como estaba, sobre la mesa, cogió la pluma, y con ella en la mano, fué poco á poco perdiendo el conocimiento. Palideció como un cadáver, quedó frío, y cinco minutos después, aparecía muerto, sin que lo desmintiera señal alguna. El narcótico que acababa de tomar, estaba hecho por un sabio químico. y la aparente muerte que producía, se igualaba en todo á la verdadera.

Estaba amaneciendo.

Trascurrida la hora, se abrió una puerta, entrando en aquella lúgubre estancia Magdalena. Su ardiente mirada se clavó en Osorio. Avanzó más, y trémula exclamó:

—¡Ha muerto! ¡Se envenenó! ¿Qué ha escrito? Sólo dos frases... No pudo más... El bárbaro se bebió todo el veneno, quedando sin vida un instante después. No fué mío, pero tampoco de otra mujer. Me ofendió, pero me he vengado. Ahora falta recibir la recompensa. ¿Juan?

Su cómplice entró, preguntándole:

—¿Qué mandáis?

—Mira: ha muerto.

—¡Envenenado!

—Sí, corre al palacio de Uceda, cuéntale lo acontecido y que te acompañe, toda vez que desea reconocer ese cadáver. Por si tardas algo llévate la llave y me llamas al regresar con el duque, quiero dormir esa hora; en mi cama me hallarás vestida. Abrevia, que esto ha concluído.

Juan desapareció, quedando Magdalena sola con el al parecer cadáver de Osorio.

La harpía miró con ira, y luego con desdén á Flaviano, y sintiéndose molestada por la sed, bebió un vaso de agua de la que había en la botella, y se dirigió á su alcoba, en cuya cama se echó vestida.

Cerró los ojos y quiso dormir, pero no pudo; empezaba á sentir crueles dolores en el abdomen, se le iba la vista, y á su pesar se extremecía todo su sér.

El mal fué aumentando. Quiso tirarse de la cama, y no pudo; le faltaban las fuerzas.

Sufriendo horriblemente, se decía:

—¡Qué es esto!... ¡y me hallo encerrada!... Yo misma mandé á Juan que se llevara la llave... ¡Ay, me muero! Sí, Flaviano vertió el terrible veneno del florentino en el agua de la botella, y él se tomó un narcótico que llevaría á prevención. ¡Yo misma me he envenenado, maldición! Pero tengo las dos pistolas; aun cuando vaya arrastrándome, lo voy á matar de veras... Ahora no se libra de mi furor. Yo moriré, estoy segura, pero él irá delante. Infierno, dame fuerzas; así...

No, no puedo... Me abraso; arde mi sér; parece que estoy ya en la casa de Lucifer. ¡Envenenarme yo misma!... Quise luchar con el león, y aun cuando me convertí en culebra y rodeé su cuerpo, le ha bastado un solo movimiento para romper mi cuerpo y mandarme al infierno. ¡Maldita pasión! ¡Maldito talento el de ese hombre! ¡Maldito el día que nací!

Calló y quiso otra vez tirarse de la cama, pero no pudo, le faltaban las fuerzas, la vista y hasta el oído. Eran, además, los dolores que sentía cada vez más fuertes y el fuego que interiormente le abrasaba más intenso. La situación era horrible, insoportable.

Volvió á exclamar con acento débil y frases entrecortadas por el dolor:

—Muero como un perro; sola, arrojada en esta cama... ¡Ay qué angustia, qué tormento, qué agonía!

Un sudor frío cubrió su cuerpo; su rostro palideció; fué á hablar, no pudo, y se extremeció, quedando muerta.

A los diez minutos de tomar el veneno era cadáver.

Su agonía fué corta, pero horrible. El ácido prúsico del químico italiano estaba concentrado.

Su materia no sentía ya nada; con la vida perdió toda su sensibilidad.

Tenía Magdalena al expirar veinticinco años de edad, y era alta, delgada, morena, agraciada, pelo de color de azabache, resultando un conjunto agradable. Contaba con algún talento, regular educación y una terquedad aragonesa que unida á su apasionamiento,

carácter irascible y perversidad de costumbres, la llevaron de delito en delito al trágico fin que acabamos de presenciar. Quedó huérfana de padre y madre, siendo muy joven; de Zaragoza se vino á Madrid, y al aislamiento y las malas compañías de que se vió rodeada, debió en parte su mal del pasado y funesto desenlace en el presente.

Por desgracia no será esa la sola Magdalena impenitente que hallaremos en nuestra historia.

Juan fué al palacio de Uceda, y no obstante lo temprano que era, hizo levantar al duque, lo que no rehusó el favorito en vista de la grata noticia que le llevaba.

En minutos se vistió el palaciego, y embozado en un manto negro, se dirigió á buen paso á la morada de Magdalena, yendo acompañado únicamente de Juan.

Ambos entraron en la salita donde estaba Flaviano, contemplando el duqne con manifiesta alegría el cadavérico rostro de Osorio.

—Voy á despertar á Magdalena,—le dijo Juan.

El duque le detuvo, diciéndole:

—No, tengo prisa y me va á entretener. La dejas dormir, y te quedas conmigo, que pronto me marcho, y entonces la despertarás.

Hasta juzgando muerto á Osorio, le temía Uceda. Este lo contempló largo rato, levantó una de sus manos, y sintiendo en ella el frío de la muerte, la dejó caer.

Juan le había referido por el camino la escena de

la noche, y la idea de Magdalena de darle á elegir entre un veneno ó un balazo.

—Tiene mucho talento y mucho valor esa mujer,—dijo el duque.

El otro le contestó:

—No sabe bien V. E., qué hábil, qué diestra, qué severa, qué fría estuvo.

—Lo creo. Cuando yo me marche la despiertas, diciéndole que inmediatamente mande quemar ese cadáver; de esa manera no quedará rastro alguno suyo.

—Lo haremos, señor.

—¿Hay apropósito en esta casa?

—Sí, señor, el hogar es grande, y en él realizaremos el pensamiento de V. E.

—Que no vaya á verme; antes de dos horas le mandaré la cantidad estipulada, y adviértele que sería conveniente se ausentase por algún tiempo de Madrid.

—Muy bien, señor.

Todavía el duque examinó á Osorio, y abriendo y cerrando sus párpados, buscando su pulso y moviéndolo fuertemente.

Satisfecho de este su último y detenido reconocimiento marchó de allí, prohibiendo á Juan que lo despidiera.

El cómplice de Magdalena, miró á Flaviano, exclamando:

No me gusta la compañía de un muerto, y en verdad que me voy con Magdalena; pero antes beberé agua; dí dos carreras buenas y han secado mi paladar.

Llenó el vaso, bebiendo acto contínuo la misma cantidad y del mismo líquido que Magdalena.

El pensamiento de Osorio no llegó á tanto, pero el destino lo amplió con justicia, siendo así que este mercenario merecía la muerte por sus muchas maldades.

Lentamente se dirigió á la alcoba de Magdalena que estaba á oscuras y llamó una y otra vez.

—¡Qué sueño tan profundo ha cogido!—dijo;—me da lástima quitárselo. La dejaré dormir un poco más:

Y comenzó á pasear por la estancia contigua á la alcoba.

Al poco tiempo volvió á exclamar:

—Empiezo á sentirme enfermo. Me duelen el estómago y el vientre y parece que arden. Es un fuego que abrasa. Agua, beberé más agua.

Y fué donde estaba la botella y comenzó á beber por el mismo recipiente.

—¡Ay!—exclamó.—¡Me abraso! ¡Magdalena, Magdalena!...

Gritando así llegó á la alcoba, cayendo sobre el cuerpo inanimado de la otra.

De allí no pudo pasar. Se había envenenado con doble cantidad de ácido prúsico que Magdalena.

—¡Ay!—decía revolcándose en la cama,—¿qué es esto? Me abraso y me muero; me muero, sí, pero ¡qué muerte tan inesperada y cruel! Maldita mujer; tendría envenenada el agua de esa botella! ¡Aquí estás, infame, te voy á matar! ¡Ay, no puedo, me faltan las fuerzas y la vida!

Después murmuró algunas frases entrecortadas, se contrajo, dió un suspiro ronco y prolongado, dejando de existir. Su cuerpo quedó junto al de Magdalena.

Hasta sufriendo una muerte aparente mataba Flaviano de Osorio.

El salir el duque no se cuidó de cerrar la puerta, quedando ésta abierta. Desde la acera de enfrente lo habían espiado dos caballeros que estaban embozados hasta los ojos. Cuando lo perdieron de vista hicieron varias señales á otros embozados que se hallaban algo distantes, y aquellos entraron en el convento de la Trinidad que estaba próximo.

Tan recatados y escondidos se hallaban estos embozados, que Uceda no pudo ver á ninguno y se fué al alcázar real creido de que nadie había podido reparar en él.

Las señas de los embozados se repitieron y salieron otros y otros que andaban lentamente de un pedazo á otro de calle sin dejar el trayecto que mediaba entre el convento de Trinitarios y la casa que habitó Magdalena.

La mañana empezaba fría, efecto de la helada que cayó por la noche, el cielo se hallaba despejado y un viento Norte lastimaba con su helado soplo el rostro de los madrileños.

Eran las seis y media de la mañana y todavía en la calle de Atocha no se veían otros seres que los embozados de que acabamos de hacer mención.

En estos instantes salió una litera del convento de Trinitarios llevada por dos de los cinco hermanos Ros.

Les precedían dos caballeros embozados hasta los ojos. Estos, hallando la puerta de la casa de Magdalena abierta, entraron, quedando ambos junto á la inerte materia de Flaviano de Osorio. Ambos estamparon un beso tiernísimo en la frente de nuestro joven, asomando á la vez sus párpados dos lágrimas que deshicieron con las yemas de los dedos.

Eran el duque del Imperio y Julio de Silva.

En pos de ellos entraron con la litera los dos hermanos Ros. Al ver estos á Flaviano se encendieron sus rostros y se mordieron los puños hasta ensangrentárselos.

Ninguno de los cuatro expresó una sola frase. Entraron en la litera, entre el duque y Julio, á Osorio, la cerraron bien y los hermanos Ros regresaron al convento llevándola con mucho cuidado, pero con paso ligero.

A los costados iban el duque y Julio.

Un momento después de salir aquellos, cuatro embozados de los que espiaban la casa de Magdalena, entraron en ésta, quedando seis más en los alrededores diseminados y en observación.

Los que acababan de penetrar cerraron la puerta de la calle y comenzaron á reconocer todas las habitaciones de la casa. Pronto hallaron los cadáveres de Magdalena y Juan que estudiaron detenidamente sin poder adivinar la causa que los mató, aun cuando creyeran verosímil que hubiera sido á consecuencia de un veneno.

Uno de los cuatro exclamó:

—No tienen herida alguna y su color, actitud sitio en que se hallan indica que fueron envenenados. El uno es el cadáver de Magdalena y el otro el de alguno de sus cómplices. Debemos quemarlos. Ros, ve al palacio y trae inmediatamente una buena cantidad de alcohol.

El joven desapareció y los tres restantes continuaron reconociendo la casa.

Uno de ellos cogió las dos pistolas, espada y daga de Osorio, que estaban en dos sillas.

Otro llevó todas las astillas y leña que había en la casa al hogar, colocándolas alrededor de los cuerpos de Juan y Magdalena, los cuales fueron tendidos por los otros dos junto á la pared del propio hogar.

En cuanto llegó Ros, rociaron leña y cadáveres con una gran cantidad de alcohol y le pegaron fuego, cerrando todas las puertas que rodeaban la habitación donde el hogar estaba, para que el humo no se extendiese por la casa y marchase todo por la chimenea. Hecho esto, se salieron á la salita donde estuvo preso Flaviano, sentándose en cuatro sillones para esperar allí que las llamas consumieran todo lo que había en el fogón.

Uno de ellos reparó en la botella de agua y el vaso que había sobre la mesa, y dijo á sus compañeros:

—Es posible que este líquido esté envenenado. Basta de víctimas. Ros, tira el agua esa al sumidero, tritura botella y vaso y los arrojas al mismo sitio.

Cuando fué obedecido y regresó Ros, le dijo el mismo:

—Ahora coge unas llaves que he visto en la estan-

cia contigua, posible es que alguna de ellas sea la del candado que cierra esa ventana y si acierto ábrela un poco, pues noto que llega aquí el olor de los cadáveres que están ardiendo.

No se había equivocado, y el joven Ros pudo obedecerle cumplidamente.

Los cuatro permanecieron mudos más de dos horas, tiempo que juzgaron suficiente para no hallar en el fogón otra cosa que cenizas.

Cuando acabaron su examen, oyeron un golpe dado á la puerta de la calle.

—Escondeos los tres en la alcoba,—dijo uno de ellos, añadiendo,—yo recibiré á los que vienen, puesto que tengo las instrucciones necesarias del señor duque.

Y embozándose de nuevo abrió la puerta de la calle, hallándose frente á frente de un caballero de los que servían al duque de Uceda.

El recién venido preguntó:

—¿Sois Juan?

—Si, señor.

—Pues cerrad la puerta y entremos.

Ambos pasaron á la salita que nos es tan conocida, preguntando el que acababa de llegar:

—¿Y Magdalena?

—Salió hace un momento,—le contestó el otro.

—En ese caso, le dais cuando vuelva este bolsillo lleno de oro, que contiene cien ducados más de lo ofrecido.

—Muy bien,—contestó el fingido Juan.—¿Qué más deseáis?

—Decís á Magdalena que no vaya á ver al duque, y que salga de Madrid lo antes posible.

—Hoy nos marcharemos al extranjero.

—Perfectamente. Habéis quemado el cadáver.

—Sí, señor.

—Ya se conoce en el olor.

—Queréis ver las cenizas.

—Aun cuando es innecesario las veré.

Y ambos se dirigieron al fogón donde todavía humeaban dos pequeños troncos.

—Basta,—exclamó retrocediendo el dependiente de Uceda,—¡qué olor tan malo!

—A carne humana quemada.

—Que el cielo os guarde.

—Y á vos.

Salió el uno, cerró el otro la puerta, é incorporándose con sus compañeros, dijo á dos de ellos:

—Es necesario arrojar esas cenizas al sumidero; rociad esto con agua, para que no quede vestigio alguno y nos retiraremos, que aquí ya no hay nada que hacer. Bien comprendo que el oficio es un poco duro para dos nobles, pero se trata de Flaviano, de Julio, del duque del Imperio, y...

—Lo haremos con mucho gusto, que tratándose de esos señores, no hay oficio malo ni nada que avergüence.

—Abreviad.

Media hora después cerraron todas las puertas, las ventanas, y salieron embozados, llevándose la llave de la puerta de la calle.

Los cuatro se dirigieron al convento de Trinitarios, desapareciendo los restantes embozados que vigilaban la casa, tomando diferentes direcciones, para ir entrando uno por uno, y con algunos intervalos, en el palacio del duque del Imperio.

Sigamos nosotros al favorito, que, después de examinar cuidadosa y detenidamente, lo que él creía el cadáver de Osorio, se dirigió al alcázar, alegre y satisfecho, como no lo estuvo nunca.

Dejó en la saleta la capa y gorra, y avanzó hasta hallarse frente á frente de los dos Monteros de Espinosa, que velaban en la habitación contigua la alcoba del rey.

—Monteros,—les dijo Uceda,—acercaos uno á la puerta del regio dormitorio, y en cuanto su majestad se mueva, dad los tres golpecitos.

Y empezó á pasear por la cámara próxima.

Media hora después, oyó los golpes, y la voz de un Montero de Espinosa, que decía:

—Señor: el duque de Uceda, pide permiso para entrar.

El monarca se volvió de un lado para otro, contestando fuerte:

—Que pase el duque, y retiraos vosotros al extremo de esa habitación.

Uceda saludó al monarca, quedando parado cerca de su lado.

—¿Qué hay?—le preguntó el rey.

—Traigo una noticia á vuestra majestad.

—¿Tan importante es, que merece desvelarme?

—Creo que sí, señor.

—Habla.

El duque se acercó hasta pegar sus muslos á la regia cama, diciendo muy bajo:

—Señor, acaba de morir el desgraciado Flaviano de Osorio.

—¿Qué dices?—exclamó el rey incorporándose en la cama.

—Lo he visto cadáver; lo examiné detenidamente, y puedo dar fe de que ha dejado de existir en la madrugada de hoy.

—Refiéreme el hecho, sin omitir detalle ni frase alguna de las que pueden ilustrar los hechos.

El favorito le obedeció; hizo un detenido relato de cuanto había sucedido, dando por hecho, que el cadáver fué quemado, y los dos únicos autores se ausentaban de Madrid, para no volver más á él, probablemente.

—Admirable, duque,—exclamó el rey con júbilo,—todo lo que estuvieron de torpes anteriormente tus malos servidores, han estado esos otros dos de hábiles, sagaces, valientes y entendidos. Recompénsalos bien.

—Lo haré, señor, en cuanto me despida de vuestra majestad.

—Eso era lo que yo deseaba, lo que convenía, lo que ha debido hacerse. Osorio era mi enemigo, el hombre odioso que aborrecía cuanto es posible aborrecer, y ha muerto sin escándalo, sin que nadie se aperciba, quedando el hecho encerrado en un arcano que nadie podrá abrir en lo sucesivo. Ahora que se echen á adivinar el Santo, su hijo, el duque del Imperio y todos

sus parientes y amigos, que son infinitos, dónde está Flavino, qué ha sido de Flaviano, y el por qué no lo encuentra nadie. Desde el llanto llegarán á la desesperación, y esa es otra nueva victoria que les hemos arrancado, pues ninguno de ellos nos quiere y el respeto que nos tienen, es forzado, violento é impuesto por la majestad de mi estirpe soberana. Se van á desesperar, y era cuanto yo quería. Duque, acabas de conquistar de nuevo todo mi afecto y hasta mi gratitud, pero te recuerdo, le falta la mitad á tu difícil empresa.

—¿Se refiere vuestra majestad á la bella Alice?

—Claro es y la ocasión te brinda. Muerto Flaviano y ocupados sus padres, parientes y amigos en buscarlo, te será fácil, acaso muy fácil arrancar á la paloma, de la cárcel en que la aprisionan.

—¿De qué modo señor? Vuestra majestad suele estar bien inspirado.

—Se gana un portero, un ugier ó un paje. Con que te abran una puerta y tres ó cuatro robustos y leales servidores puedan llegar á las altas horas de la noche á la alcoba de ese ángel...

—Comprendo, señor, y ya tengo la idea que buscaba.

Pueden ir provistos de una mordaza de seda para que no grite. La obligan á que se vista de un modo que no lastimen su rubor y con el mayor silencio y precauciones...

—La depositan en la casa que tengo dispuesta.

—Eso es; dejando en la Nunciatura todas las puertas cerradas para que al día siguiente se ignore en ab-

soluto cuándo, cómo y por qué desapareció de allí la más encantadora de las mujeres.

—¿Desea algo más vuestra majestad?

—¿Cuándo vas á dar principio á esa otra mitad?

—Mañana, señor.

—Muy bien; abrevia en lo posible. Sal; prohibiendo á los Monteros y á las personas que tengan conocimiento de tu venida que lo digan á nadie, bajo las penas más severas. Te vuelves á tu casa, te acuestas nuevamente, levántate tarde y no salgas hoy. Vuelves mañana á decirme lo que hayas adelantado sobre Alice.

Salió el favorito sin haber podido notar que uno de los dos Monteros de Espinosa, en vez de obedecer la orden que le habían dado de retirarse al fondo de la estancia, había permanecido con el oído pegado á la cerradura de la puerta que se hallaba á muy corta distancia de la cama del rey.

El favorito obedeció á su señor, si bien antes de acostarse nuevamente entregó á uno de sus altos serdores el bolsillo lleno de oro para Magdalena, dándole las órdenes que ya nos son conocidas. Luego se acostó, prohibiendo á los pocos que tenían noticia de su salida que contasen á nadie su marcha y regreso en la madrugada de aquel día.

El rey quiso dormir é hizo lo que pudo para conseguirlo, pero sin lograrlo; la satisfacción, la alegría y una halagüeña esperanza que ya germinaba en su sér, le impidieron conciliar el sueño y optó por levantarse y pasear hasta la hora del desayuno.

Abandonemos el alcázar real, que ya tendremos

tiempo de volver á él, y trasladémonos al convento de Trinitarios que es el sitio donde tienen lugar ahora las escenas más importantes de nuestra historia.

Daremos antes algunas explicaciones para no dejar ningún cabo suelto y pueda explicarse el lector los misterios que no haya podido comprender.

La carta que Flaviano escribió al príncipe de Italia momentos antes de su muerte, verdadera ó aparente, eso lo sabremos después, decía lo que á continuación copiamos: «Padre mío: Estoy siendo víctima de un engaño y sorpresa tan hábiles y bien meditados que era imposible dejar de caer en la red que en ella me tendieron. La noche estaba oscura, nevaba, tropiezo en la calle con una pareja, cae al suelo la dama con quien choqué, quiero levantarla ayudado por el caballero que la acompañaba, pero dice que se le ha roto una pierna y los tres hacemos esfuerzos, verdaderos los míos y fingidos los otros, para conseguir, que se levante. Lleva en la mano un pañuelo mojado por la nieve al parecer; en varias ocasiones llega á mi nariz pero con tanta naturalidad, con tal estudio, que era imposible comprender la clase del líquido en que el pañuelo estaba empapado, y por efecto de una oscilación perfectamente dispuesta, pierdo la razón y caigo al suelo inerte. Esta escena tuvo lugar al pie de la casa de Magdalena que está cien varas de distancia de vuestro convento y á más de media noche. Cuando volví á la razón me hallé desarmado, quebrantadas mis fuerzas y frente á la funesta mujer que viene asediándome hace más de un año.

»Encerrados en una habitación, en las contiguas sus cómplices y armada ella con mis pistolas, me da á elegir entre la muerte por un tiro, por el veneno, ó la seguridad de que he de huir con ella al extranjero para no volver más á España. Me tomo tiempo para contestarla, me concede una hora, dejándome solo y apareciendo ella más enamorada que nunca. Tengo tiempo de sobra para vencer á este nuevo Lucifer disfrazado de sér humano. Me ha dejado un veneno, el cual vierto en una botella de agua que tengo al lado. Por un desgaste que tienen las maderas de la reja de mi prisión echaré esta carta, que llegará ó no á vuestras manos, luego haré uso de un narcótico que me proporcionará una muerte aparente que imitará cuanto es posible la verdadera y desde ella pasaré á la otra ó á vuestros brazos. Si Dios, en sus altos designios, me concede la vida, yo os suplico no se lo digáis á nadie más que á las pocas personas que deben enterarse. Me conviene aparecer muerto ante una sociedad corrompida y ante enemigos sin valor ni conciencia, pero tan malvados que horrorizan sus hechos. Nada más debo decir á vos que tan sabio y bueno sois.

»Padre mío, abrazad en mi nombre al noble y amado autor de mis días, á mi hermano Julio y los tres recibid el último suspiro de amor de vuestro hijo y hermano,—FLAVIANO.»

Para echar esta carta á la calle había aprovechado Osorio la ocasión de que pasaron dos transeuntes y cayó al suelo con tal oportunidad que á la luz de la linterna de uno de ellos lució el brillante y co-

gieron el rollito aquél, leyendo acto contínuo el sobre.

Eran los transeuntes dos de los cinco hermanos Ros, que andaban al azar con otros cincuenta ó más buscando á Flaviano por las calles de Madrid.

Los hermanos Ros conocieron la sortija de Osorio y la letra del sobre, y acaso hubieran abierto la carta después de leída cometiendo alguna inconveniencia por un exceso de interés, sino fuera dirigida al príncipe de Italia; pero el Santo imponía un respeto y veneración tan grandes, que no se les pudo ocurrir romper la cera, que según la voluntad de Flaviano debía quebrantar el venerable dedo del insigne religioso.

Corrieron, llevando el precioso hallazgo oprimido por la mano amiga, y á los dos minutos se lo entregaban al sacerdote, el cual en aquellos momentos se hallaba entregado á profunda meditación.

Con viveza desconocida en él la leyó é hizo comparecer á su presencia al duque del Imperio y á su hijo Julio. Dió la orden para que no continuaran buscando á Flaviano y se concretaron á obedecer sus mandatos.

Desde aquel instante y teniendo una confianza ciega en la salvación de Osorio, el Santo dirigió cuanto vimos, si bien no pudo contar con el envenenamiento de Magdalena y de su cómplice.

Sus órdenes estaban en perfecta armonía con el deseo de Flaviano y sólo debían enterarse de que no estaba muerto unas cuantas personas de las más allegadas á él.

Cuando el duque, su hijo Julio y los hermanos Ros salieron con la litera, quedó él orando. Un cuarto de hora después se levantó de pronto, marchando á la portería del convento.

En aquel mismo instante entraban á Flaviano. Cerrado el gran portón, abrió el príncipe la puerta de la litera, fijándose de una manera extraña en lo que parecía el cadáver de Osorio.

—Seguidme,—dijo á los cuatro y se dirigió al panteón del convento. En un sillón de baqueta situado junto al sepulcro del príncipe de Italia, de otro Santo á quien el mundo veneró, puso con sus propios brazos á Osorio, diciendo á los hermanos Ros:

—Retirad esa litera y salid de aquí sin decir á nadie nada de lo ocurrido.

Acto continuo se abrazó al joven narcotizado, fijando su rostro en el de aquél y de esta manera permaneció media hora.

—¡Vuelve á la vida!—exclamó.—¡Bendita sea la misericordia divina! Acercad ese banco y sentémonos los tres.

Y quedaron en la forma expuesta junto al sillón de Osorio.

Ardía en medio del panteón la luz opaca y siniestra de una lámpara perpetua. Todo era en torno de ellos signos de muerte y de amargura.

El príncipe había elegido para la resurrección de Osorio aquel tétrico y sombrío lugar, para dar más fuerza y verdad en el desenlace de la trágica escena á la voluntad y deseo del desgraciado joven, víctima du-

rante la noche de la celada más traidora é inicua que discurrirse puede.

Sentados los tres en el banco y fijas sus miradas en el rostro de Osorio, demostraban el duque y Julio una ansiedad terrible, en tanto que el sacerdote le miraba con bondadosa seguridad.

De pronto abrió los ojos Flaviano, pero no pudo moverse; le faltaban las fuerzas.

Debió, no obstante, reconocer á sus padres y hermanos, pues se fijó en ellos, brillando en sus labios una dulce sonrisa.

Los tres quedaron pendientes del resultado de aquella metamorfosis.

No se hizo esperar mucho tiempo. De pronto alzó los brazos el joven, cayendo sobre los tres, y murmurando con voz todavía apagada:

—¡Padre, hermanos!

—¡Hijo, Flaviano!—le contestaron, estrechándole con ternura y amor.

Poco después formaban los cuatro en aquella lúgubre mansión de la muerte, el grupo más patético y afectuoso que puede contemplarse.

Poco hablaron allí; el duque del Imperio y Julio de Silva se sentían mal en el panteón y rogaron al príncipe pasaran á su celda.

Apoyado Flaviano en el brazo del Santo, llegó con algún trabajo á la mencionada celda sin ser visto de nadie, por hallarse todavía la comunidad descansando.

Encerrados los cuatro, y sentado Flaviano en un sillón de baqueta, empezó á referir minuciosamente cuan-

to le había ocurrido; pero notaron que su cerebro continuaba algo perturbado, y entonces el duque mandó suspender el relato, desapareciendo de allí por algunos minutos. Volvió después con un frasquito, cuyo contenido vertió en un vaso de agua, haciendo beber de ella varias veces á su hijo.

Poco á poco fué reponiéndose nuestro joven, y al apurar el contenido del vaso tenía su color natural y pudo disponer de todas sus fuerzas, hallando perfecto su cerebro.

Continuó su relato, llenando de asombro á los que le escuchaban. El Santo le preguntó:

—¿Para qué vertiste el veneno en la botella del agua, hijo mío?

—Padre, me hallaba entre la gente más perversa que puede existir, y lo deposité en aquel recipiente para que el destino lo aplicase á quien tuviera por conveniente, si es que alguno lo merecía.

—Posible es, Flaviano, que haya causado ya alguna víctima, y es preciso evitarlo. Ya deberán haber terminado en esa funesta casa, pues han trascurrido más de tres horas. Duque, entérate, ordenando que ese líqnido envenenado desaparezca para que no cause desgracia alguna; aquí esperamos los tres.

Media hora más tarde regresaba el duque, diciendo:

—Llegué un poco tarde; en los momentos que salía yo del palacio, regresaban los encargados que mandamos á la casa de Magdalena, dejando cerrado el edificio y todo concluído. Esa malvada mujer y el solo

cómplice que la acompañaba, han muerto envenenados al parecer. El líquido sobrante fué vertido, sin que en lo sucesivo pueda causar daño alguno. Mandó el duque de Úceda que se quemara el cadáver de mi hijo, y en su lugar lo han sido los de Magnalena y su cómplice, cuyas cenizas ha visto el representante de Uceda, creyendo que eran las de Flaviano y dando por hecho que los quemados salen para el extranjero.

—Dos víctimas más,—exclamó el Trinitario:—dos cristianos que han desaparecido de la tierra sin recibir ningún auxilio espiritual. Cúmplase la voluntad de Dios; sus altos designios son incomprensibles.

Media hora más continuaron hablando; diéronle la capa y gorra que había perdido Flaviano; y éste desde su palacio se trasladó á la casa de Ros, la cual tenía comunicación, como ya sabemos, por una puerta secreta.

Desde aquel día empezó Osorio á pasar por uno de los hermanos Ros, viviendo con ellos la mayor parte del tiempo, usando su mismo traje y descompuesto su rostro, imitándolos de modo que todos le confundían con ellos.

Más adelante sabremos lo que se proponía el entendido joven al parecer como muerto para la inmensa mayoría de los madrileños.

CAPITULO XII

Una nueva intriga del duque de Uceda.—El cómplice.—Plan acordado para la perpetración de un nuevo delito.—El rapto.—Fiasco y humillación,

Desde el día siguiente al que tuvieron lugar las escenas que antes relatamos, corrieron por Madrid diferentes versiones sobre Flaviano de Osorio. Unos decían que había sido muerto, otros que desapareció sin decir á nadie donde había ido y donde se hallaba y no eran pocos los que creían que partió al extranjero, llamado por una de las princesas más bellas y poderosas de Europa.

Su padre y Julio no recibían á nadie y los parientes y servidores de aquellos no daban explicación alguna, riéndose muchas veces de las descabelladas preguntas que les hacían.

El rey no ocultaba siempre la satisfacción que le embargaba, su favorito rebosaba de júbilo y la reina con su camarera mayor la duquesa de los Andes se

mostraban graves, severas; sin que sus rostros dijeran si había en ellas alegría ni sentimiento.

Las fábulas que se improvisaban y corrían por el Mentidero no son para detalladas por su infinita variedad y la inverosimilitud de todas.

Tampoco en el palacio de la Nunciatura se demostraba nada que pudiera llamar la atención; ni estaban alegres ni tristes y la bella Alice continuaba saliendo por las tardes á caballo con la hermana del prelado, el duque del Imperio y Julio de Silva.

Tal era el todo de la situación cuando agentes hábiles trataron de ganar á uno ó más criados del Nuncio, sin poderlo conseguir. El último, no obstante, con quien hablaron, les dijo que él no podía ceder á sus deseos por razones de gratitud y otras causas que se reservaba; pero que acababa de llegar de Italia un napolitano, el cual habían destinado á la portería y demostraba ser hombre de escasa conciencia y no tenía motivo alguno para guardar consideraciones de que él no podía prescindir.

Terminado su relato le dieron una moneda de oro, rogándole que nada dijera, pues sólo se trataba de ganar una apuesta en un asunto que tenía relación únicamente con la bella Alice.

En la noche del mismo día se presentó en la Nunciatura un caballero que conocía bien el italiano, y en este idioma dijo al portero que tenía necesidad de hablar con él sin testigos. Aceptada la cita, convinieron en verse una hora después en la hostería del *Sol*, establecída en la plaza de Puerta Cerrada.

En efecto, á las once de aquella misma noche se encerraban ambos en un cuarto de dicha hostería.

Asistamos á esta entrevista.

Mandaron llevar algunos manjares, cerraron la puerta y se sentaron el uno junto al otro dando principio á una conversación á media voz.

El caballero era un capitán que había servido en Nápoles, llamado Pedro Ruiz; el otro era Flaviano de Osorio convertido en italiano, conocido por el capitán con el nombre de Giobanni.

Hizo uso de la palabra el capitán para preguntar al supuesto portero.

—¿Quieres ganar cien ducados?

—Mejor aún doscientos,—contestó Giobanni, demostrando interés.

—Pudieran ser los doscientos si cumplieras bien todo lo que yo te mandase.

—Pues sean los doscientos y pedid cuanto queráis.

—Todo serás capaz de hacerlo.

—No teniendo que herir ó matar, todo.

—No se trata de eso; es únicamente el cambio de domicilio de una dama trasportada á su nuevo nido con el mayor cuidado y la más fina atención.

—¿La hermana del señor arzobispo?

—No.

—Pues todavía es joven y bien parecida.

—Es más joven aún, y mucho más bella.

—Comprendo, mi paisana, la hermosa Alice; sólo una vez la he visto á caballo, y seduce su belleza.

—Ya ves, que ni parentesco tiene con el Nuncio.

—¿A mí qué me importa? Lo único que me interesan son los doscientos ducados. Pero aún no me habéis dicho quién sois.

—Un capitán; que ha servido en el ejército de Nápoles, y se retiró á Madrid á disfrutar de las pingües rentas que heredó de su padre.

—Por vuestro traje, no hubiera podido notar que erais capitán.

—Pues lo soy, ó lo era, y te ofrezco solemnemente los doscientos ducados si me ayudas á robar á la bella Alice.

—¿Qué debo hacer? Os advierto, que yo no subo jamás á las habitaciones que ella habita.

—No importa, sé hasta en la alcoba donde duerme y la hora en que se retira á descansar.

—En ese caso basta con que abra y cierre la puerta.

—Con eso y con que averigües antes de que yo suba con dos ó tres amigos, si duermen todos, y podamos realizar el hecho con alguna seguridad.

—Si no es más que observar, lo haré.

—¿Cuándo?

—Por mí, mañana por la noche.

—¿A qué hora?

—A las dos de la madrugada.

—¿No te dormirás?

—Imposible.

—¿Ni me faltarás?

—Por los doscientos ducados lo hago.

—¿Quieres que te adelante algún dinero?

—No; deseo tomarlo todo de una vez.

—¿Al entrar ó al salir del palacio?

—Lo dejo á vuestra elección.

Todavía hablaron sobre detalles que no tienen interés, pagó el capitán la comida que no habían probado y ambos se despidieron hasta la madrugada de la noche siguiente.

Cuando Flaviano entró en la portería, vió que lo esperaba un embozado, paseando por el zaguán, al cual dijo:

—Mañana, á las dos de la madrugada, cometen el rapto. Ten dispuesto todo lo necesario, y al anochecer que venga la camarera designada.

—Muy bien, mi querido Flaviano,—contestó Julio de Silva, que era el embozado.—Todo se hará como lo tienes dispuesto. La idea es como tuya.

—¿Cómo siguen nuestros padres?

—Muy bien; y á tí de portero, cómo te va?

—Admirablemente.

—¿Te hace falta algo, quieres oro?

—Gracias, hermano.

Y ambos se estrecharon, saliendo el uno en dirección de su morada, y encerrándose el otro media hora después con el Nuncio, su hermana y Alice.

Algo después dormía Osorio en una de las alcobas principales de palacio.

Al día siguiente, se le vió poco en la portería; pero desde las nueve de la noche, que terminó la cena, se hizo cargo de aquélla, sin que ningún otro sirviente pareciese por allí.

No tardaron en presentarse una camarera italiana,

joven y bien parecida, una dueña y Julio de Silva.

Las dos primeras subieron, y el hijo del Santo quedó con Flaviano.

El último entornó la gran puerta, entrando con su amigo en una habitación del zaguán.

Sentado frente el uno del otro, preguntó Osorio:

—¿Están todos avisados?

—Todos.

—¿Habéis ilustrado bien á la camarera?

—Sí, Flaviano; desempeñará su papel á maravilla.

—¿Sabe algo el Santo?

—Sin duda alguna, mi padre adivina.

—¿Que os ha dicho?

—Que le vas á dar al rey una lección completa, pero que puede sernos funesta.

—Julio, he de atormentar cuando pueda al señor y al favorito, sin temor ni consecuencia alguna.

—Lo creo, á nada puede temer el que, como tú, desconoce el miedo.

—¿Por qué no te marchas, Julio? Te vas á aburrir permaneciendo aquí más de cuatro horas.

—Tú y yo, Flaviano, sólos nos aburrimos las horas que pasamos separados.

—Eres tan bueno como tu padre.

—Y tú tan valiente y leal amigo como el tuyo.

Al expresar esta última frase, aparecieron en el dintel de la puerta, la bella Alice y la hermana del Nuncio.

—No paséis,—las dijo Flaviano,—aquí sólo hay un portero y un amigo, casi de la misma calaña. Dos ple-

beyos, con los que no pueden alternar las damas de la primera nobleza.

—Nos haremos la ilusión,—replicaron entrando las dos jóvenes,—de que sois grandes de España, futuro príncipe el uno, y duque del Imperio el otro; y entretendremos cuatro horas agradablemente.

Ambas se sentaron; la hermana del Nuncio al lado de Julio, y Alice junto á Flaviano. Este dijo á la hermosa napolitana:

—¡Tan cerca de mí! ¿Que diría tu padre si alzase la cabeza y te viera junto á un mísero portero?

—Se juzgaría el más feliz de los hombres.

—¿Y si yo le contaba que al separarte de mi lado ibas á servir de pasto á las liviandades de un voluptuoso señor que alega tener derecho á la vida y hacienda de los demás?

—¡Yo! ¿yo de pasto á un grajo?... Mi padre te contestaría como yo: «Se puede ir al sepulcro, esto es muy fácil; pero no á la liviandad que deshonra; esto es imposible.»

—¿Qué harías tú, pobre y débil mujer aprisionada entre las garras de invencible león?

—Atravesar mi pecho con el agudo puñal que nunca separo de mí.

—¿Tendrías valor bastante para clavar esa arma en tu corazón?

—Si mi deshonra iba á ser segura ó un hombre, sólo un hombre que vive en mi corazón, y no puedo, ni debo, ni quiero citar me despreciase, tardaría menos de un minuto en dejar de existir.

Flaviano había comprendido la alusión y rehuyendo el debate sobre tema que juzgaba peligroso le contestó:

—Sí; hay damas, y tú serás una de ellas que prefieren la muerte á la infamante mancha de la deshonra. Pero no creo llegue ese caso.

—Quién sabe; dicen que Dios se dignó concederme alguna belleza, y esta es un gran estímulo para la voracidad de los grajos de que antes me hablabas.

—Ya habrá quien lo evite y te defienda.

—Ya existe un noble y generoso caballero que expone su vida, su paz, la tranquilidad, y su bienestar por mí, ¡Ah nunca podré pagarle cuanto lleva hecho por mí!

—No lo hace él por el interés de la recompensa, y en verdad que lo que tú no puedas pagarle lo hace en tu lugar la Providencia que vela y defiende su vida con poder soberano.

—Dios misericordioso continúe defendiéndole; su preciosa vida es el escudo de la virtud, su brazo el castigo del vicio; su nobleza de alma lo más sublime que existe en la tierra. El cielo corte mi vida primero que amenace á la suya otro nuevo peligro.

No convenía al inteligente Flaviano continuar por el camino en que había entrado Alice, y haciendo uso de alguna ironía le replicó:

—Qué dramática te encuentro esta noche. Por Cristo nuestro amado Redentor que no sienta bien esa actitud en una orgullosa dama á la que hoy pedirá un monarca gracia y favor y le arrojará el mendrugo de una de sus sirvientas.

—Mendrugo que no he de poder mascar aun cuando tierno, por eso se lo arrojo al rostro; si pudiera morderlo me quedaría yo con él.

Hablando de esta manera unas veces cada cual con su pareja y otras los cuatro, transcurrió el tiempo y se aproximó la hora de la cita que tenía Flaviano aquella madrugada, y poniéndose en pie exclamó:

—Señoras, no puedo prescindir de convertirme nuevamente en portero, se acerca al momento de la cita y yo os ruego me dejéis solo con Julio.

—No,—le contestó Alice;—en esta habitación no puede entrar ninguno de los que vengan; estará además cerrada la puerta y por tres agujeritos que ésta tiene no queremos perderte de vista.

—¡Ah, previsora y curiosa Alice! No seré yo el que me oponga á un capricho que tanto me favorece, quedad las dos con mi hermano Julio, que defendidas por él ningún peligro os amenaza.

Y salió de aquella habitación que ellas cerraron, comenzando á pasear nuestro joven por el extenso zaguán del palacio.

No usaba espada ni se le veía arma alguna, representando perfectamente su papel de portero.

El gran portón estaba entornado, saliendo por la pequeña abertura de las maderas el pálido reflejo de la luz de una linterna colocada en un rincón del zaguán. Aparecía éste en consecuencia sombrío y triste como la entrada de una solitaria mansión.

A las dos en punto sintió Osorio un golpecito dado á la puerta con precaución. Nuestro joven abrió un

poco viendo los largos bigotes del capitán Ruiz que le preguntaba muy quedo:

—¿Podemos entrar?

—Nadie lo impide,—contestó Osorio abriendo algo más la puerta,

—Vuelvo al momento.

Un segundo después penetraban cuatro caballeros llevando entre dos una litera.

Dos más quedaron en el dintel y cinco en los alrededores del palacio.

El capitán que era uno de los cuatro que habían entrado, volvió á preguntar al fingido italiano:

—¿Duermen?

—Yo no puedo asegurar eso, pero reina en todo el palacio un silencio sepulcral.

—Con eso nos basta. ¿Doy principio?

—Cuando gustéis.

El capitán se comunicó al oído con los tres que estaban junto á él, les dió algunas órdenes y acto continuo colocaron dos de ellos la litera al pie de la escalera. Después subieron sin promover ruido alguno.

Llevaban otra pequeña linterna que les enseñaba el camino y evitaba tropiezos. De esta manera subieron al piso principal y después de atravesar los pasillos y una galería, quedaron parados frente á la puerta de un gabinete.

No había en todo el interior del palacio otra luz que la pálida y siniestra de la diminuta linterna que ellos llevaban; pero uno de los cuatro debía conocer perfectamente el terreno que pisaba, siendo así que

guió á sus tres compañeros sin dudas ni vacilaciones.

La puerta del gabinete donde se detuvieron se hallaba cerrada únicamente con un picaporte que ellos levantaron entrando sin dificultad alguna.

Ni cabía en los raptores más silenciosa actitud ni más discreción.

Ya en el mencionado gabinete encontraron una dificultad: comunicaba éste con la alcoba en que había dormido siempre Alice y debían entrar en ella, pero estaba la puerta cerrada por dentro, cuya observación acababa de hacer el experimentado guía que llevaban.

—No importa,—dijo otro de ellos,—dirigid la luz de la linterna á la unión de las dos hojas, que yo la abriré.

Y sacando algunos instrumentos, reconoció la puerta, notando con satisfación que sólo estaba corrido el pestillo que obedecía á la llave y que ésta la habían quitado de la cerradura.

Haciendo uso de una especie de ganzúa que tenía en la mano no le fué difícil correr el pasador y quitado el picaporte abrir la puerta.

Tan hábil estuvo que no promovió ruido capaz de despertar á uno qne estuviese dormido. No era la primera puerta que aquel abrió de la misma manera.

El favorito habia mandado á la Nunciatura gente que realizaba admirablemente el difícil y arriesgado papel que estaba desempeñando.

De pronto abrieron la puerta del todo y se acercaron á la cama. Uno alumbraba, dos blandían agudos puñales en actitud amenazadora y el cuarto colocó á la

joven que hallaron dormida una mordaza de seda que le impedía hablar.

Cuando entraron los raptores en la alcoba, la joven que allí encontraron se hallaba perfectamente cubierta con la ropa de la cama, pues la tapaba ésta desde los pies hasta la nariz.

La luz era muy opaca y la rapidez conque se vieron obligados á cubrir parte del rostro con la mordaza les impidió reconocer la diferencia que pudiera haber entre la hermosa Alice y la más bella de sus camareras, si es que alguno las conocía.

Despertada la joven miró con terror á los raptores, aparentando un temblor nervioso que la iguala en destreza á sus raptores. Dos de ellos le acercaron á la cama un elegante traje que tenía entre dos sillas, diciéndola uno de los cuatro.

—Vestíos al momento, que os vamos á llevar donde encontraréis la dicha y la ventura. Nada temais si nos obedeceis; os trataremos con la más delicada atención, pero os advertimos que la resistencia os costará la vida en el acto.

Y acercaron dos puñales á su pecho. La joven exajeró algo más su temor, moviendo la cabeza en sentido que quería decir:

—No resisto; obedeberé.

—Muy bien,—añadió el capitán,—entornamos la puerta para que podais vestiros sin temor de que ninguno os vea desnuda y os ruego que abrevieis en lo posible.

Los cuatro se salieron al gabinete, dejando un poco

entreabierta la puerta y al pie de ella la linterna para que la dama pudiera cubrirse teniendo alguna luz.

Formando grupo á un lado del gabinete, quedaron los cuatro como mudas estátuas sin intentar ver ninguno de ellos á la que se estaba vistiendo.

La mordaza que la habían puesto estaba sujeta de un modo que le hubiera sido imposible á la joven quitársela antes de conocer el botón que sujetaba un muelle que la unía perfectamente.

Un cuarto de hora tardó la camarera en vestirse. Cuando hubo terminado dió un golpecito á la puerta, se abrió ésta y apareció la joven elegantemente vestida y cubierta con un capuchón que escondía su cabeza y la mayor parte del rostro.

Uno de los cuatro le ofreció el brazo, otro iba delante con la linterna y los otros dos salieron, dejando cerrada la puerta del gabinete.

La litera estaba abierta y en ella hicieron entrar á la dama. Bien cerrada aquélla, la cogieron entre dos, saliendo sin detenerse en el portal ni en la calle.

Quedó sólo el capitán con Flaviano, al cual dijo:

—En ese bolsillo van los doscientos ducados que ganaste bien; pero te aconsejo que abandones ahora mismo este palacio y no vuelvas á presentarte en él.

—Tomaré el consejo y antes de que amanezca dejaré esta vivienda para siempre.

Y Flaviano guardó el bolsillo. El capitán se despidió con las siguientes frases:

—El rapto se ha consumado sin que ninguno de los

que arriba descansan hayan podido apercibirse; pero no tardes en huir y que Dios te proteja.

Y desapareció embozado hasta los ojos sin esperar contestación de Flaviano.

Nuestro joven cerró con calma la puerta del palacio y fué á dirigirse á la habitación donde estaban Alice, la hermana del Nuncio y Julio de Silva; pero encontró á éstos que salían á recibirle, diciéndole el hijo del Santo:

—No sé que admirar más, si el silencio y destreza de los actores ó la sangre fría y actitud de un hombre á quien nadie ha podido tomar por otra cosa que por un mísero portero.

—Señoras,—dijo Osorio sin hacer caso de las frases de Julio,—os aguarda el descanso y repaso tan necesario á la vida.

—¿Qué vas hacer tú, Flaviano?—le preguntó Alice.

—Me marcho con Julio.

—Yo no te necesito para nada, hermano.

—Ni nosotras te dejamos salir,—añadió Alice;—harto has sufrido ya, descansa esta noche, que tu noble hermano, tu padre y tus muchos deudos y sirvientes velarán por tí, que bien lo mereces.

—No os dejamos, señor,—exclamó la hermana del Nuncio.

—Contra tres enemigos tan poderosos,—contestó Flaviano,—no puedo resistir. Me quedo, Julio.

—Muy bien; hasta mañana.

Silva se despidió de ellos y embozado hasta los ojos desapareció de allí.

Osorio cogió la linterna y después de bien cerrado

el portón del palacio acompañó á las jóvenes hasta la puerta de un gabinete donde ellas entraron, cerrando por dentro, para acostarse después en una extensa alcoba qne ofrecía dos camas.

Osorio se fué á la suya, quedando dormido tranquilamente al poco tiempo.

A la hora ordinaria se abrieron las puertas del palacio por el portero antiguo y nada se notó en los habitantes de aquel edificio que pudiera revelar sobresalto ó temor. Nadie hubiera dicho que la noche antes se había cometido allí un rapto.

Es preciso retroceder un poco para que sepamos lo que ha ocurrido á la elegante y bien parecida camarera de Alice.

La litera en que la llevaban fué trasportada por hombres que se cambiaban, á un edificio de buen aspecto situado cerca del alcázar, entre árboles y plantas. Era una casita aislada, lujosamente puesta y en la que esperaban á la robada dos camareras y algunos otros servidores.

Ya en el zaguán la litera, sacó el capitán á la joven subiéndola de la mano hasta el piso principal. Allí le quitó la mordaza, cubriendo ella instantáneamente la cabeza y parte del rostro con la capucha de su abrigo. A Ruiz le pareció encantadora, efecto de que tenía alguna belleza, de la poca luz y de la ilusión,

Se la entregó á las camareras y bajando al portal habló cinco minutos con dos embozados que quedaron allí, de los once que llevó, partiendo luego en dirección del palacio de Uceda.

Los cancerberos que quedaron en la casita, cerraron la puerta, se guardaron la llave y entrando en una habitación del cuarto bajo se arrellenaron en dos anchos sillones de baqueta.

Las camareras puestas á disposición de la secuestrada, la preguntaron qué deseaba, contestándoles ella con tono imperativo.

—Quiero dormir. ¿Tengo alcoba dispuesta?

—Sí, señora.

—Pues llevadme y que nadie me moleste hasta que yo despierte y llame.

Andando pausadamente, con la cabeza erguida y dándose importacia de una gran señora, dejó que la desnudasen y se acostó en un lecho elegante y blando. Nada pudieron notar sus camareras impropio de la bella Alice, la joven robada se dejó quitar unos zapatos de raso blanco, medias de seda, ligas bordadas, correspondientes al traje exterior y todo el resto del interior á las prendas de que hemos hecho mención.

Al apoyar la cabeza en la almohada, exclamó aparentando pena y dolor:

—¡Dios mío, Dios mío, qué sorpresa, qué maldad! Retiraos vosotras que no teneis culpa de nada, dormid, dejando cerrada la puerta de mi alcoba.

Con una reverencia se despidieron, saliendo en la forma que les habían ordenado. Eran dos alcarreñas de aspecto grosero, poca inteligencia y al lado de ellas parecía en efecto, una gran señora la camarera de Alice. Poco después dormían casi todos los habitantes de aquella casa.

Eran más de las tres de la madrugada.

Vestido y sentado en un sillón de su despacho esperaba impaciente el duque de Uceda, cuando un paje le anunció la llegada del capitán Ruiz.

Un minuto después recibía el favorito el anunciado, preguntándole con viveza:

—¿Triunfamos?

—Completamente, señor.

—De modo que la bella Alice...

—Se halla en la casa que teneis destinada para ella.

—¿Hubo escándalo?

—Silencio profundo, señor duque, mucha habilidad y algo de suerte que dieron por resultado un rapto inverosímil por lo admirablemente que se llevó á cabo.

—Sentaos á mi lado, capitán.

—Señor...

—A mi lado he dicho y referidme todo lo ocurrido, no omitiendo nada, ¿lo oís? nada.

Ruiz le obedeció sin excusar frases que detallaban, pero sin exagerar toda vez quo le era imposible por lo bien que todos desempeñaron su cometido.

Al acabar, exclamó el duque crispado de alegría:

—Muy bien, señor capitán; antes de que las canas aparezcan en vuestra cabeza sereis maestre de campo. El mejor tercio de Castilla habeis de mandar.

—Gracias, señor.

—Lo habeis ganado, capitán, y aun me parece poco. Volved esta noche y os concederé la gracia que me pidais para vos y para los que os han acompañado.

Ruiz se puso en pie, le demostró su gratitud, aban-

donando el despacho para volver cuando le habían mandado.

Uceda, más alegre y complacido de lo que estuvo jamás, exclamó para sí:

—Todo lo he conseguido, todo. No podrá decir en adelante don Felipe que carezco del talento y habilidad indispensables en el desempeño del primer puesto de la nación. Mataron á Osorio, y como si esto fuera poco, tiene ya á su disposición la más encantadora beldad que he conocido. Pero no es eso sólo; al realizar tan difíciles hechos me he vengado de los Osorio y de los Silva: estoy sobre ellos y valgo más que ellos. No podía por menos de suceder así; por mucho que esos hombres puedan, ¿qué valen contra el rey y contra su favorito? Débiles y pequeños mortales han sucumbido como el cordero bajo las garras del león; como la hormiga que aplasta la planta del hombre. Merezco el sitio en que el destino me colocó; desde hoy en adelante temblarán ante mí desde los débiles hasta lo más poderosos de la tierra. Tengo en mi diestra todo el poder de Felipe III; mientras él enamora á la bella italiana yo gobernaré el reino y la India y todas las posesiones de este vasto imperio. Nadie podrá conmigo, nadie.

Y levantaba la cabeza con orgullo, vanidad y soberbia, que pronto el destino había de confundir entre el polvo vil que pisan los villanos.

Quiso dormir algo arrellenado en su sillón, pero no pudo; las ideas se acumulaban en su cerebro y los proyectos que ya bullían en su mente espantaron su sueño.

Tenía órden de visitar al rey á las siete de la ma-

ñana en el caso de consumarse el rapto, y el duque permaneció en su sillón hasta después de las seis y media formando castillos en el aire y trazando cuadros que no había de poder darles vida.

A la hora indicada, cubierto con un manto negro y una gorra inferior, se dirigió al alcázar, sabiendo allí que el rey se estaba vistiendo.

Minutos después encerrado con el monarca, le decía:

—Vuestra majestad ha dormido poco.

—Sí, Uceda, la última noticia que me distes me ha desvelado y hecho salir de la cama más pronto de lo que debía. ¿Triunfamos?

—Por completo, señor.

—¿Conque la bella Alice?...

—Se halla no lejos del alcázar á vuestra completa disposición y sin que haya á su lado persona alguna que pueda molestar á vuestra majestad.

—¿Abreis dado alguna campanada? Temo la ira y venganza del Nuncio.

—No hay motivo, señor. Os voy á referir lo acontecido para que quedeis completamente satisfecho.

—Me basta oirte para estarlo. Por el camino me referirás ls ocurrido. Partamos.

Don Felipe se cubrió el rostro con un manto y gorra parecidos á los que usaba el duque y amdos salieron muy embozados por una puerta falsa del alcázar.

En breves frases refirió el favorito lo que el capitán le contó, preguntando al concluir:

—¿Se halla vuestra majestad satisfecho de mí?

—Tan completamente,—le dijo el rey,—que empiezo á ver en tí un hombre nada vulgar.

En este momento llegaron á la puerta de la casa donde iban, llamó Uceda y después de haberlo reconocido les abrieron.

La puerta volvió á cerrarse, preguntando Uceda á uno de los dos que estaban en el zaguan:

—¿Qué ocurre arriba?

—Creo que duermen todos, señor.

—Hacedles levantar y que entren en la sala á recibir órdenes.

Y los dos subieron, seguidos del que hacía de portero, entrando en el estrado sin haberse bajado el embozo don Felipe.

Solos allí, dijo el monarca á su favorito:

—Varía la orden, Uceda; que sólo despierten á las camareras, vistan éstas á Alice, que aun cnando se halle en cama estará desvelada, y que entre aquí sola la italiana. Abrevia.

El duque le obedeció, haciéudose lo que el rey había mandado.

Sentados ambos en dos sillones hablaron media hora Felipe y el duque, viendo entrar al espirar este plazo, elegantemente vestida, á la primer camarera de Alice robada la noche anterior.

Ambos se pusieron en pie, recibiendo el voluptuoso monarca una gratísima impresión; pero de pronto se nubló su semblante y aproximándose á la robada, le dijo:

—Tú no eres Alice.? Quién te trajo aquí?

—Los que han cometido conmigo un rapto esta noche, señor.

—¿Quién eres?—le preguntó el rey con ira.

La primer camarera de mi señora Alice.—contestó con la mayor naturalidad.

El favorito se echó atrás aturdido, confuso, sin saber lo que hacía. Quedó pálido, demudado y hasta le temblaban las piernas. El rey se volvió hacia él, preguntándole con enojo:

—¿Qué es esto? ¿Quién es el autor de tan indigna farsa? ¿Quién cometió un desacato, una villanía tan grande?

El favorito le contestó con entrecortadas frases:

—Lo ignoro, señor, en este mamento. Me han engañado, mas expiarán en un patíbulo tan miserable acción los que resulten autores.

En este mismo instante vinieron á sacar de su grave apuro al duque varios golpes dados con violencia á la puerta y algunas voces que no pudieron comprenderse. Percibieron, sin embargo, el ruido de los cerrojos que corrían y un acento hueco y destemplado que gritó:

—El señor corregidor de Madrid.

¡—Sólo esto nos faltaba!—dijo el rey, añadiendo con imperio,—márchate, cámarera, á las habitaciones interiores, y tú, Uceda, recibes á ese hombre, disculpas el hecho lo mejor que puedas, averigua quién se lo ha denunciado y si quiere llevarse á esa mujer puede hacerlo cuando le acomode.

Todo el zaguán y la escalera estaban llenos de al-

guaciles; la primera autoridad de Madrid se presentaba seguida de una cohorte de servidores. Llegó al estrado el corregidor, hallándose frente á frente del duque de Uceda.

—¿Qué os trae por aquí tan de mañana? —le preguntó el favorito aparentando extrañeza.

—Señor duque, me han sacado de la cama, exigiendome protección en favor de una joven que ha sido robada esta noche, y se halla aquí.

—¿Quién os hizo esa denuncia?

—Nada menos que el representante de Su Santidad, en cuyo palacio, con escándalo inaudito, se cometió el rapto. Y en verdad que me extraña mucho ver aquí al noble duque Uceda.

—¿Personalmente os ha hecho la denuncia el Nuncio?

—No, señor; en este pliego que guarda mi escarcela, el cual me ha sido entregado por uno de sus familiares.

—Muy bien, señor corregidor, veo con placer que cumplís vuestros deberes con celo é interés plausible. Yo me adelanté á vos, porque tuve también conocimiento del hecho y vine en persona á averiguar la verdad para dar cuenta al rey, siendo asi que se trataba de un allanamiento y robo realizado en la morada del digno representante del Pontífice. He averiguado todo lo ocurrido y no reviste la gravedad que creimos en un principio. Fué una insigne torpeza debida á funesta equivocación, pero nada ocurrió á la robada, la que está ya á vuestra disposición para que se la volvais al Nuncio ahora mismo.

—Señor duque, es cumplimiento de mi deber tengo que llevarme además á cuantos hayan tomado parte en este rapto.

—Eso no puede ser, señor corregidor, los que llamais raptores equivocaron el contenido de una orden dada por mí, y sólo merece el castigo de una torpeza que yo les impondré. Decídselo al Nuncio de mi parte, añadiendo que hoy tendré el honor de visitarle para ofrecerle en nombre de su majestad, las disculpas que merece y darle como representante del Sumo Pontífice todas las explicaciones debidas.

—Tengo que inclinarme ante vos, señor duque; pero suceden cosas tan extrañas en Madrid y cohiben la acción de la justicia de una manera que me voy á ver obligado á ofrecer á su majestad la respetuosa dimisión del cargo que desempeño. El cielo os aguarde, señor.

El corregidor entró en las habitaciones interiores, y hallando á la camarera de Alice se la llevó, marchando seguido de todos sus alguaciles.

El rey abandonó el gabinete en que se había ocultado, diciendo á Uceda:

—Sólo nos falta que esa excelente autoridad, la mejor que tenemos, nos abandonara, dejándonos sin su influencia entre el pueblo, sin su gran prestigio y con la crítica mordaz que caerá sobre nosotros, si se retíra. Qué nécio habeis sido, duque; no conozco hecho más ignominioso ni estúpido que el que estoy presenciando. Salgamos de este lugar de vergüenza y humillación.

Y ambos dejaron aquella casa, despidiendo el rey

con un signo imperativo al llegar á la puerta del alcázar, al desdichado favorito que iba tropezando con los árboles, con las piedras y con todo estorbo de los que hallaba á su paso.

Desde lo más alto donde eleva la loca fantasia y la más nécia soberbia, había descendido el favorito á la profunda sima de la humillación, de la amarga pena y del torturador desconsuelo. Dos horas antes se juzgaba el hombre más sábio, poderoso y encumbrado de la tierra; ahora se veía tan pequeño, tan débil, tan pusilánime y despreciado como el más chico. La rueda de la fortuna dió media vuelta completa, quedando negra la faz que poco antes creía distinguir el fovorito de color de rosa.

Cuando entró en su palacio sentía un temblor nervioso y un sudor frio irresistibles. Se acostó, haciendo ir á su médico de cabecera, que diagnosticó fiebre inflamatoria con indicios de congestión cerebral.

A las veinticuatro horas se le desarrolló la congestión, complicada con un ataque neurálgico en la cabeza que puso en peligro su vida.

Esta enfermedad gravísima no pudo rehabilitarlo para con el público, pero le evitó otras desgracias para él mayores.

De la misma manera que los vicios precipitan al criminal, arrastraba la ambición al favorito, trocándolo bien á pesar suyo en más pequeño y ruin de lo que en realidad era por índole, capacidad y educación.

El rey entró en su cámara despechado, fuera de sí; le quisieron servir el desayuno y lo rechazó. Juzgaba

que aquel deplorable acontecimiento no era sólo debido á nna equivocación, sino principalmente á un golpe de habilidad de sus contrarios, y esta idea lo exasperada tanto más, cuanto que estaba convencido de lo mucho que le iba á perjudicar por haber puesto en manos de aquellos un arma poderosa.

Ya dudaba que fuese verdadera la muerte de Osorio y en el caso de serlo, se decía, esa italiana está mejor defendida ahora que antes.

No hallaba salida al conflicto, su desesperación crecía, y su deseo de vengarse era ya vehementísimo.

El príncipe de Italia tenía razón al creer y decir que aquellos succsos agrababan la situación y darían lugar á males sin cuento, como en adelante iremos viende.

CAPÍTULO XIII

Las consecuencias de un rapto.—De conflicto en conflicto.—Al acto de humillación sigue el de la venganza.—Uu duelo á muerte.—Otro flasco.

Aquel mismo día pasó el Nuncio una circular á todos los embajadores, diciendo en ella lo que en su morada había ocurrido y dándoles cuenta de la satisfacciónu que exigía al rey como reprasentante del monarca y pontífice romano, pues ambas cosas representaba el Papa.

Como era lógico y natural, todo el cuerpo diplomático se puso de su parte y le ofrecieron coadyuvar á la justa reparación que pedía.

Cuando el corregidor llevó al palacio de la nunciatura la camarera robada, no quiso recibirle el Nuncio, y ninguna satisfacción pudo darle. Pero no tardó en mandar un pliego al secretario de Estado, en el cual, después de referir el hecho que tuvo lugar en su casa, llevado á cabo por el capitán Ruiz, destinado al servi-

cio del duque de Uceda y diez caballeros más, pedía el castigo de los delicuentes y una satisfacción en plena corte á presencia de los grandes, embajadores y dignatarios, dada por el mismo rey en desagravio á las ofensas hechas al representante de Su Santidad. Y si no se accedía á su justa demanda amenazaba con pedir los pasaportes para sí y para todos los individuos que pertenecían á la Nunciatura.

Fué una bomba que estalló en la cámara real al leérsela al rey su secretario de Estado.

—Me lo temía,—exclamó don Felipe,—sacan de ese accidente todo el partido que pueden. ¡Qué humillación, qué vergüenza!

Depués de meditar un poco, preguntó al secretario:

—Pacheco, ¿habéis visto al Nuncio?

—Sí, señor.

—¿Se puede esperar que rebaje algo de lo que pide?

—No, señor. Hay que acceder á su deseo ó entregarle los pasaportes y prescindir del papado, mientras viva el actual Pontífice.

—¿Y cómo haremos lo último en una nación tan católica?

—Eso sería muy grave, señor, y produciría otro mal; todo el cuerpo diplomático puede hacer suya la cuestión, ó por lo menos templar tanto sus buenas relaciones que llegaran á velarse.

—Es verdad. ¿No hallas tú medio alguno que por lo menos atenúe esa ruborosa satisfacción?

—Ninguno.

—¿Cual es tu opinión?

—Dársela lo antes posible.

—También es esa la mía. Encárgate de todo. Empiezas por el corregidor; dile de mi parte que prenda al capitán Ruiz y á los diez restantes que le acompañaron anoche, y que se les juzgue y castigue con toda la brevedad posible. Tengan ó no fuero militar, que los sentencien pronto por el tribunal correspondiente, sin tener en cuenta otra cosa que el delito; que pasen por alto lo que los reos digan sobre mandatos ó consejos de cualquier persona de mi corte. Luego visitas al Nuncio, le enteras de lo que conteste el corregidor y que señale el día en que se le ha de satisfacer. Ponte de acuerdo con él sobre las frases que sean breves, aun cuando en ellas se diga mucho; lo disculparemos con el hecho de ir dirigidas al representante de Dios en la tierra.

—Muy bien, señor, todo quedará hoy realizado.

Salió el secretario, y el rey cayó sobre el sillón exclamando:

—¡Ira de Dios, cuánto me hacen sufrir esos hombres! Juro que me he de vengar; será el primero el duque del Imperio, siempre le odié y ahora... Ahora no hallo frases con que describir lo que siento por él. Y tú, bellísima italiana; te libraste de ésta, pero no desisto; has de ser mía á costa de todo y por encima de todo. ¡Ah, cuánto me cuesta esa mujer! la única que he amado, la sola que me domina y arrastra, no sé dónde, mas llegaré por ella donde sea necesario, donde el destino me exija.

Y comenzó á pasear agitado, convulso y fuera de sí.

Osorio se vengaba por completo; llevó al rey á la más completa desesperación y á su favorito á las puertas del sepulcro.

Extractaremos lo que no tenga gran interés para entrar pronto en el relato de acontecimientos que han de maravillar á nuestros lectores.

El capitán Ruiz y los diez que le acompañaron al rapto, fueron sentenciados á servir diez años en el ejército de Filipinas de soldados rasos, no obstante haber entre ellos un capitán y varios oficiales. En este caso los dos expedientes instruidos, el civil y el militar fueron despachados en ocho días. El público acogió esta sentencia con recelo por haberse dicho que los verdaderos autores no eran ellos, sino hombres más poderosos á los que habían obedecido. Es decir, que en esta ocasión la opinión pública estaba perfectamente fundada.

Después que tuvo efecto la aplicación de esta sentencia, señaló el Nuncio el día en que debia dársele la satisfacción ofrecida. Fueron citados todos los grandes y dignatarios del reino con el cuerpo diplomático.

Llegó el momento y el salón de embajadores se llenó siendo los primeros en presentarse en él Julio de Silva y el duque del Imperio que hacía años no pisaba, ni aun invitado por el rey, aquellos salones. Detrás de estos se habían ido colocando todos sus parientes y amigos que componían la inmensa mayoría de la grandeza.

Cinco minutos después de la hora señalada apare-

cieron los reyes seguidos de todos los altos funcionarios de su casa. El monarca iba triste y se movía como violentado por el acto que iba á practicar. La reina por el contrario, demostraba en su semblante satisfacción y una mal disimulada alegría.

Subió don Felipe las gradas del trono, y dirigiéndose al Nuncio que había avanzado hasta colocarse junto á dicha grada, pronunció un breve discurso, en el cual extractó la ofensa, habló del castigo impuesto á los autores y dió la satisfacción que merecía el delito realizado en la morada del representante de Su Santidad.

El Nuncio le contestó con unas cuantas frases en las que se daba por satisfecho en nombre de su señor el pontífice romano.

Terminado este acto, el rey salió con todos los individuos de su servidumbre, yendo en pos de la reina, que se detuvo junto al duque del Imperio y de Julio de Silva para cruzar con ellos algunas afectuosas frases.

Su despedida sorprendió al duque por lo oportuna y significativa.

—Duque,—le dijo á media voz,—¡qué hijo os concedió el cielo; hasta después de muerto da que hacer mucho más que los vivos!

Y siguió adelante sin esperar contestación.

Todos los reunidos allí le imitaron, retirándose á sus respectivas moradas.

En este día sufrió el rey la humillación que acabamos de describir siendo aumentada su pena con la no-

ticia que recibió de haberse agravado bastante la enfermedad que sufría el duque de Uceda.

Un particular, por grande y poderoso que fuera, hubiese desistido ante aquel cúmulo de contrariedades y desdichas; pero don Felipe no obstante su indolencia y falta de iniciativa en general, se había excitado su cólera de tal modo, que en vez de echarse en brazos de la templanza y de la prudencia lo hizo en los de la ira y el despecho, como veremos más adelante. Su odio y deseo de venganza se dirigieron ahora al duque del Imperio. La presencia de éste en la última reunión de la corte y el haber llevado á ella á todos sus amigos y parientes aumentaron la cólera del rey, y de esto debía recibir algunas pruebas el afortunado y renombrado duque.

Seis días más transcurrieron, sin que acontecimiento alguno viniera á perturbar la calma y el sosiego que reinaban en la morada de nuestros amigos.

Unos seguían creyendo que Flaviano de Osorie había muerto; muchos otros lo dudaban, y algunos conocían la verdad, sonriendo cada vez que oían hablar de la prematura muerte del noble mancebo.

Al séptimo día regresó la duquesa de los Andes al palacio donde habitaba, una hora después de haberlo abandonado para ir al alcázar. Iba agitada, su rostro algo encendido, y en vez de entrar en sus habitaciones, se fué directamente por el interior del palacio á la casa de Ros. Creyó encontrar á Flaviano, y en efecto, allí estaba conversando con la viuda del que fué mayordomo de su padre.

Nuestro joven al verla, comprendió que algo grave ocurria, encerrándose acto contínuo en una habitación contigua.

Más de media hora conversaron ambos, saliendo la duquesa intranquila y desasosegada, y quedando, por el contrario Osorio indiferente, y como si nada le hubieran dicho que pudiera afectarle.

Ella regresó al alcázar y él después de mandar á uno de los hermanos de Ros que buscase y le llevara á Julio, se fijó una barba que descomponía su rostro por completo, cambiando el traje que llevaba por otro de terciopelo negro, en el cual lucía la cruz de Santiago, á cuya orden pertenecía él y Julio.

Poco después de haber terminado llegó Silva, y encerrado con él le dijo:

—Hermano; nuestros enemigos no abandonan su empeño de acabar con nosotros, ni se duermen.

—¿Tenemos nuevo acontecimiento?—le preguntó Julio,—clavando en su amigo una penetrante mirada.

—Sí,—añadió Flaviano,—y de peor género, si cabe, que los anteriores.

—No es de esperar otra cosa de la saña y ruin proceder de nuestros contrarios. Habla, hermano, que me tienes impaciente.

—Te diré, Julio, que ahora no se trata del mísero Flaviano que murió, ni de Julio de Silva escudado con su estirpe regia y la sangre del Santo que circula por sus venas. Se dirige un horrendo complot á tu padre adoptivo el señor duque del Imperio.

—¿Se atreven con él, Flaviano?

—Sí, Julio.

—¿Qué intentan?

—Matarlo.

—¿Quién se atreve con ese león?

—Un desalmado que empleará contra nuestro padre la maldad más refinada que conozco.

—Habla, Flaviano. ¿Qnién es ese hombre?

—Oye su historia:

—Llegó á Madrid hace poco un título francés arruinado y con tal desprestigio, que apenas ha salido de su casa, no obstante hallarse en una nación extranjera, donde son muy pocos los que lo conocen. Le titulan marqués de Cabegnac.

—Tengo algunas noticias de ese hombre.

—Pues oye algo que debes ignorar.

—Trajo el marqués á Madrid á su mujer, dos hijas y algún dinero que no le pertenecía, toda vez que perdió el doble de lo que heredó de sus padres, y con aquel vive sin prescindir aún de la opulencia á que tan aficionado fué. Según mis noticias, no hizo otra cosa durante su vida que jugar y asistir á asaltos en los cuales fué siempre el primero. Es en consecuencia el primer tirador francés que ha pisado las calles de Madrid. Este hombre, cuyo retrato acabo de hacerte es en extracto, vendido á un cortesano que se asimila á Uceda, ha desafiado al duque del Imperio en casa del conde de Oñate donde se vieron anoche.

—No hay tirador en el mundo para el duque del Imperio á excepción de mi hermano Flaviano.

—Julio, prescindamos de lo último y oye el resto que es lo más grave de la cuestión. El marqués de Cabegnac trajo muy poco dinero, como te he dicho, vive á lo grande, pronto dará fin de sus escasos recursos y empieza á desesperarle su porvenir y una vida que ya le estorba. Es valiente y no tiene conciencia alguna. Resultará del duelo con mi padre que él morirá, pero bastará la más leve rozadura de su acero en el cutis del duque del Imperio para que éste muera también. Y bien comprendes cuán fácil es á un tirador hábil, como lo es el marqués, rozar la mano de su contrario.

—¡Es decir, Flaviano, que la espada de ese miserable está envenenada!

—Positivamente.

—Pero eso no puede ser, los padrinos lo evitarán.

—Imposible Julio: tomará el acero que le den y ya en sus manos con cualquier pretexto ó descuido envenenará su punta y filo. Eso es muy fácil, siendo así que el veneno se puede llevar en el pañuelo, en el traje y hasta puede estar en las hojas de uno de los árboles que los rodeen.

—Pues es necesario evitarlo.

—Para eso te he llamado, Julio.

—¿Cuándo es el desafío con el duque?

—Mañana al amanecer.

—Tenemos tiempo de sobra para matarle nosotros. Se le busca donde esté, se le abofetea, se le escupe en el rostro y tales cosas se hacen con él que se verá obligado á batirse en el acto.

—Si comprende la intención no aceptará el duelo hasta después de haber consumado el anterior, á lo cual tiene un indisputable derecho.

—Este lance me corresponde á mí, hermano, y yo te respondo de obligarle á que se bata en el acto.

—Julio, á tí te conoce todo el mundo, sospecharán la intención y no lograrás tu deseo. Sino tuviera otros títulos mayores, me abona el de ser hijo del duque y no cambio este derecho por nada en el mundo. Dices, además, que mi estocada favorita es invención mía, y la hallas tan segura y hábil, que todavía no pudiste cojérmela, con la seguridad que yo tengo. Hoy la ensayaremos en el marqués de Cabegnac.

—¿Tienes empeño, Flaviano?

—Decidido, inquebrantable, Julio.

—En ese caso dime lo que yo debo hacer, y demos principio lo antes posible.

—Hay tiempo hermano, siendo así que el marqués no saldrá de su casa hasta las tres de la tarde, hora en que debe presentarse á recoger la mitad de la suma que le han ofrecido porque mate al duque del Imperio.

—¿El duelo es á muerte?

—Sí.

—¿Y que hago yo?

—Con calma vas fijando en tu rostro una barba igual á la mía, que tienes sobre esa mesa. Luego te cubres con un traje que no tengas en uso, pero elegante, y á las dos y media saldremos de esta casa para encontrarnos con el marqués. Lo demás sobre el terreno te lo diré.

—¿Has estudiado el plan maduramente?

—Julio, si me equivocase, pudiera costarle la vida á mi padre; juzga si habré meditado y si estaré seguro de ello.

—¿Sabe el marqués quien es nuestro padre, y lo expuesto que se halla á morir, aun cuando use de la traición y del veneno?

—Sí; se halla desesperado, y no le importa perecer con tal de dejar asegurado el porvenir de sus hijas y esposa.

—¿En cuánto han tasado la vida de tu padre?

—En cincuenta mil ducados.

—Esa suma, sólo el rey puede ofrecerla.

—El monarca ó su favorito, es igual; hoy le entregan la mitad, y después del duelo el resto, siempre que haya muerto, por lo menos, uno de los dos. Si éste fuese el marqués, recibirá la viuda esa mitad de manos de uno de los padrinos de su esposo, que la tiene en depósito.

—Comprendo el todo de esa horrible intriga, y me asombra la maldad de nuestros contrarios.

—Los cuales, Julio, perderán esta tarde la ilusión que verán desvanecerse como humo de paja.

—¿Tan seguro estás?

—¡Quién lo duda!

—Lo creo; basta contemplar tu rostro, fijarse en tu ardiente mirada y ver esa sangre fría, capaz de imponer, si la hubieran visto, á los célebres seis *Invencibles*.

—Hablemos de otra cosa, Julio.

—No, cojo esta barba y me voy á vestir. ¿Aquí me esperas?

—Aquí. Advierte que no comes en el palacio; Dios sabe cuándo, cómo y dónde lo haremos hoy nosotros.

A las dos y media volvió Julio de Silva, saliendo los dos jóvenes para encontrarse un poco antes de las tres con el marqués de Cabegnac.

Vivía algo distante aquel y llegaron á su calle, que era corta por los sitios menos concurridos. Un poco antes de entrar en la mencionada calle, dió Flaviano las últimas instrucciones á Julio y ambos se separaron, entrando cada uno por un punto diferente.

Al pie de la casa del marqués esperaba ya una elegante carroza, en la cual debía trasladarse al sito donde había indicado Flaviano.

Cinco minutos después apareció Cabegnac á la puerta de su casa. Iba hablando con su padrino, el vizconde de Nazario, paisano suyo, y quedó parado en la estrecha acera, mientras el lacayo abría la portezuela del carruaje y contestaba á una pregunta del vizconde.

Se inclinó luego para entrar en el coche y en este momento llegó Flaviano junto al marqués. Tenía nuestro joven que esperar á que el último entrase en el coche para seguir su camino y pretextando viveza empujó al marqués que fué á caer sobre el vizconde.

—¡Miserable!—le dijo alzando el puño; pero antes de descargar el golpe recibió una bofetada de Flaviano, que á la vez le humedeció el rostro con saliva.

—Insensato, ¿quién sois?—le preguntó Cabegnac fuera de sí.

—Ya lo veis,—replicó Osorio enseñándole la cruz de Santiago.

—Te la arrancaré.

—Eso no,—gritó Julio de Silva que llegaba en aquel mismo instante por la parte opuesta que daba frente á Flaviano.—Esas cruces, señor marqués,—añadió,—no se arrancan con la mano sino con la punta de la espada.

Julio ostentaba la misma insignia que su hermano y su presencia allí era en la forma perfectamente casual.

A las frases de Julio siguió una carcajada de Flaviano y las siguientes frases:

—Compañero, no os molestéis, que estos extranjeros saben lo que es un caballero de la orden de Santiago y comprenden que no hay francés capaz de arrancar la cruz á uno de nosotros con la punta de su cobarde acero. ¡Pues no quería que yo esperase que él subiera á su carroza para continuar mi camino!

—Hiciste bien, compañero.

—Este lance tratándose de flamencos termina así.

Y Flaviano volvió á escupir en el rostro á Cabegnac, intentando seguir su camino.

—Deteneos,—le dijo el marqués;—joven, tengo necesidad de mataros.

—Ahora mismo si queréis.

—Ahora... ahora...

—Ahora ó nunca. Prefiero que llevéis el sello de la infamia en vuestro semblante el resto de la vida. He oído referir vuestra historia y eso y más merece el la-

drón que vino á mi patria huyendo de los infelices á quienes habéis robado.

—¡Mentís!

Otra vez marcó el rostro de Cabegnac la saliva de Flaviano de Osorio.

La sangre fría de nuestro joven había impuesto al marqués y hasta contenido en sus bruscos arranques; pero ya estaba ciego, fuera de sí, despechado y víctima de tan crueles insultos, balbuceó los siguientes frases:

—¡Quiero mataros ahora mismo!

—¿Jamás desistís de vuestros propósitos?

—¡Nunca, no, nunca!

—Caballero, estoy á vuestra disposición.

—El vizconde me servirá de padrino, á vos vuestro compañero. ¿Aceptáis?

—Sí, sí.

—¿A qué sitio vamos?—preguntó el marqués.

—A cualquiera,—le contestó Osorio.—Podemos subir en vuestra carroza, que salga al campo, en él hay árboles y entre ellos...

—Comprendo y adelante.

Los cuatro entraron en el carruaje, yendo el marqués enfrente de Julio, y Flaviano enfrente del vizconde.

La carroza los sacó fuera de Madrid, y viendo Cabegnac un bosque espeso á la izquierda mandó parar, y los cuatro abandonaron el coche, perdiéndose al poco tiempo entre una espesa arboleda.

Elegido el sitio por los cuatro, exclamó Cabegnac:

—Aquí señor Santiaguista. Oí hablar del orgullo y vanidad de los que á esa orden pertenecen, pero no juzgué nunca que rayaran tan altos.

—¿Y del valor de mis compañeros, nada os han dicho?

—Nada; pienso averiguarlo esta tarde.

—Os honra esa curiosidad, marqués.

—El que os habló de mis supuestas trampas, ¿nada os dijo de mi valor, ni de mi torpeza en el uso de las armas?

—Nada; voy, como vos, á averiguarlo.

—Pues demos principio.

Julio y el vizconde señalaron el campo y colocaron á sus ahijados.

Ambos tiraron de los aceros y se saludaron, poniéndose antes en guardia.

Dió principio el combate.

No tardó el marqués en echarse á fondo, pero sin resultado. Consiguió únicamente convencerse de que el joven Santiaguista manejaba la espada admirablemente.

Dos veces más se había echado á fondo. Flaviano dió los quites sin más movimiento que el de su brazo; parecía clavado en el suelo.

Duró el combate ocho minutos. Osorio permaneció siempre á la defensiva, sin intentar una sola vez herir á su contrario. Este se sintió algo cansado é iba á pedir una suspensión de cinco minutos, cuando oyó la voz de Flaviano que decía:

—Basta, marqués; ni dinero ni vida.

—Basta, marqués; ni dinero, ni vida!

Y le dió un golpe con la punta de su espada en el costado izquierdo entre la cuarta y quinta costilla que derribó á su contrario, el cual cayó muerto á sus piés.

Le había tocado en el corazón, y Cabegnac giró un poco sobre sus talones, cerrando los ojos para no volverlos á abrir.

Asombrado el vizconde, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Que ha muerto vuestro ahijado, —le contestó nuestro joven con indiferencia.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—¡Si apenas le habéis tocado!

—Es que me fuí al corazón, lo hallé fácilmente, y no le hice más que un diminuto agujero, con el cual ya veis que ha tenido bastante.

—¿Quién sois, señor? Yo os ruego me digáis vuestro nombre.

—Soy, vizconde, la muerte. No volváis á acercaros á ella, porqne os puede suceder lo que al marqués. Cerca tenéis la carroza y el lacayo que os ayudará á trasportar ese cadáver al coche ó á enterrarlo. Vuestro es, haced de él lo que más os agrade. Vámonos, compañero.

Y Julio y Flaviano desaparecieron de allí sin contestar á la última pregunta que les hizo el vizconde.

Este quedó mirándolos aturdido, lleno de asombro y vacilante; creyó en un principio que el marqués

mataría al Santiaguista con gran facilidad por el renombre de hábil que tenía, y al suceder lo contrario y ver la serenidad de Osorio y la destreza que concluía de demostrar, le pareció salir de un sueño atormentador.

Poco después hizo ir al lacayo, entre ambos trasportaron el cadáver, llevándoselo en la carroza que les esperaba á la entrada del bosque.

Más tarde depositó los restos del marqués en la casa donde éste vivía y se puso de acuerdo con la afligida familia y los cómplices de Cabegnac para improvisar un cuento que justificara la repentina muerte del marqués.

Nuestros dos amigos se dirigieron por entre los árboles á un paraje más oculto aún que aquél que dejaban y allí aguardaron la llegada de la noche para entrar en Madrid entre las sombras de aquella.

Paseando por entre robustas encinas, decía Julio á Flaviano:

—Eres el único hombre á quien envidio, Flaviano; el predominio que tienes sobre tí y la sangre fría y destreza que demuestras, unidas á un talento que no tiene rival en el mundo, asombra.

—Sí, como los tuyos; pero son tan pequeños, que ni tú ni yo debemos hablar de ellos.

—Qué audaz estuvistes á la puerta del marqués, qué oportuno, qué frío, qué sin movimiento en tus brazos y piernas. Insultabas con frases de acero, con la saliva que arrojabas como rayo que descompone y hiere y hasta con la mirada de fuego. Paraste la acción de

aquel desgraciado, cuya osadía fué grande siempre, con una actitud tan fiera, que hubiera impuesto á tu mismo padre. Flaviano, tu perfecto rostro se contrajo hasta aparecer feo, horrible; si te hubiera visto Alice en aquel instante huye de tí, creyendo que el ángel se volvió demonio.

—Que cosas dices, Julio.

—La verdad, Flaviano.

—No eres voto, amigo mío, cuando de mí se trata.

—Hermano, has realizado un conjunto de hechos que te hubieran envidiado los seis *Invencibles*.

—¡Dale con los *Invencibles!* deja en paz á los cuatro que duermen en sus tumbas, á tu padre que es un Santo y al mío, incapaz de ofender hoy á nadie,

—¿Pues no iba á batirse mañana con el marqués?

—Hombre, ¿si le han insultado qué había de hacer? Pero él no busca ya lance alguno.

—Los rehusa por tí y por mí.

—Por eso nosotros empezamos á buscarlos por los tres. Buen sermón nos espera, escapado de los venerables labios del Santo, Julio.

—Si no podemos por menos, Flaviano.

—Es que hoy no me he batido en defensa propia; provoqué el lance, y he muerto á un malvado, eso sí, pero hijo de Dios.

—Lo has muerto en defensa de la preciosa vida de tu padre.

—Por eso.

—Si el principe sabe lo ocurrido, es posible que nada nos diga.

—Julio, ¿que pensará mi padre cuando le participen que ha muerto ó han muerto al marqués?

—Adivinará lo que hemos hecho, y dirá para sí:—«Esos muchachos tienen la buena sangre de sus padres»; es su frase favorita.

—Cierto.

—Más sería de temer, si nosotros pudiéramos abrigar esa debilidad, la cólera del rey.

—Me tiene tranquilo, Julio; que siga haciendo, que yo continuaré deshaciendo.

—¡Si á él no le toca nada!

—¡Si no fuera rey!

—¡Tanto podrá abusar de nuestra paciencia!

—Que algo le puede llegar.

Hablando de esta manera los sorprendió la noche, y á favor de la oscuridad llegaron por calles estrechas, y nada concurridas á la casa de Ros.

Pidieron comida, cambiaron de traje y se sentaron á la mesa con excelente apetito.

Después hablaron largo rato y escribió Julio, dirigiéndose ambos á la celda del padre Ministro de la Orden de Trinitarios, sin entrar en la del Santo.

Ya en ella, dijo Julio al religioso:

—Como familar que soy del Santo Oficio, os denuncio la persona de un florentino que es protestante, y se halla dedicado á la composición de narcóticos, venenos y otras sustancias de terribles efectos, que vende á todo el que se lo paga bien. Aquí tenéis, padre Maestro, por escrito, la denuncia. Ved si está en regla.

El fraile la leyó, exclamando al concluir:

—¡Qué impío, qué malvado!

—Por eso lo denunciamos los dos.

—¿Quién es este hombre?

—Otro familiar como yo.

—No los conozco, son tantos...

—Yo os aseguro que lo es.

—No tengo duda alguna. ¿Habéis enterado á vuestro padre?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Sois vos el inquisidor, no él.

—Ciertamente. Mañana daré cuenta al tribunal, y firmada por vos la denuncia, se procederá inmediatamente á la prisión de ese hereje.

—Firmada por mí la denuncia, como vos decís se empieza por la prisión. Podía huir esta noche, y sería grande nuestra responsabilidad, ante Dios y los hombres.

—¿Quién lo va á prender?

—Los dos. Después procederán á la estampación del sello y restantes formalidades.

—¡Ya! ¿Para eso os acompaña ese otro familiar?

—Para oso, y otras cosas.

—¿Queréis la orden?

—No os molestéis; aquí está, firmad el original y quedaos con la copia, para que déis cuenta mañana al tribunal: podéis unirla á la denuncia.

—Aplaudo vuestro celo y no me admira; el hijo del Santo debe ser así.

—Gracias, padre Maestro.

—Tomad la orden firmada. ¿Queréis algo más?

—Deseamos besar vuestra mano y partir en cumplimiento de nuestra penosa misión.

—Id con Dios.

Ambos salieron, diciendo por el camino Flaviano:

—Es la hora de cenar; Julio, entra en el comedor para que te vea mi padre. Pudiera estar con cuidado.

—¿Dónde me esperas?

—En casa de Ros.

Silva se presentó en el comedor del palacio, en el que acababan de entrar la duquesa de los Andes y el duque del Imperio.

—Salid todos,—exclamó el duque á los criados,—y no entréis hasta que yo llame. ¿Cómo cenas con nosotros esta noche, Tolopalca?—preguntó á la duquesa.

Esta le contestó:

—Quería hablar contigo; la reina está impaciente y debo darle antes de que se retire á descansar noticias de tí.

—¿Qué desea su majestad?

—Te manda le digas por mi conducto qué hay sobre el duelo con el marqués de Cabegnac.

—¿Quién os habló de ese duelo?

—Una casualidad nos hizo ir...

—Una casualidad de todos los días, de todas las horas. ¿Es cierto hermana?

—Alguna vez.

—Cerca de la cámara del rey, ¿no es verdad?

—Verdad es.

—Había supuesto que ese duelo nació allí.

—Bien, ¿pero qué me dices?

—Que ya no hay duelo.

—¿Por qué?

—Creo que nuestro querido hijo Julio debe saberlo mejor que yo y le ruego nos entere.

—¡Yo, señor! No me hicísteis el honor de nombrarme padrino vuestro.

—Habla, Julio, habla; la duquesa mueve la cabeza con impaciencia.

—Algo he visto, pero...

—Hijo, ¿adivino ó no?

—Bueno; os diré á los dos que un caballero Santiaguista tropezó esta tarde con el marqués, cuestionaron y subiendo de punto la cólera, del uno, quiso batirse en el acto y en el acto se batieron.

—¿Que resultó?

—Que el Santiaguista mató á Cabegnac.

—¿Y el matador sacó alguna herida?

—Ni el más leve arañazo.

—¿Fuiste tú ese, Julio?

—Os juro que no, padre mío.

—¿Presenciaste el lance?

—Sí, señor.

—Refiéremelo.

Silva le hizo una descripción detallada y exacta. El duque exclamo:

—Entonces ese afortunado mortal ha sido tu hermano Flaviano.

—Como queráis.

—No me parece justo que os antepongáis á mí, Julio.

—Justo no, necesario, conveniente, indispensable. A vos os hubiera muerto, á nosotros no.

—¡Qué modestia, hijo mío?

—Digo la verdad sin ambajes ni rodeos.

—No tiráis mal, pero á mí, que fuí vuestro maestro, no se me ha olvidado...

—No es eso, padre mío. Aun cuando tiraseis mejor que nosotros os hubiera muerto.

—No te entiendo.

—Que lo explique la duquesa.

—¡Ella! Habla, Tolopalca.

—El marqués te hubiera muerto, hermano, bastándole el más leve rasguño...

—Y bien comprendéis, padre mío, que al primer tirador del mundo...

—¡Ah, estaría envenenado su acero!

—¿Qué os han dicho á vos?

—Que había muerto de repente el marqués.

—¡Qué duelo!... No he visto nada más admirable. Quedad con Dios, que me aguarda un muerto.

—¿Dónde vais?

—A prender á un hereje, y después de encerrarlo en la Inquisición y hacer algo más, nos vendremos á dormir.

—¿Qué hereje es ese?

—El que facilitó y compuso el veneno que mató á la pobre Magdalena y su cómplice, y el que mañana debía dar fin de vuestra existencia.

—Tiene nuestra sangre, nuestra bravura.

—Ya lo dijimos.

—¿Qué dijísteis?

—Que contestarías eso; pero el príncipe...

—Yo os defenderé y la duquesa también.

—Hasta luego.

—¿No cenas?

—Gracias. Comimos hace poco mi hermano y yo.

Y salió, cubierto con manto negro.

—¡Qué muchachos, duquesa!

—Más virtuosos que tú cuando tenías la edad de ellos.

—¡La cena!—exclamó el duque huyendo del recuerdo de Tolopalca.

Al duque no le extrañó ni pudo ofenderle la acción de Flaviano y Julio: fué su maestro, su director y todo lo que ellos hacían lo miraba como obra propia, como un conocimiento realizado por él.

Hasta el Santo solía tener algo elástica la conciencia, él que tan severo era consigo propio y para con los demás, cuando juzgaba los hechos de Julio y Flaviano.

Quería al duque como á hermano y á los dos jóvenes como á pedazos de su corazón.

CAPITULO XIV

Un envenenador consumado.—La Inquisición por dentro.—Hábil sorpresa.—Convalecencia del duque de Uceda.

Embozados en mantos negros salieron cuatro de la casa de Ros. Eran Flaviano, Julio y los hijos mayores de la viuda.

De dos en dos cruzaron varias calles hasta detenerse al pie de una casa de mal aspecto. Observaron, viendo en el interior del cuarto bajo al pálido resplandor de una opaca luz lo que buscaban.

Julio iba vestido con lujo y elegancia; los tres restantes como simples hidalgos. El traje en aquella época demostraba la calidad del individuo.

—Llama, que ahí está,—dijo Flaviano á Julio.

Este le obedeció, pero nadie le contestó.

Entonces Flaviano, acercando los labios á la cerradura, dijo:

—Francesco, abre, que te estoy viendo.

Pasados algunos segundos le contestaron desde adentro:

—No puedo recibir á nadie esta noche; volved de día.

—¡Insensato!—le contestó Julio cansado ya de esperar;—abre al Santo tribunal de la Inquisición.

—¡Jesús!—exclamó Francesco.—No puede ser.

—Acércate y te convencerás. Por el ventanillo; llega.

Maquinalmente y temblando como un azogado abrió el ventanillo el italiano, dirigiendo la luz de la linterna al objeto que tenía delante.

—¡La venera de la Inquisición!—dijo franqueando la entrada.—Señores, yo á nadie ofendí. Entrad, todo lo que tengo es vuestro; sentaos, señores, sentaos, aquí hay un sillón de baqueta y una silla.

El florentino era hombre de sesenta años, flaco, descolorido y ahora estaba demudado, y tan inquieto, que inspiraba compasión.

—No nos sentamos, viejo hipócrita,—añadió Flaviano enseñando también la venera que, como Julio, llevaba al cuello pendiente de un cordón de seda verde.

Los hermanos Ros quedaron en el portal sin bajarse el embozo. Julio le dijo:

—Os ocupáis en componer venenos, narcóticos y otras substancias nocivas: os han denunciado al Santo tribunal de la Inquisición y éste nos manda aquí.

—Me han calumniado, señores; yo no tengo venenos. Yo no tengo nada, no, no.

—¿Cómo que nó?—dijo Flaviano,—Magdalena Paz lo llevó de aquí y causó dos muertes; de aquí salió el que debe envenenar la espada homicida que corte la vida del señor duque del Imperio con el más leve arañazo que le hagan. La Inquisición no acusa jamás sin pruebas y las que tiene de vuestros crímenes son irrecusables, desgraciado protestante.

Francesco cayó de rodillas á los pies de Flaviano y de Julio y descompuesto y aturdido exclamó:

—Por Dios, señores, compadeceos de mí; he vendido algo de lo que decís; pero sin saber el uso bueno ó malo que iban á hacer con mis específicos! Con ellos, sabiéndolos emplear se curan muchas enfermedades.

—Sí, con el ácido prúsico se le quitan todos los males al que lo prueba. Muere instantáneamente y nada siente ya su materia.

—¡Por caridad, señores, compadeceos de mí!

Alzad del suelo y obedeced en todo á la Inquisición y de este modo evitaréis el tormento y acaso la muerte.

—Haré lo que queráis, lo que me mandéis, tenedlo por seguro.

—Veamos. Dadme una lista en la que conste los nombres de todas aquellas personas á quienes habéis vendido específicos, consignando los efectos que producían.

—Al momento señores, hecha la tengo.

Poco después la entregaba.

Flaviano la leyó exclamando:

—El último que habéis vendido fué para el barón, de la Terraza; ¿es cierto?

—Sí, señor.

—Es un corrosivo que inoculando en la sangre, muere el inoculado.

—Sí, señor; pero yo...

—No os disculpéis, conozco la química como vos. Ese es el veneno destinado para matar al duque, Julio. Francesco, decid; ¿vino personalmente el barón por él?

—Sí, señor.

—Evitemos los crímenes que en manos de Terraza pueden causar esa mortífera sustancia. Ayudadnos, florentino.

—Mandad, señor.

—Trae un frasco igual en tamaño al que dísteis al barón, lleno de agua ó de cualquier sustancia inerte. Luego redactáis una carta diciendo á Terraza que os equivocasteis al darle el otro y le rogáis lo cambie por el que le dará el portador, si desea tener lo que desea.

—Al momento, señor.

Y le entregó ambas cosas.

—¿Qué más deseáis, señor?—preguntó.

—Ahora me traéis bien encerrado y en una caja segura todo el líquido que tengáis de esa sustancia que con solo olerla quita la razón al desgraciado que se le aplica al olfato.

—Sólo poseo este frasquito, pero es mucha cantidad si se atiende á que basta una sola gota para cada vez.

—¿No tiene caja?

—Aquí, señor, aquí está.

—Ponte la capa y síguenos.

—Señor...

—Te llama la Inquisición, y ésta no espera.

—¿Me darán tormento?

—Creo que no.

—¿Me matarán?

—No, te inutilizarán para que no puedas ejercer en España tu destructor y funesto oficio.

—Me iré fuera de aquí para no volver más en cuanto me lo permitan.

—¿Abrevias?

—Me falta la gorra. Aquí está.

Salieron los tres, se incorporaron con los Ros, cerró el florentino y los cinco fueron á la Inquisición.

Julio entregó el preso y la orden del inquisidor, padre Maestro Trinitario, y se dirigieron los cuatro á la vivienda del barón de la Terraza.

Frente á la casa quedaron Julio y los dos hermanos Ros, entrando solo Flaviano.

Se hizo anunciar sin dar su nombre y asegurando que tenía necesidad de enterar al señor barón de un asunto que le interesaba.

Después de dos minutos de antesala fué recibido en el despacho donde trabajaba en aquellos instantes Terraza.

—¿Quién sois y qué queréis?—le preguntó el barón clavando en él una mirada escudriñadora.

—Señor barón,—le contestó Osorio,—os traigo este escrito de maese Francesco, el florentino.

Y se lo dió. El barón pasó la vista por él, diciendo á Flaviano:

—Me complace la equivocación porque ya no me hace falta la sustancia que le pedí, y puesto que no debía pagársela hasta después de comprobar sus efectos os llevais los dos frascos que para nada necesito ninguno. Esperad un poco que voy á traeros el que me dió.

Y salió Terraza, dejando solo á Flaviano. Este vió un pañuelo de la nariz que el barón tenía á su izquierda sobre la mesa que trabajaba, y ligero como un relámpago sacó de la caja el frasco que contenía el equivalente al cloroformo que quitó al florentino, vertiendo en el citado pañuelo tres ó cuatro gotas de modo que no llegara á él el olor.

Segundos después entró el barón, y dándole un frasco lo despidió con las siguientes frases:

—Ahí tenéis lo que Francesco me entregó. Quedamos en paz. Marchaos.

Osorio le hizo una reverencia saliendo de allí.

Incorporado con sus compañeros, dijo á los Ros:

—Quedaos en estos alrededores observando lo que pasa en la vivienda del señor barón de Terraza. Si hay algún peligro retiraos á paso de galgo; si eso no sucediera estaos hasta media noche averiguando lo que podáis. En vuestra casa os esperamos. Partamos, Julio.

Y los dos jóvenes se dirigieron lentamente á la casa de Ros.

Por el camino preguntó Silva á Osorio:

—¿Qué va á ocurrir en la morada de Terraza, hermano?

—Ya habrás comprendido que era cómplice, cuando no el autor de la traidora idea de envenenar el acero que debía herir á mi padre.

—Sí, pero no me explico...

—En este momento estará oliendo el mismo licor que aplicó á mi nariz Magdalena.

—¿Aquél que te tuvo privado de la razón y exánime?...

—Aquél.

—¿Del frasco que has cogido esta noche al florentino?

—Sí.

—Le vas á dar un susto de primer orden.

—No, el asesino oculto y cobarde de mi padre sufrirá más que eso; para sólo asustarlo no me hubiera tomado la molestia de dejarle en el pañuelo un recuerdo de mí.

—¿No es el mismo licor que te dieron á oler?

—El mismo.

—¿Qué otra cosa te sucedió á tí?

—No hay similitud posible; á mí me lo dieron á oler en medio de la calle, es decir, al aire libre y sólo contenía el pañuelo una ó dos gotas; á él le he dejado doble cantidad, lo tiene á su lado y no desperdiciará un átomo. Esto, sin contar con lo que puede llamarle la atención lo extraño del olor que siente y se tape la nariz con el pañuelo para no percibirlo.

—Que es lo más natural.

—Por lo menos se restregará la nariz con él para mitigar el picor que le ha de producir. Vendrá luego la perturbación completa, la parálisis de la vida, los médicos no sabrán lo que es y entre sangrías y otros remedios enérgicos lo llevarán á las puertas del sepulcro.

—¡Flaviano te vas haciendo terrible!

—Yo no me hago, me hacen mis contrarios.

—Han puesto á prueba tu talento, sin comprender que era el equivalente á prender fuego á una bomba infernal.

—¿Hago algo que merezca tu censura?

—No, en verdad; pero fíjate en el siguiente retrato: entras en la cárcel y dejas en libertad á cinco presos. Te bates contra treinta hombres y matas á diez. Te envenenan, y son tus asesinos los que mueren envenenados; es decir, que estando muerto, matas. Lo que has hecho con el marqués y lo que acabas de realizar con Francesco y con Terraza, llega á lo incomprensible. Y algo más que no cito, como el rapto de la camarera, sus consecuencias y otras cosas que asombran, hermano.

—¿Qué hice yo con Francesco?

—Encerrar en la Inquisición á un hombre que ha causado muchas víctimas, y es incalculable lo que por su causa hubieran hecho si tú no lo sepultas en los calabozos del Santo Oficio.

—Tú me has ayudado á todo, Julio.

—Cierto; pero esto no descompone el cuadro.

—Por el contrario, le honra.

Llegaron á la casa de Ros y continuaron hablando, cuando se presentó el duque del Imperio, que no había visto á su hijo en todo el día y deseaba estampar un beso en su frente.

Después de hacerlo, le preguntó:

—¿En qué has ocupado el día, Flaviano?

—No lo perdí, padre mío; pero vos los aprovechabais más en Francia, Malta, el Perú, Venecia, Nápoles y Madrid.

—Más, no. ¿Qué esperáis ahora?

—El regreso de los dos hermanos mayores de Ros que tenemos ocupados.

—¿Tardarán mucho?

—Volverán dentro de media noche.

—No falta mucho.

Con efecto, á las doce y media entraban los dos hermanos; pero viendo al duque, no se atrevieron ni aun á sentarse.

Julio, les dijo:

—Acercaos, Ros; podéis sentaros; el señor duque lo permite.

—Cracias, señores.

—¿Qué ha ocurrido en casa de Terraza.

—Puedo decirlo todo.

—¡Todo!—contestó Flaviano.

--Os diré que hallaron al señor barón muerto, al parecer, en el sitio donde estaba sentado.

—¡Muerto!—exclamó el duque.

—Eso creyeron; sus criados pidieron auxilio, acudimos mi hermano y yo, y muerto le juzgamos.

—¿Tenía cerca de él un pañuelo blanco?—le preguntó Osorio.

—En la mano; me llamó la atención esta circunstancia.

—¿Qué sucedió después?

—Fueron tres médicos, recetaron y quedan aplicándole remedios enérgicos.

—¿Pero ha muerto ó no?—preguntó el duque con viveza.

—Yo creía que sí, pero los médicos dicen que no.

—¿Por qué creías tú que había muerto?

—Señor, su rostro es el de un cadáver, y no oye, ni ve, ni entiende.

—Flaviano,—añadió el duque;—¿qué tiene el barón de la Terraza?

—Padre mío, lo mismo que tuve yo cuando fuí sorprendido por Magdalena.

—Eso es pasajero.

—Depende de que haya aspirado mucha más cantidad que yo, y de que sus médicos, en la ignorancia en que está, lo debiliten y hasta lo maten.

—¿Quién le dió á oler ese licor?

—Lo tenía en su pañuelo y él mismo se lo llevaría á la nariz.

—¿Qué hizo el barón, Flaviano?

—Se proporcionó el veneno con que pensaba convertir el más leve arañazo en herida mortal.

—¿Conserva el veneno?

—No, señor; fué arrojado á un sumidero.

—Julio, ya es hora de descansar; ¿nos vamos?

—Sí, señor.

—Adiós, hijo mío; dormid también vosotros.

Y partió con Julio sin hallar motivo para reprender á su hijo.

Nada ocurrió durante la noche, que merezca relatarse.

Llegó el día siguiente; veamos lo que acontece en el alcázar.

A las diez de la mañana recibía don Felipe á Leandro Alvaro, alcalde de Corte.

—Entra,—le dijo el rey.—¿Has cumplido mi encargo?

—He tenido esa honra, señor.

—Dicen todos que eres hábil, discreto é inteligente; veamos si es cierto: ¿qué resultado nos ofrecen tus indagaciones?

—Señor, el marqués de Cabegnac pereció ayer tarde en duelo que tuvo con un caballero Santiaguista.

—¿Quién era ese caballero?

—He examinado á los tres únicos que tienen conocimiento del hecho; un extranjero que se titula vizconde de San Nazario, el cochero y el lacayo del marqués. Ninguno de ellos lo conoce y las señas que dan se confunden con tantos de esa Orden que no es posible distinguir al que haya podido ser.

Alvaro hizo un relato detenido de cómo había sido el lance, terminando con las siguientes frases:

—No es sólo eso: el señor barón de la Terraza, amigo del marqués, enfermó anoche tan gravemente, que lo juzgaron cadáver. Acudieron tres doctores y á beneficio

de remedios enérgicos han conseguido aliviarle, pero todavía sigue mal, muy mal.

—¿Qué enfermedad padece?

—Cada doctor opina de un modo distinto; creo que ninguno lo sabe con certeza. Le dieron un baño de agua fría, después le hicieron varias sangrías, aplicándole otros remedios tan hetereogéneos entre sí, que prueban lo extraviados que andan, respecto de la verdadera causa que postra al enfermo.

—¿Has hablado con él?

—Sí, señor. Aparece perturbado, y no sabe explicar nada de lo que le ha ocurrido.

—¿Tampoco tú has podido comprender lo que motiva el estado del señor barón de la Terraza?

—No, señor. Los médicos afirman que fué acometido de un síncope muy grave, y unos sospechan que la causa está en el corazón, otro en el cerebro y hasta hay un cuarto que sostiene que se halla en toda la economía. Este es el resultado de la junta que celebraron de madrugada.

—Pero si no saben lo que tiene el barón lo van á matar con la aplicación de remedios tan enérgicos.

—Es de temer, señor.

—Dame tu opinión sobre el duelo de Cabegnac y la enfermedad del barón.

—Creo el primero casual; el marqués tenía un carácter violento, era un gran tirador, valiente, y dió con un Santiaguista español que de una estocada lo mandó al otro mundo. En cuanto al barón, desconozco la medicina, y como no hubo antes de caer en cama incidente al-

guno que pudiera motivar un mal tan grave, me pierdo en conjeturas, concluyendo por ver en ese accidente una de tantas enfermedades desconocidas en su principio por los doctores de la ciencia.

—¿Crees tú que pueda haber relación entre el desafío del uno y los males del otro?

—No, señor.

—Fíjate en mi última idea, continúa tus averiguaciones y vuelve esta noche á darme cuenta del resultado que te ofrezcan.

Salió el alcalde de Corte, quedando el rey entregado á profunda meditación. Fué interrumpido en ella por la reina, que le dijo:

—Felipe: acaban de referirme un hecho, que me ha llenado de indignación, y lo mismo debe sucederte á ti.

—Habla, Margarita.

—Por la cantidad de cincuenta mil ducados se iba á dejar matar a un extranjero, haciendo antes un rasguño al noble duque del Imperio, del cual hubiera perecido también, por estar envenenada el arma con que se lo causaban. Esto es inaudito; no hay hombre en tus reinos que haya prestado más servicios á su patria y á su rey, que el duque del Imperio, y lo iban á asesinar.

—No sabes, por lo visto, la segunda parte.

—¿La tiene?

—Sí, óyela: un caballero Santiaguista se adelantó al duque del Imperio, y ha muerto á ese extranjero. ¿Sabes tú quién es el individuo de esa Orden?

—No.

—Yo sospecho que lo sea mi primo, Julio de Silva.

—Lo ignoro.

—Margarita, yo no adivino ni mis servidores tampoco; en esos lances se guarda la mayor reserva, y rara vez pueden evitarse.

—¡Cuentan cosas!...

—¿Qué cosas cuentan?

—Hay pocas personas que puedan comprar por la enorme suma de cincuenta mil ducados la vida de un hombre, aun cuando éste sea el duque del Imperio. Esto ha dado lugar á que culpen á tu favorito, que es poderoso y odia á Osorio desde hace algún tiempo.

—Uceda no ha abandonado todavía el lecho, víctima de una enfermedad que lo llevó á las puertas del sepulcro.

—Se encuentra ya casi en convalecencia; le ven diariamente todos sus amigos, y eso ha bastado para que le achaquen ser el autor de un hecho tan criminal como horrible.

—El duque es incapaz de concebir una idea como esa

—¿La juzgas criminal?

—Sí.

—Yo también, y son tantos los crímenes que se cometen é intentan cometer, que va nublándose el cielo de nuestra monarquía.

—Tú no entiendes de eso, Margarita, y te ruego no te metas en asuntos que no te incumben.

—Debo velar por ti, por la gloria de tu reinado, por mi hijo y por mí.

—A nosotros no nos amenaza peligro alguno.

—Estás en un error, Felipe; nuestra fama es vida moral, que puede ir enfermando hasta perecer.

—Eso lo supones tú, porque eres excesivamente rigorista, y contemplas las cosas de un modo exagerado.

—Veo con sentimiento, Felipe, que me veré obligada á regresar a mi país; yo no puedo tolerar la impunidad de los crímenes que presencio. Dios Nuestro Señor nos pedirá cuentas algún día.

—Hoy, Margarita, estás insufrible y es preciso que te corrijas.

—¿De ese modo calmas mis angustias? Lo esperaba, y por última vez te digo que si continúas con esa indolencia aparente y con otras cosas de que no debo hablarte, tomaré una resolución tan grave, que todo el mundo entero se ocupará de ella.

—Las amenazas de tu sexo no ofenden; creo que en adelante pensarás mejor, evitando que entre ambos prenda la tea de la discordia.

—¡Creo que arde ya, don Felipe!

—Lo sentiré por ti.

—Y yo por ti.

—Pues evitémoslo entre los dos.

—En tu mano está.

Ambos continuaron debatiendo para demostrar que existía entre ellos un antagonismo, malestar y disgusto grande.

Muerto Flaviano, siquiera fuese en apariencia, daba fin de todos sus enemigos y tenía el rey en jaque, proporcionándole infinitos disgustos y una vida agitada y molesta.

El Santo, su padre y Julio lo comprendían así; auguraban mal del resultado, pero no podían impedir nada de lo que acontecía. Flaviano tomó la defensa del honor y de la virtud noble y caballerosamente, en tanto que su poderoso contrario sólo estaba inspirado por el vicio, y éste le dominaba hasta el extremo de conducirle al delito y hasta el crimen.

Estos hechos nos dan una idea de lo que era Felipe III. Comedido en todo lo demás, algo indolente, pero con mediano sentido, rehusaba aceptar lo que no fuese correcto, sin perjuicio de haberse dejado dominar por una sola pasión que lo empequeñecía y nublaba su reinado.

Podían ser fatales para Osorio en lo sucesivo las consecuencias de aquella lucha, mas para Felipe lo estaban siendo ya en sumo grado y habían llegado las cosas á un extremo que ninguno de los dos podía ceder ni desistir. Flaviano no tenía apego á la vida, veía el triunfo de su honra en la defensa que estaba haciendo, y su resolución de triunfar ó morir era inquebrantable. Cuanto al rey, fundaba toda su dicha, felicidad y agradable porvenir en la posesión de Alice, y era capaz de sacrificarlo todo por llegar hasta ella. Cada *fiasco* ó derrota que sufría aumentaban su deseo, crecía su tenacidad y todo lo encontraba fácil, todo asequible, menos la renuncia de la mujer que absorbía todas sus ideas y pensamientos.

Felizmente para Osorio y hasta para el mismo don Felipe, la capacidad del favorito era limitada, y no ofrecía al primero esas dificultades insuperables que

el genio destruye si lo obliga, pasando por encima del escándalo y de los hechos más graves é imponentes. Teniendo en cuenta lo que era y valía Osorio, un enemigo más habil y con más talento hubiera puesto en peligro la vida del rey.

Tres días después se presentó en la cámara el duque de Uceda pálido, débil y demostrando en su demacrado rostro la enfermedad que lo llevó á las puertas del sepulcro.

Tres visitas le había hecho el soberano, no obstante lo cual llegó el favorito temeroso é indeciso. Se hizo anunciar, y no tardó el rey en recibirlo. El semblante de don Felipe demostraba malestar y disgustos. Uceda tembló por su suerte futura.

Cruzaron algunas frases sobre la enfermedad del duque y su actual situación; el monarca demostró algún interés por su antiguo valido, y aun cuando esto hizo concebir halagadora esperanza al de Uceda, esperó á que su señor le hablase del porvenir. Esto no se hizo esperar mucho tiempo.

—Duque,—le dijo,—¿mientras estuviste enfermo, han tenido lugar acontecimientos irritantes, de los que es preciso tomar la revancha?

—¿Me hace vuestra majestad el honor de volverme á su gracia?

—Con una sola condición.

—La espero, señor, y si mis fuerzas alcanzan...

—Para volver al puesto que tuviste antes de caer enfermo necesito que Alice me pertenezca.

—Señor, deseo obedecer á vuestra majestad, com-

placerle en todo y mi dicha se funda únicamente en hallar á vuestra majestad satisfecho.

—Lo sé, pero no basta eso; quiero triunfar de Alice y de todos los que la defienden. ¿Puedes tú realizar mi deseo?

—Antes, señor, de contestar á vuestra majestad, le ruego me conceda el señalado favor de permitirme exponga algunas consideraciones á su alta sabiduría.

—Será inútil, pero haz lo que quieras.

—Gracias, señor. La bella Alice ha causado ya cerca de treinta víctimas. El alcalde Bermúdez ha perdido el brazo derecho y la razón; yo estuve á las puertas de la muerte y al salir de mi enfermedad tuve que añadir á la pérdida de mi hija, la de su madre, ¡y la amaba tanto!...

—De eso último no me dijiste nada.

—Es nuevo, señor.

—¿Te abandonó?

—Hace varios días me entregaron una carta en la que me participaba que huía de mi lado para siempre porque era un mal padre, tan desnaturalizado, que no sabía devolverle su hija. Después he sabido que partió para Francia, allí le entregaron la niña y allí se ha establecido definitivamente.

—Ya te habrá reemplazado y no debes volver á acordarte de ella.

—Me será imposible; la amo demasiado.

—Eso me sucede á mí con Alice. Adelante.

—Me consta que el ejército murmura de nosotros, la grandeza nos ha vuelto la espalda y el pueblo nos canta coplas.

—¿Qué coplas son esas?

—Oid una, señor, que llegó hasta mí:

«Sin bienes, sin pan, sin ley,
Muerta España el pueblo llora,
Y sin justicia y sin rey
Del cielo venganza implora.»

—¡Qué insensatez, qué desacato!

—Nuestra situación va agravándose por momentos, y sabe Dios dónde puede conducirnos tal estado de cosas. Yo suplico a vuestra majestad pese en la balanza de su alta inteligencia: A la bella Alice en un lado, mis consideraciones en otro é incline del lado donde caiga el peso su omnipotente voluntad.

—Ya lo hice y pesa más, mucho más, Alice.

—En ese caso me concreto á obedecer á vuestra majestad. ¿Qué hago, señor?

—Traerme á Alice.

—Ruego á vuestra majestad, me indique la manera, y en el acto lo realizo, si me es posible.

—¿No se te ocurre nada, Uceda?

—Confieso mi torpeza, nada.

—Busca el medio por conducto de la Inquisición.

—Ya lo intenté y no hay inquisidor alguno que deje de rechazar indignado toda proposición que se le haga referente á la protegida del representante del Papa, del príncipe de Italia y del duque del Imperio.

—¿También mi tío Julio?

—Señor, los Silvas y los Osorio son una familia; lo que quieren los unos lo desean los otros, y no es

posible ofender á uno sin lastimar á los restantes.

—¡También eso!

—Eso y mucho más que no he expuesto á la consideración de vuestra majestad, por temor de molestar demasiado su atención. Yo suplico á mi señor desista...

—¡Jamás!—interrumpió el rey con viveza.—¿Desistir? Nunca, y te prohibo que me vuelvas á proponer ese disparate. Busca un medio, Uceda; para eso te elevé al puesto que ocupas y eres el más poderoso de mis reinos. ¿Necesitas oro? Tendrás cuanto pidas; ¿hombres? te seguirán ejércitos; ¿poder? dispondrás de todo el de un rey. Y cuando hayas realizado mi deseo, gobernarás á tu antojo; á mí me molesta la pesada carga del Estado.

—Admirable, señor; pero si lo malo es que no acierto con la idea que deseo realizar.

—Tortura tu entendimiento.

—Lo hago inútilmente, señor.

—Creo que tienes miedo á nuestros contrarios.

—Deseo más que conservar mi vida, el logro de lo que nos proponemos, pero no hallo el medio. Si la alta sabiduría de vuestra majestad me lo indica, en el acto lo realizo.

—Veamos. El palacio de la Nunciatura da frente á dos calles muy estrechas.

—Cierto, señor.

—Desde una de las casas de enfrente se puede hacer una mina que la ponga en comunicación con los sótanos de la Nunciatura. Ya tienes la entrada en el palacio.

—Perfectamente, señor. ¿Y después?

—Tienes canonjías, y beneficios, y hasta dignidades eclesiásticas, lo cual puede proporcionarte hombres que entren y salgan en la Nunciatura, coman con la familia del Nuncio y puedan depositar en el vino un narcótico que los haga á todos dormir profundamente. Conseguido esto, la hermosa Alice puede ser trasportada por la mina á la casa inmediata... ¿Comprendes el resto?

—Sí, señor. Por la mina entran hombres de mi confianza...

—Eso es; pero mientras unos se la llevan otros tapian la comunicación con el sótano para que no quede vestigio alguno.

—La idea es como de vuestra majestad.

—Si la realizas, es menester que estés tú presente y dirijas el rapto. La lección que nos han dado ya debe bastarnos para evitar el vergonzoso ridículo de otra equivocación como la pasada.

—Es verdad, señor.

—¿Te gusta el plan?

—Lo juzgo inmejorable.

—Lo estudias, lo meditas, prevés, desoyes todas las contras que pueda tener y das el golpe cuando tengas seguridad absoluta de conseguir el triunfo. Ni un momento antes ni después.

—Lo haré.

—Hablemos de otra cosa.

—De lo que quiera vuestra majestad.

—¿Estás seguro de que murió Flaviano de Osorio?

—Segurísimo, señor.

—¿En qué te fundas?

—En que lo vi cadáver; lo examiné y su sangre helada, su corazón inerte y el frío de su materia me demostraron que aquel pedazo de carne inanimada era un cadáver.

—Si es así, mucho habremos ganado para la realización del plan futuro. Flaviano de Osorio valía más que su padre, que Julio y hasta que el príncipe de Italia.

—Siempre creí eso mismo, señor.

—Por eso he temido que fuese fingida su muerte, y en este caso era indispensable obrar de otra manera.

—Su muerte, señor, es cierta; respondo de esta verdad.

—No insisto y me complace creerte.

Lo últimamente expuesto nos demuestra el genio y previsión de Osorio. Felipe III, con su sospecha sobre ser fingida la muerte de Osorio, demostraba más penetración y talento que su favorito. ¡Lástima que hubiera concebido aquella funesta pasión y que fuese tan indolente!

Puestos de acuerdo monarca y valido, se retiró éste á su palacio y desde el siguiente día dió principio á los preliminares de su plan ó sea á los trabajos de zapa morales y materiales.

Pronto sabremos si el pensamiento del monarca, hábil en parte y descabellado en el resto, daba ó no los frutos criminales que su autor se proponía.

Tampoco Flaviano se dormía en sus laureles. Desde el siguiente día al en que tuvo lugar la primera en-

trevista del rey y su favorito, después de la enfermedad de éste, siempre disfrazado pasaba las noches en el palacio del Nuncio, y de día y á todas horas vigilaba los alrededores de la Nunciatura.

Excusado es decir que el Nuncio y cuantos le rodeaban no hacían otra cosa que aquello que Osorio ordenaba. ¡Tal era la alta idea que el ilustre prelado tenía del talento y valor de Flaviano! Casi lo mismo le sucedía al joven con su padre y hermano. Hasta el Santo admiraba la virtud y bellas cualidades del compañero de su hijo, y en vez de reprenderle por algo de lo que hacía, se concretaba á aconsejarle y á elogiar su talento, previsión y conducta varonil.

Una noche le decía delante del duque y de Julio:

—Eres la persona que más vale en los reinos de Felipe III. Sólo en un rey tan poderoso hallar puedes digno enemigo y creo leer en el porvenir que acabarás por imponerle tu voluntad. Muchas cosas haces que merecen mi reprensión, pero no debo corregirte; pareces predestinado, y en verdad que un poder superior a todos nosotros te obliga á seguir el difícil camino que andas.

—Gracias, señor,—le contestó nuestro joven;—me son tanto más agradables vuestras frases cuanto que sois el solo hombre que me impone, seduce, cautiva, y no habrá causa en el mundo que me obligue á desobedeceros. Cuando me columpiaba sobre la sima de la muerte os antepuse á mi querido padre, al que amo cuanto merece y vale, porque quise que salvara mi vida, si salvación tenía, el justo, el que jamás se equi-

voca. De este modo puedo decir hoy: «Merezco la existencia que arrancó de entre las garras de la muerte un Santo.»

A pesar de lo expuesto, aún le quedaban á Osorio que sufrir muchas contrariedades y tormentos antes de que pudiera cumplirse el presentimiento del Santo, de que llegaría á imponer su voluntad al rey de España. Esto, en el caso de no hallar un goce ó por lo menos un entretenimiento agradable nuestro mancebo en aquella lucha digna de tan privilegiado cerebro y tan fuerte corazón. Y esto último es lo más verosímil, toda vez que jamás se le veía triste ni pesaroso.

Ya habrán supuesto nuestros lectores que fué Osorio el que hizo salir de Madrid á la manceba del duque de Uceda, que había corrido á Francia en busca de su hija. Nuestro joven le dió el bolsillo que el favorito mandó á Magdalena repleto de oro, los doscientos ducados que á él le entregó el capitán Ruiz en el zaguán de la Nunciatura y una suma igual á esas dos cantidades.

Con su claro ingenio pudo convencer á la afligida madre de que no debía volver á España, y lo consiguió, arrancando del corazón del valido su más bella ilusión, como había llevado al regio matrimonio que ocupaba el trono de San Fernando la reyerta y los disgustos en *crescendo*.

Sus dos grandes enemigos sufrían las duras consecuencias de pelear contra un joven que valía por sí solo más que sus dos contrarios.

CAPITULO XV

Los trabajos de zapa.—La mina.—La ambición donde no debía haberla.—La más refinada hipocresía.—Los momentos antes del golpe.—*Consummatio perfectio.*—La Inquisición

Diligente andaba el favorito y tampoco se descuidaba el monarca, siendo así que obligaba á su valido á que le diese cuenta diaria de todo lo que hacía, en lo relativo al segundo rapto de Alice.

Ambos parecían complacidos al presente. La muerte de Osorio les prestaba una confianza de que antes carecían.

Sepamos lo que estaban haciendo.

Uceda encargó la dirección de la mina y trabajos preparatorios á un arquitecto de toda su confianza, al cual confió parte de su secreto y le dió fondos bastantes, ofreciéndole una gran posición y más dinero si cumplía leal y hábilmente cuanto le había encargado. Era plebeyo y el deseo de un título de nobleza, á la par de una fortuna, obligaban al interesado arquitecto á

desplegar todo su ingenio, reserva y discreción en el desempeño de su cometido.

Desde la parte exterior hizo el estudio que pudo del palacio del Nuncio, tomó la casa de uno de los frentes, que juzgó más á propósito, subarrendándosela por una regular cantidad á los que la habitaban, y se mudó á ella, para estar de este modo constantemente dirigiendo é inspeccionando las obras subterráneas á que iba á dar principio.

Una noche hizo llevar las herramientas indispensables; en otra entraron provisiones alimenticias, y á la siguiente se instalaron ocho trabajadores, contratados con triple jornal del que ganaban ordinariamente, con la obligación de no salir ni comunicarse con nadie hasta después de terminadas las obras.

Siempre dirigidas por el hábil arquitecto, comenzaron a trabajar los ocho, cuatro de día y los restantes toda la noche.

El ruido que promovían era tan poco, que no podía oirse en el palacio ni en ningún otro edificio, y para evitar la oradación de piedras, en particular la de los muros del palacio, profundizaron cuanto les fué necesario, empezando de este modo la mina por muy debajo de la sillería que intentaban salvar.

Nadie entraba ni salía en la casa, á excepción de una antigua criada del arquitecto, que salía por la mañana temprano a hacer la compra de algunas de las pocas cosas de que no podía tener provisión.

Así continuaron sin dar motivo á la más leve sospecha.

Cuando ya las obras estaban avanzadas, las visitaban de noche dos embozados, los cuales permanecían en casa del arquitecto el tiempo indispensable para el estudio que realizaban.

En la Nunciatura no se notaba tampoco cambio alguno ni variación; aparecían todos los empleados y sirvientes, observando una severidad que guardaba armonía con las costumbres del respetable prelado y de los individuos de su familia.

En cuanto á Flaviano, ni distrazado ni sin disfrazar, se le podía ver por ninguna parte de día; sus paseos y excursiones eran todos de noche, y como ya dijimos anteriormente, dormía en la Nunciatura, y en ella pasaba todo el día. Sólo abandonaba este palacio desde las ocho á las once de la noche.

En cuanto al duque del Imperio y á Julio de Silva, paseaban juntos todas las tardes, y podía vérseles en los sitios á que ordinariamente concurrían. Es decir, que lo mismo en el palacio del duque del Imperio que en el del Nuncio, y hasta en la casa donde se oradaba el suelo, nada de extraño se veía ni notaba que pudiera llamar la atención. Eran tres edificios, en los cuales parecía reinar una paz octaviana, sin que accidente alguno viniera á alterar la paz y sosiego del hogar doméstico.

Continuaba el favorito dando noticia diaria á su señor, de lo que hacían el arquitecto y sus trabajadores; á la vez le enteraba de las conversaciones que tenían en la Nunciatura dos sacerdotes, amigos del prelado, desde hacía poco tiempo, los cuales intimaron profundamente con el representante romano, Esto daba

lugar á ligeros debates entre ambos, no porque hubiera algo reprensible en lo que contara Uceda, sino por la impaciencia del rey, que era grande, y á su pesar tenia que hacer uso de toda su impaciencia, porque según le decía el duque, lo principal era el éxito, y los trabajos debían hacerse con lentitud, para no promover ruido, y evitar de esta manera la sospecha que podía muy bien comprometer el resultado satisfactorio.

El monarca se veía obligado á resignarse y á esperar, y como el indiferentismo que demostraban los Osorios y Silvas era una prueba evidente de que nada sospechaban y de que nada hacían, saturaba don Felipe su dura resignación con la halagüeña esperanza de que aquella lentitud presagiaba un éxito completo.

La reina no veía á su esposo fuera de los actos de comer, y en éstos se presentaba sobria de frases y tan grave y severa que imponía silencio con su actitud á cuantos la rodeaban.

No sucedía lo mismo cuando se hallaba sola con su amiga y confidenta la señora duquesa de los Andes.

Con ésta hablaba mucho, siempre á media voz; sonreían y se comunicaban con mutua satisfacción.

Los grandes y jefes del ejército seguían retraídos del real alcázar, y la murmuración y hasta el odio al favorito iban aumentando.

La desaparición de Flaviano de Osorio y los acontecimientos anteriores los tenían impresionados de modo contrario á la conveniencia del monarca y su valido.

No sucedía lo mismo respecto de la reina; ésta era

visitada por todas aquellas personas que tenían entrada en la regia cámara. con gran solicitud y dándole pruebas del respetuoso interés que tenían por la augusta señora.

Examinemos ahora los trabajos del arquitecto, puesto que á nosotros nos es permitido penetrar allí como pudiera hacerlo un duende.

Empezaron á un lado del sótano de la casa, una rampa suave que llegó á descender al acercarse al palalacio del Nuncio á más de dos varas, y tenía vara y media de ancho y un poco más de luz.

De esta manera fueron poco a poco minando el subsuelo de la calle.

A los veinticinco días llegaron á la pared de los sótanos de la Nunciatura.

Dirigió el arquitecto con tal acierto la rampa y mina, que al llegar á dicha pared se nivelaba el piso de la mina con el de los sótanos del edificio, por efecto de estar éste mucho más bajo que el de la cueva de la casita.

Era entonces costumbre tener las cuadras en los alcáceres y palacios en los sótanos de aquellos grandes edificios, y así sucedía en el que ahora nos ocupa.

El arquitecto mandó hacer un taladro en la pared que lo separaba del palacio contiguo, estudiando de esta manera el grueso, resistencia y calidad de los materiales que la componían.

Satisfecho de su reconocimiento, fué desgastándola con más cuídado que nunca para no hacer ruido, hasta dejar en vara y media de altura y una sola de la-

titud solo tres ó cuatro pulgadas de espesor. Unos cuantos pequeños agujeros le permitieron observar lo que había en el interior, pero nada vió ni se sentía otra cosa que el piafar de algunos caballos á bastante distancia del sitio en que había practicado la mina.

No le pudo satisfacer por completo este reconocimiento, y entonces trazó un círculo, por el cual cupiese una cabeza humana.

A la vez labraron una piedra que debía cerrar perfectamente el agujero que estaba haciendo. Cuando este trabajo estuvo terminado, lo convirtió en observatorio, siéndole fácil estudiar ahora á beneficio de la luz de una linterna y en las altas horas de la noche toda la parte del sótano de la Nunciatura que se podía ver desde allí.

Todavía esperó el anochecido del día siguiente, y dejando en completa oscuridad la cueva, cambió la piedra que cubría el agujero por su cabeza, y estuvo observando dos horas. Satisfecho de su reconocimiento, deshizo el cambio, mandó que le llevasen algunas herramientas que dejó pegadas á la delgada pared que podía derribar en unos cuantos minutos, y subió á la casita, satisfecho y complacido.

No dejaba en la rampa piedra ni estorbo alguno: la limpiaron bien, su piso y paredes estaban nivelados, y nuestro arquitecto, cuando hubo entrado bastante la noche, mandó á los trabajadores á una obra que estaba dirigiendo fuera del radio de Madrid.

Después de pagarles y de añadir una regular gratificación, les dijo:

—Tendréis siempre trabajo si sabéis callar; os costará la vida si osáis hablar de los trabajos que acabamos de terminar.

Ellos les dieron toda clase de seguridades verbales, y fueron saliendo de dos en dos, con intermedio de diez minutos.

El arquitecto solo ya con su ama de gobierno, pidió á ésta la cena, y luego que hubo concluido, esperó tranquilamente la llegada de dos personas que debían á su juicio presentarse aquella noche.

En efecto, serian las once cuando entró en su comedor un embozado, el cual dejó á un compañero que llevó, en una de las habitaciones contiguas.

Era el primero el duque de Uceda, que venía á reconocer la obra terminada.

—¿Qué os falta?—preguntó al arquitecto, bajándose el embozo.

—Tirar una débil pared, lo cual no debe hacerse hasta el momento dado.

—¿Cuánto tiempo podéis tardar en echarla abajo?

—Algunos minutos; es muy delgada, y me basto yo solo para hacerla caer en poquísimo tiempo.

—Empecemos por reconocerlo todo.

—Pues seguidme, señor.

Provisto el arquitecto de una linterna, fué guiando al duque hasta que éste terminó un estudio completo de aquel túnel que debía facilitar la entrada en el palacio.

—Cuándo mi gente se halle en el sótano, ¿por dónde suben al palacio? —preguntó el favorito.

El arquitecto le contestó:

—A la derecha, en la pared de enfrente, hay puerta y escalera, y en verdad que la primera jamás se cierra.

—Y la que pueda haber al concluir la segunda.

—Tampoco oí en mis muchas observaciones el ruido que necesariamente debía producir el abrir y cerrar puerta ó trampa. Debe comunicar con el depósito de la paja, y es indudable que la comunicación con el piso bajo está siempre abierta. Pero nada temáis: tengo aquí instrumentos que en pocos minutos dejarán el paso franco, en el caso de hallar alguna puerta que lo impida.

—Muy bien; vuestra obra es perfecta, todo lo habéis previsto y me complace manifestaros que estoy complacido.

—¿Subimos?

—Sí, arriba os enteraré de lo que os falta saber.

Otra vez se detuvieron en el comedor, añadiendo allí el duque:

—Mañana por la noche vendrán en distintas veces hasta diez hombres. Traerán desarmada una litera que aquí armarán; les dais hospitalidad y cuanto necesiten, pues no han de salir de aquí hasta que se haya consumado el rapto.

—¿Será pronto?

—No os importa, arquitecto; continuáis en esta casa sin abandonarla un instante; lo demás no es cuenta vuestra.

—Nada tengo que argüir, señor; continuaré obedeciéndoos como hasta aquí.

Después se despidieron, saliendo el duque acompa-

ñado del sujeto que le esperaba cerca, y ambos desaparecieron entre las estrechas, obscuras y tortuosas calles de aquel antiguo barrio madrileño.

Dejemos por algún tiempo al rey, al favorito y á los secuaces de éste, para averiguar lo que acontecía en el palacio de la Nunciatura.

Ya hemos dicho que Flaviano, perfectamente disfrazado y sin hablar otro idioma que el italiano, pasaba todo el día y toda la noche junto al Nuncio, su familia y la bella Alice, la cual aparecía ahora más alegre y satisfecha que nunca.

Para los del palacio era nuestro joven un amigo íntimo del Nuncio, y para los de fuera un amigo cercano, que había llegado de Roma, con objeto de estudiar la corte de España.

Flaviano no estaba triste, pero sí grave; meditaba de continuo, y hacía observaciones disimuladas desde una ventana del palacio, y en algunos sitios de la parte baja de aquél. También ocupaba mucho tiempo hablando con las dos jóvenes italianas. Era una conversación tan inteligente y agradable, que las dos veían transcurrir hora tras hora escuchando aquella dulcísima voz que solía transportarlas á un mundo lleno de encantos.

Dijimos antes que dos sacerdotes habían entablado relaciones de amistad con el Nuncio. Eran estos dos clérigos, que aparentaban tener influencia en la corte y se presentaban en la Nunciatura, ofreciendo al representante de Su Santidad toda clase de facilidades para los asuntos que pudiera tener pendientes.

El Nuncio, que ya obedecía á Flaviano en todo y para todo, llamó aparte á nuestra joven, preguntándole:

—¿Qué opinión habéis formado de esos dos clérigos españoles?

—Excelente,—le contestó Flaviano,—son hipócritas, intencionados, sagaces y os pueden dar un susto, señor arzobispo; pero no le temas; á mi juicio, debe el representante de Su Santidad estar con ellos amable, bondadoso; debe aceptar todos los ofrecimientos que le hacen esos dos señores, y agradecido convidarlos á comer y cenar a menudo.

—Pues no lo entiendo, Osorio.

—Yo sí, respetable Gaetano.

—¿No queréis darme explicación alguna?

—Todas las que vos pidáis, delicioso amigo, las creo inútiles, porque tenéis confianza absoluta en mí, y yo, estad seguro, no he de defraudar vuestras esperanzas; pero os diré lo que queráis saber.

—Estoy seguro, que si hubiese alguna víctima, seguramente seríais vos; mas eso es, seguramente, lo que yo no quiero, lo que rechazo con más interés.

—Gracias, señor arzobispo de Capua; os estoy muy agradecido; pero nada temáis si os ocupáis de estas cosas mundanas, que nada malo han de traer para nosotros.

—Osorio, me basta vuestra actitud para comprender que ocurre algo grave y en verdad que siento que llegue el desenlace, no porque dude del éxito, ni porque tema las consecuencias, sino porque al concluir

abandonaréis mi morada, y tanto me aficioné á vos que me hallo mal cuando no os veo, y de buen grado os tendría en mi casa el resto de la vida.

—Eso me prueba, señor, la inmensa suma de bondad que el cielo se dignó depositar en vuestro noble corazón. Yo os ruego la empleéis toda en obsequiar y complacer á esos dos sacerdotes, amigos nuestros desde hace cerca de un mes.

—¿A esos hipócritas, según los calificasteis anteriormente?

—Sí, de esa manera, si mañana sufren un contratiempo no podrán alegar queja alguna contra vos.

—De lo cual deduzco que esperais algo grave y trascendental.

—Siempre aguardo algo así, mi respetable señor; la vida humana es una cadena que suele convertir en trágico cada eslabón de los que la forman.

—Cuando no queréis decir una cosa, es inútil molestarse en solicitarla.

—Verdad es.

—No me ofendo por eso; cuando calláis debéis sin duda alguna hacerlo así; vuestro envidiable talento no es ligero, caprichoso, ni acepta nada pequeño, ni se alimenta de pueriles ideas.

—Os vuelvo á demostrar mi gratitud, y si lo tenéis á bien, me retiro en busca de las damas, que ya me esperan hace algún tiempo.

Aquel mismo día comieron con ellos los dos sacerdotes. El Nuncio se presentó muy amable y complaciente, se dignó pedirlos dos favores, y ellos quedaron

en hacérseles llevando el resultado á la siguiente noche á las diez, rogándole los sentase á su mesa durante la cena.

El arzobispo les dió las gracias por ambas cosas, ofreciéndoles no dar principio á la cena hasta que ellos entraran en su palacio.

En la noche de este día salió Osorio á las ocho y no volvió hasta las doce.

Al día siguiente le hizo dos visitas Julio y una su padre, presentándose ambos disfrazados y sin que pudiera nadie reconocerles. Hablaron uno y otro muy quedo en un extremo del palacio, y ambos se retiraron indistintamente, dejando á Flaviano satisfecho, pero en apariencia se mostraba indiferente y poco comunicativo.

Transcurrió el día, y la noche envolvió á Madrid con sus negras sombras. Desde este instante se reunió Flaviano con las damas y el Nuncio para no separarse ya de ellos, según dijo, hasta que todos se retirasen á descansar.

Los dos clérigos mandaron á última hora seis botellas de un Jerez que tenían de tiempo atrás ofrecidas al Nuncio y debían beberse esta noche, por ser un vino excelente, admirablemente hecho y tan exquisito, que se proponían llamar la atención de cuantos lo probaran. Flaviano había aplaudido la idea, encargando á todos que bebieran de él, por tener noticia de que aquella clase de vino era especial y de un sabor delicado.

A las diez en punto llegaron los dos clérigos y se sentaron todos á la mesa, menos Flaviano, que se vió

obligado á retirarse poco antes, víctima de una jaqueca que le precisó buscar reposo. Pero tranquilizó á la familia del Nuncio y á éste, manifestándoles que aquel mal le duraba sólo una noche y que no volvía á repetirse en mucho tiempo ni obedecía al otro remedio que al de dormir unas cuantas horas.

Dos frases al oído de Alice le bastaron, y la bella dama apoyó á Flaviano, acabando de tranquilizar á los restantes con sus frases.

Poco después de las diez de la noche dió principio la cena, reinando en la mesa animación; salieron las seis botellas de vino de Jerez, y todos comenzaron á beberlo menos los dos clérigos. Estos llenaron sus copas, acercaban el líquido á sus labios, pero nada tragaban.

En la primera ocasión que tuvieron lo tiraron al suelo, sin que los demás pudieran observarlo, les llenaron de nuevo las copas y continuaron comiendo.

Flaviano, en vez de retirarse á su alcoba, bajó al zaguán y mandó cerrar las puertas, subiendo al piso principal acompañado de los hermanos Ros. Los tres se situaron en una habitación contigua al comedor, quedando Osorio detrás de una cortina, oyendo y observando cuanto ocurría en la mesa.

Terminó la cena, y los criados se retiraron, quedando en tertulia los dos clérigos con el Nuncio y su familia.

Flaviano desapareció del sitio en que se hallaba, y como un relámpago descendió á la parte baja, ordenando á los criados que no se acercara ninguno á las

puertas del sótano, ni se movieran de las habitaciones donde cenaban.

Después regresó á su escondite para continuar observando.

Notó, sin sorpresa, que se cerraban los ojos de cuantos rodeaban la mesa, a excepción de los dos clérigos. Minutos después dormían el profundo sueño que produce un narcótico; lo tomaron en el vino que todos bebieron, y sus efectos empezaban á ser profundos.

Los clérigós los miraban, fijándose principalmente en Alice. Cuando creyeron que nada podía despertarlos, se levantó uno de ellos, y abriendo una ventana dió varios golpes con un silbato, que pudieron oirse muy bien en las casas inmediatas. Con uno solo fueron contestados aquellos golpes, en cuyo instante se cerró la ventana, y sentándose de nuevo el sacerdote, continuó en unión de su compañero, esperando algún grave acontecimiento.

A los quince minutos, sin hacer ruido alguno, se fueron presentando en el comedor hasta cuatro embozados.

Los clérigos les señalaron á Alice, y con mucho cuidado y sin dificultad alguna, la cogieron entre dos, saliendo de allí con las mismas precauciones que entraron.

En pos de ellos iban los otros dos embozados, y luego seis más que, cubiertos con sus mantos, iban hallando en el camino que había llevado.

Quedémonos nosotros todavía en el comedor.

Los dos sacerdotes permanecieron unos cuantos se-

gundos mirando al Nuncio, convenciéndose de que era víctima de un profundo sueño.

Luego se volvieron para seguir a los embozados que se llevaban á Alice. La satisfacción se retrataba en sus semblantes; el triunfo había sido completo y ya tenían asegurada una dignidad eclesiástica cada uno, con mil ducados para el viaje y la instalación que requerían sus nuevos destinos.

Todos, el favorito, el arquitecto, el deán y arcipreste futuros y cuantos tomaron parte en aquellos rapto é intriga, desempeñaron sus papeles á maravilla, y la suerte les había favorecido hasta aquel instante.

Pero hace muy mal el que confía en la fortuna de un modo absoluto.

Bastaron aquellos segundos que los clérigos perdieron en asegurarse por quinta vez de que el sueño del Nuncio era profundo, para que Flaviano, sin ser visto por los embozados, se interpusiera entre éstos y los clérigos. Detuvo la arrogante marcha de los dos sacerdotes, sin hacer otra cosa que impedirles el paso con su cuerpo y señalarles con el índice la venera inquisitorial que, pendiente de un cordón verde, le caía sobre el pecho.

A la vez los dos Ros les apuntaron cada uno con una pistola, señalándole á Flaviano y como diciéndoles:

—Obedeced al familiar del Santo Oficio ó morís.

Esta escena fué muda, pero lúgubre, sombría, terrorífica. Los dos clérigos al ver, no las pistolas, sino la venera inquisitorial, temblaron, quedando sin acción

ni movimiento. El terribie tribunal de la Inquisición los había cogido *infraganti* en delito gravísimo contra el representante del Sumo Pontífice, y aquellos dos hombres aparecían ahora como mudas y encorvadas estatuas.

Siguió á este acto una pausa de dos minutos, tiempo suficiente para que se alejasen los raptores y no pudieran oir ni aun los gritos que pudieran dar sus cómplices del comedor.

Después dijo Osorio á los clérigos:

—Sentaos en vuestros dos sillones y esperad la llegada de un inquisidor que actúa en la casa inmediata, y os advierto que este edificio y el otro de enfrente se hallan rodeados de familiares y soldados de la Fe.

Maquinalmente le obedecieron los sacerdotes, Osorio añadió dirigiéndose á los Ros:

—Guardad esas armas y sentaos, que nobles sois.

También le obedecieron.

Flaviano ocupó el sillón en que había estado sentada Alice é inclinó la cabeza entregándose á profunda meditación.

Los Ros se habían sentado en dos asientos laterales.

Reinaba un imponente silencio en el comedor y resto del palacio. Los sirvientes todos, al recibir las órdenes de Osorio, comprendieron que algo grave ocurría, y reunidos todos en su comedor cenaban sin atreverse á pronunciar frase alguna.

Así permanecieron más de media hora. Los clérigos tenían la vista baja, la mirada incierta, terror en el semblante, y un tinte pálido bañaba sus rostros.

Dejémoslos por un poco de tiempo y sigamos á los raptores.

Estos regresaron por el mismo sitio que habían ido hasta llegar á la tronera abierta en la pared de la mina; uno se adelantó con la luz, y entre los otros dos, primero uno y luego el otro, pasaron á Alice, siempre con mucho cuidado y sin lastimarla.

Los diez entraron por allí, llegando al estrado de la casa, en el que esperaban el favorito, uno que le acompañaba y el arquitecto.

El primero fijó su mirada en Alice, exclamando:

—Pardiez ésta no es la camarera. Hermosa mujer; hasta narcotizada y pálida arrebata su belleza. Pero no perdamos tiempo; á la litera con ella y seguidme.

Colocaron á la robada lo mejor que pudieron en el asiento de la litera y bajaron, abriendo la puerta de la calle el arquitecto.

El valido retrocedió asombrado, y cuantos le seguían quedaron sin acción ni movimiento. Frente á la puerta vieron á un inquisidor, dos notarios del Santo Oficio, varios familiares y treinta soldados de la Fe, con hachas encendidas.

—¡Atrás!—exclamó el inquisidor, que era el Ministro Trinitario.—¡Familiares y soldados, prended á todos cuantos se hallen en esta casa, en nombre de la Santa Inquisición!

Y entraron todos los familiares, los dos notarios y el inquisidor.

Los soldados quedaron, unos rodeando la casa y otros en el portal.

—Soy el duque de Uceda, grande de España,—exclamó éste:—á mí no se me puede prender.

—A vos el primero,—dijo un familiar,—y aun cuando no lo mereceis, impio, os prende otro grande de España.

—¡Julio de Silva!—murmuró el favorito palideciendo.

Minutos después escribían los notarios, dando fe de haber sorprendido *infraganti* á doce raptores, cuando huían con la bella Alice narcotizada y en una litera.

Terminado este acto y presos los doce, se dirigieron el inquisidor, un notario y varios familiares por la mina y sótano al comedor donde estaban los dos clérigos, Flaviano y restantes.

Un embozado que hasta ahora había ocultado su rostro, se llegó á la litera é hizo tragar á Alice poco á poco el contenido de un frasquito que llevaba oculto.

A los pocos minutos abrió la joven los ojos, y hallándose frente al duque del Imperio, le echó los brazos al cuello, exclamando:

—¡Qué felicidad, señor!

—¿Te encuentras bien, hija mía?

—Mareada y con peso en la frente.

—¿Podrás andar cogida á mi brazo?

—Sí, señor.

—Pues vamos.

Y embozado de nuevo se dirigieron al sótano.

Cuando cruzaron por entre los familiares, vió

Alice á Julio, que estaba frente al favorito y le alargó su pequeña y blanca mano, diciéndole:

—Hasta luego, Julio. Ahora me dejo robar con indecible alegría.

Y desaparecieron.

Los catorce ó dieciseis familiares que había en los dos edificios eran parientes unos de los Silvas y otros de los Osorios. Uceda los había reconocido, y notando que aquellos servidores de la Inquisición representaban catorce ó dieciseis familias tan poderosas como nobles, tembló de nuevo, comprendiendo por centésima vez que entre el monarca, ofuscado por una torpe pasión y él por un servilismo ilimitado, no hacían otra cosa que disparates.

Cuando el inquisidor entró en el comedor, continuaban el Nuncio, su hermana y sobrino narcotizados, y los otros cinco en la misma actitud que los dejamos.

Al verlos entrar Osorio, dijo al inquisidor:

—Señor, esos dos sacerdotes han narcotizado con el vino de esas botellas al digno representante del Sumo Pontífice, arzobispo de Capua, á su señora hermana y á su sobrina, según veis, para proteger de ese medo inícuo el rapto de Alice, narcotizada también y pupila de monseñor Gaetano. La denuncia de hecho tan criminal la tiene el Santo Oficio desde antes de consumarse; hé aquí ahora la segunda, redactada después de consumado el delito. Esos dos criminales huían con sus cómplices, pero yo los detuve en nombre de la Inquisición, y os lo entrego para que el tribunal los juzgue.

—Notario, —contestó el inquisidor; —continuad la sumaria. ¿Teneis algo que contestar vosotros?—preguntó el ministro Trinitario á los reos.

—Que no es cierto, dijo uno de los dos.

—Continuad negando, y esta noche se os dará tormento,—añadió Osorio.

—Eso no.

—Eso sí. Señor inquisidor, ¿me permitís que vuelva á la vida á los narcotizados, para que ellos confirmen la verdad?

—Si no ofrece peligro...

—Ninguno; ahora lo vereis.

Y sacando un frasco igual al de su padre, hizo tragar unas cuantas gotas á los tres.

Algo más tarde, abrieron los ojos, y no fué poca sorpresa la del Nuncio, al ver su mesa rodeada de un inquisidor varios familiares y al notario que escribían.

—¿Qué es esto?—exclamó.—¿Quién se atreve?...

—Calmaos, señor,—le dijo Osorio.—Oid lo que ha ocurrido mientras vos dormíais un sueño parecido al de la muerte.

Y le refirió cuanto había pasado.

—¿Pero y mi pupila Alice?—preguntó el Nuncio sobresaltado.

—Nada temais, señor arzobispo,—añadió Flaviano, —la Santa Inquisición llegó á tiempo de evitar que esa casta doncella fuese sentenciada á servir de pasto á la voracidad de un miserable. Pronto la vereis.

—Pero no llegó á tiempo de evitar,—dijo el Nuncio,—que esos malos sacerdotes atentaran contra mí,

contra tres individuos más de mi familia, profanando á la vez, la representación de Su Santidad.

—Es verdad, monseñor,—contestó Osorio,—pero el Santo Tribunal, que se conduele de no haber podido evitar esos otros crímenes, los castigará con todo el rigor que merecen. ¡Es cierto, señor inquisidor?

—Ciertísimo, y de ello debe estar seguro el señor Nuncio de Su Santidad. ¿Nos permitís, ilustrísimo señor, que continuemos la indagatoria?

—Con mucho gusto; lo que no os toleraré es la consideración que pudiérais tener con los criminales.

Gaetano había comprendido ya perfectamente el pensamiento de Flaviano, y lo secundaba admirablemente.

En estos momentos entró Alice. Osorio le preguntó con viveza:

—¿Sola vienes?

—No, amigo mío, me acompañó hasta esos umbrales un hombre que me volvió la vida, y me trajo aquí unas veces en brazos y otras de la mano.

—¿En brazos?

—Sí, al bajar una pendiente y entrar en un agujero abierto en la pared, me cogió en brazos, con mucho placer de mi parte, porque le amo tanto como amé á mi padre.

—¡Ah, comprendo! Haceis bien en callar su respetable nombre.

Alice estrechó á la hermana del Nuncio, y puso la frente para que éste diese en ella un ósculo paternal.

La indagatoria continuó media hora más. Flaviano

había ocupado parte de ese tiempo, en reconocer la mina y en hablar con Julio. Cuando regresó, dijo al oido del Nuncio unas cuantas frases y esperó.

—Ya hemos terminado,—exclamó el inquisidor,—y ruego al muy digno representante de mi señor pontífice, me perdone los molestias que hemos pedido causarle; todo por el mayor servicio de Dios. Familiares, coged esas botellas que contienen narcótico, sellarlas con el de la Inquisición, y continuad poniendo sellos desde que salgamos de la Nunciatura á las paredes, abertura, mina, en las obras que hizo la maldad en el subsuelo y en cuanto haya en la casa de ese arquitecto.

—Esperad, inquisidor,—le dijo el Nuncio.—Acaban de decirme que en los criminales detenidos por la Inquisición se halla el duque de Uceda.

—Es cierto, señor.

—Pues bien, hago responsables á todos colectiva é individualmente, los que componen vuestro tribunal de la seguridad de ese importante prisión. No porque sea grande, duque y poderoso debe librarse como criminal del justo castigo de sus jueces. La Inquisición ha dado ya el ejemplo de no inclinarse ante consideración alguna cuando se trata de imponer la justicia de Dios y ha sentenciado á muerte uno en pos de otro á un plebeyo y á un grande de España. Si desconoceis esta verdad al juzgar al duque de Uceda, os haceis solidarios de sus crímenes, y sobre vosotros, siervos del pontífice, caerán los mismos anatemas y otros castigos á que son acreedores los malvados.

—Señor,—contestó el inquisidor con resolución.—

respondo de mi y no han de ignorar mis compañeros las frases que acaba de pronunciar su ilustrísima.

—Eso deseo.

Después fueron besando todos el anillo episcopal del prelado y salieron llevándose á los dos clérigos y las botellas que aun tenían vino narcotizador.

Quedaron solos los tres individuos que componían la familia del Nuncio, Alice y Flaviano.

Gaetano clavó una mirada en Osorio diciéndole:

—¡Con qué sangre fría habeis tolerado que taladren una calle y mi palacio! ¡Con qué sangre fría habeis permitido que me dejase engañar de esos dos clérigos, que nos narcotizasen y robaran á la casta doncella Alice! ¡Qué estoicismo y qué valor! Armonizan vuestro corazón y espíritu, la nobleza, la generosidad, la hidalguía y todo lo sublime del sér humano, con lo más fiero que existe en el cerebro de un mortal.

—¿Os asusta mi fiereza?

—Me asombra.

—Pues para vos soy una malva.

—Y para nuestros enemigos un león sin entrañas. ¿Por qué cuándo os lo pregunté me ocultásteis todo lo que sabíais?

—Yo nunca vendo los secretos, señor arzobispo.

—¡Pero á mí que tan interesado estaba!

—Por lo mismo.

—¿Lo ignoraba tambien Alice?

—Lo mismo que ves. ¿Qué motivo había para que sucediera lo contrario?

—Yo crei que existía alguno.

—Decidlo; porque yo lo ignoro.

—En ese caso no había ninguno. ¡Han podido envenenarnos!

—¿No estaba yo aquí provisto de toda clase de antídoto? ¿No descompuse en tres minutos los efectos del narcótico? He tolerado que os propinasen dos *excelentes* sacerdotes un sueño tranquilo y aun os quejais. Sois muy descontentadizo, ilustrísimo señor.

—Y vos el más terrible de los hombres, excelentísimo señor.

—No creen eso vuestra hermana ni Alice.

—Verdad es, para nosotras es un ángel, hermano.

—¿También esta noche?

—Más que ninguna, señor,—dijo Alice.

—En buena red me ha cogido; desde mañana tendré que batallar con el rey, con su favorito y con todos los que á estos defiendan.

—Señor arzobispo, teneis que defender la justicia, la razón y el derecho; es vuestra gran misión en la tierra.

—Estaba mejor sin tener que defender nada.

—Pues perdonarlos á todos; no me opongo.

—Eso no puede ser.

—¿De qué os quejais?

—De nada. Quería debatir con vos é hice pretexto de vuestra admirable conducta para batiros.

—Pues habeis salido derrotado.

—Ya lo veo.

—Y quedad con Dios los cuatro, que esta noche si duermo, será en otra parte.

—¿Dónde vais?—le preguntaron á la vez los cuatro

—A la Inquisición.

—¿A qué vais allí?

—A presenciar el tormento que dan al favorito, y en caso contrario á dárselo yo.

—¿Ves?

—Claro es.

—Desgraciado favorito y mísero rey; con vos tienen bastante para purgar en la tierra todas las culpas y pecados que cometan.

—*Amén.*

Y se despidió de los cuatro, entrando después en la carroza inquisitorial que esperaba cerca de la puerta de la casa del arquitecto. Ya en ella, despidió á los hermanos Ros.

No tardaron en subir con él el inquisidor, el favorito y Julio de Silva.

En pos iban á pie el arquitecto, los dos clérigos y los diez cómplices que mandó el valido entre treinta soldados de la fe, y cerraban la marcha unos cuantos familiares y los dos notarios. Los restantes familiares avisaban ya á todos los inquisidores, para que asistieran á una reunión extraordinaria que debía verificarse aquella noche.

Distaba bastante la Inquisición, y esto dió lugar á que hallasen dos rondas, que en el acto les abrieron paso, viéndolos cruzar con los sombreros en la mano.

Sólo iban catorce presos, contando con el favorito, á pesar de ser quince, pero el compañero que llevó el duque, con más sangre fría que los demás aprovechó

los primeros momentos de sorpresa y aturdimiento para cerrarse al corral de la casa. Sin ser visto de ninguno, saltó una tapia, después otra y por la de un jardín se tiró á la calle, escapando como paloma que huye del milano.

Su primera determinación fué buscar refugio en un convento de frailes, cuya superior era pariente suyo. Durmió allí el resto de la noche, y por el día, aconsejado por el religioso, al que enteró de todo, se fué al alcázar con ánimo de pedir al rey una audiencia y referirle lo acontecido. De esta entrevista nos ocuparemos después.

CAPITULO III

El tormento de Uceda.—Los interrogatorios.—El escapado y el monarca.—La inquisición y el rey.—De potencia á potencia.—Triunfo el más fuerte.

Ya encerrados en la Inquisición los catorce presos, cada uno ocupó su respectivo calabozo, á escepción del valido, que teniendo en cuenta su categoría le dieron un salencito, en el que había una buena cama, varios sillones de baqueta, un Cristo de talla, ante el que ardian dos largas velas de cera, algunas banquetas y una mesa con libros devotos, y en la cual comían los presos encerrados allí.

Todos esperaban la reunión del tribunal, y por esta causa, ninguno dormía, no obstante lo cual, reinaba un silencio profundo en aquel sombrío edificio. Ni una voz, ni una pisada, ni ruido alguno se escuchaba. Parecía el silencio de los sepulcros.

Sorprendido el duque cuando creia haber hallado la mayor felicidad; cogido *infraganti* nada menos que

por la inexorable Inquisición, y trasladado á una prisión cómoda, pero prisión al fin, él que se creía dueño de todas las vidas y haciendas de los españoles, su asombro era indescriptible y completa la metamorfosis que había sufrido. De la gloria fué trasladado al infierno: de una gloria creada por las ilusiones á un infierno labrado por la verdad.

Queriendo discurrir, pensar y hallar la causa de una sorpresa tan incomprensible, paseaba por el saloncito, sin encontrar ideas en su cerebro, sin poder explicarse nada de lo que concluía de presenciar.

Luego creía ver los tormentos de la Inquisición y hasta el brasero donde quemaban á los reos y andaba muy deprisa pretendiendo huir de aquellos horrores.

Más tarde se le presentaba la terrible figura del rey llamándole con gesto airado torpe, imbécil y quedaba parado, faltándole el aliento para andar.

Se hallaba Uceda, poco antes, poderoso, incontrastable y ahora mísero encarcelado. Cuando se juzgaba en lo más angustioso de su situación oyó descorrer los cerrojos de su prisión y apareció la disfrazada figura de Flaviano.

La puerta volvió á cerrarse y nuestro joven avanzó, mirándose él y el duque con extraña insistencia.

Por fin, Osorio, adquiriendo su natural desenvoltura se arrellanó en un sillón, diciendo á Uceda:

—Sentaos como yo y hablemos.

—¿Quién sois?—preguntó el valido;—esa venera que llevais al cuello sólo indica al familiar, no al caballero.

—Aquí soy lo que decís, un familiar y como solos aquí estamos debe bastaros con eso.

—¿Qué pretendeis de mí?

—Daros un consejo.

—¿Quién os lo pide?

—Vuestra conveniencia y la costumbre de este santo lugar.

—Si me conviene y esa es la costumbre me siento y hablad.

—Duque, sois muy desgraciado y voy á aminorar vuestra mala suerte.

—Si eso es cierto hacedlo, señor familiar.

—Probaré, señor de Uceda. Me consta que sólo sois un instrumento en el punible atentado que se ha cometido esta noche en la Nunciatura de Madrid. Si os declarais autor teneis pena de muerte por tratarse nada menos que del representante del sumo Pontífice, si decís la verdad, teniendo en cuenta quien sois y lo que mereceis en consideración por vuestro rango y gerarquía, sólo escuchareis una leve reprensión y mañana volvereis á vuestro palacio.

—¿Y qué deducís de todo eso?

—Que el instinto de conservación y la rectitud os obligan á no mentir en cosa tan grave, á no ser perjuro, á no engañar al tribunal y á decir lisa y llanamente la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Ya os la dije; declarar que sois un instrumento que se vió obligado á obedecer á su señor.

—¿Quién es mi señor?

—El rey.

—¿Yo he de acusar al rey de España.

—No; sencillamente contestar al tribunal la exactitud en todo lo que os pregunte.

—Según vuestra lógica eso sería el equivalente á lanzar contra el rey una terrible acusación.

—No obrando así, mentís, engañais, cometeis un perjurio, llegando como el réprobo desde el tormento á la hoguera.

—Me estais atormentando, familiar.

—Os estoy aconsejando bien.

—Si yo dijera lo que vos quereis que declare, nadie podría creerme.

—Al contrario, todos sabemos que no sois vos el que está enamorado de Alice, sino el rey, y que los dos raptos intentados fueron por culpa suya, no de vos.

—¿Quién os ha dicho que su majestad se halla enamorado de esa dama?

—La escena entre el rey y Flaviano de Osorio en la casa frente al alcázar, los dos raptos, la opinión público y tantas señales, que sería estúpido dudarlo y nadie lo duda ya.

—Pues yo os aseguro que estoy enamorado de Alice y que por esta causa he cometido el rapto.

—Eso direis, pero eso no es verdad. Diciendo eso, vuestros huesos crugirán en el tormento, se romperán vuestras carnes, crueles dolores os llevarán á la más horrible amargura y terminará ese martirio en un brasero que convertirá en cenizas vuestra materia, vuestro renombre en baldón y vuestra esposa é hijos que-

darán sepultados en la deshonra é infamados por los delitos de su padre y esposo.

—No me dais un consejo; me condenais oyéndoos á cruel tormento.

—Tened entendido que los clérigos y algunos otros de los presos, si no todos, saben la verdad, el tormento les obligará á que la digan y la contradicción que resulte en lo que ellos afirmen y lo que vos digais os lleva al tormento.

—No ha de ser mayor que este que vos me dais.

—Lo siento por vos.

—¿Cuándo se va á reunir el tribunal?

—Antes de una hora.

—¡Si supiera quién érais!

—¿Estais decidido á declarar que sois vos el autor del rapto?

—Sí.

—¿Es inquebrantable vuestra resolución?

—Inquebrantable.

—Entonces voy á deciros quien soy.

—Os lo agradeceré.

—Oidme. Soy un hombre que debe cuanto es al más noble y generoso de los seres que nacieron hasta ahora, al duque del Imperio, y he jurado defender todo lo que los Osorios defiendan y atacar hasta morir todo lo que ellos ataquen. Podeis mirar en mí un Osorio con tanta entereza, con tanto valor y con más decisión, si cabe que los Osorios. Vais á saber lo que llevo hecho contra vos en favor de ellos. Os robé vuestra hija. Puse en libertad á los cinco secuestradores intrumen-

tos míos que vos mandásteis prender. Esa misma noche salvé la vida á Julio de Silva, que es otro Osorio con apellido distinto. Derribé á Bermúdez y maté á varios de los que le acompañaban. Me tomaron por curial, porque me ví en la necesidad de adoptar ese traje para entrar en la cárcel y no tuve tiempo de cambiarlo. Y con el mismo referido traje y en cuanto concluí aquella escena de sangre y muerte, os sorprendí al salir de la casa de vuestra manceba, sepultándoos en su calabozo y teniéndoos en él el mismo tiempo y de la misma manera que vos tuvísteis á los cinco que escondieron en la cárcel por sospechas de que eran los secuestradores de vuestra hija; yo mandé la llave del sótano al rey y le dirigí la carta que os leería. Maté á Magdalena y su cómplice por ser los asesinos de Flaviano de Osorio y recogí el bolsillo lleno de oro que vos le mandásteis. Muerto Osorio, le reemplacé hasta enamorarme de Alice y defenderla como yo puedo hacerlo. Descubrí vuestra intención de robarla y entré de criado en la Nunciatura para defenderla y proporcionaros, en unión con el rey, el ridículo y el *fiasco* más completos que pueden hacer dos hombres, á vos no os costó la vida por milagro de Dios, y el rey empañó su nombre y fama y trituré su corazón más de lo que pudiérais suponer antes de ocurrir. En cama y postrado, gané á vuestra manceba y la eché de España, dándole los dos bolsillos que tenía vuestros, el que mandásteis á Magdalena y el que entregaron al portero de la Nunciatura; es decir, que os batí con vuestras armas, ganando aquella débil mujer con vuestro dinero. Soy

el Santiaguista que mató á Cabegnac, de cuyo acto os habrán dado noticia; y la enfermedad que padece su cómplice el barón de la Terraza, la motiva una sustancia que le dí á oler cuando él no pudo imaginarlo ni aun fijarse en mí. Por último, descubrí vuestro intento de esta noche, y os ayudé á realizarlo para que tuviera el desenlace que ya tocais. He sido y seré vuestra sombra; no dareis paso que yo no espíe, y así continuaré hasta que me canse de vos y os mate, para lo cual me basta mi solo aliento.

Aturdido, confuso y con ojos espantados lo miraba el favorito, queriendo ver en aquel hombre frío y sereno al mismo demonio convertido en sér humano. Era tal su pavura, su miedo á Osorio, que ni aun de frente se atrevía á mirarlo.

Cuando calmaron en parte las profundas y perturbadoras impresiones que acababa de recibir, exclamó:

—Creo que acabais de decirme y lo doy por hecho que el infierno sintetizado en vos defiende á los Osorio y los Silva.

—No tiene Satanás poder bastante, duque de Uceda; es la Providencia que se ha puesto de parte de la justicia, miserable raptor, cobarde asesino.

—Si me perdonais, si os poneis de mi parte, os ofrezco todo cuanto querais y pueda yo dares.

—Uceda, no os hagais ilusiones, caminais en dirección del brasero, donde arderán vuestras carnes si antes no os mato yo.

—Hombre cruel, funesto, terrible, ¿qué os propo-

neis con vuestro relato de esta noche, después de lo que hacísteis antes contra mí?

—¿No lo adivinais?

—Imposible.

—Os lo voy á decir, duque. Declarando vos que estais enamorado de Alice, y que sois el autor del rapto, no os puede dar tormento la Inquisición. Deducid la consecuencia.

—No la veo.

—¡Torpe, que os estoy yo dando el tormento que debía daros el Santo Oficio!

—¡Es verdad! ¡Y no lo había comprendido! ¿Por qué usais conmigo una saña que no tiene ejemplo en el mundo?

—Porque la mereceis.

—¿Qué vais ganando, familiar?

—La satisfacción de ser justo con vos, como lo soy con el resto de la humanidad.

—¡En mal hora conocí á los Osorios y á los Silvas; en hora aciaga, para mí viniste al mundo, familiar!

—¡En hora fatal para los españoles nacísteis vos, favorito de Felipe III, en hora plácida y dichosa os arrancaré la vida! Decid que sois vos el verdadero rapter de Alice, de esa manera recibireis el anatema en la excomunión del papa, de ese modo tendré pretexto para mataros.

—No puedo evitarlo, no.

—¡La ambición os llevó al crimen, la misma os conducirá al sepulcro!

—¡Tan dichoso ayer y tan desgraciado hoy!

—Ya teneis bastante, os dejo.

—¡Id con Dios, ariete destructor, guadaña segadora!

Flaviano se había levantado, dió un golpecito en la puerta de salida, abrieron y desapareció de allí, volviendo á cerrar la puerta.

Quedaba el duque solo, y tan abrumado y afligido por el tormento que acababa de darle Osorio, que sólo acertó á exclamar:

—¿Quién será ese hombre? Su mirada abrasa, su actitud impone y sus frases llegan al corazón, como gotas de plomo derretido. Le echábamos la culpa á Osorio, y no era él, sino ese mónstruo que hiere con el fuego de sus ojos. ¡Cuánto daño nos ha hecho! Tiemblo al pensar en él; la sola idea de que existe me aterra. Domina con la acción, con la mirada, con sus frases... ¡Si yo pudiera saber quién es!

Volvió á abrirse la puerta de su prisión, y un enlutado carcelero le dijo á media voz:

—El Santo Tribunal os llama, seguidme.

El duque tembló, pero disimulando la impresión que acababa de recibir, se puso en pie y anduvo en pos de su carcelero. De pronto se detuvo, preguntándole:

—¿Quién es el familiar que estuvo á visitarme? Os ruego me lo digais?

Nada contestó el enlutado, pero la voz de un familiar que iba detrás de él, al cual no había visto Uceda, le eijo quedo:

—Habeis hablado en vuestra prisión con la justicia. No tiene otro nombre, ni volvais á preguntar nada; los reos solo pueden contestar en esta santa mansión.

Lo llevaron ante el tribunal, compuesto esta noche de todos los inquisidores, dos notarios y dos familiares que estaban de pie, junto á la puerta de salida.

A las preguntas que un inquisidor le hizo, contestó el duque confirmando cuanto el tribunal sabía ya, añadiendo que él solo era el causante de aquel rapto por hallarse loco de amor por la bella Alice.

Con eso terminó el interrogatorio, y Uceda fué trasladado á su prisión, sin que por aquella noche le volvieran á molestar.

Después uno por uno declararon los trece restantes. Todos dijeron la verdad, á excepción de los dos clérigos, pero los llevaron al tormento, y en él confesaron cuanto habían hecho.

A las cinco de la madrugada se retiraron los inquisidores y los que solo habían ido para prestar aquel servicio extraordinario.

El favorito se acostó, mas no pudo dormir; las palabras y figura de Osorio lo desvelaron por completo. ¡Cuánto le habían hecho sufrir y como laceró su alma, depositando el miedo, la aflicción y la amargura de su corazón!

Ahora trasladémonos al real alcázar.

Al día siguiente, desde muy temprano aguardaba en una antecámara de palacio á que el rey lo recibiera, el confidente del duque de Uceda. Dijo á los que estaban de servicio que un acontecimiento gravísimo ocurrido la noche anterior al valido, le obligaba á ponerlo en comunicación de su majestad lo antes posible. Manifestó quién era, varios de la servidumbre le co-

nocían, y poco después de levantarse don Felipe le participaron la llegada y pretensión del confidente.

El rey, que temía alguna desgracia, fundado en la ausencia y silencio de su favorito, hizo entrar al confidente, preguntándole con viveza.

—¿Qué acontece, qué le ocurre al duque de Uceda?

—Señor, fué conducido anoche á la Inquisición con todos los que le acompañaban; solo yo que también estaba con él, logré evadirme, saltando tapias.

—¡En la Inquisición!

—Sí, señor.

—Cuenta todo lo que sepas.

Así lo hizo el confidente, quedando el rey sorprendido y vacilante.

—Cuántas imprudencias habreis cometido,—exclamó Felipe.

—Señor, permítame vuestra majestad manifieste que fué una sorpresa inesperada, cuya causa desconocemos todos.

—¡Qué conflicto! Ya que tú has logrado evadirte, ocúltate por algún tiempo hasta que yo conozca la causa que hubo para la prisión del duque, y lo libre, si lo merece, de la terrible situación en que los acontecimientos lo han colocado.

Salió el confidente, y el rey se dejó caer sobre un sillón abrumado por el enorme peso de un acontecimiento que destrozaba su espíritu en estos instantes.

Después de meditar media hora mandó llamar con toda urgencia al inquisidor general.

Dos horas tardó en presentarse en la cámara el

personaje á quien esperaba. Este disculpó el retraso, manifestando al monarca que no se hallaba en su morada cuando le llevaron la orden, y por esta causa dilató su presencia. Después quedó esperando á que el rey le preguntase.

Don Felipe vacilaba, pero hubo de adoptar una idea, y preguntó con resolución al inquisidor:

—¿Qué le ha ocurrido á mi primer secretario el duque de Uceda?

—Señor,—contestó el prelado:—según resulta del expediente instruído anoche, declara el señor duque que enamorado de una pupila del Nuncio de Su Santidad, intentó robarla, valiéndose de cómplices que hicieron una mina, penetraron por ella en la Nunciatura, narcotizaron al representante del papa y á todos los individuos de su familia y cometieron el rapto, siendo cogidos en el momento de huir con la robada.

—¿Quién los sorprendió?

—El Santo Oficio.

—¿En virtud de denuncia?

—Sí, señor.

—¿Puedo yo saber quién fué el denunciador?

—Nos está prohibido decirlo, señor.

El rey meditó algún tiempo, diciendo luegó al inquisidor:

—Víctima de una pasión á que está expuesto todo mísero mortal, pudo muy bien cometer un delito ó falta grave el señor duque de Uceda. Casos como ese se ven todos los días. Pero habiendo evitado la Inquisición que el hecho se consumara, devuelta la joven al

Nuncio y sin ninguna consecuencia funesta para ella, el asunto pierde casi toda su importancia, y empiezo por rogar al tribunal tenga con el duque todas las consideraciones que merece un hombre de su mérito, de su jerarquía social y de ser la primera falta que comete. Se trata además de un primer secretario, del cual no puedo prescindir sin perjudicar mucho la buena administración y el mejor gobierno del Estado; ponedlo en libertad, continuando el sumario con la lentitud que merece un asunto de esa importancia.

—Señor, el expediente quedó terminado anoche.

—¿Habeis sentenciado por ventura?

—Es lo único que falta. Teníamos necesidad de oir antes al Nuncio de Su Santidad; vengo de visitarle, como Inquisidor general, y hoy mismo puede dictarse la sentencia.

—Gran prisa os dísteis.

—Señor, todos se hallan convictos y confesos, y bien comprende vuestra majestad que tratándose del representante del Sumo Pontífice toda dilación en nosotros sería ofensiva y digna de severa amonestación por parte del jefe de la iglesia.

—¿Qué os ha dicho el Nuncio?

—Que se muestra parte en la sumaria y pide el castigo para los delincuentas sin consideración á clases ni categorías.

—Sí, está reciente él hecho y se halla muy ofendido, pero se le darán cuantas satisfacciones pida, con este le calmaremos y terminará este asunto sin promover un escándalo que á todos nos perjudica y á to-

dos conviene acabe de una manera prudente y acertada.

—Señor, hice al Nuncio toda clase de reflexión, intenté calmar su justo enojo, pero nada conseguí; quiere ante todo el castigo de los culpables, pide justicia y el tribunal no encuentra medio hábil de negársela.

—Lo que yo os propongo es más prudente, más discreto y está más en armonía con vuestra misión, cuyo desempeño debe aparecer siempre templado por la caridad cristiana y por la conveniencia del reino. Os lo pide además el rey y si es necesario os lo manda.

—¡Con qué placer obedeceríamos á vuestra majestad si nos fuera posible hacerlo! ¡Pero no veo el medio, señor!

Don Felipe deseaba salvar á todo trance á su favorito, entre otras muchas razones por la generosidad y afecto que demostró al rey declarándose autor de un delito que no había cometido, de que era único causante el mismo monarca. Comprendió desde luego la gravedad del caso y la decisión del inquisidor de atender la denuncia del Nuncio, pasando por encima de sus ruegos y mandatos, y concibió la idea do sobreponerse á todos y llegar hasta el atropello antes que tolerar una sentencia que condenase á su privado.

—Inquisidor,—exclamó don Felipe con imperio,—es indispensable que busqueis ese medio y lo lleveis inmediatamente á la práctica.

—Señor, lo he buscado, pero tengo el dolor de manifestar á vuestra majestad, que no lo veo, que no existe.

—Pues es necesario hallarlo, de lo contrario, encargaré hoy al corregidor de Madrid, ponga en libertad y me traiga á mi primer secretario, al cual necesito para que procure el bien y la salud del reino.

—¡Ah, señor, el brazo seglar no tiene entrada en la Inquisición, hasta tanto que el tribunal falla y le entrega los reos, para que se cumpla la sentencia que merecieron!

—Si cerrais la puerta á tan respetable autoridad, le seguirá un tercio, que sabe abrir hasta la de los castillos inexpugnables.

—Semejante atropello, profanación tan grande, produciría males sin cuento.

—Porque quiero evitarlos, y porque anhelo obrar con la prudencia y discreción conveniente, os aconsejo dejeis en libertad al duque de Uceda, sin perjuicio de terminar, con la lentitud que tan grave asunto requiere la causa que le estais formando.

—Señor, ya expuse á vuestra majestad respetuosamente lo que debía, respecto al cumplimiento de su voluntad. Réstame ahora reunir el tribunal, manifestarle los deseos é intenciones de vuestra majestad, y que él decida lo más justo y conveniente. Bien comprendereis, señor, que yo no tengo potestad bastante para realizar el acto que pedís.

—Está bien; inquisidor; pero tened entendido que si antes que llegue la noche no ha venido Uceda á desempeñar la alta misión que le tengo confiada, inmediatamente pasará el corregidor á los calabozos de la Inquisición, y solo ó acompañado, arrancará de ellos al

duque, para traerlo á mi presencia. Debo anteponer la salud de la patria, á la terquedad de un tribunal, y obraré en esta ocasión con toda la energía que las circunstancias me imponen.

—Señor, bien comprende vuestra majestad, que el servicio de Dios, se antepone á todo en la tierra; si vuestra majestad, que tiene poder de sobra para atropellar el Santo Oficio, ordena una humillación para la Iglesia, y una injusticia para mis representantes, el escándalo asombrará al mundo, y las desdichas pesarán sobre nosotros, como pesada losa de mármol.

—No me extraña que el prelado defienda su causa con ese ardor, mas como yo no puedo gobernar bien mis estados con rémoras que inutilizan mi acción, tengo que defender mis derechos, y en verdad que no dejaré de hacerlo.

—¿Me permite vuestra majestad que me retire?

—Si vuestro talento y sabiduría no hallan un medio de evitar los males que temeis; sino podemos entendernos, retiraos, inquisidor, y que Dios Nuestro Señor os inspire el acierto que tan necesitado os hallais.

El prelado le hizo una reverencia, y anduvo hacia atrás hasta que salió de la cámara. Después irguió la cabeza, y más grave y severo que nunca, fué cruzando salones hasta llegar á su carruaje, que le esperaba á la puerta del alcázar.

Flaviano había logrado poner frente á la regia voluntad todo el poder de la Inquisición.

Nuestro joven no tardó en saber por la duquesa de los Andes cuanto habían hablado don Felipe y el in-

quisidor de Madrid. El conflicto en que había colocado á don Felipe era tan grande que debía conducirlo á una desgracia inevitable.

Como chispa eléctrica corrió por Madrid la noticia y no hubo católico alguno que no empezara á ver en la conducta del monarca una insensata arbitrariedad irritante.

Don Felipe se estaba condenando á un aislamiento funesto y cada hora que trascurría aumentaba su desprestigio, creciendo como la bola de nieve.

El Inquisidor general reunió á todos sus compañeros, explicóles lo que el rey deseaba, conviniendo todos por unanimidad y casi sin debate que era imposible complacer al rey sin atropellar á la justicia y anular los fueros del primer tribunal de la nación. Acordaron en consecuencia sostener cuanto el Inquisidor general había dicho en la regia cámara.

Después se retiraron á sus casas, dando orden de que no se abriese á nadie las puertas de la Inquisición sin orden expresa del tribunal.

El monarca esperó el anochecido, y viendo que continuaba preso su favorito, mandó llamar al corregidor de Madrid, el cual se presentó en la cámara media hora después.

—Corregidor,—le dijo,—por una de esas faltas tan comunes en la falibilidad humana osó el tribunal de la Inquisición prender al duque de Uceda; lo he reclamado y me han desobedecido. Te mando lo saques esta noche de su calabozo y lo traigas á mi presencia. Si no basta con tu autoridad y la fuerza de que dispones,

que te acompañe uno de mis tercios y cumple mi voluntad que es la primera del reino.

—Señor, contestó el corregidor,—lo avanzado de mi edad, mis achaques, que son muchos, y un caso de conciencia, de que no me os dado prescindir, me obligan á elevar respetuosamente hasta vuestra majestad la dimisión del cargo que desempeño. Dígnese vuestra majestad aceptarla, en lo cual recibirá honra y gracia el más humilde de vuestros servidores.

Con semblante adusto le preguntó el monarca:

—¿También tú me abandonas?

—Señor, este pobre viejo no sirve ya para otra cosa que para procurar la salvación de su alma. Note vuestra majestad que se halla muy cerca de tener que dar cuenta á Dios de los actos que practicó en la tierra.

—No es eso, corregidor, es que te niegas á entrar en la Inquisición concediéndole más poder que el que tiene tu rey.

—Suplico á vuestra majestad se digne aceptar mi dimisión y relevarme de un cargo superior á mis débiles fuerzas.

—¿Y si por desobediencia te mando encerrar en un calabozo?

—Señor, me he concretado á renunciar un cargo anhelado por muchos y que á mí no me es posible continuar desempeñando por las razones que he tenido el honor de exponer; más si esto cree vuestra majestad que constituye falta ó delito, dispuesto me hallo á obedecer á vuestra majestad, y sepultado en un calabozo sufrir en él mi desgraciada suerte, dando gracias á

Dios por el nuevo medio que me proporciona de depurar mi alma y hacerme digno de su misericordia.

—¿Es irrevocable tu resolución?

—Es tan grande, tan fija, tan profunda como mi creencia en la bondad de Dios.

—¿Y si sólo te relevo del cumplimiento de la orden que te he dado antes?

—Entonces, señor, continuaré al frente del corregimiento de Madrid, si vuestra majestad me lo ordena, rogándole piense para el porvenir en otro hombre más joven y menos achacoso que yo.

—Está bien. Retírate, continuando de corregidor hasta que yo disponga otra cosa.

Salió la autoridad de la real cámara, y don Felipe mandó llamar al maestre de campo don Valentín Gutiérrez.

A las nueve de la noche se presentó el maestre en la cámara, esperando á que el rey le preguntase.

—Dice vuestra fama, Gutiérrez,—exclamó el monarca,—que eres un militar valiente, y tan temerario que llegastes siempre el primero.

—Nunca me gustó quedarme atrás, señor; en la guerra se debe ir siempre delante cuando el enemigo está enfrente.

—Cuentan que tu audacia no tiene rival.

—Procuro, señor, servir á mi patria y á mi rey lo mejor posible.

—Te voy á exigir una prueba.

—Soy leal servidor de vuestra majestad.

—Veámoslo: al frente de tu tercio vas á la Inquisi-

ción, entras en ella, aun cuando quieran abrirte las puertas y me traes al duque de Uceda que retienen allí contra mi voluntad y por una falta leve que no ha producido consecuencia alguna funesta.

—Yo me atrevo á todo, señor, por servir á vuestra majestad, menos á faltar á la religión de mis padres, que es la mía. En ese edificio no hay exposición alguna material, sólo hallaría una resistencia pasiva que no ofrece mérito alguno vencer; pero es una profanación que puede perder mi alma, y esta es de Dios.

—La responsabilidad caerá toda sobre mí.

—Permitidme, señor, exponga á vuestra majestad con la ruda franqueza de un soldado, que me atrevo con sólo mi tercio á tomar un fuerte defendido por doble número de hombres de los que yo llevo. Esto lo haré con mucho gusto; esto lo hice ya, pero mi conciencia me impide pasar por encima de un tribunal religioso que pueda excomulgarme y perder mi alma.

—Gutiérrez, me he propuesto sólo poner á prueba tu audacia; logré mi objeto y puedes retirarte, pues no tengo nada más que decirte.

Salió el maestre, quedando el rey tan abrumado y confuso que en los primeros momentos no se atrevió á decidir nada. Veía quebrantada su autoridad y empezaba á comprender que era ya víctima de una pasión bastarda que lentamente lo iba sumergiendo en una gran desventura.

Cuando se hubo repuesto algo de los golpes que acababa de recibir, fué llamando una por una á cinco autoridades, las que con el mayor respeto y consi-

deración se negaron á realizar el atropello que les ordenaba.

A media noche buscó el lecho, abrumado por una amargura que torturaba su alma con incansable empeño.

Durmió algunas horas y discurrió mucho, pero sin conseguir resolver el problema que el destino le ofrecía.

Mientras esto ocurría en el real alcázar, el Nuncio hacía también algo por su parte. Reunió en su palacio á todas las autoridades de la iglesia residentes en Madrid y después de referirles minuciosamente los acontecimientos de la noche anterior, les preguntó en nombre del Sumo Pontífice si se hallaban dispuestos á obedecerle.

Los allí reunidos le contestaron sin vacilar, que sí. Obtenida esta afirmativa, exclamó el prelado:

—Me complace vuestra decisión, digna de tan santos varones. Si la autoridad real que todos respetamos, atropella los fueros del Santo Tribunal de la Inquisición y abre sus puertas con el derecho de la fuerza, para cometer luego una doble injusticia, un inaudito desafuero, todas las puertas de los templos se cerrarán para no volverse abrir, ínterin no impere la justicia en donde más debiera resplandecer. Si se ofende á la religión cristiana, y Satanás se apodera del hombre, nuestra misión como apóstoles nos impone el ineludible deber de defenderla, imitando la admirable conducta de los mártires de la iglesia.

Otra afirmación corrió de labio en labio, añadien-

do uno de los presentes que ofrecería hasta su vida por el triunfo de la santa causa que iban á defender.

Puestos de acuerdo después sobre otros extremos de menor importancia, se fueron retirando comprometidos y dispuestos á obedecer todas las órdenes que recibieron del respetable Nuncio.

Cuando el prelado se halló solo, buscó á Flaviano, que se encontraba en la habitación contigua, preguntándole:

—¿Qué te propones tú, diablo, con cara de ángel?

—Ya lo veis, dejar en el lugar que se merece la potestad sacerdotal.

—¿Oisteis lo ocurrido?

—Todo.

—¿Qué va á suceder?

—Señor arzobispo, el único poder capaz de luchar frente á frente con la majestad de la tierra es el vuestro, el de la iglesia, los he puesto frente á frente, y venceremos, no lo dudeis.

—Esa funesta pasión del rey nos ha proporcionado un grave conflicto.

—Peor para él; sucumbirá, mientras que al vencer nosotros, tendremos la gloria de haber defendido la virtud, la justicia y la religión.

—Flaviano, os voy á hacer una pregunta, y desearía me contestáseis con la mayor sinceridad. ¿Me lo ofreceis?

—Preguntad, señor.

—Ama vuestro corazón á la bella Alice.

—Señor arzobispo, si antes de defender la pureza y

castidad de vuestra protegida hubiera sentido por ella mi alma el soplo de esa pasión egoísta, la hubiera limpiado de ella en el momento que empecé á defender la inocencia y castidad de la hermosa napolitana. He querido y quiero que mis sacrificios por ella sean nobles, generosos, desinterados, y esto no se consigue nunca cuando los inspira una pasión amorosa. Señor Nuncio, disponed su boda para mañana con un hombre digno de ella, yo seré su padrino.

—¿Lo decís de veras, Flaviano?

—Con la seguridad de la más profunda fé; con la decisión más completa.

—¿Es que ella os ama ciegamente?

—Es que yo no puedo evitar eso, señor arzobispo; sólo me es dado no amarla, y no la amo.

—Si ella supiera eso, moriría de dolor.

—No le he dado motivo para que crea lo contrario.

—Es verdad, pero haceis cosas por ella, que solo un enamorado.

—Vos no sois un sér vulgar, señor prelado, y comprendereis fácilmente que hombres como yo se sacrifican noble y generosamente por el triunfo de la virtud, por su honor, ó no se sacrifican por nadie ni por nada.

—¡Qué idea tan extremadamente caballeresa!

—Yo no puedo tenerlas de otra manera.

—Conviene, amigo mío, que ella ignore vuestra falta de amor.

—Yo no puedo decirla nada, pero me alegraría que

lo supiera. ¿Creeis por ventura que Alice es tan egoista que ve más alto mi amor hacia ella, que mi caballerosidad é hidalguía? Si así fuese, no merecía mi defensa.

—Es tan elavado vuestro proceder, que pudiera no comprenderlo la ignorancia y debilidad de una mujer.

—Siento deciros, mi querido señor, que Alice ni es débil, ni es ignorante.

—¿Imaginais que comprende lo que acabais de decirme?

—Tengo seguridad absoluta de que lo da por hecho.

—¿Qué espera entences en el mundo?

—Lo que todos, aquel que desea una cosa difícil, conseguirlo más adelante, si Dios le concede la gracia que le pide.

—¿Creeís que se la otorgará?

—Pudiera ser, pero no ofrece seguridad ninguna.

—Hay algo, Flaviano, escondido en ese corazón de diamante. Algo más debe esperar mi pupila de vos de lo que hoy le concedeis.

—Mi corazón, señor arzobispo, que es de la misma materia que el vuestro, se diferencia, sin embargo, de casi todos los demás en que sucumbe siempre á los embates de mi voluntad, y no quiere otra cosa que aquello que ella la impone.

—Como siempre, me está complaciendo ahora conocer vuestros pensamientos, vuestras ideas, vuestro modo de discurrir; sois muy notable, Flaviano, tan notable, que os admiro más aún de lo que vos podeis suponer.

—Gracias, por la lisonja.

—He dicho la verdad, y no completa, que si de lisonjearos se tratara, no hallaría frases con que encomiar lo que vos valeis.

—Con el narcótico que consentí os dieran anoche, aumentó en extremo vuestra bondad, señor.

—¡El narcótico! Precisa fué vuestra saugre fría y el predominio de que me hablábais antes para tolerarlo.

—Era indispensable, señor; y ante la necesidad ahogué mi deseo, para cumplir un deber ineludible.

—¿Qué intentará el rey, viendo que no le obedecen en su descabellado propósito?

—¿Variáis de conversación? Me complace que así sea. Si don Felipe pudiera dar fin de todos nosotros, tan ofuscado se halla, que lo haría; pero hemos quebrantado su autoridad, lo aislamos; y no le queda otro remedio que transigir.

Ambos continuaron hablando hasta que llegó el duque del Imperio, y les participó que los tercios de Madrid opinaban como el clero, que á la grandeza y los nobles le sucedía lo mismo, y tanto murmuraba el pueblo, que era una rebelión.

El conflicto, como se ve, aumentaba, y satisfecho Flaviano de su obra, sonreía, exclamando para sí:

—No hay poder en la tierra que no se quiebre á los golpes del ingenio humano. Solo el de Dios es incontrastable, y hacen muy mal los hombres, sean reyes, grandes ó poderosos, en pretender imponer su voluntad sin sujetar ésta á la razón, á la justicia, y cuando menos á la lógica. La mísera condición humana, alcanza

desde el más pequeño hasta el más grande de la tierra. ¡Así lo dispuso la Providencia y asi continuará siendo eternamente!...

Flaviano continuó meditando sobre el mismo asunto, sin demostrar vanidad, orgullo, ni otra cosa que la satisfacción de sí propio, no por lo mucho que valía, sino por lo justo de la causa que estaba patrocinando.

CAPITULO XVII

Los regios esposos.—El monarca y el arzobispo de Toledo.—El Santo y el pecador.—Confesión.—Verdadero arrepentimiento.

Flaviano de Osorio, muerto para el rey y vivo para sus parientes y amigos sostuvo una lucha titánica con don Felipe, con su favorito Uceda y parciales ó mercenarios, en la cual demostró gran entendimiento, mucha sabiduría, más talento que su mismo padre y un valor y destreza en la pelea que le hubieran envidiado los Invencibles,

Después que hubo patentizado lo mucho que valía, dió tregua á sus afanes, encerró en los calabozos del Santo Oficio á su mortal enemigo ol poderoso duque de Uceda, y dejó el poder real frente al de la Inquisición, en lucha el uno con el otro, suponiendo que el rey tenia de sobra con el segundo para quebrantarle el primero.

Hecho esto, quedó nuestro joven tan tranquilo como si nada ocurriese.

Parecía leer en lo porvenir.

Sepamos si á don Felipe le sucedía lo mismo.

Paseaba el rey por sus habitaciones del alcázar, queriendo arrancar de su mente una idea que debía atormentarle día y noche.

No se explicaba, no podía comprender la causa de la desobediencia á sus mandatos del maestre de campo, del corregidor y de todos aquellos á quienes pretendió confiar la salvación y libertad de su valido. El tan devoto, tan pío, casi tan fanático en asuntos religiosos no quería comprender que hubiera un súbdito que antepusiera sus creencias religiosas al mandato real si éste se presentaba en contradicción con aquél.

Lo expuesto hacía sufrir al monarca más que el tormento de la argolla á los infelices que se lo aplicaban en la Inquisición.

Flaviano lo comprendía así, conocía mejor que el rey el fanatismo de su época y por esta causa se entregaba al quietismo y á la tranquilidad del que nada teme.

Sigamos junto al rey y sabremos lo que va á ocurrir en su cámara.

Continuaba paseando, se retrataba en su rostro el enojo y la ira comprimida y su casi siempre sereno rostro tenía ahora un tinte de carmín que demostraba el mucho calor de su sangre.

De pronto se detuvo. Había oído el suave roce de un vestido de seda y quedó frente á una puerta lateral,

en cuyos umbrales apareció la reina, grave y severa como nunca.

—Deseo hablarte, Felipe,—le dijo.

—Dí lo que quieras,—le contestó su marido acercándose á ella.

—¿Qué deseas?—añadió.

—¿Sabes todo lo que ocurre, Felipe?

—No sé á qué te refieres, Margarita.

—A la Inquisición, al duque de Uceda, á los ministros del Señor, al Padre Santo y á tí.

—¿Qué acontece?

—Lo más grave que puede suceder á un rey.

—Explícate.

—Prendió la Santa Inquisición al duque de Uceda y á varios de sus cómplices con sobrado fundamento...

—¿Quiénes dicen eso, Margarita?

Le interrumpió el rey con ira. Sin descomponerse la reina, le contestó:

—Lo dice, tu tío Julio, el Santo, por las calles todo el mundo; en el alcázar nuestra servidumbre y yo.

—¡Tú!

—Sí; como tú de negar lo que es cierto.

Felipe meditó, preguntándole después:

—¿Sólo eso teneis que decirme?

—No, apenas empecé.

—Pues acaba.

—Eso es largo, pero seguiré.

—Abrevia.

—Todo lo que sea posible; solo eso.

—Escusemos digresiones.

—Dicen, además, que si á la Inquisición se le impide ejercer su acción sobre el delincuente duque de Uceda, todas las iglesias de Madrid cerrarán sus puertas, luego las restantes de España, y esa actitud severa y gravísima terminará con una excomunión mayor.

—¿A quién excomulgarán?

—A tí.

—¡A mí! ¡Quién se atrevería!

—El Padre Santo.

—Estás delirando, Margarita.

—Te acabo de decir la verdad.

—Concluye.

—Bien comprenderás que si llega ese caso, yo no podré seguir partiendo el lecho con un maldito de Dios.

—¿Qué estás diciendo, Margarita? ¡Excomulgada yo: maldito! eso no puede ser.

—No debe ser, y te lo anuncio para que lo evites.

—Sí,—murmuró Felipe paseando y como si hablara consigo mismo,—lo evitaré. ¿Pero te consta que eso es cierto?

—Sí, Felipe.

—¿Quién te lo dijo?

—Varios, uno de ellos el Santo.

—¡Julio!

—Sí, tu tío Julio.

—¿Qué se proponen esos hombres?

—¿Qué te propones tú, esposo?

—Yo, nada; salvar á un servidor que fué siempre leal.

—¿Contra la Inquisición?

—Margarita, no puedo haber en mis reinos ningún poder superior al mío.

—El de Dios, representado por sus ministros; el de la justicia ante la cual debemos inclinarnos.

Felipe se detuvo dos minutos y de pronto principió á andar de nuevo tornando á murmurar:

—El de Dios; el poder de Dios. Eso es superior al de todos los monarcas.

—Cierto, rey de España.

—Muy bien, lo evitaré. ¿Querías algo más?

—No; entra en el buen camino, Felipe, y que Dios nuestro Señor te proteja é inspire,

Y salió la reina sin que su esposo le contestara ni diera señales de que se había apercibido de su salida.

Quedaba nervioso, agitado y como descompuesto su cerebro.

La reina había logrado su objeto; el león quedaba sujeto á la cadena de una idea que debía anular su anterior fiereza.

Después de varios paseos y de una meditación más serena, mandó llamar al arzobispo de Toledo.

Algo más tarde se hallaba frente á frente del prelado, al cual dijo:

—No he podido prescindir de molestaros, arzobispo.

—Estoy á las órdenes de vuestra majestad, señor.

—Gracias. ¿Sabeis lo que ocurre con la Inquisición y el duque de Uceda?

—Sí, señor.

—¿Qué opinais de ese acontecimiento que yo deploro?

—Delinquió un hambre, fué cogido *infraganti* y debe ser juzgado por el Santo Tribunal, sea su condición social la que quiera. Esa es la ley, esa la costumbre.

—¿Aun cuando sea grande de España?

—La Inquisición, señor, no ve gerarquías, sólo se fija en el delito.

—¿Aun cuando se trate de un secretario mío del cual necesito para la mejor gobernación del Estado?

—Lo que más necesita vuestra majestad, señor, es salvar su alma, que es única, mientras que los servidores de vuestra majestad son infinitos.

—La prerogativa real concede gracias hasta entre los sentenciados á muerte.

—Para el Santo Oficio no hay prerogativas, señor; sólo hay justicia.

—Poneos por un momenro en mi lugar, arzobispo; comprended lo que en mí pasa; ¿qué haríais vos?

—¿Quiere vuestra majestad que sea franco, explícito?...

—Sí.

—Señor, yo me confesaría con el padre Julio, vuestro tío, y le obedecería ciegamente. Es un santo, señor.

—¿Querrá venir?

—Para confesaros no puede negarse ni se negará.

—¿Estais seguro?

—Me comprometo á mandároslo.

—¿Cuándo?

—Cuando vuestra majestad lo disponga.

—Al momento, todo el tiempo que tarde en venir he de estar impaciente.

—No ha de tardar en presentarse en esta cámara.

—Aquí le aguardo. Decid á los que estén en la cámara contigua que no lo detengan, que entre sin previo anuncio.

—Así lo haré, señor.

Ambos se despidieron, el arzobispo salió, cayendo el rey sobre el sillón que tenía cerca de sí.

Llevaba Felipe dos horas en que no pensaba en Alice. No era ya el fiero león que todo pretendía dominarlo. Su espíritu quebrantado por los acontecimientos anteriores no tenía en estos instantes voluntad propia. Anhelaba el bien de donde viniera; retrocedía con ligereza y todo ello no era otra cosa que una victoria completa ganada por Flaviano. Lo había encerrado en un callejón sin salida, y el regio enemigo pedía ya auxilio declarando su error.

Presenciemos ahora la escena entre el tío y el sobrino; entre el Santo y el pecador, pues la juzgamos interesante.

Llegó el gran Julio de Silva, príncipe de Italia, quedando parado en los umbrales, con la vista baja, la cabeza inclinada y escondidas las manos que tenía cruzadas con el escapulario del hábito que vestía. Llevaba la capucha caida y el rey se fijó en aquella venerable y hermosa cabeza que tantas glorias conquistó á su patria, que tantos aplausos había recibido, que tan respetado y querido era ahora por todos los madrileños, sin esceptuar clase ni condición.

—Avanzad, señor,—le dijo el rey.

El Santo le obedeció quedando á una vara de distancia de Felipe, en la misma actitud que tenía anteriormente.

—Padre, dadme á besar vuestra mano; soy pecador pero me hallo arrepentido y contrito.

Añadió el rey besando la diestra que el Santo le alargó, sin mirar al rey ni alzar la cabeza.

—Os he llamado para rogaros me confeseis. ¿Os dignais hacerlo?—le preguntó Felipe.

Por primera vez abrió sus labios el reverendo para contestarle:

—No puedo negarme; pero os advierto que de nada sirve la confesión ni el arrepentimiento sino van seguidos de una enmienda constante y completa.

—Decidido estoy á que sea como decís. Mi alma, señor, sufre el enorme peso del pecado y yo no puedo soportarlo; deseo verme libre de él para siempre.

—Ojalá cumplais vuestro propósito. Dios nuestro Señor os mira, os llama al bien, y ambos debemos apresurarnos á complacerle.

—Pues demos principio, padre mío.

—Meditad antes un cuarto de hora; traed á vuestra mente todo lo que vais á hacer, el compromiso que debeis contraer con la divinidad, el sacrificio que os imponeis, y si despues os hallais con fuerzas para cumplir todo lo que ofrezcais os confesaré. Interin yo rogaré á nuestro padre os inspiré y aliente.

El rey le obedeció, en tanto que el religioso se postró delante de una imágen del Redentor que había en

la cámara y con la vista fija en Jesús, las manos cruzadas y la actitud de un justo, oró.

El cuadro era patético y conmovedor. El monarca hablaba consigo mismo, el fraile parecía comunicarse con Dios.

Más de quince minutos permanecieron en su respectiva actitud.

Al terminar ese breve plazo, se puso en pie el sacerdote, deshaciendo con sus dedos dos lágrimas que aurcaban sus venerables mejillas.

El rey se aproximó á él, y estrechándole las dos manos con la suya, le dijo con voz conmovida:

—Vamos, señor, puedo confesarme.

—¿Lo habeis pensado bien?

—Sí, señor.

—¿El orgullo, la vanidad, el amor propio, la pequeñez del hombre, no vendrán más pronto ó más tarde, á deshacer el acto sublime que vais á realizar?

—No, señor.

—El compromiso que vais á contraer es sagrado, de dichosas consecuencias, si lo cumplís ó de funestas si faltais á él.

—Lo sé y deseo contraerlo.

—Las pasiones bastardas, llenas de halagos y seducción son difíciles de apagar en el que tuvo la desgracia de dejarse dominar por ellas; y casi imposible despejarse de todos para siempre.

—Señor, sálvase mi alma, y que acabe en mí todo lo que á ello se oponga.

—Muy bien, pecador contrito y arrepentido, póstra-

te ante tu Dios, llega al tribunal de la misericordia, y nada temas; conmigo viene el agua que ha de lavarte y conducir á tu salvación.

Sentado el sacerdote, de rodillas el rey, y abrazado el primero al segundo, dió principio á la confesión.

Las primeras frases del monarca, fueron las siguientes:

—Padre, no me retireis vuestros brazos, tienen el calor de un Santo que modifica mi ser, me da fuerzas y una satisfacción que me era desconocida.

Una hora permanecieron en aquella postura; el uno se confesaba, el otro oía sin murmurar frase alguna.

Cuando el rey terminó, el religioso alzó la vista al cielo, y echando la bendición al pescador, le dijo:

—¡Que Dios Nuestro Señor os perdone, como yo en su augusto nombre lo hago!

Y lo levantó, sentándole á su lado.

El rostro de Felipe demostraba una contrición, una humildad antitéticas de su anterior estado. El acto que acababa de tener lugar, y el calor del Santo, lo habían al parecer, regenerado.

Felipe miró fijamenje la efigie del Redentor, ante la cual había orado el religioso, y cogiendo luego una mano de éste, le dijo:

—Padre, falta la penitencia.

—Dedicaos con celo é interés á hacer la felicidad de los españoles.

—Ese es un deber, no una penitencia.

—Os impongo como penitencia el cumplimiento de ese deber.

—Poco es, señor, para lo que yo merezco. ¿Quién me ha de ayudar más principalmente al cumplimiento de tan difícil misión? Yo os ruego me lo acontejeis.

—El duque de Uceda, si no hallais otro mejor. Todos los hombres son buenos cuando están bien dirigidos

—Comprendo, señor, pero Uceda pecó como yo.

—Que se confiese y arrepienta.

—Se halla en la Inquisición, padre mío.

—Hoy quedará en libertad con todos sus desgraciados cómplices.

Felipe miró á su tío con asombro; sólo él podía realizar aquel milagro, porque para el Santo no había ninguna puerta cerrada en España. Dos veces besó la mano del religioso, añadiendo:

—¡Hoy! ¡Cuán grande sois!

—Hoy os lo traerán Julio de Silva y Flaviano de Osorio.

Ahora miró el rey al fraile con espanto.

—¡Flaviano de Osorio!—murmuró.—¿No ha muerto?

—No; Dios misericordioso lo arrancó de entre las garras de la muerte, donde le tenían aprisionado sus asesinos.

—¡Eso es admirable!

—Para vos, que no conoceis el valor de aquella hermosa cabeza. Flaviano, como talento, como sabiduría, como nobleza de alma, como entendimiento, no tiene rival en vuestros estados.

—¡Y lo decís vos!

—Soy el que más lo conoce.

—Que venga, sí, quiero estrecharlo, ser su amigo.

—No lo hallareis más leal, ni más valiente y entendido.

—¿Ni vuestro hijo Julio?

—Ni mi hijo le supera en nada.

—Cuando vos decís eso de él, será sin duda alguna un prodigio ese hombre.

—Un prodigio, que unido á su hermano Julio, saldrá en breve para Nueva España, donde el vicio, la traición, el asesinato y la maldad se ceban en la desdichada humanidad que allí os obedece.

El rey iba de sorpresa en sorpresa hasta llegar á la confusión. Nueva España era lo que hoy llamamos Méjico, y no acertaba á comprender cómo Silva quería mandar á tan lejanas tierras á su hijo y á Flaviano; los dos seres que más quería en el mundo.

—Señor, —dijo al religioso:—ese viaje es largo, penoso y muy expuesto.

—No importa, allí los llaman la caridad y el bien de su patria, y allí irán si vuestra majestad no se opone.

—Yo no tengo voluntad hablando vos, tío del alma; irán cuando y como vos mandeis. Pero si preferís que se queden á mi lado y que Flaviano se case con Alice yo seré su padrino y los tendré junto á mí con mucho gusto.

—Flaviano, hoy no ama á ese ángel ni desea casarse. Debe ir con su hermano Julio á destruir la iniquidad que extiende sus negras alas en aquella parte de la India.

—¡No la ama Flaviano! ¡Qué abnegación, qué nobleza de alma! Deseo estrecharlo entre mis brazos.

—Lo hareis hoy. Entregadle su nombramiento de general en jefe de mar y tierra, y á Julio de representante nuestro en Nueva España, que no os ha de pesar.

—A la vez les daré un ducado á cada uno.

—No lo aceptarán; mi hijo Julio quiere ser príncipe de Italia cuando muera este pobre anciano, y mi hijo Flaviano solo aspira á ser duque del Imperio cuando muera Osorio. Interín desean no igualarse á sus padres en jerarquía social. Nacieron grandes de España, y con eso les basta ahora.

—No insisto, les entregaré sus nombramientos y los despediré con pena y como acto de obediencia al que sabe y vale más que todos.

Todavía continuaron hablando cuando fueron sorprendidos por la reina que se presentó radiante de hermosura y de alegría.

Besó la mano del sacerdote y dijo á su esposo:

—Ahora, rey de España, eres digno del puesto que ocupas; ahora te amo, ahora moriré por ti, si necesario es.

—Gracias, Margarita; el Santo hizo otro milagro; ahora fué con su rey.

—Haz todo lo que te pida, Felipe; tu tío Julio es infalible.

—Eso deseo. ¡Ah! ¿porqué no había de estar siempre á mi lado.

—Imposible, señor,—dijo con humildad el religioso,—mi misión en el mundo es distinta.

—Junto á mí harías la felicidad de los españoles.

—Eso os toca á vos.

—No tengo vuestro talento, vuestra sabiduría ni vuestra infalibilidad.

—Con que obreis siempre dentro de la justicia, teneis bastante. Yo tengo faltas que purgar.

—¡Faltas! ¿Faltas llamais á las heroicidades?

—Faltas fueron. Jesús vino impecable, y sufrió é hizo mucho más que yo.

—Era hijo de Dios.

—Y á la vez un modelo de caridad, de abnegación, de mansedumbre y de humildad que yo deseo ímitar; que aun cuando no quisiera, me lo impondría el destino. ¡Ojalá y me fuera dable, como tan divino señor, morir enclavado en un madero, rotas mis carnes, burlado, escarnecido como El lo fué, en provecho de la mísera humanidad!

—Ayunais todos los días, llevais ensangrentadas vuestras carnes con los silicios, sois la égida de todos los desgraciados, y ¡aún os parece poco! ¿Qué grande sois, señor!

—¿Que es la breve vida terrenal comparada con la eterna? Un átomo comparado con el universo. ¿Qué es Dios? El todo de la grandeza. ¿Qué somos sus hijos? La pequeñez desagradecida y torpe. Dios nos hizo para grandes, sin otra condición que la de imitarle.

Los reyes continuaron oyendo al Santo con tanta atención como alegría. Julio era además de Santo un sabio, como había sido un héroe y un invencible.

Después le despidieron, acompañándole hasta la escalera.

La alegría de los monarcas en este día se irradiaba en todos los individuos de su servidumbre; pronto había de llegar á todos los grandes y dignatarios de la corte.

Julio de Silva fué como su padre Alberto, una Providencia.

En el alcázar y en las calles todos se descubrían y encervaban al verlo pasar; nuestro religioso no podía devolver saludo alguno: iba siempre con la cabeza inclinada, la vista baja, y parecía no ver ni oir. Solo alzaba su laureada frente ante los pobres por voluntad propia, ante el que le dirigía la palabra por deber.

Pronto corrió la noticia por Madrid de la estancia de Julio de Silva cerca de los reyes y todos aplaudieron una conferencia que suponían con razón había de producír excelentes resultados. Sabían de antiguo que donde el Santo entraba, pronto salía el bien seguido de la fortuna.

Pronto veremos si ahora sucede lo mismo.

CAPITULO XVIII

Los dos padres y los dos hijos.—Obediencia ciega.—Triunfa Alice para ser más desgraciada que nunca.—Preparativos de marcha.

Lentamente, y sin levantar la cabeza, llegó el venerable sacerdote á su convento, entró en la celda y oró.

Media hora después, entraba en el saloncito de Julio y Flaviano, á los que halló conversando con el duque del Imperio.

Flaviano estaba sin barniz, con su traje de calle y en la forma que acostumbraba, cuando no usaba disfraz.

El Trinitario miró á los tres, y quedando frente á Flaviano, le dijo:

—¿No usas hoy disfraz?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque lo creo inútil, señor.

—¿Qué causa?...

—Una suposición mía.

—¿Basta eso?

—Sin duda alguna.

—¿Qué has supuesto?

—Que dísteis luz al entendimiento de don Felipe, el cual suele estar á oscuras, vió claro y se aviene á lo justo y razonable.

—¿En qué te fundas para opinar así?

—Señor, yo no puedo fingir con vos, mi padre adoptivo, mi maestro, el hombre que más vale en España, y os voy á contestar con la ingenuidad del hijo y del caballero.

—Eso es, habla.

—Cansado de derramar sangre humana, de matar malvados, de intrigas y de emboscadas, puse al rey frente á la Inquisición, frente al papa, frente al clero, que todos juntos tienen más poder que él, y aguardé á que me lo dieran humillado. Supe luego que estaba encerrado con vos y no necesité más. Comprendí que no me había equivocado, y cité á mi hermano Julio y á mi padre para esperar aquí la confirmación por boca de un Santo, que es el mejor conducto por donde puede venir.

—Mucho ingenio tienes, hijo mío; admiro tu talento, pero pronto los pondré á prueba.

—Poco valgo, señor, nada, cuando de vos se trata; pero tal como soy os pertenezco, y estaré siempre á vuestra disposición.

—Sé mejor aun que tu padre, el duque del Imperio, todo lo que vales.

—Y yo sé mejor que vos, todo el cariño que os debo.

—Mucho te quiero, no lo niego, tanto como á Julio, pero á mí no me ofusca esa afección.

—Gracias, señor.

—¿También tú estás á mi disposición, Julio?

—¡Padre mío, con el alma y la vida; pero os suplico por mi abuelo, por mi inolvidable madre, que no me separeis de mi hermano Flaviano, porque tendría que obedeceros y moriría de dolor.

—¿Para qué invocar á esos santos, hijo mío?

—Porque por ellos todo lo haceis.

—Ni á tí, ni al duque, ni á Flaviano, os hacen falta para conmigo influencia de ninguna clase. Es justo lo que pides, lo pides tú y basta.

—Perdonad, señor, si os he disgustado.

—No me has disgustado, pero esos recuerdos son para mí terribles, Julio.

—No volveré á citarlos.

—Mi padre, el incomparable Alberto; tu casta y sublime madre... ¿No ves que me llaman desde el cielo y no puedo abandonar á ninguno de vosotros tres?

—Es verdad, señor.

—No os separeis por causa mía, Julio y Flaviano; juntos siempre seis un ejército, un manantial de ingenio, un admirable portento de sabiduría. No; vivid siempre lo mismo, así lo hicimos tu padre, nuestros cuatro hermanos muertos y yo, y nadie pudo con nosotros. Fuimos seis hombres con un solo pensamiento, una sola idea...

—Julio,—interrumpió el duque,—ahora eres tú el que me estás atormentando.

—Un recuerdo trajo el otro y ambos tenemos razón. Hablemos de otra cosa. Flaviano, su majestad el rey te ha nombrado general en jefe de mar y tierra.

—Vaya un modo de empezar,—exclamó el duque.

—Y á tí, Julio, representante suyo con facultades discrecionales.

—¿Lo habeis pedido vos?

—Sí.

—Muy bien, señor; continuad.

—En Nueva España, se asesina, se roba, la corrupción y la inmoralidad triunfan, los altares del Señor están siendo profanados por los idólatras y vais los dos á Méjico, como fuimos los seis hermanos al Perú.

—¿Y qué nos hacemos tú y yo, Julio?—preguntó con disgusto el duque del Imperio.

—Irnos á Nueva España sin que ellos lo sepan, ó quedarnos aquí hasta que regresen.

—Les falta la experiencia del mundo.

—En esos viajes se adquiere.

—La práctica de la vida.

—¿Para qué la necesitan unos hombres que adivinan? Desconoces todo lo que ha hecho Flaviano en los dos últimos meses?

—¡Es tan largo ese viaje!

—Más fué el que emprendimos nosotros; más es el cúmulo de crímenes que van á evitar.

—¿No hay remedio, Julio?

—No, hermano.

—En ese caso es inútil que hablemos de eso.

—Inútil.

—¿Qué decís vosotros, hijos míos?

—Que iremos con mucho gusto á todas partes donde el Santo, el infalible nos mande ir.

—Juntos á la gloria, y hasta el infierno si lo quiere nuestro padre,—añadieron Flaviano y Julio.

—¿Yo no soy vuestro padre?

—Sí, como el príncipe? pero cuando él habla los tres callamos y obedecemos.

—Es fuerte cosa; os manda á dos mil leguas de España, y os encogeis de hombros como si se tratara de dar un paseo á caballo.

—¿Qué nos importa á nosotros la distancia? Solo vemos la conveniencia de ir, la obligación de hacer el bien, el sagrado deber de obedecer al Santo.

—¿Y Alice, qué va á ser de Alice?

—Padre mío, ya no le amenaza peligro alguno y puede vivir lo mismo en casa del Nuncio que con la duquesa de los Andes. Ya no la ofende el rey, ahora la defiende.

—¿Cómo lo sabes tú, Flaviano?

—Yo no lo sé, lo adivino. Que hable el Santo.

—Es verdad, Flaviano; tienes ya más entendimiento que el duque,

—Gracias.

—Flavianito, ahí veo recado de escribir; te voy á dictar.

—A vuestra disposición, señor.

El religioso le dictó lo siguiente:

«El representante del Sumo Pontífice perdona al duque de Uceda y á sus cómplices; el príncipe de Italia los absuelve, y el Tribunal de la Inquisición manda que queden en libertad hoy mismo».

Hijos,—añadió el religioso,—que firmen ese escrito, después que yo, lo hagan el Nuncio, y los inquisidores; poneis en libertad á los presos, llevando en vuestra carroza al duque de Uceda al alcázar. Le acompañais hasta dejarlo á presencia de su majestad. El rey os entregará vuestros nombramientos».

Firmó y desapareció de allí sin esperar contestación.

Nada dijo en concreto de la confesión del rey, de su arrepentimiento, de su propósito de enmienda. Grave, severo, lacónico y absorto siempre por una idea dominadora, dejó al talento de sus hijos y hermano que adivinasen lo ocurrido.

Tampoco éstos necesitaban más explicaciones; con lo poco que había expresado tenían bastante para deducir el resto.

No causó en los jóvenes bueno ni mal efecto la noticia del viaje á Méjico; tenían absoluta necesidad de obedecer al Santo y se inclinaron ante ella sin alegría ni pesar.

No sucedía lo mismo al duque del Imperio; comprendía lo expuesto de aquella marcha, sabía el estado de inmoralidad y corrupción en que se hallaba el país donde Julio iba á sumergir á los dos mancebos y se revolvía en su sillón con pena y desasosiego.

—Es un viaje funesto,—exclamó,—no es la pelea lo

que yo temo, son la traición, la maldad, el dolo que han de cebarse en vosotros, hijos míos.

—Padre,—le contestó Flaviano,—cuando el Santo nos manda, seguro está de que hemos de llenar una misión honrosa y digna.

—No lo dudo, hijo mío, pero os van á sitiar traiciones y peligros sin cuento.

—¡Que vos digais eso!

—Porque conozco la maldad humana la temo.

—Vos no temeis nada, señor.

—Temo ahora.

—Los hijos, señor, no han degenerado en esta ocasión: el padre teme, nosotros ni hemos temido nunca, ni tememos, ni temeremos jamás.

—Cuando seais padres...

—Entonces, si nuestros hijos nacen tímidos y afeminados, si son una degeneración lamentable, el claustro, la tonsura, y el altar serán con ellos, si son como sus padres, los echaremos al mundo para que hagan por su patria, por su honra, por el bien de la humanidad y por ellos mismos lo que hicieron sus abuelos.

—Padre,—dijo Julio,—cortad el diálogo con mi hermano Flaviano, porque vos tan grande, tan poderoso, tan invencible, tan temerario, empezais á darme lástima.

—Muy bien, hijos; me estais dando una lección.

—¡Sí fuese la primera!—añadió Julio,—rara vez cuestionais con mi hermano, que no os suceda lo mismo.

—Está bien; id á Nueva España; yo se lo que debo hacer.

—Y nosotros lo adivinamos, padre querido,—replicó Flaviano sonriendo.

Mientras hablaban les disponían la carroza más ligera que en el palacio tenían, y en este instante les dijo un lacayo:

—Señores, el carruaje espera.

Los dos mancebos estrecharon al duque, con señaladas muestras de intenso cariño, y desaparecieron en cumplimiento de la orden que habían recibido del príncipe de Italia.

El duque los vió partir, murmurando:

—Mucho valen, á todo se atreven; pero de todo triunfan; ese hijo, ese Flaviano es un ángel ó un demonio, con más poder que Satanás. Puede que, como de costumbre, tenga razón mi hermano Julio; que sufran como yo sufrí y vuelvan á su patria erlados por la gloria. ¡Representante el uno del rey, con facultades discrecionales y general en jefe el otro de mar y tierra! ¡empiezan por donde yo acabé!... Les sonríe la fortuna, y no he de ser yo el que corte su carrera, que príncipien en Méjico; no es mal país para empezar.

A las dos horas tenían nuestros jóvenes todas las firmas que necesitaban para dejar en libertad á Uceda y á sus cómplices. Lo que el rey no hubiera podido conseguir en tanto tiempo, la firma del Santo, y la presencia de los dos mancebos, lo lograban en tan brevísimo tiempo.

No hallaron resistencia alguna ni otra cosa que el deseo en el Nuncio de saber lo ocurrido, de lo cual le enteró con pocas frases Flaviano.

Con el cordón y la venera de familiares, se presentaron ambos en la Inquisición, cuya entrada hallaron expedita en el acto.

Mientras llegaba un inquisidor que habían citado, entraron Julio y Flaviano en la prisión del duque de Uceda.

Se hallaba el favorito sentado en un sillón de baqueta y en pálido semblante demostraba honda pena y amargura.

Al ver entrar en su encierro á dos elegantes familiares se puso en pie, pero al reconocer á Flaviano, retrecedió dos pasos y con asombro exclamó:

—¡No puede ser; esto es un sueño! ¿Sois, eres mi primo Flaviano?

—Sí,—le contestó el aludido:—tú me asesinaste bárbara y cobardemente y el Santo me resucitó.

—¡El Santo! ¡Un milagro!

—Eso es; un milagro debido al poder que la divinidad concede á la virtud, á la santidad, á la nobleza del alma, á la grandeza del espíritu elevado, antítesis de la torpe ambición, de la miserable perfidia, de la traición, del crímen, de la maldad.

—Ahora lo comprendo todo; tú fuiste el curial, tú mi atormentador en este encierro, tú el que ha descargado sobre mí el peso de un talento, valor y poder que superan en mucho á los que un día aplaudió el mundo en tu padre.

—Yo soy ese, sin otro mérito que el de haber vencido á la culebra que intentó enroscarse en mi garganta.

—¡Qué hombre, cielo santo!

—¡Qué hombre, Satanás!

—Sí, yo me entregué al poder del último, pero á ti te favoreció el del primero.

—Siempre sucede lo mismo entre los de alma noble y generosa y los malvados.

—Confieso que lo fuí, no lo niego, no; me entregué desde joven á pasiones bastardas, me dejé dominar por ellas y fuí perverso, muy preverso. Arrepentido estoy; creo que voy á morir; tu presencia aquí me lo anuncia, pero confío en Dios Nuestro Señor, que subiré al patíbulo, con la resignación del pecador más arrepentido y contrito.

—¿Son sinceras esas frases?

—Flaviano, nacen en e corazón, las fortalece el alma y Dios nuestro Señor las oye piadoso y caritativo.

—¡Si eso fuera cierto!

—Te juro que es verdad.

—¿Renuncias á tu valimiento con el rey?

—Sí.

—¿A todas tus ambiciones?

—A todas.

—¿Serás buen esposo y padre?

—Te lo juro.

—¿Por tu honor?

—Por mi honor y por Dios Santo que nos oye.

—Su Divina Majestad te perdone y defienda si lo cumples; se abra el infierno y te trague si faltas.

—*Amén.*

—Duque de Uceda; cógete á mi brazo, te llevaré en

mi carroza al alcázar y quedarás junto al rey con más favor que has tenido nunca.

—¿Qué dices, Flaviano?

—Que yo no miento jamás.

—Te debo á tí, mi víctima...

—No, tu víctima, no, fuiste tú la mía, y á mí nada me debes.

—¿Pues á quién?

—Al príncipe de Italia.

—¡Al Santo!

—Eso es.

—Deseo confesarme con él, y obedecerle ciegamenmente el resto de mi vida.

—Eso es cuenta tuya.

—Una sola pregunta, noble y generoso, primo mío; ¿el rey don Felipe y Alice...?

—Te comprendo; don Felipe III curó de todos sus males, lavó el Santo sus faltas y te espera, sin haberlo solicitado y por mandato de mi padre Julio, entre la atmósfera de la privanza.

—¡De la muerte me llevas á la vida; del tormento á la felicidad, de la vergüenza y el crimen á la grandeza de alma.

—Pues no lo olvides.

—Jamás.

—Julio, hermano mío, da esa orden al inquisidor, que ya habrá llegado, que den suelta á todos los cómplices del duque, y en la carroza te esperamos Uceda y yo.

—Con mucho gusto.

Salió Julio y todavía hablaron diez minutos el duque y Flaviano.

Cogidos del brazo luego, salieron de la Inquisición sin impedimento alguno y entraron en la carroza.

Un minuto después vieron desfilar por delante de ellos al arquitecto y restantes cómplices del duque. Al ver á este retiraban la vista, al reconocer á Flaviano murmuraban:

—El otro hijo del Santo; á esos debemos la vida.

Y juzgándose los más felices de los hombres se dirigían á sus moradas, vendiciendo á los hijos de Santo.

Ninguno saludó al duque de Uceda. Todos habían besado la mano del inquisidor y la de Julio, sintiendo no poder hacer lo mismo con la de Flaviano.

Salió también Silva, la puerta de la Inquisición se cerró, y la carroza se dirigió al alcázar; donde llegaron minutos después.

Subieron á la cámara real, en la cual les esperaban el rey y la reina. Ambos estrecharon las manos de Julio y Flaviano, diciendo el primero:

—Silva, por mandato de tu padre, mi tío y el más santo de los vivientes, vas á Nueva España. Toma tu nombramiento. Eres ya generalísimo y representante en Méjico del rey de España con facultades discrecionales.

Y volviéndose á Flaviano, añadió:

—Tú vas con él por orden de tu padre adoptivo, Osorio; tú el más fiero de los hombres, el más temible de la tierra, el más poderoso en entendimiento de los

nacidos. Toma tu nombramiento de general en jefe de mar y tierra. Jefe eres ya de mis ejércitos y de mis navíos, tu voluntad es ya omnipotente, trata á mis enemigos con el talente y la fiereza que me has tratado á mí, y no quedará uno para contarlo. Míra como sonrie tu cómplice, mi augusta esposa.

—Señor...

—No te disculpes, no; el Santo te escuda, y esa era tu mejor defensa.

—No iba á disculparme, señor; iba á decir que todos hemos pecado menos la santa que llama cómplice mía vuestra majestad.

—Es natural que la defiendas. Y si todos hemos pecado á todos nos lavó el Santo; libres ya del peso de nuestras faltas, hagámonos todos dignos hijos de Dios. ¿Cuándo vas á ver al Santo, Uceda?

—En el momento que vuestra majestad me lo permita.

—¿Para confesarte?

—Con verdadero arrepentimiento y firme propósito de enmienda.

—¡A ese le debes la vida, honor y fortuna!

—Es una dicha para mí debérselo todo á ese varón.

—Julio, Flaviano, venid á verme todos los días y el anterior á vuestra partida comereis conmigo; tú, Flaviano, á la izquierda de tu cómplice para que la ganes en favor mío; tú, Julio á mi lado, para que me refieras cuanto hizo tu hermano Osorio en los dos últimos meses sin omitir el más pequeño detalle. Tú, Uceda,

asistirás también para admirar la grandeza de un hombre y renegar de la historia de los malvados.

Poco más hablaron, saliendo de la cámara los dos hermanos estrechados por sus reyes y despedidos por Uceda, que rogó al rey le permitiera acompañarles hasta la carroza.

Desde este momento empezaron á ocuparse nuestros amigos de los preparativos de su próximo viaje á Méjico.

Creyendo adivinar, los dos se preparaban para una larga campaña, en la que debían jugar en toda su grandeza, el valor, la sabiduría, el entendimiento, la penetración y la sagacidad de ambos.

CAPITULO XLVII

Despedida.—Alice y Flaviano.—El puñal envenenado.—
A Cartagena.

Desde este día empezaron los dos jóvenes á ocuparse de la cuestión de equipajes, armas, libros y de cuanto juzgaron que podría hacerles falta en Méjico. Querían llegar de rigoroso incógnito y así se lo participaron al duque, el cual estaba encargado de facilitarles lo necesario hasta Cartagena, y de acuerdo con él, elegir el barco que debía trasportarles, sin que ninguno de la gente del buque supiera quienes eran.

Con seis días les bastó para todos los preparativos, y al sétimos empezaron á despedirse de todos sus parientes y amigos.

El duque de Uceda se confesó con el Santo y todos los días visitaba al duque del Imperio, del cual recibía inspiración y consejos. Su conducta era ya modelo de rectitud en cuanto hacía.

Las lecciones que le había dado Osorio cambiaron por completo su modo de ser.

El rey, más devoto que nunca y tan indolente como antes, se ocupaba lo menos posible de la gobernación del reino.

Los regios esposos parecían amarse tiernamente; todos los días recibían las visitas de Julio y Flaviano, y cuando éstos se retiraban seguían hablando de ellos los reyes.

Las simpatías de la reina por los jóvenes habíanse aumentado y el rey sentía por ellos hasta admiración. Su pureza de costumbres, su talento y la hidalguía de sus almas, merecían en efecto hasta la admiración de un monarca.

Alice no tenía ya nada que temer, ningún enemigo de su honor la asediaba, pero el viaje de Flaviano había enlutado su corazón y de melancolía su espíritu.

Ella procuraba en lo posible disimular lo que sentía por Flaviano, pero la incertidumbre de si éste la amaba ó no y aquella repentina marcha, nublaron su bella frente y la sonrisa había huido por completo de sus labios.

Esto era en público; cuando se hallaba sola, el llanto surcaba sus mejillas y bañaba sus incomparables ojos.

No era posible que pasara desapercibida para el gran talento de Flaviano una metamorfosis tan completa; lejos de eso temía el entendido joven, que la hermosa napolitana, víctima del ardiente amor que ardía en su casto pecho enfermara y hasta perdiera la vida.

Fijo en esta idea, esperó curarle al tiempo de despedirse para emprender su largo y expuesto viaje.

Llegó aquel momento, y Julio y Flaviano se presentaron en el palacio del Nuncio. Fueron recibidos por éste, su hermana y Alice. Julio se sentó y Osorio se acercó á una galería, después de estrechar á los dueños de la casa y á su pupila exclamando:

—Alice, si el señor Nuncio te lo permite, ven á esta galería, pues deseo revelarte un secreto.

El mancebo se proponía curarlá antes de que recibiera el terrible golpe del último adios.

Alice sin esperar la venia del arzobispo, le contestó:

—Al momento.

Y corrió á su lado.

Sin ser oidos ni vistos por los tres que quedaban en el salón, pero cerca de ellos, dijo Flaviano á la dama:

—Alice, salgo mañana para Méjico y quiero antes de partir hablarte sin testigos; porque lo que voy á decirte, solo á tí y á mí interesa, únicamente los dos debemos saberlo.

—Habla, dime lo que tú quieras,—le contestó ella con ternura.

—En esta caja de oro, hay un puñal metido en su vaina. ¿Lo ves? Para que el acero salga, es necesario oprimir este botón. ¿Lo ves? Pero tenlo siempre con el muelle echado, porque la punta de esa arma fatal se halla envenenada y basta el más pequeño rasguño para morir. El corrosivo que tiene va en el acto al corazón.

Ningún peligro te amenaza, por eso me ausento, pero si durante mi ausencia, que ignoro su duración, vieras tu honra amenazada de muerte, te clavas ese puñal y en el cielo me esperas. Cuando yo regrese iré á llorar á tu tumba todo el tiempo que como religioso Trinitario, me permita mi vida monástica. Si al regresar de Méjico te hallo con vida, me devolverás ese puñal á cambio de una corona.

—¿De qué esa corona, Flaviano?

—De duquesa del Imperio. ¿Estás conforme?

—¡Cuántas lágrimas, cuántos suspiros, cuánta pena y amargura, cuánta incertidumbre me han costado esas frases, Flaviano; pero todo le doy por bien empleado! Es tan elevada la declaración que acabas de hacerme, tan nueva, tan digna de tu incomparable talento, que hasta el tormento de la Inquisición se puede sufrir por escucharla.

—No has contestado á mi pregunta. ¿Aceptas?

—¿Que si acepto? ¡Vana pregunta! Hace mucho tiempo ya lo sabes, que estoy contestando á ella. Acepto con amor, con idolatría. Al ofrecerme la muerte con este puñal, me has dado la vida que creía apagarse por momentos.

—¿Has curado?

—Radicalmente. Nada temas por mi salud.

—Recibe mi último beso por ahora.

Los dos se estrecharon, la puso su frente, y Flaviano estampó en ella un beso que nadie oyó, pero que hizo extremecer á Alice y palpitar su corazón.

Cogidos de las manos, entraron en el salón, sentán-

dose Osorio junto al Nuncio, y ella al lado de la hermana de aquél.

La caja y el puñal que Osorio había regalado á Alice eran de oro, á excepción de la hoja, que se componía de un fino y delgado acero. Sólo tenía la caja cuatro pulgadas de largo y una por su parte más ancha. Pesaba por la clase de metal que era, pero resultaba tan pequeña, que podía llevarla la dama siempre encima, como debía suceder.

La conversación de los cinco se contrajo al viaje y á la permanencia de Alice en casa del Nuncio. La hermana de éste no quería separarse de aquella, y se convino en que quedase allí mientras el arzobispo siguiera en España.

Julio, el Nuncio y su hermana, notaron la metamorfosis que había tenido lugar en Alice, comprendiendo lo que había ocurrido, entre los dos jóvenes, y en silencio, aplaudieron como de costumbre, la conducta de Osorio. Vieron peligrar la vida de Alice y notaron con satisfacción que nuestro hidalgo mancebo había devuelto la vida á aquel ángel encantador.

Larga y tierna fué la despedida de los cinco. Se vertieron lágrimas, y por fin Osorio y Silva subieron á su carroza para trasladarse al alcázar, pues debían comer con los reyes.

Media hora después pasaron al regio comedor los monarcas, Silva, Osorio, el duque del Imperio y Uceda.

El rey hablaba con Julio, la reina con Flaviano.

Por indicación de don Felipe callaron todos, y to-

mó la palabra Silva, el cual comenzó á relatar todo lo que había realizado su hermano en aquellos dos fatales meses, suprimiendo la parte que el rey había tomado y culpando de todo al favorito.

Su lenguaje era pausado, muy correcto, y tan natural, que parecía estar hablando de la temperatura.

El rey tenía la vista baja, el rostro de la reina estaba algo encendido, el del duque del Imperio sonriente, el de Uceda pálido y demudado y el de Flaviano indiferente. Parecía que no se hablaba de él sino de acontecimientos que nada le interesaban.

Terminó Julio su largo y detallado relato, y siguió un largo silencio que interrumpió el rey con las siguientes frases:

—¡Qué maldad la de esa fiera que quiso asesinarte, Flaviano.

—Mala era, señor.

—¿Y qué talento demostraste, qué predominio, qué serenidad; es cierto, duque del Imperio?

—No estuvo torpe, señor.

—Tú no sabías ese desenlace, duque de Uceda,—añadió el rey.

Aquel le contestó:

—No, señor, me ha llenado de asombro.

—¿Nada más?

—Y de vergüenza. Lo demás todo lo sabía; me lo refirió un caballero en las prisiones del Santo Oficio, al que no pude reconocer, sin embargo de serme tan conocido. Mi primo Flaviano se cambia en otro hombre con tal perfección que no hay medio de descubrir-

lo. Se propuso darme tormento, y lo consiguió hasta el extremo de haberme hecho sufrir más que en toda mi vida.

La reina le contestó:

—Más merecías, Uceda; harto noble y generoso anduvo contigo Osorio.

El rey, comprendiendo las consecuencias que podía tener aquel diálogo entre su esposa y el favorito, pues sabía que se odiaban, lo cortó con las siguientes frases:

—Deduzco del relato de Julio, que el Santo es infalible. Silva y Osorio son los únicos que pueden moralizar, llevando á su completa normalidad á Nueva España. Su estancia en la India acabará con tanto asesinato, robo, traición y el caos en que allí se vive.

La comida había terminado, el monarca se levantó. todos le imitaron y los reyes despidieron á Julio y Flaviano con las frases más afectuosas y halagadoras.

Los jóvenes partieron; la reina, que no gustaba de la compañía ni aun de la presencia de Uceda, se retiró á las habitaciones donde le esperaba la duquesa de los Andes, su confidenta y amiga, y el rey, el duque del Imperio y Uceda quedaron ocupándose de la marcha á Méjico de los dos jóvenes.

A las diez de aquella noche entraron Silva y Osorio en la celda del Santo. Se hallaba éste orando; al verlos les hizo seña para que lo imitasen, y los tres continuaron de rodillas delante de la sagrada efigie de Jesús crucificado.

A los quince minutos se puso en pie el religioso y los mandó levantarse, diciéndoles:

—Vais á Nueva España; llevais una misión de paz, de caridad, de moral cristiana. Pero ¡ay, antes de normalizar aquel desgraciado país tendreis que herir y matar, tendreis que imponer castigos terribles, tendreis que sufrir infinitas penalidades y vuestras vidas se verán de contínuo amenazadas! ¡Hijos, vuestro más cruel enemigo será Satanás, el dueño de aquellas distantes regiones; para vencerlo, necesitais tener de vuestra parte la Providencia; con vosotros va, no la ahuyenteis con hecho alguno indigno de vosotros! Perdonad siempre al vencido, socorred al desgraciado y dominad por el talento, por la sabiduría, más que por la fuerza de las armas. Llevad el convencimiento á los réprobos, la fortaleza á la virtud que vacila, el perdón á todos los ignorantes. Por cada alma que ganeis para Dios, lograreis un triunfo; por cada infeliz que mateis y se lo lleve Satanás, consigue una victoria el demonio. Tanto valeis que no necesito deciros más. Arrodillaos.

Y les echó su bendición, sentándose en medio de los dos sillones de baqueta.

Tenía cogida con cada una de sus manos una de Osorio y otra de Silva, y en esta actitud les preguntó:

—¿Os violenta esa difícil, larga y penosa marcha?

—No, padre mío.

—¿Os hallais con fuerzas suficientes, no para vencer, para eso os sobran, para perdonar?

—Sí, padre mío.

—¿Estais satisfechos?

—Completamente.

—Aún es tiempo, hijos míos.

Los dos habían contestado lo mismo antes, ahora exclamó Flaviano:

—Queremos ir á Nueva España porque vos lo deseais, porque hemos nacido grandes para algo más que para podrirnos en la holganza y en la inacción y porque allí está el mal y nosotros tenemos el bien. Eso queremos, eso deseamos, eso ha de ser.

—Bien hijo, Flaviano, ¿pero y si pereces?

—Padre mío, á vos no debo decir yo lo que es la vida puesto que por vos la conozco. ¿No me esperan en el cielo vuestro padre Alberto, y mis madres la princesa de Italia y la duquesa del Imperio? ¿No nos visitareis después vos y el duque?

—Es verdad.

—Yo pienso lo mismo,—replicó Julio,—y añado, que seríamos dichosos si Dios nos permitiera adelantarnos al duque y á vos en nuestra entrada en el cielo.

—¿Qué deseais de mí antes de partir?

—Un abrazo; vuestro calor paternal que es el de un santo.

—Pues recibidlo.

Y poniéndose en pie los estrechó contra su pecho cinco minutos. Después aflojó los brazos y ellos, andando hacia atrás, salieron de la celda en tanto que el religioso caía de nuevo á los piés del Redentor.

Los tres lloraban.

Mientras el príncipe oraba, los jóvenes entraron en

su palacio en el que hallaron á todos sus parientes y amigos íntimos que iban á despedirlos.

El palacio estaba lleno de grandes, de damas y de la clase más elevada de la corte.

Entre ella y el duque del Imperio pasaron hasta la media noche que se retiraron á descansar.

Al asomar el primer crepúsculo matutino, se levantaron y después de estrechar tiernamente al duque y á la duquesa de los Andes montaron á caballo, saliendo al trote.

Les seguían Lorenzo, Mariano, Luis y Anselmo Ros, nombrados tenientes los primeros y alféreces los segundos. Y cuatro criados.

Los equipajes habían salido dos días antes.

Con la viuda de Ros quedaba el menor de sus hijos, votando porque no lo llevaban.

Nuestros dos jóvenes no se diferenciaban en el traje de los hermanos Ros. Llevaban botas largas, gregüescos de lana fina, trusa de seda gruesa y un tabardo que los cubría.

Era el traje de los hidalgos arruinados.

Pronto dejaron atrás Madrid; cuando apareció el sol, ya habian cruzado el puente de Manzanares.

Seguían trotando y ninguno de los diez hablaba. Parecían entregados á ideas melancólicas.

No debió gustarle á Flaviano aquella actitud; se habían alejado una legua escasa de Madrid, cuando alzó su incomparable voz, entonando un himno al sol, y luego otro al Ser Supremo, que embargó á los nueve restantes. Cantaba Osorio con energía, con mar-

cado entusiasmo, y al dirigir á Dios las frases más tiernas, parecía adquirir su envidiable voz más extensión, más volumen y un timbre mágico que obligó á exclamar á Julio:

—¡No escuché nada más hermoso! ¡Qué afortunado eres, hermano!

A la vez se oyó un aplauso repetido.

Todos miraron á la derecha, viendo en una carroza que ocultaban en parte los árboles, al Nuncio, á su hermana, á su sobrino y á la encantadora Alice.

Los dos jóvenes se tiraron de los caballos y corrieron hacia el coche. Los cuatro encerrados allí les abrieron los brazos. Sus rostros estaban marcados por algunas lágrimas.

—¡Qué voz, Dios mío!—exclamó el arzobispo.—¡Qué arte, qué frases!... ¡Los ángeles han debido bajar á oiros, Flaviano!

—¡Qué lástima de caballero entre salvajes!—añadió la hermana.

—Este jigante,—dijo Alice,—vencerá en Nueva España; hasta domina con la voz.

Diez minutos hablaron. Unos cuantos abrazos cerraron el cuadro, y los jinetes volvieron á montar, saliendo á escape tendido.

Julio no quiso dilatar una escena penosísima.

Osorio le obedeció, perdiendo al poco tiempo de vista la carroza y hasta las torres de la coronada villa.

A las dos leguas volvieron á trotar.

Ahora hablaban Julio con Flaviano, los hermanos Ros entre sí, y lo mismo los cuatro criados.

Según se alejaban de Madrid se iban animando y parecían comunicarse con cierta satisfacción.

Es lo mismo que sucede en todas las marchas; y nuestros jóvenes pagaban su tributo á la Naturaleza. Contra ella no hay clase ni condición, talento ni sabiduría que baste á esquivar sus inquebrantables leyes.

Nuestros mancebos hallaban destacamentos de caballería que les abrian paso y les saludaban con respeto.

En una breve parada que hicieron se atrevió á preguntar Lorenzo Ros á Osorio:

—Mucha caballería encontramos, señor. ¿Debemos ir prevenidos?

—No,—le contestó el joven.

—¿Conoceis la causa?

—Sí.

—¿Me la quereis decir?

—Infiero, Lorenzo, que son precauciones tomadas por mi padre. Los *Invencibles*, también iba tu padre, hicieron un viaje igual al que nosotros hacemos ahora, cuando fueron sorprendidos por multitud de sicarios que, escalonados hasta Cartagena, les acometieron de una manera tan terrible como inicua.

—¿Pero los hirieron?

—No; sacaron algún pequeño rasguño y llegaron á la ciudad de Asdrúbal dejando el camino sembrado de cadáveres.

—¡Qué valor!

—Por eso les llamaron *Invencibles*.

—Algo oí contar á mi padre de esa historia. En este camino conocieron á los Zalla.

—Cierto, y en aquella jornada toda la maldad de una mujer hermosa.

—¿Cómo Magdalena?

—Por el estilo.

—Pero de aquella generación quedan pocos...

—Los malvados, como los hombres de bien, se renuevan; y mientras pisemos los caminos de España nada malo debemos esperar. Cincuenta ó cien destacamentos hábilmente colocados velarán por nosotros día y noche. Lorenzo, viajamos á lo rey; lo malo será en medio de los mares y en los caminos y poblaciones de Nueva España.

—Haremos lo que nuestros padres y negocio concluído. Llevamos mala misión, pero buena sangre.

—Sólo podemos perder la vida y esa vale bien poco.

—Eso digo yo.

Y partieron de nuevo hallando otros destacamentos.

A la hora de almorzar y dar pienso lo hallaron todo dispuesto por dos correos que el duque del Imperio y Uceda mandaron.

Lo mismo sucedió por la noche; hallaron blandas camas, comida excelente y abundante y cuanto podían necesitar. Pero ni se les presentaba autoridad alguna ni nadie daba señales de conocerles. Los trataban como á personajes, unos personajes incógnitos que nadie sabía quienes eran ni aun intentaban averiguarlo.

Julio y Flaviano tenían por desearlo ellos así, una

alcoba para los dos; ya en cama, dijo el primero al segundo:

—Bien dispuesto está todo, hermano.

—Cosas del duque.

—Ni los Ros ni los criados tienen que molestarse en nada; tres clases de camas distintas; tres mesas diferentes y servidos los tres grupos con arreglo á la clase de cada cual.

—Dios mediante, llegará día en que los diez comeremos juntos en el suelo y con pocas viandas.

—¿En Méjico?

—Sí.

Ya lo deseo.

—Hemos dejado atrás más de diez leguas, ¿sientes agujetas ó algunas molestia?

—No; ¿y tú?

—Tampoco. Yo creí que el primer día...

—Hemos corrido mucha á caballo en Madrid, y con eso y con la gimnasia, nuestras carnes parecen de hierro.

—Como fueron las de nuestros padres.

—Como son todavía las del duque.

—¿Dormimos?

—Sí.

Descansaron hasta las seis de la mañana, que volvieron á montar á caballo y continuaron su marcha en la misma forma que el día anterior.

Al tercer día durmieron en Albacete.

En cama estaban, cuando Julio dijo á Flaviano:

—Aquí tenemos parientes y amigos, y ninguno nos ha hecho el favor de molestarnos.

—Claro es; ignoran todos que nos hallamos en su pueblo.

—Nuestro incógnito está siendo secundado por el duque de un modo admirable.

—Como todo lo que él hace.

—¡Con qué exactitud nos sirven!

—¡Y con qué economía!

—No hemos gastado un maravedí desde que abandonamos la corte.

—Tiempo nos queda de hacerlo.

—¿En Méjico?

—Sí.

—Allí será otra cosa.

Llegaron á Murcia, y les sucedió lo mismo. Con dolor dejó Julio aquel pueblo, por descansar en él las cenizas de sus abuelos, en el viejo palacio de los condes de Santomera; pero se privó de aquel gusto, por no darse á conocer y continuar guardando su incógnito.

Salieron á las seis de la mañana, era la última jornada, les restaban nueve leguas y se propusieron acabar antes de que fuese de noche.

Ni la fatiga, ni el polvo del camino, ni las molestias del viaje, habían quebrantado aquellas naturalezas privilegiadas.

Habían abreviado más de lo que suponían, y los equipajes, que iban delante de ellos, salieron de Murcia una hora después que los jóvenes.

Era cerca de anochecido, cuando vieron las torres, castillos y murallas de Cartagena.

Distarían un tiro de arcabuz de la ciudad, cuando

vieron acercarse un jinete que iba en dirección contraria, á escape tendido. Al llegar á ellos se detuvo preguntándoles:

—¿Señores, venís de Madrid?

—Sí,—contestó Julio.

—¿Venís á embarcaros en un buque de la marina real?

—Sí.

—¿Venís de parte del señor duque de Uceda?

—Sí.

—Pues entonces, tened la bondad de seguirme, y os conduciré al alojamiento que teneis dispuesto. Os hablo en nombre del señor alcalde mayor.

—Id delante y os seguiremos.

De este modo penetraron en la antigua ciudad, llegando á la calle Mayor para detenerse y entrar en una casa grande, de buen aspecto, próxima al palacio del gobernador y al del alcalde.

El jinete que los había conducido subió con ellos, y entrando en el salón principal les dijo:

—Mientras esteis en Cartagena, es vuestro este edificio; sus dueños lo han evacuado para que vosotros lo ocupeis. Ni amos ni criados tienen aquí que ocuparse de nada; todo el servicio está á cargo de mi jefe el señor alcalde.

—Muy bien,—dijo Osorio.—¿Y vuestro jefe donde está?

—No tardará en venir á visitaros. Creyó que no llegaríais tan pronto, pero le voy á avisar y vendrá al momento. ¿Deseais algo más?

Osorio y Flaviano llegan á Cartagena, y les sale al encuentro un jinete de parte del Alcalde mayor.

—Gracias; ver al alcalde únicamente.

—Al momento.

Y salió de allí.

Nuestros jóvenes reconocieron el edificio, y en él hallaron todo lo necesario y hasta lujo en las habitaciones.

Tenían además tres criados cartageneros, un cocinero, y en el zaguan de la casa guardaban la entrada varios corchetes.

Los caballos estaban en anchas y ventiladas cuadras, y en este momento comían el pienso.

—No se parece esto á nuestro palacio,—dijo Silva; —pero es bueno, y nada ha de faltarnos.

—Antigua es esta ciudad, por vida mía,—dijo Osorio.

—Sí, la levantó Asdrubal.

—La última de Europa que pasaremos hasta nuestro regreso.

Un cuarto de hora después se presentó el alcalde mayor, que era un anciano respetable, diciéndoles:

—Señores, tales órdenes y recomendaciones he recibido de Madrid respecto de vosotros, que cuanto yo valgo y puedo os pertenece. Vuestras personas son sagradas para mí, y las defendería con mi propia vida.

—Gracias, alcalde.

—Perdonad si no he salido á recibiros; mi edad y achaques me impiden montar á caballo, y aun cuando deseaba esperaros en los puertos de la ciudad, os habeis adelantado, toda vez que llegasteis antes que vuestros equipajes, y espero á estos para salir á recibiros.

—Sí, debieron llegar antes que nosotros, pero no tuvimos paciencia para seguir el itinerario que nos dieron, y nos adelantamos unas cuantas horas.

—Ya estais aquí, y mi falta la remediaré de cuantos modos me ordeneis.

—No habeis faltado, alcalde, y nada tenemos que corregiros.

—¿Sois alguno deudo del señor duque del Imperio?

—Los dos.

—Además del señor duque de Uceda también mi duque me ha escrito y dado órdenes que cumpliré con rigurosa exactitud.

—¿Por qué le llamais vuestro duque?

—No os extrañe, señores; fué mi protector y le amo, admiro y respeto como el hombre que más vale en el mundo.

—¿Le conoceis personalmente?

—Desde hace muchos años. En este pueblo todo el mundo le conoce y todos le admiran.

—Muy bien. ¿Tenemos buque para nueva España?

—El mejor que hay en el arsenal; un navío de su majestad que no tiene rival en los mares.

—¿Cómo se llama?

—*El Invencible.*

—¡Qué casualidad! — exclamaron los jóvenes sonriendo.

—¿Lo conoceis?

—No, pero tenemos de él buenas naticias. ¿Qué misión lleva á Nueva España?

—La de conduciros.

—¿Nada más?

—No, señor. Regresará en cuanto os deje.

—¿Quién lo manda?

—El comandante Roger de la Iglesia; ese no es tan bueno como su navío.

—¿Qué le sucede?

—Yo no lo he tratado, pero entre los marinos se dice que tiene un carácter irascible, que es terco y que no brilla por su sabiduría.

—Mal compañero nos dais, alcalde.

—Se lo digo á mi duque, y me ha contestado ayer que no importa. Añade que siendo el barco bueno lo demás vosotros lo arreglareis. Supone que entendeis de las cosas de mar, y afirma que teneis el don de domesticar las fieras.

Los dos volvieron á reir diciendo Julio:

—Tiene razón nuestro duque, yo entiendo algo de náutica, y mi compañero sugeta y domina á los leones. ¿Cuando salimos?

—Cuando vosotros lo dispongais.

—Esta noche llegarán nuestros equipages, mañana se embarcarán y al siguiente día nos haremos á la vela.

—Mucha prisa teneis.

—¿Qué fuerza tiene el barco?

—Entre soldados y gente de mar, unos quinientos hombres. Monta veinte cañones y diez culebrinas.

—¿Buen personal?

—Regular. Van quedando pocos discípulos del gran marino Roch.

—¿Tiene alguno el Invencible?

—Desgraciadamente no, señor.

—Quedamos en que saldremos pasado mañana.

—No hallo inconveniente en que así suceda; el buque se halla listo.

Hablaron cinco minutos más, se despidió el alcalde y quedaron solos de nuevo los dos hermanos.

—Había anochecido por completo y la ciudad de Asdrubal se entregaba al silencio de un pueblo poco aficionado al bullicio y la algazara.

CAPITULO XX

Cartagena.—Rogelio Mendoza, Marqués de Abella.—Con lo que no contaban Silva y Osorio.—Un compañero más.

Solo habían trascurrido quince minutos desde el momento en que el alcalde dejó á Osorio y Silva, cuando nuestros jóvenes oyeron el ruido de armas, voces, y carreras en la calle que habitaban y casi frente á su casa.

Entró Lorenzo Ros, y después de pedir permiso á Flaviano se asomó á uno de los tres balcones que tenía el salón.

Los dos hermanos permanecieron indiferentes á la algazara aquella.

De pronto empezó á gritar Ros:

—Aquí, señor marqués, entrad en el zaguan que allá voy.

Y corrió hacia la escalera dando desaforados gritos.

—¿Qué ocurrirá?—preguntó Julio sin moverse de su asiento.

—Ese muchacho iba descompuesto,—replicó Osorio.—y ahora manda á los corchetes que defiendan la casa. Pardiez que algo grave ocurre.

Pero no se movió tampoco de su asiento.

En pos de Lorenzo Ros corrieron con las espadas desnudas los tres hermanos y los cuatro criados de Osorio y Julio.

Seguían los gritos y las carreras.

La calle empezó á iluminarse.

De pronto se cerró el gran portón de la casa y comenzó el ruido en la escalera.

Daban golpes en la puerta que acababa de cerrarse y pedian la entrada, pero nadie les contestaba.

No tardaron los dos hermanos en oir una voz que en forma de trueno les decía:

—¡Julio, Flaviano!

Casi á la vez vieron á un hombre que les abría los brazos.

Los dos jóvenes se pusieron en pie y estrechando al que entraba, gritaron:

—¡Rogelio!

—Vuestro Rogelio, sí,—les contestó con su voz de bajo profundo,—querían matarme, hermanos, pero llegó Ros con tanta oportunidad... ¡Vosotros en Cartagena y yo sin saberlo, ingratos!

—Acabamos de llegar,—le dijeron,—y venimos de incógnito.

—Para salvar mi vida, lo comprendo; os trae la inspiración del Santo, nuestro padre.

—¿Pero qué es eso, qué te ha ocurrido?

—La cuestión data de tiempo atrás. Lo del momento se contrae á un alférez que he estrellado contra las baldosas del puerto y á cinco soldados que he tirado al mar.

—¿Tú, Rogelio Mendoza, marqués de Abella, has hecho eso?

—Sí, soy lo mismo que mi padre, con más fuerzas que él, tan temerario como él.

—¿Pero obraste con causa justificada?

—Yo lo creo; me sobraba la razón.

El que de este modo hablaba era el sucesor de uno de los seis Invencibles, compañero del príncipe de Italia y del duque del Imperio, se había educado con Julio y Flaviano y con ellos vivió hasta que muerto su padre el marqués de Abella, se lo llevó á Cartagena su abuelo materno. Esto sólo hacía dos años.

Era un poco más bajo que su padre, pero aún resultaba bastante alto, pues el autor de sus días, era un gigante. Era más ancho de hombros que aquél, más nervudo y su poderosa musculatura parecía de bronce. Moreno, con ojos negros y vivos, entendimiento ilustrado por una brillante educación era un buen partido para las mujeres y una maza de hierro, cuando no un león para los hombres. Bien dirigido podía ser en la guerra una máquina de destrucción y en el consejo un voto ilustrado, imparcial y recto.

Flaviano y Silva creyeron siempre que Rogelio va-

lía menos que valió su padre, particularmente el primero que le conocía mejor que el segundo por haber sido siempre un lebrel que á todas partes le seguía.

Mientras hablaban los tres, los golpes á la puerta continuaaban, las voces aumentaron, y la calle poco á poco se habían ido iluminando.

Flaviano se asomó al balcón que había dejado abierto Ros, y pudo ver más de cien soldados que se disponían, unos á echar la puerta abajo y otros á escalar la casa, lo que hubieran logrado á no llegar con gran oportunidad el alcalde mayor, seguido de veinte corchetes. Detuvo por el pronto á los soldados, la puerta se abrió á las voces que dió á los corchetes que tenía dentro, y en pos de él quisieron penetrar los soldados. El alcalde los contuvo en nombre del rey, formando con él y sus corchetes una muralla de carne.

—¡Adentro! ¡Adentro!—gritaba la tropa.

—¡Alto!—gritaba el alcalde:—¡alto en nombre del rey. Tengo orden de no dejar entrar en esta casa á nadie, y el que penetre pagará con su vida la grave falta quo cometa.

Continuaban las carreras; los cartageneros, creyendo que se trataba de una revolución, huían á sus habitaciones, y la guarnición se armaba, poco menos que de punta en blanco.

Dos capitanes llegaron á la casa y enterados de lo que los soldados les refirieron, quisieron entrar; pero también los contuvo el alcalde, diciéndoles que era necesario para atravesar el portal, cruzar por encima de su cadáver y de su autoridad.

Hubo un momento de pausa; los dos capitanes hablaban entre sí, los soldados tendían á la insubordinación y el pánico arreciaba.

Flaviano veía todo esto con interés, pero nada disponía, nada acordaba.

Julio y Rogelio, sentados en dos sillones, discurrian sobre cosas de Cartagena como si nada ocurriese á la puerta de su casa.

De pronto exclamó un sargento:

—Soldados, ahí se esconde el matador de uno de nuestros jefes y de cinco compañeros; prendámosle para que sea juzgado. Arriba, que se nos vá á escapar.

Y quisieron atropellar la masa de corchetes, pasando por encima de ella.

Ya estaban varios en el zaguán, pero se detuvieron ante otra masa más fuerte; la que les opusieron los Ros y cuatro criados armados cada uno con un par de pistolas de dos cañones.

Cinco corchetes habían rodado al suelo, y el alcalde sufrió dos contusiones leves.

La fiera actitud de los Ros y cuatro criados, su valor, su serenidad y la clase de armas de que disponían, propias en aquella época de sólo los grandes caballeros, los echó atrás, pero se repusieron y fueron á caer en tropel.

En este instante, se oyó la vibrante vsz de Flaviano, que gritó:

—¡Ros, fuego si avanzan, matad treinta y dos, y defended luego la escalera con las espadas!

Esta orden, aquella voz tan dulce cantando, y tan fiera en este instante, contuvo á los soldados más que los treinta y dos cañones de las dieciseis pistolas.

Se echaron atrás, dando tiempo á que todos los corchetes, con su alcalde á la cabeza, se situaran en la escalera espada en mano.

Los soldados quedaron en actitud belicosa; los capitanes desaparecieron, para no hacerse solidarios de lo que allí ocurría.

La tropa, toda dentro del zaguán y con los aceros en la mano, iban á cargar. Les parecía vergonzoso que treinta hombres próximamente, detuvieran el paso á más de cien aguerridos veteranos.

La lucha iba á ser sangrienta, y los resultados dudosos.

Un minuto más, y la muerte hubiera reemplazado á aquellos gritos y amenazas.

Pero no llegó á trascurrir; segundos antes, se presentó el gobernador militar, rodeado de varios oficiales y á la vez, volvió á oirse la voz de Flaviano, que dijo:

—Alcalde, Ros, abrid paso al gobernador, y que suba, si lo deseo.

La tropa se contuvo, los Ros y criados bajaron los cañones de las pistolas, los corchetes, por ordon del alcalde envainaron las espadas, y el jefe militar, después de tender una mirada sobre todos los que había en el zaguán y escalera, pasó por medio, silencioso, seguido de los oficiales, entre los que iban los capitanes que estuvieron antes.

Al entrar en el salón vieron á Julio, á Flaviano y

Rogelio, sentados tranquilamente, sin armas en la mano y en la actitud más pacífica.

Creyó el gobernador reconocer los rostros de Ozcrio y Silva, pero vacilaba.

—Viendo que ninguno de los tres se levantaba, exclamó con imperio:

—¿Permaneceis sentados ante la primera autoridad de Cartagena?

—Ya lo veis,—contestó Flaviano.—Estamos bien así.

—Yo os mando poner en pie y seguidme los tres.

—No es posible eso, gobernador; nosotros no podemos ni debemos ni queremos obedeceros.

—¿Por qué?

—Porque sois muy poco para mandarnos.

—Probadlo.

—Os aconsejo que antes mandeis retirar á esos oficiales.

—¿Para qué?

—Para evitaros un sonrojo.

—¿Un sonrojo?

—Sí. Habeis faltado á vuestros deberes, la reprensión va á ser dura y os quiero hacer el favor de no darle publicidad.

—¿Podeis vos reprenderme?

—Y mandaros ahorcar.

—Retiraos á la habitación contigua, señores,—dijo el gobernador;—anhelo ya saber quienes son estos poderosos envueltos en tabardos de lana.

Solo con los tres, y queriendo demostrar la misma

tranquilidad y sangre fría que los jóvenes, cogió un sillón y sentándose al lado de ellos, añadió:

—¿Quieren vuecencias darme sus nombres?

—Ni aun preguntar sabeis, gobernador, —le dijo Julio;—soy alteza, como primo de don Felipe III, y os advierto que tiene pena de la vida el que me descubra, como igualmente á mi compañero, Seguid preguntando.

—¡Ah, comprendo! Al principio quise reconoceros, vacilé después, y ahora, con la presencia y familiaridad del marqués de Abella!... ¡Y vuestro compañero!... Terribles noticias llegaron ayer á Cartagena, sólo el talenlo, valor y temeridad de ese vuestro compañero. ¡Perdonad, señor, yo respeto en ambos la gerarquía, y tanto ó más, el glorioso, el nombre inmortal que llevais; pero en este puerto, se ha cometido un crimen, y me habreis de permitir, como justos que sois, vengue la justicia ultrajada por el más inaudito crímen! No teneis autoridad aquí, no teneis jurisdicción y no os podeis oponer al cumplimiento de mis deberes.

—Gobernador, tanto poder tenemos aquí, que os puedo mandar ahorcar sin cometer el más pequeño abuso de autoridad. Mi poder es inmenso, discrecional. Pero habeis recurrido á mi justicia, y lejos de negaros el derecho que me pedís, voy á constituirme en juez, y no debeis dudar que se cumplirá la justicia. Puesto que me conoceis, os mando hagais retirar la tropa, toda la fuerza que aquí entró, que haga lo mismo el alcalde, que entre con vos, cierren las puertas y entre los cinco solos aquí ventilaremos la cuestión, tomando por base lo estricto de la justicia.

El gobernador se inclinó, obedediendo á Silva en el acto.

Todos salieron, las puertas se cerraron, los Ros y criados se perdieron en las habitaciones interiores, y no tardaron en entrar y sentarse el alcalde y el gobernador.

El primero de éstos dos últimos, miraba ya á los jóvenes recien llegados con asombro y respeto.

Julio exclamó:

—Gobernador, puesto que juzgais criminal al señor marqués de Abella, haced la acusación. Ya os escuchamos.

—Me han asegurado testigos presenciales, que ese caballero ha estrellado á un oficial contra el pavimento del puerto, y no bastándole con ese crimen, arrojó al mar cinco soldados.

—¿Murió ese oficial?

—En el acto; tiene el señor marqués fuerzas tan hercúleas, que le deshizo el cráneo y parte del cuerpo al caer.

—¿Se ahogaron los soldados?

—Tres fueron sacados por marineros; los restantes no han parecido aún, podrán haberse ahogado, ó si eran nadadores es posible que se refugiaran en el arsenal, en algun castillo ó extremo del puerto.

—Es decir, que de cierto sólo tenemos noticia de una víctima.

—Sepamos ahora, señor marqués de Abella, los motivos que habeis tenido para realizar esos atentados.

—Tengo que tomar el asunto un poco atrás para que

se pueda formar una idea exacta de la causa de todo, de la verdad, y de este modo le sea posible á la justicia obrar con rectitud.

—Muy bien,—contestó Silva á Rogelio,—decid lo que á bien tengais, que os escuchamos con gusto.

—Doy principio: hay en Cartagena una joven bella rica, huérfana de padre y tan virtuosa como los ángeles. De ella se enamoró el gobernador y es de suponer que quisiera llevarla al lecho nupcial, siendo así que no ha mucho, pidió á la madre la mano de la hija, no obstante la oposición que la joven venía haciendo de tiempo atrás á ese enlace. Nada más natural; puede ser padre suyo el aspirante á novio, y aun le sobran años La joven tiene dieciseis y el gobernador cuarenta y siete. Hasta aquí nada hay de extraño ni de anómalo; estaba este caballero en su derecho para desear y pedir, como las interesadas lo estuvieron para negar. Lo extraño, lo anómalo fué que el gobernador, ofendido y hasta lastimado, sin causa ni motivo, trató en públlco á la madre y á la hija, con una dureza impropia de caballero.

—¡Señor marqués!

—Impropia de caballeros, sí, y más todavía las amenazas que les habeis dirigido y los insultos que les hicisteis. Testigos hay, muchos, nobles y plebeyos que se hallan dispuestos á declararlo. Si hay malo en esta población, la inmensa mayoría es hidalga. Yo me apresuré á tomar la defensa de la joven. ¿Cómo no, si era virtuosa y jóven? No tenía ninguna clase de relaciones con ella, pero no son necesarias para defender la virtud y

la orfandad. Desafié al gobernador, y no quiso admitir, le insulté y no se dió por efendido. A los pocos días me mandó un valiente y lo maté en duelo á espada. Después me quiso pegar un pariente suyo, y lo arrojé al mar. Aquel no salió. Y esta noche, cuando regresaba del puerto, y en el momento de pisar el muelle tocó mi rostro con sus manos un oficial que en el acto estrellé contra el pavimento. Quisieron atacarmo varios soldados, protestando vengar á su jefe y arrojé cinco al mar; pero ví venir sobre mí cientos de ellos, y avancé esquivando el encuentro, lo que no conseguí. En medio de mi apuro, y no teniendo ya mar donde arrojar mercenarios, me atrajo á esta casa la voz de Ros, y entré en ella no tanto á tomar refugio, como por averiguar quienes habían traido al hijo del criado más leal y valiente que tuvo el duque del Imperio, según oí á este y á mi madre, y no tengo más que decir.

Calló Rogelio, y haciendo uso de la palabra Silva, dijo:

—Señor gobernador, el señor marqués de Abella se educó junto á mí; jamás mintió y estoy segurísimo que acaba de decir la verdad Resulta en consecuencia que fuísteis vos el culpable de todo.

Confuso y aturdido el gobernador contestó de esta manera:

—Yo nada he mandado; lo de la joven es verdad pero nada más.

—Lo dejais por embustero, él os desafía por mi conducto y doy por hecho que ahora le dareis una satisacción. ¿No es esto, señor marqués?

—Perfectamente; entre caballeros se zanjan todas las cuestiones de esa manera.

—¿Qué decís, gobernador?

—No debo batirme y no me bato con el sucesor de un gigante que tan eminentes servicios prestó á su patria, á su religión y á su rey. Le perdono sus faltas, que me perdone él las que yo haya cometido y no volvamos á hablar de este asunto.

—Yo, como caballero, pude aceptar un duelo dando esa solución á este asunto. No lo quereis, voy como juez á sentenciar. Oid: el señor marqués de Abella saldrá desterrado para Nueva España pasado mañana. Vos gobernador, que no habeis muerto á nadie, pero que fuísteis causa de varias muertes, saldreis mañana de esta provincia para no volver más á ella. Esta noche resignais el mando en vuestro segundo; el acto lo presenciais vos, alcalde. Ved ese escrito del rey y si no es bastante, hablad.

Y sacando de su escarcela su nombramiento de representante de don Felipe y de generalísimo, se lo dió á leer.

El gobernador besó la firma real y después de ojearla se la devolvió diciendo:

—Es bastante, señor. ¡Qué desdicha!

Julio le hizo un signo para que saliera, y aquél lo efectuó sin hacer otra cosa que una reverencia.

El alcalde se puso en pie y quiso besar de rodillas las manos de Julio y de Osorio. Los habia reconocido.

—Alzad,—le dijo Silva,—los leales, á nuestros bra-

zos. Salid y mañana á primera hora, haced el embarque de nuestros equipajes.

—Señor...

—No hemos comido todavía, alcalde.

—Hasta mañana.

Y desapareció, entrando luego en la casa veinte corchetes con orden de matar al que intentase molestar á los caballeros que allí se hospedaban.

Solos ya los tres, exclamó Rogelio con la voz destemplada:

—Oye, alteza ó demonio, ¿qué destierro es ese?

—¿A cuál te refieres?

—Al mío.

—¿No lo has oído?

—¿A Nueva España yo?

—Claro es.

—Yo no voy.

—Te lo manda el rey.

—¡Julio, no seas cruel!

—Rogelio, no seas desobediente á las órdenes de su majestad.

—Pero, hombre, ¿había de consentir que me insultaran y matasen?

—¿Qué tendría de particular? ¿No lo hacía mi padre?

—Tu padre es un Santo. Y á mi edad...

—¡Cállate!

—Que no voy á Nueva España.

—¿Por qué?

—¡Vaya una pregunta! Que no voy.

—¡Irás!

—¡Flaviano, amigo mío, mi maestro en Madrid, mi compañero siempre, defiéndeme!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Hay que obedecer al rey.

—¡Hombre, qué obediente te has hecho con aquel indolente!...

—¡Calla, profano!

—Ni callo, ni voy á Méjico. ¡Vava un viaje encantador!

—Te va á parecer delicioso.

—¡Imposible!

—Rogelio, yo nunca he mentido.

—Pero, Julio, ¿cómo me ha de parecer delicioso lo que más puede atormentarme?

—Nada más lógico.

—Lo que yo digo.

—No, lo contrario.

—Convénceme y te regalo lo que me pidas.

—Acepto. Has de jurar obediencia ciega en todo lo que te mandemos Flaviano ó yo.

—¿Vais á empezar por mandarme que vaya á Nueva España?

—No seas suspicaz. No hemos de mandarte eso, nos has de rogar tú que te mandemos á Méjico.

—Entonces juro solemnemente obedeceros á tí y á Flaviano con la ciega sumisión, con el cariño que mi padre obedeció siempre á los vuestros.

—Quedamos satisfechos.

—Vengan ahora las delicias y los encantos de ese malhadado viaje á Nueva España.

—Oyelos: pasado mañana, en el navío *Invencible*, partimos Flaviano y yo á Méjico, como general el uno y generalísimo el otro.

—¿Qué?

—Espera. Necesitamos un capitán joven, valiente, entendido...

—Yo, yo.

—No, me lo has de rogar.

—Os lo suplico á los dos.

—Un capitán, que vuelva de maestro de campo ó de general.

—¡Qué dicha, qué encanto, qué felicidad! ¡A vuestro lado siempre, peleando con vosotros, igualándome á mi padre! ¡Si no fuera cierto moriría de dolor!

—Rogelio, que yo no miento ni aun en broma.

—Es verdad, perdona. ¿Quién nos manda allí?

—El rey, por consejo de mi padre.

—¡El Santo, bendito sea vuestro padre, Julio!—dijo Rogelio.

—¿Y tu abuelo?

—Lo siento, pero antes sois vosotros, la patria y el rey. Quedan á su lado parientes y amigos que velarán por él. ¿Cuándo soy capitán?

—Mañana, pero cállalo por ahora.

—Viajamos de incógnito.

—Ya me lo dicen esos trajes.

—Cómprate banda y lo necesario, nos imitas en traje, prepara el equipaje esta noche, y mañana lo mandas al navío *Invencible*.

Todavía dieron algunas órdenes á Rogelio, salió

éste rebosando alegría, y nuestros jóvenes se sentaron á la mesa.

Eran las diez de la noche, y almorzaron á las once de la mañana.

Empezaban tan sobrios y sufridos como sus padres.

A media noche se retiraron á descansar, sin sentir las molestias del insomnio, de la dieta ni las de un viaje largo y muy molesto en aquella época.

La prudencia, comedimiento y calma que acababan de demostrar, probaban que el Santo no se había equivocado al encargar al rey que los nombrara generales.

Todo eso y más necesitaban los elevados, entendidos y valientes mancebos para llevar bien la comisión que el Santo les encargó.

¡De cuantas traiciones, perfidias y maldades iban á verse rodeados, si lograban atravesar los mares y llegar á Méjico!

El peligro ménos expuesto que debían correr, era el de la larga travesía del Océano y mar de las Antillas. Ya en tierra firme, no debían dar un paso sin que un reptil dejase de acechar la ocasión de morderles.

Pero no adelantemos el discurso.

CAPITULO XXI

Despedida de Cartagena.—El navío invencible.—La gente de á bordo.—El primer día de navegación.

La mañana del día siguiente emplearon Flaviano y Julio en escribir varias cartas que mandaron á Madrid con un correo.

Al terminar se presentó el alcalde, diciéndoles:

—Quedan obedecidas vuestras órdenes; cesó el gobernador, que era lo que dijo el noble marqués de Abella, y le reemplaza su segundo, que es hombre distinto y de conducta irreprensible. Y quedan los equipajes embarcados.

—Vais á tener que hacer otra visita al navío, señor alcalde; somos tres en vez de dos.

—Lo sabía; bien temprano me lo participó el señor marqués y he contado con él y con su equipaje. Os dan una cámara separada, independiente y os servirán co-

mo al comandante. Vuestro incógnito impide que sea otra cosa.

—Muy bien, con eso nos basta. ¿Qué habeis dicho al jefe del barco?

—Que sois nobles de Madrid y que llevais á Nueva España una misión importante de su majestad.

—¿Qué contestó?

—Nada, que estaba bien. Es hombre de pocas palabras. Ya tenía la orden del duque de Uceda y con esa dijo que le bastaba.

—¿A qué hora nos espera?

—A las seis de la mañana si el tiempo no varía.

Obligaron al alcalde á que les acompañara á la mesa y hablaron hasta que terminó aquel acto.

Todavía les hizo otra visita el alcalde aquella tarde despidiéndose hasta la madrugada del día siguiente.

Eran las siete de la noche cuando se presentó por primera vez este día Rogelio, diciéndoles:

—Ya estoy con vosotros, para no separarme nunca. Los hijos deben vivir como los padres.

—¡En todo el día has parecido por aquí!

—En mi vida he trabajado más ni he tenido tanto que hacer.

—¿Tú?

—Yo. Me llevé anoche á Luis Ros, y me ha ayudado á preparar mi equipaje igual al que vosotros llevais.

—¿Igual?

—Claro es; tiene algo más, una preciosa banda de capitán. ¿Y mi nombramiento?

—Aquí lo tienes.

—En regla. El de mi padre está firmado por el tuyo.

—¿Fuiste al navío?

—No, mi equipaje lo ha llevado Ros con mis criados.

—¿Cuántos criados piensas llevar?

—Uno, pero bueno.

—¿Tiene tanta fuerza como tú?

—No; como yo es muy difícil hallarlo, pero es más alto, más ancho y puede cargar con un hombre y llevarlo una legua al hombro.

—Un derivado tuyo.

—No, que es muy bruto.

—Pero materialmente considerado...

—Entonces, sí. Vengo á cenar y á dormir con vosotros.

—¿Diste la orden?

—La dió Ros que vino antes.

—¿Te has despedido?

—Sí.

—¿Qué dice tu abuelo?

—Está medio lelo. Contestó que si me iba de orden del rey no podía él impedirlo y que no queria despedirse de mí para no entristecerse.

—¿Vas satisfecho?

—No os lo puedo explicar; sois los dos hombres de más talento que conozco y á vuestro lado, recordando que mi inolvidable padre jamás se separó de los vuestros, me juzgo feliz imitándole. Se me ocurre una pregunta: ¿Contábais conmigo antes del lance de anoche?

—Sí.

—Pero yo vine antes.

—Por eso no te avisaron. ¿A nadie has dicho quienes somos?

—No.

—¿Qué cuentan de tu lance de ayer?

—Los cartageneros lo aplauden; los de la guarnición tascan el freno y aseguran que uno de vosotros es un príncipe disfrazado, amigo que fué de mi padre, y que á él debo la vida.

—Hé ahí una mentira que se parece á una verdad.

—Eso dije yo al oirle, Flaviano, porque nuestro hermano Julio es casi un príncipe.

Todavía continuaron hablando hasta las ocho que se sentaron á la mesa.

Concluyeron á las nueve y hasta las diez quedaron de sobremesa.

Flaviano dijo á Mendoza:

—Rogelio; ocupemos una hora agradablemente; cuéntanos á Julio y á mí los abusos de fuerza que has realizado desde que te separaste de nosotros.

—Poco fué; la sociedad cartagenera es excelente.

—Pero algo habrás hecho.

—Sí, pasaba una noche por esta calle, yo era de madrugada, cuando ví al hijo de mi mayordomo á la parte adentro de una reja volada. Hubo de reconocerme á la luz que lleva uno de mis pajes, y me dijo muy quedo:

—Salvadme, señor, por caridad.

—¿Qué te sucede?—Le pregunté.

—Que mi novia abrió la puerta de su casa para que entrase y habláramos sin temor al frío de la noche; acaban de cerrar la puerta, la muchacha huyó espantada y yo espero que vengan á darme una paliza.

—¡No será, vive Dios! Me avalancé á la reja, la arranqué y el pobre muchacho salió á la calle sin impedimento de hierros. Volví á colocar la reja, en su sitio, y todos nos fuimos.

—¿Arrancaste la reja! ¡Qué disparate!

—Era el único medio de salvar al desgraciado.

—Pero te destrozarías las manos.

—Nada de eso; ni señal me dejó.

—¿Qué sucedió después?

—Que los padres mandaron fijar la reja de una manera sólida, y como una dueña les dijese que fuí yo el que la arrancó se resignaron.

—Continúa, Rogelio; tu relato, como yo suponía, nos va á distraer.

—Un día salí de mi casa y fuí á cruzar la calle en el momento en que una carroza se me echó encima.

—Animal; grité al cochero, ¡conmigo ese desacato! Toma, y cogiendo el extremo superior de la lanza, hice un esfuerzo y rodaron hacia atrás, coches, caballos y los que iban en la carroza.

—Volcaría.

—Ya lo creo, pero á bastante distancia de mí.

—¿Quiénes iban dentro?

—Dos ingleses que después me buscaron y al verme me presentaron los puños. ¿A mí con esas? les dige; al uno le rompí los dedos y al otro la muñeca derecha.

—¿De dos puñetazos?

—Sí, pero no muy fuertes.

—Vamos con otro, Rogelio.

—¿Otro? Allá va. Me hallaba una tarde en el puerto; de pronto se levantó un huracán con mar de fondo que arrancó varias baldosas del puerto. Y me iba á retirar por lo molesto de aquel viento Sur cuando escuché varias veces que decían: ¡se estrella, se estrella! y todos van á perecer. Era un barco pequeño que venía empujado por las fuerzas de unas olas descomunales é iba derecho á estrellarse contra el muelle. Me puse enfrente, alargué los brazos y cogiendo la proa del barco tiré hacia tierra hasta que ayudado por las fuerzas del mar lo dejé en seco, sin romperlo y sin que nadie pereciese.

—¿Pero qué te sucedió á tí?

—Que me dieron las olas un baño completo.

—La operación sería rápida.

—Instantánea.

—¿No hallaste competidor alguno?

—Mi fama corrió por el mundo y hace poco tiempo se me presentó un conde genovés diciendo:

—Soy el hombre de más fuerza del mundo; nadie lo dudó; pero hace un mes me dijeron dos hijos de este país que vos me aventajábais. ¿Me quereis hacer el honor de demostrar que es cierta vuestra superioridad?

—No tengo empeño,—le contesté;—más si vos lo deseais, lo intentaré.

—He hecho el viaje de Génova á Cartagena para eso sólo.

—Pues disponed el día, la hora, y la forma y me pondré á vuestra disposición.

Así se hizo, y al día siguiente provistos de una pesada barra tiramos. Le aventajé dos varas; es buen tirador. Repetimos y le gané por cuatro.

—Estais cansado,—le dije,—mañana probaremos de otra manera.

—¿Qué otra manera?—me preguntó.

—La que vos querais,—le contesté,—discurrirla vos.

Así se hizo, y al día siguiente detuvo mi contrincante á un carro tirado por dos mulos castigados y á la carrera. Yo no le detuve, le hice retroceder cuatro varas. Seguimos por espacio de nueve días, siempre le gané, regresando á su país dando al demonio.

—Rogelio, tu padre tuvo mucha fuerza, pero no llegó ni con mucho á tí,—le dijo Osorio.

—Es en lo único que le aventajé.

—¿Te aumentaron en Cartagena?

—Sí, mucho: cuando salí de Madrid solo tenía veintiún años.

—¿Has luchado con alguna fiera?

—Solo una vez cojí á un león dentro de la jaula, y desde fuera, me avalancé á su cola y le hice retroceder una vara tumbándolo.

—¡Qué disparate!

—Como yo no tenía garras, me eché atrás, porque el animal dió un rugido terrible y me tiró una zarpada de muerte.

—¿No llegó á tocarte?

—Imposible; me coloqué á respetable distancia, él fué el que se lastimó con los hierros de la jaula.

—Julio, veo con placer,—dijo Flaviano,—que llevamos á Nueva España la razón, el derecho y la fuerza, según has oido.

—¡Si nos basta con eso!

—¿Por qué no?

—¡Hay tanto malo allí!

—Con soltarles un Rogelio debemos tener bastante.

—Si vinieran de frente.

—Cuando vengan por la espalda, entonces les suelto yo un Julio ó tú un Flaviano.

—Tengo esperanza de triunfar, hermano, pero no seguridad.

—Alto, señores, el que seais, generales.—exclamó Mendoza,—no os libra de ser hermanos míos. ¿Lo entendeis? Como nuestros padres, como antes cuando éramos pequeños.

—Con mucho gusto, Rogelio; eso queremos Flaviano y yo. Si antes hablé en singular fué contestando á nuestro hermano.

—Si no soy más que mísero capitán, ya te daré motivo para que me asciendas.

—Lo creo y lo haré, y jamás dejaremos de ser hermanos, aun cuando uno de los tres ascendiese á rey.

—Eso quiero yo; no me importan tanto los ascensos como ser hermano vuestro. Flaviano, tú me dirijirás como tu padre hizo con el mío.

—Yo ó Julio, lo mismo es.

Permanecieron hablando hasta las diez que se reti-

raron á descansar, dando antes la orden de que les despertasen á las cinco de la madrugada.

Un cuarto de hora después, todos, amos y criados, dormían tranquilamente, sin que fuese motivo á desvelarlos el largo, penoso y expuesto viaje que iban á emprender horas más tarde.

Una travesía desde Cartagena á Méjico en aquella época era cosa que imponía á los mismos marinos.

Tenían que cruzar una parte del Méditérraneo, todo el Océano Atlántico, y luego el mar de las Antillas. Los buques eran de vela y remo, pesados en general, y claro es que, con tan mala locomoción y las grandes calmas que sufrían, los viajes se hacían largos y tenían necesariamente, que cruzar por entre tormentas, chubascos y toda clase de accidentes molestos, peligrosos y extraños á la vida de tierra. Por esta causa, era entonces un viaje á Méjico casi una heroicidad, cuando no un hecho temerario por lo audaz y expuesto.

Ninguna de estas ideas cruzaba por la mente de nuestros amigos, ó si llegaban á sus cerebros pronto las desechaban, y se encogían de hombros exclamando:

—Lo ha mandado el Santo.

Esa frase era para ellos la Providencia, casi el Evangelio, lo mismo que una orden del cielo.

Al príncipe de Italia lo respetaban y querían los hijos más aún que los hermanos.

A las cinco y media de la madrugada ya estaban vestidos amos y criados. Los primeros llevaban calzas de seda, gregüescos de seda también, trusa de terciopelo, gola, gorra negra con pluma encarnada y capa

negra. Es decir, traje de caballero, pero sin distintivo alguno que diera á conocer la elevada clase á que pertenecían.

Los Reis vestían como hidalgos y los sirvientes con sujeción á la clase á que pertenecían, pero todos, sin excepción, llevaban al cinto espada y daga y ocultas un par de pistolas cada una con dos cañones. Eran doce y podían disparar en un segundo cuarenta y ocho tiros, pero esto sólo ellos lo sabían.

Salieron, hallando á la puerta al alcalde mayor rodeado de corchetes. En medio de estos se dirigieron al muelle y no tardaron en hallar tres botes que en breve los llevaron al pie de la escala real.

Salieron, hallando en la cubierta de popa al comandante del *Invencible* rodeado de todos los jefes, oficiales y altos empleados del buque. Estos les abrieron paso, y llegando el alcalde mayor frente al comandante, dijo:

—De orden de su majestad el rey, nuestro señor, os entrego á estos dos caballeros y á la comitiva que los sigue. Ordena nuestro amado monarca que vos y cuantos os obedecen tengais con ellos todos los cuidados y atenciones que merecen las personas más distinguidas de su corte. Y dispone su majestad que los considereis y atendais en cuanto necesiten de vosotros y el buen servicio lo permita. Hé aquí la orden firmada por el rey.

El comandante la cogió y después de leerla dos veces, preguntó al alcalde:

—¿No tienen nombre estos caballeros.

—Sí, pero á todos nos ordena su majestad que respetemos su incógnito.

—Bien,—gritó el comandante;—cúmplase lo mandado por el rey.

Entregó el escrito á su segundo para que lo archivara, se despidió del alcalde con una reverencia y dió la orden de hacerse á la mar. Realizado esto se retiró á su cámara.

El alcalde mayor se despidió afectuosamente de Julio, Osorio y Mendoza, y partió con sus corchetes al muelle.

Una hora después la inmensa mole llamada Invencible iba lentamente abandonando el puerto, hasta que dejó atrás los castillos y montes de Cartagena. Viró al Oeste, y dirigiendo su proa al Estrecho de Gibraltar, comenzó á cruzar el Mediterráneo con la lentitud y la majestad de tan gran navío.

Nuestros amigos abandonaban sus palacios, sus riquezas, sas afecciones y su patria sin alegría ni sentimiento. Cumplían un deber sagrado y no entraban en ninguna otra consideración.

Antes de seguir adelante debemos dedicar algunas frases á la desaparición y aparición de Flaviano en Madrid.

Cuando corrió la noticia por la corte de que habían muerto á Osorio, se alarmó el público militar y civil, pero bien pronto se tranquilizó viendo impasibles al duque del Imperio, á Julio de Silva y á todos los poderosos parientes de éstos.

Circuló de nuevo la voz de que el elegante y vale-

roso joven se hallaba en su palacio sano y salvo, después se dijo que salía de España con Julio y los comentaristas formaron castillos que se elevaban hasta las nubes. Castillos que echó por tierra el periodismo anónimo.

Era costumbre de la época publicar unas veces en manuscrito y otras impresos unos periódicos que no tenían regularidad en su salida, pero que hablaban de los sucesos importantes que ocurrían en nuestro país y hasta en el extranjero.

Y no eran todos anónimos, los había también casi oficiales y hasta la corte tenía el suyo.

De esta manera empezó el periodismo en España.

Pues bien, un periódico anónimo y perfectamente redactado hizo la historia detallada de todo ó de casi todo lo acontecido, el cual hubo quien dió por un número cuatro ducados, cantidad grande entonces.

Exajeraba algo, aumentó bastante, apareciendo en suma Flaviano un héroe muy superior á su padre.

En el fondo había verdad, en la forma bastante hipérbole por efecto de la poesía y bellezas retóricas acumuladas.

Todas las clases sociales creyeron cuanto decía el impreso y no tardaron nuestros poetas populares en escribir romances idealizando la virtuosa y bellísima persona de Osorio.

Cuando el duque del Imperio cruzaba por frente al Mentidero ó de algún otro sitio concurrido, solía escuchar un aplauso.

Cuando circuló la noticia de que habían partido

Julio y Flaviano, apareció en el periódico anónimo con letras grandes y á la cabeza la siguiente noticia:

«Salen de España los héroes Osorio y Silva. Van á empequeñecer á sus padres, gigantes un día, y á elevar hasta el cielo el nombre español.

»¡Guay de los enemigos de la patria; gloria á sus héroes!»

Estas breves frases fueron recibidas con aplauso en el Mentidero y en todas las reuniones de Madrid.

Hubo quien dió cinco ducados por un número, y desde ese día sirvió la noticia de tema á los poetas para escribir romances.

Después quedó el recuerdo que refrescaban de continuo los romances y las sátiras dirigidas á los enemigos de Flaviano.

El rey no había salido bien librado y menos aun el duque de Uceda de las hábiles y encubiertas alusiones de los periódicos anónimos y romances, pero tuvieron que resignarse y dejar al tiempo que apagase la encendida hoguera de su lastimada fama.

¿Qué hicieron el Santo y el duque del Imperio después de partir sus hijos?

Unámonos ahora á Julio, Osorio y Mendoza y naveguemos con ellos.

Los doce madrileños tomaron posesión de sus respectivos camarotes. El primero es un cuadrilátero que tendría cinco varas de longitud por tres y media de latitud. Hay en medio una mesa y en torno tres divanes y un armario vacío con seis taburetes. Cerca de la mesa empezaba una estrecha escalera de caracol que

conducía á la cubierta. Se cerraba con puerta de hierro y concluía con cristales que ayudaban cuando el tiempo era bueno y podía estar abierta la escotilla á dar luz á la pequeña cámara, que resultaba independiente para poder subir y bajar desde la cubierta á esta habitación. Tenía además un pequeño dormitorio con tres camas estrechas y lo necesario para el aseo. Esto era lo único puesto á disposición de los tres grandes de España. No era malo, pero sí chico y pobre, relativamente á la capacidad del navío y á la clase á que pertenecían los tres.

Seguía á esta cámara que se hallaba cerca del centro del navío, un camarote con cuatro camas y una mesa, destinado á los hermanos Ros.

Y otro contiguo á éste, más oscuro y pequeño, que ocupaban los cuatro criados.

Eso era todo.

Un minuto después de marchar el alcalde mayor, dieron á nuestros viajeros posesión de sus departamentos. Los guiaba un oficial atento, cortés y tan expresivo estuvo con ellos y tante se ofreció, que hubo de preguntarle Osorio:

—¿Nos conoceis?

—No pero vuestros modales y actitud dicen más de lo que conviene á vuestro incógnito.

—¿Qué dicen, señor oficial?

Bajando la voz el marino, contestó:

—Dicen, señor, que es posible un choque entre vosotros tres y mi comandante. Su segundo es un excelente marino y muy caballero.

—Lo sé.

—Mandadme cuanto querais.

—Gracias.

—Deseo que me las deis después, no antes.

—Oid; quiero que todos los libros que traemos los coloquen en ese armario; quiero que nos sirvan nuestros criados, y deseo que no entre en esta cámara, camarote ó lo que sea, pues de todo tiene, otro que vos de la gente del mar.

—¿Qué más, señor?

—Eso sólo.

—¿Añado á vuestros libros algunos míos y mapas?...

—Sería inútil, traigo de todo en abundancia.

—Instrumentos...

—También los hallareis con nuestros libros.

—Poco me pedís.

—Acabamos de embarcarnos. ¿Cómo os llamais?

—Guzmán.

—¡Guzmán de Nava?

—Sí, señor. ¿Cómo sabeis?

—Vuestro padre sirvió con mi maestro el general Roch.

—¡Luego sois marino!

—Algo entiendo de náutica.

—Tuvísteis de maestro al primer marino del mundo.

—Y mi hermano,—añadió Julio,—fué su mejor discípulo.

—A excepción de tí. hermano.

—No,—replicó Mendoza con voz de bajo profundo: —Roch decía que eras tú el primero, Flaviano.

—¡Flaviano!—exclamó el marino mirando á Osorio con asombro.

—Señor Guzmán,—dijo Osorio,—tiene pena de la vida impuesta por el rey, por mi hermano y por mí el que nos descubra.

—Soy muy reservado, señor; pero entiendo que no sois hermano de ese caballero.

—¿Pues qué soy?

—Casi hermano, pero hermano, no; y en verdad que me asusta más la sentencia de muerte impuesta por los dos semihermanos que por el mismo rey.

—Sí; nuestros sentenciados mueren en el acto de serlo.

—Eso he querido decir.

—Pero conste,—volvió á decir Mendoza con su voz de bajo,—que Julio, Flaviano y yo somos hermanos.

—¡Julio!—dijo el marino.

—Rogelio,—añadió Osorio,—no hables.

—¡Rogelio! ¡Santa Bárbara lo que va á ocurrir en el *Invencible*!—murmuró Guzmán, fijándose en los tres con terror.

Hubo un momento de silencio.

Mendoza ante la orden de Osorio, enmudeció.

Julio sonrió.

Osorio examinaba la frente, mirada y actitud del marino, y éste había inclinado la cabeza, y ni aun la vista se atrevía á levantar.

Por fin rompió el silencio Flaviano con las siguientes frases:

—Ya lo habeis oido, Guzmán; pena de la vida el que nos descubra.

—No lo olvidaré, señor.

—Todos los días entrais á vernos.

—Lo haré con mucho gusto.

—Podeis retiraros.

—Siento, señor, que nada más me mandeis.

—Ya nos habeis prestado un gran servicio.

—¿Yo?... No sé.

—Diciéndonos que el segundo de este barco es inteligente y caballero.

—De la escuela de Roch.

—Entonces no cabe duda, será bueno.

—Con vuestro permiso, señores.

Y salió el teniente Guzmán para volver con los criados de los jóvenes, los cuales entraban cargados con libros, mapas é instrmentos científicos.

Los sirvientes llevaban los volúmenes en tanto que Guzmán los iba colocando todos con orden y concierto.

Después mandó fijar otra mesa á un lado y en ella colocó los instrumentos, quedando todo sujeto para evitar oscilaciones peligrosas y muy al gusto de Osorio y Julio.

Solos los tres hermanos, y sentados en torno de la mesa, dijo Rogelio:

—Hermano Flaviano...

—Suprime el nombre y apellido por los clavos de Jesús.

—Hermano,—replicó Mendoza,—no me gusta ese comandante.

—Lo creo; ni ningún otro hombre, debes añadir. A tí sólo debe gustarte las mujeres hermosas.

—No es eso; quiero decir que la cara de ese jefe no inspira talento ni siquiera simpatías.

—Lo peor es, hermano, que son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no.

—Ese acaba por convertirse en pez.

—¿Cómo?

—Tirándolo yo al mar.

—¿Qué dices?

—Por orden tuya ó de Julio ó por faltarnos á alguno de los tres.

—Eso último ya es muy elástico, hermano.

—Lo haré con vuestro permiso.

—Pero no esperes á pedirlo después de haberlo hecho.

—¡Si me da tiempo!

—Eres el único hombre á quien tengo miedo.

Rogelio soltó una carcajada, replicando:

—¿Miedo tú, y á mí?

—Sí; ¿quieres que te diga la causa?

—Dila.

—Tu padre fué un poco menos avisado que tu abuelo y tú me temo que no llegues á tu padre.

—En fuerza le aventajé.

—¿En entendimiento?

—Roch decía que nos diferenciábamos muy poco, y tu padre añade que yo soy más listo.

—Sí, porque le tenías miedo y con él estudiabas más.

—Miedo no; cariño y respeto sí. Ya verás si sirvo en la guerra.

—Debes servir en la guerra y en la paz.

—De la misma manera que mi padre degeneró del tuyo y yo del mío, tu padre tuvo más talento que tu abuelo, y tú tienes más que tu padre. Hecho este milagro, nada debe temerse; con tu talento hay bastante para los dos. En cuanto á Julio, no hay comparación posible: su abuelo Alberto, su padre y él son la misma cosa.

—¿Qué cosa?

—El mismo espíritu; Dios hizo los tres exactamente iguales.

Julio y Osorio sonrieron al escuchar la verdad escapada de los labios de Rogelio.

Flaviano le dijo:

—Quedamos en que solo tenemos un talento para los dos.

—Eso es; el tuyo.

—Bien, pero en ese caso me tienes que obedecer ciegamente.

—Claro está.

—¿Y cuando no estés á mi lado?

Si me equivoco, tú lo enmendarás.

—Para lo cual necesito...

—Tener conmigo la misma paciencia que tu padre tuvo con el mío.

—Está bien, empiezo; coje el segundo volumen del primer estante y estudia.

—¿De qué trata?

—De ciencias naturales.

—¿Para qué necesito yo?...

—Vamos á visitar un país despoblado de hombres en muchas comarcas, pero pobladísimo de árboles, fieras y reptiles.

—Pero en las Américas...

—Hombre, esa obra te enseñará todo lo que luego has de ver.

—¿Se contrae á Méjico?

—Claro está.

Los tres estudiaron hasta la hora de almorzar.

El navío llevaba un excelente movimiento; reinaba Norte é iba de bolina.

En aquellos momentos entraban en los mares de Andalucía; y sus deliciosas costas y playas atrajeron á nuestros doce viajeros, que subieron sobre cubierta al acabar de almorzar, y en estos momentos paseaban tranquilamente.

El comandante cruzó por cerca de ellos, pero nada les dijo. Su segundo se atrevió á preguntarles:

—¿Os gusta la vida de á bordo?

—Todo nos gusta á nosotros cuando está dentro del cumplimiento de nuestros deberes,—le contestó Julio.

—¿No os mareais?

—No, señor.

—¿Ni os causa y molesta la monotonía de esta prisión?

—Tampoco.

—El estudio, eso es. Habeis señalado el remedio que yo empleo contra el hastío.

—Es el mejor y el más productivo.

—¿Qué estudiais vosotros? Perdonad..

—Está bien hecha la pregunta. Estudiamos ciencias, todas las ciencias, y fisolofía hasta llegar á la metafísica.

—Eso de todas las ciencias es muy elástico, ¿Tambien la mía?

—También la vuestra.

—Es muy difícil.

—No tanto. Comprendiéndola como Roch es fácil.

—¿Y quién hace ese milagro?

—Todo el que estudie bien y tenga algun talento.

—Roch era un sabio.

—¿Le conocísteis?

—Poco; se retiraba de la marina cuando yo entré en ella, pero tengo todas las obras que dejó.

—¿Todas las obras impresas?

—Sí.

—Poco es. Lo mejor que escribió quedó inédito.

—¿La conoceis?

—Sí, señor.

—¿Quién tiene esos manuscritos?

—Mis hermanos y yo.

—¡Sois hermanos!

—Los tres.

—¡Ah! ¿Y esos manuscritos se concretan?...

—A la ciencia de la navegación y á todas las que con éste se relacionan.

—¡Escelente obra será!

—Sí, la que escribió para enseñar á sus discípulos queridos.

—¡Los hijos de los *Invencibles*!

—Ciertamente.

—¿Y vosotros teneis esa obra?

—Claro es.

—¿Cómo no la tienen sus eminentes discípulos?

—Ellos son los dueños, pero ahora la tenemos nosotros.

—No comprendo bien...

—Pues no os explico más...

—Lo siento. ¿Me haríais la señalada merced de prestarme solo por veinticuatro horas esa obra?

—Es muy poco tiempo para estudiarla.

—¿Cuánto?

—Os la prestaremos por un mes.

—Gracias, señor; es el más grande favor que podeis hacerme. ¿Cuándo?

—Mañana os la mandaré con el teniente Guzmán.

—Gracias, señor, y perdonad si os dejo.

La tarde y la noche la pasaron bien nuestros navegantes encerrados en sus respectivos camarotes ó paseando por la cubierta. Cuando andaban por esta se concretaban á devolver los saludos que les hacían y continuaban entre sí.

La comida que les sirvieron no era mala, pero distaba de la que ellos debían comer y podían servirles, mas no dijeron nada.

A las diez de la noche se retiraron á descansar y durmieron sosegadamente, sin que el movimiento del buque fuese motivo para insomnio ó perturbación.

Verdad es que navegaban con viento fresco, de bolina y con la comodidad posible.

CAPITULO XXII

La vida del navegante.—Málaga, Cádiz y alta mar.—Los héroes y un teniente de marina.—Un discípulo del general Roch.

A la mañana siguiente se levantaron temprano nuestros viajeros, tomaron un ligero desayuno é iban á dar principio á sus estudios, cuando oyeron la voz del teniente Guzmán. queles pedía permiso para entrar.

—¡Adelante!—le contestó Osorio.

Y el joven marino apareció en los umbrales en actitud respetuosa.

—Avanzad,—añadió Flaviano:—¿Qué ocurre en el navío?

—Nada, señor, de particular.

—¿Cuándo llegaremos á Málaga?

—Mañana, si el tiempo ayuda.

—Teniente, cuando os retireis, hacedme el favor de cojer aquella caja, y entregádsela á vuestro segundo jefe el capitán don Estéban Fajardo.

—Lo haré con mucho gusto, señor.

—Llevamos buen tiempo, ¿es verdad?

—Excelente.

—¿Durará mucho?

—Quién sabe.

—Teniente, ¿seguirá así hasta que lleguemos á los trópicos?

—Es posible.

—Aseguradlo.

—Si lo afirmais, no hay duda que será así.

—Tú nunca te equivocas, hermano,—exclamó Rogelio:—aciertas como tu padre.

—Deja á mi padre en paz, hermano; te voy á tener que prohibir el que hables.

—Lo haré si me lo mandas.

Todavía hicieron Julio y Flaviano algunas preguntas á Guzmán y éste se retiró llevándose el manuscrito de Roch para entregárselo á su capitán.

A las doce almorzaron nuestros amigos, y á las cuatro y media subieron á cubierta, después de haber estudiado más de seis horas.

Paseando estaban los tres, cuando se acercó á saludarles el Capitán Esteban Fajardo.

—Gracias, señores,—les dijo;—he recibido el manuscrito del general Roch y os doy las gracias por el gran favor que me habeis hecho el prestarme esa obra.

—¿Os gusta?

—Mucho, Es de su puño y letra y estoy seguro que la escribió para sus distinguidos discípulos los hijos de los *Invencibles*.

—Así es la verdad, capitán.

—Toda la sabiduría de aquel gran marino se halla condensada en el magnífico libro que nos ocupa.

—¿Ya lo habeis leido?

—Imposible; lo he hojeado y ahora con vuestro permiso le voy á estudiar.

—Mejor era que lo copiáseis.

—¿Me lo permitís?

—Sí,—dijo Oserio.—Sois un capitán de la marina real, defendeis á nuestra patria y tan buenas noticias tenemos de vuestro talento y aplicación; que me complace poseais el ejemplar de una obra que tan útil puede seros.

—Gracias, señores, muchas gracias. ¿Mandaré que saquen dos, uno para vosotros y otro para mí?

—Nos basta con el original, señor Fajardo.

—Tendreis que devolverlo...

—No, es ya nuestro.

—¡Ah es lo regalaron los hijos de los *Invencibles*!

—Sí.

—¿Son amigos vuestros?

—Mucho.

—Dos de ellos valen tanto como los padres.

—Tres,—le contestó Mendoza con su voz de bajo,—Julio, Flaviano y Rogelio.

—¿También el hijo del marqués de Abella?

—Sí, señor capitán. El último tiene más fuerza que logró su padre y casi tanto talento ó acaso más.

Silva y Oserio sonrieron al escuchar las últimas frases de Mendoza.

—¿De qué os reis?—le preguntó Rogelio.

—De nada, hombre.—dijo Osorio.—Pasea un poco, que has almorzado mucho.

—Mendoza comprendió la indirecta y se calló.

Los otros continuaron hablando.

Al siguiente día á la misma hora, desde la cubierta distinguieron la ciudad de Málaga.

El navío viró en dirección de la plaza y una hora después anclaban.

Con sorpresa vieron al comandante del Invencible saltar á un bote y dirigirse solo á la ciudad.

Media hora después volvían los marineros que le llevaron sin él. Ni dió permiso á ninguno para que desembarcase, ni dijo nada á los tres que llevaba á Méjico.

—¿Quién es ese comandante?—preguntó Julio á Flaviano.

—Un marino excéntrico, algo bebedor y el menos á propósito para conducir á hombres como nosotros.

—¿Cómo manda un navío tan excelente hombre de esos antecedentes?

—Julio, el comandante Roger de la Iglesia es muy valiente.

—Valía más que fuese hombre de ciencia.

—Es verdad, pero todavía en esta época el valor se sobrepone á la sabiduría para la generalidad de los seres humanos.

—¿Qué hacemas con él?

—Nada todavía; puede estar llenando una misión del servicio y nosotros no podemos incurrir en una

equivocación que nos rebajara ó descubriera antes de tiempo. Esperemos.

—Creo que piensas como siempre, con discreción.

Y continuaron paseando por la cubierta hasta anochecido que se retiraron á su cámara.

A la mañana siguiente el navío continuaba anclado y el comandante no volvía.

De ese modo permanecieron cuarenta y ocho horas.

El comandante volvió en un bote malagueño, mandó levar anclas y continuaron su ruta sin saber á qué obedecía aquella detención.

Dos días después volvieron á anclar en Cádiz y ocurrió lo mismo que en Málaga, si bien en esta bahía permanecieron veinticuatro horas más que en el otro puerto.

Sólo el comandante desembarcó sin participar á nadie el objeto de aquella detención.

Julio y Flaviano deploraban aquel retraso de cinco días sin causa al parecer justificada; pero nada podían determinar por aquellos actos que muy bien podían obedecer al cumplimiento de órdenes reservadas.

Sin embargo, puestos los dos de acuerdo se procuraron una entrevista casual con el comandante.

Se hallaban paseando sobre cubierta, el navío navegaba viento en popa con la proa á los trópicos, y en una de las veces que Iglesia cruzó por cerca de ellos, le detuvo Julio con las siguientes frases:

—Señor comandante, nos habeis hecho perder cinco días entre las dos detenciones de Málaga y Cádiz y ese

tiempo podrá perjudicar á la misión que desempeñamos por la orden del rey.

—Tengo orden de llevaros á Méjico,—le contestó Iglesia,—sin tiempo prefijado, porque no es posible señalarlo cuando se va á merced del viento.

—Eso no contesta á mis frases; las detenciones por causa del aire no son las de paradas que no se justifican.

—Caballero, mando yo sólo en el navío y de mis actos sólo á Dios y al rey debo dar cuenta.

Y haciéndoles un saludo, continuó hacia el puente sin darles más explicaciones.

—¿Qué hacemos, Flaviano?—preguntó Julio á su compañero.

—Nada todavía; navegamos de incógnito y sólo en un caso extremo debemos darnos á conocer; cuando éste llegue, que desgraciadamonte llegará, entonces obraremos.

—¿No era mejor que lo tirase al mar?—preguntó Rogelio con gravedad que hizo sonreir á sus hermanos.

—No,—le contestó Osorio.—Tu misión, hermano, es por ahora la de ver, oir y callar en cuanto se refiera á esta clase de asuntos.

—Ese hombre nos ha tratado con desprecio, hermanos.

—No nos conoce, Rogelio.

—Es que no nos hace falta para nada y entre esas ondas podía muy bien servir de pasto á los peces.

—Todos tus remedios son heróicos, Rogelio, pero

inconvenientes. Ten calma y espera como nosotros.

—Me es muy antipático ese marino, Flaviano.

—Y á mí, pero no es cuestión de simpatías, sino de actos de justicia, y aún no es tiempo de enseñarle á ese jefe cómo se cumple con hombres como nosotros.

—Con tal que me dejes tirarle al mar...

—Eso es un delirio; si castigo merece, lo recibirá, pero no en esa forma.

A la mañana siguiente se presentó á nuestros amigos como de costumbre el teniente Guzmán.

Osorio le preguntó:

—¿Qué ocurre en el navío?

—Nada, señor; vamos viento en popa, el servicio se hace con regularidad y la navegación no puede ser más agradable.

—¿En qué se ocupa el comandante?

—A veces observa, otras examina, castiga las más leves faltas y sepultado en su cámara, casi siempre solo, no da señales de vida.

—Poco tiempo pasa sobre cubierta.

—Poco, lo hacemos nosotros. El navío está bien dirigido.

—Gracias á sus oficiales.

—Señor, el capitán Fajardo es un excelente marino.

—Gracias á ese en particular y á vosotros en general. ¿También por la noche vigila y observa?

—Rara vez; lo hace el capitán.

—Estará embriagado...

—Nada puedo contestaros, señor.

—¿Por qué?

—Es mi primer jefe.

—Está bien; decid reservadamente al capitán Fajardo, que esta noche cuando termine sus quehaceres entre aquí.

—¿Algo más deseais de mí?

—Gracias.

Salió el teniente, sin que durante el día ocurriese nada que de contar sea.

El navío surcaba los mares, viento en popa, el servicio era regular, gracias al capitán Fajardo, y nuestros jóvenes se presentaban irritados por la conducta del comandante.

Osorio y Silva comprendieron que aquel hombre excéntrico y bebedor no debía mandar uno de los mejores barcos de la armada real, pero iban de incógnito y sólo en casos extremos debían descubrirse.

Decidieron esperar, si bien tomando algunas medidas de precaución que les facilitase el desenlace de la escena que preveían.

Serían las diez de la noche, cuando se presentó Lorenzo Ros, diciendo:

—Señores, el capitán Fajardo desea la honra de que lo recibais.

—Que pase,—le contestó Julio,—y que nadie escuche lo que aquí se habla.

Un minuto después entró el capitán, quedando frente á Julio, sorprendido, absorto, mirándole con asombro y sin atreverse á hablar.

Julio lucía sobre su trusa de terciopelo negro el toisón de oro, que sólo usaban en aquella época las

Julio lucía sobre su trusa de terciopelo el Toisón de Oro.

personas reales. Ante esta insignia quedó Fajardo mudo, casi inerte.

Silva le dejó que se repusiera. Cuando el capitán lo hubo conseguido, exclamó:

—¡Comprendo, señor; los tres hijos de los *Invencibles*!

—¡Fajardo, tiene pena de la vida el que nos descubra!

—No seré yo ese, alteza, que estoy bien con mi existencia y soy el primer admirador del príncipe de Italia y del duque del Imperio.

—¿De nadie más?

—Y de sus hijos. ¡De don Elaviano se cuentan ya cosas!...

—Basta de admiraciones y contestad á mis preguntas.

—Me hallo á las órdenes de vuestra alteza.

—Suprimid tratamientos que no quiero y son ahora peligrosos. ¿Qué opinión teneis del comandante de este navío?

—Señor, es un valiente.

—Valiente lo es en España todo el mundo, casi todo el mundo.

—Ni puedo, ni debo, ni quiero engañaros. Si le descartamos lo de valiente no queda nada, señor.

—Nada bueno, querreis decir.

—Eso es.

—Los valientes, señor capitán, son útiles en la guerra, pero no sirven para mandar barcos, y menos navíos como éste.

Nada contestó Eajardo. Silva continuó:

—Mi hermano y yo entendemos algo de náutica.

—¿Vuestro hermano? ¡Ah, sí! Lo creo, señor; más que el comandante y que yo. ¡Los discípulos predilectos del gran marino Roch, sus hijos, como él los llamaba! Le oí decir varias veces que sabíais más que él y que os sobreponías á vuestros padres.

—Chocheces de un noble anciano; supongo que nadie lo creería.

—Al contrario, y siento contradeciros; el gran Roch no mintió jamás. Por esta causa todos lo creimos.

—Le engañaba su afecto á nosotros. Sepamos, ¿qué ha hecho el comandante en Málaga y Cádiz?

—Lo ignoro, señor.

—¿No le pudieron llevar allí asuntos del servicio?

—No es lo probable.

—¿Qué opinais vos? Por mis labios os pregunta el rey.

—Tiene esa costumbre.

—¿La de detenerse en todos los puertos por donde cruza su navío?

—En casi todos.

—¿Para asuntos particulares?

—Nadie sabe lo que hace.

—¿Quién manda el navío, capitán?

—Iglesia, señor.

—No es eso; ¿quién le da dirección, lo defiende y vela por la existencia de todos nosotros?

—Todos los oficiales.

—Creo que vos principalmente.

—Hago cuanto puedo, señor; no temais nada...

—Suprimid esa frase, Fajardo; los hijos no han degenerado en valor de sus queridos padres.

—Quiero decir, señor, que el *Invencible* no corre otros riesgos que los de accidentes inesperados.

—Gracias á vos y nada me contesteis porque me consta; pero hay sobre vos un jefe á quien teneis que obedecer y sus mandatos pueden constituir un grave peligro en el caso probable de amenazarnos un siniestro.

—Es posible, señor.

—Para evitarlo, si llegare, os pregunto; ¿os hallais dispuesto á obedecerme?

—Sí, señor.

—¿Aún cuando os mandase prender á Iglesia?

—Señor, el comandante es el jefe absoluto del navío.

—Cuando no hay en él un general en jefe de las fuerzas de mar y tierra y un representante del rey.

—¡Un general en jefe de!...

—Sí, mi hermano.

—Señor, si uno de los dos me lo mandase sepultaría en las bodegas del barco al mismo comandante.

—¿Y la fuerza, qué haría?

—Obedecer.

—¿Estais seguro?

—Lo estoy.

—Hemos concluído, capitán. No olvideis que tiene pena de la vida...

—El que os descubra á cualquiera de los dos: no lo olvidaré.

—No, á cualquiera de los tres.

—¡Ah, también á este caballero!

—Sí, el excelentísimo señor marqués de Abella.

—¡El *Sansón* de Cartagena!

—El hijo de un *Invencible* con sangre igual á la de su padre.

—¡Terrible trinidad, señor!

—No es mala, Fajardo.

—¿Son Zalla esos cuatro jóvenes?...

—No, son Ros, oficiales al servicio de su majestad.

—¡Ros! Sí, también hablaba mi general Roch de un Ros, servidor del señor duque del Imperio, tan temerario como su señor.

—Por el estilo son sus hijos.

—Señor, mi barco lleva ahora un ejército invencible.

—Con un comandante que en nada se parece á Roch.

—Es verdad.

—Pero que yo le daré lo que merece.

—¡Si él supiera quiénes van en su barco!...

—Nada más fácil; con dos frases vuestras bastaba.

—¿Y luego señor?

—Después, con un solo movimiento de mi mano ó de la de Flaviano se encargaría de vos mi querido Rogelio.

—¿Qué haríais conmigo, señor marqués?

—Nada malo; puesto que tan aficionado sois al mar os convertiría en pez.

—¿Arrojándome al Océano?

—Sí; pero á la vez os oprimiría el cuello para que no sintiéraís la impresión del agua salada.

—Estrangulado y al mar, ¿no es eso?

—Eso es.

—Gracias, señor marqués, prefiero obedecer ciegamente á los hijos, como mi maestro Roch obedeció á los padres.

—Hareis bien, y os advierto que mis hermanos traen poderes hasta para nombraros general, como el príncipe de Italia nombró á Roch.

—Lo había supuesto.

—Y yo traigo un poco más de fuerza de la que tuvo mi padre.

—También lo había oído. Y un corazón de bronce.

—No, de lo que sea más fuerte aún.

—¿Qué mandan los señores á este su humilde servidor?

—Nada,—dijo Julio,—podeis retiraros.

—Aguardad,—exclamó Osorio.—Con la voluntad ó sin la voluntad del comandante encargaos vos del navío; y entended que desde este momento sois vos responsable ante nosotros de todo lo bueno ó lo malo que ocurra.

—Está bien, mi general; con ó sin la voluntad del comandante desde hoy queda el navío á mi cargo.

—Y cuidado con lo que haceis,—dijo Mendoza,—porque soy yo el encargado de corregiros.

—Terrible corrección sería la vuestra, señor marqués.

—No volveriais á cometer otra falta.

—Vale más que no llegue la primera, y fio en Dios que no llegará.

—Podeis venir á esta cámara siempre que tengais necesidad,—le dijo Julio.

Y salió el capitán Fajardo dando por hecho de que en el navío iba á ocurrir algo grave.

El incógnito de aquellos tres poderosos señores y la conducta punible del comandante del *Invencible*, le señalaban un nuevo horizonte, al cual se encaminaba Fajardo con valentía y decisión.

Pronto veremos si se había equivocado.

Los jóvenes quedaron hablando hasta las once que se retiraron á descansar.

La mar seguía tranquila, el viento fresco y sostenido, y el enorme buque continuaba viento en popa ganando nudos y dejando atrás la vieja Europa.

No tardará mucho en cambiar su agradable situación.

CAPITULO XXIII

La calma chicha.—Todo tiene su término.—La tormenta.—El grave peligro.—Remedio heróico.—El ciclón.

Diez días después de haber abandonado el *Invencible* la bahía de Cádiz y de haber surcado el Atlántico viento en popa, entró en los mares tropicales con menos aire y una lentitud que desagradaba á nuestros amigos.

La vida de á bordo es siempre monótona y el navegante se consuela de lo mucho que en ella carece cuando ve su barco correr, por la esperanza de llegar pronto y ver el término de su molesto viaje.

Pasaron dos días y el viento continuó aflojando hasta que al tercero cesó por completo.

El navío quedó como enclavado en el agua.

La mar parecía una superficie azulada de cristal, tersa y llana, y sin el más leve movimiento.

Ni la más tenue brisa se dejaba sentir. En cambio un bochorno insufrible molestaba bastante á los navegantes del *Invencible*. La estancia en la cubierta del navío era cada vez más incómoda.

Trascurrió el día sin más incidentes que el de la calma chicha que abrumaba á nuestros viajeros. Estos estaban de día en el interior del buque y por la noche subían á cubierta, paseaban y lo mismo Julio que Flaviano observaban el firmomento.

Al comandante ni de día ni de noche se le veía en ninguna parte. Encerrado en su cámara se alcoholizaba á todas horas.

Cinco días trascurrieron sin variación alguna ni señal que les indicara un cambio.

Enclavados en medio de los trópicos no veían el fin de aquella calma abrasadora.

Al sexto día por la noche, fijos Osorio y Silva en el firmamento, observaban un punto blanco que se dibujaba en el espacio.

Cinco minutos después lo estudiaba Flaviano á favor de uno de los mejores aparatos de óptica de aquella época.

Según observaba movía la cabeza con disgusto.

Después llegó Julio y reemplazó á Flaviano en las observaciones.

Más tarde vió Osorio al capitán Fajardo que desde el castillo dirigía el aparato del navío al mismo punto que ellos.

Se acercó más tarde á nuestros jóvenes, diciéndoles:

—Ya he visto que observábais como yo aquel punto b'anco.

—Es verdad.

—¿Qué deducís, señor?

—Dadme antes vuestro parecer, capitán.

—Ese punto blanco es una nube que acaso agrande y llegue hasta nosotros para descargar enormes cantidades de agua.

—¿Qué figura tiene esa nubecita?—le preguntó Flaviano con doble intención.

—La de una coma.

—Eso es. ¿Leísteis toda la obra de Rech que os hemos prestado?

—No, señor; como á la vez la copio sólo llevo la mitad.

—Por eso ignorais que ese punto blanco irá pronto corriéndose de Este á Oeste, cubrirá el espacio y arrasará cuanto halle á su paso.

—¿Peligrará nuestro navío?

—Sí.

—¿Sabeis la manera de evitarlo?

—Creo que sí. ¿Qué hace el comandante?

—Lo ignoro, señor.

—Enteraos y regresad.

—¿Le advierto el peligro que corremos?

—Como os parezca.

—Vuelvo al momento.

Flaviano tornó á estudiar el punto blanco hasta que Julio le dijo:

—Ahí tienes el capitán, hermano.

Osorio dejó de mirar, preguntando:

—¿Qué hace el comandante, Fajardo?

—Nada, señor.

—¿Tiene alguna botella delante?

—Sí, señor.

—¿Dormía cuando llegásteis?

—No, señor, pero estaba como aletargado.

—Le digísteis lo que ocurre?

—Sí, señor.

—¿Qué os contestó?

—Que no entendeis nada de eso y que yo he visto visiones.

—¿Habeis insistido?

—Sí, señor; le he rogado que suba y me ha llamado necio.

—Está bien, capitán. Tenemos un peligro próximo y como general de mar y tierra tomo en nombre del rey el mando de este navío, si bien mis órdenes serán trasmitidas por vos para conservar el incógnito que me he impuesto. ¿Julio, quieres ser tú?...

—No, hermano, que en esta ciencia decía Roch que eras tú el primero.

—Sabes de sobra...

—No insistas,—dijo Julio,—quiero ser el primero en obedecerte.

—Eres primo de su majestad, eres el representante del rey...

—Soy vuestro más leal servidor, mi general, y quiero obedeceros.

—Mi padre, que tanto vale, obedecía al tuyo.

—Los hijos han cambiado los papeles como han cambiado los tiempos.

—Sea, ya que tú lo quieres. Bajad los dos, armaos y que suban los cuatro Ros y seis criados armados también y cubiertos todos con tabardos impermeables. Que traigan dos de los últimos para Fajardo y para mí.

Desaparecieron aquellos, diciendo Osorio al capitán:

—Fajardo, que fijen aquí unas planchas de hierro ó bronce en la forma que se pueda, formando semicírculo mejor que de otro modo y dos maromas en frente. Las planchas nos resguardarán del viento y las maromas servirán para estar además agarrados á ellas. Dadle la extensión posible, pero de modo que no estorbe á las funciones de la marinería.

—¿Fuerte?

—Juzgadlo vos; es posible que el huracán nos lleve parte de la obra muerta ó acaso toda.

—Entonces el máximo.

—Eso es. Haced retirar todos los centinelas de cubierta; la tropa puede dormir, pero los marineros sin excepción, que esperen en la primer cámara de proa. Anunciadles que habrá gran peligro.

—Muy bien, señor.

—No tardará en llegar la primer avanzada que será una brisa fresca que irá aumentando. En el mismo instante poned la proa del navío al Este, perfectamente al Este, y en el acto echad anclas por la popa, todas las que tengais. Nada más por ahora. Después de anclar, quede todo el velámen recogido lo mejor posible,

—Comprendo, y van á dar principio con las chapas y la maroma.

Desapareció el capitán y Osorio volvió á observar de nuevo desde el aparato.

Con lo que Osorio había dicho á Fajardo tuvo de sobra este inteligente y bravo marino para comprender dos cosas: la gravedad del peligro que iban á correr y el pensamiento de Flaviano.

Interin nuestro joven observaba, el capitán daba órdenes, vigilaba su cumplimiento y su gente de mar, y los carpiteros trabajaban, admirados éstos y los oficiales de los graves preparativos que se estaban haciendo.

Poco después aparecieron Julio, Mendoza, los cuatro Ros y seis criados, perfectamente armados y provistos de tabardos con capucha. Los últimos llevaban al brazo los de Osorio y Fajardo.

Quedaron fijadas las planchas y las maromas. Luego sujetaron las velas, fijando á la vez todas las luces sobre cubierta que podían resistir el huracán más fuerte.

Se cerraron las puertas de las cámaras y de las escotillas hasta incomunicar por completo la cubierta con el resto del navío. Cuanto había en ésta quedó perfectamente sujeto, todo lo más sujeto que pudieron, y de este modo esperaron la llegada de un peligro que unos tenían por imaginario y otros, los menos, por cierto, y seguro.

Todavía Fajardo, que creía como Julio y Osorio en el peligro que amenazaba, tomó algunas medidas y

cuando hubo terminado se colocó junto á Flaviano, según éste le había prevenido.

En el mismo instante se retiró Flaviano del aparato, diciendo á Ros:

—Lorenzo, que bajen ese aparato y volveos aquí.

—¿No te hace falta ya, hermano?—le preguntó Julio.

—No. En breve nada podrá enseñarnos.

—¿Por qué?

—Las nubes cubrirán esa hermosa luna que nos alumbra.

—¿Toma ya dirección la nubecita?—le preguntó el capitán.

—Sí.

—¿De Oeste á Este?

—Sí, se nos viene encima. ¿Está todo dispuesto?

—Todo.

—¿La gente preparada?

—Sí, señor.

—¡Buena noche nos espera!

—La preveo y la temo.

—¿Por qué temerla, capitán? En estas ocasiones, decía Roch, se acreditan los buenos marinos.

—Es verdad, pero también se puede perecer.

—¿Tanto amais la vida?

—Es lo que menos estima un marino; pero como los naufragios no respetan á jóvenes y valientes, príncipes y generales, temo...

—Por nosotros; ¿es eso?

—Sí, señor.

—¡Qué locura! quien nos trajo aquí, Fajardo, nos llevará á Méjico.

—*Amén.*

Era cerca de la media noche cuando empezaron á sentir el agradable soplo de una brisa fresca y continuada.

—Las anclas,—exclamó Flaviano.—Antes proa al Este.

Poco después comenzó á moverse el navío, á la vez viraba y no tardó en quedar su proa en dirección al Este.

En el acto comenzaron á echar anclas, notando con placer que poco antes de concluir las cadenas, quedaban aquéllas sujetas en el fondo del mar.

Cuando estuvieron las cuatro que tenía el navío completamente aseguradas, comenzaron á liar velas hasta volver á quedar el barco sin movimiento alguno.

Los oficiales, todos sobre cubierta, veían la operación, comunicaban las órdenes que recibían de su capitán, quedando luego absortos sin comprender el objeto de aquella rápida y bien dirigida operación. Pero no tardaron en convencerse que obedecía á un acto de previsión digno de elogio.

De pronto se escondió la luna, no viendo más claridad que la despedida por las luces que tenía el navío.

—Capitán,—preguntó Flaviano,—¿esos faroles están bien amarrados?

—Sí, señor, cuanto ha sido posible.

—¿Defendidos del Oeste?

—Todos.

—No hay estorbos en la cubierta del barco?

—No, señor, á excepción de los que opone la artillería del primer puente.

—¿Asegurados los cañones?

—Con gruesas planchas y cadenas.

—¿Todo está previsto?

—Todo.

—Pues cubrirse todos con los tabardos, echada la capucha. Que no quede sobre cubierta más gente que la indispensable. Dad la orden y todos los que vamos á sufrir el temporal vengan aquí entre la plancha y la maroma.

El capitán corrió por el navío dando órdenes y diez minutos después rodeaban á Flaviano treinta y dos hombres, hallándose entre ellos todos los oficiales, pues ninguno había querido bajarse.

El viento iba aumentando; la mar picada y entre el ruido que formaban las olas al estrellarse en las cadenas de las anclas y en el casco del navío, y el del aire que silbaba con ímpetu grande formaban un estruendo aterrador.

Ahora comprendían todos los del *Invencible* lo acertado y previsor de las medidas que se habían tomado.

El mar y las nubes formaban ya una bóveda negra como el azabache y el estruendo de las olas y del huracán un concierto que sólo puede producir el caos.

No tardaron en brillar los relámpagos con su siniestro resplandor eléctrico, dando de momento en momento claridad al horripilante cuadro que la fiera na-

turaleza dibujaba aquella noche con sus pinceles de destrucción.

En este mismo instante se abrió la escotilla de la cámara principal, apareciendo el comandante.

A la luz de un relámpago vió el grupo que formaban los pasajeros y una parte de su gente de mar, y acercádose á ellos con altanería é imperio, gritó:

—¡Encerrados entre hierro y maromas! ¿Dónde están los valientes de mi navío? ¿Nada me respondeis? ¿Quién mandó anclar, quién dispuso las cobardes tonterías que presencio?

—Yo,—le contestó Flaviano adelantándose hacia él.

—¿Y quién sois vos?

—Quien vale y puede más que vos.

—¡Aquí soy yo el rey!

—¡Aquí mando yo!

Había llegado el choque presentido por Osorio, el que también Julio esperaba y el deseado por Mendoza. Este avanzó más aun que Osorio, para colocarse detrás del comandante. Cada uno de ellos se hallaba á dos pasos del jefe del navío, el uno delante y el otro detrás. Los restantes todos frente á Iglesia presenciaban la escena con interés.

A las frases: «Aquí mando yo», pronunciadas por Osorio, se enrojeció el semblante de Iglesia contestando con ira:

—Insensato, ¿quién os dió ese poder? Si volveis á decir eso, os mando al peor calabozo de mi navío.

—Digo más que todo eso; digo que me he visto en la necesidad de tomar el mando de este barco, porque

ébrio su comandante le tenía abandonado, y todos, si yo no le evitara, pereceríamos esta noche, víctimas del ciclón que tan cerca se encuentra ya de nosotros. Y digo, por último, que no puede ni debe mandar tan buen navío un jefe tan malo; y ni este ni ningún otro buque volverá á mandar en la armada de don Felipe III.

—Voy á sepultarle en un calabozo, pero antes toma, miserable.

Y fué á dar un golpe en el rostro á Flavianio; pero al levantar el brazo se lo aprisionó Rogelio, le derribó en tierra, y fijándole un pié sobre la garganta, preguntó á Flaviano:

—¿Lo ahogo?

—No; á un calabozo con él. Desarmarlo y llevarlo entre ambos, capitán Mendoza, teniente Guzmán. No tardeis, ó mejor aún, llevarlo, y no volvais á subir, que está el ciclón encima. Cerrad bien la escotilla.

Atontado el comandante por el golpe que acababa de recibir y el magullamiento de la garganta, no opuso resistencia alguna.

Mendoza le quitó la espada y medio arrastrando y medio en vilo se lo llevó de allí, desapareciendo los tres por la escotilla que dejó abierta el comandante, y cuya puerta cerraron al entrar Rogelio y Guzmán.

Los oficiales y marineros presenciaron atónitos aquella grave escena, sin atreverse á nada, viendo lo impasible que permanecía el capitán Fajardo, pue era el jefe de verdadera influencia y prestigio en el navío.

La escena anterior fué rápida, casi instantánea y

conveniente que así fuera para no volar todos los que estaban de pié.

Apenas se había cerrado la puerta de la escotilla, gritó Osorio:

—Al suelo todos cogidos á la segunda maroma. Más al centro. No moverse. Fuertemente cogidos á la maroma.

Al espirar la última frase de Osorio se oyó un estruendo horrible y empezaron á cruzar por la cubierta del navío, torbellinos de electricidad, de viento y de agua con una fuerza irresistible. Con una pequeña parte del cuerpo, que hubiera sobresalido de la plancha de hierro, habría bastado para estrellar al infeliz á quien cogiera.

Tendidos ahora en el suelo los treinta, resguardados por la plancha de hierro que era baja, pero que tenía gran espesor y estaba sujeta á la cubierta con la seguridad que el caso requería, y cogidos á la segunda marona, que solo levantaba una cuarta del suelo, sentían temblar el navío, crugir sus tablas bramar las olas y cruzar por encima de ellos esa atmósfera que derriba los edificios, arranca los árboles y barre la superficie de la tierra, sin que haya estorbo capaz de detener sus ímpetus asoladores. Es una furia que parece escapada del infierno para la destrucción de la humanidad y de su obra más sólida y perfecta.

El ruido que llevaban aquellos torbellinos infernales, ensordecía, apagando el rugir de las olas y los bramidos de la tormenta.

A la vez corría el agua por el aire inundando el

navío y haciendo imperceptibles los objetos, aun cuando los alumbrara la luz del sol.

Ninguno de los treinta hablaba; no estaban para eso, sus frases no se hubieran podido oir en medio de aquel estrépito atronador.

La corriente de aquella atmósfera que nadie explica aún, que se ha visto y no se comprende, se detenía un instante para volver á empezar de nuevo su carrera con más vigor que anteriormente.

El palo mesana, el palo trinquete y hasta el palo mayor fueron tronchados y recogidos por la aterradora atmosfera para llevarlos sabe Dios dónde.

No quedó un farol, y todo lo que ofrecía resistencia, iba siendo destruído, ó por lo menos quebrantado por aqual viento mezclado con electricidad, con agua, con algo más que desconocemos y que dispone de la fuerza más superior que se conoce en el mundo.

Sin las precauciones de Osorio, secundadas admirablemente por el capitán Fajardo, el navío *Invencible* se hubiera estrellado contra una roca ó le hubiera hecho volar por los espacios, destruyendo todas sus tablas aquella fuerza incomprensible.

Casi todo él escondido en el agua, sujeto con cuatro cadenas gruesas de hierro, y muy inclinado á Oeste, no ofrecía gran obstáculo á la potente fuerza del ciclón, y á esto se debía el que permaneciese sin haber perdido otra cosa que una parte de su obra muerta.

En cuanto á los treinta seres que permanecían boca abajo, sujetos con las manos á la maroma y apoyados los pies en las planchas de hierro, empezaban á

rendirse por los esfuerzos que hacían para no ser arrastrados por los torbellinos que cruzaban tan cerca, y cuya fuerza llegaba hasta ellos, intentando arrastrarlos al abismo.

Estos fenómenos suelen tener una lentitud de ocho á veintidos millas por lo general, y una longitud incalculable, pues no ha sido posible medir su velocidad, ni todos son tampoco iguales, pursto que se presentan de más ó menos duración.

Suelen atravesar pueblos, naciones y mares, y así continúan hasta que gastada su fuerza, con los muchos obstáculos que les oponen los montes, los árboles y los edificios, sucumben y desaparecen dejando memoria amarga de su carrera.

En la tierra van mezclados con pedazos de árboles, maderos, piedras y arena que arrastran y precipitan en su vertigiosa carrera; y en el mar que no tienen estorbo alguno que se oponga á su destructora fuerza, cojen el buque que flota sin otro apoyo que el de su propio peso, lo levantan, lo hacen pedazos y van cayendo al abismo los hombres, las tablas y objetos para desaparecer, á excepción de los cuerpos flotantes, que son esparcidos por la inmensa superficie del agua.

Eso hubiera sucedido al *Invencible* sin las muchas precauciones que tomaron Osorio y Fajardo; auxiliados por doscientos hombres y una abundancia de material propia de uno de los primeros y mejores navíos que surcaban las aguas.

Por entre los navegantes que iban en el interior del *Invencible*, corrió la voz de que eran víctimas de un

horrible ciclón, y todos temieron por sus vidas. Cuando vieron que aquel se desarrollaba con fuerza y estrépito tan formidables, pero que á ellos nada les ocurría colmaban de elogios al capitán Fajardo, que tan sabias medidas había tomado, y ya en estos momentos lo consideraban el primer marino del mundo.

Ninguno de ellos se cuidaba para nada del comandante; cuando este se dejaba ver era, en general, para imponer castigos ó se sumergía en su cámara para entregarse á libaciones que perturbasen su cerebro y lo inutilizaban para todo. Hasta el mísero soldado y el marinero sentían una impresión grande de desprecio hacia aquel jefe que pasaba la vida entre los placeres más groseros á que puede entregarse la humanidad.

Así lo habia comprendido Osorio y por esta causa obró con la decisión y arrogancia que hemos visto.

Continuaba el ciclón, si bien no con tanta intensidad, pero aún crugían los maderos del navío, las cadenas rechinaban, los estampidos se sucedían en contínuo tropel y los golpes de mar ayudaban al ciclón á multiplicar los horrores de su furia.

Dos eternas horas llevaban los treinta desgraciados que estaban tendidos sobre la cubierta, sufriendo los golpes del aire mezclado con la electricidad y el agua bañados hasta el cuello y faltos algunos de fuerzas para continuar asidos á la maroma.

El estrépito seguía, pero con menos intensidad, con fuerzas que empezaban á apagarse.

Dejaba ya intervalos que aprovechaban los de la

cubierta para sentarse un momento y respirar una atmósfera menos densa é infernal.

La oscuridad ahora era completa, pues según dijimos, no quedó un solo farol de los diez que colocaron en los palos del navío.

Tenían el resplandor de los relámpagos que cada vez se sucedían con más distancia de uno á otro.

Eran dos extremos verdaderamente antitéticos, ó la oscuridad más grande que es posible imaginar, la más negra, ó la brillante y abrasadora luz de la electricidad en combustión.

A las tres horas pudieron sentarse los treinta, teniendo la cabeza inclinada, pues hasta carecían de fuerzas para tenerse de pie.

En el mismo instante se abrió la escotilla de la primera cámara, y saliendo por ella Mendoza, llegó con trabajo á donde estaban sus compañeros, cogió primero á Flaviano y luego á Julio, y llevando uno debajo de cada brazo, los llevó á la cámara, dejándolos tendidos sobre un diván.

Hizo esta operación á la ya opaca luz de algunos relámpagos que se sucedían con lentitud y poca intensidad.

El ciclón se alejaba con la misma rapidez que había llegado.

Lo mismo hizo Mendoza con Fajardo, en tanto que el teniente Guzmán les daba á beber á todos aguardiente de caña para que los animase y fortaleciera.

Media hora después los treinta se hallaban en la cámara sobre los divanes.

Julio y Flaviano no quisieron beber aguardiente, bebieron agua, y con aquel se fueron frotando en todas las articulaciones.

Poco á poco fué concluyendo el estrépito, el mar y los elementos cesaron en su furia, ó mejor dicho, ésta huyó de aquella zona en busca de otra, donde aplicar su aniquiladora y cruel saña.

Por fin cesó de todo el ruido, la mar calmó por completo, el viento era agradable y el sol apareció en Oriente radiante y hermoso, como pocos días.

Un solo navegante había sobre la cubierta del *Invencible*. Se hallaba con los brazos cruzados, la capucha de su impermeable caida, y enseñando una hermosa y varonil cabeza que era admirada por los hombres y suspirada por las mujeres.

Su vista se fijó primero en la cubierta del navío que recorrió con inteligencia é interés, y luego la estendió por el vasto Océano.

Era Flaviano que estudiaba los despojos que veia del horrendo ciclón.

Un minuto después llegó Julio, preguntándole:

—¿Qué miras con tanto afán, hermano?

—Esos pedazos de tabla,—le contestó,—esos mastiles, todos esos despojos de barcos que han perecido y el ciclón trajo hasta aquí como muestra de destrucción y ruina, como señal de su fuerza, como marca de su poder. ¡Cuántos desgraciados habrán perecido esta noche!

—Gracias á tí, no nos ha ocurrido lo mismo á nosotros.

—Gracias á la Providencia que veló por nosotros. Contra la fuerza de un ciclón no hay resistencia posible.

—Es verdad, pero las sabias medidas inspiradas por tí y llevadas á cabo por Fajardo, contribuyeron á nuestra salvación. ¿Cómo encuentras el navío?

—Bien; nos faltan los tres palos y una parte de la obra muerta, pero se ha salvado tanto, que parece increible lo que veo.

—¿Irán palos de repuesto?

—Indudablemente.

—¿Es obra larga?

—No; hay mucha gente y buena.

—¿Qué vamos á hacer con el comandante?

—Mandarlo á España bajo partida de registro.

—¿Desde la Habana?

—Sí.

—Lo mismo que yo pensaba.

—Regresará inútil para volver á mandar barco alguno.

—Muy bien. Entre tanto, que permanezca en un calabozo con arreglo á su clase, pero encerrado hasta que se lo entreguemos al gobernador de Cuba.

—Es de lo que primero me he ocupado y ya en estos momentos obedece mis órdenes sobre ese particular Fajardo.

—¡Qué noche, Flaviano! Tengo el cuerpo magullado; un dolor como si hubiera recibido cien palos dados por mano vigorosa.

—Julio, en breve nos darán un baño de aguardiente,

después tomaremos algún alimento y con eso y cuatro horas de sueño quedaremos como ayer.

—Eso creo.

—Prepárate para sufrir malas noches.

—Sí, como á tu padre y al mío sucedió; nuestras carnes se endurecerán como el hierro y haremos lo mismo que ellos.

—Julio, los tiempos cambian y será necesario que hagamos algo más.

—¿Más que el príncipe de Italia y el duque del Imperio?

—Más, sí.

—¿Es posible?

—Para tí y para mí no hay, no debe haber imposibles.

—Ellos eran seis.

—Y nosotros tres, que hemos de hacer por seis como aquellos.

—La idea es digna de tí. Flaviano, haremos lo que los seis, y si es poco, haremos más.

—Eso es, más, y siempre iremos en pos de ese más.

—Julio, Flaviano,—les dijo Mendoza llegando,—ya está el comandante encerrado en su prisión y bien asegurado.

—¿Le llevásteis los tres?

—Sí; Fajardo, Guzmán y yo.

—¿Qué hace el primero?

—En este momento dirige la palabra á la tropa y á la marinería. A los oficiales les ha dicho que uno de nosotros es general de mar y tierra, que es el que sal-

vó el navío y todas nuestras vidas, pero que viene de incógnito y sólo puede darse á conocer en casos extremos. Añadió que representaba al rey.

—¿Qué contestaron?

—Te han aplaudido con hurras y víctores, pero uno...

—¿Qué?

—Uno dijo... dió á entender que nos conoce á todos.

—¿Qué le dijo Fajardo?

—Que tiene pena de la vida el que nos descubra.

—Muy bien; ¿quién es ese oficial?

—Un hijo de Madrid, de la familia los Maroto.

—Sí, lo recuerdo; su padre debe la vida al mío.

—Cuando le hizo callar el capitán Fajardo estaba diciendo que uno de los tres tiene la primera voz del mundo y más talento que su padre.

—¿No pasó de ahí?

—No, gracias al capitán.

Toda la cubierta del navío se llenaba en aquel momento de operarios y marineros, con herramientas y útiles para dar principio á las reparaciones del barco.

Fajardo se acercó á los tres, diciendo á Flaviano

—Señor, todas vuestras órdenes se han cumplido, y van á dar principio á las reparaciones indispensables, si lo permitís.

—¿Qué dice la tropa y la marinería?

—Se han encogido de hombros, sobre lo del comandante, desean que os deis á conocer, y quieren que yo los mande.

—Sólo puede ser lo último por ahora. En nombre del rey os nombramos mi hermano y yo, comandante accidental del navío *Invencible*, y anhelamos la ocasión de nombraros en propiedad, que poderes de sobra tenemos para hacerlo.

—Señor, mi lealtad se igualará á mi interés. Mi vida es de mi patria y de mi rey.

—No lo dudo, y deseo demostraros mi gratitud.

—Voy á doros una ocasión ahora mismo. Concededme una gracia.

—Hablad.

—Nombrado comandante por vos, debo ocupar la primera cámara; es grande, hermosa, cómoda y los cuatro podemos estar en ella perfectamente. Tiene cuatro camarotes contiguos para dormir, y para el aseo; tiene sala de armas donde se puede tírar, y en el centro de la cámara una mesa en la que pueden comer cómodamente cuatro ó más personas. ¿Me haceis el honor...?

—Sí, y hasta deseo que la mesa sea servida por marineros, ¿qué te parece Julio?

—Lo apruebo con aplauso.

—¿Y tú Rogelio?

—Yo no tengo más voluntad que la tuya, Flaviano; como mi padre con el tuyo.

—En ese caso,—añadió Fajardo,—os ruego espereis un poco más en este sitio; pues están haciendo ya la mudanza, y podreis bajar á vuestra nueva cámara.

—¿Contábais con nuestra aquiescencia?

—Claro es, como que sois discípulos de mi maestro

y general Roch. Con vuestro permiso voy á dirigir las obras que van á hacerse.

Desde aquel momento empezaron á trabajar todos los operarios del navío, ayudados por los marineros y dirigidos por sus maestros, los oficiales del barco y principalmente por el capitán que aún andaba con trabajo por efecto del magullamiento de la noche.

Algún tiempo después dijo Lorenzo Ros á los tres hermanos que podían bajar á la cámara principal y en ella encontraron perfectamente en orden todos sus libros, instrumentos, armas y equipajes.

Tomaron una taza de caldo cada uno y se retiraron á descansar, para dormir cuatro horas.

La cámara principal del navío era grande, estaba puesta con lujo y tenía un balcón al mar y varias portas de luz que la embellecían con vistas deliciosas.

Nuestros amigos quedaron profundamente dormidos, pero no les fué posible descansar más de tres horas. Lo mismo ellos que los Ros y los criados fueron despertados por los múltiples golpes de los martillos y de los maderos que rodaban por la cubierta y por las voces y cánticos de los doscientos ó más hombres que trabajaban en el buque.

Aquel navío que horas antes se hallaba profundamente sitiado por la muerte, había cambiado en el centro de la vida, de la animación, del bullicio, de la algazara.

Era uno de esos contrastes que la mísera vida humana ofrece de contínuo á los mortales. Llega el momento del peligro, de la aflicción, de la amargura, en-

mudecen los labios, se contrae el corazón y todo es pena, amargura y silencio. En esas angustiosas ocasiones sólo hablan las lágrimas que llegan á los ojos y arrojan los párpados.

Por la noche, durante el ciclón, nadie osaba mover los labios, las miradas se dirigían al cielo, los pensamientos á Dios, y los suspiros á los caros objetos que se iban á dejar en la tierra.

Y por la mañana todo era alegría, satisfacción, plácemes y hasta entusiasmo creciente entre el ruido de los tambores y cornetas, el golpear de los martillos y los cánticos de gente joven y laboriosa.

Solo uno suspiraba; el comandante Iglesia, que despejada ya su cabeza, libre de los vapores espirituosos había descendido desde el sillón del rey absoluto al calabozo del esclavo criminal.

Su descenso y castigo no le enseñaron nada; se creyó víctima de una conjuración, de las ambiciones de algunos de sus subordinados, y montado en cólera meditaba venganzas y castigos horribles.

Ni por un solo instante vió que sus desgracias eran sólo hijas de su abandono, de sus borracheras, de su carácter despótico, de su insuficiencia y de su falta de tolerancia y hasta de caridad con los infelices que delinquian, aun cuando fuesen sus faltas leves y casuales. En aquel cerebro perturbado por las bebidas alcohóiicas era ya imposible toda enmienda.

Hemos dicho que todos menos él se hallaban alegres y satisfechos, porque una de las primeras medidas aconsejadas por Osorio y realizadas por el capitán,

fué la de poner en libertad á todos los presos, sin excepción alguna; verdad es que casi todos lo estaban por faltas levísimas ó por condiciones de carácter del comandante. Solo dos estaban pos haberse abofeteado delante de sus superiores, y á estos les dió una reprimenda Fajardo, y los dejó como á los otros en libertad.

—¿Duermes Julio?—preguntó Flaviano á su compañero, sentándose sobre la cama.

—¿Quién puede dormir con ese ruido?

—¿Pero dormiste?

—Sí, dos ó tres horas.

—Como yo.

Los dos hermanos mandaron que pusieran las dos camas en el camarote más grande, según las tuvieron siempre en Madrid.

—Pero qué algazara, hermano.

—Déjalos; anoche todo era silencio y muerte; hoy todo es ruido y vida.

—¡Qué contraste!

—De estos tendremos muchos.

—¿Iguales?

—No, parecidos.

—Vengan en buen hora; los prefiero á la monótona vida de Madrid. Allí todos los días lo mismo; el estudio, el paseo á caballo, la tertulia y la cama.

—Pues ahora puede que no hagamos un día lo que hicimos otro.

—Como nuestros padres en su día.

—Sí.

Los dos continuaron hablando; luego se vistieron con la ayuda de sus criados, se incorporó con ellos Mendoza, después Fajardo, y al medio día los cuatro se sentaron á la mesa para ser servidos por marineros en una mesa espléndida

Los cuatro tenían buen epetito, las viandas eran excelentes, y en la primera media hora los cuatro se entretuvieron en reponer las fuerzas perdidas.

Mendoza, como su padre, comió él solo tanto como los tres restantes.

CAPITULO XXIV

La soberbia de un preso.—Terminan las consecuencias del ciclón. A navegar otra vez.—La Habana.

—Hoy no comes, Rogelio,—dijo Silva á Mendoza á los treinta minutos de estar almorzando.

—No,—le contestó,—hoy devoro.

—Como su padre,—añadió Flaviano;—decía él mismo que estando en Malta se comió un enorme pavo para hacer boca.

—Chico, nosotros tenemos que comer mucho para alimentar las fuerzas.

—Y la mayor humanidad, Rogelio.

—También; sobre todo las fuerzas.

—Debeis tenerlas superiores,—dijo el capitán. —Con un leve esfuerzo tiró al suelo al comandante. Y luego os cogió á los dos debajo de los brazos y os trajo á esta cámara sin violentarse ni dar señales de cansancio.

—¿Pues qué creíais, compañero?

—¿Compañero me llamais?

—¿No sois capitán como yo?

—No, señor, soy ya comandante accidental y como haya ocasión pronto lo seré en propiedad.

—Mis hermanos tienen la culpa de que subais y yo no; me tienen postergado.

Julio y Flaviano se echaron á reir, preguntándole el último:

—¿Qué has hecho para poder ascenderte Rogelio?

—Ser tu hermano. ¿Te parece poco?

—Es bastante, pero no lo suficiente; necesitas prestar servicios á tu patria y á tu rey.

—¿No es bastante dejar las comodidades de mi palacio para vivir entre ciclones?

—Por eso te nombramos capitán.

—¿Cuando me haceis maestre?

—Cuando lo ganes.

—Quiero serlo pronto; decidme lo que debo hacer para conseguirlo.

—En Méjico.

—Un poco lejos está todavía. ¿Y si viene otro ciclón?

—Eso no es para todos los días. Por ahora no esperes ninguno.

—Me alegro.

El almuerzo fué un poco largo y muy cordial

Al apurar Fajardo su última copa de Jerez moscatel dejó á nuestros amigos y subió á cubierta para continuar el resto del día dirigiendo las maniobras.

El tiempo había variado por completo; un viento Norte fresco y vivo había reemplazado á la calma chicha que los enclavó en medio de los trópicos para dejarlos á merced del ciclón.

Pasó la tarde sin más acontecimientos que el siguiente:

Serían las cuatro de la misma cuando se presentó á nuestros amigos el teniente Guzmán, diciendo á Osorio:

—Señor, el comandante Iglesia desea dos cosas.

—¿Qué pretende?

—Que le lleve á su prisión los vinos y licores de su propiedad, embarcados por su cuenta en Cartagena, Málaga y Cádiz.

—Nada más justo: que se los lleven todos y beba lo que quiera, que ese no podrá ya en el resto de su vida dejar á merced de los ciclones la vida de nadie.

—Quiere además que le concedais una entrevista.

—Eso no es justo ni injusto; se la concedo.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Después que la tropa y la marinería se retiren á descansar, lo acompañais, y mientras está conmigo que le entren todos sus vinos y licores. Ese desgraciado navega con una biblioteca de líquido; á eso debe saber tan buenas cosas. ¿Quiere algo más?

—No señor.

—¿Se halla resignado?

—Todo lo contrario; jura y vota por diez.

—Peor para él. ¿Qué habitación tiene?

—No es mala, señor; en su prisión puede estarse con comodidad.

—Eso mandé y me alegro que Fajardo me haya comprendido.

—Hasta la noche, señores.

Volvieron á quedar los tres solos, subieron á cubierta y entretuvieron la tarde mirando las aves marinas que en grandes bandadas distinguían en lontananza.

Se hallaban cerca de Puerto-Rico y la presencia de aquellos pájaros lo indicaba.

En la cubierta seguían trabajando con afán, pero al ver á nuestros amigos cesaron de dar voces y de cantar.

Osorio fué hablando con todos y encargándoles que no se cuidasen de ellos para nada, entre otras razones porque tenían mucho gusto en oirles cantar y en verlos alegres.

Todos los trabajadores, después de darles las gracias, volvieron á entonar sus cánticos y se entregaron de nuevo á su anterior algazara, sin dejar por eso de trabajar mucho y con esmero.

Al retirarse los tres, Osorio dió á presencia de todos á un contramaestre un bolsillo con oro, diciéndole:

—Repartid esas cincuenta onzas entre todos los soldados y marineros del navío. Y les dais esta noche una ración de vino á cada uno y mañana otra.

Uno se atrevió á preguntarle con el mayor respeto:

—Señor contramaestre, decidnos el nombre del caballero que tan noble y generoso es con nosotros; de aquél que nos libró á todos de perecer anoche, porque

no pueden ser dos; las acciones son tan iguales que parecen de uno solo.

—Te equivocas, son de dos.

—¿Cómo se llaman, señor?

—El príncipe de Italia y el duque del Imperio.

—¡Hurra!—contestaron en coro.—¡Vivan los héroes españoles!

—¡Y sus descendientes!—gritó una voz ronca que no vieron nuestros amigos de qué labios salía.

—¡Vivan sus descendientes!

—¡Vivan! ¡Vivan!—quedaron diciendo todos los que estaban sobre cubierta, en tanto que nuestros madrileños descendían por la escotilla y entraban en la primera cámara de popa.

A las ocho se volvieron á sentar á la mesa los cuatro.

Ahora fué el capitán Fajardo el que con tono de reprensión dijo á Osorio:

—Señor, esta tarde os habeis descubierto un poco.

—¿De qué modo?

Diciendo á mi gente que agradeciera vuestra esplendidez y genio, demostrados esta tarde y anoche, al señor duque del Imperio y al príncipe de Italia.

—¿Por qué me he descubierto?

—Porque mi gente ha traducido que sois sus descendientes.

—No son tontos, Fajardo.

—¡Pero el incógnito!

—Ya os habreis encargado vos de deshacer la equivocación.

—Yo me he callado.

—Es preciso que borreis esa idea de sus cerebros.

—No quereis vos que yo mienta.

—Ya se olvidarán.

—¿Sabeis lo que me han encargado?

—No.

—Que os suplique en nombre de todos dejeis oir vuestra voz en medio de los mares.

—¡Sería una gran cosa!—dijo Mendoza teniendo entre sus mandíbulas media pechuga.

—Sí,—añadió Julio;—un saludo fraternal al príncipe y al duque. A la misma hora en que nos acometió anoche el ciclón.

—¡También vos!—añadió el capitán. Pues si dais al traste con el incógnito no me culpeis, señores.

—Callad, Fajardo—volvió á decir Rogelio medio atragantado con otro enorme pedazo de ave. Luego añadió:

—Vos ignorais lo que es la voz de mi hermano y á la media noche en estos mares.. No hay sirena que pueda igualársele.

—Que cante si todos lo deseais, pero entended que el incógnito...

—¿No decís que ya se ha descubierto?—preguntó Julio.

—Después de lo que llevó anoche á cabo y de la acción de esta tarde, teneis razón, poco queda ya que ocultar á marinos que el que no corre vuela.

—¿Pero canto ó no, señor comandante accidental? Cuidado con la contestación, porque si á Rogelio no le

gusta se va á ahogar con el pedazo de jamón que acaba de trinchar.

—Mi general, yo deseo oir á vuecencia, pero el incógnito...

—¿Qué dices á eso, Rogelio?

—Que cantes.

No pudo expresar más:

—Bueno,—añadió Osorio;—os complaceré á todos.

Y continuaron cenando alegremente.

Terminó la comida y quedaron de sobremesa, cuando apareció el teniente Guzmán, diciendo:

—Señor, todos, marineros y soldados que no están de servicio, descansan. ¿Puedo traer al comandante?

—Sí, y devolvedle todas sus botellas, sin que le falte una.

Minutos después apareció Iglesia con desembarazo y altanería.

Julio se había colocado á la derecha de Flaviano y Mendoza á la izquierda.

El capitán se retiró á un diván del extremo de la cámara.

—¿Qué deseais—le preguntó Osorio antes de que el comandante hablara.

—Quiero deciros,—contestó con imperio,—que se ha cometido conmigo la más torpe villanía, la más inícua acción. Conjurados contra mí los cuatro que aquí estais me habeis aprisionado, y si sois caballeros yo os reto, y sobre la cubierta del navío, en esta cámara ó donde os agrade, os demando una satisfacción como nobles, si es que lo sois.

—Lástima es, señor comandante, que un hombre tan valiente como vos, sea tan ignorante y tan bebedor. Con hombres así no podemos batirnos ninguno de los cuatro. Somos demasiado nobles para tanto descender.

—¿Demasiado nobles ó demasiado cobardes?

—Como querais; miedo tuvimos, en efecto, anoche; bebísteis con sobrado exceso para salvar las vidas de quinientos seres entregados á los horrores de un ciclón.

—¿No os quereis batir conmigo ninguno?

—No.

—Y si os arrojo al rostro...

—Callad, miserable, ó con permiso ó sin permiso de mi general,—gritó Mendoza poniéndose de pié,—os arrojo al mar. Soy el marqués de Abella y tengo tan buena sangre como mi padre, tanto valor como él.

—No comprendo, señores...

—Guzmán, llevad á ese hombre á la prisión y si de día quiere andar por el navío puede hacerlo. Desde este momento tiene todo el barco por cárcel, como cuantos vamos en él,—dijo Osorio con calma y añadió:—si deseais hablar con los oficiales, tropa ó marineros hacedlo, que nadie os lo impedirá. Salid.

Asombrado, confuso, aturdido, partió el comandante. Sospechaba quienes eran sus huéspedes y temía las consecuencias de las torpezas que había cometido. ¡Tarde era ya para él!

—¡Ah, señores—exclamó el capitán;—la misma grandeza de alma que su padre, la misma sangre fría,

el mismo predominio sobre sí y sobre los demás! ¡Qué tres hombres llevo a Méjico!

Y salió murmurando:

—¡Qué tres gigantes, tres héroes!

Los hermanos hablaron media hora y se retiraron á descansar.

Sería la media noche, cuando sin promover ruido alguno se levantó Flaviano, cogió una lira que dejó á prevención, y después de templada hizo vibrar sus cuerdas.

Se había sentado en un taburete forrado de terciopelo, el cual acercó al balcón de cristal que daba al mar, y con éste abierto dejó oir su incomparable voz.

No se fijó en si podían ó no oirlo los soldados y marineros; se lo había pedido su hermano Julio y lo complacía como siempre, saltando por encima de toda consideración humana.

El amor que se profesaban estos dos jóvenes era verdaderamente fraternal. Le pidió Julio un himno y un himno cantaba.

Al terminar su primera estrofa todos estaban despiertos en el navío y todos pendientes de aquellas notas sentidas, amorosas, vibrantes, sublimes, dadas por la primera voz del mundo.

—¡Qué acento,—decía Julio;—es una maravilla!

Comenzó su segunda y Silva se enterneció; saludaba al Santo, al duque del Imperio, les mandaba un ósculo amoroso de parte de sus hijos y describía la separación con frases tan tiernas, que hasta arrancaron una lágrima al valiente Silva.

Los del navío no pudieron ya contenerse; se oyeron varios aplausos, muchos hurras y un solo grito que dijo:

—¡Viva don Flaviano!

Todos habían oido hablar de aquella incomparable voz, pero sólo Julio, Ros y Mendoza la conocían. Al escucharla emitida con un arte perfecto les parecía la de un ángel y hasta hubo entre ellos quien supuso que era en realidad la de la sirena de los mares.

Al empezar la tercera estrofa los quinientos hombres rodeaban la escotilla, formando una piña compacta.

En la tercera describía Osorio el ciclón de la noche antes con tan horripilantes colores que todos se extremecieron, pensando con más miedo que antes en el peligro que corrieron. Tan sobrecogidos quedaron que parecían mudos y hasta se sintieron sin acción.

Llegó la cuarta y en ella decía Osorio al príncipe y al duque que no temieran por sus hijos, amparados como estaban por la Providencia.

Esta volvió á entusiasmar al auditorio más que en las tres primeras; pero con la quinta llegaron al delirio. Osorio se la dirigía á su hermano Julio, y en ella lo convidada á salvar á España de todos sus enemigos; á correr al combate y á triunfar de todos los contrarios de su patria.

Se oyeron cien hurras, é infinitos vivas á España, al rey, al príncipe de Italia, al duque del Imperio y á sus hijos. Ya estaba nuevamente en cama Flaviano y todavía se escuchaban las voces.

Julio, Mendoza y Fajardo permanecieron sentados

en sus camas sin atreverse á otra cosa que á oir y á admirar.

Mendoza quedó absorto, casi aletargado.

También acabó aquel ciclón que arrolló al entusiasmo humano, que aterró más que el otro al comandante Iglesia y que obligó á exclamar á Julio:

—Flaviano, no cantes en Méjico, porque las mujeres van á creerte un ángel, único á quien pueden adorar, y los hombres un demonio que les arrebata todas sus compañeras casadas y solteras.

—No me adules tú, hermano, ya que he cantado sólo por tí, por complacerte.

—¡Ah, mi querido Flaviano, tu funesto canto me hizo derramar una lágrima!

—Que fué á parar al pecho del Santo con otra mía que á la par que tú le mandaba yo.

—¡Qué efecto me ha hecho tu voz esta noche!

—El paraje, la hora.

—Pardiez, me hiciste ver á nuestros padres, vi la Providencia, sentí el ciclón, y mientras lo describías, lo temí más que anoche. ¡Qué ideas, superan á la magia de la voz, al arte sublime con que cantas! Flaviano, eres una maravilla; ¡Dios conserve tu vida si desea que yo no muera!

—Digo lo propio, hermano; juntos á la gloria, juntos á la muerte.

—Así.

Silva se tiró de la cama y se abrazó á su hermano, besándose ambos y permaneciendo un minuto estrechándose.

Un cuarto de hora después todos dormían, porque todo en este mundo es rápido cuando se trata de lo que satisface, de lo que alegra; y se prolonga y dilata cuando atormenta y oprime. Por esa causa el comandante no pudo conciliar el sueño el resto de la noche.

La voz de Flaviano le había dicho claramente quien era, y empezaba á comprender que ni podía vengarse ni aspirar á otra cosa que á regresar á España y vivir oculto entre los pliegues del hogar doméstico.

A la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa en el interior y en la cubierta del navío, que del duque del Imperio, de su hijo, de la voz que escucharon, de su talento y de su generosidad.

Lo estaban idealizando.

Enterado el capitán de lo que acontecia, fué haciendo saber á todos, que fuese ó no Flaviano de Osorio el cantor, ó fuese quien quisiera, había impuesto el rey pena de la vida al que descubriera su incógnito.

Con lo cual logró Fajardo que hablasen de él al oído pero no consiguió que dejaran de hablar de su héroe, porque por héroe lo tenían ya.

El comandante se levantó tarde y vió sin sorpresa que la puerta de su prisión estaba abierta y no tenía centinela alguno.

Se desayunó, bebiendo bastante.

Algo perturbado, se atrevió á probar fortuna y se dirigió al segundo puente, donde estaba el grueso de la fuerza.

Les habló con dulzura, preguntándoles si le reconocían por su comandante, según mandaba el rey.

No quedó sin respuesta; el más listo le contestó en nombre de todos lo siguiente:

—Mientras solo había comandante en este navío os obedecimos, pero hoy tiene un general y este es nuestro único jefe.

—¿Quién es ese general que yo no conozco?

—El que nos salvó la vida anteanoche, el que os ha mandado poner en libertad, el hombre más valiente y de más talento que existe. ¡Es raro que todos le conozcamos y vos no!

Corrido salió de allí Iglesia.

Un poco antes de llegar á su cámara se halló con un oficial que iba acompañado del primer contramaestre.

—Señores,—les dijo deteniéndolos; —ya habreis visto lo que han hecho con vuestro comandante.

—¿No estais en libertad?

—Pero me han quitado el mando de mi navío.

—Gracias á eso, mi comadante, nos hemos librado de perecer. Y era natural, donde hay un general no manda un comandante.

—¿Pero qué general es ese que yo no conozco?

—Tiene pena de la vida el que lo descubra, pero nadie ignora ya quién es. Temedlo, mi comandante, es tan terrible como el autor de sus días. Le acompañan otros dos y son sin duda de igual categoría.

—¿Me quereis obedecer?

—Gracias, mi comandante, vos teneis poco apego á la vida y á mí me sucede lo contrario; no queiero dar motivo para que el tercero de esos señores me arroje al mar,

ni para que el primero me mande colgar de una entena.

Y con una reverencia lo dejaron, marchando de allí.

El comandante entró en su cámara víctima de un desengaño que lo abrumaba y afligía.

Pronto se curó de la enfermedad, apurando la segunda botella de Jerez.

En el navío continuaban trabajando doscientos hombres hasta por la tarde, que sólo quedaron unos cincuenta.

La mar seguía rizada por un Norte fresco y agradable.

Sentados los cuatro á la mesa, después de las ocho, dijo el capitán:

—Iglesia ha querido ganar á un oficial, al primer contramaestre y á la fuerza del segundo puente.

—¿Qué logró?

—Nada.

—¿Qué se proponía?

—Volver á tomar el mando del buque y probablemente colgarnos de una entena.

—A pesar de esas intenciones dejadle en libertad hasta que demos vista á la Habana. Desde ese instante que permanezca encerrado.

—Así lo haré.

También continuaron trabajando aquel día y hasta el cuarto por la noche, en que el capitán dijo á Osorio:

—Queda el navío en disposición de seguir adelante cuando vos lo dispongais.

—Mañana al toque de diana. ¿Cómo ha quedado el *nvencible?*

—Perfectamente. En la Habana haremos provisión de palos, repondremos los dos botes que el ciclón nos llevó, algunas velas, se carenará y podremos dejarlo como al salir de Cartagena.

—Pues proa á la Habana y allí tendreis tiempo de sobra para dejar vuestro navío como acabais de expresar.

Poco después de amanecer levaron anclas, desliaron velamen y repuestos los tres palos que el viento se llevó, comenzó á moverse el barco como todos deseaban.

Viento en popa, ancló cinco días después en la Habana, cuya vista fué a todos agradable.

Llegaron á las cuatro de la tarde.

CAPITULO XXV

América.—La habilidad sustituye á la fuerza.—Un polizonte de oro.—Un maestre de campo.—En Cuba siempre sucedió lo mismo.

Poco después de las cinco saltaron á un bote del navío, Julio, Osorio y los dos hermanos mayores Ros.

Llegaron al muelle y mandaron retirar el bote, pero el segundo jefe del puerto les preguntó:

—¿De dónde vienen los cuatro?

—Del navío *Invencible*,—contestó Julio.

—¿A dónde van?

—A la Habana.

—¿Qué se proponen?

—Evacuar asuntos del servicio.

—¿Traeis orden de vuestro jefe?

—Vedla.

Y leyó el empleado:

«Los portadores entrarán en la Habana á cumplimentar las órdenes que llevan por escrito.

»A bordo, etc.»

—¿Qué órdenes son esas?

—Las que importan sólo á la marina real.

—Está bien; cumplimentarlas.

Los cuatro avanzaron hasta perderse en las calles de la Habana.

Julio se detuvo á la puerta de un convento de frailes, preguntando á Flaviano:

—¿Entramos?

—Sí, Julio, obedezcamos la instrucción del Santo, que son nuestras propias ideas.

Pasaron á la iglesia del convento, permaneciendo los cuatro más de media hora adorando á su admirable y divino Creador.

—Salieron, preguntaron por la mejor hostería de la ciudad, un negro los llevó á ella, y se alojaron en las mejores habitaciones. Julio y Osorio tenían alcoba y un salón, los Ros una salita contigua con una alcoba.

Los dos primeros llevaban trajes de caballeros, pero sin distinción alguna que indicara la elevada clase á que pertenecían ni los cargos que desempeñaban.

Pidieron una comida especial, la mejor que pudieron ofrecerles, pero servida en mesa redonda. Se proponían oir las conversaciones de los huéspedes, y tomar atmósfera política: la de la capa intermedia en el orden social.

A las ocho y media los llamaron á cenar, y diez minutos después entraron en un comedor grande, lujoso, y en el que había veintitres caballeros y cuatro señoras.

En uno de los extremos de la mesa tenían los cuatro cubiertos con separación de dos varas de distancia de los restantes huéspedes.

Se sentaron, Julio y Flaviano en el frente, y los Ros á los costados.

Todas las miradas se fijaron en los recien venidos, comprendiendo en la actitud y modales de Julio y Flaviano que pertenecían á una clase distinguida.

Como sólo había llegado aquella tarde el *Invencible* los tomaron por jefes y oficiales de aquél hermoso navío.

Al principio todos guardaron una prudente reserva, pero luego se fueron poco á poco animando y dieron principio los diálogos, fuertes unos, y bajos otros.

Julio y Flaviano comían y callaban, pero toda su atención estaba fija en la conversación que oían.

En la mesa estaban representados el ejército, la magistratura y el comercio. Se habló de política, del estado interior de las colonias, de Cuba, y se discutieron durante la comida y luego de sobremesa, las medidas tomadas por las autoridades de la isla.

Al llegar á este debate, tomaron parte en él Julio y Flaviano. Los jóvenes, con habilidad suma, ofreciendo impresiones de amor propio y suavizando ideas y conceptos, lograron saber cuanto ocurría en la isla digno de censura, y en verdad que no era poco.

La discusión duró hasta cerca de las once, en que todos se fueron retirando á sus dormitorios.

Nuestros jóvenes sabían ya cuanto les hacía falta por el pronto.

Contra la voluntad de ambos tuvieron que dejarse desnudar por Andrés y Mariano Ros. Flaviano les decía:

—Os digo que no; sois hidalgos; sois dos oficiales del ejército...

—No importa, —contestaba Andrés,— queremos ser tan leales y buenos servidores como nuestro padre lo fué del duque del Imperio. El sirvió al *Invencible*, nosotros al héroe.

—Porque fué tan leal y tan excelente servidor, sois vosotros nobles.

—No, porque vuestro padre fué el mejor de los duques y vos el mejor de los hombres incluso vuestro padre.

—Andrés, respeta al duque.

—Le respeto y le amo, y daría mil veces la vida por él; pero cuando se trata de vos, que sois mi padrino, mi señor y valeis más que vuestro mismo padre entonces, no hay para mí otra cosa que don Flaviano, no tengo otra voluntad que la suya, no tengo otro rey, que vos, monarca del talento, de la sabiduría, del genio. Sentaos y fuera las calzas.

—¡Qué adulador y qué pesado estás esta noche!

—Pobre gente, esa que comía con nosotros; entre vos y vuestro dignísimo hermano les habeis hecho decir cuanto ocultaban sus cerebros, y vos queríais saber. ¡Con qué talento!... A la cama, que ya estais.

—Gracias, hombre, no se lo digas á nadie.

—A todo el mundo; ¡qué mayor honra!

—¿Sabes que estamos en el otro mundo?

—Sí; pero no comprendo...

—Qué aquí puede que todo se haga al revés, y por esa causa un noble desnuda á otro.

—No, aquí y en todas partes Andrés Ros, servirá de rodillas al rey de la sabiduría, del valor, de la inteligencia.

—Basta, hombre, basta. ¿No oyes á este majadero Julio?

—No; oigo á este otro que me dice poco más ó menos lo mismo.

—Apago estas velas, dejo la lámpara encendida como en Madrid y en el *Invencible* y hasta mañana, queridos generales.

—Id con Dios.

Quedaron solos los dos hermanos, diciendo Julio á Flaviano:

—¿Qué opinas, hermano, de lo que has oído?

—Que Cuba no está bien y que no podemos dejarla como está.

—Creo lo mismo; antes de pasar á Méjico es necesario unir al comandante Iglesia con el gobernador de esta isla y mandarlos á España bajo partida de registro.

—No basta; son muchos los funcionarios que aquí faltan á sus deberes.

—Es verdad.

—Julio, hasta no dejar Cuba como nuestros padres dejaron el Perú no saldremos de aquí.

—Sí, Flaviano; daremos tiempo al capitán Fajardo para que carene el navío y lo reponga de todo lo que perdió durante el ciclón.

—Para algo nos mandan el rey, el Santo y el duque á estas apartadas regiones.

—Cierto, y nada dejaremos por hacer. ¿Por donde crees que debemos dar principio?

—Nos vestiremos temprano, empezando por visitar á mi primo el maestre Gonzalo, que es aquí la segunda autoridad.

—Me parece bien, en el caso que tu pariente no sea aquí otro tirano...

—No, es un cumplido caballero y nos va á servir de mucho.

—Me alegro, y si te parece dormiremos.

—Con mucho gusto;—dijo Julio,—ya tenemos una cama que no se mueve, y una habitación en la que nada oscila.

—Es verdad, durmamos.

Y los dos cerraron los ojos para entregarse poco después á tranquilo sueño.

Trasladémosnos ahora á una salita situada en la misma casa, en la cual conversaban un magistrado de la Habana y el jefe de policía secreta.

La conversación de ambos fué interrumpida por la llegada de María, dueña de aquel establecimiento.

Frisaba en los cuarenta años y era además de una excelente hostelera el mejor y más hábil y dócil instrumento que tenía en la Habana el jefe de la policía. No era fea ni esquiva al polizonte y tenía sagacidad.

—Adelante, María,—le dijo.—Cerrad la puerta y contestad: ¿Quiénes son esos cuatro caballeros?

La hostelera observó un minuto el pasillo en que

se hallaba situada la salida; cerró luego la puerta y acercándose después al jefe de policía le dijo:

—Señor Godínez, dos de esos señores son nobles; pero nobles oficiales del ejército, que sirven de criados á los otros dos.

—¿Qué estais diciendo, María? Eso no puede ser.

—Lo he oído y lo he visto, no os quede duda. ¿No reparásteis en la mesa sus distinguidos modales, sus maneras finas y corteses y sus elevadas ideas después?

—Sí, eso es cierto.

—Me refiero á los dos que estaban de frente; los otros son más bastos.

—¿Pero quienes son los primeros, María? ¿Lo sabeis?

—Sí.

—Hablad.

—Admiraos: son ¡dos generales!

—¡Qué disparate! Cuatro aventureros probablemente. A esa edad no hay generales en España.

—Señor Godínez, no hay aventureros, que sepan lo que esos caballeros ni que se propongan lo que ellos. Son hermanos y van á Nueva España, pero antes arreglarán la isla. Y buena falta que hace.

—Nos estais contando una novela, María.

—Ridícula,—añadió el magistrado.

—Ya me dareis la razón.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—Sois discreta y muy lista, pero en esta ocasión seducida por la belleza de esos dos jóvenes, que son en efecto hermosos y elegantes, os habeis trastornado has-

ta el extremo de considerar generales á dos ofciales del *Inveucible*.

—¿Oficiales decía?

—Sí.

—Generales y muy generales; esos oficialitos, como vos decís, os van á poner las peras a cuarto, señor jefe de policía y señor magistrado.

—Nada, nada, os habeis perturbado y no dais bola esta noche.

—No comprendeis la penetración y astucia de la mujer, señor Godínez; si nosotras fuéramos polizontes prestaríamos muchos más servicios que los hombres. ¡Que no son generales! ¡Y este jefe es el más avisado de la Habana! Los hombres no haceis justicia a mi sexo. Desde que entraron en mi casa, dije que esos caballeros eran mucho más de lo que parecían, y no me equivoqué. Después he oído sus conversaciones, y estaré en mi derecho llamando tonto al que dude de mis frases.

—Jamás os ví tan terca. ¡Y quién sabe! ¿Cómo se llaman?

—El uno, Flaviano..

—Basta, María. Os prohibo hablar con nadie de esos hombres. Irá á un calabozo el que los cite y atravesaré el pecho del que intente ofenderlos.

—¿Tengo ó no razón?

—Silencio; y os prohibo hasta el hacerles la más leve alusión.

—¿Ya sabeis quienes son?—le preguntó el magistrado sorprendido.

—No lo sé, ni os importa. Señor magistrado, tra-

tándose de esos hombres, no tengo amigos, ni reconozco gerarquías.

—¡Ni que fueran el uno el rey y el otro el duque del Imperio!

—Lo mismo exactamente, que si fueran esos dos. Seguidme, María. Vos, señor magistrado, retiraos á descansar, y porque os quiero mucho, os aconsejo no os ocupeis para nada de esos cuatro caballeros.

Godínez estrechó su mano y se fué con la hostelera á un extremo del edificio.

Encerrado con ella le dijo:

—Oidme bien, y contestad con exactitud: ¿Se llama el uno Flaviano y el otro Julio?

—Sí, señor; eso es, el otro Julio. ¿Son generales, es cierto?

—Para mí príncipes, reyes, y aun me parece poco. ¡Qué alegría tengo, qué satisfacción! María, traed á vuestra memoria todo lo que habeis oido, todo, y no me oculteis una sola frase. Os advierto que esos señores me importan más que la vida, más que mi mismo padre.

—Bueno, oidme.

Y María le refirió cuanto hablaron Julio, Flaviano, Andrés y Mariano Ros. Después le dijo.

—Contadme ahora vos, que yo también soy de policía.

Godínez sonrió, diciéndole:

—No volvais á espiar á esos caballeros, y si alguno lo hiciese y yo no lo arrojase por la ventana, efecto de no hallarme en casa, echadlo de aquí, y que no vuelva á entrar.

—Lo haré.

—Despertadme á las seis, que he de salir temprano.

—Buena noche, María.

—¿Todo eso me decís?

—Sí; teneis gran penetración, y sois lista, muy lista.

Sin hablarla más, se retiró á sus habitaciones.

María se encogió de hombros, murmurando:

—Si á él le interesan, también á mi. Yo solo quiero lo que él quiera; solo amaré lo que él ame.

A las siete de la mañana se levantaron Julio y Flaviano, ayudados por Andrés y Mariano Ros.

Hablaron media hora, dispusieron su plan, y ya iban á salir con el objeto de visitar al maestre Gonzalo, primo de Osorio, cuando una voz que les era desconocida, les pidió permiso para entrar.

Creyendo que sería algún sirviente de la hostería le mandaron pasar, cuando vieron aparecer á un hombre alto, vestido con elegancia que representaba cuarenta y cinco años de edad.

Entró con desembarazo, y después de hacerles una reverencia, miró á Osorio con interés, diciéndole:

—Perdonad si os molesto; soy el jefe de la policía secreta de la Habana y cumplo el más sagrado de mis deberes, viniendo á saludaros excelentísimo señor don Flaviano de Osorio, y á vos, serenisimo señor don Julio de Silva.

Los dos jóvenes le miraron con sorpresa. Flaviano le dijo:

—¿Tiene, por ventura, la Habana mejor policía que Madrid? ¿O es que, por una excepción, adivina la policía de la Habana?

—Lo último, señor.

—¿De dónde sois?

—De Madrid.

—¿Quién os mandó á América?

—Vuestro padre, el incomparable duque del Imperio.

—¡Mi padre!

—Sí, señor, Se hallaba en el Escorial casi agonizando su majestad el rey don Feiipe II, que en gloria esté. Yo era jóven, servía en clase de teniente, debia la vida á vuestro padre, que con su génio me arrancó de entre las garras de unos enemigos que me estaban acuchillando, y tan agradecido quedé á mi general, y tantas pruebas le dí de decida adhesión, que cuando regresamos á Madrid, venía incorporado á su guardia de honor. Anduvo el tiempo, de la continua movilidad de la guerra pasamos á la tranquila holganza de la paz y el ocio; la edad y la simpatía me obligaron á enamorar á una dama, hija de un cortesano rico y poderoso, y, por desdicha mía, correspondió á la pasión que yo sentia por ella. Lo supo su padre, lo supieron los dos arrogantes hermanos de mi amada; á ella le prohibieron hasta que pensara en mí, y no satisfechos con esa tiranía, me anunciaron que bastaba el encontrarme cualquiera de ellos en la calle donde tenían su espléndida morada, para atravesarme el corazón. Tan despótica medida encendió más nuestra pasión, nos vimos y

acordamos huir, casarnos, y que Díos dispusiera de nuestra suerte. ¡Noche fatal! Fuí á la cita, dispuesto á cometer el rapto que tenía concertado; pero en vez de salir la dama por la puerta falsa que convinimos, aparecieron sus dos hermanos con las espadas desenvainadas, y me acometieron con tal furia, que no me atravesaron por milagro de Dios. Ante acometida tan brusca, tan cobarde, tan inicua, ardió mi sangre, di un salto atrás, y ya con mi acero en la mano, paré los dos golpes mortales que me dirigieron. Cada vez más soberbios, más torpes, más furiosos, me sitiaban con poco acierto y mucha furia. Empecé defendiéndome, les propuse la paz, creyeron que les tenia miedo, y me contestarou jurando matarme. Pues á vencer, ó morir, les contesté; y ciego de ira como ellos, y en propia defensa, les tendí á los dos con una estocada á cada uno.

—¿Cayeron heridos?—le preguntó Osorio.

—Señor, vuestro incomparable padre no me enseñó á herir en la guerra, sino á matar.

—¡Cayeron muertos!

—La punta de mi espada había tocado en sus corazones.

—Seguid, que empiezo á recordar. ¿Qué aconteció después?

—Cerca de allí estaba mi criado con los dos caballos en que mi amada y yo debiamos escapar. Inútil ya para ella, pensé en mi vida, y montando mi sirviente y yo en los potros, llegamos al Escorial tres horas más tarde.

—Volásteis.

—Sí, señor, volamos. Minutos después me hallaba en vuestras habitaciones de aquel real sitio. Hice levantar á Ros, le conté lo que me había ocurrido y lleno de indignación me dijo:

—Bien muertos están esos cobardes. ¡Atacar los dos á un oficial del duque; miserables! nada temais; en cuanto el duque se levante lo sabrá todo y tendreis su protección y la mía: Ya era mayordomo y el favorito de vuestro padre. Ocho días estaba en el Escorial, en vuestras habitaciones, sobre mis rodillas sentado, os cubría de besos y vos, señor, empezábais á cobrarme cariño, cuando me hizo entrar en su despacho el señor duque diciéndome:

—Habeis muerto en propia defensa y eso no es punible; sois valiente, defendísteis á vuestra patria con heroismo, pero el padre de las víctimas tiene gran influencia en la corte, encerró á su hija en un convento y os busca en Madrid con decidido empeño de mandaros ahorcar. Si el rey no muriese, nada teníais que temer; pero don Felipe se halla en la agonía y en cuanto espire nos retiraremos nosotros lejos de la corte. Ni nos es simpático el príncipe de Asturias ni nosotros le gustamos. Proclamado rey estais perdido; pero no daremos lugar á que llegue este caso. Tomad ese nombramiento de jefe superior de la policía secreta de la Habana y este bolsillo con oro. Partid esta noche á Cádiz, el navío *Felipe* que pronto se hará á la vela os llevaré á Cuba y que Dios nuestro Señor os proteja. Me alargó aquella mano siempre vencedora, nunca

vencida, siempre noble, siempre generosa, la estreché entre las dos mías, la besé repetidas veces, jurando que el calor que en aquellos momentos me prestaba imprimiría en mis acciones la justicia en mi alma la nobleza, en mi corazón un temple á lo Osorio.

Calló el jefe de policía, Flaviano le miró con interés y alargándole la mano le dijo:

—Te reconozco, Godínez, recuerdo cuanto oí á mi padre sobre tí y sé que no le has dado motivo alguno para que se arrepienta de la protección que te otorgó.

El polizonte estrechó y besó la mano de Osorio contestándole:

—Os pertenezco, señor; como á vuestro padre.

—Muy bien, te necesito y me servirás; es decir, servirás á tu patria.

—Anhelo pagar...

—No hay deuda alguna. Mi padre se impuso al conde tu tirano, y éste tuvo que resignarse con su muerte y nada intentó luego contra tí. Cumpliste bien en la Habana, y esa era la única deuda contraida con el duque. ¿Ignoras quién es este caballero que me acompaña?

—El hijo del héroe, de mi generalísimo, después Santo como su padre, y ahora un heredero digno del único hombre que pudo mandar al duque del Imperio. Y estos jóvenes son los hijos de mi amigo Ros, del hombre más leal que conocí. Señor por los cuatro me dejaría yo matar cien veces.

—Te había olvidado Godínez, y en verdad que me complace tu hallazgo. Nos ayudarás á salvar á Cuba.

Pero antes de que entremos en cuestión, debemos visitar á un caballero que reside en la Habana. Vuelve a la hora de almorzar.

—Señor, habito en esta hostería y os participo que no tardará en llegar á visitaros vuestro primo el maestro Gonzalo.

—¿Cómo sabe?...

—No sabe nada; le encargué yo hace poco, que viniera á recibir órdenes de un general que acababa de desembarcar.

—¿Tú sabías?...

—Que deseábais verle, y es él el que debe apresurarse á venir.

—¿Qué te parece Godínez, Julio?

—Hermano, que tu padre y el mío no se equivocan jamás. Aquel oficial que se batió á sus órdenes había nacido para polizonte.

—Es verdad, y llega á nosotros como llovido del cielo. Voy, no obstante, á dar una noticia al jefe de policia que le va á sentar mal.

—Puede que ya la sepa, señor.

—Veamos: tiene pena de la vida impuesta por el rey al que nos descubra, Godínez, y la sentencia no exceptúa á nadie.

—Conté con ella, señor, y nadie ha sabido ni sabrá por mí lo que vos no quereis que se sepa. Eso lo hago yo sin sentencia; lo hago por amor y respeto á los Osorio y á los Silva.

En este instante se detuvo una carroza á la puerta de la hostería, y desapareció Godínez exclamando:

—El maestre; voy á recibirle.

—Julio,—dijo Osorio;—Godínez llega á nosotros, en efecto, llovido del cielo.

—Cierto, y es necesario darle aplicación aquí y en Méjico.

—Siempre pensamos lo mismo, hermano. Pero obremos con precaución, que nos hallamos en tierra extraña.

—¿Dudas de él?

—Cuanto dijo sobre Madrid y sobre mi padre, es cierto; pero lleva veinte años en la Habana, y aquí los españoles cambian.

—Es verdad; nos enteraremos, conviniendo en que no pisó el suelo americano un madrileño más listo.

Apareció el maestre en la puerta, preguntando:

—¿Quién es?...

—¡Ya no me conoces! ¿Gonzalo?

—¡Flaviano! ¡Qué dicha!

—Saluda a mi hermano Julio de Silva.

—¡El sucesor del príncipe de Italia! ¡Segunda sorpresa! ¡Qué felicidad! Don Julio, soy vuestro más leal servidor.

—Nuestro amigo, queréis decir.

Los tres se estrecharon; Osorio mandó retirar á Godínez y á los Ros, y ocupando tres sillones, dijo á su primo!

—Pregunta lo que quieras que luego nos tocará á nosotros.

—En primer lugar, me doy la enhorabuena por tener á mi lado, y estar ya á las órdenes de elevados

séres que amo más aún que respeto, y luego les pregunto: ¿Habeis venido en el navío *Invencible?*

—Sí.

—¿Por qué no os dirigísteis a mi palacio?

—Porque venimos de incógnito.

—¡Ah, debí sospecharlo! ¿Cómo dejásteis al príncipe y al duque, vuestros padres y mis señores?

—Buenos.

—¿Puedo saber qué os proponeis en la Habana?

—Nos mandan el rey y nuestros padres, para imprimir la justicia en América.

—¿Qué poder traeis?

—Mi hermano Julio representa al rey, es el mismo rey. Yo he sido nombrado general en jefe de todas las fuerzas de mar y tierra de su majestad.

—Dos potencias incontrastables, porque me consta que á tanto poder unís un talento y valor prodigiosos. Como vuestros padres.

—No,—dijo Julio;—Flaviano sabe y vale ya más que nuestro padre el duque del Imperio.

—No es cierto, Julio.

—Yo oí lo mismo á varios, Flaviano.

—Dejádme en paz y habladme de otra cosa.

—Muy bien, dijo el maestre.—Llegais á tiempo, porque Cuba necesita de vuestra protección.

—¿Qué acontece aquí? Dilo tú, primo.

—Tenemos un gobernador que sólo se ocupa de satisfacer apetitos sensuales, y débil y sin talento, permite á los funcionarios públicos que roben y vivan en la molicie como él.

—Lo sabíamos; ¿qué más?

—Es indolente, soberbio y déspota. Tan indigno lo creo de ocupar el alto puesto que el rey le concedió, que tengo pedido mi regreso á España.

—¿Pero estás aquí mal?

—No, pero me hago solidario de un desconcierto insufrible y no quiero continuar.

—¿Tiene remedio el mal?

—Sí, vosotros podeis mejorar esta hermosa isla...

—Gonzalo, de la parte civil no te cuides para nada, redactas hoy y me remites una lista de los militares que pueden quedarse reprendidos y aleccionados. Empiezas por el gobernador.

—¿Sólo eso?

—Añades todas las reformas que creas necesarias. Y cuanto te ocurra en pro de la justicia y de la moralidad.

—Mañana os la presentaré.

—Dinos cuanto sepas de Godínez.

—Es el mejor funcionario que tiene aquí España. Quiere al duque del Imperio, al que llama su protector, con delirio y lo imita admirablemente.

—¡Lo imita! ¿En qué lo imita, Gonzalo?

—Se disfraza como él; usa cincuenta formas; todo lo averigua, todo lo sabe, y no es extraño verlo entrar solo en una reunión y espantar á cintarazos á cuantos en ella estaban. Es más sagaz aún que valiente, y tan temible, que es al único hombre que respeta el gobernador.

—¿Conoce bien este país?

—Es el español que mejor lo ha estudiado.

—¿Me lo recomiendas?

—No, se recomienda él. Oye lo que me dijo entrando en mi alcoba: «Señor maestre, á la puerta hallareis vuestra carroza; vestíos é ir inmediatamente á visitar á un superior que acaba de llegar de Madrid.»—¿Quién es?—le pregunté.—«La Providencia, me contestó; e brazo que viene á enderezar tanto torcido como hay en esta tierra.»—No quiso hablar más. Qué le ¿dijísteis vosotros?

—Nada. Lo hemos visto por primera vez hace media hora.

—¡Todo lo adivina!

—Todo lo averigua.

—¿Lo ves? Ese hombre es muy notable.

—Lo veo y lo aplaudo.

Más de una hora continuaron hablando.

Por fin se puso en pié para retirarse el maestre, en cuyo instante se presentó Godínez, diciéndole:]

—He despedido vuestra carroza, señor maestre. Creí que almorzábais con vuestro primo y su alteza.

—No me des tratamiento, Godínez, te lo prohibo,—dijo Julio,—y ya que así lo has dispuesto, ruego al señor maestre nos acompañe al comedor.

—Con mucho gusto.

—En el salón principal espera el almuerzo con cuatro cubiertos; los tenientes Ros comerán en adelante con los huéspedes. Lo desean ellos y es muy justo.

—¿Quién es el cuarto, Godinez?—le preguntó Flaviano con intención.

—El protegido del señor duque del Imperio. El que comió con los padres en los campos de batalla.

—Ahora no averiguas, polizonte.

—Ya lo sé, señor; ahora adivino.

Los cuatro se sentaron, siendo servidos por blancos, cosa rara en aquella época en la Habana.

El almuerzo era expléndido; Gonzalo decia:

—No se han servido en la Habana mejores, más esquisitos ni más abundantes manjares.

—Buena hostería,—añadió Flaviano.

—Es otro milagro de Godínez.

—¿Es acaso cocinero?

—No, pero la dueña de esta gran casa es muy amiga suya.

—¿Mucho, mucho?

—Cuanto os podeis figurar. Tiene ya cuarenta años, pero se conserva bien, y es una indígena bastante bella, y tan enamorada de Godínez, que no tiene más voluntad que la suya.

—¿Quién es ahora el polizonte, maestre, vos ó yo?

—Tenía que vengar un descubrimiento hecho por vos.

—Cuenta el descubrimiento, primo.

—Lo haré. Protegía yo á una huérfana...

—Entended, señores, que la protegia como yo á la hostelera.

—Comprendemos. Continúa, primo.

—Una noche me dirigí yo á la casa de la huérfana...

—Como la noche anterior y la otra, pero no por la

noche, sino á las altas horas de la noche. Seguid vengándoos maestre, que yo os imitaré.

—Decía, señores, que yo me dirigía á la casa de mi protegida creyendo que todo el mundo ignoraba mis visitas á la joven, cuando fuí sorprendido por un embozado que me cerraba el paso en la entrada de la casa. Llevaba un manto de seda como el mío, birrete con pluma encarnada y tenía todas las trazas de un apuesto caballero. Corrí cuanto pude mi embozo hacia arriba, y con el acero en la mano dije al encubierto:

—¿Qué haceis aquí?

—Nada por vos, todo lo que debo por el sobrino de mi protector,—me contestó.—Ya podeis comprender quién era.

—Godínez.

—Sí, el cual descubrió mi secreto, y lo que es más grave. Entrad,—me dijo,—puesto que llave teneis, entornad la puerta, y observad sin que os vean lo que va á ocurrir aquí. Maquinalmente le obedeci, pues el descubrimienlo me tenia corrido. Poco después paró una carroza delante de la casa, bajando de ella el gobernador. A los primeros pasos que dió, se halló frente á frente de Godinez, que le dijó. «Buena noche, general; volved y subir á la carroza y á casa. El gobernador exclamó reconociéndole: ¡Ah, sois vos, Godínez, ¿Qué haceis aquí? Esperándoos. Mi general, vos andais siempre á caza de gangas; aquí hay una, pero siento deciros que ésta no puede aumentar el ya crecido número de las que componen vuestro serrallo. ¿Por qué? le preguntó sonriendo. Porque ésta tiene dueño. ¿Sois

vos? No puedo entrar en explicaciones. Os suplico que os retireis. Con vos, no puedo ni debo batirme, y no es generoso, abusar... ¿Y la hostelera? En su casa; mi general. ¿Con que también vos?... Yo no; pero es igual; ¿me vais á complacer? Lo siento, pero á vos no puedo negaros nada. Me alegro, Godínez; es muy bonita. Más son algunas de las que vos teneis. Todos cazamos, amigo Godínez, ya lo veo. Montó en la carroza, no sin estrechar antes su mano, y desapareció.

—Hizo muy bien,—replicó el polizonte,—porque si insíste regresa con una estocada.

—Por eso no insistió.

—Me lo agradeceis bien, pero á la verdad que yo no lo hice por vos.

—¡Si lo de la hostelera, lo sabe todo el mundo!

—No os sucede á vos lo mismo con la huérfana, yo soy el policía, pero los hipócritas son otros.

—Sigue la historia, Godínez,—le dijo Osorio.—¿Qué fué de la huérfana?

—Se mudó á otra casa, en la calle de Cuba; después á otra en la calle del Arzobispo, y ahora habita en una modesta casita que da frente al palacio del maestre, y se comunica con él por medio de una cava que atraviesa la estrecha calle que separa ambos edificios.

—¿También sabeis eso?

—Ya lo veís. Sé más que eso, tengo noticia de que aumentó tanto la belleza de la hija del señor duque de Pastrana, que encanta. ¿Es cierto, señor de Silva? Sólo le aventaja en hermosura una italiana, de quien se enamoró perdidamente don Felipe III, y cuentan que la

costó la niña arroyos de sangre, pero la defiende un *Invencible*, más invencible que los conocídos hasta el día, y el monarca, con su inmenso poder, se quedó sin ella, y tan aleccionado el monarca y su favorito, que nada volverán á intentar contra la incomparable dama. ¿No es cierto, señor Osorio, que no hay belleza superior ni igual en el mundo á la de Alice?

—¿Qué dices, primo? ¿Este demonio tiene para todos?—exclamó Gonzalo.

—Cuidado,—añadió Godínez,—señor maestre, no vayáis á equivocar á la hija del duque de Pastrana y á Alice con vuestra huérfana y mi María. Aquellas son dos ángeles purísimos, y sus caballeros dos jóvenes que no se parecen á vos, á mí ni al señor duque del Imperio en sus buenos tiempos.

—Contesta,—Flaviano,—volvió á decir Gonzalo.

—Contesto, primo, que eso es un polizonte. Si tuviera España cien así, mejor andaría todo.

—¡Quién los sufría!

—¿Por qué, Gonzalo?

—Apenas habéis llegado, y por culpa suya estais enterados del único pecado que cometí en la Habana. Eso no es un polizonte, es el mismo demonio disfrazado de hombre.

Hablando así, terminaron el expléndido almuerzo que les ofreció la hostelera.

—Hemos concluído,—dijo Godínez,—os ruego á los tres continueis aquí unos cuantos minutos que tardaré en volver.

Quedaron hablando un cuarto de hora. Los tres

elogiaban al policía en extremo y en verdad que lo merecía.

Regresó aquél, diciendo á Osorio.

—Nada ocurre en el navío *Invencible*, señor; entró en el astillero, y mientras unos lo carenan, otros se han encargado de la compra de palos, botes, etc., etc. Pronto quedará como al salir de Cartagena ó acaso mejor. El preso continúa incomunicado, y el capitán Fajardo y el teniente Guzman, saludan á sus señores. La Habana está tranquila, algo sucia, pero ya la iremos limpiando con calma; estas cosas no se pueden hacer de prisa. Señores de Silva y de Osorio. Llevásteis cerca de un mes navegando, habéis sufrido un ciclón que, sin el talento, sin el genio que brilla en vuestras frentes, ni señal quedaría del *Invencible*, y sus quinientos navegantes dormirían con el sueño de la muerte. Dad un poco de descanso á vuestro cerebro y algo de recreo á los sentidos. La vejetación de Cuba es mejor que la de Europa; por esta causa vuestra carroza espera, salgamos y trasladémonos á una posesión que el maestre tiene á poco más de una legua, y veréis panoramas que os son desconocidos. Por el camino iremos preparando la limpieza de Cuba.

—¿Qué es eso de nuestra carroza, Godinez?—le preguntó Osorio.

—La que os tengo dispuesta para mientras estéis en la Habana.

—Ireis, no me queda duda,—exclamó el maestre;—siempre se hace lo que él desea.

—Porque sabe disponer y mandar, primo. Antes diremos á Ros...

—Salieron los hermanos con dos subordinados míos, y andan ya recorriendo la Habana y sus alrededodores.

—¿Vamos, Julio?

—Sí, hermano, la idea es como de Godínez.

Al ir á bajar la escalera, se les presentó la hostelera, preguntando:

—Perdonad; señores; permitidme os pregunte si estais contentos en mi hostería.

Osorio y Julio la miraron con interés contestándole el primero:

—Mucho, y nos complace conoceros.

—Yo tengo á dicha el honor que me haceis.

—Hostelera, puede que os cueste caro.

—Imposible, señor,

—Antes de un mes lo veremos.

—Todo ha de parecerme barato, tratándose de dos caballeros tan cumplidos.

—Todo ha de parecerme bueno servido por vos. Algún día veremos quién es el perjudicado.

Y bajaron la escalera sin comprender María lo que quiso decir Osorio, y sonriendo Godínez porque empezaba á comprenderlo.

El coche salió á buen paso, y no tardó en perderse entre una arboleda de las más bellas del mundo.

CAPITULO XXVI

Una quinta en la Habana.—Regreso.—Las primeras medidas.

Iba la carroza en que caminaban Julio, Osorio, Gonzalo y Godínez por excelente arrecife, teniendo á derecha é izquierda arboledas colosales, bosques de bellísimos plátanos, elevados cocoteros y enramados, por entre los cuales no podían penetrar los rayos del sol.

Los arbustos, las plantas tropicales y las flores eran tan variadas y diversas, que Julio y Osorio quedaron absortos ante una vegetación tan maravillosa, nunca vista por ellos, y tan exhuberante que los hizo anmudecer, convirtiendo todo su ser en ojos que veían y en inteligencia que apreciaba.

—Este es otro mundo, —se decía Julio.— Todo es distinto á la vieja Europa. Los árboles, las plantas, las flores, las frutas, la temperatura y hasta los reptiles. ¡Qué encanto! ¡Qué maravilla!

Osorio se fué más al fondo de la filosofía, y murmuraba sin que ninguno lo oyese.

—Es verdaderamente este verjel un mundo nuevo hecho por Dios para que dejemos descansar á la vieja Europa. Aquellos campos están ya gastados, el esquilmo los agostó y necesitan reponerse. He ahí el principio del mundo, la creación en su estado primitivo; la tierra abrasada por el fuego incandescente, poco profundo aún, abrasadór todavía de la superficie terrestre. Aquí es por el sol tropical, pero es igual el efecto, semejantes las consecuencias. Hasta parece habitado este país por hombres primitivos. No he visto más que negros desde que salí de la Habana, ángulos faciales sin recta y cabezas con escasa masa encefálica. Las descripciones que Roch nos hacía de la naturaleza del Perú, tienen aplicación á Cuba.

Sin expresar frase alguna Julio ni Flaviano, llegaron á la posesión del maestre que era un encanto. Toda la reconocieron, y en el estudio que de ella hacían comprendieron Gonzalo y Godínez los grandes conocimientos que los jóvenes tenían en historia natural. No vieron planta, arbusto ni árbol que no le dieran su nombre propio y relataran sus condiciones.

—Deliciosa tarde,—decía Osorio:—jamás ocupé ninguna con más gusto y satisfacción. La virgen América es una purísima joven sitiada por demonios.

Luego entraron en la casa de recreo que tenía allí el maestre, y les sirvieron seis hermosas piñas, cuya fragancia embalsamó la atmósfera del comedor. Los

dos hermanos comieron de ellas, pareciéndoles la fruta más exquisita del mundo.

Después regresaron á la Habana ya anochecido, y volvieron á insimismarse los mancebos. Aquellos bosque que se extendían á derecha é izquierda del camino como mudos fantasmas que parecían salir del centro de la tierra para elevarse hasta las nubes; aquel ambiente perfumado por las flores, las plantas y los árboles odoríferos; aquel silencio de una naturaleza vigorosa y muda, les ofrecía ahora una poesía melancólica que convidaba al recogimiento y la meditación.

Llegaron muy de noche á la Habana; Osorio rogó á su primo se quedase á cenar y á pasar la velada con ellos.

El maestre aceptó, y entrando en el saloncito de los dos jóvenes, dijo Osorio:

—Hemos perdido la tarde para el rey, la hemos ganado para nuestros sentidos y al monarca y á la patria les daremos la noche como equivalente á la tarde.

Desde aquel instante y previas multitud de preguntas hechas por Julio y Osorio á Gonzalo y á Godínez, dieron principio á la formación de un plan que debía darles resultados satisfactorios para lo que ambos se proponían.

De ocho á nueve cenaron, permaneciendo hasta las doce hablando y escribiendo; para lo último hicieron entrar á Mariano Ros, que tenía una letra gallarda y era con la pluma una notabilidad.

Después de la media noche unos se retiraron y los otros se metieron en cama.

Ya acostados Flaviano y Julio, dijo el primero al seguudo:

—Hermano, ¿qué impresiones traes de la posesión de mi primo?

—Conocía como tú, teóricamente, la vegetación cubana; pero al verla esta tarde, quedé maravillado.

—¡Lástima que nos impida Méjico recorrer esta isla!

—No es necesario; Nueva España tiene sitios tan pintorescos como Cuba, y varios terrenos que se hallan en el estado primitivo.

—Es verdad; y en muchas zonas mejor temperatura.

Poco más hablaron; tenían su plan concertado, y como sabremos después, iban á emplear admirablemente el tiempo que la recomposición del *Invencible* los detenía allí.

¡Cuán tranquilos se hallaban los malvados de la Habana, sin sospechar la tormenta que ya se cernía sobre ellos!

Durmieron tranquilamente Julio y Osorio, se levantaron á las ocho de la mañana, y no tardó en presentarse á ellos el sagaz Godínez, diciéndoles:

—Vuestras órdenes están cumplidas.

—¿Ocurre algo que debas participárnoslo?

—Nada.

—¿El navío?

—Continúa carenándose, y el comandante incomunicado.

—Godinez,—le dijo Osorio;—¿no tiene mi primo más pecado que el de la huérfana?

—Ni aun ese lo es. La pobre muchacha se enamoró de él, la clase á que pertenece le impide unirse á ella, y él le guarda todas las consideraciones del más cumplido caballero. Señor, el maestre podia ser el mejor Gobernador de Cuba.

—¿Has meditado bien lo que dices?

—Ninguno mejor; tiene talento, conoce este país como yo, y es justiciero hasta la exageración. Su nobieza de alma y su generosidad no tienen rival.

—El asunto es grave.

—Por esa razón se le debe anteponer á otro cualquiera.

—¡Lo dices con una seguridad!...

—La tengo absoluta.

—Está bien; vamos á trabajar. Llama á Mariano Ros.

Redactaron varias comunicaciones que iba poniendo en limpio Ros, y continuaron escribiendo todo el día, sin otro descanso que el de la comida.

A las ocho terminaron.

Llegó poco después ei maestre, y se sentarou á la mesa, para cenar, los cuatro.

El resto de la velada lo ocuparon en modificar en una pequeña parte sus acuerdos anteriores, por efectos de alguuos datos nuevos que llevaron aquel día el maestre y Gonzalo.

Llegada la media noche, unos se retiraron y otros buscaron el natural descanso.

Anres de las siete de la mañana siguiente estaban reunidos nuevamente los cuatro, y en el mismo instan-

te se dirigieron al muelle, saltaron á un bote y éste los llevó á la galera *Rosalía.*

Era éste un buque de guerra, que contaba con diez cañones y cien soldados. Su tripulación era buena, y el capitán que lo mandaba, tan práctico y experimentado como buen marino.

Ya sobre cubierta, pasaron á la cámara de popa, donde el capitán Muro les esperaba.

Godínez estrechó la mano del marino, diciéndole:

—El señor, es el maestre de campo don Gonzalo, al que debeis conocer. Este caballero que está á vuestra derecha, es el general Osorio, y éste otro caballero un representante de su majestad el rey, llamado Silva.

—¡Silva, Osorio!... Sentaos, señores, y permitirme que yo permanezca en pie.

Los cuatro le obedecieron, diciendo Silva:

—Sentaos también vos, capitán. Aquí, entre mi hermano y yo. Os lo mando.

—¡Hermanos! —volvió á murmurar el capitán; diciendo fuerte.—Os obedezco, señor.

Y se sentó donde Julio le había mandado.

Osorio le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que llegásteis al puerto de la Habana?

—Once días, mi general.

—¿Qué trajísteis en vuestra galera?

—Quinientos voluntarios.

—¿Qué esperais?

—Caudales que debo conducir á España.

—¿Cuándo os los entregarán?

—Mañana.

—¿Pensais levar ancla pronto?

—Lo antes posible, si el señor representante de su majestad y vos me lo permitís.

—Ambos tenemos que mandar á Cartagena varios hombres, bajo partida de registro, y hemos elegido este buque del rey, que vos mandais, para que los conduzcan.

—Os obedeceré señor.

—Serán hombres que tuvieron grandes posiciones, de alta alcurnia algunos.

—Los que vos me entregueis irán á Cartagena, si en la travesía no perecemos.

—¿Sean quienes fueren, marinos, gobernadores, jefes?...

—Los que vos me entregueis llevaré, sean quienes fueren.

—Muy bien; empezarán á venir algo después que os hayan hecho la entrega de caudales, y si bien en alta mar poco deben inquietaros, mientras esteis en este puerto y permanezcan en el barco, es necesario que los vigileis mucho, y seais incorruptible.

—Nada temais, señor, nací honrado, caballero, y así bajaré á la tumba.

—Jugais en esta cuestión la cabeza.

—La ganaré.

—¿Habeis hecho provisiones?

—Mañana terminamos.

—Hoy es sábado, ¿podreis partir á fin de la semana próxima?

—Desde el lunes en adelante, cuando vos me lo mandeis.

—Queda esta galera anclada en el puerto de la Habana, esperando órdenes de Silva y mías; en nombre del rey os lo mando.

—Me inclino ante vos y os obedezco.

—Capitán Muro, mi hermano Julio y yo venimos de incógnito, porque sólo de ese modo podemos descubrir la maldad y castigarla, según desea y manda su majestad; sólo en casos extremos como ahora sucede, debemos descubrirnos en parte, pero os advertimos que tiene pena de la vida el que nos descubra del todo.

—¡Julio de Silva!—volvió á murmurar el capitán.

—¿No lo conoceis?

—Sé toda vuestra historia, señores; antes de morir mi general, el ilustre Roch, me la refirió con la de vuestros padres, y sé que sois grande de España, y que teneis títulos heredados de vuestros abuelos maternos, que no quereis usar mientras vivan los héroes vuestros padres: sé que los dos teneis tanto genio como los autores de vuestra existencia y tanto valor...

—Basta, Muro, basta; ya veo que sabeis demasiado.

—Lo bastante, señor, para no llegar á estar jamás entre vuestras garras de león, para poder aspirar á encontrarme dentro de vuestra gracia.

—Ni seis tonto.

—¿Qué os extraña? Cerca de Roch, serví á vuestros padres, y llevo además navegando y recorriendo el mundo, treinta y cinco años.

—En ese caso estrechad nuestras manos, y entrad en nuestra gracia; la puerta teneis abierta.

—Vaya si entro; y más que estrechar estas nobles manos las beso; veo en ellas las de mis antiguos generales, las de mis héroes; las que me decía Roch que eran también invencibles.

Todos se habían puesto en pie, el capitán besó las diestras de Julio y de Osorio y les rogó que no marcharan sin reconocer su galera.

Nada hallaron los cuatro en aquel barco que no fuese digno de elogio; el orden, la regularidad, el aseo, todo mereció los aplausos de los cuatro.

Osorio manifestó al capitán que todos los desterrados á España los llevaría Godínez, y con los últimos le entregaría varios pliegos para el gobernador de Cartagena, para el rey y para el duque del imperio.

Le dió algunas instrucciones más y saltaron al bote, dirigiéndose al *Invencible*.

Allí encontraron á Mendoza desesperado por la separación á que le condenaban. También estaban los dos Ros y el capitán Estéban Fajardo.

Después que cruzaron algunas frases, dijo Osorio á Fajardo:

—Pasado mañana entregais el comandante Iglesia al jefe de la policía, Sr. Godínez, que teneis de frente. Va á la galera *Rosalía*, que lo lleva á España bajo partida de registro. Y mañana, cerca de anochecido, entregais á mi hermano Rogelio doscientos soldados, los mejores del navío. Con ellos y los dos hermanos Ros sigue, Rogelio, al segundo del señor Godínez, que vendrá por tí.

—¡Gracias á Dios! Llevo banda...

—Sí, hombre, vas en función de guerra.

—¿Volveré á este navío?

—Cuando nos embarquemos para Méjico.

—Eso es.

—¿Cuándo estará listo el barco, capitán?

—El jueves de la semana próxima.

—No es necesaria tanta prisa; con que esté para el principio de la siguiente semana, bastará.

—Muy bien, señor.

—Decidme: ¿hay en el puerto alguna galera buena que esté próxima á marchar á Méjico?

—Vedla; aquella de la derecha.

—¿Es buena?

El mejor barco mercante que hay aquí.

—¿Cuándo sale?

—A principios ó mediados de la semana entrante.

—¿Lleva carga?

—Sí, señor, de azúcar.

—Fíjate bien en ella, Godínez, para que puedas reconocerla pasado mañana.

—La *Esmeralda*, me es bien conocida.

—¿Se puede ir en ella con comodidad?

—Sí, señor, con mucha.

—Pues ves mañana temprano y arregla el pasaje para tí y para María, que os vais á Méjico.

—¿Cuándo, señor?

—Cuando salga esa galera; lo antes posible.

—¿Se cerrará la casa de María?

—Dejadla abierta ó cerrada, como os agrade mejor;

pero tú y María con todo lo que esa hostelera tiene nos precedeis á Méjico.

—¿Con todo lo que ella tiene?

—Sí, con todo.

—Es mucho, señor.

—Todo podrá hacerme falta en aquella capital. Quiero que se traslade toda la hostería y quede como en la Habana, si bien tú, después de enterado de cuanto acontece en Méjico, quedarás á las órdenes de Julio y mías.

—Comprendo.

—Y al llegar nosotros á Veracruz, estarás en el muelle.

—¿Sólo?

—No, con la historia de la situación de Méjico.

—Conozco bien la historia de ese país, y poco más podré añadir. He estado en él varias veces; hice algunas prisiones de prófugos y de funcionarios con caudales agenos, y sé andar por Méjico.

—¿Te violenta abandonar la Habana?

—Me hace dichoso seguiros y obedeceros.

—Pero á mí me quitas el brazo derecho, primo,—dijo el maestre.

—Es el caso, Gonzalo,—dijo Flaviano,—que el rey necesita ese brazo en Méjico. Ya te dejará él un buen discípulo suyo.

—Excelente; me ha de reemplazar á maravilla.

—Está bien, no me opongo.

—Obrais con cordura, señor maestre, porque os había de suceder lo mismo.

—Ya lo veo; esos niños tienen tanto poder como el rey, y saben hacerse obedecer.

Poco después se despidieron los cuatro del capitán, de Rogelio y de los Ros, y regresaron á la Habana satisfechos de su escursión marítima.

De una á dos comieron, entraron en la carroza y como si nada fuese á ocurrir, se trasladaron á la posesión del maestre, donde estuvieron dos días antes.

Aquel delicioso paseo trasportó á nuestros jóvenes á un nuevo arrebamiento que cerró sus labios por algún tiempo.

Llegaron á la posesión, dieron un largo paseo por entre los árboles, plantas y flores y comieron piñas, que era la fruta más agradable de América para nuestros europeos.

Subieron de nuevo á la carroza y otra vez enmudecieron Julio y Flaviano. Aquella poesía melancólica; aquellas florestas interminables; aquel aire embalsamado; aquel susurro del agua que corría por la interminable pendiente, y aquel canto agorero de las aves que se retiraban á sus nidos en busca de la quietud y del sueño, les convidaban á una filosofía que ellos aceptaban para sumergir el pensamiento en un mundo de ideas que solo llegan á los grandes cerebros, que sólo fomentan y crean las maravillas de la naturaleza.

Llegaron á la Habana y poco después cenaban, pero sin expansión. El que más solía hablar era Osorio, y como decía muy bien Julio, cuando se acercaban los cataclismos su hermano los presagiaba con un silencio prolongado.

—Todo él se vuelve espíritu,—decía Silva.—Su padre al matar, exclamaba dirigiéndose á su enemigo: «¡Muere!» El hijo no: mata, destruye, aniquila sin desplegar los labios. En otra ocasión hubiera sonreido como vosotros; vedlo ahora qué grave, ni creo que nos oye.

Así era en efecto. El espíritu de Osorio se elevaba cada día más, para contraerse en la altura y de pronto enseñar el genio portentoso.

Concluyó la cena y dos horas después los cuatro buscaron el descanso.

CAPÍTULO XXVII

—

Llegó el día del juicio.—La audiencia —La tiranía, el despotismo y la injusticia en su grado *máximo*.—El castigo.

De tiempo atrás había en Cuba la costumbre de dar una vez al mes, por lo menos, audiencias, en las cuales el gobernador recibía á todo el que se le presentaba, oía sus demandas y atendía sus ruegos si estaban dentro de la justicia.

Era admitido en ellas hasta el esclavo que iba á quejarse de los malos tratos de su amo.

Honra á nuestra patria las leyes de Indias que tuvimos; nuestros legisladores no vieron nunca conquistados en nuestros hermanos de América, bien fuesen españoles ó bien indígenas de orígen español ó de origen americano. De todas las naciones de Europa que tuvieron posesiones en América fué España sin duda alguna la que presentó una jurisprudencia y legislación

más protectora y benéfica, más justa y que más armonizase la unión de españoles é indígenas.

Las tiranías y hasta las injusticias que allí se vieron no las motivaban las leyes, sino el carácter, la torpeza y hasta la maldad de algunos funcionarios egoistas que fueron á enriquecerse y á dominar, no á lo que los mandaran, no á administrar justicia.

Era lo que acontecía en los momentos que pasa nuestra historia. Se hallaba de gobernador don Juan Alejandre; se arruinó en su juventud, tenía influencia con el favorito y le dieron aquel gobierno que él explotaba sin conciencia y entregado á toda clase de vicios. Para él no había leyes ni otra cosa que su despótica voluntad.

Tenía á su lado un hermano que le ayudaba á gobernar, y aun cuando no era tan vicioso como don Juan Alejandre, su maldad se sobreponía y la verdad es que don Lorenzo resultaba peor todavía que su hermano mayor. Entre los dos saqueaban la isla, cometía toda clase de atropellos y en vez de ser los guardadores de la ley y los depositarios de la justicia, resultaban todo lo contrario.

Pudieron muy bien Osorio y Julio destituirle y mandarle á España bajo partida de registro al día siguiente de haber llegado; facultades les sobraban y á eso fueron á tan lejanos países, pero ambos se propusieron justificar todos sus actos, fundarlos en la más extricta justicia é invalidar para siempre al funcionario público que fuese criminal. Se proponían también evitar el derramamiento de sangre humana siempre

que les fuese posible, y de ahí nacían la calma y circunspección que en ellos se notaba.

Deseaban inutilizar para siempre á don Juan Alejandre, gobernador de Cuba, pero querían cogerlo *in fraganti*; querían decirle al criminal: mira tu obra y sufre las consecuencias de tus faltas ó crímenes.

Por eso esperaron la ocasión que juzgaron llegada en este día, que era el último domingo del mes, en el cual el gobernador debía dar audiencia y hacer justicia á sus gobernados.

Esta audiencia la estaban preparando el maestre don Gonzalo y el jefe superior de policía Godínez, inspirados por Osorio y Silva, y debía ser un acto notable por muchos conceptos.

Las audiencias de este gobernador habían ido decayendo hasta el extremo de no haberse presentado á la última más que dos hombres de color. No se administraba en ellas justicia, y convencidos los habaneros de esta verdad, dejaban de asistir, sufrían y esperaban mejores tiempos.

Todos tenían entrada en ellas, españoles y extranjeros, blancos y negros, si bien los nobles entraban desde luego en el salón de audiencias y esperaban sentados el momento que ellos elegían para hacer presente su demanda.

La mañana de este día la ocuparon nuestros amigos hablando de lo que por la tarde debía acontecer. Flaviano, como de costumbre, estaba poco comunicativo. Ya sabemos que no hablaba cuando se disponía á realizar grandes ideas. En cambio, su hermano Julio,

que no gustaba de aquel retraimiento con un ser á quien tanto amaba, descargaba sobre él una lluvia de preguntas que aquél procuraba satisfacer con monosílabos.

Llegó la hora de almorzar y se sentaron ambos á la mesa solos; ni el maestre ni Godínez habían parecido.

Julio decía en estos momentos á Flaviano:

—Solo me contestas sí ó no. ¿Por qué estás tan callado?

Osorio sonrió, replicándole:

—¿Tienes empeño en que hable?

—Sí.

—Pues hablemos. A mi padre, al Santo y á su digno hijo no puedo yo negarles nada. Si la vida me pidieran, la vida les daría en el acto sin la más leve vacilación.

—¡Tu vida! ¿Cómo arrancar lo que tanto amamos los tres? Porque has de saber, hermano, que mi padre te quiere tanto como á mí.

—Lo sé. No le amo yo menos.

—Le pagas; solo le pagas.

—Le doy todo lo que tengo; no puedo más.

—¿Te acuerdas de Alice?

—Sí.

—¿Mucho?

—Menos que el cumplimiento de mis deberes.

—También yo pienso en mi prima, pero obedecemos á mi padre y le antepongo á ella y á todo.

—Pues no faltaba más,—añadió Osorio;—el prínci-

pe y el duque son nuestra existencia, nuestro deber; son, Julio, el pensamiento que nos domina, eleva y ennoblece; con el maravilloso conjunto de las ideas de un Santo y de un héroe que filtraron en nuestros cerebros y nos levantaron al talento, á la gloria, y lo que es más, á la virtud más pura y acrisolada.

—¡Qué bien los sintentizan tus ideas! ¡Con qué gusto escuché tus frases, hermano! Pero no hables tú de héroes, Flaviano; porque no has podido heredar de tu admirable padre ni de nadie el heroismo.

—Ya lo sé, Julio; el heroismo no se hereda, por eso yo no lo tengo.

—Por eso el tuyo, hermano, es superior al de tu padre.

—No delires; esas ideas no son tuyas; tú piensas con más elevación; esas ideas las recogió tu cariño del vulgo.

—De tus hechos; pero te molesta la conversación y doblo la hoja. Hablemos de otra cosa.

Y continuaron unas veces hablando, y otras ensimismándose por largos períodos.

A las tres se vistieron de nuevo, poniéndose, ó mejor, poniéndoles los Ros las calzas de seda negras, gregüescos y ropilla del mismo color y dos ligeros ferreruelos sujetos al cuello, un cordón y borlas de oro para cubrir Julio el toisón que llevaba al cuello y Flaviano la cruz de Santiago que ostentaba en el costado izquierdo de su ropilla.

Los birretes eran de terciopelo negro con pluma blanca.

A las cuatro menos cuarto llegaron el maestre y Godínez.

Cruzaron algunas frases y se dirigieron al palacio del gobernador Gonzalo y el jefe de policía en la carroza del primero, y Julio, Osorio y dos Ros en la que usadan nuestros jóvenes.

La una delante y la otra detrás llegaron al palacio, quenando á la espera los carruajes.

Iban delante el maestre y el jefe de policía, y á regular distancia detrás, nuestros cuatro madrileños.

De este modo atravesaron las antesalas, donde ya estaban los que iban á pedir algo en la audiencia y entraron en el estrado ó salón de recibo.

Había en él una gradería cuadrada, y encima un sillón gótico con las armas de España. En aquel semitrono se sentaba el gobernador.

Cuando penetraron allí Julio y Osorio había dos alabarderos situados á derecha é izquierda del sillón al pie de la grada que estaba cubierta de terciopelo blanco, un notario que mandaron el maestre y el jefe de policía y varios lacayos detrás del trono.

Julio, Osorio y dos Ros se situaron detrás de una mesa, de pie, cubriendo perfectamente al notario que estaba detrás sentado y dispuesto á dar fé de todo lo que allí ocurriera.

Entraron varios nobles.

Más de media hora esperaron. Al cabo de este tiempo dos pajes corrieron las cortinas que cubrían una gran puerta que comunicaba con las habitaciones interiores, y un ujier exclamó:

—El señor.

Y fueron saliendo el gobernador, su hermano Lorenzo, el maestre, el capitán que daba la guardia al palacio, el jefe de policía, dos ujieres y dos pajes..

Alejandre ocupó el sillón que estaba sobre las gradas, y los restantes sus respectivos sitios, pero todos estaban ya en pie menos el gobernador y el notario que cubrían los nobles.

En torno de Julio y Osorio había hasta veinte caballeros.

Al notario era imposible verlo por ninguno de los que rodeaban el trono.

Hubo de llamar la atención del gobernador, tanto noble y el murmullo de los que esperaban fuera; pero creyó que se trataba de pretendientes y se encogió de hombros, exclamando:

—Que empiecen á entrar.

—Uno, el primero que llegó si los nobles se lo permiten,—gritó un ugier, y dió principio la audiencia.

Los primeros que entraron les llevaban solicitudes que tomaba Lorenzo, diciéndoles:

—No es necesario que digais nada, aquí estará lo que deseais.

Y le empujaba, gritando:

—Otro.

Muchos querían hablar, pero Alejandre, tomaba el papel y los echaba, diciéndoles:

—Fuera, que hoy sois muchos; que hable el papel; con eso basta.

Acabaron los de las solicitudes, que no bajarían de catorce, y se presentó un anciano, diciendo:

—Señor, me han robado á mi hija, y vengo á pediros justicia.

—Eso al jefe de policía; que la busque; yo nada tengo que ver en eso,—dijo el gobernador palideciendo.

—Señor, se halla en vuestro palacio, y me ha escrito ella diciendo que está aquí, y que vos la habeis deshonrado.

—¡Miserable! ¿Cómo te atreves á decir eso de tu señor?

—Miserable es el que roba y deshonra, no el hidalgo como yo, que es víctima de un malvado.

—Prended á ese hombre, Godínez, y encerradlo en un calaboza y que le den veinte palos.

—¡Mi hija, gobernador, mi hija, ó que Dios te maldiga como yo te maldigo!

—Llevadlo pronto, Godínez, y si no calla ponedlo una mordaza.

—¡Maldito seas, asesino de mi honra, tirano de mi país!—salía gritando el anciano, conducido por Godínez.

—Otro,—exclamó convulso Alejandre.—Y si es también un insolente canalla, se acabó la audiencia para siempre.

—Eso es lo mejor, para siempre,—añadió su hermano.

Al oir estas frases, se adelantó un noble que estaba oculto entre los de su clase, y por esta causa no pudie-

ron distinguirlo, ni el gobernador ni ninguno de los que se hallaban cerca del trono, y le dijo:

—Señor gobernador, representais al rey sentado en ese sillón, y le ocupais para administrar justicia. El monarca español os lo manda, el deber os lo impone.

Alejandre tembló, pero reconiéndose cuanto pudo, le contestó.

—Para eso estoy aqui; hablad:

—Para eso he venido y no dejaré nada por decir. Rodeados nos hallamos de nobles, caballeros y leales servidores de su majestad; juro delante de todos ellos, por el Dios Santo que nos oye, no mentir; no desfigurar la verdad, no exponer nada en mi relato que no tenga evidencia de que es exacto.

—¡Guay, sino cumplís vuestro juramento!—añadió Alejandre con ojos espantados.

—¡Guay, señor, de los que conviertan la justicia, en este día de juicio y de expiación, en menguado instrumento de egoismo y perfidia!

—No me he sentado aquí para oir sermones. Haced presente vuestra demanda ó retiraos.

—Os obedezco; pero me habreis de permitir, que antes de elevar hasta vos mi justa súplica, os ofrezca algunos antecedentes indispensables al esclarecimiento de la verdad.

—Abreviad.

—Lo haré en lo posible: Señor, señores: Mi padre, don Diego de Pineda, maestre de campo de los ejércitos de su majestad, pereció en América defendiendo la integridad de su patria. Quedamos en la Habana, á su

muerte, dos huérfanos, mi hermana Julia de ocho años y yo de quince. Cogimos la herencia paterna, y con ella compró nuestro curador el mejor ingenio de Cuba. Con el producto y otra finca que habíamos heredado de nuestra madre, que falleció mucho antes, vivíamos los dos hermanos en la opulencia. Pues bien, sin cometer delito alguno, ligados á la causa de España, y leales siempre al rey, á la patria y á la religión, han sido confiscados todos nuestros bienes, mi hermana emigró á Cartagena de Indias, y yo he quedado á perecer. Si hoy he comido se lo debo á la generosidad de mi primo, don Luis Arévalo, que está presente. ¿Hay alguno que pueda desmentirme?

—No, no,—contestaron varios nobles.—Ha dicho la verdad.

—Silencio,—contestó el gobernador con imperio,—sólo puede hablar aquí aquel á quien yo dé permiso. Pineda, si traeis solicitud entregadla y retiraos.

—Señor, estoy dentro de un derecho que las leyes me conceden, y habré de ampliar mi exposición de antecedentes, pues no traigo nada por escrito, y es justo explicar los hechos, demostrarlos para que la justicia me sea otorgada.

—De nada va á servir vuestro relato; motivo podrá ser que empeore vuestra suerte,—le dijo el gobernador.—Por última vez os invito á que me digais por escrito lo que deseais.

—Ya es imposible, señor, y yo os ruego tengais á bien oirme.

—¿Quereis ir desde aquí á un calabozo?

—En él me darán de comer algo, iré ganando, señor.

—Os darán de comer ó cincuenta palos.

—¿Se puede apalear á los nobles?

—Sí.

—Veamos si doy motivo para tanto.

La audiencia empezó á las cinco de la tarde, es decir, una hora después de la señalada, iba bastante tiempo trascurrido, y empezaba á anochecer. Por eso en aquel instante entraron varios lacayos con luces que fueron colocando en sus sitios.

El salón presentaba ahora un aspecto sombrio é imponente.

Nadie hablaba. El gobernador estaba más pálido que nunca y se le veía dirigir á Pineda miradas altaneras y amenazaderas.

La actitud del demandante era firme, serena, miraba al gobernador con algo de desden y á los que le rodeaban con seguridad y hasta con satisfacción.

Los restantes, fijos en Pineda y Alejandre, demostraban ansiedad, á excepción de Julio y de Osorio que parecían estatuas de mármol.

Ya encendidas las luces y empezando á sucumbir el crepúsculo vespertino entre el negro manto de la noche, volvió á hacer uso de la palabra el demandante, añadiendo:

—Creció mi hermana, señores, trascurrieron nueve años desde la muerte de mi valiente padre y dicen que Julia, mi querida Julia, mi hermana, mi compañera, se presentaba como un prodigio de belleza. De ella se enamoró un caballero, pero no fué á pedirme su mano,

le pidió á ella su honra. La hija de aquel padre tan leal y tan bravo tenía su sangre y le contestó con el desprecio que merecía tan criminal y menguada proposición. Desde aquel día el caballero dió principio á una persecución horrenda, tan horrenda y constante, que mi hermana tuvo que casarse en secreto con un hombre digno de ella, que residía en Cartagena, y ambos huyeron de la Habana á dicha ciudad de Colombia sin haber cometido otro delito que el de amarse y unir su suerte al pié del ara santa.

—¿Qué nos importa á nosotros eso, Pineda?

Sin hacerse cargo el demandante de las últimas frases expresadas por el gobernador, siguió su relato:

—Señor, señores, veinte días después todos mis bienes y los de mi hermana estaban confiscados y yo, que era inocente de todo, quedé á perecer. ¿Es esto justo; he cometido yo algún delito? Solo somos culpables mi hermana y yo, ella de ser honrada, y ambos de ser hijos de un caballero que murió por su patria y por su rey. En la Habana hoy se castiga la virtud, la noble descendencia, y se premia el vicio y la corrupción, la villanía y la maldad. Señor gobernador, devolvedme mis bienes, devolvédselos á mi hermana, porque fuísteis vos el que la quiso deshonrar y el que posee nuestra fortuna, que no entregareis, según habeis jurado, hasta que mi hermana vuelva y se entregue á vos. Cada instante que pasa aumenta el robo que nos estais haciendo, crece vuestra infamia y colodais un gobierno que no han debido daros, porque lo

deshonrais y poneis en ridículo al que os lo concedió. ¿Me devolvereis mis bienes? Contestad, sí ó no.

Cada frase de las que había pronunciado Pineda en la última parte de su discurso, había caido sobre Alejandre como una gota de plomo hirviente.

Quedó el gobernador mudo, quiso mandarle callar y le faltó la voz. Ardía en ira; la soberbia, se retrataba en su lívido rostro y su actitud al acabar el demantante era la de una fiera sedienta de sangre.

Los nobles que presenciaron la escena temblaban por Pineda; el hermano del gobernador le miraba con torbo ceño, y Gonzalo y Godínez con una sonrisa que rebosaba satisfacción.

En cuanto á Julio y Flaviano nadie podía notar nada en ellos; seguían convertidos en estátuas. Presenciaban la más grande infamia, pero iban á triturarla, y seguros de conseguir su objeto no demostraban prisa ni deseo alguno. Con la mayor tranquilidad aguardaban el momento dado. Por nada en el mundo lo hubieran adelantado un segundo.

Al terminar Pineda, el cuadro que ofrecía el salon de audiencias era en extremo aterrador.

Por fin Alejandre logró reponerse algo, y poniéndose en pié, con voz ronca y cortada á veces por la bilis que llegaba á sus labios, gritó:

—Te voy á dar la muerte, villano. Es á lo único á que tienes derecho. Maestre, atravesad á ese hombre con vuestra espada. Yo os lo mando.

Con firmeza contestó don Gonzalo:

—Yo no soy asesino, señor Alejandre.

—¡Os negais!—dijo Alejandre.—Sufrireis la pena que merecen los traidores. Matadlo vos, Godínez; yo os lo ordeno.

—Gracias, no me ha nombrado aún su majestad verdugo.

—Os costará la vida esa frase.

El jefe de policía sonrió.

—Capitán,—añadió Alejandre;—con esos dos alabarderos matad á Pineda.

—Yo que soy vuestro jefe más directo os lo prohibe,—exclamó el maestre poniéndose delante de Pineda.—Somos soldados de la patria, del rey, no asesinos ni verdugos de ese miserable.

—Lorenzo, hermano mío, hiere tú,—añadió el gobernador dirigiéndose á su hermano:—éste fué á tirar de la espada, pero lo cogió por la muñeca Godínez, y se la retorció dejándole inútil la diestra.

—Esto es,—gritaba don Juan,—una conspiración horrenda. Pajes, lacayos, ujieres, llamad á los soldados. Corred.

Aquellos salieron, siguiendo un minuto de incertidumbre y terror para algunos.

El gobernador cayó sobre el sillón retorciéndose y casi bramando.

De pronto volvió á levantarse, teñido el rostro de la más grata satisfacción.

Veia llegar á un capitán con la espada desnuda, seguido de varios soldados, y creyó que era la fuerza mandada llamar por él.

—Capitán,—gritó;—prended á Pineda, al maestre,

á Godínez y á esos tres, capitán y dos soldados que no me han obedecido. Todos van á morir, todos.

El capitán entró seguido de dos filas de soldados que se prolongaban hasta la escalera del palacio, se cuadró delante de Julio y Flaviano, y haciéndoles una reverencia exclamó:

—Estoy á las órdenes de vuestra alteza, señor.

Silva entonces aflojó el cordón de oro de su ferreruelo, y dejando ver el toisón; avanzó hasta llegar al gobernador, al cual dijo:

—Su majestad el rey, mi amado primo Felipe, os elevó á ese sillón para que administraseis justicia, no para ultrajar la virtud y escarnecer la moral. En su augusto nombre os destituyo, y pronto sereis juzgado.

Fuera de sí Alejandre, descompuesto y perturbado se puso en pie, y fué á caar sobre Julio, gritando:

—Mentira, tú eres un farsante.

No pudo continuar; una mano vigorosa, la de Mendoza, le levantó en el alto arrojándolo al pié de la grada.

Silva se sentó tranquilamente en el trono, diciendo al jefe de policía:

—Godínez, llevaos á Alejandre á la prisión de ese desgraciado padre que antes habeis preso; dejadlo asegurado y traedme al anciano y á su hija sin pérdida de tiempo. Capitán Mendoza, tomad posesión de este palacio, llevándoos de aquí todos esos soldados. Aquí solo debe quedar la justicia, y esa ocupa ya el trono que merece.

En el acto fué obedecido.

Lorenzo Alejandre le pidió seguir á su hermano, se lo concedieron y ambos desaparecieron de allí.

La metamórfosis había sido completa.

CAPÍTULO XXVIII

—

La justicia.—La modestia.—La virtud.—Así se gobierna.

Silva volvió á exclamar:

—Que entren todos los que han venido á la audiencia; los nobles á la derecha, los restantes á la izquierda.

Cuando todos estuvieron dentro y colocados, según acababa de mandar; añadió:

—Habaneros: Por una equivocación lamentable vino á mandaros ese desgraciado que ya empezó á espiar sus delitos en un calabozo. Por el pronto le reemplazo yo, y juro en nombre del rey, mi primo y señor, hacer justicia á todo el que me la pida. Luego os dejaré un digno gobernador que hará en lo posible la felicidad de esta isla. En nombre de su majestad á quien represento, y con poderes bastantes, invito á todos los habaneros que deseen justicia, á que se lleguen á mí y la demanden. La audiencia de hoy terminará cuando todos

los presentes queden satisfechos; la de mañana durará todo el día y ya será perpetua hasta que no quede un cubano que tenga algo que pedir, un cubano á quien hacer justicia. Empiezo por vos, Pineda; venísteis hambriento de justicia y vais á salir harto. Queda levantado el inícuo secuestro de vuestros bienes y los de vuestra hermana. Se os abonará todo el producto devengado por vuestras posesiones en el tiempo que habeis carecido de ellos, una indemnización por daños y perjuicios, y se os concederá además un cargo de importancia en la Habana; como remuneración á los servicios y muerte gloriosa de vuestro padre. Vuestra hermana puede venir cuando quiera, que ya nadie ofenderá su virtud, que yo aplaudo. ¿Estais satisfecho?

—No, alteza,—contestó Pineda con resolución;—deseo pediros dos gracias.

—Si son justas, concedidas. Hablad.

—La primera es besar vuestra mano.

—No, estrecharla con la vuestra.

—No, besarla; así. La segunda deciros, que si bien me dijeron que había en la Habana un príncipe que me haría justicia hoy, y por eso vine tan resuelto como vísteis, jamás imaginé que fuérais vos...

—Pineda, si me conoceis, callad mi nombre, vengo de incógnito por orden del rey, me resta sorprender á muchos malvados, y debo continuar todavía mucho tiempo oculto á las miradas aviesas.

—¡Ah, señor; porque os conozco y sé que vuestro padre es el mejor de los hombres, más que todos los monarcas de la tierra, el que llevó á mi padre al Perú...

—Me vais á descubrir, Pineda.

—Enmudezco, señor; mas permitidme que os siga contemplando el tiempo que dure la audiencia.

—Quedaos: mañana os presentais al tribunal que nombraré esta noche para que os dé posesión de todo lo que ya os pertenece.

En este momento entró Godínez con el anciano y su hija. Iban abrazados, y ambos vertían abundantes lágrimas.

El jefe de policía los dejó al pié del trono, y unido al maestro de campo hicieron salir á todos los criados que había allí del gobernador, los reemplazaron con otros de don Gonzalo y desaparecieron los dos.

—Ahora os toca á vos, anciano,—dijo Silva, al que acababa de entrar.—Yo no puedo remediar el daño que ese menguado hizo en vuestra honra, pero le obligaré á que os entregue una indemnización de diez mil ducados que servirán de dote á esa infortunada y bella joven.

—No los dará, señor.

—Contad con ellos, anciano, los dará, y en caso contrario, los recibireis de mis manos. ¿Deseais algo más?

—Besar la mano de vuestra alteza mi hija y yo.

—Eso no; estrecharla.

—Bésala como yo, hija mía. ¡Viva el príncipe!

—¡Viva!—contestaron todos los presentes como un solo hombre.

Y salieron padre é hija victoreando al príncipe por pasillos, salones, escalera y plaza. Sus voces eran re-

petidas por soldados y paisanos. Ya había corrido la voz por la Habana de la llegada de un príncipe real que había anulado la autoridad de Alejandre y estaba haciendo justicia, y la plaza de Palacio se iba llenando de curiosos.

Volviendo al salon de audiencias, diremos, que los nobles y plebeyos estaban asombrados ante la presencia de un príncipe tan joven, tan bello y tan justiciero. Lo miraban como á un ser sobrenatural y la verdad es que se maravillaban de aquel cambio tan completo y agradable.

La presencia de Julio había excitado el amor de aquel pueblo á su rey, del cual llevaban mucho tiempo de estar murmurando en voz baja.

¡Si Felipe III se hubiera parecido á su primo Julio! Pero esto no le sabían los cubanos y ya contemplaban en el monarca español un rey de derecho divino, al cual idealizaban en sus ardientes imaginaciones.

Los nobles todos miraban también á Flaviano, el cual, sentado frente al notario, dirigía el acta notarial que aquél levantaba.

La cruz de Santiago que lucía en su pecho, su traje igual en todo al del príncipe, su belleza más varonil aun que la de Julio y su gravedad é indiferencia á todo lo que no era formar el acta que escribía el notario, lo presentaban á la multitud como otro príncipe parecido á Silva.

Julio dirigía de contínuo miradas á su hermano y tanto le conocía que no le extrañaban su laboriosidad é indiferencia.

Silva no sólo amaba á Flaviano, veía en él un genio digno de admiración.

La audiencia continuó hasta las diez de la noche, es decir, que Julio no se levantó de su asiento mientras quedó un pretendiente.

Excusamos decir que todos sus actos revistieron el sello de la más extricta justicia.

Cerrada la puerta de audiencias y retirados los criados y guardias, se acercó Julio á Flaviano, y dijo:

—¿Acabas hermano?

Al oir la palabra hermano miró el notario con sorpresa á Osorio.

— ¡Su hermano!—exclamó.

—Sí,—le dijo Flaviano,—sólo faltan dos líneas.

Las dictó y dijo al notario.

—Ese acta continuará hasta que acaben las audiencias y las sentencias del tribunal, que empezará á funcionar mañana.

—Muy bien; mañana volveré, continuando todo el tiempo que manden vuestras altezas.

Y desapareció haciendo reverencias, andando hacia atrás hasta que salió del salón.

Fué reemplazado por Godínez, que les dijo:

—Vamos á comer, señores, que ya es cerca de media noche.

—¿Dónde?—le preguntó Osorio.

—En el palacio.

—¿Quiénes?

—Vos, don Julio, don Rogelio, don Gonzalo, los cuatro Ros, María y yo.

—¿Todos nos quedamos en el palacio?

—Todos.

—¿Quiénes nos sirven?

—Todos los criados de don Gonzalo, que son once, los seis vuestros y los tres de María y míos.

—¿No quedó ninguno del gobernador?

—Ninguno; todos fueron despedidos.

—Y su amo, ¿dónde está?

—En un calabozo, acompañado de su hermano que no quiere abandonarlo.

—Que les den de comer con arreglo á su clase, buenas camas y cuanto necesiten.

—Así lo he dispuesto.

—Supongo que toda esa gente, que concurrió á la audiencia fué mandada por vos.

—Toda.

—Prescindir ya de eso. Ahora que venga el que lo desee por su sola voluntad.

—Claro es.

—¿Cuando partís á Méjico?

—Pasado mañana.

—Pronto es. ¿Con María?

—Sí, señor.

—¿Con todo el ajuar de casa?

—Con todo no pero sí con lo necesario.

—¿Va contenta?

—Yendo yo...

—¿Podrán embalarlo todo en ese tiempo?

—Nos ha de sobrar. Treinta hombres se ocupan ya de eso.

—Vamos á comer.

Ya les esperaban en el comedor Rogelio y el maestre. Los cinco se sentaron, dando principio á su expléndida cena.

Godínez fué el primero que ocupó su asiento. No le retenía allí su vanidad ni los efectos de ninguna otra pasión bastarda; era la admiración y amor que profesaba á los hijos de sus generales y muy particularmente á Flaviano. Su deseo era contemplarlo, obedecerle y estar á su lado el mayor tiempo posible.

Era una potencia en Cuba, y la abandonaba sin violencia por seguir á Flaviano, por estar el mayor tiempo posible cerca de él.

La conducta que estaban observando en la Habana los dos hermanos, le hizo ver que los hijos se igualaban á los padres en todo, y este fué otro motivo para que su admiración y entusiasmo por ellos crecieran.

Dejemos á los cinco que cenen y averigüemos nosotros qué hacían entre tanto don Juan y Lorenzo Alejandre.

La prisión del gobernador estaba situada en el piso bajo interior del palacio. Era un saloncito con dos grandes rejas tapiada la parte baja de ellas para que nadie pudiera ver á los que en ella estuvieran desde el patio á donde caian.

Tenía ahora aquella prisión dos camas buenas, cuatro sillones, una mesa, un armario y todo lo necesario para el aseo.

En uno de los cuatro sillones cayó el gobernador, magullado por el golpe que recibió en la audiencia,

cuando Mendoza le arrojó al suelo, y abrumado además por la desgracia.

Su hermano Lorenzo le contemplaba con amargura, y una rabia concentrada que al estallar podía muy bien causar algunas víctimas.

El hermano mayor era bajo de estatura, pálido, y el tipo completo de un hombre de esos que gastan su vida entre placeres y vicios.

Lorenzo era también bajo, delgado, ojo vidrioso, mirada torba, con color de aceituna y un aspecto que dejaba traslucir la mala intención del hombre vengativo y sañudo.

El primero era un ser déspota, trivial y vicioso.

El otro un hombre malo.

Los dos eran cobardes y descreidos?

Media hora estuvo el uno sepultado en su sillón, mientras el otro le contemplaba sin despegar los labios ninguno de los dos.

Al cabo de ese tiempo levantó la cabeza don Juan, preguntando á su hermano:

—Lorenzo, ¿qué nos sucede?

—Que somos víctimas de una sorpresa, hija sin duda, de antigua y vasta conspiración.

—¿Quién es ese príncipe?

—Yo no lo sé.

—¿No opinas como yo que vino á España en el navío *Invencible*, y es el hijo del que llaman el Santo.

—Si es en efecto Julio de Silva, estamos perdidos, Juan.

—Me lo temo.

—Recuerda, tú, que conoces la corte...

—No puedo ser otro.

—¡Maldición!

—Lorenzo, tú estás libre, á tí nada pueden hacerte, tú me vengarás ¿es cierto?

—Sí, te vengaré como se vengan los Alejandre; por la intriga, por la trama, con el veneno, con el puñal, de la manera que sea posible.

—Matas á ese que me sepulta en un calabozo y á cuantos lo defiendan. No perdones á ninguno.

—A ninguno,—contestó Lorenzo con la frente contraida y la mirada torba y sombría.—Si puedo con todos, de todos daré fin.

—Principalmente á ese que se titula príncipe.

—Y al que quiso estrellarte contra el pavimento.

—No quiso, no; me ha magullado, pero me dejó caer, no me tiró. ¡Oh, si me tira me estrella! Me levantó con fuerzas de león. Guárdate, Lorenzo, de las fuerzas de ese capitán.

—Contra la fuerza emplearé el hierro.

—Muy afilado.

—Como el de mi puñal.

—Y si fuese envenenado mejor.

—No lo uso de otra manera.

—¡Qué tarde, qué noche y qué porvenir!

—Matarte no pueden, Juan.

—No lo sé, pero está preparado. En el último cajon de mi gabeta verás á la izquierda un botón de bronce; lo oprimes, saltará una doble tapa y en el fondo

hallarás veinte mil ducados en oro. Apodérate de ellos cuando puedas.

—Yo tengo más de diez mil y los uniré para que los partamos.

—No, quédate con la mayor parte; lo primero es la venganza y para esta es necesario en nuestra triste posición mucho dinero.

En este instante les llevaron la cena, dejándola sobre la mesa.

Juan no quiso comer, probó y no pudo.

Su hermano cenó como si nada le ocurriera.

Media hora después se desnudó y metió en cama, diciendo á su hermano:

—Duerme, Juan; lo peor que puedes hacer es dejarte abrumar.

Nada le contestó el gobernador.

Vino después el mismo criado, recogió el servicio y le preguntó:

—¿Quereis algo más?

—Sí, contesta; ¿quién es ese príncipe que se ha puesto en mi lugar?

—No lo sé.

—¿Y el capitán que me derribó?

—Tampoco lo conozco.

—¿Qué dicen los soldados?

—Nada.

—¿Y el pueblo de la Habana?

—Nada.

—¿Qué hacen, qué hacen?

—Nada.

—¿Sólo esa palabra conoces?

—Sólo esa.

—¿Y si añado oro!

El criado soltó una carcajada y salió de allí riendo.

Era un individuo de la policía secreta que mandaba Godínez.

Cada vez más abrumado el gobernador, se echó vestido, pero no pudo dormir en toda la noche.

Durante seis horas que pasó revolviéndose en la cama llegaron á su mente todas las infamias que había cometido, todo el conjunto de tropelías, despotismos y confiscaciones que había patentizado y el remordimiento y la tortura se apoderaron de su espíritu.

Empezaba á ver lógico y natural lo que le ocurría. A pesar de lo elástico de su conciencia principiaba á ser juez de sí propio.

Con el remordimiento se le presentaban las figuras de Julio severa y grave, como la del magistrado más austero, y la de Mendoza, como un atleta que le bastaba el más pequeño esfuerzo para estrellarlo.

Su hermano á todo esto dormía tranquilamente.

Lorenzo tenía un alma atravesada, carecía de conciencia y su indiferentismo se igualaba á su maldad. ¡Ay de Julio de Silva si no distingue á tiempo é inutiliza la serpiente funesta que le acechará pronto provista de su venenoso aliento!

A las nueve de la mañana siguiente se formó un tribunal compuesto de los tres magistradas más severos y rectos de la Habana, don Gonzalo y Flaviano que lo presidía.

Juzgaron al comandante del *Invencible*, al gobernador y la multitud de funcionarios que eran denunciados en las audiencias que á la vez daba Julio. A otros que denunció Godínez y á otros que encausó con sobrado motivo don Gonzalo.

Pero á todos los oian, examinaban los testigos y cuanto era susceptible de examen, y fallaban en último caso con completo conocimiento de causa.

Duraban las reuniones del tribunal y las audiencias desde las ocho de la mañana hasta las doce, y desde las tres de la tarde hasta la ocho de las noche.

Fué sentenciado el comandante del *Invencible* á la destitución de su empleo, y á no poder obtener cargo ni empleo alguno público.

El gobernador al destierro de España y de todos sus estados y á la indemnización de cuantos daños había causado injustamente.

Y á este tenor lo fueron hasta cien personas más, con lo cual desaparecía de Caba el verdadero fomento del robo y de la maldad. Pero no quisieron Julio ni Osorio ultimar todas las sentencias; acordaron mandar los expedientes y acta á Madrid, pasando los reos á la Metrópoli para la notificación del supremo tribunal.

Lo único que hicieron en el acto fué restituir con los bienes del gobernador lo que este había usurpado y lo que debía indemnizar por daños y perjuicios.

Julio, como supremo legislador, mejoró algunas sentencias, indultó á seis, y con su excesiva bondad templó la justicia.

Los reos todos fueron embarcados en la galera *Ro-*

salía que los esperaba para partir, y al día siguiente se hicieron á la mar con rumbo á Cartagena.

Quedó disuelto el tribunal y nuestros jóvenes en libertad de poder salir á la calle. Seis días permanecieron encerrados en el palacio.

A Pineda le fué concedido un cargo importante.

Varias veces se reunió el pueblo para ver y aclamar al príncipe, pero no lo consiguió; sólo pudieron contemplarlo las que iban á la audiencia, encantando á todos su carácter bondadose, dulzura, talento y superioridad sobre los demás.

Salió la galera *Rosalía*, quedando en la Habana Lorenzo Alejandre, con el objeto de realizar los bienes que á su hermano le quedaban despues de las restituciones. Esto dijo, y en parte era verdad, solo en parte.

Una sola vez que se presentó ante el tribunal para prestar cierta declaración, se fijó mucho en él Osorio y por la noche dijo á solas á su hermano:

—Julio, el exgobernador tiene un hermano menor.

—Sí, Lorenzo Alejandre.

—¿Te has fijado en él?

—Recuerdo solo que es mal encarado, y su mirada es torba, pero no lo estudié.

—Yo sí.

—¿Qué deduces?

—Que debemos estar prevenidos contra él.

—¿En qué te fundas?

—Hablé con él, estando en el tribunal, lo examiné, y es un cobarde con malas entrañas.

—¿No ha partido con su hermano?

—No; se ha quedado.

—¿Qué deduces?

—Que como pueda te asesinará. Y á mí también.

—Tu no te equivocas, hermano.

—¿Recuerdas la historia de aquel Bermúdez que nos refirió el Santo?

—¿El asesino de mi abuelo?

—Sí.

—Perfectamente.

—Pues es un tipo igual.

—¿Qué hacemos?

—Estar prevenidos.

—¿Sólo eso?

—No se puede hacer más, porque hoy nada se le puede probar á ese hombre.

—¿Será precavido?

—Mucho.

—En ese caso, recomiéndaselo á los Ros y á nuestros criados.

—Era mi pensamiento.

—Si nos sigue á Méjico...

—Si á tanto osara, se lo recomendaremos á Godínez.

—Tienes razon, con ese hay bastante.

Osorio llamó á los Ros y á los seis criados, encargándoles que hicieran por conocer al hermano del exgobernador, y grabasen bien su fisonomía en la memoria para que si le veían en alguna ocasión lo espiaran y estuvieran muy al cuidado de cuanto hacía.

Al día siguiente fué obedecido. Los diez le rodearon, haciéndole hablar con pretextos verosímiles. Tan pesados y exigentes estuvieron, que le hicieron reir, le incomodaron luego, estudiando su fisonomía en todas las impresiones que acababa de sufrir.

¿Pero de que serviría todo aquello, si el malvado se disfrazaba bien?

Lo peor del caso era, que las sospechas de Flaviano resultaban fundadísimas.

Mendoza estaba en su centro; todas las tardes salía á caballo con Andrés Ros, lucía su banda de capitán por las calles y plazas de la Habana, y luego se internaba en las frondosas arboledas de Cuba, extasiando su espíritu entre aquellas plantas y flores, que le fueron desconocidas hasta entonces.

Iban seguidos de dos criados, nada temían y hubo tarde que se alejaron cuatro leguas de la Habana, regresando muy entrada la noche.

Esa ciega confianza dió lugar á un grave acontecimiento que relataremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIV

—

Una imprudencia.—Las pelotas del siglo XVI.—Milagro — Los heridos.

Rogelio refería á sus hermanos las espansiones á que se entregaba todas las tardes por entre los árboles de Cuba.

Osorio le hizo varias preguntas, diciéndole á la postre:

—Te aconsejé que recorrieras á caballo ó en la carroza, los alrededores de la Habana, y hoy te prohibo que te alejes más de una legua.

—¿Por qué, hermano?

—Rogelio, tenemos enemigos en Cuba.

—Pues si estamos haciendo el bien de todas las personas honradas.

—Y el mal de todos los canallas, y son éstos y no aquellos los que asesinan.

—Puedo decirse que por todas partes nos aplauden.

—Pues recibe esos aplausos que te dan en la ciudad, y no vayas á los bosque, donde pueden aplaudirte con una onza de plomo ó de hierro.

—Cuando tú me haces esa advertencia algo sabrás, y no quiero cuestionar contigo.

—Cuestiona ó no,—añadió Julio,—eso es indiferente, pero haz lo que te encarga Flaviano.

—Está bien, no hablemos más de eso.

—Al día siguiente no pasó Rogelio de la legua que Osorio le había encargado, pero á la siguiente tarde se hallaron en el camino á un negro, el cual les dijo:

—Señores, en la quinta de mi señor, el noble Pineda, les esperaron ayer tarde para obsequiaros.

No era la primera vez que eso había ocurrido, y Mendoza le contestó:

—¿Estará esta tarde?

—Allí quedaba, señor.

—Pues vamos allá.

—Está cuatro leguas, don Rogelio,—le dijo Ros,—y don Flaviano...

—Tienes razón, hombre, pero este camino es muy seguro, y no debemos desairar á un caballero tan cumplido como Pineda. Apretemos el paso y pronto estaremos de vuelta.

Así lo hicieron, llegaron á la posesión de Pineda, pero no estaba ni había estado la tarde anterior.

Entraron en sospecha, y picaron para regresar pronto. Pero salieron tarde, por efecto del calor y porque no pensaron alejarse tanto, y pronto apareció el

crepúsculo vespertino, cuando todavía les restaban dos leguas de camino.

Iban á escape, cuando Ros, que corría delante, gritó:

—¡Alto!

Los cuatro se detuvieron formando un grupo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Mendoza.

—He visto,—le contestó Andrés,—moverse hombres á la derecha, entre aquellos ramajes, y al acercarnos se han emboscado.

—¿Cuántos serán?

—Ocho ó diez.

Rogelió meditó, añadiendo:

—Pocos son, si vienen á pelear con nosotros.

—¿Contais con la emboscada y la traición?

—Sí.

—¿Qué hacemos?

—¿Traeis todos pistolas?

—Todos.

—Pues sacarlas, una en cada mano, y corramos después de prepararlas, del modo siguiente: Uno tras otro, pero dos por la derecha del camino y dos por la izquierda. ¿Comprendeis?

—Perfectamente.

—¿Estamos?

—Sí, señor.

—Yo delante, por la derecha, vos detrás de mí, Ros; y vosotros dos por la izquierda,—dijo á los criados,—en la misma forma que nosotros. A escape.

Y salieron á revienta caballo.

Lit. Felipe G. Rojas Madrid

Los cuatro caballos se arremolinaron.

A los dos minutos se oyó una voz y luego una descarga. Los tiros salieron de la derecha del bosque.

Los cuatro caballos se arremolinaron.

—¡A ellos!—gritó Mendoza, y se metieron entre los árboles, descargando algunos sus pistolas.

Llevaban dieciseis tiros, y se oyeron ocho, con cortísimos intérvalos.

Mendoza y Ros se metieron tanto entre la espesa arboleda que cuando quisieron retroceder les costó mucho trabajo, y hasta dejaron parte del traje entre el ramaje.

Vieron tendidos cadáveres.

—¡Al camino!—volvió á gritar Mendoza, y ya en él preguntó:

—¿Podreis seguir los tres?

—Sí,—le contestaron.

—Pues á escape.

Y volvieron á correr sin orden, pero sin separarse mucho unos de otros.

En tres cuartos de hora escasos anduvieron las dos leguas que les faltaban.

Dieron vista á la ciudad, en cuyo instante oyeron un golpe y la voz de uno de los criados que dijo:

—Señor marqués, no puedo seguir.

—¡Alto! ¿Qué te sucede?

—Venía mi caballo herido, yo lo estoy también y aquí ha caido muerto. Vedlo.

—Monta con tu compañero; cógelo tú á la grupa. Acercarse, yo le subiré.

Y volvieron á correr, entrando en la ciudad y lue-

go en el gran patio de palacio, yendo en un estado lastimoso.

Sin detenerse subieron.

Julio y Flaviano estaban ya impacientes por la tardanza, cuando los vieron llegar sin sombrero, los trajes hechos pedazos y uno de los criados apoyado en su compañero, herido del muslo derecho y vertiendo sangre.

—Curad lo primero á ese desgraciado, acostadlo y que el doctor se haga cargo de él; al momento,—dijo Flaviano, preguntando con enojo á Mendoza:

—¿Qué es ha ocurrido?

—Nada, hermano; una sorpresa, dos muertos, varios heridos y una carrera á mata caballo. Casi una escaramuza.

—¿Habeis huido?

—¿Eso me preguntas? Nuestros padres no huyeron jamás.

—¿Os hicieron fuego?

—Sí.

—¿Muy lejos de aquí?

—A dos leguas.

—¿Conociste á alguno?

—No; eran ocho ó diez negros y un blanco.

—¿Quedaron dos muertos?

—Si.

—¿De ellos?

—Claro está, puesto que venimos los cuatro.

—¡Gonzalo!—gritó Osorio.

Su primo se llegó y dijo á éste:

—Que salgan inmediatamente cuarenta ginetes, un práctico y Andrés Ros. Que lleven hachas, recorran el bosque y me traigan todos los que encuentren en el sitio de la pelea, heridos y sanos. Andrés, guíalos tú que conoces el paraje y no vuelvas sin traerme uno que declare quien es el autor de ese atentado. ¿Comprendes?

—Sí.

—Pues á escape.

—¿Pero qué ha ocurrido,—preguntó el maestre;—por qué vienen así esos tres?

—Eso es para luego; ahora que salgan esos hombres sin pérdida de tiempo. Necesito que vuelen. Ros, tú eres el jefe y comprendes mi pensamiento; no te detengas y llena bien tu misión. Cambia tú de traje, que vas enseñando las carnes,—dijo al criado.—Gonzalo, en el salón verde estamos. Seguidme vosotros.

Julio, Flaviano y Rogelio entraron en el salón verde y se sentaron, y ya con calma y tranquilidad, añadió Osorio:

—Rogelio, refiérenos todo lo minuciosamente que puedas cuanto te ha ocurrido. No suprimas detalle alguno.

—No vale la pena...

—¿Quereis obedecerme?

—Sí, hombre, no te incomodes. Lo mismo hacía tu padre con el mío, reprendiéndole siempre...

—Te voy á tener arrestado un mes y á dieta.

—Eso último es grave, hermano.

—Temes la reprensión y te adelantas; pues te encontrarás con el castigo.

—Lo que tú quieras, tirano general.

—¿Hablas?

—Sí. Oid: salimos, resueltos á no andar más de una legua, pero nos esperaba Pineda.

Rogelio refirió la farsa que les contó el negro, el chasco que se llevaron, el descubrimiento de Ros, las órdenes que dió, añadiendo:

—De pronto nos hicieron una descarga, cuyos tiros salieron de entre los árboles de nuestra derecha, huyendo los cobardes asesinos; pero como íbamos preparados, rompimos el fuego, persiguiéndolos á la vez, hasta que lo espeso del ramaje nos impidió continuar. Al salir de aquel laberinto, dejamos parte de nuestras vestiduras y los sombreros enganchados en las ramas. Yo maté un negro y herí en la cara al único blanco que había el cual desapareció como un relámpago. Le cogí de costado y le tiré á la cabeza, dándole en el carrillo derecho y derribándolo, pero se levantó, corriendo hasta perderse por sitio en que le fué imposible penetrar á mi caballo. Tiré á otros dos negros y he debido herirlos. Ros mató á otro y debió también herir á algunos más. Sólo tiró dos tiros; yo que iba delante los cuatro de mis dos pistolas, y creo que los aproveché; sabes que tiro bien, y los criados dispararon uno cada uno, ignoro si con fortuna ó sin ella.

—¿Cuántos eran?

—Ocho ó diez negros y un blanco.

—¿No pudiste reconocer al blanco?

—No, quedaba poca claridad y sólo le ví de costado.

—¿Tendría la estatura y carnes de Lorenzo Alejandre?

—Sí, creo que sí.

—¿Y luégo?

—Continuamos nuestro camino á escape para llegar lo antes posible y no disgustarte.

—¿Cayó al suelo el criado herido?

—Sí, á las puertas de la ciudad y por tiempos.

—¿Cómo hirieron á ese y á vosotros no?

—Por la velocidad de nuestra carrera. Iba el último, y por esa causa solo á él le tocó.

—Rogelio, sólo merece reprensión la facilidad con que hiciste caso al negro, desobedeciendo mi órden. Vamos á vivir entre enemigos, y es necesario que nos movamos siempre precabidos, constantemente desconfiados.

—¡Quién se había de figurar que mentía aquel villano!

—Cualquiera que fuese más desconfiado que tú. Bien obraste en el resto de esa malhadada sorpresa, valiente, acertado, enérgico; tu conducta es digna de aplauso; pero es necesario que en lo sucesivo obedezcas nuestras órdenes con la prudente exactitud que tu padre obedecía, de lo c ntrario te matarán, enlutando la existencia de Julio y mía el resto de la vida.

—Te obedeceré ciegamente; no lo dudes, hermano.

—Os ha salvado hoy la vista de Ros. Es un lince; me consta que hasta en la oscuridad distingue objetos que nosotros no percibimos. Si él no vé á lo léjos los asesinos y continuais juntos, es lo probable que te hubieran muerto, hermano.

—No lo niego; después del aviso de Andrés corrimos mucho más y tan separados, que no era posible, ni á los mejores tiradores del mundo, herir á los cuatro.

—Retrocediendo, todo pudo haberse evitado; pero nosotros no podemos volver atrás ni aun la mirada.

En este momento llegó el maestre, le enteraron de lo ocurrido, mandándole Osorio que buscase la policía á Lorenzo Alejandre, el cual debía estar herido en el carrillo derecho.

Gonzalo dió la orden, Rogelio cambió de traje, y se sentaron á cenar.

A Mendoza no le quitó el apetito la celada de que había sido víctima; comía por cuatro, exclamando:

—Con una carrera tan vertiginosa, queda uno débil y necesita reponer las fuerzas.

—Bien lo haces, hermano,—le dijo Osorio.

—Sí, me he sentado con hambre.

—Pues no es mala la cena.

—No, exquisita; pero chico se come mejor en España.

—Ya lo creo. Pero tú no necesitas los manjares europeos para despertar el apetito.

—No, mi padre fué lo mismo. Esta humanidad necesita mucho lastre; de lo contrario no navega bien.

Terminaron á las diez, sin que Ros hubiera regresado. Quedaron de sobremesa, y así estuvieron hasta las doce de la noche, que oyeron la voz de Andrés, pidiendo permiso para entrar.

Regresaba con más girones aun. Por varias partes

de su cuerpo enseñaba las carnes. De cuello arriba se presentaba con la ropa interior; es decir, que había perdido la trusa y los gregüescos.

—Ya está ahí todo, señor,—dijo entrando.

—¿Qué es todo, Andrés?

—Mi general, todo es, dos cadáveres, tres heridos, once mosquetes y un caballo muerto, el del criado.

—¿Cómo vienen los heridos?

—Dos graves, el otro tiene atravesado el muslo, y puede referir todo lo que sepa.

—¿No traeis ninguno sano?

—Imposible, los regueros de sangre nos indicaron que huyeron otros vertiéndola, pero éstos y los ilesos desaparecieron, sin que nos fuera posible dar con ninguno en el detenido reconocimiento que hicimos.

—Tú, que tienes tan excelente vista, ¿no pudiste distinguir al blanco que mandaba á los diez negros? Porque deben ser once.

—Once eran, sí, señor. Ví á lo lejos al blanco, cuando herido por una pelota (así se llamaban entonces las balas), se ocultaba entre una enramada impenetrable para nuestros caballos. Se me ocurrió echar pie á tierra y seguirle, pero pudo haber una segunda emboscada, me llevaba además bastante delantera, y por esa causa se me escapó; pero me consta que va herido, le ví caer y levantarse con la mano fija en el carrillo derecho.

—¿Quién era ese blanco, Ros?

—El hermano del gobernador que salió ayer para Cartagena.

—¿Estás seguro?

—En absoluto, no; pero tengo el convencimiento de que lo es.

—¿En qué te fundas?

—En su estatura, en sus carnes, en su cobardía, y en uno de sus ojos, único que le ví, vidrioso y feo como él.

—¿Cuántas heridas tiene el caballo?

—Dos.

—De once aprovecharon tres peletas; yendo tan á la carrera, no son malos tiradores. ¿Nada más tienes que decirme?

—Nada más, señor.

—Cambia de traje, cena y retírate á descansar. Tú, Gonzalo, no te acuestes sin haber hecho declarar á ese herido todo lo que sepa; nos dirás á la vez qué opina el facultativo de la herida de nuestro criado, y cómo sigue éste. Aquí te esperamos.

—No; acostaos, que ya es más de la medía noche, y yo...

—Aquí te esperamos, Gonzalo.

—Volveré.

Y quedaron los tres hermanos, conversando agradablemente.

Ya era la una de la madrugada, cuando regresó el maestre, diciéndoles:

—He concluído, y veo que á los hijos les sucede lo que á los padres.

—Habla.

—Los cinco negros, dos muertos y tres heridos, son esclavos de Alejandre. Los compró por buenos tiradores.

—No son malos para hombres de color. ¿Qué dicen de su amo?

—Lo vieron huir herido, no saben hacia donde por haber quedado ellos tendidos en tierra.

—¿Nada más has podido arrancarles?

—No saben más.

—¿Eran once y el amo.

—Sí.

—¿Qué has dispuesto?

—Que salgan seis prácticos y veinte soldados, y den una batida en el bosque, extendiéndose cuanto puedan.

—¿Cómo está el criado de Mendoza?

—Muy bien; la herida es leve: cuestión de dos ó tres días.

—¿Queda bien asistido?

—Perfectamente.

—Pues vámonos á descansar.

Y los tres lo hicieron así.

CAPÍTULO XXX

Consecuencias de la batida.—Despedida.—La historia de un criminal.

Pronto corrió la voz por la Habana del grave acontecimiento que tuvo lugar la noche anterior, y antes del medio día el palacio del gobierno superior de Cuba fué llenándose de damas, caballeros y autoridades que iban á dar la enhorabuena á nuestros amigos por el feliz desenlace de la negra emboscada en que uno de ellos debió ser víctima.

Rogelio, que era el principal causante de aquella recepción, con su gallarda figura y su brillante educación, iba de un corro en otro, dando las gracias y colmando de galanterías á las damas que lo estaban favoreciendo tanto. Y la verdad es que todas aquellas bellezas americanas habían hecho pretexto del acontecimiento para ir al palacio con sus padres y hermanos, para oir y ver principalmente á los deliciosos Julio y

Osorio, capaces con sus encantos físicos y morales de seducir á la más aristocrática y desdeñosa mujer.

Los dos hermanos se presentaron en el salón principal con su traje negro de terciopelo y la cruz de Santiago.

También usaba Rogelio esa insignia, pero su traje era de color y le separaba de sus dos hermanos la gravedad, el talento y una elegancia natural que competía con lo perfecto de sus facciones, eclipsando su conjunto la gallardía del marqués de Abella.

Para todos y para todas tenían Julio y Flaviano una frase cortés, una galantería del mejor gusto.

De pronto se cogió Julio del brazo de Pineda, que fué el primero en concurrir este día y comenzó á pasear con él.

El hijo del maestre iba que no cabía en el traje. Llevaba del brazo á un príncipe de la sangre, al más justiciero que conocía, y su orgullo en tales momentos, como buen americano, lo elevaba á las estrellas.

Silva fué poco á poco refiriéndole lo acontecido por la noche con el negro que engañó á Mendoza, terminando por decirle:

—Vos debeis conocer bien todos aquellos parajes.

—Mucho, señor.

—Y á los habitantes que pueblan aquellos bosques.

—A casi todos.

—Y en mi obsequio hareis lo posible por descubrir el paradero de Lorenzo Alejandre.

—¡Al hombre que más odio en el mundo! ¿Pues no he de hacerlo? Desde mañana...

—No; antes. Pensábamos visitaros esta tarde, en el caso de hallaros en vuestra posesión.

—Estaré. ¿No he de estar? Es la mayor honra con que se distingue á un mortal.

—¿Cuando vais á salir para el bosque?

—Antes de media hora, si vos me lo permitís.

—¿Podrá ser tan pronto?

—Lo que tarden en ensillar dos caballos, el de mi criado y el mío.

—Gracias Pineda.

—Debo tanto á vuestra alteza...

—Si me dais tratamiento, dejo de ser vuestro amigo.

—Tanto os debo, señor, que esas gracias que me dais me parecen una burla, aun cuando son indudablemente sinceras. ¿Puedo retirarme?

—Estrechad mi mano y hasta la tarde. A las cinco estaremos los tres hermanos en vuestra posesión.

—¡También vuestra mano! Gracias, señor, muchas gracias.

Y desapareció del palacio con gran presteza.

Silva se acercó á su hermano, diciéndole:

—Ya ha marchado Pineda.

—Me alegro, Julio, ese hará más que la policía.

—Conoce el terreno.

—Más aún; ódia á Alejandre.

—Verdad es.

—No dejará escapar la ocasión de vengarse si puede.

Antes de la una se retiraron los últimos de cuan-

tos fueron á visitarlos y á la una se sentaron á la mesa los cuatro.

Terminaron á las dos, y media hora después montaban á caballo los tres hermanos Andrés Ros y cuatro criados.

Ros iba de correo, los tres hermanos le seguían y los sirvientes cabalgaban en pos á respetable distancia.

Julio y Flaviano llevaban el mismo traje, con botas de montar, ferreruelo y chamberga con alas muy anchas que los resguardaba en parte de los abrasadores rayos del sol tropical.

—Al trote,—exclamó Julio, y salieron del palacio no tardando en hallarse fuera de la ciudad.

Era el primer día que dejaban los salones desde aquel en que entraron en el palacio.

Oyeron algunos víteres por la calle, pero iban sus caballos á un trote largo y no fué posible al pueblo reunirse y hacerles una verdadera ovación como hubiera deseado.

Siguieron las dos primeras leguas al mismo paso. Cuando terminaron éstas vieron á Ros que se detuvo á un lado del camino, diciendo:

—Desde allí nos hicieron fuego, señor.

Flaviano miró el paraje y luego avanzó hasta llegar al sitio donde ya era imposible seguir por impedirlo lo espeso de la enramada. Vió el destrozo que habían hecho Rogelio y Ros para perseguir á los asesinos. Vió los regueros de sangre, los pedazos de tela enganchados en las ramas, y echando pié á tierra siguió el camino que llevó Lorenzo en su retirada.

Luego volvió, y montando de nuevo, dijo á sus hermanos:

—Fué un sitio buscado con habilidad; el malvado es cobarde y se procuró ante todo la retirada. Continuemos nuestro camino que de estos lugares nada podemos sacar. El villano estará lejos de estos árboles.

Un nuevo trote largo, y á escape después, los dejó á las cinco en punto en la posesión de Pineda.

Un minuto más tarde llegaba éste, cubierto él de polvo y de espuma su caballo.

Subieron á las habitaciones de la casa, que era excelente, y Pineda les dijo:

—De poco tiempo dispuse, pero lo he aprovechado. Fué sin duda Lorenzo Alejandre el autor de la infame celada; ese miserable venga á su hermano y es digno de aquel hombre funesto. La dispuso y la mandó él y huyó como el más miserable cobarde. La noche la pasó en el bosque y antes de amanecer se detuvo en la casa de un curandero que habita en la vega. Iba solo. Este lo examinó; he hablado con él y me ha dicho que la pelota entró por la parte superior del rostro, cerca del ojo derecho, añade que tiene destrozado un hueso y toda la prominencia aquella, y que salió de su casa con una fiebre intensa. Ha perdido del todo el ojo y tiene dentro la bala que él no pudo extraerle. Creo. señor marqués, que la pelota fué perfectamente dirigida.

—Sí, pero hubo de bajar un poco la cabeza en aquel instante y por esa causa no entró en el cráneo como yo quería.

—Poco le faltó, pardiez.

—Lo que él se inclinó.

—¿Siempre tirais así?

—Los tres tiramos así siempre.

—Dios me libre de vuestra puntería.

—Bien, dijo Julio;—¿pero habeis hecho algo para que demos con él?

—Creo, señor, que tiene bastante con la herida que le hizo el señor marqués, no obstante lo cual he encargado al hombre más práctico é inteligente de aquella zona que le busque y os lo lleve muerto ó vivo, recompensándole yo con mil ducados. Es el único que puede dar con él. Y ya lo busca.

—Gracias, Pineda; bien habeis corrido, y puesto que en ese asunto nada se puede hacer ya, veamos vuestra posesión.

—Vuestra es, señores; por esta puerta saldremos al jardín principal.

Era la posesión que examinaban la mejor de las situadas cerca de la Habana, y emplearon bastante tiempo en admirar el arte y la portentosa vejetación que tenían delante.

Una hora ocuparon en ella, se despidieron de Pineda, y á las seis y media, casi de noche ya, salieron para la Habana.

Iban sin prisa y en la forma que habían ido.

Nada les ocurrió en la corta travesía que anduvieron. Al entrar hallaron un destacamento que iba en busca de ellos. Don Gonzalo, al ver lo que tardaban, se sintió impaciente, y mandó que los buscasen.

Llegaron á las nueve y media de la noche, y poco más tarde se sentaron á cenar.

Tres días después tenían en su poder los nueve negros que quedaron vivos de los once que tomaron parte en la embescada, pero Lorenzo no pareció. Disponía de gran cantidad de dinero, y este se abre paso con facilidad por todas partes y en todas las épocas.

Cuba era ya moralmente otra isla. La justicia imperaba en todas partes, y no era posible mayor regularidad y acierto en los servicios.

La presencia allí de Julio y Flaviano redimieron la perla antillana, y nada dejaba que desear su gobierno. Estaba siendo la antítesis de lo que fué, y al salir de allí sus protectores debía quedar asegurada por mucho tiempo la moralidad impuesta por Julio de Silva y Flaviano de Osorio.

Formado el sumario consiguiente, sentenció á muerte el tribunal á Lorenzo Alejandro y á los nueve esclavos que le ayudaron á cometer el atentado que conocemos. Julio indultó á los negros y fueron á trabajos forzados por el resto de su vida. La pena de muerte para Lorenzo quedó en pie, para en el caso de vivir y ser hallado.

En mejor estado aún el *Invencible* de cómo se halla en Cartagena, se dispuso á partir por orden de nuestros amigos. Los criados de estos reembarcaron de noche lo que sacaron de él, y al amanecer del siguiente día se trasladaron al navío todos, en unión de don Gonzalo, y el barco partió para Méjico un momento después de haberlo abandonado el maestre.

Nuestros amigos iban satisfechos de Cuba; hicieron por este país cuanto necesitaba, y ahora corrían en busca de otros malvados para hacer con ellos lo que con el gobernador Alejandre.

El tiempo no era malo y el navío salió de bolina, yendo mandado por el comandante accidental don Estéban Fajardo.

Dejémoslos marchar, que pronto los seguiremos.

Quedó en la Habana don Gonzalo de gobernador en propiedad y las plazas de los funcionarios que fueron encausados cubiertas con un personal honrado é inteligente; uno de los principales era Pineda.

El nuevo Gobernador disculpó la marcha repentina de los hermanos y se despidió por ellos de aquellas personas que los habían visitado. Nada más dijo el gobernador Gonzalo, sin que pudieran averiguar por él el punto á que se habían dirigido y el barco en que se fueron.

Aleccionado el maestre por la admirable conducta de Julio y Osorio, empezó siendo un inmejorable gobernador y de este modo continuó muchos años.

Averigüemos ahora nosotros lo que no pudieron nuestros amigos; esto es, si vivía ó no Lorenzo, y en caso afirmativo dónde se hallaba.

Este malvado fué en efecto el autor de la emboscada en que pudieron perecer Rogelio y los tres que le acompañaban. Para realizarla buscó once esclavos tiradores, los compró, dando por ellos lo que le pidieron, y dispuso la celada que hemos visto con toda la habilidad de que era capaz.

Empezó por realizar todos los bienes que le quedaron á su hermano, y convertido el importe en monedas de oro, las que puso á buen recaudo.

Quiso empezar por mandar al otro mundo á Julio de Silva, despues á Osorio, que presidió el tribunal que sentenció á su hermano, y luego á Mendoza; y á la vez á los que acompañaran á éstos, fuesen nobles ó plebeyos; ni le importaba la clase ni las condiciones del indivíduo. Es amigo, deudo ó criado de ellos, les acompaña, pues bastaba para que él los matase.

Aquel hombre había nacido para verdugo de la humanidad; era verdugo por vocación.

Quisó empezar por Julio, como hemos dícho, pero no pudo; la ocasión le convidaba á dar principio por Mendoza y no creyó conveniente despreciarla.

—Los dos principales no salen del palacio,—se dijo —sale el tercero, pues á éste y luego á los otros.

Era Alejandre en religión ateo, en filosofía materialista y en sociedad una culebra que podía muy bien irse deslizando suavemente hasta ahogar al infeliz que sitiaba sin que la víctima se apercibiera, puesto que era astuto, reservado, hipócrita y tan sin corazón, que nada le impresionaba.

Un hombre así era temible, era un verdadero peligro para los desgraciados á quienes se proponía matar aun cuando fueran tan elevados y poderosos como los hijos del príncipe de Italia y del duque del Imperio.

Observador, cuidadoso, enérgico, cuando tuvo realizados sus bienes y los de su hermano se dedicó con

incansable celo á espiar á nuestro amigo. Vió que salía uno solo y mandó un negro detrás para que le siguiera á pie; supo que se alejaba tres ó cuatro leguas y concibió la idea de arcabucearle en unión de los tres que le acompañaban. No conocía á los últimos, nada le habían hecho, dos eran míseros sirvientes, pero eso nada le importaba á él; iban con su contrario, serían capaces de defenderlo, pues esto bastaba para que él, si podía, los matase.

Precavido como pocos, buscó la retirada; sabía que jugaba su vida y trataba de defenderla por cuantos medios estuvieran á su alcance.

Todo estudiado, todo dispuesto, se emboscó con su gente, y esperó.

El primer día se retiró Mendoza una legua antes de llegar al punto elegido por aquel cobarde asesino.

Flaviano adivinaba, y su consejo á Mendoza, de que no se alejase más de una legua de la Habana, y se retirase con luz, salvó su vida y la de los tres que le acompañaban.

Lorenzo discurrió en los medios de atraerle, y á la siguiente tarde les mandó el negro con el recado de que le esperaba Pineda.

El acto fué hábil; dos tardes habían estado en la posesión de aquél, y los acercó á ella de una manera que no tenían otro remedio que ir á hacer un desaire á persona que los admiraba y quería extraordinariamente.

Cuando los vió cruzar por delante, se ensanchó su corazón, si es que lo tenía, y radiante de júbilo, esperó

dos horas. Después agrupó diez negros, que esperaron con el mosquete preparado, y destinó otro para que lo sirviera de vigía y avisara el momento en que regresaban.

Cada uno de los arcabuceros se hallaba detrás de un árbol, pero efecto de su falta de experiencia en asuntos de guerra, en vez de colocarlos en ala, los situó en grupo, para hacer una descarga cerrada.

Por fin llegó el negro vijía á la carrera, diciéndole:

—Señor, ahí están; vienen á escape.

—¡Apunten!—exclamó Lorenzo.—Vais á ganar una onza de oro, cada uno, si los matais.

Pronto los vieron llegar como exhalaciones.

—¡Fuego!—gritó Alejandre,—y huir si no caen.

Cayeron, pero fué sobre ellos, á tiro limpio, matando á dos é hiriendo á cuatro; la mitad de aquél ejército de asesinos.

Heridos y sanos tiraron los arcabuces y se emboscaron, corriendo cada uno por su lado. Era aquello la de «sálvese el que pueda.»

Sigamos á Lorenzo.

Este malvado tenía, como dijimos, estudiada la huída, y si bien cayó en tierra por la certera bala de Rogelio, se levantó con presteza, corriendo por entre los árboles que impedían el paso á un caballo. Veinte minutos continuó corriendo, llegando de aquella manera al centro de un espeso bosque. Allí cayó rendido de fatiga y de debilidad, por la sangre que iba perdiendo.

Buscó agua, cuando hubo cobrado aliento, y con

ella y un pañuelo empapado, cortó, al cabo de algún tiempo, la hemorragia.

Pero sentía unos dolores intensos, comprendiendo desde luego, dos cosas, que le había quedado la bala dentro, y que perdía el ojo derecho.

Su desesperación llegó al grado *máximo*.

—¡Maldición!—decía,—me ha herido el canalla que tiró á mi hermano sobre el pavimento, el peor de todos, ¡Voto al demonio, qué mala suerte tuve, y ellos qué acierto! ¿Será verdad que esos hombres son invencibles? ¡A qué distancia me tiró, y en qué poco estuvo que no metió su pelota en mi cráneo! ¡Más me valiera! ¡Qué dolor, qué tormento!

Y cayó cuan largo era.

Así permaneció durante algunos minutos exhalando quejas, maldiciones y palabras en fin, propias de un réprobo.

La cara se le había hinchado atrozmente y los crueles dolores que sentía iban ya acompañados de una fiebre ardiente y muy alta.

Se sentó de nuevo en el suelo, exclamando:

—No debo dejarme dominar por el dolor ni por la espantosa desgracia que me abruma. Tengo oro, mucho oro y con éste todo se consigue. ¡Ay, que torpe estuve y qué acertados ellos! Pasaban como exhalaciones é iban tan bien armados, tan dispuestos... Sí, por cada gota de sangre que me han hecho verter, y he regado más de media legua de terreno, he de matar uno de ellos. He de estar matando de ellos mientras viva. Sus padres, sus hijos, si los tienen, sus deudos.

sus amigos, sus criados, todos, todos... ¡Ay, qué dolor, que agonía!

Volvió á quedar tendido y en aquella postura permaneció una hora.

Supo elegir sitio, pues de lo contrario dan con él los soldados y prácticos que mandó Gonzalo, pero se hallaba en el centro de un bosque que ni aun á dos pasos hubieran podido verle.

Hizo por último un gran esfuerzo sobre sí, se puso de pie y comenzó á andar yendo de árbol en árbol para no caer.

A cada diez minutos descansaba una hora.

Hubiera ganado con que le descubrieran los soldados y Ros le hubiera muerto. Su vida era ya una agonía insufrible.

Se dirigía á casa de un curandero que no vivía lejos de donde estaba, una legua, y tardó en llegar cinco horas.

Era la madrugada y tales golpes dió con una piedra á la puerta del curandero, que despertó á éste y le hizo abrir.

—Curadme,—le dijo,—me han dado un pelotazo en la cara y ved como vengo. Os pagaré en el acto cuanto me pidais.

—¡Qué horror,—exclamó el curandero,—como teneis la cara! Entrad y tendeos sobre mi cama, yo os ayudaré.

Luego lo reconoció, añadiendo:

—Yo no puedo sacar la pelota que teneis ahí.

—¿Por qué?

—Porque lo impide el hinchazón y me faltan instrumentos.

—¿Qué podeis hacer?

—Calmar los dolores y fijar un apósito.

—Hacedlo lo antes posible.

—Bien, continuad en mi lecho y esperad.

Así lo hizo.

El curandero machacó yerba y con su zumo hizo líquido que depositó en un vaso y una cataplasma que le aplicó luego al carrillo cubriéndola con un apósito. Después le dió á beber el zumo mezclado con agua.

—Ya hice por vos todo lo que podía,—le dijo el improvisado cirujano.—Ahora buscad un facultativo que os estraiga la bala.

—En efecto,—le contestó,—parece que mis dolores se mitigan algo.

—Sí, y la fiebre calmará el ardor.

—Tomad ese doblón por la cura. ¿Está bien?

—¡Ya lo creo!

—Y este otro para que no digais á nadie quien soy si me habeis conocido ni qué camino llevo.

—No os conozco ni os he de ver salir. Me vuelvo á acostar en cuanto os marcheis.

—Ahora mismo. Hasta otra vista.

—Id con Dios.

Salió Alejandre y pudo andar mejor, pero estaba tan débil que á cada cinco minutos se detenía para cobrar aliento.

De ese modo llegó á una población que le era conocida, cuando empezaba á amanacer. Estaba situada

en medio de inmensa arboleda, no era camino para ninguna parte y allí podía estar sin ser descubierto.

Todavía no andaba nadie por las calles cuando entró en el pueblo.

Llegó á casa de un facultativo que no le conocía, llamó hasta que abrieron la puerta y encerrado con el doctor, le dijo:

—Vengo herido y deseo me cureis, quedando en vuestra casa. Os daré un doblón diario por la asistencia; treinta por la cura y veinte porque á nadie digais que estoy en vuestra morada. ¿Aceptais?

—Si, señor. ¡Sois rico por lo que veo!

—Cuando peligra la vida todo se da por ella.

—Es verdad. Venid, os voy á llevar á una alcoba interior en la que hay una cama dispuesta y allí solo os veremos una negra que os servirá y yo.

—¿Quién es esa negra?

—Una indígena, que no sabe hablar ni apenas comprender.

—Muy bien, vamos.

—Cinco minutos después Alejandro estaba acostado y el médico fué por una luz para reconocerlo detenidamente, llevando á la vez instrumentos de cirugía.

Media hora estuvo estudiándolo; al cabo de este tiempo, le dijo:

—Habeis recibido una herida grave, pero no la considero mortal.

—¿Me podeis extraer la peleta?

—Sí, pero aún no es tiempo. Si teneis confianza absoluta en mi, os curaré.

—No volveré á preguntaros nada. Haced lo que querais de mí.

—Eso es.

Era un cirujano práctico que empezó á tratar con acierto á Lorenzo y que debía curarlo.

Veremos si lo consigue.

Ese hombre funesto vino á la tierra con índole tan perversa que nada era bastante á desviarlo del mal camino en que había entrado. Constante y fiero, debían las dificultades ensoberbecerlo más y más hasta perecer ó lograr el todo de su criminal intento.

Nos ha de sorprender en lo sucesivo su terrible conducta. Juró vengarse y no podía faltar á su palabra. Lo dirigía Lucifer.

CAPÍTULO XXXI

—

La salud de un malvado.—El diablo y su ahijado.—A Méjico.

El cirujano que asistía á Alejandre extrajo á éste la bala y el ojo. La fiebre fué calmando y al mes de estar en casa del facultativo pude dejar el lecho convaleciente.

Cuando Lorenzo se vió en el primer espejo después de su cura, se horrorizó. Si antes de ser herido era bastante feo, ahora, con un corcusido en la cara, tuerto y demacrado estaba realmente horroroso.

¡Ah, cuánta hiel depositaba aquella enfermedad en la economía de Alejandre! Con índole perversa, con intención dañina y con sufrimientos crueles, aquel desdichado debía necesariamente ser funesto para aquellos hombres contra quien dirigiese su venganza.

Al segundo día de haber dejado el lecho, dijo al cirujano:

—Me siento bien y con vuestro permiso quisiera salir esta tarde al campo.

—No os lo permitiré.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que nos encierren á los dos en un calabozo.

—¿A los dos?

—Sí.

—¿Qué hemos hecho?

—En cuanto á vos, vuestra conciencia os lo dirá. Yo, he cometido la gran falta de haberos ocultado en mi casa.

—¿Vinieron á prenderme?

—Dos veces han estado en el pueblo en busca vuestra.

—¿Alguna delación?

—Felizmente no; es que os buscan por todas partes

—¿Qué hago entonces?

—Permaneceis aquí hasta terminar vuestra convalecencia; después os salís de noche á huis lo más lejos posible de Cuba.

—Lo haré así.

Ocho días después pagó al cirujano el importe del ajuste y á las nueve de la noche, cubiertos los ojos con gafas de color salió del pueblo, á pie y sin que nadie le acompañase.

Fuera ya de la población y entre los árboles tiró á la izquierda, luego á la derecha y después de frente. Con esos rodeos se propuso hacer perder la pista al que hubiera pensado seguirle desde la población.

Se sentía fuerte y en cuatro horas anduvo las cinco leguas que distaba de la Habana.

Conocía bien el terreno y pudo entrar en la ciudad sin que le reconocieran.

Llegó á una calle estrecha y poco habitada, abriendo la puerta de una casita que tenía sólo piso bajo. En ella encontró el corto ajuar que había encerrado allí antes de cometer el crimen que presenciamos.

No dejó sirviente alguno y tenía alquilado aquel pequeño local, con nombre supuesto, para hallar en caso de apuro un refugio donde esconderse; es decir, para un caso como aquel en que se hallaba.

Se había dejado crecer la barba y estaba tan desfigurado que era punto menos que imposible reconocerlo.

Durmió aquella noche en su cama, pero sólo cuatro horas. A las cinco se levantó y salió á la calle, llegando hasta el muelle. Allí averiguó que el príncipe y los que le seguían se marcharon hacía un mes, que nadie sabía donde fueron y que era inútil intentar averiguarlo.

Preguntó Alejandre la fecha, luego se enteró del día en que se hizo á la vela el navío *Invencible* coincidían ambas fechas, supo que el barco se dirigió á Méj.co, y no vaciló en creer que salieron en este buque sus enemigos.

Desde aquel momento dispuso su marcha á Nueva España.

Cuatro días después, con nombre supuesto y una colección de trajes distintos pertenecientes á diferentes

clases sociales, se embarcó en una pequeña galera que salía para Veracrz.

Llevaba los documentos en regla para demostrar que era un negociante en ganado y el traje que le cubría adecuado á esa ocupación.

Llegó con toda felicidad á Veracruz, vió anclado en el puerto el navío *Invencible*, sonriendo de un modo siniestro.

Horas después se hallaba alojado en una casa modesta de pupilos.

Sepamos ahora lo que había sido de nuestros amigos.

Los dejamos á bordo del *Invencible*, donde fueron recibidos como ellos merecían. Su entrada en el barco fué saludada con hurras vítores y aplausos. Su permanencia en el navío era gratísima á cuantos navegaban en él.

A los ocho días anclaron en Veracruz y á los pocos minutos llegó Godínez.

Nuestros amigos lo recicieron en la cámara de popa y conversaron con él sobre asuntos de Cuba.

Despues le preguntó Osorio:

—¿Conoces ya á Méjico?

—Poco prácticamente, mucho en teoría.

—¿Empleaste bien el tiempo que llevas aquí?

—Sólo he dormido cuatro horas en cada veinticuatro.

—¿Con provecho?

—Creo que sí.

—¿Cómo está Méjico?

—¿Ah, señor, esto se halla en peores condiciones

que Cuba! Allí bastó con arrojar fuera de la isla un ciento de hombres, aquí sobran muchos millares, muchos, y es lo peor que tanta gente no puede echarse de una nación.

—Hay otro medio más correcto, Gadínez.

—No lo alcanzo, señor.

—Se premia á los buenos y se obliga á los malos á que no lo sean.

—¿Por la fuerza de las armas?

—No, por la fuerza del entendimiento.

—¿También á los semisalvajes?

—También.

—¿Cómo hacerse comprender de ellos?

—Hablándoles en su idioma.

—¿Quién sabe eso?

—Por lo ménos Julio y yo.

Teneis razón; no me fijé bien en la persona con quien hablaba.

—Síntesis de lo que ocurre en Méjico; dámela.

—Con mucho gusto. Hay déspotas y tiranos por cientos, insubordinaciones, inmoralidad en los altos empleados, desvergüenza en los bajos y una corrupcion completa. Esto entre los españoles. Respecto de los indios, puedo aseguraros que contínuamente se sublevan caciques con todos sus cacicazgos; se hacen la guerra entre sí y nos la hacen á nosotros. ¡Qué prostitución, señor, qué costumbres tan deprabadas, qué desarrollo en las pasiones bastardas y qué multiplicación tan grande de delitos!

—¿Y eso te admira?

—Mucho, señor. A vos ¿no os sucede lo mismo?

—No.

—Cuando lo veais de cerca ya será otra cosa.

—¿Te parece á tí, que el rey, el príncipe de Italia y el duque del Imperio nos han mandado aquí á estudiar historia natural? Cuando nosotros hemos atravesado los mares y desafiando toda clase de peligros caemos sobre Nueva España, mucha necesidad tiene este país de justicia, mucha falta hace un brazo redentor.

—Es verdad, don Flaviano, era ya indispensable un rayo asolador que limpiara este país de tanta maldad como lo aflige.

—¿Y por qué un rayo asolador y no una Providencia que lo salve, lo proteja y lo eleve?

—Antes de llegar á ese caso, tendreis que hacer derramar mucha sangre.

—Godínez, si para llegar al bien no hay otro camino que el de la guerra, ó sea el del mal, al bien vamos y al bien llegaremos, si la muerte no detiene nuestro paso.

—Como vuestros padres.

—Como ellos, que será una dicha imitarlos. Háblanos ahora de esa plaza que tenemos enfrente. Por ella hemos de empezar.

—Veracruz es una plaza fuerte, la más importante de las exteriores de Nueva España. Es el punto de embarque y desembarque para todo el comercio de Europa, y para casi todo el de América. Es además, cabeza de un distrito importantísimo. Lo gobierna el maestre Rodríguez de Panteja, hombre impetuoso, déspota y

tan avariento de riquezas, que tiene abrumados á los indígenas con multiplicados tributos y exenciones extraordinarias. Por esta causa se sublevan de continuo los caciques, casi siempre está en guerra con ellos, y mata y atropella sin compasión. Es la deshonra de España, la tiranía de los españoles, el azote de los mejicanos.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Mi general, segurísimo.

—¿No hay aquí un virey?

—Sí, señor, pero jamás viene por aquí, y es tan anciano, que no se cuida de otra cosa que de terminar sus días con la tranquilidad posible.

—Creo que el maestre no habita en esa plaza.

—En efecto, como es tan rico, se hizo construir á legua y media de la costa, un castillo feudal, y en él habita rodeado de quinientos españoles y mil indios que le obedecen por la autoridad que tiene, y el terror que inspira.

—¿Qué fuerza queda entonces para la defensa de la plaza?

—La puramente indispensable para hacer las guardias, pero en el caso de ser atacada, correría en su defensa; es valiente y osado.

—Alguna cualidad buena había de tener. ¿Quién manda la plaza cuando no está en ella?

—Don Raimundo Izquierdo.

—No le conozco.

—Es un noble, que sirvió con vuestros padres, y pidió venir aquí por disgustos de familia.

—Tolera con paciencia á ese maestre.

—Tres veces ha pedido su retiro al virey, pero aquél lo juzga indispensable y no da curso á sus solicitudes.

—¿Qué grado alcanzó en el ejército?

—Fué nombrado en Francia por el señor príncipe de Italia capitán del segundo tercio y de capitán quedó.

—Dame más noticias de él.

—Es valiente, comedido, honrado y obedece al maestre con digusto.

— ¿Por qué no se quejó al virey?

—Lo ha hecho varias veces.

—Decidme ahora,—exclamó Julio:—¿qué remedio hallais para los males que aflijen á Méjico.

—Destituir á todas las autoridades que no ocupen bien su puesto; batir y entrar en cintura á los caciques rebeldes, y poco á poco moralizar el país é implantar la justicia. Pero como se trata de un territorio tan vasto, se empleará mucho tiempo y correrá bastante sangre. ¿Si viniérais acompañados de ocho ó diez tercios?

—Para llenar nuestra misión á sangre y fuego. Casi todos los hombres pensais lo mismo. ¿Qué fuerza llevaron nuestros padres al Perú?

—Bastante más que nosotros, y eran además seis *Invencibles*, tres Zaya y la rebelión se concretaba á Lima.

—Pues no hemos de hacer nosotros menos,—dijo Flaviano,—seamos más ó menos que nuestros padres. ¿Es cierto, Mendoza?

—Hemos de hacer más, hermano; ese majadero no sabe que tú representas un ejército, otro nuestro que-

rido Julio y yo una máquina de destrucción, que movida por tí, será en tierra la ballena de los mares.

—Ya lo oyes, Godínez.

—Haga el cielo que vuestro gran talento, supla bien la falta de so dados que pronto echareis de menos.

—Nos han de sobrar. Sepamos; ¿nos tienen casa dispuesta?

—Sí, señor.

—¿Modesta?

—Modestísima.

—¿Caballos?

—Para todos.

—En cuanto anochezca desembarcaremos y desde mañana daremos principio al cumplimiento de nuestra misión.

—En ese caso me permitireis que me retire y al anochecer volveré para acompañaros.

—Decid al capitán Fajardo que cuando concluya venga á hablar con nosotros.

Se retiró el jefe de policía y una hora después se presentó el capitán, diciendo:

—Mi general, estoy á vuestras órdenes.

—Sentaos y oid.

—Hablad, señor.

—Quisiéramos mi hermano y yo nombraros comandante efectivo del navío *Invencible* y capitán al teniente Guzmán.

—¿Quién os lo impide, señor?

—Los pocos años que llevais de marino, es decír, la justicia.

—Es un i conveniente, bien lo veo.

—Pero con servicios extraordinarios se puede suplir esa falta.

—Yo me hallo dispuesto á prestarlos. ¡Oh, sería una dicha para mí seguir á los hijos como mi maestro Roch siguió á los padres.

—De eso se trata, Fajardo.

—¡Qué felicidad, señor!

—Es que los hijos no son más cobardes que los padres.

—Lo ví la noche del ciclón; sin ser marinos estuvísteis más valientes que nosotros.

—Dando estocadas nos sucede lo mismo.

—Lo he dado por hecho.

—¿Os contó Roch que él se batió en la mar y peleó junto á mi padre en tierra?

—Yo lo creo; los buenos marinos son anfibios para defender su patria y su rey.

—¿Y vos?...

—Yo me batiré siempre que me lo mande mi general, en los mares, en todos los mares, y en la tierra, lo mismo en los llanos, que en los montes, en las calles y en las plazas.

—Nos vamos entendiendo, Fajardo.

—No podía por menos, señor.

—¿Qué opinais del teniente Guzmán?

—Respondo de él.

—¿Y los restantes oficiales?

—Os obedecerán con entusiasmo.

—Hablemos de la tropa.

—Mi general, todos saben que os deben la vida, aplaudieron el acto de justicia llevado á cabo con Iglesia, no ignoran lo que hicísteis los tres en Cuba y ya os ven como los ejércitos españoles veían á vuestros padres.

—¿Se batirán en tierra?

—Como en la mar, hasta con heroismo.

—Grata noticia me dais, comandante.

—Antes me llamásteis capitán.

—Voy variando de opinión.

—A vuestras órdenes, mi general.

—Oid, señor comandante; os mando en nombre del rey dejar anclado este navío en el puerto de Veracruz por tiempo indeterminado.

—Muy bien, señor.

—Dais á la tropa y marinería las espansiones de que carecieron en la Habana; pero á la vez que vayan instruyéndose diariamente para funcionar en tierra.

—Empezarán desde mañana.

—Os advierto que venimos á imponernos á todo ese vasto imperio y sólo contamos por ahora con la fuerza de este barco.

—Como vuestros padres; el genio con poco tiene bastante. ¡Qué felicidad, señor, qué felicidad! ¡era mi sueño dorado imitar en lo posible á mi maestro Roch! Si el halló seis héroes yo tengo ya tres que valen por aquellos seis.

—No tanto, comandante.

—Perdonad, mi general, creo que me he quedado corto.

—Ello dirá, Fajardo.

—Dirá lo que yo digo ya, señor.

—Este país es insano; dejareis aquí los marinos que estén ya aclimatados para el servicio del navío y los restantes todos saldrán de esta zona á la mayor brevedad.

—Admirable.

—Los que queden y los que partan, que estén bien alimentados y que cobren desde el comandante hasta el último grumete el doble que hasta aquí. Donde no lleguen las arcas reales alcanzan las nuestras. Los quiero contentos y satisfechos; la muerte al malvado, mis brazos al valiente y leal.

—¡Cuando dije yo que los tres se sobrepondrian á los seis! Mi general, hoy se vuelven locos de alegría, como yo lo estoy, todos mis subordinados.

—Más que les he de dar, y pienso darles mucho, les voy á pedir; que necesito la vida de todos y nada vale tanto como la vida.

—Los tres dais la vuestra de balde y esas valen mucho más que lae nuestras. Se las damos á nuestra patria, porque de ella son.

—Es verdad. Desembarcaremos en cuanto regrese Godínez.

—¿Y los equipajes, señor?

—Mañana, lo más temprano posible. De todo eso está encargado Godínez. Cuando abandoneis vosotros el navío, de entre los aclimatados dejad un jefe leal y con carácter duro, lo más duro posible. Tendremos necesidad de encerrar en el buque muchos malvados.

—No escapará ninguno.

Todavía continuó Osorio dando instrucciones á Fajardo, secundarias ya y que no necesitamos saber.

Al anochecer volvió Godínez.

Todos los botes del navío los echaron al mar y nuestros amigos salieron sobre cubierta dispuestos á partir, hallando toda la tropa formada y la marinería en sus puestos, como si entre ellos estuviera una persona real.

Al ver á nuestros amigos prorrumpieron en hurras y vítores hijos del entusiasmo y de la admiración.

Viendo esto Flaviano les hizo seña para que callasen, y poniéndose en sitio en que todos pudieran oirle, dijo:

—Soldados, marineros, hemos venido á salvar este país; pocos somos, pero fío en Dios que hemos de ser bastantes. La patria, el rey y la religión serán nuestra bandera, la justicia nuestra norma, los españoles nuestros hermanos, los mejicanos nuestros amigos. ¡Ay de los que rehusen nuestra fraternidad, nuestra amistad! por encima de ellos pasaremos gritando: ¡Viva España con honra, viva el rey!

—¡Viva!—le contestaron;—¡vivan nuestros generales; hurra y venga el combate cuando quiera.

El entusiasmo de todos fué indecible; las voces que daban atronaban el espacio y los vítores no cesaron hasta que los botes desaparecieron entre las ondas del mar y la bruma de la noche.

De este modo abandonaron nuestros amigos el navío *Invencible*, llegando á Veracruz.

Delante de todos Godínez, nadie les estorbó la entrada ni les hizo pregunta alguna.

Minutos después entraron los catorce en una casa grande, no del major aspecto, pero digna en su parte interior de recibir á los ilustres huéspedes que acababan de llegar.

Godínez cumplía las órdenes de Osorio con exactitud matemática.

A las ocho cenaron todos. Al concluir dijo Osorio á Godínez:

—Dí al capitán Izquierdo que le espero mañana á las ocho y que no venga después de esa hora.

—¿Quién le espera?

—El general Osorio.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—Creo que no faltará. Aun me queda que hacer algo más en la plaza. Si me lo permitís me retiro y hasta mañana.

—Id con Dios.

Poco después buscaron el lecho Osorio y Julio.

Tenían la alcoba en un salón espacioso, alhajado á la americana, es decir, como de verano, pero con lujo. Enfrente estaba la de Rogelio.

Cerca dormían los cuatro hermanos Ros, en otra alcoba grande, y Godínez en otra más pequeña.

Los criados estaban en el piso bajo.

No tardaron en quedarse dormidos á excepción del jefe de policía que se retiró después de media noche.

El dueño de aquella vivienda era un habanero, su-

bordinado que fué de Godínez, pupilero después y siempre obediente á los mandatos del polizonte.

Dejémosles que descansen esta noche, que pronto les faltará tiempo para dormir y hasta tierra en que pisar.

La situación de Méjico en aquella época era la que Godínez había sintetizado.

Los españoles que se trasladaban á tan remotos países, ni pecaban de virtuosos ni de prudentes; parecían, con algunas excepciones, buscados *ad-hoc* para honrar poco á su país.

CAPITULO XXXII

El capitán don Raimundo Izquierdo.—Diálogo importante.—Los preparativos.

A las ocho de la mañana del día siguiente se presentaron á la puerta del salón el capitán Izquierdo y Godínez.

Ya estaban esperando al primero los tres hermanos, vestidos con su traje modesto, si bien lucían la cruz de Santiago en sus pechos.

Avanzaron, Godínez hizo la presentación del capitán y éste, despues de una acentuada reverencia, echó un pass atrás asombrado y con sorpresa exclamó:

—¡Aquí los hijos de mis generales! ¡Desterrados como yo! ¡Qué sopresa tan grande!

—¿Nos conoceis, Izquierdo?

—¿Cómo no? El señor príncipe de Italia me ascendió á capitán en los campos de batalla, le seguí luego á Madrid, hasta que un funesto acontecimiento de fami-

lia me obligó á pedir destino en la India, y el señor duque del Imperio me dió el nombramiento con el cargo que todavía desempeño. Visité varias veces á vuestros padres y en vuestro palacio os ví á los tres varias veces; disputando os hallábais la vez última con el general Roch.

—También yo os recuerdo, capitán, pero entended que no venimos desterrados, venimos de incógnito y el rey ha prohibido que se nos descubra. ¿Por qué decís que estais vos desterrado?

—¡Ah, señor, con mi jefe inmediato no se puede servir al rey!

—Eso ha concluído, Izquierdo. Venimos los tres á Méjico á moralizar, confundiendo á los malos y premiando á los buenos. ¿No oísteis referir el viaje de nuestros padres al Perú?

—Más de una vez.

—Pues parecido ha de ser el nuestro á Nueva España.

—Dios os manda, señores. ¡Cuánto malo hay aquí! ¿Traeis mucha fuerza?

—La de todos los españoles que residen aquí; ¿son pocos?

—¿Os obedecerán?

—¡Qué remedio tienen!

—¡Los hay tan malos!

—¿Nos juzgais incapaces de hacernos obedecer de todos?

—Si os pareceis á vuestros padres...

—Los años os han hecho muy desconfiado. ¿Creeis,

por ventura, que nuestros padres nos hubieran mandado sin un solo soldado, si no hubieran creido que nos habríamos de hacer obedecer de todos los españoles que aquí existen?

—Es cierto, señor.

—Decidnos, Izquierdo, ¿deseais volver á España?

—Todo lo contrario; he pedido varias veces mi relevo, pero no para regresar á mi patria; hay en ella una mujer, que he jurado no volver á ver en el resto de mi vida. Su solo recuerdo me atormenta.

—Lo creo; oí decir á mi padre que vuestra esposa fué mala, matásteis á su amante en desafío, pero no era el único...

—Por Dios, don Flaviano...

—Si tanto os afecta no hallo inconveniente, en cambiar de conversación. Sentaos y oidme con atención que os importa mucho lo que os voy á decir.

—Perdonadme, señor, si me ví obligado á interrumpiros. Ya estoy sentado y espero vuestras órdenes.

—Empiezo manifestándoos, señor Izquierdo, que nuestra venida puede mejorar vuestra suerte, ó puede hacer vuestra desgracia.

—Mayor desgracia aún de la que sufro?

—Juzgadlo vos; puedo y lo haré si me dais motivo, mandaros á Madrid bajo partida de registro, como ya hemos hecho con el comandante del *Invencible*, con el gobernador de Cuba y con otros, y obligaros á que por un año vivais cerca, muy cerca de vuestra esposa.

—Sería peor que mandarme á un patíbulo.

—Pues ya lo sabeis; no me basta que seais buen es-

pañol, buen funcionario público, necesito que me ayudeis, para que la unión de los buenos de al traste con la maldad de los perversos. Con que falteis á la verdad ú os vea vacilar ante el cumplimiento de mis órdenes, que son las de su majestad, estais andando para Madrid.

—Decía el general Roch, vuestro maestro que érais un retrato de vuestro padre, pero hallo en vos y, perdonar la franqueza, algo que no tiene mi antiguo protector el señor duque del Imperio.

—¿Qué suponeis, más fiereza, más intransigencia? pues sea; más fiero y más intransigente, os mandaré á Madrid. ¿Os parece que hemos venido aquí á perdonar y á transigir? ¿Empecé mi carrera de general en jefe de mar y tierra para andar con contemplaciones?

—¡General en jefe!

—¿No decís que me parezco á mi padre? Pues un afortunado ser que se parezca á aquél héroe merece empezar de eso modo, mísero capitán. Perdonadme si contra mi costumbre he estado algo inmodesto; era indispensable y no he podido prescindir.

—Oí ciertamente á Roch vuestro maestro y á otras eminencias que podíais imitar al señor duque, pero...

Julio le cortó con viveza, diciendo:

—Pero el hijo, no obstante lo mucho, lo muchísimo que vale el héroe su padre, se sobrepone á éste en talento, en virtud y hasta en heroismo. Y tened en cuenta que estais hablando con vuestro general en jefe, grande de España, heredero del duque del Imperio y con un príncipe de la sangre, que esa gerarquía traigo y todo el poder de mi primo don Felipe III.

Aturdido y confuso se puso en pie el capitán contestando:

—Perdóneme vuestra alteza y vuestra excelencia, señor don Flaviano, si mi edad, el haber servido á las órdenes de vuestros padres y mis desgracias.

—Esas no nos importan,—volvió á interrumpirle Julio,—nos traen aquí la de tantos infelices como sufren por culpa de villanos como el maestre Rodríguez de Pantoja y de tolerantes y consentidores como Izquierdo.

—¿Qué había de hacer, alteza?

—Luego lo sabreis. Volveos á sentar, contestando categóricamente y con toda verdad á lo que os pregunte mi hermano. A la primera vacilación os mando sepultar, señor Izquierdo, en las bodegas del *Invencible*.

—No habrá motivo, señores. Preguntad excelentísimo señor.

—No queremos tampoco tratamiento; queremos sólo oir la verdad y que nos obedezcais como es vuestra obligación.

—Dispuesto me hallo, señor.

—¿Qué hace aquí el adelantado Pantoja? ¿Como administra, como representa al virey!

—Se enriquece, no administra más que para él y de injusticia en injusticia hace correr arroyos de sangre humana, perturbando este distrito, cuyo mando tiene.

—Eso es contestar. ¿Qué hace en estos momentos?

—Señaló un nuevo tributo á los cinco cacicazgos de la parte oriental, se han negado á pagarlo por in-

justo y porque les es imposible abonar cantidad tan crecida y se dispone á obligarles por la fuerza de las armas, según su costumbre. Debo advertiros, que según parte que he recibido esta mañana, los cinco caciques han reunido más de veinte mil hombres y lo esperan parapetados en la sierra para defenderse como leones. Es incalculable la sangre que va á correr.

—No temais, que no se verterá ninguna. Sabe él eso último?

—No, señor, hoy pienso remitirle el parte.

—No se lo mandeis. ¿Por qué causa vive á legua y media de esta población?

—Veracruz es una población mal sana; se sufren en ella fiebres malignas, particularmente los europeos y ésta ha sido la causa de edificar un palacio en forma de castillo feudal entre árboles y aires puros y sanos.

—¿No viene á Veracruz?

—Rara vez. Me hace ir allí.

—¿Con qué dinero mandó construir ese edificio?

—Con el de los infelices á quienes impone tributos extraordinarios y con el de la nación. Todo lo que tiene en fincas y en sus arcas es mal adquirido. Con su sueldo no tiene para el gasto diario por el trato explendido y fastuoso que se da.

—¿Tiene familia?

—No, señor; perdió á su esposa y á una hija que tenía; hizo luego venir de España un sobrino carnal para que lo heredase y viviera con él y á los seis meses lo abandonó y regresó á Europa por no poderlo sufrir.

—Muy bien, señor Izquierdo. Oid ahora la orden que me veo en la necesidad de imponeros. No mandeis á Rodríguez de Panteja comunicación alguna ni recado. Para vos ha dejado de ser adelantado.

—Muy bien, señor.

—Y desde hoy, sin levantar mano, os dedicais á redactar una acusación justificada, en cuanto sea posible, de todos los hechos punibles que ha realizado en este distrito Panteja.

—Grave es el mandato, pero lo quiere el rey y no puedo negarme.

—Ni vacilar, Izquierdo,—le dijo Julio.

—Ni aun vacilo, señor.

Todavía le hicieron algunas preguntas, retirándose luego previas algunas protestas de lealtad y eficacia.

Quedaron solos los tres hermanos con Godínez.

Julio exclamó:

—Ese capitán es aragonés y me he visto en la necesidad de aplicarle una dureza que no merece su honradez y lealtad.

—Muy bien hecho, Julio,—le dijo Flaviano.—Estuviste oportuno. Con esos caracteres testarudos no se puede obrar de otra manera.

—Ahora comprenderá lo que debió haber hecho para no aparecer solidario de Panteja.

—Temió, y ese es el mal de muchos valientes; se atreven á morir y les falta valor para el exacto cumplimiento de su obligación.

—Mucho nos va á dar que hacer ese terrible adelantado,—dijo Godínez como hablando consigo mismo.

—Otro ignorante,—exclamó Osorio.—Izquierdo nos desconocía por completo, tú nos conoces á medias.

—Tengo la más alta idea de vos, digno heredero del invicto duque del Imperio, pero es tan desconfiado y malo ese Pantoja.

—¿Qué direis que voy á hacer con él?

—¿Quién es capaz de adivinarlo?

—Mi hermano Julio, pero vos, ni en toda vuestra vida.

—¿Teneis la bondad de decírmelo?

—Sí, para que acabes, con mil santos, de conocernos, te diré que voy á prenderlo cuando se halle en medio de su ejército.

—Señor, eso sería más que temeridad un milagro. ¿Cuánta fuerza llevareis?

—Un hombre sólo, mi hermano Rogelio.

—Valiente ejército, dijo Godínez,—Os mata, señor; ese hombre no hace caso de nombramientos ni de representaciones.

—¿Tienes miedo?

—¿Qué mayor dicha para mí que morir á vuestro lado defendiendo vuestra vida?

—Ni hemos de desnudar la espada. ¿Qué dices, Julio?

—Que lo harás, si tú te propones. ¿Qué parte me reservas?

—A tí te tocó el gobernador de Cuba y en verdad que lo hiciste á maravilla. Este me toca á mí.

—Tú me ayudaste contra aquél en su día.

—También tú me ayudarás en lo de Pantoja.

—Ganaré yo mi grado de maestre, hermano?—le preguntó Mendoza.

—No, en otra ocasión.

—Que no tarde, hombre.

—Por desgracia llegará más pronto de lo que fuera de desear. Godínez, necesito saber qué día sale en son de guerra el adelantado; en qué sitio acampa frente al enemigo; el paraje en que se hallan situados los indios; la fuerza de que disponen, y la historia de los cinco caciques que manda esa fuerza contraria. Quiero además saber quiénes son los jefes españoles que lleva Pantoja, sus nombres y cuanto se pueda averiguar de ellos. Desde hoy te dedicas á las indagaciones necesarias.

—Muy bien, señor.

—Todos los días me das cuenta de lo que descubras.

—Trabajaré por el día y al cenar con vos os daré cuenta de todo.

—Muy bien.

—Señores, hasta la noche.

—Dí, Godínez, ¿montas bien?

—Corrí al lado de vuestro padre siempre detrás del enemigo, jamás delante, y lo alcanzábamos.

—Hasta la noche.

Minutos después montaba á caballo Godínez para desaparecer de Veracruz como una exhalación.

Llegó la noche y el jefe de policía no regresaba. Nuestros amigos no habían querido salir durante el día.

A las nueve de la noche preguntaba Rogelio:

—¿Cenamos, hermanos? Yo estoy aburrido.

—Ten paciencia, hermano,—le dijo Osorio,—que ya verás cosas nuevas. Descansa, porque has de rendirte.

—Yo no estoy cansado y me hastía esta vida.

—Haz lo que Julio y yo.

—¿Estudiar?

—Sí.

—Ya he leido y aprendido más que Séneca.

Julio y Osorio se echaron á reir. El primero le dijo:

—¡Qué feliz eres, hermano! Tú sabes más que Séneca y nosotros, con tanto leer y estudiar; nos juzgamos ignorantes.

—Porque no os haceis justicia y yo sí.

—Puede que consista en eso.

—¿Pero no cenamos?

—Debemos esperar á Godínez, Rogelio.

—No me acordaba de él. Dame un libro, Flaviano.

—¿Qué obra quieres?

—La que deba aprender. Para mí todas son iguales porque todas me molestan cuando tengo apetito.

—Toma, una novela que te distraiga: El *Quijote de la Mancha.*

—Buena elección; esta obra me gusta mucho.

Leyendo unas veces y hablando otras permanecieron hasta las once de la noche en que impaciente y desasosegado Flaviano, tiró el libro en que estudiaba, exclamando:

—Esto es ya mucho tardar; á Godínez le ha ocurrido algo.

—Temo lo mismo, hermano,—dijo Julio.

—Su interés por servirnos lo habrá llevado más allá de la... No, llega un caballo; para; él debe ser.

Minutos después entraba Godínez cubierto de polvo y tostado del sol que había cogido.

—¡Con qué impaciencia me tenías, Godínez?—le dijo Osorio.

—¡Ah, señor, anduve más de doce leguas y la verdad es que no me ha sucedido nada por milagro de Dios.

—Me complace ese milagro.

—Si lo teneis á bien hablaremos cenando; sólo comí hoy frutas.

—¡La cena!—gritó Mendoza con voz campanuda.

Se sentaron á la mesa, diciendo Osorio:

—Habla, Godínez, que me tienes impaciente.

—Os diré, señores,—contestó el de policía,—que á las nueve de la mañana monté á caballo, dirigiéndome á la cordillera oriental, que dista de aquí cinco leguas. Continué por la falda hasta llegar á los montes Traspalmeros, en los cuàles hay en efecto cerca de veinte mil indios, casi todos montañeses, levantando parapetos y fortificándose lo mejor que pueden y saben. Vacilaba entre meterme en medio de ellos, con peligro de que me extrangularan, ó concretarme á estndiar sus trabajos á respetable distancia, cuando ví á lo lejos á un misionero que cruzaba por medio de ellos y se dirigía hacia Veracruz. Cuando los indios perdieron de vista

al fraile corrí en su busca, y lo hallé en el bosque comiendo frutos y descansando cerca de un arroyo. Eché pie á tierra, dejé suelto á mi potro para que pastara, y cogiendo algunas frutas más, aumenté la frugal comida del religioso, diciéndole:

—Padre, que Dios os guarde. Ahí vá mi ración, que junto con la vuestra; comamos.

—¿Sois pobre como yo?—me dijo.

—No, pero tengo hambre, y por aquí no hay otros manjares.

—¿Servís al adelantado?

—No, sirvo al rey. Y vos, sois encargado de Pantoja.

—Jamás lo seré de ese hombre, caballero; es funesto á Dios y á todos sus hijos.

—Es verdad, padre.

—¡Cuánta sangre hizo derramar á sus hermanos, cuánta hará verter en breve!

—Padre, deplorad el pasado, pero nada temais sobre el porvenir. Está ya en Nueva España la Providencia que evitará los males del más allá.

—¿Quién es esa Providencia, hijo mío?

—No puedo yo decirlo á nadie; me está prohibido; pero es verdad lo que os dije antes.

—El Dios de los ejércitos temple la furia de esos hombres.

—La templará; no lo dudeis. ¿Cuántos indios habrá entre esos montes?

—Dicen ellos que veinte mil.

—¿Quiénes los mandan?

—Cinco caciques.

—¿Sabeis sus nombres?

Sí; Oaxacay, Urasco, Juarez, Loxa y Balaco.

—¿A quién han confiado el mando superior?

—Al primero, que es un cacique guerrero, inteligente y muy superior á todos sus compañeros.

—¿Qué edad tiene?

—Más de cincuenta años, y armoniza la prudencia con su natural bravura.

—¿Construyen parapetos?

—Muchos y bien dirigidos.

—¿Qué armas usan?

—De todas. La mayoría con flechas; pero tienen arcabuces, picas, espadas y hasta un cañon.

—¿Piensan bajar al llano?

—No, temen mucho á la caballería y entre sus montes no puede penetrar aquella.

—¿Qué se proponen?

—Les han impuesto un tributo extraordinario é injusto, no pueden ni quieren pagarlo, y comprendiendo que el adelantado iría á cobrarlo al frente de mucha tropa se disponen á rechazar la fuerza con la fuerza.

—¡Otra sublevación por causa de una injusticia.

—Casi todas son así.

—¿Tienen con ellos á sus mujeres!

—No; estas les llevan por la mañana el alimento del día y se retiran á las poblaciones que tienen en el interior de los montes.

—¿Cren triunfar?

—Sí.

—¿Y vos, padre, qué opinais?

—Que correrá mucha sangre, y los hijos de Dios perecerán de una y otra parte.

Lo demás que hablamos no os interesa. Me despedí del misionero, monté á caballo de nuevo y corrí hacia el castillo de Panteja. Llegué ya de noche; había perdido cerca de dos horas con el religioso; llevaba más de diez leguas andadas y mi caballo no podía ya correr. En el castillo tengo amigos; logré dieran un pienso á mi potro, y supe que el adelantado sale para el monte pasado mañana; acampará frente á los indios, y después de reconocer sus posiciones y fuerzas, dispondrá el ataque. Jefes españoles que sirven á sus órdenes: los capitanes Muro, Suárez, Almeida, Zamora y Pelayo. Estais servido, mi general.

—Gracias, Godínez,—le dijo Osorio.—Estais prestando á la patria y al rey servicios importantes y en su dia recibireis la recompenra á que os estais haciendo acreedor.

—Si no quedamos hechos pedazos en el campo de batalla ó somos asesinados por mano alevosa.

—Si eso sucede, todo nos sobrará en sl mundo, Godínez.

—Lo cual me tiene á mí tranquilo.

—Veo que cenas con apetito.

—Y yo,—exclamó Rogelio.

—Creí que te ahogabas hermano,—le dijo Silva.

Osorio continuó:

—Dime, Godínez, ¿el capitán Almeida, lo es don Francisco, de la familia de los Olmos?

—Sí, señor.

—¡Cómo está aquí cuando yo lo hacía en Lisboa!

—Tuvo un duelo con un caballero principal, lo hirió y para bien librar fué condenado á continuar sus servicios aquí.

—Es valiente y entendido.

—Es acaso lo único bueno que tiene el adelantado cerca de él.

—¿Cómo se aviene á servir á las órdenes de Panteja?

—Cumple una condena, señor, y nada puede pedir.

—Basta por esta noche; mañana continuaremos. No sales de casa hasta que volvamos á hablar, Gadínez.

Terminada la cena todos se fueron á descansar.

CAPÍTULO XXXIII

—

Tres indios falsificados y uno verdadero.—Los montes Traspalmeros.—Un cacique como hay pocos.

A las ocho de la mañana siguiente decía Osorio á Godínez:

—Busca un indio leal que te sirva de criado.

—¿Para qué, señor?

—Que sea listo, conozca bien los montes Traspalmeros y hable con perfección su idioma.

—¡Su idioma! ¿Para qué, señor?

—Que comprenda también el castellano.

—¿Para qué, señor?

—Para que te sirva.

—¿De criado?

—Sí.

—¡De criado!

—Que se tenga bien á caballo.

—Cada vez lo entiendo menos.

—¿Eres tu el listo, el inteligente?

—Sí, señor, mucho, pero todo es relativo; comparado con vos, soy tonto.

—Busca ese hombre y vuelve con él.

—¿Qué más, señor?

—Que vaya un criado y diga á Fajardo que venga á almorzar con nosotros.

—¿Qué más, señor?

—Por hoy nada más, ayer trabajastes mucho, y mañana trabajarás más, hoy descansa.

—El día le pasaron tranquilos sin que ocurriese nada que de contar sea.

Osorio volvió nuevamente á ensimismarse, contestaba con monosílabos y todos dieron por hecho al verlo así, que estaba encima un grave acontecimiento; tan grave era que ni aún Julio se atrevía á interrumpir aquel sabio silencio.

Cuando Flaviano se halló frente á frente con Fajardo, al cual había hecho venir, le dijo:

—¿Teneis elegida la gente que ha de quedarse en el *Invencible?*

—Sí, señor.

—¿Están dispuestos los restantes á seguirnos?

—Todos.

—¿De qué fuerza dirponemos en tierra?

—De cuatrocientos cincuenta hombres.

—¿Bastan cincuenta para el servicio del navío?

—Estando anclado si, señor.

—¿Todos aclimatados?

—Todos.

—¿Los teneís preparados para entrar en campaña?

—Muy poco falta.

—¿Cuando acabareis?

—Entre hoy y mañana.

—Almorzad con nosotros, volved al navío y pasado mañana al amanecer formais en la plaza, dispuestos á seguirnos.

No le dijo más.

Poco después regresó Godínez, diciéndole:

—Ahí está ese hombre.

—¿Quién es ese hombre?

—El indio. ¿Le hago pasar?

—No.

—¿Qué hago con él?

—¿Tiene todas las condiciones de que te hable?

—Todas.

—Que te sirva de criado y cuando sea necesario darle otra aplicación ya se le daré.

Y le volvió la espalda.

Godínez que ya le iba conociendo sonrió exclamando:

—Se prepara la tormenta, pronto estallará. Vale más aún que su padre, pero es ménos espansivo, ménos alegre. ¡También es fácil arrancarle una palabra cuando se pone así!

Osorio pidio la comida á la doce y la cena á las ocho.

Terminó el último acto á las nueve, y esperó ese momento para decir á Godínez:

—Saldremos con el primer crepúsculo matutino, á

caballo, tú, mi criado Reina y tu indio. Te vistes con el traje que te dé mi sirviente. Hasta mañana.

En su alcoba le esperaba el criado, le dió algunas órdenes, se dejó desnudar y se metió en cama.

Lo mismo hizo Julio.

Cuando el último estuvo acostado dijo á Flaviano:

—¿Qué preparas, hermano?

Flaviano le contestó:

—Un acontecimiento que invalide á Pantoja, sin verter sangre, hermano.

—¿Como encargó mi padre?

—¡Quién de nosotros sería capaz de desobedecerle?

—Es verdad. ¿Tú solo?...

—No, hermano, yo empiezo, pero todos tomaremos parte, y muy particularmente mi elevado Julio, cuyo talento admiro.

—¡Tú!

—Yo.

—¿Cuándo empiezo yo?

—Pasado mañana.

—¿Expones tu vida mañana?

—No lo creo y la prueba es que no me acompañas.

—Tarda lo ménos posible, porque he de estar impaciente.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque me conoces, tú tienes confianza absoluta en mí, y cuando no vienes conmigo...

—Flaviano, solo ibas cuando aquella funesta mujer...

—¿Quién, Magdalena?

—Sí.

—Con las traiciones no podemos contar ninguno de los dos.

—Cierto, pero...

—Duerme tranquilo, que mañana cenaremos juntos como hoy. Hasta mi regreso, hermano.

Julio le miró; tenía los ojos cerrados, y parecia entregarse al sueño.

—¡Qué cerebro tan hermoso! — exclamó. —Duerme, hermano, del que discurre como tú, no es posible dudar.

Y también cerró los ojos, entregándose á Morfeo.

Al despuntar la aurora montaban á caballo, vestidos de indios Flaviano, Godínez, el criado Reina y el indio.

Minutos después salían de la ciudad.

—Tú,—dijo Osorio al indio,—ves delante, y nos llevas lo más cerca posible del sitio en que hallemos al cacique Oaxacay, que se encuentra con su gente de armas en los montes traspalmeros. Reina, tú vas detrás. Los cuatro al trote, cuando amanezca á escape. Tengo mucha prisa, indio.

—Bien, señor.

Y rompieron al trote sin esperar más frases.

Amaneció: el terreno no era malo, y salieron á escape hasta internarse en la espesura de un bosque, que les impedía ver otra cosa que árboles y el suelo que pisaban.

Osorio no volvió á desplegar los labios.

Iban más despacio, Godinez miraba á Flaviano, y se decia:

—¡Qué hermoso va con ese traje de indio! Parece un ángel que viene á la tierra á derramar el bien. El bien ó la muerte; lo que cuentan de él en Madrid, prueba que ese rostro tan perfecto y esa figura tan elegante y bella mata con más facilidad aun que su admirable padre. Es una dicha para mí acompañar á ese privilegiado sér.

Entraban ahora en un paraje lleno de colinas, y subían y bajaban por ellos á escape.

—¡Cómo monta!—volvía á decir Godínez,—va cosido á la silla, y no he visto mano izquierda como la suya. ¡Vaya un jinete! ¡Pardiez, que el mozo no tiene alma! Están en rebelión veinte mil indios y se va á meter enmedio de ellos. ¡Y cómo se mete, seguido de un guía, del criado y por único acompañante de un jefe de policía! Ardo en deseo de averiguar cómo vamos á salir de esta empresa, pues la juzgo superior á todas las difíciles y espuestas del príncipe de Italia y del duque del Imperio. Aquellos vencían, pero iban rodeados de ejércitos; éste para dominar y vencer, va solo. ¡Pardiez, qué zanja ha saltado su potro! Acaba de montar y ya conoce la resistencia y brío de su caballo como si lo hubiera experimentado un año. ¡Y me juzgo yo tan valiente y entendido!... Al lado de ese gigante todos somos pequeños. ¡En fin, le admira Julio de Silva, que vale tanto como valió su padre, el príncipe de Italia!

Volvieron á entrar en otro bosque más espeso aún

que el anterior. Ahora sólo podían caminar á un castellano lento.

—Acercaos, Godínez,—dijo Osorio.—Tengo ya arreglado todo mi plan; el paraje que atravesamos no nos permite ir de prisa, y podemos hablar.

—Gracias á Dios que os dais á luz, mi general; lo deseaba vivamente.

—Ese es el mal de muchas personas, amigo mío; pasan el tiempo hablando, y cuando llega el acontecimiento no están prevenidas y sucumben.

—Es verdad; pero no comprendo yo cómo podeis prever lo que nos vaá ocurrir en medio de esos indios rebelados. Harán con nosotros lo que les dé la gana, porque supongo que nos vamos á ellos.

—Dalo por hecho; estaremos entre ellos.

—Hoy nos descuartizan, señor.

—No; todo lo contrario.

—Pero, señor, si no los conoceis.

—Ese eres tú, yo los conozco bien.

—¿Cuándo habeis podido?...

—No seas ignorante; la compañía de Jesús los conoce admirablemente; los conocer los misioneros; escritos están sus usos, costumbres, caracteres, cuanto han hecho y cuanto son capaces de hacer.

—¡Ah! Eso es otra cosa.

—Vengo á evitar la guerra,—dijo Flaviano,—por eso no traigo soldados; si viniera á vencer, traería ejércitos.

—Aun suponiendo, y es mucho suponer, que convenciérais á estos indios, ¿quién convence á Pantoja?

¿Le vais á dar el dinero que necesita y quiere arrancar á esos indígenas?

—No; ese adelantado no volverá á coger un céntimo; á ese le sucederá lo que al gobernador de Cuba; posible es que libre peor.

—Lo último es más difícil que lo primero, —dijo Godínez.—Cuentan horrores del carácter y hechos del adelantado.

—Sí; por eso obra de la manera que lo hace, y por eso quedará destituído y castigado.

—Veo, señor, que vuestro padre todo lo conseguía guerreando, y vos.

—Aquellos eran otros tiempos; ahora se vence de otra manera.

—Con el talento.

—Con ese, con la previsión, con muchas otras cosas, y en último caso, en el desesperado, con la guerra.

—¿Por qué teneis tanta prisa en llegar, señor?

—Porque aun cuando empieza ahora la primavera, abrasa ya el sol de este país, y me molestan sus rayos. Por aquí ya se puede correr. A escape.

Y volvieron á volar por entre árboles; pero claros, y aunque el terreno era accidentado, no iban mal á aquel paso.

Ya comprenderán nuestros lectores que no caminaban por arrecife alguno, sino á campo traviesa, dando no obstante algunos rodeos impuestos por mayores espesuras de las que dejaron atrás.

Distaban cinco leguas de los montes traspalmeros,

y á las tres horas vieron aquellos un enjambre inmenso de indios trabajando en la superficie.

—¡Alto!—exclamó Osorio al llegar cerca del monte.—Indio, cumple mi encargo, si te preguntan quiénes somos y tienes necesidad de decirlo, contestas que otro cacique desea hablar al jefe Oaxacay. Ni una palabra más.

Y continuaron corriendo hasta llegar al pico del monte.

El indio echó pie á tierra, y salió por entre breñas, volviendo acompañado de otro indio. Nada habló, pero hizo señal á Flaviano para que los siguieran, y cogiendo su caballo del diestro, echó delante al lado de su compañero.

De ese modo continuaron por la falda del monte, viendo á los indios formar parapetos, otros abrían un camino estrecho entre los montes y á varios que dirigían las obras.

Como Osorio y los que le seguían iban vestidos de indios apenas si reparaban en ellos lo que estaban en el monte.

Andarían por la falda un cuarto de legua cuando se detuvieron los dos indios, señalando á Flaviano una casita de juncos y palma hecha en la altura. Comprendió nuestro joven que aquella era la tienda de campaña del cacique que deseaba ver y acercándose á los dos indios, le dijo al que llevó él en su idioma:

—¿Está ahí Oaxacay?

—Sí,—le contestó el otro.

—Toma mi caballo,—añadió, echando pie á tierra,—y te quedas con el otro criado que hemos traido entre

esos árboles. Desensillas, que pasten los potros, despues os mandaré comida y de ahí no os moveis.

—Está bien, señor.

Como Godínez no habia entendido una palabra de lo que Osorio hablaba, continuaba á caballo, pero una seña del joven general le indicó lo que debía hacer y dió su caballo al criado.

Osorio dijo, siempre en indio, al que ahora los guiaba:

—Llévanos á donde esté Oaxacay.

Y Osorio, Godínez y el indio traspalmerano treparon por el monte, cruzando riscos y despeñaderos, por entre indígenas que trabajaban, hasta llegar á la puerta de la casa del cacique. Este se hallaba á la puerta de su improvisada vivienda con otros indios, jefes tambien al parecer, mirando con recelo á los que habian visto subir.

Llegaron los tres, Osorio hizo una reverencia que aquellos le devolvieron y preguntó en indio:

—¿Quién es el cacique Oaxacay?

—Yo,—le contestó el más viejo de los indios.

—Deseo hablar contigo á solas.

—¿Quién eres?

Flaviano lanzó una interjección india parecida á nuestro pardiez, añadiendo:

—Yo no he tenido miedo al venir á verte, entregarme á todos vosotros pasando por cerca del adelantado Pantoja. ¿Tienes tú miedo de quedarte solo conmigo?

Picado el amor propio de Oaxacay, exclamó:

—Djadme solo con estos dos; cuando concluya os

avisaré. Vosotros,—añadió á nuestros amigos,—entrad y sentaos.

Flaviano dió una moneda de oro al guía que llevaron, diciéndole:

—Vuelve donde estabas y guárdate esa moneda.

El indio le hizo una reverencia y desparedió por entre las breñas.

Osorio se sentó en una silla de palma frente á Oaxacay y despues de estudiar su fisonomía se dispuso á hablarle.

Godínez se sentó en otro asiento igual al lado de Osorio.

Era Oaxacay alto, fornido, representaba más de cincuenta años, tenía la barba larga y canosa y era casi venerable su fisonomía.

Cerca de él, sentada en un taburete bajo y también de palma, se hallaba una india joven, con facciones perfectas, mirando con fijeza á Flaviano. También nuestro joven se fijó en ella, y notándolo el cacique, le dijo:

—Si te estorba mi hija menor la haré retirar.

—No,—le contestó Osorio,—la he mirado porque llamó mi atención su hermosura y la firmeza de carácter que revelan sus miradas y rostro.

—No te has equivocado, me sigue á la guerra y á todas partes: es valiente y sus resoluciones inquebrantables. ¡Oh, es tan cacique como yo!

—Y muy bella. ¿Hablamos?

—Hablemos.

La india habia escuchado lo que de ella hablaban

su padre y Flaviano sin demostrar impresión alguna de agrado ó desagrado; fija en Flaviano, no apartaba su mirada de nuestro joven.

Godínez se hallaba en el limbo; ni comprendía nada de lo que hablaban, ni le era posible adivinar lo que hacía allí, y menos que todo podía descifrar el pensamiento de Osorio. Por fin dijo éste:

—Antes de entrar en explicaciones que han de agradarte, Oaxacay, deseo conocerte bien: ¿Eres el jefe del cacicazgo más poderoso de esta comarca?

—Sí.

—¿Te han dado tus compañeros, los cuatro restantes caciques, el mando en jefe de todo este ejército?

—Sí.

—Comprendeis la gran responsabilidad que pesa sobre tí.

—Sí, y la acepto gustoso.

—Es una rebelión contra el poderoso monarca español, al cual juraste obediencia.

—Es verdad, pero yo no me he rebelado contra el rey; nos hemos sublevado todos contra el pago de un tributo que no podemos satisfacer por lo enorme y por lo injusto.

—Muy bien; pero la guerra segará la vida de millares de infelices que están baje tu amparo y protección, y tu primer deber es el de velar por ellos, el de librarlos de perecer.

—Ya lo hice; ofrecí al adelantado todo el dinero que teníamos y no lo quiso; le daba la mitad de la injusticia, pero él la quiere entera; quiere que robemos para

que él se regale, y eso no lo podemos hacer; preferimos la muerte.

—¿Teneis pagado el tributo ordinario?

—El que nos comprometimos á satisfacer siempre lo entregamos por adelantado.

—¿Eres cristiano?

—A mucha honra; yo y todos los míos.

—Muy bien, Oaxacay; como extranjero entre los tuyos me tocó preguntar primero; ahora te toca á tí, y luego hablaremos de lo que más importa.

El cacique meditó, diciéndole luego:

—¿Eres mejicano?

—No.

—¿Menos indio?

—Menos.

—¿De dónde eres?

—Español.

—¿Jefe?

—Y muy elevado.

—¿Más que Panteja?

—Mucho más.

—¿Puedes con él?

—Puedo.

—¿Cuándo has llegado á Méjico?

—Hace cuatro días.

—¿Viste al adelantado?

—No; ¡ay de él el día que yo le vea!

—¿Por qué te vistes con mi traje?

—Para poder llegar hasta tí sin dificultad alguna.

—Pero esas ropas son mentira.

—No hay ley que me prohiba usar el traje que tenga por conveniente. Me gusta, tenia necesidad de él, pues es verdad este traje en mí; puesto que yo no niego á nadie que soy español.

—¡Bien discurres, castellano: donde aprendiste mi idioma?

—¿En Madrid?

—¡Tad admirablemente!

—Yo todo lo hago así.

—¿Qué eres en tu país?

—El hijo de un poderoso.

—¿Y aquí?

—Un general.

—¿Tanto como el virey?

—Más.

—¿Más aún?

—Mucho más.

—¿Dónde aprendió un general tan joven el arte de la guerra.

—En el mismo sitio que tu idioma; en los libros.

—¿Mandaría una batalla?

—Y ciento.

—¿Cómo encuentras la defensa de estos montes?

—Mal, porque cogeis mucha extensión y quedan claros en las trincheras y parapetos por donde el enemigo se puede meter; y estéril por la causa expuesta y porque sobra con los árboles y el valor de vuestros montañeses.

—Bien dicho, general. Hija, sírvenos tres tazas de leche. Es la primera vez que mi hija sirve á nadie,

fuera de su padre, y ese líquido que nos va á dar es con el que los de mi raza obsequian á sus amigos.

—Le beberemos con gusto.

La india alargó á Osorio una taza de leche con azúcar.

Todo el servicio era de madera labrada.

Flaviano se puso en pie, preguntando á la joven:

—¿Cómo te llamas?

—Luisa.

Osorio bebió el vaso de leche, volviéndole á preguntar:

—¿Es puñal lo que llevas al cinto?

—Sí, soy el perro que sigue al cacique y este el colmillo con que lo defiendo.

—Enséñamele.

—Míralo.

—De hierro y toscamente labrado. Con este arma no se puede herir bien. No es digno de la valerosa hija de un tan poderoso cacique. Luisa esto no sirve.

Y Flaviano lo arrojó al monte con toda su fuerza.

—¿Qué has hecho?—Le preguntó la india sorprendida.

—No te cuides de lo que he hecho, sino de lo que voy á hacer. Toma, ese tiene la vaina y el mango de oro y la hoja de un acero admirablemente templado. Para tí; con ese se hiere fácilmente y jamás se rompe.

Flaviano se habia quitado su puñal y dado éste á Luisa. Esta lo examinó y dijo á su padre:

—Es hermoso, padre mio.

—Ya es tuyo, hija; ponlo en lugar del otro y culpa

es del general si tan cara te paga una taza de leche.

—Voy á añadir un beso en la frente; ¿me lo permites?

La joven la acercó y Osorio la besó, diciéndole:

—Faltan dos tazas de leche.

—Tres; yo tomaré otra á tu salud, generoso caballero.

Y los tres apuraron igual ración á la que habia bebido Osorio, sentándose de nuevo.

El cacique dijo á Flaviano:

—¿Qué te propones al venir aquí?

—Evitar la guerra.

—¿Cómo?

—¿Tienes empeño en que la haya?

—No, pero no puedo pagar.

—Yo no vengo por dinero, Oaxacay, he desembarcado para hacer justicia y dar en este país á cada uno lo suyo.

—¿Te obedecerá Pantoja?

—Sí, contra su voluntad.

—¿Qué vas á hacer con él?

—Saldrá de Nueva España para no volver jamás.

—¡Si tú pudieras hacer eso!

—Yo nunca miento, cacique.

—¿Traes ejército?

—Oaxacay, hemos venido á Méjico un príncipe primo del rey de España, y yo. Desembarcamos hace cuatro días y el que en este país nos desobedezca morirá.

—¿Te manda el príncipe á mi?

—No, me mando yo, porque los dos mandamos lo mismo.

—No te comprendo bien, pero te impones á mí; me gusta oirte; veo que sabes mandar, que eres un hombre superior á todos los españoles que conocí y te ruego me digas lo que te propones, y quiera Dios que sea cierto lo que me figuro.

—Lo será; acaso más de lo que tú supones.

—Habla y que Dios te inspire.

La india continuaba mirando á Osorio, pero no con desconfianza, más bien con admiración; también tenía el cacique fijos sus ojos en él, velados por una esperanza alhagadora, y Godínez continuaba en el limbo, y en verdad que su situacion iba siendo cada vez más molesta. Vió sin asombro que nada les hacían los indios, que Osorio dominaba ya al cacique, pero de nada se daba razón, porque nada entendía.

—Mañana,—dijo Flaviano,—acampará á mil varas de aquí el adelantado. Después entraré yo en su tienda, saldrá él y será reemplazado por el príncipe. Desde ese instante habeis dejado de pagar tributos extraordinarios; deponeis las armas; jurareis de nuevo obediencia al rey don Felipe III, regresando á vuestros hogares sin temor á que nadie os moleste interin permanezcais leales.

—¿Será asi, señor?

—Así será, yo os lo juro.

—¿Qué debo hacer?

—Te reunes con tus compañeros, examinais al indio que hemos traido de guía y convencidos de la ver-

dad de mis frases, redactais un escrito dirigido al rey, en el cual le hagais presente todas las injusticias que se han cometido con vosotros, sin olvidar una sola, y los fundados motivos que habeis tenido ahora y en otras ocasiones para rebelaros, no contra su autoridad, que respetais, sino contra la tiranía y desenfreno de Pantoja. Luego redactais otra en que le ofreceis deponer las armas y ser sus súbditos más leales desde el momento que la autoridad de este distrito se atenga al cumplimiento extricto de las leyes. Me traes firmadas las dos por los cinco; y si alguno rehusa, por los cuatro. Ya aquí con ellas comeremos contigo, mandas á nuestros criados alimento, cuando el calor lo permita partiremos y mañana se hará todo cuanto te he ofrecido.

—¿Será posible, señor?

—Te lo he jurado, cacique.

—¡Qué dichoso seré si evitais una guerra en que iban á perecer mis hijos y probablemente á sucumbir como en otras ocasiones!

—En tu mano está, Oaxacay.

—Tú no mientes; tú eres un hombre superior; un gran general, no me cabe duda. Voy á hacer lo que no hice jamás; voy á responder del cumplimiento de tu palabra ante mis desconfiados compañeros.

—Harás bien.

—Hija, ¿me sigues ó te quedas con el general?

—Me quedo.

—Es la primera vez que lo hace, señor.

—Ni al padre ni á la hija le ha de pesar.

Todavía cruzaron algunas frases Oaxacay y Flaviano sobre el buen éxito del encargo que llevaba el primero y con un afectuoso apretón de manos, exclamó el indio:

—¡Que Dios me ayude y proteja en la empresa de hoy!

Y salió Oaxacay dejando á su hija con Osorio y Godínez

La imposición de Flaviano era ya absoluta.

CAPÍTULO XXXIV

Una India brava.—Los escritos.—La comida.—Todo empieza bien.

Después de marchar el cacique miró Flaviano á Godínez y le dió lástima el mal rato que estaba llevando.

—¿Hablas español?—preguntó á Luisa nuestro joven compadecido del polizonte.

—Sí, como tú. Como tú no, pero bien, ya lo ves.

—Tu padre debe tardar mucho, Luisa, ¿no sientes miedo quedándote sola con nosotros dos?

—Nunca tuve miedo á nada ni á nadie. Ahora menos.

—¿Por qué menos ahora?

—Porque tengo ya, gracias á tu generosidad, el mejor puñal del mundo. Mira, puño y vaina de oro, que es el metal más fuerte, y esta hoja punzante y afilada que quitará la vida instantáneamente.

—¿Pero te atreverías á clavarla?

—Al que ofendiera á mi padre ó á mí, sí, sin vacilar.

—¿Has clavado el otro alguna vez?

—No, aquí todos me respetan y me temen.

—¿Entónces, cómo lo sabes?

—Porque lo siento en mí. Cuando hay algún peligro arde mi sangre y siento deseos de herir. ¿No sientes tú lo mismo?

—No; yo quisiera que todos nos mirásemos como hermanos.

—Pero eso no puede ser.

—Ya lo veo y lo siento.

—¿A ningún hombre has muerto?

—Por desgracia á varios.

—¿Te acometieron?

—Sí.

—¿En España?

—En Madrid.

—¿Fué uno solo?

—Jamás; fueron muchos.

—¿Y á todos les diste la muerte?

—A todos.

—¡Qué valiente serás!

—Tenía que vencer ó morir.

—Bien hecho, que murieran ellos. ¿Quieres mucho á tu padre?

—Como tú al tuyo.

—¿Qué es?

—General.

—¿Sólo ese?

—Y duque.

—¿Por qué no habla ese que te acompaña?

—Primero porque no entiende tu idioma y ahora porque te oye á tí.

—¡No entiende mi idioma! Pues yo hablo el suyo; ya lo ves.

—Toma la lección, Godínez.

—Lo he de aprender.

—Dí, Luisa, ¿qué instrumento es ese que hay colgado allí?

—Una lira mejicana.

—¿La tocas?

—Sí.

—¿Cantas?

—Todas las tardes al ponerse el sol me obliga mi padre á que cante la oración del anochecido.

—No la conozco.

—Es á la Vírgen que despide el día.

—¿Quieres cantarla?

—A tí no puedo negarte nada, pero esa es una canción muy triste; cantaré una española.

—¿Tambien sabes una española?

—No, muchas; mi maestro era de tu pais y aprendí cuantas sabía.

—Quisiera que cantases una propia de estas montañas; las españolas las conozco todsa.

—Entonces la de la Aurora.

—Sea la de la Aurora.

La jóven cogió la lira; más que lira era un arpa

pequeña, toscamente labrada, pero de excelente madera hueca que hacía vibrar los sonidos y les daba fuerza y un timbre sonoro y agradable.

La templó mal y tocó sólo de oído y sin arte alguno.

Después, con voz de contralto, cantó la canción de la Aurora, melancólica como aquellas montañas, terminando semigrosera como era la cantante.

—¿Qué te ha parecido?

—Que tienes una hermosa voz sin educar.

—Toma.

—¿Para qué me das este instrumento?

—Para que ahora cantes tú.

—¿Quién te ha dicho quo yo sé cantar?

—Si no supieras, no conocerías, según has dicho todas las canciones españolas. Tienes que cantar como yo he cantado; si no cantas te devuelvo tu puñal me voy con mi padre y le digo que no eres bueno.

—Cantaré, pero con una condición.

—Dila.

—Que sólo ha de ser una estrofa.

—Si no quieres más, sea una sola.

Osorio cogió la gran lira y la templó bien.

A los primeros preludios quedaron Godínez y Luisa como arrobados.

Hizo varias escalas nuestro joven y luego sin esforzar la voz entonó la estrofa.

La india cruzó las manos al oirle, mirando al cielo. Godínez exclamó sin poderse contener:

—¡Hasta en eso aventaja á su padre!

Flaviano había cantado á tres cuartos de voz, pero terminó dando un dó de pecho que asombró á sus oyentes.

Y dejando el arpa para no oir elogios, desapareció de la casa, diciendo al salir:

—Godínez, habla con Luisa, mientras yo tomo un poco de aire.

—¿Quién es ese caballero, español?—preguntó la joven absorta y sin darse cuenta de lo que acababa de oir.

—¿Quién es?—le dijo Godínez,—figuraos el hombre más valiente, el más caballero, el de más talento, el más hermoso del mundo y el que más vale de los nacidos y decid después: Flaviano vale mucho más que ese.

—¿Qué es, señor?

—Es general, manda aquí tanto como el rey y vale más que todos los reyes del mundo.

—¡Qué afortunado es su padre! ¿Le quiere mucho?

—El duque del Imperio lo adora.

—¡El duque del Imperio! Ese estuvo en el Perú.

—¿Qué sabes tú?

—Pronto vereis si sé ó no. ¿Creeis por ventura que soy tonta? Entre estas montañas no hay tontos. Pronto os convencereis.

Dió un salto y desapareció de la casa corriendo por el monte como un corzo.

Godínez le llamó varias veces, pero no lo oyó ó no quiso hacer caso.

A la media hora regresó Flaviano diciéndole:

—¿Dónde ha ido Luisa que la he visto correr por el monte como una cabra?

—No lo sé; hablábamos de vos, le ocurrió una idea y ha desaparecido de aquí sin decirme nada.

—¿Se habrá ofendido?

—No, señor; cuando regrese lo vereis. Nos concretamos á elogiaros.

—Si no es más que eso, me tranquilizo.

—Es una india brava.

—Con buen entendimiento, Godínez.

—No me parece tonta.

Todavía esperaron una hora que tardaron en regresar el padre y la hija, pero cada uno llegaba por su lado.

El uno volvía del consejo de caciques y la otra de examinar la comida de sus huéspedes y padre.

Sentóse Oaxacay y con semblante risueño dijo á Osorio:

—Debatía con mis compañeros, ninguno quería acceder sin probar antes la suerte de las armas, cuando llegó mi hija y enterada de lo que ocurría, exclamó:

—Sois torpes; sois insensatos, y esa desconfianza os va á perder. El caballero que está en mi casa es hijo del *invencible* duque del Imperio, de aquel héroe que estuvo en el Perú, según nos contaron é hizo con sus compañeros tantas heroicidades. Pues bien, este héroe que hoy tenemos aquí es aún más héroe que su padre, y si le disgustais no deja con vida uno de nosotros. Mi padre, yo y todo el cacicazgo estamos ya de su parte, con que obedeced á mi padre ó preparaos á morir todos.

—¿Vuestra hija ha dicho eso?—preguntó Flaviano admirado.

—Si, ye,—contestó ella,—te elogiábamos, se le escapó sin querer, estoy segura, á tu compañero que eras el hijo del duque y como yo sabía toda su historia la referí para confundir á aquellos torpes.

—¿Qué dices?

—Flaviano se llama, padre mío, como su padre.

—¿Qué decís, noble y poderoso señor?

—Que no puedo negar á mi padre; que soy el primogénito del duque del Imperio y que en el puñal que he regalado á tu hija está nuestro escudo de armas, la corona ducal y mis iniciales.

—Aquí, aquí; vedlo padre, F. de O. Flaviano de Osorio.

Y lo besó, añadiendo:

—No te separaré nunca de mi cintura. Este puñal, padre mío, debe ser invencible como su dueño.

—Os diré, señor,—dijo el cacique con gravedad,—que de los cinco, cuatro hemos firmado.

—¿Y el quinto?

—Ese no quiere firmar; ese pretende hacer la guerra á los españoles: los odia y no hay medio de obligarle por la razón á que deponga las armas y se someta.

—¿Por qué causa obra de esa manera?

—Señor, el cacique Balaco, que es al que me refiero, tiene su cacicazgo en la selva. Son guerreros todos los que le obedecen, fuertes y valientes hasta la temeridad. Casi siempre estuvieron en guerra con los es-

pañoles y hasta con nosotros. Entre sus breñas no entraron la religión ni las costumbres españolas, y por esta causa conservan un salvajismo fiero.

—Es preciso que eso desaparezca y tú, auxiliado por mí, eres el llamado á civilizar á esos hombres.

—¿Cuándo, señor?

—Después que haya terminado el acontecimiento que tendrá lugar mañana, y no haya motivo ni pretesto que justifique ni sostenga la sublevación.

—Me parece bien.

—Concretémonos ahora al asunto de mañana. Yo no hago nada, Oaxacay, que no esté justificado con pruebas irrecusables. Por lo mismo que mi poder es en Méjico tan grande como el del rey, tengo después que dar cuenta al monarca del buen ó mal uso que hice de los poderes que me dió. Me veo en la necesidad de destituir á Panteja, de colocar en su puesto á un hombre recto y justo, que se concrete al cumplimiento de la ley y para el logro de este fin me es indispensable que hagas lo siguiente: Como cacique y jefe de los cinco cacicazgos rebelados extiendes una proposición dirigida al adelantado, demostrando en ella lo injusto de la exacción que os pide á los cinco; la imposibilidad en que os hallais de satisfacerla y tu sentimiento al verte obligado á rechazar la fuerza con la fuerza antes que consentir en que vuestros hogares sean saqueados como otras veces. Declaras tu lealtad al rey, tu amor á la jsuticia y ofreces en nombre tuyo y de tus compañeros una sumisión completa si se os levanta ese nuevo impuesto y sólo se os exije en ade-

lar te el tributo que os corresponde como súbditos del rey y leales servidores de España. Aquí tienes el borrador, si lo hallas conforme escríbelo de tu puño y letra, lo firmas y mañana será entregado por vosotros á Pantoja. No aceptará tu proposición, y como ella es justa, en el acto me daré á conocer y será encerrado en las prisiones del navío *Invencible* para no volver á pisar esta tierra.

—Veamos ese escrito, señor.

Oaxacay leyó un borrador que le dió Osorio, diciendo al terminar:

—Me gusta mucho, creo conveniente ese paso y ahora mismo lo pongo en limpio.

Así lo hizo devolviéndoselo firmado.

Ya en poder de Flaviano cuanto necesitaba, se sentaron á la mesa los cuatro, siend servidos por dos indios.

La comida era mejicana, hecha con esmero, abundando en los postres varias frutas que le eran desconocidas á Flaviano; frutas delicadas producidas en aquellos valles y selvas.

Desde el momento en que se sentaron á la mesa solo hablaron español. Osorio no quería martirizar más á Godínez.

Después combinaron el plan del siguiete día, juraron ambos no faltar á nada de aquello á que cada cual se había comprometido, y terminado esto se despidió Flaviano del padre y de la hija

—Señor,—le dijo Godínez,—quedan todavía dos horas de mucho calor.

—Ya lo sé y lo deplero,—le contestó el joven,—pero tenemos un tercio más de camino que esta mañana y necesitamos aprovechar la luz del díe.

Oaxacay y su hija llegaron hasta donde se hallaban los caballos de Flaviano, y no se separaron de su lado hasta que le vieron montado.

Flaviano preguntó al indio qne llevaron:

—¿Comísteis bien?

—Perfectamente, señor.

—¿Pastaron los caballos?

—Sí, señor.

—¿Buen pasto?

—Excelente.

—¿Podrán resistir seis ó siete leguas?

—Creo que sí.

—Pues fíjate en mis frases. El adelantado salió al amanecer de su castillo, y debe estar en algún bosque próximo á estos lugares, para avanzar mañana y formar su campo frente á estos montes. Calcula el paraje donde habrá pasado las horas de calor, y llévame lo más cerca posible. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, señor.

—¿Podremos verlos sin que nos vean?

—Creo que sí, pero es posible que antes de ponerse el sol continúen avanzando hasta llegar al sitio donde fijarán su campamento, que será allí enfrente. Es posible que trabajen hoy algo en la formación de su campo.

—No discurres mal, indio; puede que aciertes.

—Me fundo, señor, en lo que han hecho otras veces.

—Pues guía por donde tú quieras.

Y salieron al trote en la forma que habían ido.

Al despedirse por última vez Osorio y Godínez del cacique y su hija, y volverles la espalda, se oyeron multitud de descargas en el monte y grandes voces.

Eran los indios que despedían á nuestros amigos con salvas y víteres.

La imposición de Flaviano entre todos aquellos indios debía acabar por ser absoluta.

Pronto lo hemos de ver.

CAPITULO XXXV

—

Las fuerzas del adelantado.—El capitán español Almeida.—Una carrera á mata caballo.—Regreso á Veracruz.

Bajaban nuestros amigos por la falda de los montes traspalmeros, iban despacio por prohibirles lo agreste del terreno caminar de otra manera, y pegando Godínez su caballo al de Osorio, le dijo:

—Hoy habeis hablado bastante, señor.

—Sí, era indispensable.

—¿Y ahora?

—Pregunta lo que quieras.

—¿Vais satisfecho?

—Creí que me ibas á preguntar otra cosa; juzgué que ibas á decirme: «¿Cuándo me arcabucean?»

—¿Ves mandar eso; el hijo del duque del Imperio? Eso es imposible, señor.

—Me has descubierto, has faltado á la ley y tienes pena de la vida.

—¡Quién se había de figurar que una salvaje!...

—¡Salvaje! ¡Qué disparate! ¡Una salvaje que habla dos idiomas, que canta mejor que muchas europeas, y que tiene más inteligencia que tú, y tanto valor como yo!

—Eso lo supe después. Os elogiábamos, yo no creí que entre esas breñas fuese conocido el nombre de vuestro padre, y tanto me perturbo al hablar del padre y del hijo, que cometí esa disculpable imprudencia.

—La cual contribuyó, sin que tú pudieras comprenderlo, á que mi cuestión con los caciques se resolviera á medida de mi deseo. Pero es preciso, Godínez, que no te entusiasmes nunca ni te perturbes jamás, si quieres continuar á mi lado.

—Lo haré, señor.

—Eres inteligible, enérgico, puedes prestar grandes servicios á tu patria y regresar á España rico y con una gran posición.

—Sería el colmo de mi felicidad.

—En tu mano está.

—No volveré á cometer otra imprudencia: y puesto que la primera, lejos de hacer daño, sirvió para hacer bien, perdonádmela.

—Ya lo está.

—Gracias señor. No he entendido una palabra de lo que habeis hablado con el cacique.

—¿Qué culpa tengo yo de que seas ignorante y no entiendas un idioma fácil de aprender?

—Eso ya no tiene remedio. Veo con placer que regresais muy satisfecho.

—Sí, tenemos la mitad más fácil andada, falta el resto y en el logro de éste podemos perecer.

—Si nos matan habremos perecido defendiendo la honra de nuestra patria.

—Más aún, en defensa de la justicia ultrajada y de la razón piseteada y escarnecida.

—¡Qué hemos de perecer, señor! El que lucha y vence á los ciclones, el que se apodera de Cuba con doscientos hombres que no dispararon un solo arcabuz y triunfa y domina con pasmosa facilidad y el que por último se mete solo, casi solo, enmedio de veinte mil indios en rebelión y los domina y se impone á ellos, no ha nacido para sucumbir á manos de Panteja. Señor, conozco toda la historia, grande, extensa, gloriosa de los seis *Invencibles* que todavía aplaude el mundo, pero aquellos con ser tan grandes ni supieron dirigir navíos ni luchar contra los ciclones, ni domesticar cafres...

—Godínez, que son mis padres, que encima del príncipe de Italia y del duque del Imperio no puede estar nadie.

—¿No puede? vaya si puede...

—Hablemos de otra cosa, ó no vuelves á oir mi voz esta tarde.

—Por caridad, señor, que estuve hoy mudo y sordo, peor que sordo.

—Pues á otra cosa.

—De qué manera tan extraña os miraba la india, señor.

—Ya vas á suponer que se ha enamorado de mí.

—No lo supongo; lo doy por hecho.

—Te equivocas; aquellos ojos grandes y brillantes como dos luceros se fijaban en mí con admiración, no de otra manera. Estoy seguro.

—¡Cómo serán tantas las que se habrán enamorado de vos!

—No doy motivo á ninguna, ni á Alice se lo dí.

—A esa última la amais.

—Estás en un error; yo no amo ahora más que á Dios, á mis padres y hermanos, á mi patría y al cumplimiento de mi deber. Tengo para Alice un recuerdo grato, afectuoso, pero nada más. El amor á la mujer perturba y yo necesito que mi cerebro esté despejado, que no lo enturbie la nube más ligera.

—Ella entre tanto morirá de amor.

—No, la sostiene una esperanza. Ella puede sufrir, ella puede amar, ella puede entregarse hasta al delirio, ¿Tiene ella, por ventura que defender su patria? ¿Tiene que amparar la justicia contra tanto malvado como la pisotea?

—¡Qué ideas tan elevadas! ¿Nada sentísteis al estampar un beso en la frente de la bella india?

—Nada; á lo sumo lo que se siente al darlo en la peana de un santo. Luisa es una vírgen y de creer yo que algo sentiría no la habría besado, porque hubiera sido una profanación.

—Señor, en vuestro cerebro y en vuestro corazón hay una savia, un fluido tan puro y poderoso, que es desconocido para la totalidad de los restantes seres humanos, con rarísima excepción.

—Julio tiene también eso que tú llamas savia ó fluido.

—También su padre lo tuvo.

—También. Corramos.

Entraron en el llano, picaron á los potros y corrieron.

Eran las cuatro y media de la tarde y el sol tropical abrasaba aún; pero Flaviano ni aun se tomaba la molestia de secar el sudor que aún corría por su frente.

A la media hora penetraron en un bosque espeso y quedaron al paso.

Pasaron por cerca de un arroyo y Osorio pidió agua.

El indio echó pie á tierra y trepó á un árbol, tirando al suelo varios cocos.

Abrió uno, y dijo á Flaviano:

—Bebed este líquido, señor, que es mejor que el agua.

—Es verdad.

Los cuatro bebieron coco y continuaron su camino.

Cinco minutos después el indio detuvo su caballo, echó pie á tierra, y fijando el oído en el suelo, escuchó.

Al levantarse vió á Osorio cerca de él, y le dijo:

—Señor, el ejército del adelantado está cerca de aquí. He oido el relincho de los caballos.

—No basta eso; es necesario más. Tú, según ví an-

tes, trepas bien; sube á la cima de esa palmera, y observa donde están acampados y el sitio por donde debemos pasar sin ser vistos por ellos.

El indió le obedeció, bajando del árbol á los diez minutos.

—Señor, le dijo;—las tropas del adelantado se hallan á la derecha, bastante cerca y entre los claros de este bosque. Creo que en este momento empiezan á levantar el campo.

—La ocasión es excelente,—le contestó Osorio.—¿Podrías tú llegar hasta ellos sin que te hicieran daño?

—Nada más fácil; me conocen mis paisanos y muchos españoles de los que están ahí.

—Pues iremos los tres, y nos dejas emboscados, y de modo que no puedan vernos, lo más cerca posible de ellos. Sigue tú adelante, penetras en el campamento, buscas al capitán Almeida, y le dices sin que ninguno otro pueda oirte, que te siga para hablar cinco minutos con un general español que acaba de llegar y tiene que comunicarle á él solo órdenes del rey. Si vacila, le dices que el general es un pariente allegado del duque del Imperio. Con eso bastará.

Sin más explicaciones marcharon los cuatro hacia la derecha, yendo delante el indio:

Poco después se detuvo el último, diciendo:

—Estamos encima, señor, y de aquí no podeis pasar.

—Está bien; parte, y no vuelvas sin el capitán Almeida.

Marchó el indio

Desde el sitio en que estaba Osorio oia las voces del campamento, los relinchos y piafar de los caballos y el ruido de las armas; pero á nadie veia, efecto de la espesura del bosque en el sitio en que se hallaba.

El indio conocía perfectamente el terreno por donde los cuatro andaban.

Así, y hasta sin expresar frase alguna permanecieron los tres un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo oyeron hablar, viendo aparecer al indio que iba delante de un capitán. Los dos venían á pie, pues el indio dió las riendas de su caballo al criado de Osorio y fué andando al campamento.

Nuestro joven echó pie á tierra, y adelantándose lo que pudo dijo al indio:

—Toma mi caballo, y esperad los tres un poco distantes de aquí.

Frente ya del capitán le preguntó:

—¿No me conoceis?

—¿Esa voz?—le contestó el capitán;—pero no puede ser.

—¿Por qué no ha de poder ser? ¿Por qué no ha de estar en medio de estos bosques Flaviano de Osorio?

—¡Con que sois vos! Pero ese traje, ese color.

—El hijo, Almeida, imita á su padre.

—¡Sois vos Flaviano, no me queda duda! Mas parece un sueño.

—Pues es la realidad.

—¿Señor, qué os trae á Méjico?

—Ante todo debo deciros que tiene pena de la vida

el que me descubra. Y ahora añadiré que estamos aquí Julio, Mendoza y yo por la misma causa que nuestros padres fueron al Perú.

—Dios os manda, señor, este es el país de las infamias, de las tiranías, de la degradación.

—¿Por qué estais vos en él?

—¿Lo ignorais acaso? porque me obligan. ¡Si vos me protegieseis!

—Para eso os he llamado.

—Que Dios os premie el bien que hagais á este desgraciado.

—¿Hace muchos años que sois capitán?

—¡Ah, señor, eso no me afecta! Mi ardiente deseo se contrae á regresar á mi patria.

—¿Las dos cosas, no?

—¿Podeis hacerlo?

—Sí.

—¿Teneis facultades?

—Tantas como el príncipe de Italia y el duque del Imperio llevaron al Perú.

—Pedidme cuanto querais, señor, mi vida os pertenece, pero llevadme á España.

—Yo nada necesito de vos, Almeida, pero la patria necesita mucho.

—Suya es mi existencia.

—¿Me obedecereis en todo?

—Sin vacilar.

—¿Qué vais á hacer con Pantoja?

—Vamos á cometer una nueva infamia con esos pobres indios.

—Yo lo evitaré, pero necesito que vos me ayudeis.

—Contad con mi compañía, conmigo, con todos los amigos que aquí tengo...

—¿Para qué tanto? Oid lo primero que la patria necesita de vos: Haced lo posible porque mañana den los soldados de vuestra compañía la guardia al adelantado. Sobre las once llegaré yo á la tienda de ese miserable con el capitán marqués de Abella. Estad cerca, á dos varas y protejed lo que hagamos dentro nosotros. Después llegará mi hermano Julio con toda la dotación del navio *invencible* y desde ese instante todos obedecereis al primo y representante del rey y á su general en jefe que soy yo.

—No puedo adivinar vuestro pensamiento, pero lo secundaré con tanto interés como si el mismo Felipe III me lo mandase.

—Mañana lo veremos, señor Almeida.

—Mañana lo verá mi general en jefe.

—Soy en Méjico, la espada de la justicia que ha de cortar todas las infamias, todas las injusticias, todas las maldades que deshonran á España, nuestra amada patria.

—Excelencia, este mismo capitán que os ha ofrecido hasta su vida, llegará en pos de su general donde pueda llegar el mejor español.

—Hasta mañana, Almeida.

—Llevo muchos años de sufrimiento en este país; permitidme como una gran recompensa estrechar por una sola vez la mano del héroe.

—Tomad, os la doy con mucho gusto.

—Gracias, gracias. Hasta mañana.

Almeida desapareció, y montando de nuevo á caballo Osorio dijo al indio:

—Hemos concluído por hoy; llévanos por donde se pueda correr. Quedan tres horas de luz, y no quiero llegar de noche á Veracruz.

Y partieron, dando un pequeño rodeo para salir de aquella espesura, sin ser vistos del ejército.

Luego picaron, saliendo como exhalaciones.

Debajo de unos cuantos guayacanos, se acababa de hacer un convenio de gran trascendencia para Méjico, como veremos más adelante.

Flaviano, apoyando los extremos superiores de sus piés en los estribos, el trasero en la silla y un poco inclinado hacia adelante corría como una exhalación. Hábil jinete y con buena sangre la fiera que montaba, dejaban atrás las leguas en vertiginosa carrera.

Godínez iba asombrado, mirando á Osorio; los otros dos se fijaban en él con sorpresa.

Era ó estaba demostrando ser el más fuerte de los cuatro.

Antes de desaparecer el último crepúsculo vespertíno entraban los cuatro caballos en el zaguán de la casa de Veracruz. Iban los animales cubiertos de espuma y de polvo, y tan rendidos que les faltaba poco para caer en tierra.

Al tirarse del caballo Flaviano lo recibieron los brazos de Julio de Silva; que á la vez le decía:

—¡Cómo vienes, hermano!

Salieron abrazados.

Ya en el salón, contestó Flaviano con cierta indiferencia:

—Sí, hemos corrido algo.

—¿Habeis tenido que huir?

—Eso nunca; corrimos tanto porque supuse que estarías con cuidado.

—Gracias, hermano. Ante todo,—añadió Julio,—cambia de traje y refréscate; luego hablaremos.

Así lo hizo, volviendo al salón donde Silva le esperaba.

—Este preguntó á Flaviano:

—¿Tuviste algún contratiempo?

—Ninguno.

—¿Cuántas leguas habeis andado?

—De doce á catorce.

—¿Sin carretera?

—Claro es.

—Refiéreme lo importante.

—Casi en medio de los indios, me encerré con el cacique principal, hizo cuanto le mandé y conmigo vienen los escritos firmados. Después ví al capitán Almeida, y queda á nuestra disposición para todo. Nada más.

—¿Te parece poco?

—Fué solo el acto que prepara el acontecimiento de mañana.

—Que lo facilita; que hace posible lo que parecía lo contrario.

—Porque lo hice yo; como si tú no fueras capaz de hacer más.

—Mas no; con hacer tanto me tendría por dichoso. Bien, hermano, acaso nos sea dable igualarnos á nuestros padres.

—Por lo menos, los imitaremos.

—Vendrás cansado.

—No mucho. ¡Qué país, Julio, qué encantos de naturaleza!

—¡Pero qué calor; cuanto habrás sufrido!

—No; veo con placer que mi materia obedece admirablemente á cuanto le pido.

—¿Podré igualarme á tí, Flaviano?

—Sí, como nuestros padres.

En este momento entró Rogelio, diciendo á Osorio.

—Salí á caballo á recibirte, acompañado de Andrés Ros; pero á media legua de aquí os vimos á mucha distancia cruzar como exhalaciones. ¡Vaya un modo de correr!

—No íbamos de paseo, hermano.

—Pero, hombre, si aquello era volar.

—¿Qué hiciste tú?

—Correr detrás de vosotros; pero ya ves la delantera que habeis traido.

—No hubieras tú podido seguirme.

—Creo que sí; hoy no me interesaba; quería verte regresar lo antes posible; lo había logrado, y por eso, aunque corrí, no pude alcanzarte. ¿Nada malo te ha ocurrido?

—Nada.

—Ya me lo figuraba yo, contigo no puede ni el

mismo demonio. Créelo, Flaviano; eres al único hombre que yo temo en el mundo.

—¿A mí? ¿Por qué me temes?

—Porque tienes más talento que tu padre y más habilidad y destreza que los seis *Invencibles* juntos.

—Eso te lo figuras tú.

—Eso me consta.

—Hablemos de otra cosa, Rogelio, que ahora deliras.

—Buenos delirios están. Oye, ¿cenamos? el paseo y la carrera despertó mi apetito.

—Creo que jamás padece de insomnios, Rogelio,—le dijo Julio riendo.

—Hombre, lo mismo era mi padre.

—Es verdad; yo estaba entrado en años, y todavía trabajaban sus mandíbulas como ruedas de molino. Pero cenemos, que Flaviano no habrá comido hoy nada apetitoso.

Poco después cenaban.

Terminado aquel acto enteró Flaviano del todo de su plan á sus dos hermanos, dió varias órdenes explicó á cada uno lo que debía hacer al siguiente día y cuando estuvo convencido de que ninguno podría faltar por torpeza ó por falta de comprensión se retiró con su hermano á descansar.

Nuestros jóvenes iban á llevar á cabo un acontecimiento digno de sus elevados ingenios; cuando el príncipe de Italia y el duque del Imperio tuvieran noticia de lo que hacían debían admirarlos.

CAPÍTULO XXXVI

—

Principian los acontecimientos.—Un pequeño ejército.—Delante el genio, detrás otro genio y la fuerza.—El campamento español.

Al aparecer en los espacios el primer crepúsculo matutino, se sentaron sobre las camas Julio y Flaviano y comenzaron á vestirlos.

Todos llevan este día cota de malla con media armadura, á excepción del indígena y de Godínez que iban vestidos de indios.

Mendoza lucía su banda roja de capitán.

Los únicos distintivos de Julio y Flaviano eran dos ligeros cascos de plata con relieves de oro, si bien el primero, llevaba oculto con la coraza el teisón.

Media hora después todos montaron á caballo, dirigiéndose á la plaza de Veracruz.

En aquel momento llegaba el capitán Fajardo con toda la dotación del Invencible. Separados Julio, Osorio y el marino hablaron cinco minutos, partiendo acto

contínuo Flaviano, Mendoza, Godínez y tres criados.

En pos de ellos salieron Julio, Fajardo, los cuatro hermanos Ros, los tres criados restantes y toda la fuerza del Invencible, llevando la misma dirección unos que otros.

Sigamos á Flaviano y sus cinco acompañantes.

Los seis se dirigieron hacia los montes traspalmeranos. Rogelio iba que no cabía en la coraza. Era valiente, ardía en deseo de imitar á su padre, tenía pocos años, y la banda de capitán y la proximidad de un acontecimiento guerrero formaban su felicidad.

Godínez miraba á Osorio y éste ni iba triste ni alegre.

Parecía dirigirse á una partida de caza.

Rogelio sabía la mayor parte de lo que iba á ocurrir, pero Godínez todo lo ignoraba; por esta causa, no pudiendo leer nada en el rostro de su joven general, le preguntó:

—Señor, ¿teneis la bondad de decirme si hoy os comunicais con los vivientes?

—¿Qué quieres saber?

—Poca cosa.

—Pregunta.

—¿No vienen con vosotros don Julio y la fuerza que ya le obedece?

—Conviene que nosotros nos adelantemos.

—¿Insistís en prender al adelantado entre vos y don Rogelio ó aquello fué una broma?

—Yo no gasto bromas nunca, Godínez.

—Pues no lo entiendo, señor; porque nada más fa-

cil que sorprender á Pantoja con las fuerzas que tenemos sin exponeros á que os mande arcabucear.

—Era preciso para lograr esa sorpresa entrar en el campamento á sangre y fuego y no quiero que se vierta una sola gota.

—¿Contais, señor, conque Pantoja es capaz de mandaros arcabucear en el momento que le digais quien sois y el poder de que disponeis?

—Sí.

—¿Contais conque es capaz de hacer lo mismo con el hijo del Santo?

—Sí.

—Es capaz de arcabucearnos á todos y dar parte de que habeis perecido batiéndoos.

—Todo eso es cierto, ¿qué más?

—Si todo eso lo habeis pasado en cuenta, nada tengo que replicar, señor.

—Todo y mucho más.

—¿Y vais solo, casi solo á encerraros con el león que se halla rodeado de fieras.

—¿No lo ves?

—Aun es tiempo, señor; la vida de cualquiera de los tres hermanos suponen y valen más que las de todos los individuos que manda Fajardo.

—Sigue aconsejándome, hombre; soy un muchacho y tú un hombre maduro.

—Si me hicierais caso.

—Ahora corramos ya que el terreno lo permite. Luego hablaremos.

No pudieron correr mucho, otro bosque se lo im-

pidió y Godínez notando que el rostro de Osorio no demostraba espansión continuó en silencio.

Rogelio miraba los árboles, las plantas, admiraba aquella naturaleza exhuberante y sonreía contemplando su banda de capitán.

No parece que Osorio llevaba este día tanta prisa como el anterior; queria dar tiempo á la tropa que le seguía á pie para que solo distasen de él media legua.

Llegó la hora de la salida del sol, pero no lo vieron. Espesas nubes empezaban á cubrir el espacio.

Cinco horas caminaron, muy pocas veces á escape, solo dos trozos cortos, algunos al trote y la mayor parte del tiempo al paso.

Dieron un gran rodeo pera dejar á Godínez al pie de los montes Traspalmeros, frente al campamento de Pantoja, retrocediendo para entrar en el campamento por el centro. Godínez había recibido instrucciones claras y terminantes de lo que debía hacer.

Los dos hermanos y sus criados anduvieron lentamente y de esta manera fueron recorriendo las tiendas de campaña hasta llegar á la de Pantoja que examinó Osorio, viendo á la puerta al capitán Almeida.

Allí echaron pie á tierra, dieron las bridas de sus potros á los sirvientes, y habló Flaviano con el capitán cinco minutos, en voz tan baja, que nadie pudo oirlo más que la persona á quien se dirigía.

Almeida recibía en aquel momento las últimas instrucciones de Flaviano. Al terminar, levantó la lona de la tienda, y desapareció en ella.

Salió á los diez minutos, diciendo á Flaviano y á Mendoza.

—Podeis entrar.

Ambos penetraron, Almeida dejó caer la lona, quedando solo los tres dentro de la tienda.

Osorio y Rogelio estaban fríos, serenos, casi indiferentes.

Hallaron á Panteja firmando un escrito. Acabó, y volviéndose hacia nuestros jóvenes, les devolvió la reverencia que aquellos le hicieron, y sentado como estaba en una silla de las dos de campaña que había en la tienda exclamó:

—Dice Almeida que acabais de llegar de España.

—No ha faltado á la verdad, señor adelantado,—le contestó Osorio.

—Añade, que traeis una misión importante para mí.

—También es verdad.

—¿Cómo dejásteis nuestro país?

—Bien.

—¿Pensais visitar al virey?

—Sí, señor; por ese debíamos haber empezado, pero hallándoos al paso...

—¿Tanto urge, que os ha detenido mi estancia en el campamento?

—Ignoro lo que nos detendrá el virey, y como la guerra no nos asusta, quisimos ganar tiempo.

—Muy jóvenes sois para desempeñar embajada.

—Al rey don Felipe III, le ha parecido lo contrario señor maestre.

—¡Al rey!

—Sí, señor.

—¿El rey os manda?

—Su majestad el rey.

—¿No fué el señor duque de Uceda?

—Su majestad el rey en persona.

—Traereis documentos que lo justifique.

—Sin duda alguna.

—¿Es urgente el desempeño de vuestra misión?

—Deseo abreviar, pero sin urgencia.

En este instante cortó el diálogo la presencia de Almeida, que apareció diciendo:

—Señor maestre, una embajada del enemigo desea entregaros un escrito, de parte de los caciques rebelados. Dice que es urgente.

—Puesto que lo vuestro no lo es,—dijo Pantoja á Osorio, —me entenderé primero con ese embajador. Capitán; que entre el emisario indio.

Un minuto después, entraba Godínez con su traje de indio, su color apropiado, sereno y con la actitud tímida de un indígena que se halla frente á un jefe superior.

Después de hacer el adelantado una exajerada reverencia, quedó esperando á que aquel le preguntase:

Pantoja le miró con desdén preguntándole:

—¿Qué quieren los rebeldes?

—Señor,—contestó Godínez,—los caciques os mandan ese escrito.

Era el último que firmó y dió á Osorio Oaxacay.

—Aquí no hay caciques ni otra cosa que súbditos mejicanos,—contestó con ira Pantoja, cogiendo el es-

crito y leyéndolo. Cuando hubo concluído, añadió:

—No acepto disculpas, no oigo razones, es indispensable pagar el tributo impuesto ó entro mañana á sangre y fuego en vuestra comarca.

—Señor,—replicó Godínez,—¿me permitís dirigiros algunas frases?

—Habla.

—Se ha tratado de reunir esa suma, pero ha sido imposible; no la hay, y esta desgracia va á producir arroyos de sangre. Enfrente teneis veinte mil hombres, que no dejarán pasar un soldado mientras tengan vida. Yo os ruego en nombre de la humanidad, desistais por imposible de cobrar tributo que no debe pagarse por injusto, que no puede pagarse por no haber dinero suficiente.

—Si no lo pagais pasaré por encima de todos y no dejaré uno con vida hasta que lo cobre ú os sepulte á todos en las simas de esas montañas. ¿Quiénes sois vosotros para calificar de injusto el tributo que yo impongo? Siervos de España, os encierro en este dilema: ó pagais ó pereceis por rebeldes.

—Pero si no podemos pagar,—exclamó Godínez,—si no hay entre nosotros suficiente dinero, ¿de dónde lo sacamos?

—Reconoced de nuevo vuestros bolsillos y hallareis lo suficiente.

—Lo hemos hecho y no lo encontramos.

—La guerra os hará encontrarlo.

—¡Va á correr mucha sangre, señor!

—Peor para vosotros.

—La humanidad sucumbirá por una suma que vale bastante menos que ella.

—Pues dad la suma.

—Los montes se cubrirán de cadáveres, la tierra se teñirá de sangre y el Dios de la justicia pedirá un día estrecha cuenta á los que no han querido evitar la catástrofe.

—¿Te mandan para que me prediques?

—No, señor, para que os ruegue y os demuestre los males que vais á causar.

—Me voy cansando de oirte; ¿pagais ó no?

—Nos pedís un imposible, señor.

—Pues disponeos á perecer.

—Las esposas, señor, os maldecirán, las madres pedirán á Dios os destruya como vos destruis sus casas, sus bienes y sus inocentes hijos, y en medio del fragor de las batallas, del incendio, del aniquilamiento y la muerte, el Dios de las misericordias se compadecerá de las víctimas y...

—Basta, no quiero escucharos más. Toma, ahí va mi *ultimatum*, ó pagar ó morir, no hay otro camino. Y que no vuelva á oir tu voz, porque regresarás entre los tuyos sin lengua.

El adelantado alargó á Godínez el pliego que firmaba cuando llegó Osorio, y le despidió con un signo despreciativo.

Godínez se guardó el escrito y sin expresar frase alguna ni hacer ademán de despedida desapareció de allí.

El adelantado meditó un poco, diciendo luego á Flaviano y á Mendoza:

—Esos indígenas son tan fieros como insolentes, pero mañana doblegarán la cerviz ante nuestro imperio.

—¿Es el tributo ordinario el que se niegan á pagar? —le preguntó Flaviano con intención.

—No, es el extraordinario.

—Pero ese no les obliga la ley á satisfacerlo.

—No conoceis este país; á esos indígenas no se les gobierna con leyes, sino con palos.

—Si les enseñamos á ser injustos, lo serán ellos á su vez y no habrá nunca paz en este país.

—Delirios de un español que acaba de llegar de Nueva España.

—Verdades de un caballero que se inspira en la justicia y en la rectitud.

—¿Quién se atreve á hablarme de ese modo?

—Vuestro general, vuestro jefe.

—¡Mi general, mi jefe! Insensato, ¿quereis morir?

—No, quiero obedecer á mi rey Felipe III y lo haré.

—¿Quién sois, miserable?

—Ya os lo he dicho.

—¿Pero como os llamais?

—Osorio.

Este apellido paró por un momento al adelantado, miró fijamente á Flaviano, preguntándole.

—¿Sois pariente del duque del Imperio?

—Sí, pariente muy allegado.

—¡Ah, comprendo! Perteneceis á una familia de aventureros que el vulgo llamó *Invencibles* y seguís la huella de aquellos farsantes. Haceis mal, porque el rey

ni su primer ministro gustan ya de esa clase de hombres.

El insulto no podía ser más grosero y cruel. El semblante de Rogelio se puso lívido, pero le miró Osorio y haciendo un gran esfuerzo sobre sí se contuvo. Por el contrario Flaviano, sin darse señales del más leve disgusto y con sangre fría pasmosa, preguntó al adelantado:

—¿Creeis que fueron farsantes y aventureros el príncipe de Italia, el duque del Imperio, el marqués de Abella, el duque de les Andes...

—Los seis, sí.

—¿No pasa por santo el primero?

—Para el vulgo.

—¿Qué es para los demás?

—Un beato que pretende hacer un poco de bien en remuneración de tanto mal como extendió por el mundo.

—¡Un beato, aventurero y farsante, el vencedor de Malta, de Cambray, del Perú, de Nápoles, de tantas otras batallas, tío además de su majestad el rey!

—Cuenta el beato algunas aventuras afortunadas para él, harto caras para el reino. Su parentesco es otra farsa ridícula.

—Veo que estais bien enterado, señor Pantoja, pero os advierto que os dije antes que era vuestro general vuestro jefe y me contestais insultando á mi padre, el duque del Imperio á los héroes de España.

—¡Vuestro padre! ¿Qué tengo yo que ver con vuestro padre?

—¿Y con el rey?

—Con ese sí.

—Leed ese escrito

Flaviano le dió su nombramiento de general en jefe. Panteja lo leyó quedando por el pronto descolorido. Pero bien pronto se repuso y mostado en cólera, le dijo:

—Esta es otra farsa, de las que habeis aprendido de vuestro padre. Falsas las firmas; falso el sello... Con esto hago yo...

Y fué á romper el nombramiento. Mas ligero Osorio se lo arrebató de las manos contestándole:

—Voy á enseñaros las farsas que de mi padre aprendí...

—¡Almeida!—gritó Pantoja.

Pero Almeida no pareció.

—¡Soldados!—exclamó.

Tampoco le hicieron caso. Flaviano continuó:

—Parece que teneis miedo al hijo y llamais en vuestro auxilio. Creí que érais menos cobarde.

—¡Cobarde yo!

—Ya lo veis; vuestro semblante se halla pálido, temblais... ¡Vaya un adelantado femenil que mandó el rey á esta tierra!

—Os voy á pulverizar ahora mismo...

—Muy bien, pero con calma; ¿por qué no me imitais? Los hombres de corazón jamás nos aturdimos, ni temblamos, ni aun tenemos prisa. Oidme primero y luego será... lo que pronto vereis. Decía que iba á enseñaros las farsas que aprendí de mi farsante padre,

del aventurero Osorio. Pero con calma, adelantado, los Osorios jamás nos precipitamos.

Panteja miraba ahora á Flaviano con asombro, con aturdimiento, con sorpresa. Aquella sangre fría, aquel predominio sobre sí, llegaba á él y le dominaba hasta el extremo de no tener acción para levantarse.

Miró á Mendoza y le vió lívido, con la saliba en los labios y el fuego en los ojos. Era el león que aguardaba el más leve ademán de su jefe para caer sobre la víctima y despedazarla.

Panteja se hallaba entre una fiera que anhelaba pulverizarlo y un ángel frío y sereno que oprimía con su diestra el destino de los hombres.

Almeida había hecho retirar el centinela que vigilaba la tienda del adelantado, su compañía que lo amaba esperaba sus órdenes, con los arcabuces cargados y los aceros dispuestos y por una abertura de la tienda veía lo que allí pasaba, dispuesto á perecer por Osorio.

En estos momentos se decía:

—¡Qué hombre! ¡No ví jamás mayor predominio! ¡Él que tanto ama al héroe su padre, con qué indiferencia oye á ese bárbaro que lo insulta, lo calumnia y lo envilece. Ese es el gran hombre, ese; lo domina ya se ha impuesto á él y al marqués que brama de coraje y anhela devorar á ese villano. ¡Tiene razón, el hijo ha conseguido el imposible de sobrepenerse á su padre! Es la misma sangre mejorada; el mismo talento más profundo y elevado, el héroe entre los héroes. Por eso dicen que el príncipe de Italia lo ama tanto ó más que á su propio hijo.

Mendoza sujetó por la garganta á Pantoja.

Por primera vez se fijaba Pantoja en los relieves de oro del casco de plata de Flaviano; en la empuñadura de su espada, en las espuelas del mismo metal y en la belleza de aquel joven que ya le asustaba é imponía.

Sin perder Flaviano nada de su calma, desesperante para Mendoza, y de su sangre fría, mortificadora para el terrible león, reanudó sus frases, añadiendo lentamente:

—En nombre del rey y en virtud de las facultades de que me hallo revestido, os destituyo, Pantoja; os quito todos vuestros empleos y consideraciones por ladrón, tirano y famentido; por haber pisoteado las leyes y haber convertido vuestro gobierno en una dictadura despótica, avasalladora y cruel.

—¡Miserable!—exclamó Pantoja, y fué á levantarse para caer sobre Flaviano, pero un golpe en el hombro dado por Mendoza, lo desplomó cayendo nuevamente sobre la silla.

—Obra,—Rogelio,—exclamó Flaviano.—Llegó el momento, pero no le mates, te lo prohibo.

Mendoza sujetó por la garganta á Pantoja dejándole mudo y casi sin aliento.

Siempre con su calma habitual, se quitó Osorio una doble escarcela que llevaba, la abrió con cuidado y sacando de ella una mordaza de seda se la fijó al adelantado diciendo á Rogelio:

—Déjalo y ven.

Y rompiendo con su puñal un costado de la lona que formaba las paredes de la tienda, sacaron por allí la cabeza para respirar la atmósfera del campo.

Por la misma abertura arrojó Osorio la escarcela en que había ocultado la mordaza. El canto superior de ésta se hallaba empapado de un líquido igual al que dió á oler Magdalena á Flaviano la noche que le apresó. Dicho canto quedó pegado á la nariz de Panteja y aspiraba aquel olor cuanto á Osorio convenía:

A los cinco minutos dijo Flaviano:

—Ya tiene bastante.

Descorrió las lonas para que entrase mucho aire y no bastándole con esto, cogió un vaso lleno de agua que había sobre la mesa y lo vertió en la mordaza y rostro del adelantado. Este había caido al suelo y pálido y descompuesto parecía un cadáver.

Al verlo Mendoza preguntó á Flaviano:

—¿Le has muerto?

—No; está narcotizado por seis horas lo menos. Le cargué la mano.

—Por Dios, hermano, regálamelo, para que le martirice y sea yo el que le mate.

—No.

—Llamó á tu padre, al mío y al Santo, farsantes y aventureros; y á tí miserable.

—No importa.

—Quiero en nombre de tu madre vengar á su esposo y á su hijo.

—No y no. Si le matas dejará de sufrir; loco.

—Tienes razón.

—Tu padre aprendió al lado del mío. Y tú ¿qué piensas?

—Lo mismo, lo mismo. ¿Qué hago, hermano?

—Tiendes á ese hombre sobre el arzón de la silla de tu caballo; montas, le sujetas para que no caiga y lo llevas á un calabozo del Invencible. Ya encerrado, te vas con la escolta que te ha de seguir al castillo que fué de Panteja. Sin prisa, hermano, que hay tiempo de sobra.

Osorio salió fuera de la tienda, diciendo al capitán:

—Almeida, primera señal.

Este la hizo, dando en el acto un clarín tres sonoros golpes de atención.

Dos minutos después se precipitaron en dirección de la tienda, los cuatro hermanos Ros, otros tantos criados y dos jefes de marina, precedidos de Godínez y su criado indio; á ellos se unió el sirviente de Mendoza que le había acompañado al campamento.

Rogelio obedeció á Flaviano y en estos momentos, á caballo y sujetando con la derecha el cuerpo inanimado de Panteja picó á su potro y salió á un trote largo delante de los once individuos que contaba su escolta.

Flaviano desde la puerta de la tienda los vió partir y no se movió hasta que desaparecieron de su vista.

—Almeida,—exclamó luego;—segunda señal.

También la hizo el capitán, sonando en los clarines seis golpes de atención.

Ambos quedaron á la puerta de la tienda. El capitán quería hablar con Osorio, pero no se atrevía á preguntarle nada. Ahora lo miraba con más asombro

que nunca , con más respeto que á su propio padre el duque del Imperio.

Poco después se oyeron los clarines y atambores de una fuerza que llegaba, y no tardaron en presentarse por entre una arboleda los cuatrocientos cincuenta hombres del Invencible mandados por Julio de Silva que llevaba á su izquierda al capitán Fajardo.

Los que componían el campamento ignoraban todo lo que pasaba y al ver aparecer la fuerza del navío quedaron sorprendidos y confusos.

Todos los jefes corrieron á la tienda del adelantado, pero antes de llegar eran detenidos por las voces de varios centinelas de la compañía de Almeida que les decían:

—Atrás, no se puede pasar.

Vacilando estaban, cuando vieron llegar la fuerza de Silva gritando:

—¡Viva el rey de España! ¡viva el príncipe! ¡viva nuestro general en jefe!

Esas voces salían por encima del atronador ruido de los clarines y atambores.

Y aumentó la sorpresa de todos al ver llegar á Silva que lucía ya encima de su coraza de plata y oro el toisón.

Un teniente del campamento, reconoció á Julio, y exclamó:

—Señores: es el hijo del príncipe de Italia, el primo de su majestad. Ved, sale á recibirle Flaviano de Osorio hijo del duque del Imperio. Conozco á los dos muy bien. Se quieren como hermanos y jamás se separan.

En Madrid se dice que valen tanto como los padres.

Estas ideas corrieron por el campamento y todos quedaron pendientes de algo extraño que esperaban y no podían prever.

Las fuerzas de Fajardo formaron, rodeando la tienda con su capitán y oficiales al frente.

Julio echó pie á tierra y unido á Osorio hablaron un poco; despues exclamó el segundo:

—Maestre Almeida: Su majestad el rey, y en su nombre el príncipe Julio, os ha ascendido por vuestra lealtad y valor. Decid á todos los jefes del campamento que hemos llegado el príncipe Julio y el general en jefe de las fuerzas de su majestad de mar y tierra, y que pueden venir á esta tienda los que gusten. Después haceis la tercera señal.

Poco después comenzó á llenarse la tienda con todos los capitanes y oficiales del campamento. A la vez se oyeron tres cañonazos tirados al aire, contestando á sus detonaciones otro cañonazo y varias descargas del campamento enemigo.

—¡A las armas!—gritaron los que entraban en la tienda.

—No,—les dijo Osorio;—son salvas; es la paz entre españoles y mejicanos. Se acabaron las injusticias y las guerras injustificadas.

Todos fueron dando la bienvenida á Julio y Flaviano y se iban colocando detrás de las dos sillas en que aquellos estaban sentados.

Después se abrieron las filas de los soldados de Fajardo, cruzando por medio de ellos los cuatro caci-

ques, la hija de Oaxacay y hasta doscientos indios más, todos jefes á las órdenes de los cuatro caciques.

Según llegaban iban besando las manos de Julio, y de Osorio.

Los cinco primeros quedaron dentro; los restantes formaron en dos filas delante de la tienda.

Maravilloso era para los jefes del campamento español todo lo que presenciaban. Cuando creyeron caminar hacia la muerte, se encuentran con que entra en su campo el enemigo, se postra ante los jefes españoles y les besan las manos con la mayor humildad y respeto.

Sin saber cómo ni por donde, desaparece el tirano, y hallan en su lugar dos jóvenes guerreros que triunfan y vencen con su inteligencia, con su talento; que entran dando á uno de ellos, al capitán Almeida un merecido ascenso; y todo el conjunto de lo que veían es para ellos sorprendente, inesperado, admirable. Hasta los más refractarios al bien; los que más podían asimilarse á Pantoja, se inclinan ante el cambio sufrido y aceptaron sin murmurar los hechos consumados.

Al acabar de besar la mano los indios á Julio y á Flaviano y colocarse en los sitios que les correspondía, hablaron en voz baja los dos hermanos, convinieron en lo que debía de hacerse, y haciendo uso de la palabra Silva, dijo:

—Españoles y mejicanos; á todos voy á dirigiros la palabra, á todos os voy á enterar de una metamórfosis que ha empezado á cambiar la faz de este país, y con

la cual habeis sido hoy sorprendidos. Sabedor el rey mi augusto primo, de las faltas, delitos y hasta crímenes que se cometían en Nueva España por algunas autoridades, al saber que la ley era aquí hollada por los mismos que debieran imponerla; sabiendo, por último, que en estos sus estados, cundía la inmoralidad y corrupción, nos mandó á mi hermano Flaviano de Ozorio, de general en jefe de sus ejércitos de mar y tierra, y á mí como representante suyo, revistiéndome de toda la regia autoridad que á él le concedió el cielo. Nuestra misión es la de corregir y la de castigar, hasta imponer en este hermoso florón de su diadema, la justicia, la moralidad, el orden y la paz, que atraen y multiplican la prosperidad y ventura de los pueblos. Esa es nuestra misión difícil y penosa, pero agradable á Dios y á todos los hombres de buena voluntad, si la Divinidad nos inspira, si no erramos, si nuestros deseos se cumplen. Llegamos á Méjico vimos con dolor que no habían engañado al rey, que en este país sucedía todo lo que le refirieron, y como la llaga empezase en Veracruz, aquí no hemos detenido, para empezar por aquí la cura. Ni un solo soldado hemos traido de España, nosotros, que de ejércitos disponíamos allí, venimos solos, porque creemos que los males no se curan matando sino convenciendo. Eso intentamos con el adelantado Pantoja, no atendió nuestras frases, desconoció nuestra autoridad, y en un calabozo se hallará pronto, le juzgará un tribunal recto, y su sentencia será cumplida en el acto de dictada. Traemos la espada de la justicia, el que no tema á su cortante filo, que

no culpe á nadie del tajo recibido por esa misma espada. ¡Moralidad completa, rectitud en absoluto, paz, orden, concierto y armonía, eso venimos á imponer en Nueva España, eso impondremos Flaviano de Osorio, como general en jefe de todas las fuerzas de mar y tierra de España y sus dominios, y yo como representante del rey mi primo! Hasta aquí hablé á todos y muy particularmente á las autoridades españolas en Méjico; ahora me dirijo á vosotros los nacidos en este país: el rey os quiere como á hijos; el rey manda que los españoles os traten como hermanos; de vosotros es este país, de nosotros la civilización, que ya unida á él, forman dos mitades exactamente iguales. No quiere el rey guerras fratricidas, y los que á su poder se sometan, tendrán su paternal protección. ¿Os someteis gustosos?

Los de dentro y fuera, contestaron:

—Sí, lo juramos.

—¿Queréis justicia?

—Sí, sí.

—Pues pedidsela al general ó á mí, y quedareis hartos de ella. ¡Viva España!

—¡Viva!—contestaron todos los presentes.

—¡Viva Méjico!—añadió Silva.

—¡Viva!

Y los indios centinuaron blandiendo sus armas y gritando:

—¡Viva la paz! ¡Viva la justicia! ¡Viva el príncipe! ¡Viva el general!

Las fuerzas del navío añadieron:

—¡Mueran los enemigos del príncipe y del general! ¡Hurra, si cerramos contra ellos!

—Nosotros iremos delante, si nos dejais!—añadieron los indios.

De esa manera acabó aquella importantísima escena para el bien de Méjico.

Inspirado Flaviano de Osorio de distinto modo que su invencible padre, quería dominar, y ya lo estaba haciendo, por la idea, por el elevado pensamiento.

Su sistema de guerra era más humano y más digno de una cultura y civilización que sólo podían comprender los que se adelantasen á su siglo.

CAPITULO XXXVII

Un diálogo precursor de una gran tormenta.—Se levanta el campo.—Todo es hoy paz.—El castillo.

Cuando los víctores acabaron, mandó Osorió se diera de comer á la tropa, y que en el acto se levantara el campo, pues quería que todos durmiesen aquella noche en el castillo. Las dos jornadas que el adelantado empleó, las redujo á una Osorio, favorecido por el toldo de nubes que cubrían el sol.

Los jefes corrieron á dar las órdenes y los indios volvieron á besar las manos de Julio, de Osorio y se dispusieron á retirarse cuando se llevó Flaviano á un extremo á Oaxacay y le preguntó:

—¿Solo habeis venido cuatro caciques?

—Cuatro, señor.

—¿Y el quinto?

—Levantó su campo y se ha marchado con todos los suyos á su valle y montes.

—¿Por qué?

—Ese cacicazgo, señor, estuvo siempre rebelado contra España.

—Es indispensable que desaparezca ó que se someta. No venimos solo contra los rebeldes españoles sino también contra los mejicanos.

—Os advierto, señor, que ese cacique y muchos de los suyos continúan en el estado primitivo. No matan ya á los misioneros por temor del castigo, pero les niegan hasta el agua y los espantan de su territorio.

—Mañana visitas á Balaco. ¿No es ese el nombre del rebelde?

—Ese es.

—Le propones que se someta, se lo mandas en mi nombre si necesario es, y en el último caso le das un corto plazo para que te obedezca ó para arrancarle su poder cuando haya espirado ese plazo.

—¿Cómo le quito ese poder?

—No hay más que un camino, declarándole la guerra.

—Será larga, señor, aun cuando de éxito seguro.

—No, muy breve. ¿Teneis caminos interieres en los traspalmeros?

—Sí, señor.

—Manda abrir el trozo que falte, para unir con los palmerales. Quiero llegar á tu casa á caballo.

—Eso es fácil y breve.

—En el momento de declarar la guerra á Balaco me avisas y empezarás las hostilidades bajo mi dirección.

—Entonces no será larga la guerra.

—Dispón cuadras en tu casa para once caballos y sitio en que podamos dormir ciento once hombres. Todos los gastos son de cuenta del rey.

—Muy bien.

—Adios, Oaxacay.

Luisa había permanecido siempre junto á Osorio, al retirarse ahora con su padre, volvió á besar la mano del joven preguntándole:

—¿Nada me das, señor?

—Si, hija mía.

La joven puso su frente y Flaviano la besó.

Todos los indios desaparecieron, llegaron al monte, se unieron á los suyos y marcharon á sus poblaciones.

Cuando Osorio despidió al cacique y á su hija se volvió, hallando á Julio hablando con Fajardo y junto á él á Almeida que esperaba sus órdenes.

—Maestre,—le preguntó Flaviano:—¿hay comida para nosotros?

—Juntadlas y que nos la sirvan aquí. Comereis con Julio y conmigo, Fajardo y vos. A las fuerzas del navío y muy particularmente á los oficiales que les den la mejor alimentación.

—¿Nada más?

—Maestre, si alguno murmura, traedlo á mi presencia.

—En el acto, señor.

Media hora después comían, á las cuatro levanta-

ron el campo y se dirigieron al castillo que fué del adelantado.

Fajardo iba en el caballo de Pantoja y Almeida en otro que él había llevado.

Marchaba delante una descubierta de veinte caballos; después Julio y Flaviano enmedio de Fajardo y de Almeida, inmediatamente los marinos, después el resto de los españoles y en pos de todos los indígenas que servían la causa de España.

Ya eran las ocho de la noche cuando llegaron al castillo sin haber hecho parada alguna.

Se hallaba éste situado en lo alto de una colina, rodeado de varias otras, cubiertas de una vegetación exuberante. Millares de árboles rodeaban el palacio-castillo y el agua cristalina y pura corría por varias partes, refrescando la atmósfera y dando al contorno aquél belleza y salubridad.

El adelantado había sabido elegir el terreno para edificar; se hallaba el castillo no muy distante de Veracruz, pero estaba á cerca de mil varas del nivel del mar, lo cual hacía imposible el desarrollo de la fiebre amarilla.

Toda el agua que lo rodeaba era corriente y ésta, la altura y los muchos árboles y plantas le prestaban una temperatura agradable en las cuatro estaciones.

Se hallaba á tiro de arcabuz del camino que iba de Veracruz á Méjico y si bien el exterior tenía la forma de castillo, era en el interior un suntuoso palacio. Pantoja lo hizo para vivir y morir en él como un ca-

ballero feudal sin cuidarse para nada del rey de España ni del virrey de Méjico.

Podían alojarse en aquel gran edificio cuatro ó cinco mil hombres y quinientos caballos en sólo la planta baja. En la alta hallaron Julio y Osorio una profusión de criados que los asombró pero no hallaron mujer alguna. Dos únicas que vivían en él desaparecieron en cuanto los de la descubierta les dijeron lo que había ocurrido.

Dieron orden los dos hermanos para que no se despidiese á nadie por el pronto y todos se quedaron.

En el salón pricipal hallaron Julio y Flaviano á Mendoza y Godínez, descansando de las fatigas de aquel día que pará ellos fueron muchas y molestas.

—¿Qué ha ocurrido, hermano?—preguntó Osorio á Rogelio.

—Llevé sobre el arzón de mi caballo,—le contestó, —á ese hombre, que más parecía cadáver que un ser vivo. Bregando para que no se me cayera, trotando primero y luego á escape, llegamos á la playa. Allí nos esperaba un bote del navío, le arrojé en él y dejando Godínez y yo los caballos á nuestros criados nos trasladamos en el bote al *Invencible*. Fué encerrado sin mordaza en un calabozo de Pantoja. Lo echaron en una cama y á la media hora volvió á la razón. Estábamos frente á él Godínez y yo.

—¿Quiénes sois?—nos nreguntó.

—El marqués de Abella,—le dije;—el hijo del farsante y aventurero, y Godínez, jefe de policía.

—¿Qué quereis de mí?—volvió á preguntar, mirando

con ojos espantados el camarote-calabozo en que se hallaba.

—Nada, no queremos nada,—dije;—yo, que tengo aun más fuerza que tuvo mi padre, hubiera deseado ahogaros cuando os cogí del cuello, pero no, me dijo mi hermano Flaviano, y á eso debeis la vida, que espero arrancaros á la primera ocasión.

Dió un salto y se echó sobre Godínez para quitarle el puñal que llevaba al cinto, lo cual logró, pero á la vez lo levanté yo en alto y lo arrojé al suelo, quedando otra vez sin sentido. En tal estado le abandonamos, conté al oficial lo que acababa de hacer y lo he mandado sujetar con una cadena.

—¡Con una cadena!

—Sí; es la única manera de que no mate á nadie y de que no se escape.

—¿Qué más?

—Nada; comimos en el navío, mandamos alimento á los que esperaban en tierra y montamos luego á caballo para venir aquí, donde mal nos recibieron, pero donde estamos muy bien.

Entraron Almeida y Fajardo, y Julio y Osorio los dejaron en el salón con Mendoza y Godínez y acompañados después de los hermanos Ros.

Primero hicieron la distribución en la parte alta, colocando en ella todos los jefes y oficiales, pues para todos había y aun sobraba palacio, y después bajaron, reconociendo una por una las cuadras, las habitaciones todas, dispusieron nueva colocación y no se sentaron á la mesa para cenar hasta dejarlo todo correcto.

No prescindía ninguno de los hermanos de la respetabilidad que les daban sus altos cargos, pero sin perder ésta cuidaban de todos los que servían á sus órdenes con paternal solicitud.

Ninguno había murmurado, ninguno murmuraba y antes del tercer día eran nuestros jóvenes elogiados por todos. Hasta los más malos reconocían la gran superioridad de Julio y Osorio.

A la mañana siguiente recibieron sus nombramientos, Fajardo de comandante del *Invencible*, maestre de campo en tierra, y de maestre también el capitán Almeida.

Seguidamente formaron un tribunal para instruir sumaria al maestre Pantoja, compuesto de dos magistrados que había en Veracruz, del comandante Fajardo, del marqués de Abella y del capitán don Raimundo Izquierdo, como acusador ó fiscal.

Recibieron orden de abreviar en lo posible, y desde el siguiente día comenzaron á reunirse en la casa destinada en Veracruz.

Interin el tribunal llenaba su misión, Julio y Osorio se entretenían en organizar los dos mil hombres que próximamente tenían en el castillo, en hacerles maniobrar y disponerles en fin para poder entrar en batalla en caso de necesidad.

Tal era el gran estudio que ambos hicieron y tan profundo era el talento de ambos, que el mejor general del mundo no hubiera podido dar mejor organización á aquellos dos mil soldados.

Los cuatro hermanos Ros fueron agregados al tercio que mandaba Fajardo.

Al décimo día de organizarse quedó Julio sin compañero.

Seis indios montados en pequeños pero ligeros caballos mandados por Luisa, se presentaron en el castillo, y llegando ésta hasta Osorio, después de besar su mano le dijo:

—Señor, mi padre te envía este pliego.

—Supongo lo que es, Luisa.

Y lo leyó, añadiendo:

—¡No han querido someterse esos indios!

—No, y mi padre, siguiendo sus instrucciones les ha declarado la guerra hoy.

—Bien, descansa esta noche y al amanecer partiremos. ¿Viniste á caballo?

—Sí, seguida de dos hermanos y cuatro jefes.

—¿Montas como nosotros?

—Lo mismo. ¿Por qué me haces esa pregunta, señor?

—No te ofendas; en España montan las mujeres de otro modo.

—Sí, he visto á una en Veracruz.

—¿Quieres comer con nosotros ó con los tuyos?

—Contigo, pero no puede ser, nos divide la clase y condición, comeré con los míos.

Al amanecer del día siguiente salieron del castillo Osorio, Godínez, que quiso acompañarle, los cuatro hermanos Ros, cinco criados que lo mismo servían para vestir y desnudar á sus amos que para batirse, los seis indios, Luisa y cien soldados de marina armados de arcabuz.

Sigamos con ellos.

CAPITULO XXXVIII

Entre los montes palmeranos.—La casa de un gran cacíque.—El cacicazgo de Balaco.—La ferocidad primitiva.—Una escaramuza sangrienta.

Los cien arcabuceros iban á pie y Osorio los echó delante para que sólo anduvieran lo que buenamente les fuera posible; los guiaba un hermano de Luisa é iban mandados por los Ros; ningún otro oficial llevaban.

Luisa se puso á la izquierda de Flaviano, Godínez á la derecha, detrás los cinco indios y en pos de todos los criados.

A excepción de los indios, todos, desde Osorio hasta el último criado, llevaban armaduras de baqueta á prueba de saeta, si bien Flaviano usaba debajo una finísima cota de malla de hilillo de plata.

Llevaban un castellano sostenido, de ahí no podían pasar por causa de los peones.

A las tres leguas, mitad de la jornada, dió á la tro-

pa Flaviano una hora de descanso. Se hallaban en un bosque, compuesto en su mayoría de árboles frutales y los peones en vez de sentarse á descansar andaban por entre los árboles en busca de fruta que comían cantando y como si fueran á una corrida de toros. Iban á ser mandados por su general en jefe y tal era la confianza que á todos inspiraba el vencedor de ciclones, (ese nombre le daban entre ellos), que suponían llevar el triunfo en la mano de su general.

Flaviano no quiso echar pie á tierra y claro es que Luisa tampoco se bajó. Pegó su caballo al del jóven y le dijo:

—¡Qué chasco se va llevar nuestra gente y cómo me voy á reir de todos.

—¿Por qué, Luisa?

—Creen que vas seguido de un ejército inmenso.

—¿Para qué lo necesitamos?

—Pues yo pienso decirles que el ejército viene, pero que ellos no lo ven.

—¿A cien hombres llamas un ejército?

—No, á uno sólo. Tú eres un ejército.

—Qué disparate, Luisa.

—No es disparate, es la verdad.

—¿Por qué supones que yo soy un ejército?

—Porque con tu genio haces más aún que un ejército.

—Excelente galantería; ni la cortesana más aduladora lo hubiera inventado mejor.

—Ni es galantería, ni yo la inventé: es una verdad hecha por Dios que puso en tu frente el genio.

—Pobre niña, escondida entre umbrosas montañas; no sabe lo que es el genio.

—Veamos si lo sé.

—Veamos.

—Genio es el que demostró tu padre; mandando batallas y triunfando siempre.

—Es verdad, pero yo...

—Tú vales más que tu padre; todo el mundo lo dice.

—¿Quieres que hablemos de otra cosa?

—Te llaman esos soldados que traes, héroe y vencedor de ciclones, y dicen que tu padre no sabía luchar contra esos cataclismos.

—Te callas.

—Ni respetar á las mujeres con la dulzura y virtud que tú.

—Te mando que calles.

—Ni dió batallas, como tú hace pocos días, sin derramar sangre.

—¿No me obedeces?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tú eres tan galante con las mujeres como tu padre, y más respetuoso aún que galante, lo cual no podía decir el señor duque del Imperio.

—Pero tú abusas.

—¿No me llama ese ignorante Godínez india brava, casi salvaje? No le has reprendido, y ahora sufres las consecuencias. El hablar con una salvaje, tiene esas contras, las del abuso.

—Está bien, dí lo que te se antoje,

—Salvaje, que ha estado un año en Méjico estudiando día y noche, y veinte veces en Veracruz.

—Pues no te enseñaron á ser respetuosa.

—No he querido yo aprender eso.

—Mal hecho.

—Peor es dejarse en Madrid una dama hermosa y venirse á la guerra.

—¿Quién te ha contado eso?

—Godínez que me llama india brava ó salvaje, y el salvaje es él. Le hago decir con habilidad todo lo que quiero.

—¡A él que es tan reservado!

—Ahí verás.

—¿Qué más te dijo?

—Me ha contado toda tu historia. Cómo vencistes al rey y á todos los suyos; cómo salvaste á tu amada Alice... ¡Ira de Dios; eso es un hombre!

—Luisa, vas á concluir por echar votos.

—No, eso no.

—Milagro,

—Debíste traer á tu Alice y que velara por tí.

—¡Qué disparate! Tú no sabes lo que son las damas europeas.

—Como si no las hubiera visto yo en Méjico. Estuve entre ellas, y las conozco.

—Las mujeres nacieron débiles.

—En ese caso, y para defender á un hombre que vale lo que tú, la mujer hace un esfuerzo y se convierte en leona.

—Blasfema, señor, —dijo Godínez que estaba oyendo el diálogo.—Lo más bello, sensible y tímido de la creación, pretende esta india brava convertirlo en una de esas fieras que andan entre sus montañas y son amigos de ellas.

—No conozco hombre alguno en Méjico que se iguale en belleza á tu señor, Godínez; la mujer más hermosa quisiera parecerse á él, y sin embargo, es el más valiente, es más fuerte que pudo venir al mundo. Yo soy fiera, tienes razón, y en prueba de ello, que lastimen á tu señor delante de los dos y no serás tú sino yo la que atraviese el corazón del osado.

Y continuó Godínez debatiendo con Luisa, logrando ser derrotado por la india y entretener á Flaviano, hasta que trascurrió la hora y volvieron á emprender la marcha.

Osorio estaba maravillado no del valor de Luisa, sino de su claro entendimiento. Comprendía que su arrogancia y fiereza eran propias de las montañas en que se había criado, pero su ingenio y modo de discurrir formaba una rarísima excepción en las mujeres de su clase.

Los acontecimientos nos probarán más adelante que Flaviano se maravillaba con sobrado fundamento.

Continuaron su penosa marcha hasta llegar á los montes traspalmeros; entre éstos no sentían ya calor, pero iban por un sendero estrecho y sinuoso en el que los peones sólo podían marchar á dos en fondo y los caballos uno tras de otro.

A la una de la tarde llegaron á un hermoso valle

que no tenía menos de una legua de longitud y media de latitud. Por el centro cruzaba un río estrecho y caudaloso y todo el terreno firme estaba poblado de árboles y plantas, espontáneos unos y plantados muchos.

Quinientas casas había repartidas en aquella superficie y entre éstas y los montes que rodeaban el valle más de mil chozas.

El río tenía su puente y la temperatura del valle era tan agradable é igual que jamás se agostaba la fresa.

Había naranjos, limoneros, algunos otros árboles europeos y no lejos de éstos muchos tropicales.

Osorio al verlos, exclamó:

—¡Esto parece un paraíso!

Aquel era el valle y pueblo que componían el cacicazgo de Oaxacay.

En la parte más elevada de aquella gran planicie se destacaba la casa del cacique con su piso bajo y principal, única que tenía este segundo piso y ocupaba un área que no mediría menos de veinte mil piés cuadrados. Era de construcción muy moderna, de piedra y no muy mal construida.

Era este el cacicazgo más populoso de toda la parte oriental de Méjico, el más inteligente, tenía dos iglesias católicas y atendiendo á que ofrecía un contingente de cuatro mil doscientos guerreros, se puede calcular que su población no bajaría de doce mil almas.

Oaxacay y todos los individuos de su familia esperaban á Osorio al pie del monte. Al llegar allí nuestro joven, empezaron á sonar descargas y se oían vítores que repetían los cóncavos de los montes.

Todos los individuos allegados de la familia del cacique besaron la mano de Flaviano con entusiasmo no exento de respeto.

Llegaron á la casa, y todos fueron alojados de un modo conveniente.

Después que hubieron descansado, comieron todos, sentándose solos en una mesa Flaviano y Godínez; estos dos eran servidos por individuos de la familia de Oaxacay.

Terminado ese acto se encerraron el cacique y Osorio, preguntando el último:

—¿No pudiste convencer á Balaco?

—No, señor; unido á mis tres compañeros, empleamos todos los medios de persuasión imaginables inútilmente. Es hombre feroz, sus cince hijos se le parecen y quieren la guerra, desean matar españoles, porque dicen que les roban su país, y no salen de este dilema: Vencer ó morir.

—¿Y los que le obedecen?

—Los hay fieros, y hay también gente sencilla que entregada á los misioneros serían buenos cristianos como nosotros.

—Sabiendo ya que era imposible someterles, ¿qué hiciste?

—Darle ocho días de tiempo para que lo pensara mejor.

—¿Y luego?

—Declararle la guerra.

—¿En qué forma?

—Como es costumbre entre nosotros. Fué mi hijo

menor con cien hombres bien armados y sesenta de los tres cacicazgos vecinos como testigos presenciales veinte de cada uno, y en forma de pregón les hice saber á todos que declaraba la guerra á Balaco y no dejaría las armas hasta que él y sus hijos murieran y el cacicazgo entero se me entregase.

—¿Qué contestó?

—Que aceptaba, y que no dejaría las armas mientras viviese uno de nosotros y hubiese españoles, en Méjico.

—¿Hiciste la declaración en nombre del rey?

—Sí, señor.

—Habrá posibilidad de llegar hasta cerca de ellos, sin que seamos sorprendidos.

—¿Quiénes?

—Tú y yo.

—Cuándo.

—Ahora mismo.

—Está bastante lejos y el terreno es quebrado...

—Vamos, Oaxacay.

—¿Teneis empeño?

—Más que eso necesidad.

—Pues vamos.

Y sin participar á ninguno dónde iban, ni qué pensaban hacer, salieron ambos, dirigiéndose á buen paso hacia el cacicazgo de Balaco.

Sólo Luisa se había fijado en aquella repentina marcha, y subiendo á lo máe alto de su casa, observó la dirección que llevaban su padre y el joven general.

Adivinando lo que podía ser, se dijo:

—Mi padre no es tonto, y el otro es un sabio; pero una emboscada, una sorpresa, una casualidad... No, no... moriremos todos ó ninguno.

Y se precipitó escalera abajo.

Sigamos nosotros al cacique y á Osorio.

Primero por veredas, y luego á monte traviesa, anduvieron una hora embelesado Osorio con los panoramas que se presentaban á su vista; las ruidosas y espumeantes cascadas, los lindos arroyuelos que corrían formando inmensas fajas de plata, las aves de colores bellísimos; la variedad de árboles, plantas y flores todos espontáneos, y una naturaleza, en fin, vigorosa y primitiva, casi virgen, y tan exuberante, que encantaba.

Oaxacay miraba á Osorio y no se atrevía á distraerlo con preguntas que lo despertasen de su arrobamiento, pero llegaron á un sitio peligroso y le dijo:

—Señor, ¿quereis decirme qué os proponéis?

—Ver al enemigo y estudiar el paraje en que lo hemos de batir.

—¿Qué más?

—Vencer, evitando en lo posible el derramamiento de sangre.

—Lo primero te será fácil, los segundo muy difícil.

—Para que me ayude el previo conocimiento de ambas cosas venimos.

—En ese caso crucemos por este sitio que es algo peligroso, pero que nos acorta el camino y nos lleva á

sitio en que podrás ver al enemigo y el paraje en que se ha de encastillar. Cógete á mí.

—No, ve delante que yo llegaré donde tú.

Y cruzaron por el borde de una gran sima, sitio tan peligroso que hasta las cabras rehuían cruzar por él.

Pero ambos lo atravesaron, entrando luego en otro bosque donde ni les daba el sol ni aun veían el cielo. Allí se unían las copas y ramas de los árboles, formando un techo natural, prodigioso.

Por él anduvieron un cuarto de hora.

Se detuvo de pronto Oaxacay, diciendo:

—Hemos llegado, don Flaviano. A vuestros pies está el valle y población de Balaco; todo lo que compone ese cacicazgo lo podeis ver desde aquí. Asomaos.

Se hallaban á la orilla de un monte elevado, en la parte más alta y cuya vegetación descendía con él hasta llegar al valle de Balaco.

Oaxacay entrelazó varias ramas y por el pequeño hueco que quedó miraba ahora Osorio.

El monte en que se hallaban descendía hasta llegar al valle, que era la mitad más pequeño que el de Oaxacay. Sólo había una casa de madera que habitaban el cacique y su familia. Las demás eran chozas más ó menos grandes y no se conocía industria alguna ni la tierra se labraba. Los habitantes de aquel valle vivían de la caza, de la pesca y del producto silvestre de la naturaleza.

No tenían religión alguna ni otra ley que la despótica voluntad del cacique.

Osorio, al estudiar con la vista el terreno, hacía preguntas á Oaxacay, y de este modo completaba su estudio.

Tenía un contingente el valle de tres mil guerreros entre muy jóvenes y entrados en edad, lo cual representaba una población de siete á ocho mil personas.

En este momento trabajaban hombres y mujeres, viejos y muchachos en fortalecer el valle con piedras, árboles y juncos, formando parapetos en todo el valle y su circuito.

El cacique y sus cinco hijos corrían de un lado para otro dando órdenes, vigilando y dictando medidas.

Todo esto lo observó Flaviano con su vista primero y más tarde con el anteojo que llévaba.

Empleó una hora y cerca de media en reconocer, ayudado por la óptica, todos los montes que rodeaban el valle.

Cuando hubo terminado, exclamó:

—¡Cuánta madera emplean esos desgraciados! Sin comprenderlo agrandan su sepultura. Regresemos, Oaxacay, que ya sé lo bastante para arrancar ese cacicazgo de este valle y trasplantarlo en el tuyo.

—Como de vos es la idea.

Y emprendieron el regreso.

Flaviano enmudeció de nuevo, ensimismándose como tenía de costumbre cuando bullía en su mente algún plan difícil. Oaxacay le hizo varias preguntas á las cuales contestaba Flaviano con monosílabos. Lo dejó en consecuencia entregado á sus pensamientos,

pero viéndolo tan preocupado lo dirigió por sitio distinto del que fueron, por el temor de que al joven general le sucediese algo grave en los bordes de la sima yendo tan preocupado.

Esto dió lugar á un accidente casual que puso en peligro sus vidas.

Iban ladeando un monte menos poblado que los anteriores cuando se hallaron frente á frente de diez indios feroces. Eran tres hermanos de Balaco y siete hijos de estos, jefes todos en el cacicazgo que acababan de abandonar los otros.

—¡Son terribles enemigos, señor,—exclamó Oaxacay,—y estamos perdidos!

Nada le contestó Flaviano. Se contrajo á ponerse delante del cacique, demostrando indiferencia. Le empujó, sí, para darle á entender que quería ir delante y que no se opusiera.

Seguían un sendero muy estrecho, por el que no podían andar dos en ala, y á la izquierda descendía el monte de una manera rápida y peligrosa para el que se cayera.

Los indios habían reconocido á Oaxacay que iba acompañado de un español y quedaron parados al verlos comunicarse entre sí.

Luego blandiendo unas lanzas cortas que llevaban, se dispusieron á matar á Oaxacay y á Flaviano. Este siguió adelante sin alterar su paso.

De pronto dió uno de los indios un grito espantoso y corrió lanza en ristre para atravesar á Osorio.

Nuestro joven lo dejó llegar á cinco pasos de él en

cuyo instante se detuvo, y con una de sus pistolas le metió una bala en el cráneo.

El indio rodó monte abajo cadáver. Sus compañeros y el mismo Oaxacay que desconocían las pistolas, miraron en torno, buscando con la vista el arcabuz que había muerto al indio, produciendo el estallido consiguiente.

La primera determinación de aquellos fué echarse atrás, mas era inaudita su fiereza, y no distinguiendo á nadie más que á los dos que antes vieron, avanzaron dos, uno tras otro, levantando las lanzas y gritando.

Llegaron á cinco pasos y uno tras otro cayeron monte abajo con heridas mortales en la cabeza.

Los siete restantes corrieron hacia atrás dando alaridos.

Flaviano siguió frío, sereno, sin alterar su paso, y casi con indiferencia.

Oaxacay lo miraba ahora maravillado, confuso, aturdido.

—Parece que mata con el aliento,—se decía sin reparar en las pistolas de Osorio ni comprender la causa de herir de aquella manera.

Después de correr hacia atrás cien varas los indios, se detuvieron, hablaron, y puestos de acuerdo, ardiendo de ira, despecho y corage, como la fiera que huele la sangre, corrieron uno tras de otro, con las lanzas en alto, dando rugidos y con más fiereza que entendimiento.

Osorio se detuvo conociendo su intención, diciendo á Oaxacay:

—Atrás, cacique, cuatro varas lo menos de mí.

Aquél le obedeció en los momentos que Osorio exclamaba:

—Acabemos.

Ocho tiros llevaba Osorio en sus dos pares de pistolas, descargó las cuatro y ocho indios cayeron monte abajo con los cráneos deshechos.

El pánico fué grande para los dos que quedaban con vida, y claro es que Flaviano lo aprovechó.

Guardadas las pistolas vacías y con el acero desnudo atravesó á uno el corazón y á otro el brazo derecho.

Cayó en tierra cadáver el primero de estos dos y el otro sin lanza, inútil y sufriendo dolores profundos, huyó de allí dando alaridos que los montes repetían.

Osorio no dió tiempo á los dos últimos para que salieran del asombro que les produjo ver rodar á sus compañeros de una manera instantánea uno tras otro sin intervalo alguno.

Ligero como el rayo tocó con su espada en el corazón del uno y echándose á fondo atravesó el brazo derecho del otro.

Con calma luego, sacó su fino pañuelo de batista con la corona ducal bordada en oro, limpió detenida y cuidadosamente su espada y lo arrojó sobre el cadáver que tenía á sus piés.

Oaxacay lo cogió y doblándolo de manera que la sangre quedase oculta, lo besó guardándolo en uno de sus bolsillos.

—¿Por qué pudiendo matar al último lo has herido solamente, señor?—le preguntó el cacique.

Flaviano sonrió y mirándole con afecto, le dijo:

—Ese lleva la noticia; ese imprime el pánico entre los suyos y mañana tendreis menos que hacer.

—¡Es verdad! ¡De los diez uno solo; los diez más valientes del valle!

—¡Nueve muertos y un semicadáver!—exclamó Flaviano como hablando consigo mismo;—¡diez víctimas! ¡Si el príncipe de Italia lo hubiera visto! Pero debía ser así; la civilización y la cultura fueron de Egipto á Africa, con la guerra, es decir, con la muerte; Grecia las llevó á infinitos estados con la muerte; Italia al mundo entero con la muerte, los califas de Córdoba á España con la muerte, y España á la India con la muerte. Dios lo dispuso así y ha de cumplirse su ley. Feliz yo que soy el instrumento de esa sabía ley. Príncipe de Italia, bien muertos están esos salvajes; por esa puerta entrará la cultura y civilización en esta tierra virgen; pero aún es pequeña, mañana la abriré mayor para que entren á borbotones, como ha salido la sangre de esos desgraciados.

—No os comprendo, señor,—le dijo Oaxacay.—¿Qué quereis decir?

Osorio le miró, una dulce sonrisa brilló en sus labios, replicándole:

—Hoy no puedes comprenderme, Oaxacay; pero yo dejaré en estos valles un germen que os facilitará la fácil comprensión. Vámonos.

Al abandonar aquellos sitios de muerte oyeron un aplauso y varios vivas al héroe; alzaron la cabeza y vieron en la cima del monte que ladeaban á Luisa, á

Godínez, á los cuatro Ros, cinco criados y á todos los parientes de la primera, armados de arcabuz. Todos presenciaron la escena anterior y con sus arcabuces preparados apuntaban á los indios sin ser vistos por los unos ni por los otros. Obedecían á Godínez, éste conocía bien á Osorio, sabía que llevaba cuatro pistolas de á dos cañones cada una, y no dió la voz de fuego porque no juzgó en peligro á su general; supuso desde luego que con este bastaba para los diez y no quiso interrumpirle.

—¡Insensatos! ¿á qué habeis venido?—les preguntó Osorio, añadiendo:—Retiraos y que no os vuelva á ver hasta entrar en la morada de Oaxacay.

—Perdónalos, señor, el interés...—exclamó el cacique, pero Osorio sin hacer caso de sus frases, le dijo:

—Vamos al valle por sitio que desconozcan esos imprudentes. Ve delante.

Pronto dejaron la ladera del monte y se perdieron en un bosque de árboles expontáneos, por algunos de cuyos parajes no había pisado planta humana.

Flaviano volvió á ensimismarse y ni aún en la admirable vejetación que podía ver reparaba.

El pensamiento que bullía en su cerebro absorbía todo su ser, andaba como un autómata y más que hombre era en aquél momento un conjunto de luminosas ideas que debían producir grandes resultados.

Oaxacay no le perdía de vista un solo instante. Lo miraba como una maravilla de la creación; como un modelo de esos que la Providencia manda á la tierra para ejemplo vivo de lo que debe ser el hombre.

Al entrar en el valle volvió en sí Flaviano. Estaba anocheciendo y preguntó al cacique:

—¿Cuánto hemos andado?

—Más de tres leguas.

—¿Se puede ir por camino más corto?

—Más corto, no; mejor, sí.

—¿Habrán llegado ya á tu casa los que hallamos en el monte?

—Si fueron deprisa, como supongo, ahora estarán llegando.

—Saldremos para el valle de Balaco al ser de día y llevaremos alimentación para hacer dos comidas en el monte.

—Es costumbre, señor, que las mujeres y los muchachos la lleven desde sus casas al campamento.

—Si ellas se encargan que lo hagan; es una costumbre que no hay motivo ahora para que sufra alteración.

Y continuaron hablando hasta penetrar en la casa de Oaxacay.

Luisa y cuantos le acompañaron estaban allí. Osorio los miró, pero nada les dijo.

Despues se sentó en un sillón de palma. Luisa se acercó con algo de timidez y sentándose á sus piés en un pequeño taburete, le preguntó:

—Señor, ¿estás incomodado conmigo?

—No, Luisa,—y le dió un beso en la frente.

—No culpes á nadie; yo fuí la autora; yo los levanté de cascos para que me siguieran. Hice bien, señor, no estoy arrepentida; si en vez de diez hubieran sido ciento...

—Unos hubieran muerto, Luisa, y otros huirían espantados.

—Vienes á demostrar que tú solo, señor, eres un ejército. ¿Lo niegas ahora?

—¡Un ejército! Un mísero mortal para el cual basta la picadura de uno de los más pequeños reptiles de esos millares que andan por vuestros bosques.

—¿Los has visto?

—Sí.

—Pero ya sabes que Dios misericordioso, junto al mal pone el bien y hay aquí planta que cura en el acto la mordedura de esos dañinos animalitos.

—También lo sé.

—Luego no está tu preciosa vida tan á merced de los reptiles. Eres un ejército como ya dije, y matas hasta con el aliento.

—Con el aliento de la inteligencia.

—Con ese y con el otro.

—Calla, ignorante.

—Sí, muy ignorante si contigo ó con el señor príncipe me comparas, todo lo contrario en relación con los demás.

—Debes ser más modesta.

—No; tú hablas mal, tú solo te equivocas cuando apareciendo modesto no te presentas verídico. Por lo cual no te imito en eso; porque la verdad es antes que todo.

—Yo creo siempre lo que digo, y no es falta de verdad lo que aparece sino de convencimiento de lo que dicen de mí.

—Yo no puedo, señor, cuestionar contigo porque tienes mucho más talento.

—Pues cállate.

—Tampoco puedo. Me gusta mucho hablar contigo.

—Pues habla. Las mujeres sois difíciles de contentar.

—¿Qué va á suceder mañana?

—Casi nada.

—¿Eso dices, eeñor?

—Y no miento.

—¿Tú sabes todo lo que mañana va á suceder?

—Sí.

—¿Adivinas?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Previéndolo.

—¿Quién te enseñó á prever?

—El estudio y la meditación.

—Y tu talento. ¡Fatal talento que mata y destruye á su antojo!

—Es verdad, pero á la vez enseña, civiliza y luego hace la ventura de los pueblos. He traido la muerte aquí, Luisa, pero al perder de vista estos valles dejaré una savia que honrarán los siglos con sus aplausos. La civilización, hija mía, viene ligada con la muerte.

—¿Por qué?

—Porque Dios lo dispuso.

—¿Y siempre será lo mismo?

—No; llegará día en que venga adornada con la paz y la prosperidad de las naciones.

—¿Por qué ahora no?

—Porque los pueblos son muy ignorantes y hay que imponerles lo que más le conviene.

Continuaron hablando, muchos otros oyendo, cenaron después y á las diez tados buscaron el descaneo.

Les dejaremos descansar seis horas.

CAPITULO XXXIX.

Al amanecer.—La marcha.—Sorpresa sin consecuencias.—Empieza la pelea.—Peripecias.

Osorio esperó media hora sentado sobre su cama y cuando juzgó que todos dormían, abrió dos ventanas que tenía su alcoba, una al Norte y otra al Occidente, y observó algunos minutos cuanto alcanzaba su vista.

Vió los centinelas que el cacique había colocado en el monte para que evitaran una sorpresa, cerró las maderas que había abierto y se acostó diciendo:

—A lo más que se atreverá Balaco es á defenderse en su valle, pero aun cuando la ignorancia y ferocidad le trajesen á este paraje, se halla el monte bien vigilado y no es posible una sorpresa. Puedo dormir cinco ó seis horas tranquilamente por si mañana no lo hago una sola.

Y se quedó profundamente dormido.

Cuando iba á amanecer le despertó el ruido de instrumentos guerreros que llamaban al combate.

Pronto lo vistieron sus criados con una armadura ligera y fuerte, de baqueta, que lo encerraba por completo entre jacerina ó su equivalente.

Cuando bajó, ya le esperaban todos los que él había llevado y Oaxacay que se adelantó para decirle:

—Señor, todo está dispuesto para la marcha, y solo esperamos vuestras órdenes.

—¿Van las teas?

—Sí, señor.

—¿En gran cantidad?

—Llevamos más de la que podamos necesitar.

—¿Tienes elegidos cien tiradores?

—Los mejores que tengo; manejan la flecha admirablemente y ponen la saeta en el punto en que fijan la vista.

—Esos irán de descubierta. En cuanto vean un indio de los de Balaco le disparan. No pretendo sorprender al enemigo para atacarle, sólo para que la sorpresa le impida estorbar la colocación de las fuerzas.

—Comprendo, y lo harán.

—Que partan, y vuelve.

Oaxacay ilustró á sus cien tiradores y regresó, diciendo á Flaviano:

—Ya han partido, señor.

—Muy bien; delante vas tú con tus hijos. Seguirán mis cien arcabuceros, después nosotros, y en pos toda la gente de guerra. Podemos partir, que los tiradores pronto nos cojerán la delantera necesaria, puesto que

están prácticos en vencer las dificultades del terreno.

Y rompieron la marcha en la forma que mandó Osorio.

Luisa iba al lado de su padre.

Todos caminaban á pie; no era posible caballerías en el terreno que debían andar.

Por mandato terminante del joven general, ninguno hablaba, pero aparecían en sus rostros una confianza grande y hasta la satisfacción del que defiende una causa justa.

En efecto, el cacicazgo de Balaco se hallaba en el estado primitivo, y formaba ya la deshonra de aquella parte oriental.

En estos momentos amanecía, y los primeros albores de la mañana teñían aquellos bosques virgenes, de colores tan diversos como poéticos.

Las aves con sus distintos y vistosos plumajes abandonaban sus nidos y volaban en tropel en busca del alimento cuotidiano.

Las flores abrían su caliz embalsamando la atmósfera con su fragancia.

Y una brisa fresca y juguetona llevaba al rostro el perfume que robaba, con un beso que parecía prestar fuerza y alegría á la existencia humana.

Ante espectáculo tan sublime se olvidó Flaviano por un momento de la guerra, y en estos instantes se decía:

—¡Qué naturaleza tan prodigiosa! Todo en ella convida á vivir; esos variados colores que forman los crepúsculos con los montes, los árboles, las plantas y las

flores; esos cánticos de las aves más bellas del mundo; el plañidero y eterno murmullo del agua en ríos, cascadas y arroyos; el ambiente suave, fresco y odorífero; todo lleva á la vida, en tanto que yo conduzco á la muerte á millares de infelices. Pero esa naturaleza incomparable lleva á una vida intelectual, á una vida de sentimientos elevados, de pensamientos profundos, de ideas que brotan de la religión, de la poesía, del entendimiento ilustrado y en estas montañas no ha entrado todavía el rayo explendente de la civilización. Este llegó á todas partes entre el fragor de las batallas, el estruendo de las guerras y el doliente quejido de la mísera humanidad. ¿Será llegado el momento que penetre en ellas el rayo de ese sol naciente? ¿No estoy yo aquí? Pues si yo he llegado y traigo conmigo la civilización aquí está ella y pronto debe empezar á brillar.

Mil varas antes de llegar al valle de Balaco estaban formados los tiradores de flecha que salieron de descubierta. Osorio los interrogó, sabiendo por ellos que no habían visto un solo indio de Balaco.

Acto contínuo dió el joven general varias órdenes que fueron cumpliéndose con exactitud. Oaxacay y todos los jefes indios se multiplicaban, y corriendo de un lado para otro, fué el ejército avanzando y colocándose donde había dispuesto Osorio.

Dejémosles que tomen posiciones y sorprendan al enemigo con su presencia, y sepamos por qué éste anda tan descuidado.

Trabajando se hallaban en la formación de sus parapetos, cuando llegó el sobrino de Balaco vertiendo

sangre por la herida que Flaviano le hizo en el brazo derecho y dando alaridos por los crueles dolores que sentía. Refirió lo que acababa de acontecer, corrió la noticia como chispa eléctrica y todos dejaron de trabajar para comentar el hecho.

Se recogieron los cadáveres, y al verlos y considerar que un solo español había muerto á nueve y dejado fuera de combate al décimo, único que quedaba, entró el desaliento y hasta la pavura.

Muchos familiares hicieron objeciones á Balaco, censuraron su temeridad, pero todo fué inútil; dijo que había jurado vencer ó morir y que cumpliría su palabra.

La idea de Osorio de dejar uno vivo para que extendiera el desaliento entre los de Balaco se cumplía.

Pasaron el resto de la tarde cuestionando y llegada la noche quedaron sin acabar las obras de defensa, y en el peor estado moral los combatientes.

Hasta tuvieron la desgracia de que el herido, por efecto de la mucha sangre que había perdido y por el abandono en que lo dejaron, se le gangrenó la herida en muy pocas horas y murió maldiciendo á su tío y á todos sus primos.

Entre las sombras de la noche todos se fueron retirando á sus chozas sin hacer nada más ni acordar cosa alguna.

Aquella pobre gente no se daba razón de nada por estar más cerca del salvajismo que de la civilización, pero instintivamente comprendía que la resistencia que opusiera á Oaxacay, unido á los españoles, no podía

dar otro resultado que el de sucumbir, pereciendo muchos de ellos.

Durmieron aquella noche los más valientes, y al salir el sol fueron llamados con instrumentos guerreros todos los que podían empuñar un arma.

No tenían un solo arcabuz ni otra cosa que flechas mal construídas y lanzas ó palos con grosera moharra en el extremo superior. Los jefes usaban además puñales adquiridos en tiempo de paz en Veracruz á cambio de caza y de frutas.

Reunidos en el centro del valle los tres mil hombres próximamente, que era el máximo de la fuerza de que disponía Balaco, les habló éste para excitarlos á la pelea, cuando se oyó un grito desgarrador, imponente por lo dolorido y lastimero.

Eran las mujeres que vieron coronadas las cimas de sus montes por soldados indígenas y españoles.

Más perezosos este día que ningún otro tardaron en reunirse, cuando fueron llamados por los instrumentos de guerra, dando lugar con esa tardanza á que el enemigo tomara todas las alturas y las dos únicas entradas y salidas que tenia el valle. Este había quedado encerrado en un círculo de hierro.

Cogían á Balaco sin darle tiempo para haber concluído sus fortificaciones y con la fuerza moral quebrantada.

No era eso sólo; los contrarios que veía á tiro de ballesta se hallaban forrados de baqueta y los que no tenían armadura se hallaban situados á una distáncia que ni la saeta ni el bodoque podía hacerles daña.

Estos hombres, en vez del verdadero bodoque, tiraban chinas redondas recogidas á la orilla de los ríos.

Balaco se mordió los puños, gritando:

—Son muchos, pero ¡ay del que se acobarde! A vencer ó morir y sepa el que huya que lo mataré yo.

Lo que más impuso á esta gente fueron las bocas de arcabuz. Entre Osorio y Oaxacay reunían cuatrocientos cincuenta con los cuales bastaba para no dejar en seis horas un solo indio de este valle con vida.

Uno de los montes que rodeaban aquel paraje, en una época en que se sintieron grandes temblores de tierra se abrió por su base, dejando una abertura y un hueco en el que cabían millares de personas. Las mujeres de los indios corrieron con todos sus hijos pequeños y con los ancianos á la inmensa cueva qae les ofrecía mucha más seguridad que sus míseros albergues.

Quedaron en consecuencia todas las cabañas vacías sin verse en ellas otra cosa que las hojas secas que les servían de lecho y objetos de madera despreciables para otros que no fueran ellos.

Como un loco corria de un lado para otro, seguido de sus cinco hijos Balaco, daba órdenes y contra órdenes, aumentando el pavor de los tímidos con su aturdimiento y coraje.

Trascurrieron dos horas continuando unos y otros en la misma actitud. Balaco no comprendía aquella calma, aquel retraso de un enemigo que tan fuerte se presentaba. Si él hubiera estado en lugar de Oaxacay, se

indudable que hubiera ya dado fin de cuantos en el valle había.

Desde abajo los veía en este momento almorzar grandes trozos de carne con pan de trigo, luego pescado y después fruta que las mujeres les iban llevando.

—¿Qué se proponen?—se preguntó, añadiendo:—Yo no puedo continuar así. Pronto los sacaré de esa indiferencia que tanto me mortifica.

Corrió y cuando hubo reunido los doscientos hombres más valientes, es decir, más salvajes de cuantos tenía, dispuso un ataque contra los que habían tomado una de las entradas del valle.

Los doscientos iban provistos de ballesta y lanza.

Se pusieron á tiro y descargaron, sin derribar uno sólo de los cincuenta soldados que estaban forrados de baqueta.

Casi á la vez se oyó una descarga de arcabuz. Treinta indios rodaron. De las cincuenta balas aprovecharon los soldados de Osorio más de la mitad.

Empujados los indios por su cacique tiraron las ballestas, y blandiendo las lanzas se precipitaron contra los soldados; pero estos se habían echado atrás y se encontraron con quinietas moharras de otros tantos súbditos de Oaxacay que en fila compacta ocuparon todo el ancho de la salida. Fué el equivalente á una muralla de hierro que mataba al que á ella llegaba.

Varios que quisieron romper la valla de moharras cayeron heridos en el corazón.

Los restantes huyeron dando espantosos gritos y

dejando cincuenta hombres tendidos sin haber logrado herir á un solo enemigo. Aquellos desgraciados acabaron de estender el pánico entre las filas de Balaco.

Fuera de sí el cacique, más salvaje que nunca, y casi dando rugidos, corrió con los suyos al lado opuesto. Tenían de frente otros cincuenta soldados: pero no veían los que se ocultaban detrás y á los costados cubiertos con los árboles.

Más de dos mil hombres le seguían ahora. Cuando estuvo á tiro de ballesta mandó disparar siendo obedecido, pero con tan mala puntería, que unida esta circunstancia á la fortaleza de las armaduras de baqueta, tampoco ahora lograron derribar un soldado.

Todos, imitando á su cacique, tiraron las ballestas y empuñaron la lanza siguiendo adelante.

Los paró una descarga de cincuenta arcabuces.

Volvieron á correr y les hicieron otra, cincuenta indios que estaban detrás de los soldados.

Insistieron y recibieron otra de un número igual de indios que estaban detrás de los anteriores.

Más de cien hombes habían perdido ahora sin lo grar acercarse al enemigo más de veinte varas.

De pronto desaparecieron los que manejaban arcabuz y en su lugar se presentaron dos mil entre soldados é indios armados con largas lanzas que formaron allí otra muralla más compacta y formidable que la anterior del lado opuesto.

Esta presentaba á la derecha á Osorio con Godínez y los cuatro Ros y á la izquierda á Oaxacay con ocho individuos de su familia.

Balaco gritó á los suyos y corrieron, pero al llegar á las lanzas contrarias morían sin poder romper aquel muro de acero, y como si esto fuese poco las pistolas de Osorio, de Godínez y de los Ros empezaron á matar jefes sin que en esta ocasión se desperdiciara una bala.

De pronto se abrió el centro de los lanceros que defendían la salida, y por el hueco aparecieron cincuenta arcabuces que descargaron con metralla á boca de jarro, haciendo una mortandad cruel.

Los de Balaco dieron un grito horripilante, volvieron la espalda, corriendo desaforadamente.

Habían dejado tendidos en tierra más de doscientos compañeros entre muertos y heridos.

Pronto apareció una bandera blanca, avanzó un sobrino de Oaxacay y dijo á los de Balaco que podían retirar sus muertos y heridos sin cuidado alguno en las dos horas de suspensión de hostilidades que les concedían.

Balaco se negó, pero los suyos teniendo entre los heridos parientes y jefes le obligaron, y dió la orden de retirar unos y otros.

Sepamos ahora como tenía dispuesta Osorio su fuerza.

Empezó por coronar las cimas de los montes, después de tomar las entradas del valle, para que todos los de Balaco vieran el número de soldados conque contaba.

Después hizo replegar las fuerzas de las alturas á la aproximación de las entradas repartiéndolas por mi-

tad, de modo es, que había cerca de dos mil quinientos hombres á cada lado.

Ambas mitades se comunicaban por un cordón de hombres que daba media vuelta al monte, para concluir en la parte opuesta, de donde empezaba.

De esta manera podía el joven general comunicar sus órdenes á la mitad de la fuerza que tenía enfrente en pocos minutos.

El, Godínez, los Ros, los criados, Oaxacay y sus parientes, se quedaron en la parte más ancha de las dos entradas del valle; era la que ofrecía más peligro de ser atacada.

No obstante haberse replegado las fuerzas en la forma que dejamos expuesta, no veían los del valle indio alguno de Oaxacay, ínterin no peleaban.

Cubrían las entradas los cien soldados forrados de baqueta, y todo el ejército de Oaxacay dividido en dos mitades, se hallaba á derecha é izquierda, bastante detrás de los marinos y entre los árboles.

Osorio, casi siempre entre los soldados, y avanzando algunas veces más que éstos, miraba de continuo con su anteojo cuanto pasaba en el valle, y la verdad es que lo que no podía distinguir, lo adivinaba.

Oaxacay, Godínez y todos los restantes jefes, obraban como autómatas; ninguno conocía el pensamiento de Flaviano, pero estaban maravillados de la precisión con que todo se hacía, y más aun de haber rechazado dos formidables ataques, en los que causaron al enemigo trescientas bajas, sin contar ellos con un solo herido.

Casi una Providencia veían ya en el novel general.

Y la verdad es que el plan de Flaviano se desarrollaba matemáticamente.

No se habían equivocado los que creyeron ver en su frente el genio de la guerra; pero no resultaba el héroe intrépido y avasallador, sino el genio frío, severo que dirigía la destrucción de su enemigo con una impunidad maravillosa.

—Es preciso matar,—se decía,—pero es más preciso aún que no mueran los que me obedecen.

Veremos cómo cumple su casi irrealizable propósito.

CAPITULO XL

La calma.—El anochecido —Lucha á muerte sin batalla.—A la vez el incendio.—Acabó la pelea.

Balaco pensó que al terminar las dos horas que Oaxacay le había concedido para retirar los heridos y cadáveres, sería atacado, y se preparó, no á vencer, que de esto no tenía esperanza, sino á morir matando. Pero trascurrieron, no la dos horas, sino tres, y vió con sorpresa que el enemigo comía tranquilamente, sin cuidarse para nada de su contrario.

Nada de lo que Balaco veía, era conocido por él; verdad es que lo mismo sucedía á Oaxacay y á Godínez; dar batallas y librar uno de los contendientes á todos los suyos de la muerte, y hasta de recibir heridas, era una cosa nunca vista, ni aun por los que se batieron anteriormente con los *Invencibles*.

Pero Balaco sólo veía en este casi milagro, una casualidad; si es que había reparado en ella.

Ni mandó enterrar los cadáveres ni prestar socorro á los heridos; el afortunado de éstos, que tenían un pariente ó un subordinado que le quería, halló qnien le curase, los restantes sufrían agudos dolores, sin que nadie se cuidase de ellos.

Había entre aquellos hombres más ferocidad que entendimiento y más estupidez que ferocidad.

Distaban muy pocos grados del mono.

Por esta causa, el bondadoso Flaviano los veía rodar por el suelo, con la indiferencia del que acepta un mal para producir un bien.

Balaco no comprendía en estos momentos otra cosa que la imperiosa necesidad que tenía de morir matando, pero no matando á cualquiera de sus contrarios, sino á Oaxacay; culpaba á éste de todo lo malo que le sucedía, y daba por la vida del recto cacique, la suya y la de sus cinco hijos.

Cuando vió que el enemigo no intentaba nada contra ellos, comprendiendo que su gente rehusaría todo nuevo ataque por parte suya, dejó la fuerza montada y rodeado de solo sus cinco hijos, se dirigió por entre los árboles hacia el sitio en que habían visto varias veces á Oaxacay.

Próximo al paraje donde el cacique estaba con Osorio acechaba la ocasión de caer sobre él con la ferocidad de la pantera.

La tarde fué lentamente transcurriendo; los de Oaxacay hablaban y hasta reían y cantaban sin hacer caso alguno del enemigo que tan cerca tenían; los de Balaco esperaban en el centro del valle el momento de ser

atecados y el de perecer. Balaco seguía acechando la ocasión de caer sobre Oaxacay y sólo Flaviano no cesaba de mirar con su anteojo, de lo cual deducirán nuestros lectores que nada de lo que ocurría en los dos campos se escapaba de su perspicaz mirada.

Poco antes de anochecer se notó en las filas de Osorio y Oaxacay bastante movimiento, pero luego quedaron todos quietos y nada más se oyó. Nadie cantaba ya, ni reía, ni hablaba.

Todos esperaban algo.

Los de Osorio y Oaxacay miraban al valle y aparecía en sus labios una mirada siniestra.

Los de Balaco dirigían la vista á sus enemigos con terror.

En la naturaleza había esa calma y silencio que parecen presagiar el cataclismo. Ni aun las hojas de los árboles se movían al soplo de la brisa más ligera, ni las aves daban señales de vida, ni los reptiles y las fieras abandonaban sus guaridas. Sepultado el sol en su ocaso, apareció el primer crepúsculo vespertino y en el mismo instante se oyó la clara y arrogante voz de un tenor privilegiado, que exclamó primero en castellano y luego en indio:

—¡Soldados del rey, llegó el momento! ¡Cúmplanse mis órdenes!

En el mismo instante se vió un gran resplandor y luego se precipitaron al valle en multitud de grupos cuantos habían seguido á Osorio y á Oaxacay.

Iban en la forma siguiente:

Delante de cada grupo diez arcabuceros; seguían

diez indios, llevando en una mano la lanza y en otra una gran tea encendida, y acababa el grupo con ochenta lanceros.

El ejército estaba dividido en cuarenta y cinco grupos iguales y marchaban en ala para en caso de ataque apoyarse mútuamente.

De este modo empezaron á incendiar todas las chozas y la casa de Balaco.

Empezaron por las primeras y continuaron avanzando en ala sin adelantarse unos á otros.

Esta terrible operación se estaba llevando á cabo con exactitud matemática. Iban en ella Godínez, los cinco criados y los cuatro Ros con las pistolas montadas y el acero dispuesto. Tanto interés tenía Osorio en este incendio, que había impuesto pena de vida al que vacilase, dudara ó retrocediera.

—Quiero,—les dijo,—borrar del mapa este valle; que no quede de él otra cosa que el recuerdo.

¿Qué hicieron los de Balaco?

Asombrados por el incendio, acobardados por lo que antes sucedió y no viendo por ninguna parte á Balaco, tiraron las armas y en alas del instinto de conservación se precipitaron todos en la inmensa cueva entre sus mujeres y niños poniendo á estos delante de ellos.

El incendio empezó y seguía sin dificultad ni oposición alguna.

Dejaron de tomar parte en él solamente el que lo había mandado llevar á cabo, es decir Flaviano de Osorio, Oaxacay y su hija Luisa.

Los tres quedaron solos en la entrada del valle por la parte que empezó el incendio.

En medio el joven general del cacique y de Luisa miraba como éste y su hija los progresos del incendio y la exactitud conque se llevaba á cabo sin poder imaginar que los tres estaban sitiados por la muerte.

La soledad en que habían quedado y hasta la hora, estaba anocheciendo, formaban la ocasión que andaba acechando Balaco hacía ya bastante tiempo.

Osorio no obstante se hallaba preocupado.

Unido á sus cinco hijos el cacique fueron los seis arrastrándose como la culebra hasta llegar á pocos pasos de Flaviano, Oaxacay y Luisa.

Iban perfectamente armados con lanza y puñal y les bastaban tres botes para matar á sus más crueles enemigos, dentro de perfecta impunidad, pues el ejército estaba ya distante de ellos, solo se cuidaban de incendiar y Balaco y sus hijos no solo podían matar á los tres sino que les era dable huir con toda libertad y sin inconveniente alguno.

Después tenían segura la huida.

Algo temía Flaviano, pues contra su costumbre sujetaba en las manos las dos únicas pistolas que ordinariamente usaba.

No se le ocurrió que en aquellos momentos pudieran matarle, pero su noble instinto y su fina penetración le aconsejaron que estuviese prevenido y realmente lo estaba.

Tenía á su derecha á Oaxacay y á su izquierda á Luisa.

De pronto oyó un grito que más parecía bramido de león que voz humana y casi á la vez dió Osorio dos golpes uno en el pecho al cacique y otro á Luisa en el hombro.

Tan fuertes fueron, que ambos cayeron al suelo desprevenidos como estaban. A le vez dió un salto atrás nuestro jóven dejando de este modo burlados tres botes de lanza horrendos, dirigidos por Balaco y sus dos hijos mayores.

La escena fué rápida, instantánea, casi milagrosa.

A Osorio pudo salvarle por el pronto su coraza, pero hubiera rodado al suelo, tenía el rostro deacubierto y un hijo de Balaco se lo hubiera machacado con su lanza.

En cuanto á Oaxacay y Luisa, muertos hubieran quedado con el primer bote de lanza.

Al dar Osorio los dos terribles golpes á sus amigos gritó:

—No os movais.

Á la vez metía cuatro balas una detrás de otra en los cráneos de Balaco y sus tres hijos mayores.

Tiró al suelo las pistolas, volvió á saltar, y sacando el acero atravesó á otro hijo de Balaco.

El quinto dió un salto parecido al de la pantera y huyó con la rapidez de la exhalación.

Flaviano limpió con calma su acero, cuando lo estuvo tiró el pañuelo ensangrentado y exclamó:

—Levantaos, si podeis.

—Me habeis lastimado, señor,—le dijo el cacique levantándose.

—A mí me ha deshecho este hombro, padre mío.—añadió Luisa poniéndose en pié.

—¡Cinco cadáveres!—continuó Oaxacay,—Balaco y cuatro de sus hijos.

—Que os hubieran muerto á los dos sin los golpes que yo os dí,—dijo Flaviano,—¿Os duelen todavía?

—¡Ah, señor, los dos os debemos la vida!

—Padre,—dijo Luisa con tono solemne;—siguiendo la costumbre de nuestros abuelos, yo consagro mi existencia al general. Nos libró á los dos de perecer noble y generosamente. Mi vida le pertenece.

—Saya es, hija mía.

—Le seguiré donde vaya y seré su esclava.

—Lo que él quiera que seas, le perteneces.

Osorio parecía no oirlos; con su calma habitual metió cuatro cargas en sus pistolas y cuando hubo concluido se acercó á Luisa, diciéndole:

—¿Te he lastimado mucho?

—Bastante. Parece imposible que una mano tan fina tenga tanta fuerza.

—Al caer; ¿donde te hiciste daño?

—En la cabeza principalmente; creí perder el sentido. Eres el único hombre que me ha pegado.

—Bien á pesar mío.

Y le dió un beso en la frente. Después se volvió hacia el cacique, preguntándole:

—¿Te duele el pecho?

—¿Quién piensa en eso? Veis esos cinco cadáveres, las lanzas que aun oprimen sus manos, con ellas debieron ser atravesados los corazones de mi hija y el mío.

¡Oh, nos habeis salvado la vida, vengando á la vez la más inicua de las traiciones!

—Hoy, amigos míos, soy el ángel del mal, perdonadme; mañana seré el del bien; desde mañana derramaré la ventura en este país. ¡Ay, Oaxacay, el bien de los pueblos entra constantemente por la puer ta del mal! La vida inteligente y culta llega sienpre precedida de la muerte. Hoy todo es sangre y exterminio, pronto vendrá la hora de la paz y de la civilización. Mira como arden esas viviendas, cómo el fuego destruye las moradas de millares de seres humanos; esta noche ni aun cama en que acostarse tendrán, ni aun esperanzas de conservar la vida. ¡Qué cambio van á sufrir. ¡Qué metamórfosis tan completa!

Y les volvió la espalda para contemplar el cuadro aterrador que tenia ante sus ojos.

Mil columnas de humo se elevaban silenciosas y potentes, alumbradas por llamas que destruían el trabajo de millares de seres. Todas las plantas y arbustos secos ardían también, el fuego se propagaba y cerca de cinco mil personas corrían por el valle sin que se oyera una voz, un grito, ni otro ruido que el producido por el fuego devastador.

Oaxacay y su hija apartaron la vista con horror de aquel espectáculo grandioso á la vez que aterrador.

Osorio, por el contrario, fija su vista en el imponente cuadro, meditaba en las consecuencias que aquello debía tener.

A las tres horas los guerreros todos habían concluído su terrible misión, volviendo á quedar como al

principio, la mitad guardando una de las salidas del valle y la otra mitad la de enfrente.

—¿Qué es esto?—preguntó Godínez viendo los cadáveres de Balaco y sus cuatro hijos.

—Nos sorprendieron á los tres,—le contestó Luisa, —y quisieron asesinarnos.

—A mi general no le sorprende nadie.

—Es verdad.

—Los habrá muerto con el aliento.

—Con las pistolas y la espada.

—Es igual; él mata de todas maneras. Soldados,—gritó,—estos cadáveres al fuego; que ardan como los otros.

—¿Qué has hecho con los heridos?—le preguntó Flaviano.

—Los llevaron á la cueva y se hicieron cargo de ellos las mujeres.

—¿Y los hombres?

—Supongo que estarán en el fondo de asa inmensa abertura. No hemos visto á ninguno. El miedo los domina como yo no ví jamás.

—Tienen dos extremos antitéticos: ó demuestran el valor de la fiera ó la pavura del niño.

—Ahora están en el último.

—Así los quería yo, Godínez; harta sangre se ha derramado.

—De la de ellos, señor, de la nuestra ni una sola gota. ¿Sabeis lo que dicen de vos los indios de Oaxacay?

—Algún disparate.

—Dicen que no sois hombre.

—¿Pues qué dicen que soy?

—Para los vuestros un ángel, para el enemigo el mismo demonio.

—¿Y los soldados?

—Esos os llamaban antes el vencedor de los ciclones, ahora el dios de las batallas.

—Todos supersticiosos y fanáticos, es natural.

—¿Pero no lo es lo que vos haceis?

—¿También tú?

—Señor, por María Santísima, vos que siempre decís la verdad no negueis la evidencia.

—¿Me dejais en paz?

—Cuando estais siendo la admiración, el asombro...

—Godínez, veo que empiezan á llegar las mujeres con las cenas de sus padres, maridos ó hijos, da la orden de que ninguno cene hasta que yo avise.

Y subió á una altura, seguido únicamente de Luisa. Desde allí contempló los restos del incendio, que poco á poco fueron extinguiéndose por falta de combustible.

Se habían convertido en cenizas la casa de Balaco; todas las chozas y cuantas plantas y arbustos secos rodeaban á aquellos.

Los dos medios campamentos se alumbraban ahora con teas.

Osorio descendió, guiado por la luz de un farolito que llevaba Luisa. Unido á Godínez, se situó en medio de la fuerza que estaba en aquel lado, y dijo quedo á Godínez:

—Cuando yo acabe de hablar, atraviesas el valle y repites con entera exactitud todas mis frases para que los de allá hagan lo que voy á mandar hacer á los de aquí.

Y alzando después la voz, exclamó con toda su hermosa y extensa voz de tenor:

—Mejicanos y españoles, hermanos míos, concluyó el incendio, acabó la guerra, vino la paz y con ella la ventura. Es propio de nobles guerreros ser tan valientes en las batallas como generosos después de la victoria. Yo perdono á todos esos desgraciados que sepultados en las montañas de esos montes esconden su pavura y lloran su desdicha; los perdono, repito, y por el pronto les mando toda mi cena. Ofrecedles vosotros la mitad de la vuestra, dadles la noticia del perdón y consoladlos. Han pasado el día batiéndose y están en ayunas. A nobles mejicanos y españoles no debo decir más; cenad primero, y luego el que quiera que lleve su mitad á la cueva.

Los marinos contestaron á las frases de Osorio con un hurra que repitieron los montes, los indios con un ¡Dios lo bendiga! seguido de las siguientes frases:

—Nadie cena esta noche; todo para los desgraciados; el que quiera comer, en los árboles tiene fruta.

No tardaron en llevar la cena á los de la cueva; para que estos no temiesen, iban con las viandas sus mujeres, á las cuales precedió Oaxacay, que les ofreció el perdón en nombre del rey y del general.

Aquellos infelices no comían, devoraban lo que les iban llevando, y tal fué la confianza que les inspiraron

las frases del cacique, que hasta los más tímidos salieron fuera de la cueva para cenar.

Por las mujeres supieron que todos por consejo del general habían cedido sus cenas para que ellos comiesen, quedándose sin nada desde Flaviano hasta el último sirviente.

A la media noche todo había concluído, y los indios de Balaco dormían debajo los árboles fuera de la cueva. En ésta solo quedaron las mujeres y los niños.

Flaviano hablaba con Godínez, los Ros y Oaxacay; los soldados comían frutas, y Luisa había desaparecido con seis de los criados.

CAPÍTULO XLI

La paz.—Hasta las fieras son agradecidas.—Retirada.—Recibimiento.—Otra vez el cacicazgo de Oaxacay.

Poco después llegó Luisa con sus criados, llevando multitud de frutas. La joven mandó que se las presentaran á Osorio, preguntándole:

—¿Te gustan, comerás algunas?

—Buena idea, Luisa; tengo sed y beberé el agua de un coco, comiendo media piña.

Ella apartó una piña grande y los dos cocos mayores y mandó á los criados diesen todos los demás á su padre, Godínez y restantes españoles é individuos de su familia.

Con su puñal abrió un coco y dió las dos mitades á Osorio, bebiendo ella el agua del otro.

Después ofreció media piña y ella comió la otra media.

A la una, unos dormían, otros paseaban y Flavia-

no daba instrucciones á Oaxacay para lo que debía hacer al siguiente día.

Luego se sentó por primera vez en aquel día nuestro joven, en un ribazo, sobre varias hojas que había colocado Luisa.

—¿Vas á dormir?—le preguntó la joven.

—No.

—¿Estás cansado?

—No.

—Pues si tú velas yo duermo.

Puso á los piés del joven otro asiento de hojas que le llevaron sus criados, se sentó en ellas y luego apoyó la mitad de su hermosa frente en la parte inferior, casi en la rodilla de Flaviano. Este la miró con afecto, exclamando para sí:

—¡Qué inocente; qué alma tan candorosa!

Y añadió fuerte:

—Así no, Luisa, que te vas á lastimar con la baqueta. Toma, une ese pañuelo al tuyo, que á mí no me queda más que ese, y ponlos bien doblados debajo de la frente.

—Gracias.

Y Luisa lo hizo así, quedando dormida á los pocos minutos.

A ninguno extrañó este acto; todos sabían ya que Julio y Flaviano eran refractarios á toda clase de vicios. Comprendieron una gran verdad, que el que piensa dominar á los demás debe dominarse así propio y ambos lo hacían, empezando por rechazar toda idea liviana.

Entregado á profunda meditación, esperó Osorio en aquella postura la llegada del primer crepúsculo matutino.

Luego despertó á Luisa y hallando cerca de allí á Oaxacay y á Godínez, les dijo:

—Vamos á levantar el campo y á regresar. Que preparen todas las angarillas que hemos traido para llevar en ellas á los heridos y enfermos de ese valle. Que den luego los primeros toques de alerta y seguidamente que me sigan los de las angarillas.

Estas órdenes fueron en el acto ejecutadas.

Osorio se quitó el casco y la espada, tiró las pistolas y daga junto al primero, y exclamó:

—Que sólo me sigan los de las angarillas.

Y se dirigió al valle llevando á su lado á Luisa que no obedeció la orden ni el joven quiso rechazarla, y seguido de los angarilleros.

Acababa de amanecer cuando llegó á la cueva donde estaban los hijos de aquel valle, y ya en medio de ellos les dijo:

—Desde este valle os vais á trasladar al de Oaxacay. Os he quitado un cacique fiero, bárbaro y cruel y os voy á dar otro humano, caritativo y el mejor de Méjico. Se os darán casas y chozas, alimento bueno y cuanto necesiteis. El que sea trabajador tendrá mucho, el holgazan poco. Vais á tener religión y lo que hace falta al hombre, porque en este día dejais todos de ser salvajes. Nada temais, ved mi ejemplo, teniendo tantos que me defiendan los dejé lejos y enmedio de vosotros estoy indefenso, ya lo veis. Hijos, seguidme todos; os

arranco en nombre del rey del mal, para llevaros al bien. ¡Viva el rey de España y de Méjico!

—¡Viva! ¡Viva el general!—le contestaron.

—Angarilleros, llevad con cuidado á todos los enfermos y heridos. Seguidme todos al valle de Oaxacay.

Y echó delante sin que uno solo dejase de obedecerle.

Luisa los miraba y sonreía con ellos, demostrándoles que nada debían de temer.

Flaviano les había hablado en su idioma y sus frases ejercieron sobre aquellos cafres tal influencia, que le seguian hasta satisfechos.

Salieron del valle, Oaxacay los recibió con dulzura, se hizo cargo de todos y emprendieron la retirada.

Delante iba Osorio, Godínez, Luisa, Ros, detrás los criados, después los cien soldados españoles, seguían los del valle de Balaco, y detrás todos los de Oaxacay con éste á la cabeza.

Cerca de tres horas tardaron en llegar. A la entrada salieron á recibir los sacerdotes y un millar de mujeres á Flaviano.

Los primeros colmaron de elogios á Osorio, elogios que él oía con disgusto, contestándoles al concluir:

—Ministros del altar, yo he concluido; ahora os toca á vosotros. Si lo hice bien, si he sabido cumplir con mis deberes imitadme.

Y continuó adelante dejando que todas las mujeres besasen su mano, según cruzaba por medio de ellas.

Al fin entró en la casa de Oaxacay y se vió libre de cota de malla y de baqueta.

Con un ligero traje de seda que le habían llevado á prevención, almorzó con Luisa y Godínez.

Quisieron que durmiera tres ó cuatro horas, y lejos de acceder, se fué al valle, para ver como colocaban y trataban á los de Balaco.

Nada tuvo que reprender, Oaxacay y los que á éste secundaban, cumplían sus órdenes admirablemente.

No destinaron una parte del valle para los recien llegados, los mezclaban con los otros, les hacían trabajar, los enseñaban, y desde el siguiente día comenzaron á construir casas y chozas.

Vinieron después todos los misioneros que había en Veracruz, y por orden de Osorio empezaron á enseñarles la religión católica y el idioma español.

Al principio les costaba trabajo las faenas materiales y morales á que los dedicaban, pero pronto se fueron acostumbrando y acabaron por igualarse á los de Oaxacay, contribuyendo bastante sus mujeres é hijos con sus consejos y más fácil comprensión.

El cacicazgo de Oaxacay, contaba ya veinte mil personas, y hasta se podía imponer á los tres vecinos.

Al llegar Osorio entre aquellos montes la civilización había convertido en dueño y señor de ellos á Oaxacay, que en verdad lo merecía por su mayor ilustración y su modo de obrar.

En este día recorrió Flaviano todo el valle, entró en algunas casas y chozas, dió varios consejos al cacique, volviendo á las dos para comer.

Cuando hubo terminado, le dijo Luisa:

—Duerme un poco, señor, que debes estar rendido.

—Aun debo escribir hoy, pero es tanto, que no tendré tiempo suficiente. Lo haré mañana, y dos dias después partiré. Lo que me resta hacer aquí es lo más importante. Luisa, haz que lleven ese sillón á la derecha de tu casa, enmedio de esa floresta, quiero respirar la deliciosa atmósfera que hay en ella, y si me quedase dormido tú me depertarás.

—Excelente idea, señor. Al instante.

Y ella misma colocó un silloncito de junco y palma, con brazos y respaldo bajo, en el centro de la floresta.

—Esto es delicioso,—le dijo Flaviano sentándose.

—Sí, es lo mejor del valle.

—¡Qué variedad tan infinita de árboles, arbustos, plantas y flores!

—Tienes razón, señor.

—Me rodean plátanos arancasias, tulíperos, pacazcos, paraísos, supindos, enebros y alisos. En arbustos y plantas, la variedad es mucho mayor, y en flores veo desde la gardenia hasta el jazmín más pequeño. ¡Ah, esto es maravilloso!

—¿No lo teneis en España?

—Aquella naturaleza es distinta; aquellos climas no pueden producir estos encantos.

—Como me he criado aquí nada de esto me llama la atención.

—¿Qué es lo que más te gusta, Luisa?

—Montar á caballo, correr, ver campos, montes, poblaciones, grandes señores, imitarlos y á ser posible cruzar el mundo de un extremo á otro.

—¿No has tenido nunca amores?

—No.

—¿Por qué?

—Jamás he pensado en eso. La vida del matrimonio sujeta, aprisiona y yo la rechazo por instinto. Ahora menos que nunca, porque estando libre puedo velar por tí y seguirte á todas partes, y teniendo marido, no.

—Yo marcharé muy pronto y no volverás á verme.

—¡Qué locura! Los dos partiremos cuando tú quieras y te veré todos los días y te serviré á todas las horas.

—Ni tu padre puede consentir eso, ni yo. Eres hija de un cacique, dueño y señor de estas tierras, y no puedes ni debes servir á nadie, Luisa.

—Mi padre lo desea porque es tuya mi vida desde anoche que nos libraste de morir á él y á mi, yo lo quiero y tu voluntad no tiene ahora fuerza.

—¿Mi voluntad no?

—Ninguna. Sino me quieres llevar, te seguiré yo y aun cuando vaya pidiendo limosna iré donde tú.

—¿Y el día que me embarque y no te permitan entrar allí?

—Veré partir el barco y al perderlo de vista me arrojaré al mar y habré dejado de existir. De ese modo te seguiré mientras viva.

Osorio miró asombrado á Luisa, notando con admiración que estaba resuelta á hacer lo que decía.

—Supongamos,—le dijo,—que yo puedo y quiero llevarte; ¿qué dirán de tí y de mí la maledicencia?

—Nada, que soy tu esclava y que sigo á mi señor.

—No; dirá que eres mi manceba.

Luisa contestó con una carcajada á Osorio. Luego le dijo:

—¿Y cuando me vean servir de rodillas á tu esposa, á tu amada Alice, no se avergonzarán de habernos calumniado? ¡Yo manceba de un hombre que puede aspirar á la mano de una reina y puede tener de mancebas á las duquesas! Ni me harían ese favor, ni á tí tal ofensa.

—¡Pero qué bien discurres, montañesa de los traspalmerales!

—Por eso quiero seguirte, porque yo sólo puedo estar á tu lado, aun cuando sea de esclava.

—De esclava, no; eso jamás.

—¿Por qué si yo me avengo?

—Porque la esclavitud es la infamia.

—Pues entonces de paje, de lacayo, de camarera de tu esposa cuando la tengas...

—Basta. Si has de ser feliz de esa manera, te llevo de paje.

—¡Qué talento tienes! Era mi ilusión, el sueño de mi vida.

—Pues lo vas á conseguir siempre que seas honrada.

Otra carcajada contestó á las palabras de Osorio.

—¿Por qué ríes así?

—Sólo honrada puedo estar al lado de un hombre tan grande como tú, quiero ser honrada porque hasta mi naturaleza me lo impone y no hay en el mundo hombre capaz de deshonrarme.

—Te llevaré.

—¿Iremos á la capital de Méjico?

—Sí.

—¿A todo Méjico?

—Probablemente á todo.

—¿Y á Europa?

—Sí.

—¿Y veré mundo, mucho mundo?

—Sí.

—¿Y me embarcaré?

—Sí.

—¿Y te veré vencer esos ciclones que devastan los paises y destruyen los navíos?

—Sí.

—Señor, te pertenecía mi vida, porque salvaste la de mi padre y la mía; ahora te pertenece por eso y por que me vas á hacer la mujer más feliz de la tierra.

—Olvida esa frase para siempre; te haré el paje más dichoso del mundo. ¿Es eso?

—Eso es.

—¿Y cuando tengas que correr á caballo cien leguas?

—Donde llegue otro, llegaré yo; acaso vaya delante.

—¿Y cuando en medio de los mares estalle la tormenta, rujan los aquilones, bramen las olas y se abran las cataratas del cielo?

—¡Qué grandioso debe ser eso! en calma como ahora, parece muerta la naturaleza; en esos cataclismos está viva y es cuando puede y debe admirarse.

—¿Qué harás en Europa?

—Ante todo servirte como criado, como lacayo y gozarme en servirte.

—Luisa, eres un sér extraordinario; dicen que yo también lo soy, y de venirte conmigo quiero elevarte lo más cerca de mí, porque si extraordinario soy yo, también tú lo eres. Vas á ser mi amigo, mi compañero. Se me cierran los ojos. ¡Ah pobre materia humana flaca y débil como todas! Como...

Y quedó dormido.

CAPITULO XLII

—

El sueño.—La muerte disfrazada de indio.—La estrangulación.—Una india de oro.

Luisa estaba sentada en un pequeño taburete de palma, vió dormido á Osorio y apoyó su cabeza sobre el muslo de aquél.

Amaba ya á Flaviano tanto ó más que á su padre, sin que aquella naturaleza virgen y poderosa sintiera por el joven nada liviano ni indigno de la más casta doncella.

Era, como había dicho Flaviano un sér extraordinario, un sér privilegiado por muchos conceptos.

Al lado de Osorio debía crecerse hasta llegar á lo admirable.

Las frases de Flaviano, su aquiescencia en llevarla de paje, la habían hecho la mujer más feliz de la tierra, pero tenía esta tarde un presentimiento, sentía un mal estar que no se explicaba.

—No estoy satisfecha,—se decia,—mi corazón me indica algo que yo no adivino, que no puedo comprender. ¿Supondrá que ese héroe? Suya soy, todo en mí le pertenece, pero es incapaz... Delirios; él lo ha dicho voy á ser su paje, su amigo y nada más. Es decir, algo más, el centinela que vela día y noche por su vida y que lo defiende hasta perecer. Pero este malestar que siento; esta zozobra... Algo va á ocurrir y como no puedo adivinar me concreto á estar alerta, muy alerta.

Y levantó la cabeza, miró en torno, fijándose luego en el rostro de Flaviano.

—¡Qué hermoso es y qué rostro tan varonil! Ese hombre debe arrebatar á las que se enamoran, á las que buscan en un compañero el brillo de que ellas carecen.

Y quedó mirándole y pensando en el mérito del héroe.

Llegó el anochecido y fué á despertarlo, pero le pareció haber sentido un roce cerca de ellos, y miró.

—Nada,—se dijo,—me he equivocado, y no lo despierto hasta que llegue la noche. Por fuerte que sea su martirio, debe haber quedado rendido.

Y volvió á recostarse sobre el muslo de Osorio.

Otra vez levantó la cabeza añadiendo:

—Creo haber percibido el mismo roce; pero nada veo; algun ave, y hasta puede ser un reptil que ande entre las plantas.

Y volvió á recostarse, pero atenta al nuevo roce que pudiera sentir.

Su presentimiento no la engañaba: la vida de Oso-

rio y aun la suya pendía en estos momentos de un solo instante de desgracia.

En tal instante aparecía el héroe sentenciado á muerte; se hallaba profundamente dormido, y Luisa, casi confiada en que nada ocurría, en que ningún peligro les amenazaba.

Hé ahí la razón que nosotros hemos tenido siempre para ser fatalistas. Por una casualidad que jamás nos explicamos, salva su vida, cuando debía perecer. Y por otra casualidad perece el sér humano de mil maneras distintas, por una bala dirigida á otro, por un envenenamiento inconsciente; por un rayo, por mil cosas que matan á unos y á otros respetan, sin que nunca nos demos cuenta de la causa.

Una casualidad, decimos, nunca ó rara vez, el destino, la sentencia divina, el último grano de arena del reloj de la existencia humana.

¿Estaba decretada la muerte de Osorio? Pues morirá antes de cinco minutos. ¿No lo está? Entonces puede dormir tranquilo, que no hay en lo humano poder que le arranque la vida.

Sepamos lo que dice el decreto.

Otra vez el oido fino y seguro de Luisa volvió á sentir el roce, más cerca y más marcado. Tan cerca y tan marcado fué, que se puso en pie de un salto, llevando su mano al mango de oro del puñal que le regaló Flaviano.

En el mismo instante, una cuerda con nudo escurridizo se rodeó en la garganta del héroe. En el extremo llevaba un pedacito de hierro.

Aquel lazo estaba echada por mano hábil y diestra.

Después de enroscada la garganta era suficiente un pequeño esfuerzo para estrangular á Flaviano. Lo difícil, lo principal estaba conseguido.

Un ignorante de lo que eran esos lazos echados por mano diestra deja matar á Osorio, porque para recoger la cuerda sobrante y tirar, bastaba un segundo, y el que había echado aquel lazo tenía fuerza bastante para estrangular á un toro.

Pero Luisa no era europea y conocía perfectamente lo que eran aquellos lazos. Así es que, en vez de fijarse en el lazo ó en la cuerda, cogió esta con suma rapidez y mientras con la mano izquierda tiraba en sentido contrario que el estrangulador, con la derecha la cortó su puñal que tenia felizmente al aire.

Rápida como una exhalación corrió seis varas que la separaban del estrangulador, el cual al sentir rota la cuerda se volvió para coger la lanza que dejó apoyada en el árbol que antes le había ocultado.

Nuestra india llegó á él en los momentos que se volvía, es decir, en el instante que le ponía inconscientemente el costado izquierdo por el cual deslizó ella su puñal hasta llegar al corazón.

Cayó muerto á los pies de Luisa sin poder pronunciar una sola frase.

La india limpió el acero como había visto hacer á Osorio, tiró el pañuelo y se volvió hallándose frente á frente de Osorio. Este despertó al sentir la cuerda en su garganta, se la quitó, y comprendiendo lo que acontecía corrió en defensa de Luisa, llegando en el instan-

te que aquella tocaba con su puñal el corazón del indio.

Nada pudo hacer Flaviano en favor de la una ni del otro. Cuando llegó era tarde para todo.

La escena anterior fué rápida, instantánea, duró menos tiempo del que hemos tardado nosotros en describirla.

—¿Qué has hecho, Luisa?—le preguntó Osorio, con la frente plegada de arrugas y la mirada sombría.

—Ya lo ves,—le contestó con rudeza.

—¿Lo has muerto?

—Sí, clavé mi puñal en su corazón.

—¿Por qué le has muerto tú? ¿Por qué has manchado tus manos femeniles con la sangre de un hombre?

—Te estaba asesinando y era el quinto hijo de Balaco, el peor de aquella raza maldita, el que un día osó enamorarme, el que, si hoy no, otro día te hubiera asesinado.

—¿Pero no dice nada á tu conciencia ese cadáver?

—Sí, mucho. Me dice, que ha empezado mi carrera de paje salvando la vida de mi señor; me dice que he asegurado la gran obra de civilización implantada por tí entre estas montañas, matando al único que podía sublevar un cacicazgo que ya pertenece á la historia. Y me dice, por último, que es una gran honra para mí empezar mi carrera de paje de esa manera.

—¿Qué hacía cuando le clavaste el puñal?

—Coger la lanza para asesinarnos.

—Yo le hubiera muerto.

—¿Con qué armas? porque te has venido sin ninguna.

Flaviano tuvo que callar; su nuevo paje estaba demostrando un talento maravilloso.

Imposible le parecía hallar entre aquellos montes una mujer tan extraordinaria.

Ella le miró sonriendo y á la vez preguntó:

—¿Los grandes señores se rebajan ó humillan besando la frente de uno de sus pajes?

Osorio estampó un beso en la frente de Luisa, diciéndola:

—Te dije, y ahí tienes la prueba, que bastaba un reptil de los muchos que hay en esta tierra para apagar mi vida.

—Y yo te contesté, que la misericordia divina pone el bien donde está el mal para que aquél cure el daño que haga éste. Y ahí tienes la prueba. Esa materia era antes de morir tu mal, yo he sido tu bien, puesto por Dios en el camino de tu vida. ¡Ah, como presentía este acontecimiento!

—Y yo. Por eso no quería dormir.

—Por eso recostada sobre tu rodilla no consentí que me dominara el sueño que llegó á mí.

—¿Por qué me quedaría yo dormido?

—Porque bastaba con que yo velase; porque era necesario que yo librara á este país de ese malvado, capaz de descomponer tu gran obra, y despierto tú nada hubiera intentado, seguiría viviendo y su lanza infame y su influencia entre los millares de seres que vas á regenerar...

La joven fué interrumpida por la voz de su padre y la de sus hermanos que llegaban gritando:

—¡Don Flaviano, Luisa!

Al verlos, respiró Oaxacay brillando en su rostro la alegría. Llegaba fatigado, casi sin aliento y sus hijos llevaban desnudos los puñales.

—¿Qué acontece?—le preguntó Osorio sorprendido.

—Señor, acababan de decirme que han visto al quinto hijo de Balaco, al peor de todos, dirigirse hacia mi casa, queriendo ocultarse con los árboles.

—No te han engañado, Oaxacay.

—Señor, viene á asesinarnos á sublevar á los que obedecian á su padre.

—Sí; por lo menos á lo primero.

—No os dejaré solo un momento.

—Gracias, cacique, pero es tarde.

—¿Tarde, señor?

—Sí; logró ese malvado, aprovechando mi sueño, echarme un lazo...

—Pero vos.

—Yo no pude hacer nada; dormía.

—¿Quién os libró de morir, señor?

—Tu hija con su puñal. Hé ahí el cadáver de ese desgraciado.

—¡E! es!—gritó Oaxacay con júbilo.—¡Mi hija!—añadió con placer.—¡Bendito sea Dios! Luisa, hija mía.

Y el padre y los hermanos la estrecharon con ternura, besándola repetidas veces.

—Hija,—decía el padre sin soltarla de entre sus brazos.—Has salvado la vida de nuestro señor, de nuestro padre, de la Providencia que Dios en su incomparable

misericordia mandó á este país. Y nos ha librado de una guerra en la que hubieran perecido millares de séres. ¡Qué encanto, qué dicha tener una hija como tú!

Luisa se desprendió de los brazos de su padre, y mirando con gran interés á Osorio, le preguntó:

—¿Qué dices ahora, señor?

—Que no debiste matar, como casta y pura doncella á Balaco; que tus manos no han debido mancharse nunca con sangre humana. Bien cortada estuvo la cuerda, demostraste un valor y serenidad admirables, dignos del mayor elogio; bien hiciste en sacar el puñal, pero de tu mano debió pasar á la mía para que fuese yo el que le clavara.

—Pero si no te hubiera dado tiempo.

—Eso lo decís, señor, porque sois muy bueno,—la contestó Oaxacay,—porque sois el mejor de los hombres; pero mi hija debió matar á ese villano; fué ella en esa ocasión el sublime instrumento de la Providencia. Vos lo sois siempre, permitid que mi amada hija lo sea alguna vez. No seais tan ambicioso de muerte, que si ella mató hoy, si os salvó la vida, antes vos nos salvásteis á todos y cuanto somos y hemos de ser os lo debemos. Vuestra es, señor; nuestras leyes os la dan y todos nosotros la aplaudimos, y si os pertenece algo os toca de lo que ella hizo.

Por única contestación estrechó Osorio la mano del cacique, besó otra vez la frente de la joven y se dirigió con ella á la casa, diciendo á los otros:

—Disponed el entierro de ese cadáver.

Pronto corrió la voz por el valle y por la casa de

Oaxacay de lo que había realizado Luisa y no hubo una sola persona que no corriera á felicitarla.

Godínez, los Ros y restantes españoles la colmaron de elogios que ya oía con gusto Osorio. Desde este día empezaba á ver nuestro joven en la bella montañesa una hija querida, cuya honra y vida se creía obligado á defender como cosa propia.

¡Ay del desgraciado que en adelante osara ofender á su nuevo paje!

Ella amaba á Osorio, más si cabe que á su padre, según hemos dicho ya, y era tan grande la admiración que sentía por él, que lo juzgaba un Dios en la tierra. Con su fino talento le agradecía, con sobrada razón, sus reprensiones por haber muerto á un hombre. En lo sucesivo debía bastarle el que Luisa hiciera algo, fuese lo que quisiera, para que á él le pareciese bien pensado, perfectamente llevado á cabo.

Cosa rara y casi increible para la inmensa mayoría de los séres humanos; jóvenes los dos, bellos y con sangre ardiente y poderosa ella y no sentían nada sensual, nada que á la materia se refiriese ni ella por él, ni él por ella.

Y era que en ambos ejercía el espíritu una influencia absoluta, dominadora, potente sobre la materia.

Cuando hubieron concluido de cenar, dijo Osorio á Oaxacay.

—No puedo partir ni mañana ni al siguiente día.

—Me dais, señor, la mejor de las noticias.

—Necesito un hombre qúe esté bien enterado de lo

que aqui aconteció, que monte bien y que pueda hablar con el príncipe.

—Mi hijo Julián, señor.

—¿Se parece á su hermana?

—En todo, hasta en la fisonomía.

—Que no vaya solo.

—Le acompañarán cuatro criados.

—Que estén dispuestos para mañana á las cuatro de la tarde.

—¿Qué más, señor?

—Nada más.

Luego llamó Flaviano á Mariano Ros, y le dijo:

—Deja esta noche sobre la mesa de mi habitación papel, tintero y plumas. Pasaremos el día trabajando.

—¿A quién le pido?...

—Al cacique ó á su hija.

—A ella. ¡Qué mujer, señor, qué mujer!

Nada le contestó Osorio.

Una hora más tarde todos dormían.

Poco después de amanecer empezó á dictar Osorio á Ros prosiguiendo así hasta que lo llamaron para almorzar, continuó después hasta las tres y media que mandó comer á Ros, y él se quedó escribiendo la siguientes carta:

»Mi querido Julio: He terminado mi obra entre estas montañas y he quedado satisfecho.

El dador te enterará de todo lo que desees saber.

Creo justas las recompensas que hallarás adjuntas; si las estimas como yo, que las extiendan en papel correspondiente, las firmas en nombre de tu primo el

rey que representas, y devuélvemelas con el dador. Tardaré en regresar lo que en recibir tu contestación.

Impaciente por abrazarte se despide de tí tu hermano.—*Flaviano.*

Unido este escrito á varios manuscritos, los cerró y lacró, llamando.

—Soy Julián Oaxacay, señor,—le dijo, entrando un joven que era un retrato de Luisa—y espero vuestras órdenes.

—Me complace que seas tú Julián. ¿Estás bien enterado de cuanto ha ocurrido aquí?

—Admirablemente, señor; lo que no he visto lo sé por mi padre y hermana Luisa.

—Muy bien. Vas al castillo, mandas en mi nombre que en el acto te lleven á la presencia del príncipe, al cual entregas este pliego. Te hará probablemente cien preguntas, á todas le contestas con la mayor exactitud. No exajeres.

—Imposible, señor; en lo que á vos se refiere no cabe exageración; lo exagerado, lo increible es lo que vos haceis.

—Mal principio, Julián; veo con pena que te pareces al hablar de mí á tu padre y hermana.

—Qué mayor honra, señor; pero os advierto que todos dicen lo mismo.

—En estos países tropicales se exagera mucho.

—Casi todos los marinos son catalanes. Los Ros madrileños...

—Bueno, hombre, no exajeres al hablar de mí al príncipe; más bien palidece...

—Señor, que vaya otro; yo no puedo hacer eso. ¿Quereis, vos, tan grande caballero, que yo mienta?

—Que mientas, no; palidecer no es mentir.

—Es desfigurar la verdad, señor.

—Haz lo que quieras. Toma y vete. Sois dos hermanos tercos como los aragoneses.

—Mandad que me maten, señor; por vos, ¿quién no muere con gusto? pero...

—Está bien, parte. ¡Mi pobre hermano va á oir cosas!...

—Las que habeis hecho nada más.

—Te espero impaciente.

—Dice mi padre que tarde lo más posible.

—En ese caso obedece á mi hermano, que es el rey en Méjico.

—Así lo haré, señor.

Julián fué reemplazado por su hermana, que le dijo:

—En todo el día me han dejado verte, señor ¡qué fastidio!

—¿Por qué no te dejaron?

—Todos los habitantes del valle vinieron en tandas.

—¿Qué deseaban?

—Felicitarme por lo de ayer.

—¿Pero qué haces?

—Voy á servirte la comida.

—¿Tú? no lo consiento.

—Qué remedio tienes. Todo me lo suben. Ya lo ves. Come.

—Siéntate ahí en frente. Obedece.

—Cuando hayas concluído.

—¿Manda el señor ó el paje?

—El señor, pero es tan bondadoso que no quita á sus criados los honestos y lícitos gustos que tienen.

—Haz lo que te dé la gana. Cuidado si son tercos los Oaxacay.

—Come y calla.

Osorio sonreia viendo lo bien que la joven le servía, estando acostumbrada á que siempre la sirvieran.

El resto de la tarde empleó Osorio en dictar á Ros, no acabando hasta las nueve de la noche.

Cenaron, y al terminar dijo Flaviano á Luisa:

—He terminado todos mis quehaceres, y mañana, suponiendo que tu hermano vendrá tarde...

—No lo esperes mañana. Le ha mandado mi padre que mañana no venga.

—Pero el príncipe le mandará que vuele y tiene que obedecerle.

—Bueno. Mañana de venir será muy tarde; sigue.

—Te dedico el día.

—¿A mí?

—¿Te extraña?

—Me enloquece. ¿Y qué vamos á hacer?

—Primero visitar el valle y examinar lo que en él se hace. En esto emplearemos la mañana; comeremos á la una y hasta la hora de cenar recorreremos los bosques, las campiñas, todo lo notable en vejetación que haya hasta dos ó tres leguas de aquí. ¿Te cansarán?

—No; ni por el doble, ni por el triple. ¿Vamos solos?

—Me es igual.

—Entonces solos.

Poco después buscaron el descanso de la noche.

Luisa se creía ya la mujer más feliz del mundo.

Verdad es que su existencia junto á un hombre tan grande, valiente y caballero como Flaviano podía halagar al más poderoso de la tierra.

CAPITULO XLIII

El último reconocimiento.—Un paseo por la tierra virgen.—La culebra más grande que existe.—Los jaguares.

Bien temprano se dirigieron Osorio y la joven al valle. Habían empezado á construir más de doscientas casas y quinientas chozas.

Cada veinte indios de Balaco tenían dos de Oaxacay que les servían de maestros y les ayudaban á trabajar.

Unos labraban la piedra, otros la traían, otros las unían y diez y siete maestros dirigían las obras.

Los que no estaban dedicados á la construcción, trabajaban ó aprendían á trabajar en los variados talleres que habían ya establecidos en el valle.

Osorio les hablaba dándoles sabios consejos y algunas monedas que ellos cogían con avaricia.

Incorporado más tarde Oaxacay con Osorio, oyó de éste todas las reformas y mejoras que debían hacer-

se en pró de la vida material y moral de aquel pueblo. Después vieron á los sacerdotes y también escucharon éstos sanos consejos del general.

Flaviano ocupó desde las seis de la mañana hasta la una, siete horas que aprovechó cuanto era posible en bien de todos los habitantes de aquella gran población para lo despoblada que estaba entonces América.

Poco después de la una comieron, saliendo á las dos Osorio y Luisa para el monte.

Esta obligó al otro á que llevara pistolas y espada.

Aquel anduvo toda la mañana con solo la daga.

Ahora llevaba cuatro tiros y la espada al cinto.

Luisa lo llevó por los sitios más poéticos; en uno de ellos vió Flaviano más de quinientos loros y cotorras con tan hermoso plumaje que hubo de maravillarle.

—Ahora,—le dijo la joven,—te voy á sorprender con una maravilla de la naturaleza.

—La desconozco, Luisa, pero sé lo que es.

—Porque la oyes.

—Es verdad.

—Es una catarata sorprendente.

—¿Cuanto dista de aquí?

—Media legua.

—Excelente debe ser. Vamos á verla.

Y se encaminaron hacia el sitio donde el ruido se sentía.

Según avanzaban aumentaba aquel hasta que tanto se aproximaron que no se entendían, llegando á ensordecer.

Pronto se encontraron con una cordillera de montañas bastante grande.

Por entre ellas caía á un río que allí se formaba, una enorme cantidad de agua que saltaba más de cien varas para descender cuatrocientas. En el salto formaba una blanquecina espuma que al llegar al lecho corría hirviente por el ruido y con pasmosa velocidad.

No podían hablar los jovenes, no era posible que se oyeran.

Sus rostros fueron salpicados de agua y hasta sus trajes. La rugiente espuma llegaba á gran distancia y el aire se encargaba de llevar más lejos aún las moléculas que se escapaban del centro.

La fuerza con que aquel agua caía y el estrépito que se formaba eran indescriptibles.

Flaviano cogió un pedazo de tronco de un árbol que se había secado, lo echaron al lecho del torrente y desapareció en el instante, deshecho, puede que pulverizado.

Todavía Osorio se colocó detrás de un arbusto para librar su traje y pistolas de aquella menudísima lluvia y continuó un cuarto de hora contemplando aquel fenómeno.

Hizo luego seña á Luisa y dejaron la catarata, subiendo á buen paso para alejarse de aquel espantoso ruido y poder hablar. Logrado esto, preguntó la joven á Osorio.

—¿Qué te ha parecido?

—¿La catarata?

—Sí.

—Que es en efecto una maravilla de la naturaleza; pero no tiene vida.

—No te comprendo.

—La terrible fuerza del agua ha tirado ya una parte del monte que le estorbaba el paso; tiene quebrantada mayor cantidad, y el día que la arranque, el cual está proximo, se convertirá en cascada, porque el agua no tendrá salida.

La joven se detuvo diciendo á Osorio:

—Aquí, en este mismo paraje, debió morir el malvado que maté ayer.

—¿Te ofendió?

—Sí.

—Refiéreme el hecho.

—Me vió varias veces el menor de los Balaco y me habló de amores. Siempre lo traté con tal dureza que hasta mis hermanos me reprendieron en una ocasión porque en público, delante de su padre y de toda mi familia, lo traté como merecía un bárbaro salvaje. Por entonces tuve yo un sueño y de él me quedaron recuerdos tan claros y terminantes, que no podía dudar de que era una predicción que más pronto ó más tarde había de cumplirse.

—¿Qué dices?

—No te admires; de muy pocos sueños tuve el mismo claro recuerdo y todos fueron predicciones, porque todos se han realizado.

—¿También el último?

—También.

—Refiéremelo.

—Soñé que se había presentado en estas montañas un guerrero que vencía á cuantos se oponían á sus designios. Se hizo amigo de mi padre, le dió nobleza, mucho oro y á mí me llevó con él. Juntos, y con cariño fraternal salimos de aquí, y durmiendo estaba cuando sus enemigos quisieron asesinarle. Yo di gritos, le defendí, y desde entonces empezamos á recorrer un mundo que me era desconocido. Pasó mucho tiempo, y el guerrero no parecía; mi sueño no se realizaba. No sé por qué, me entró una melancolía que me abrumaba, una tristeza que consumía mi espíritu. Quise hallar distracción cerca de esa catarata que dejamos atrás, pero no lo conseguí. Me acompañaba mi hermano menor, que aun no había cumplido catorce años, y cuando él se cansó de ver la maravilla, emprendimos la retirada por este mismo sitio. Al llegar aquí me encontré con Balaco, que me esperaba armado de lanza y puñal y me mandó seguirle.—Si te acercas á mí, te atravieso el pecho con mi daga,—le dije.—Y la desenvainé para hacerlo. Quiso amedrentarme con su lanza, no lo consiguió, y cogiéndome una mano, me arrastró. En el mismo instante, alcé la hoja de acero é iba á clavársela en el corazón, cuando mi hermano, que se había provisto de una gruesa rama, le dió un golpe tan fuerte en la cabeza que cayó desplomado. Tres más le repitió, y si yo no lo quito, lo mata. Allí quedó tendido, sin conocimiento y bañado en sangre.

—Todo eso y más merecía. ¿Y luego?

—Tardó un mes en curar, y no volví á verle hasta ayer.

—¿Y el guerrero?

—Llegó tres meses después.

—Es la primer noticia que tengo de esa clase de predicciones.

—¿Dudas de mis frases?

—No; pero son tan extrañas, que constituyen un fenómeno moral.

—Todos los ensueños de que he recordado el asunto se han realizado.

—¿Con exactitud?

—Sí, con exactitud relativa.

—¿Has tenido muchos?

—Cinco.

—¿Todos agradables?

—No; uno me anunció la muerte de mi madre.

—¿Has soñado algún mal, y por efecto de la predicción pudiste evitarlo?

—Sí; una vez.

—No ocultes ninguno de esos sueños, que pudieras tener en adelante.

—Lo haré.

—¿Después de soñar con el guerrero, tuviste algún otro?...

—No, ese fué el último.

—¿Seguimos?

—Sí.

—¿Dónde me llevas?

—Al paraje de estas montañas, en que hay una profusión de flores espontáneas. Las hay muy hermosas.

—Luisa, queda mucha tarde; vamos á un bosque

virgen; donde seamos nosotros los primeros que pisaron su suelo.

—Hay uno, el de las tuyas, pero es peligroso entrar en él.

—¿Por qué?

—Lleva ese nombre por estar poblado de tuyas corpulentas, las mayores que se conocen y entre sus troncos y enramadas se esconden el jaguar y las culebras boas. Hay además otras fieras y muchos reptiles.

—¿Les tienes miedo?

—Yo llego donde tú, pero no quiero llevarte donde puedes morir.

—¿Lo has visto tú?

—Sí, estaba á la entrada con mis hermanos y varios criados; pero no pasamos adelante, porque nadie lo hace.

—Lleguemos á la entrada.

Y se dirigieron al bosque de los tuyas que no distaba mucho de allí.

Era un monte raro, extenso, lleno de rocas escarpadas y tan poblado de jigantescas tuyas, que en una gran parte de él no podían penetrar los rayos del sol.

—Avancemos un poco, Luisa,—dijo Osorio.

—Señor, que peligra tu vida.

—No; de no haber muerto ayer, no es posible que me maten hoy.

—Ayer sólo nos sitió una fiera, hoy pueden ser ciento.

Osorio iba delante y Luisa le seguía aconsejándole se retirara sin que aquél la hiciera caso.

A doscientas varas de haberse internado en el bosque, le gritó Luisa:

—Detente.—Y lo cogió por un brazo, añadiendo:—Una boa tremenda, colosal.

—Es verdad,—dijo Flaviano deteniéndose:—tiene de quince a veinte pies de largo y un grueso formidable. Repara, Luisa; tiene hambre y atrae á los pájaros con el aliento.

—Sí, por eso levanta tanto la cabeza; mira, se los traga con pluma. ¡Qué barbaridad! Ese animal es ahora muy temible; cuando están hartos no se mueven; pero hambrientos, pueden más que una fiera, porque su fuerza es superior.

—Este animal sólo vino al mundo á hacer daño. Espera.

—Por Dios...

—No temas, que no me acerco más.

Y montando Osorio una pistola, le metió una bala en la cabeza.

La tremenda culebra dió un resoplido, que llegó á Flaviano y á Luisa. Esta gritó:

—Ese tiro nos ha salvado; corramos. Vé, señor, los jaguares que nos tenían cortada la retirada, cómo huyen por allí.

—Es verdad.

—Otro tiro, señor, y corramos.

—Otro para la culebra que viene hacia aquí.

Descargó el otro cañón, dando al enorme animal y parándolo.

—¡Vamos, por vuestro padre!...

—Vamos; pero sin correr, que esto es grandioso.

Luisa tiraba del brazo de Osorio con cuanta fuerza tenía, diciéndole á la vez:

—Contra el jaguar no hay defensa, señor, corramos. ¡Qué pesadez!

—No he aprendido á correr, Luisa.

—¡Esa fiera salta, trepa por los árboles, es astuta, traidora!...

—¡Qué nos importa!

—¿La vida no te importa?

—No.

—Ya no se ve nada... Sí, á la derecha. Por allí vienen los jaguares.

—Que se acerquen; por lo menos mato dos.

—¡Tira, que están ahí!

Osorio descargó los dos cañones de la otra pistola, derribando dos jaguares. Los restantes ya no huyeron, quedaron parados.

Tan fuertemente tiraba Luisa del brazo de Osorio, que le obligó, si no á correr, á caminar más de prisa.

Nuestro temerario joven guardó sus pistolas y tiró de la espada, pero en este momento salieron del bosque y las fieras no se atrevieron á seguirlos.

No obstante hallarse fuera de las tuyas todavía tiraba Luisa del brazo de Flaviano, obligándole á andar de prisa, que fué lo único que consiguió de él.

Cuando juzgó que ya no había peligro, lo soltó, y sin dejar de andar le dijo:

—Por tu causa han vertido mis ojos una lágrima.

—¿Por qué has llorado, Luisa?

—Porque te acercaste tanto á la boa, que estabas dentro de su irresistible atracción. Si no le das en la cabeza te mata. Yo te juzgué muerto.

—¿Y por eso has llorado?

—Por tí, sí. ¿No viste que desnudé mi puñal?

—¿Contra la boa ó los jaguares?

—No, contra esos no sirve un puñal, era contra mi corazón.

—¿Te ibas á matar?

—Sí, en cuanto te hubieran despedazado.

—¿No eran peores fieras que esas los hermanos y sobrinos de Balaco? ¿El mismo Balaco y sus cinco hijos? ¿Qué me hicieron, qué les hice yo? Me hicieron lo que las fieras de ese bosque y murieron como los dos jaguares y como morirá la boa con los dos balazos que le dí. Luisa, ó Dios defiende mi vida ó no; en el primer caso nada temo, nada debo temer, en el segundo desprecio la vida porque me la arrancará uno de tantos traidores y malvados como atentan contra ella.

—Yo no temo nada en medio de los hombres, pero entre esas fieras que dejamos atrás...

—Tampoco temes. Pero hoy te asustaron porque estaba yo allí.

—No lo niego.

—Como te asustarán los hombres cuando entre ellos veas peligrar mi vida.

—Es posible; pero nunca como esta tarde. Este caso, lo que nos acaba de suceder, estaba en el ensueño de mi guerrero.

—Nada de eso me dijiste.

—Antes no, ahora sí. Aquél tuvo sobre su cabeza una fiera con la garra á media vara de su cuello?

—¿Lo soñaste eso?

—Si, señor.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—¿Cómo se libró de ella?

—Al echarle la garra, se oyó un trueno, tembló el monte y el animal huyó asustado.

—Lo mismo me ha sucedido á mí.

—¿Qué dices?

—Cuando tiraba á la boa, ví un jaguar que subido al árbol en que yo me ocultaba de la culebra, alargó la garra que llegó á estar á un palmo de mi rostro. Salió el estampido, se oyó, tembló el monte y el jaguar desapareció.

—A ese no le ví.

—Ni yo hasta que su garra llegó cerca de mis ojos. Ambos mirábamos la boa. ¡Hermoso animal!

—¿Por qué hermoso?

—No lo hay mayor en el mundo.

—¡Terrible culebra!

—Ya no, esa y los dos juguares no pueden hacer daño alguno.

—Nadie ha llegado donde nosotros esta tarde.

—Era lo que deseaba.

—¡Pero á tanta costa!

—¿Qué has perdido?

—Una lágrima.

—Me la encontré yo y te la pagaré bien.

—Entonces nada he perdido. Entremos por aquí.

—¿Dónde vamos?

—Al bosque de las flores.

—Va á anochecer.

—Acortamos camino y esto es muy bello.

—Entremos.

El paraje donde ahora llegaban no estaba muy poblado, pero en cambio había una multiplicación de flores tan variada como infinita.

Su fragancia casi perturbaba y sus formas y colores variados no podían ser más bellos.

—Elije, señor, la flor más hermosa, te lo ruego.

—Aquella blanca que está á tu derecha. ¡Verás si tiene fragancia!

—Mucha, la conozco y en efecto no la hay más bella. Acércate, mírala bien. Verás qué hermosa; su blancura demuestra pureza, su olor presta aliento vital, su lozanía robustez y alarga la existencia. ¿Es eso?

—Sí, pero no comprendo...

—Sigue mirando.

—La veo.

—¿Y ahora qué ves?

—La has deshojado y sólo queda el tallo echado adelante y encorvado.

—La flor era la doncella; llegó el hombre, la tocó, se le cayeron las hojas y queda un tallo marchito, sin fragancia, sin belleza y encorvado por el peso de su terrible transformación.

—Un beso en tu frente, puro como ella, por el perfecto simil que acabas de expresar.

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

—¡Y quería ese bárbaro Balaco deshojar esta flor!

—Como bárbaro pretendía una barbaridad.

—¿Te gusta este pensil espontáneo?

—Sí.

—¿Nos retiramos ya?

—Vamos.

Y se dirigieron al valle á buen paso.

Cuando entraban en él vieron ir corriendo hacia ellos á Oaxacay, sus hijos, Godínez, los cuatro Ros y cinco criados, armados de arcabuz y en actitud guerrera.

Al reconocer á los jóvenes quedaron parados, cambiaando su actitud fiera y apenada por alegría y satisfacción completas.

Incorporados, preguntó Osorio á Oaxacay:

—¿Qué acontece, cacique?

—Ya nada, señor; pero creimos que os habían muerto á los dos.

—¿Quién?

—Las fieras de las tuyas.

—Pues ya veis que os han engañado. ¿Mas quién os dijo eso?

—Un vecino de este valle os vió entrar, pero supuso que no penetraríais en ese bosque, siendo así que mi hija lo conoce bien. Luego oyó tiros, dió por hecho que os habían atacado las fieras y corrió hacia aquí para enterarnos y para que bien armados viniésemos en vuestro socorro, según veis.

—¡Quince guerreros nada menos!

—Y los que venían detrás.

—¿Más aún?

—Los cien marinos.

—Pobres fieras tan inofensivas y tantos hombres contra ellas.

—¿Inofensivas decís?

—Claro es; los dos solos matamos dos jaguares y una boa de veinte piés de larga y ya veis que nada nos han hecho.

—¿Os internásteis mucho?

—No; un poco más de doscientas varas.

—¡Más de doscientas varas! Allí no llegó ningún nacido.

—Eso quería yo; estar donde nadie estuvo.

—Hija, ¿por qué le dejaste llegar allí?

—No pude hacerle desistir, padre mío. Oid:

Y la joven le refirió detalladamente toda la excursión sin omitir nada en absoluto. Cuando describía la aproximidad de los jóvenes á una boa hambrienta y la acumulación de los jaguares, que son fieras más temibles, todos los miraron con asombro.

Osorio cerró el cuadro aquél diciendo:

—Nada, eso nada supone; quería pisar un bosque virgen, un lugar en que no hubiera entrado planta humana, lo conseguí y todo quedó reducido á tres animales muertos y á la pérdida de cuatro cargas.

—¡Lo conseguísteis á tiros!

—Casi todo lo difícil se logra en el mundo así. Partamos.

A la puerta de la casa hallaron formados á los cien marinos que regresaron al ver á Flaviano y esperaban órdenes.

Dos horas después cenaban todos y á las diez dormían.

En esos instantes llegó el hijo de Oaxacay del castillo, pero no quiso despertar á Flaviano esperando al inmediato día para darle cuenta de su regreso.

CAPITULO XLIV

La revolución moral.—Merecidos ascensos.—Despedida.—Regreso al castillo.

Algo después de haber amanecido recibía Osorio á Julián Oaxacay, preguntándole:

—¿Cuándo has regresado?

—Anoche.

—¿Por qué no entraste á verme?

—Porque os hallábais dormido y no debí despertaros.

—¿Cómo está el príncipe?

—Muy bien de salud; mal, muy mal de impaciencia. Dice que si hoy no vais, viene él aquí mañana.

—Es muy capaz de hacerlo.

—Así lo aseguró.

—¿Te preguntó...?

—Todo, señor, dos veces le dije cuanto hicísteis y cuanto hicimos todos.

—Tardarías mucho en llegar.

—Sí, señor; á la ida cumplí el encargo de mi padre; á la vuelta las órdenes del príncipe.

—¿Qué te dió para mí?

—Este abultado pliego.

—Dámelo y dí á tu padre que suba.

—Hasta luego, señor.

Flaviano abrió el pliego, leyendo la siguiente carta que venía encima:

«Mi querido Flaviano: Que eres un hombre extraordinario ya lo sabía yo; por esta causa veo lógico y natural todo lo que has hecho: no me era posible esperar menos de tí: pero vente ya si has concluído; nosotros no podemos vivir separados, los días son ahora meses y la semana que va trascurrida un año. Te necesito; como hermano anhelo que vengas, como representante del rey te lo mando.

»No he visto nada de lo que concedes; lo mandé copiar en papel adecuado, lo firmé todo y te lo devuelvo. Tú no puedes cometer ninguna injusticia.

»Te espera con los brazos abiertos, tu hermano,—Julio.

»P. D. No dejes entre esas montañas á la mujer que salvó tu vida; juzgo que es un brillante capaz de lucir en Europa.»

Osorio levantó la cabeza, viendo en frente de él á Oaxacay y á su hija.

—Sentaos los dos,—les dijo.

—Señor, ¿delante de vos?

—Imita á tu hija, cacique; antes de mandárselo lo hizo.

—Señor, leí la intención en tu semblante.

—¿Y cuándo no la lees?

—Adivino el gusto, el deseo de mi señor.

—Toma, lee la postdata que te dedica el príncipe en esa carta. Y tú, Oaxacay, siéntate junto á mí y escucha.

—¿Pero señor, al lado de vos?

—Sí, ya puedes hacerlo. Obedece.

—Obedezco.

—Hasta tu hermano, ¿lo ves?—dijo Luisa devolviéndole la carta de Julio. Y añadió:—quiere que me lleves contigo y cree de tí lo qne todos creemos.

—Eso no lo dice la postdata.

—No, la carta.

—¿Toda la has leído?

—Toda; tus cosas me importan más que las mías.

—¡Luisa!—le dijo su padre reprendiéndola,

—Déjala, Oaxacay, ni tú ni yo podemos con ella. Oyeme: aquí tienes un título de nobleza que has ganado por tu valor y lealtad. Aquí una orden suprimiendo los cinco cacicazgos contrarios á la ley. Aquí tu nombramiento de alcalde mayor de los cuatro cacicazgos suprimidos. Aquí te autiriza el rey para que formes un tercio, del que serás jefe; el gobernador de Veracruz te dará las armas suficientes y tus soldados serán pagados por España. Tus facultades son omnímodas en esta comarca; inspírate en la justicia y que Dios te premie el bien que hagas á sus hijos. Estos nombramientos son para tus hijos; todos son ya capitanes; los restantes oficiales los nombras tú. Aquí hallarás las

leyes que debes cumplir y hacer cumplir. Aquí un sistema de gobierno que lentamente y de una manera fácil llevarás á la civilización y cultura los cuatro pueblos que vas á fundar. Aquí un sistema de edificación poco costoso, nada difícil y con él cambiarás las chozas de cafres por casas de hombres. Aquí la manera de montar escuelas dirigido por padres misioneros. Aquí un sistema religioso que impondrás y con el que falte á la ley no transijas; la justicia se templa con la bondad en el pobre, en el ignorante. en el digno de compasión, pero no en el rico ni el poderoso. Tienes cuanto puede hacerte falta para gobernar bien y hacer la felicidad de millares de familias, que Dios te premie si lo haces ó te lo tome en cuenta si faltas.

Oaxacay leyó todos aquellos escritos, exclamando al concluir:

—¡Qué admirable trabajo, señor! Cuando de palabra me indicábais lo que debía hacer me juzgué débil, impotente para realizar una obra tan elevada y difícil; ahora me juzgo capaz, ahora os respondo de todo. Vuestro pensamiento, que es ya el mío será planteado con entera exactitud. ¡Qué Dios premie á vuecencia el bien que va á derramar en este país!

—¿Por qué le dais tratamiento, padre mío, sino lo quiere?

—Todo es poco, hija, para un hombre tan grande. Con la espada es un genio, con la pluma un sabio.

—¿Pues qué creíais?—le dijo Luisa.

—Basta de adulaciones que no merezco ni me gustan,—dijo Osorio con disgusto.

—Bastan, sí; pero sepamos qué ha traído mi protector, para mí, para su paje. Con todos los individuos de mi familia has estado espléndido; yo supongo para tí más; soy más para tí; ¿qué me regalas?

—Toma, Luisa, este título de caballero para mientras seas mi paje, éste de nobleza para cuando te cases y esta donación de un señorío que heredé de mi madre como dote.

—Yo no quiero casarme nunca.

—Tú me perteneces y harás lo que yo te mande.

—Eso es verdad.

—¿Deseas más todavía?

—Me has dado de sobra, con gran exceso, diste á todos los mios, la acción no tiene igual, pero es digna de ti. Si algún día dejase de amarte tu Alice, á la que yo amo y respeto, juro matarla.

—¡Siempre la muerte en tus labios! ¡Insensata!

—Seré lo que tú quieras; pero el que te falte....

—¿Qué? Habla.

—Nada, no lo digo, lo haré sin decírselo á nadie.

—Te prohibo que mates á nadie; solo defendiendo tu honra debes matar.

—Pero si vales más que mi honra, y pongo esta por las estrellas.

—Valga ó no, cumple mi voluntad; sé obediente.

—Si puedo. Señor, las mujeres no sabemos obedecer.

—Hija, que me estás amargando el día más feliz de mi vida.

—Padre, así me hizo Dios.

—Déjala Oaxacay; estas fieras se domestican así.

Y Osorio la cogió una mano se la besó y luego la dijo:

—¡Qué puedes tú hacer en el mundo contra mi voluntad!

—Nada, señor; sois tan grande que hasta vuestros besos quebrantan la voluntad más firme.

—Creo, señor,—dijo el excacique,—que solo vos sois capaz de dominar esa fiera.

Y salió el nuevo alcalde mayor dejando solos á su hija y á Flaviano.

Esta miró á aquel de una manera extraña, cayó de rodillas y besándole una mano varias veces, le dijo:

—Gracias, señor, ayer derramé una lágrima por vos cuando crei que la fiera os mataba; hoy os regala otra mi gratitud. ¡Yo, que no había llorado nunca, ni cuando mi madre expiraba en mis brazos! Señor no hagas llorar más á tu paje, que eso es propio solo de débiles mujeres.

Y desapareció de allí.

—Qué mujer tan notable,—se dijo Osorio.—Es un brillante como dice Julio.

Flaviano tomó un ligero desayuno y dió la orden de regresar á las cinco.

Enterada Luisa le preguntó:

—Puesto que nos vamos esta tarde, ten la bondad de decirme qué trajes llevo.

—El puesto; los restantes puedes regalarlos, porque no has de volver á usarlos. ¿Tienes buen caballo?

—De poca alzada, pero noble, ligero y fuerte.

—¿Me despidó para poco ó para mucho tiempo?

—Hasta la eternidad.

—Eso es.

Comieron á las dos y media y á las cinco montaron á caballo.

Los Ros salieron delante con los cien peones.

Luisa se despidió de su padre y hermanos y de cuantos la rodeaban, y montó la última.

Ya á caballo Flaviano, dijo en voz baja á Oaxacay:

—Alcalde, pronto te mandaré dinero para que realices la gran obra que te he encomendado; tú no te se pares de aquí hasta que esté todo terminado. Pides á Veracruz las armas y cuanto te haga falta; hoy sabrá el gobernador lo que eres y te dará cuanto le pidas. Adiós.

Estrechó su mano y partieron.

Todo el camino que llevaban por el valle estaba cubierto de hojas de flores aromáticas, y las veinte mil personas formando dos filas en las orillas del camino.

No daban ni un viva ni una voz porque todos lloraban, lo mismo Oaxacay que los sacerdotes: hasta los hijos del valle de Balacó tenían bañados los ojos.

Jamás se hizo una despedida más patética; porque no eran el entusiasmo ni la sola gratitud los que despedían; era el amor.

Cuando terminaron aquellas largas hileras de seres humanos y salieron del valle, miró Osorio á Luisa, diciéndola:

—Hombres, mujeres, niños, ancianos, todos lloran menos tú. ¿Quieres explicarme la causa?

—Nada más natural,—le contestó.—Ellos te pierden, yo te gano. Ellos deben llorar, yo reir.

—Pero has dejado, acaso para siempre, á tu padre, á tus hermanos, al país donde naciste, la casa donde te has criado.

—Perdí un padre y he ganado un señor que vale más que él y que yo; pierdo unos hermanos para ganar otros, y dejo un pequeñísimo espacio de tierra para recorrer todo el mundo. Y si he sentido la separación de objetos tan queridos y no llegan las lágrimas á mis ojos, no me culpes á mí, sino al que me las niega.

—¿Cómo llegaron ayer y anteayer?

—¿Tú lo ignoras?

—Sí.

—No puede ser.

—Lo ignoro.

—Porque no quieres averiguarlo.

—Sea. Dímelo tú.

—Porque ni el dolor ni la pena, arrancan lágrimas á mis ojos: es otra cosa.

Salieron algo después del monte, pero no podían correr por impedirlo la infantería.

Se hallaría á la mitad del llano, cuando Osorio dejó á los que iban detrás, que se pusieran delante, y parados el general, Godínez y Luisa, dijo el primero al segundo:

—Desde aquí se puede ir á Veracruz formando una recta.

—Es verdad, señor.

—Muy bien, Godínez; te vas á Veracruz con Luisa. Te advierto que es hija de un noble.

—Ya lo sé, señor.

—Que desde este momento ha dejado de llamarse Luisa, para empezar á ser mi paje Luis. Para la inmensa mayoría de los séres humanos va á ser hombre.

—Más traza tiene de eso...

—Déjame concluir. Que en Veracruz le corten el pelo, dejándole melena que le rizarán, enseñándole á ella á hacerlo con algodones. Le mandas hacer varios trajes, propios de su nuevo estado, pero de seda, y lo más ricos posible. Necesitará un par de ellos para camino y media armadura. Le compras además todo lo que ella te pida. Tiene título de caballero que el rey le ha concedido, y es una doncella honesta. Mata, Luisa, al que atente contra tu castidad, yo te faculto, y si á tí te ocurriese borrarla, que no llegue á la segunda vez, á la primera que llegue á tu mente, ese puñal que averigüe donde está tu corazón. Aun cuando todo lo pagará Godínez, toma ese bolsillo que contiene cien pesos en oro. Toma además esa receta, mandas por lo que en ella pido, y todas las noches, al meterte en cama, te das una untura con esa pomada en la cara, cuello y manos. A la sexta vez desaparecerá lo tostado de tu epidermis.

—¿Cuántos días tardamos en ir al castillo?

—Calculo que os bastan para todo eso seis; si no me equivoco, buscadme al séptimo en el castillo. Tu frente, Luisa, es la última vez que te doy ese nombre. Tu mano, Godínez.

Besó á la una y estrechó al otro, y picando á su potro desapareció.

Lo mismo hicieron Luisa y Godínez en dirección distinta de la que llevaba Osorio.

El último se reunió á los Ros y criados, y en medio de los dos hermanos mayores de aquellos continuó en dirección del castillo.

En el regreso no dió el joven general descanso alguno, pero eligió las mejores horas del día para caminar, y de este modo pudo llegar poco después de las ocho de la noche.

En el patio del castillo le esperaban Julio, Almeida, Fajardo y todos los capitanes del pequeño ejército. Se estrecharon los dos hermanos, y luego fué Osorio saludando á los restantes.

Todos sabían por Julián Oaxacay lo que hizo entre los montes traspalmeros, y quisieron colmarle de elogios, pero él los evitó, diciendo:

—Perdonad señores; llevo muchos días sin ver á mi hermano; necesito hablar con él de cosas importantes, y con vuestro permiso me retiro.

Cogido al brazo de Julio, desapareció del gran patio.

CAPITULO XLV

—

Los dos genios.—La sentencia de muerte.—Ejecución.—Regreso de Luisa.—Un paje delicioso.

Sentados se hallaban Julio y Flaviano en dos sillones de un gabinete interior del piso principal del palacio-castillo, y el primero empezó el diálogo, diciendo al segundo:

—Flaviano, dime ante todo la causa de no acompañarte esa mujer que salvó tu vida.

—Julio, Luisa Oaxacay es un ser extraordinario, con mucho valor y más talento aun que bravura.

—Me gustó mucho su tipo cuando la ví en la tienda.

—Tiene ilustración, cultura; sabe más que muchos europeos, y es una doncella casta que todo se le ocurre menos pensar en cosas materiales é indignas.

—Razón más para que no la abandonases.

—No se me ha ocurrido eso ni por un solo instante.

—Me alegro, Flaviano; continúa.

—La quiero ya como á una hija, como á un privilegiado sér que es en medio de sus montañas y montañeses un hermoso brillante, como tú la has llamado. A pesar de su valor y de su firmeza de carácter, no carece de sensibilidad, toda vez que la ha visto llorar dos veces. Una... —Y Osorio le refirió su lance en el bosque de las tuyas, y la impresión de gratitud en aquella mañana.

A Julio no le llamó la atención ni causó extrañeza lo de la boa y los jaguares; lo vió como la cosa más natural del mundo. Es decir, que él hubiera hecho lo mismo. En todo pensaban de igual manera.

Osorio continuó:

—Es, como recordarás, alta, bien formada, esbelta, no tiene el color cobrizo de la mayoría de sus paisanos, y sí solo la epidermis quemada del sol y del aire de la montaña, cuyo color oscuro desaparecerá fácilmente. No puede seguirnos como mujer ni como india; puede estar á nuestro lado como paje.

—Excelente idea, hermano.

—Me complace que la apruebes. Pues bien, se ha marchado con Godínez, de mujer india, y volverá en breve de paje europeo.

—Comprendo lo demás, y todo lo aplaudo.

Seguidamente dió cuenta Osorio á su hermano en extracto, de las modificaciones y adelantos que dejaba planteados, todo lo que oyó Julio con placer, y luego le preguntó aquél:

—¿Para qué me necesitabas con tanta urgencia?

—En primer lugar, para que estemos juntos; no vuelvo á separarme de tí, esto es lo convenido; no quiero vivir entre zozobras, temores é impaciencias.

—Bueno, hombre; eso es en primer lugar; ¿y en segundo?

—En segundo para que sepas dos cosas: primero, que el tribunal ha sentenciado á muerte á Pantoja, y que no quiero firmar en definitiva la terrible sentencia, sin que tú la apruebes previamente.

—Eso es grave, Julio.

—Pantoja ha asesinado al oficial del navío que cuidaba de él.

—¿Atado con una cadena?

—Sí, debió engañarle, y con la daga del mismo oficial lo mató. Felizmente se hallaba cerca un centinela, le propinó varios machetazos, lo desarmó, dando parte de lo que ocurría. Le sujetaron con otra cadena más corta y gruesa, y así permanece.

—¿Confesó?

—Ni niega ni confiesa; pero le han probado otros dos asesinatos, recaído uno en una mujer hermosa que no quiso entregarse á él, y tantos robos y exacciones que asombran. Se propone la confiscación de todos sus bienes en favor de las arcas reales.

—Nada puedo contestarte hasta que examine la causa.

—Sobre la mesa de tu despacho la tienes.

—¿Y Mendoza?

—Vino después del fallo, pero no hallándote se ha vuelto á Veracruz para evitar que el reo se escape.

Tiene un interés extraordinario porque muera ese hombre.

—Insultó á nuestros padres, al suyo y lo odia cuanto puede.

—La verdad es que si él no lo manda sujetar con la cadena, ese malvado se escapa, y por lo menos hubiera cometido muchos crímenes.

—No hay duda.

Eran las diez de la noche cuando se sentaron á cenar en compañía de Almeida y de Fajardo.

A la mañana siguiente Osorio estudió la causa de Pantoja.

Al acabar, dijo á su hermano:

—Firma y que ahorquen á ese hombre inmediatamente: es un monstruo de iniquidades.

—Pues firmo.

—Con diez vidas no pagaba lo que ha hecho. Firma ahora la confiscación de todos sus bienes y dinero, pasando á la corona. Todo es robado y servirá una parte para convertir los otros cacicazgos en otros tantos pueblos civilizados.

—Firmo también.

—Haz que ahora mismo vaya un correo á llevarlas, que se reuna otra vez el tribunal y ejecuten á ese desgraciado. Cuando se haya realizado ese acto, se hará un inventario de todo lo confiscado y se abrirán las gabetas de Pantoja para saber qué dinero tiene.

—Sea así.

Inmediatamente partieron los indivíduos del tribunal que estaban en el castillo. Llegaron á Veracruz,

y algunas horas después el reo fué trasladado á la ciudad y puesto en capilla.

Llegó el momento de la ejecución, y ésta tuvo lugar en la plaza pública, con asistencia de la población casi entera. Nadie queria á Pantoja, y sólo inspiró compasión á las almas nobles y generosas.

Mendoza mandó la escolta que lo llevó al patíbulo, y no lo perdió de vista hasta que lo vió expirar. Los insultos que aquel hombre hizo á su padre, tan noble, valiente y caballero, despertaron en el hijo un odio y deseo de venganza extraordinarios. Cuando no estaba delante de Pantoja se hallaba inqnieto é impaciente, y no se tranquilizó hasta que le vió expirar. Llegado este momento, exclamó:

—¡Padre mío, ya estás vengado! ¡Y vosotros, príncipe de Italia y duque del Imperio, también!

Y montando á caballo desapareció de Veracruz en busca de sus hermanos.

Desde una ventana entreabierta de la más modesta casa de la plaza de Veracruz, presenció la ejecución de Pantoja un tuerto peor que el mismo Lucifer.

Era por la mañana y ocupó el resto del día en averiguar todo lo que había ocurrido en Méjico desde la llegada del navío *Invencible*. Enterado de todo, buscó un guía, y á caballo en un potro de buena sangre se trasladó á la capital de Nueva España.

El guía le llevaba en su caballería el equipaje y él iba forrado de cintos llenos de onzas de oro.

Era don Lorenzo Alejandre, y de las maldades que pensaba realizar iremos teniendo noticia en los capítu-

los siguientes. Acababa de llegar de la Habana y ya corría con gran depósito de noticias al centro donde más daño podía hacer á nuestros amigos. Como él pueda, les hará sucumbir sin reparar en medios ni sacrificios.

El miserable no pensaba nada que no fuese lo más malo y cruel que puede ocurrírsele al ser más depravado, al hombre más perverso.

Trasladémonos al castillo.

El primero de los individuos del tribunal, que llegó á la fortaleza, fué Rogelio. Estrechó á Julio, dió dos abrazos á Osorio, se enteró de que nada malo había ocurrido á éste en los traspalmerales y exclamó:

—Todos hemos cumplido con nuestro deber.

—¿Qué has hecho tú, hermano?—le preguntó Flaviano.

—Yo no hice tanto como tú: los Osorio siempre hicieron más que los Mendoza, pero he contribuído poderosamente á que Pantoja no se escape y á que perezca en un patíbulo afrentoso, vengando de esta manera la sociedad ultrajada y á nuestros padres.

—¿Ya murió Pantoja?

—Sí, esta mañana.

—¿Cómo estuvo en la capilla?

—Parecía insensible; mas por dentro iría la procesión.

—¿Y luego?

—Fué por su pie al patíbulo: con altanería, casi con insolencia y con la mayor modestia lo ejecutó el verdugo.

—¿Algo habló antes ó después de llegar al cadalso?

—Nada; sus crímenes lo dejaron mudo.

—¿Nada pidió?

—No.

—¿Se confesó y cumplió con los deberes de cristiano?

—No quiso. Cuando le amonestaban los sacerdotes más ilustrados, contestó que no le remordía la conciencia por nada de cuanto hizo en el mundo y que lo dejaran en paz.

—¿Hizo testamento?...

—No te molestes en preguntas. Quedó mudo y se trasladó de este mundo al infierno por voluntad propia. Así se lo dijo un fraile, que tiene buen temple de alma, cuando subía al patíbulo.

—¡Desgraciado!

—Él lo quiso y á nadie puede culpar.

—¡Un alma perdida para Dios!

—No, era un desalmado.

—¿No le compadeces, Rogelio?

—¿Al que llamó á vuestros padres y al mío aventureros y farsantes? No, y mil veces no.

Reunidos después todos los individuos que componían el tribunal, se abrieron gabetas, armarios y cuantos cajones permanecían cerrados, y reconocido cuanto dejó Pantoja, hallaron en plata y oro doscientos mil ducados, fortuna fabulosa en aquella época; no tenía alhajas ni más títulos de propiedad que los del palacio-castillo. Sus ropas y armas se las dieron á sus antiguos criados, y el palacio, los muebles, la vajilla y el dinero quedaron secuestrados.

De los 200.000 ducados, mandaron al día siguiente á Oaxacay la mitad para que llevase á cabo en nombre del rey todo lo que dispuso Osorio en los cuatro cacicazgos. Aquel dinero había sido arrancado á los habitantes traspalmeranos en contribuciones extraordinarias. La donación era además de justa muy conveniente por el objeto á que se la destinaba.

Compraron los dos jóvenes hasta quinientos caballos con monturas y aumentaron sus filas para hacerlas llegar á mil quinientos infantes y quinientos jinetes; los últimos eran indígenas, los mejicanos fueron siempre muy buenos jinetes.

Bien armados y equipados los dedicaron á maniobrar nueve días más, acabando por recibir una instrucción excelente; como la que pudo darse al mejor ejército de Europa. Los tres hermanos, Fajardo, Almeida y los capitanes trabajaron con celo é interés extraordinarios.

Bien pagada esta fuerza y admirablemente instruida y mandada, no era posible que fuese vencida en Méjico. Así lo reconocían jefes, oficiales y soldados.

Al octavo día de haber regresado Osorio de los traspalmeranos fueron agradablemente sorprendidos Julio, Osorio y Mendoza con la presencia de Godínez y un paje delicioso. El último se presentaba cubierto de seda, con melena que le caía cerca de los hombros, rizada, un birrete de terciopelo negro con pluma blanca, escarcela bordada de oro, y espada y daga con las armas y la corona ducal del duque del Imperio. Había empezado á blanquear la epidermis del joven paje y era

ya en la forma un elegante y bien formado europeo.

Era Luisa Oaxacay, llamada ya Luis Oaxacay, paje de Flaviano de Osorio.

Llegó nuestro improvisado joven, besando con soltura las manos de Julio y de Flaviano. Después quedó frente á Mendoza dudando.

Flaviano le dijo.

—Es mi hermano Rogelio, Luis.

El paje le besó también la mano, preguntándole aquél:

—¿Quién sois, hermoso joven para poder lucir esos escudos de armas que nunca fueron vencidos y siempre honrados y aplaudidos?

—Soy, noble señor, Luis Oaxacay, paje de mi señor don Flaviano de Osorio, servidor vuestro puesto que mi dueño os llama hermano. ¿Cómo os llamais? ¿Soy indiscreto al haceros esa pregunta?

—No, que te abona esa corona ducal; soy Rogelio Mendoza, marqués de Abella.

—Ah, sí, el hijo del héroe que estuvo en el Perú. También vos descendeis de los invencibles, me alegro. ¿Pero no sois más que capitán?

—Nada más.

—Poco es.

—Vuestro señor tiene la culpa.

—Entonces está bien hecho, porque mi señor nunca se equivoca.

—¿Vino infalible al mundo?

—Sí.

—Con qué seguridad lo dices.

—Con la que presta la verdad.

—¿Ni recordando á mi padre varías de opinión, lindo paje?

—Vuestro padre todo lo merecía, señor; también vos llegareis á general como él; pero hoy solo sois digno de esa banda encarnada que cruza vuestro pecho.

—¿En qué te fundas para asegurar eso último?

—En que no os dieron más el señor príncipe y mi general.

—Bien lo estás educando, Flaviano.

—Perfectamente, Rogelio, porque ese paje es hijo de un noble, es caballero, y más que paje es mi querido amigo Luis.

—Me equivoqué, creí que era uno de los hijos del cacique Oaxacay.

—No os habeis equivocado, señor; soy quien suponeis; pero es el caso que ya no hay caciques, y mi padre es noble y alcalde mayor de todas las poblaciones de los traspalmerales.

—Perdonad si os he tuteado.

—Al contrario, deseo que continues; por algo os llama hermano mi señor.

—Pareces muy listo.

—No, señor, algo entendido, porque algo estudié y nada más.

—¿Dónde has estudiado?

—En la capital de Méjico y en Veracruz.

—Poco habrás podido aprender aquí.

—Mucho,—le contestó Luisa en el idioma de su país.

—No te comprendo.

—Te ha dicho,—le dijo Julio,—mucho.

—¿En qué idioma?

—En el mejicano.

—Pues habla bien el español.

—Rogelio, no cuestiones con mi paje,—le dijo Flaviano;—concrétate á quererlo como yo y Julio, porque lo merece y porque salvó mi vida.

—¡Tu vida ese niño!

—Mi vida, sí; sin su puñal que hundió en el pecho de mi terrible asesino no me hubieras vuelto á ver.

—¡Ese niño! Pues no lo he de querer si salvó tu vida. Mira si le quiero ya.

Y con suma rapidez lo abrazó, dándole un beso.

Luisa bajó la cabeza: en sus puras mejillas asomó un tinte de carmín y con voz dulce le dijo:

—Gracias, señor marqués.

Julio, Osorio y Godínez sonrieron. Rogelio, con la mayor naturalidad y sin saber lo que realizaba, había hecho un gran disparate.

Muy satisfecho Mendoza de lo que había llevado á cabo, añadió:

—Lo quiero ya tanto como vosotros, seré también su amigo y correremos juntos á caballo por esas arboledas. ¿Te atreverás?

—Valor y equitación me sobran, pero yo no puedo hacer nada sin permiso de mi señor.

—Para emboscarte conmigo y correr entre frondosas arboledas, mi hermano te da permiso amplio, ilimitado.

Este era otro disparate de Mendoza, Osorio y Godínez no podían contener la risa, pero á Julio no gustaba el aprieto en que Rogelio, de un modo inconsciente, ponía al paje, é intervino preguntando á éste.

—¿Qué edad tienes, Luis?

—Alteza, diecinueve años.

—No me des tratamiento, te lo prohibo. ¿Sigues á Flaviano con gusto?

—¡Ah, señor, con entusiasmo!

—¿Lo ves, Julio,—dijo Mendoza;—nuestro hermano Flaviano logra enamorar hasta á los hombres.

Ahora soltaron la carcajada los tres.

—¡Qué risueños estáis hoy!—añadió Mendoza víctima de los disparates que decía.

—Sí,—le contestó Julio,—estamos muy contentos. Dí, Luis, ¿no estarias mejor al lado de tu padre que es ya uno de los señores más poderosos de Nueva España?

—No, señor.

—Sé franco; Flaviano es muy caballero, muy noble y muy generoso, y se alegrará.

—Sé tan bien como vos, que el hijo del señor duque del Imperio es todo eso, pero yo jamás miento, señor.

—Antes que tú á él, salvó mi hermano tu vida y la de tu padre; por vuestras leyes le perteneces y podía obligarte el deber...

—Todo eso es cierto, señor; debo seguirle y obedecerle por obligación, pero lo hago además por gusto, por mi libérrima voluntad.

—Mi hermano, siguiendo su innota costumbre, estuvo más que generosos, expléndido contigo, con tu

padre, con tus hermanos y con tus paisanos, y la gratitud...

—Tampoco esa me obliga á nada. Ya le pagué, y de esas dádivas estamos en paz.

—¿Con qué le pagaste, Luis?

—Con dos lágrimas, las únicas que vertí en mi vida.

—¿Cómo?

—De rodillas, besando su regia mano.

—¿Dónde derramaste la primera.

—En el bosque de las tuyas, cuando ví la enorme boca de una boa, la más grande que existe, atraer á mi señor, y lo juzgué muerto. Estabamos á dos varas de la gran culebra, y además rodeados de jaguares. No os molestéis, señor príncipe; no sois vos, ni ha nacido ni ha de nacer hombre más digno, ni más caballero que mi señor, ni más fuerte y poderoso en todo; ¿lo entendéis?

Julio bajó la vista, Luisa había contestado á un oculto pensamiento de Silva. Osorio y Godínez la miraron con asombro.

Mendoza, que no podía comprender lo que pasaba, dijo al paje:

—¿Con que os fuísteis á caza de boas y jaguares?

—No, señor; entramos en ese bosque, del que nadie salió sin ir de caza.

—¿Por qué no salió nadie?

—Porque basta penetrar cien varas para ser devorado por las fieras y reptiles en el mismo instante.

—¿Cuántas penetrasteis vosotros?

—Bastantes, más de doscientas.

—Pues vosotros salísteis.

—Ya lo veis.

—¿Cómo salísteis vosotros?

—A tiros.

—Ya; si mi hermano llevaba sus pistolas, no había cuidado; es el mejor tirador del mundo. ¿Cuántos mató?

—Una boa y dos jaguares.

—¿Cuántos tiros?

—Cuatro.

—Pues mató pocos.

—Asombra los que mató. Con una bala no puede matarse á una boa, y para hacerlo con dos es preciso metérselas en la cabeza.

—Cómo te habrás divertido en esa cacería improvisada, Luis.

—No he sufrido ni espero sufrir más en mi vida.

—¿Por le de la lágrima?

—Sí, señor.

—Es verdad, hombre. ¿Por qué tuviste el capricho de entrar allí, Flaviano?

—Por pisar un pedazo de mundo que nadie había hollado con su planta.

—También yo te hubiera acompañado.

—Lo creo,—añadió Flaviano;—tú eres la boa de los séres humanos.

—¿En fuerza?

—Sí.

—Eso es.

Continuaron hablando para concluir Luisa por ha-

cerse lado con su raro talento, su serenidad y su aplomo.

Godínez fué luego presentando el paje á cuantos había en el castillo, advirtiendo á todos que era amigo y protegido del general.

Todos creyeron que era un paje europeo de rara belleza y de extraordinario talento. No había en el castillo ningún jefe ni oficial que no quisiera ser amigo suyo, pero Luis solo deseaba tener uno, Flaviano de Osorio,

CAPITULO XLVI

La gran maniobra.—Preparativos.—Despedida.—El padre y la hija: Nombramiento acertado.

Después de varios ejercicios, de infinitas instrucciones y de ensayos de todo género de peleas, acordaron Julio y Flaviano una gran maniobra, que debía ser la última, si la tropa española é indígena dejaban satisfechos á los dos jóvenes.

Salieron todos al amanecer, tenían elegido un campo, parte sin árboles y parte con ellos, y en este paraje, el más á propósito en aquella zona dieron principio.

Todas cuantas difíciles maniobras eran conocidas y muchas inventadas por Osorio y Julio, se hicieron con éxito completo.

Cinco horas duraron y nada hallaron que reprender ni el general en jefe, ni el representante del rey.

En estos combates figurados, tomaron parte hasta los criados.

Queriendo presenciarlos Luisa, fué con Godínez, y éste la situó sobre una altura desde la cual podía verlo todo.

A poco de empezar, el paje metió espuelas, y sin decir nada á Godínez desapareció de su lado, colocándose al poco tiempo junto á Osorio. Al verlo éste le preguntó:

—¿Qué deseas, Luis?

—Serviros de ayudante, mi general.

—¿Pero tu sabes?...

—Pedidme pruebas.

—¿Y Godínez?

—Yo no tenía para qué cuidarme de él; se habrá quedado en la altura donde quiso enclavarme ó se habrá venido, yo no lo sé.

—Puede tirarte el caballo.

—Allá lo veremos.

—¿Estás resuelto?

—Claro es.

Y desde aquel momento empezó á comunicar órdenes, por medio de su paje, el joven general, siendo trasmitidas por el nuevo ayudante con exactitud y á la carrera.

Pues las cinco horas continuó de la misma manera mereciendo elogios de todo el que la vió.

Cuando hubieron terminado se acercó Godínez, diciéndole.

—Te escapaste de mi lado, mal paje.

—Sí, excelente polizonte.

—¿Por qué?

—¡Vaya una pregunta! Porque estaba mejor junto al general.

—Este había mandado...

—Lo que debía, pero yo hice lo que me dió la gana.

—Godínez,—le dijo Mendoza juntando su caballo con el de Luisa.—No reprendas al paje, te lo prohibo; ha sido el mejor ayudante que ha tenido mi hermano.

—Está visto que el tal paje entró á todos por el ojo derecho. Si lo conocieran como yo.

—¿Qué me conoces tú?

—Conozco tu insolencia, tu osadía y tu falta de respeto y consideración á los mayores.

—A los viejos, porque tú no eres mayor que yo en otra cosa que en edad.

—¿Lo ves, Godínez?—dijo Mendoza,—te vence en todo. Hacer una apuesta: veamos quien de los dos llega antes á la cima de aquella colina.

—No se atreve el paje.

—¿Qué no me atrevo? Prepárate.

—Ya estoy.

—Dad una palmada, señor marqués.

Rogelio lo hizo, saliendo como saetas los dos caballos.

Todos se detuvieron para ver aquella carrera.

La colina era baja pero extensa, fácil la subida, suave la pendiente pero larga.

Cuando llegaban cerca de la cima le llevaba Luisa de ventaja á Godínez dos cuerpos de caballo; de pronto

volvió ésta la cabeza de su potro, chocó con el cuello del de Godínez y caballo y caballero rodaron.

Luisa le dió la mano para que se levantara y salió al trote, colocándose al lado de Mendoza.

El ejército la recibió con un aplauso.

—¿Qué has hecho?—le preguntó Flaviano.

—Me han desafiado, acepté, corrí más que Godínez y le hice rodar con su caballo para que no vuelva á suponerse superior.

—¿No necesitabas permiso mío para admitir ese desafío.

—Para todo lo necesito de vos.

—¿Por qué no me lo has pedido?

—Como se trataba de una puerilidad creí no necesitarlo. Si he faltado, perdonadme, señor.

Osorio avanzó dejándola al lado de Mendoza.

Luego llegó Godínez, al cual preguntó:

—¿Te has lastimado, polizonte?

—Poco. ¡Qué vuelta tan inoportuna!

—Oportunísima.

—¿Pero quisiste tirarme?

—¿Quién lo duda?

—¡Ah, malhadado paje, ya me vengaré!

—No, no; estoy yo aquí para impedirlo. Luis, cuenta con mi defensa para todo.

—¿Pero, señor, no basta con la mía?

—Por si acaso más vale que seamos dos.

Y llegaron al castillo en los momentos que el calor empezaba á dejarse sentir.

Desde aquel momento empezaron á dedicarse á los

preparativos de marcha. Compraron municiones y cuanto la tropa podía necesitar, inclusas tiendas de campaña y acémilas para llevar todo lo que necesitaban.

Iban á la capital, ignoraban cómo serían recibidos y quisieron entrar llevando el derecho y la fuerza. Muchos más soldados había en Méjico, pero aquellos dos mil hombres podían abrirse paso por todas partes y dominar donde estuvieran.

Cuando nada faltaba y sólo esperaban la orden de partir, mandaron llamar á don Raimundo Izquierdo, y encerrados con él, le dijo Julio:

—Sois honrado, algo terco, pero valiente y caballero. Lleváis aquí muchos años sin ascender y expuesto á morir de alguna fiebre maligna. Justo es ya de que mejoréis. Tomad, os nombro maestre de campo y adelantado; es decir que vais á ocupar el puesto de Pantoja. Ese otro nombramiento es para el que ha de ser vuestro segundo. Podéis habitar este castillo como propiedad del rey cortas épocas del año; la mayoría permaneceis en Veracruz.

—Muy bien, señor, sois mi Providencia y os quedo muy reconocido y obligado á los dos. No os pesará haber firmado los nombramientos que hoy me entregáis.

—Os recomiendo,—le dijo Osorio,—al alcalde mayor Oaxacay; dadle cuanto os pida y secundad y proteged la obra de regeneración que ha empezado.

—Ya lo ostoy haciendo, mi general en jefe, y así seguiré.

Y continuaron ambos dando órdenes é instrucciones á Izquierdo.

Dejémoslos para presenciar otra escena más importante que en aquel momento estaba teniendo lugar en el saloncito destinado á Luisa.

Cuando Julio y Osorio se encerraron con Izquierdo, se fué el paje á sus habitaciones y arregló su melena, é iba á mover las cuerdas de una lira que le había regalado Osorio y le estaba enseñando á manejar bien, cuando entró Godínez diciéndole:

—Te traigo una buena noticia, paje.

—¿Buena y la traes tú? No puede ser.

—Es que hablo de veras.

—Entonces lo creo.

—Han llegado tu padre y hermanos.

—¿Están con el general?

—No, ese continúa con el príncipe y el gobernador de Veracruz.

—¿Dónde se hallan?

—Míralos.

Y aparecieron el padre y hermanos de Luisa, vestidos con trajes españoles y como correspondía á la clase á que pertenecían.

La joven los estrechó, diciendo el padre:

—No te hubiera conocido; ¡qué bien imitas á un europeo! ¡Qué blanca, qué hermosa!...

—¡Qué blanco, qué hermoso! —le dijo Godínez,—no os vayan á oir...

—¡Tenéis razón! Es un prodigio el cambio que has sufrido, hijo mío.

—¿Estás contento, padre mío, y vosotros, hermanos?

—A medias, Luis. ¿No es eso?

—Sí. ¿Por qué solo á medias?

—Porque me falta el báculo de mi vejez, mi compañero de siempre, tú, que fuiste mi consejero, mi más querido retoño.

—¿Os faltan mis hermanos?

—No, hijo mío; pero me había acostumbrado á tí y no puedo vivir á gusto sin que estés á mi lado.

—Lo siento, padre mío, pero ya no puede ser otra cosa.

—¡No ha de poder ser! Me consta que el general, con tal de no verme sufrir te dejará volver á tu país.

—¿Quién os ha dicho eso?

—El mismo,—dijo Oaxacay;—se lo he preguntado y me contestó con la nobleza y caballerosidad que él lo hace todo.

—Vais, padre mío, á pisotear nuestra leyes; ¿olvidasteis que á ambos salvó la vida?

—No, pero si él renuncia...

—Padre mío, ¿no os hizo noble y alcalde mayor?

—Sí.

—¿No os mandó el oro á carros, lejos de pediros tributos extraordinarios?

—Sí.

—¿No sois con mis hermanos las primeras personas de este distrito?

—Sí.

—¿No estáis realizando la misión más grande, honrosa y meritoria que se confió á hombre?

—Sí.

—¿Pues qué más queréis?

—Quiero á mi hijo.

—¿No tenéis varios y á cual mejor?

—Los quiero todos. Si el general se opusiera, nada diría; pero no oponiéndose, quiero que regreses conmigo.

—Está bien, señor, me lo mandáis y obedezco.

—No esperaba menos de tí.

—Saldremos esta tarde, llegaremos á nuestro valle; todas mis caricias serán pára vos; pero antes del octavo día de mi llegada dormiré junto á mi querida madre el sueño eterno.

—¿Qué dices?

—Que juro cumpliros mi palabra.

—¡Hija!...

—Basta, Osxacay,—exclamó Godínez,—no la atormentéis, que eso no lo quiere el general. Llegásteis donde os dijo, y de ahí no podéis pasar. Luisa, tu padre no quiere llevarte, ni el general quiere que te vayas ni nadie en este castillo, pero mi señor es tan noble, tan caballero, que antes de que partamos, ha querido saber si ibais ó no con entera libertad y ardiente deseo.

—Pues yo te digo que me habéis hecho sufrir mucho. Y os perdono porque sois las personas que más amo en el mundo.

—¿También á mí?—le preguntó Godínez.

—También á ti. Ahora hablamos con formalidad.

—Ya lo estamos haciendo.

—En cuanto á él... No le perdono, porque lo grande, noble y elevado jamás puede ofender.

—Eso es, hija mía.

—En cuanto á vos ya os estais marchando, padre mío.

—¿Te estorbo?

—Eso no, pero vuestra presencia me lastima. Si mis frases os hieren, vos tenéis la culpa, no haber venido aquí con esa intriga.

—Pero es el caso que no queremos marcharnos.

—¿Por qué?

—¿Estando en su palacio me iba á marchar sin verlo?

—Lo merecíais por el trato que me habéis dado.

—¿Me quedo ó no?

—Sí, padre mío, á mi lado; dejadme que bese la frente honrada y noble del autor de mis días, del bondadoso y leal esposo de mi madre.

La joven lo cubrió de besos en los momentos que llegaba Osorio. Este alargó la mano á Oaxacay, preguntándole:

—¿Os la lleváis?

—No quiere ella irse,—le contestó Luisa

—¿Te quedas?

—Sí, me quedo y os aconsejo, señor, que guardéis las intrigas para la corte; aquí no causan efecto y menos cuando se convierte en mal instrumento á un padre tan tierno y cariñoso como lo es el mío.

—Eso no es intriga, Luisa, es otra cosa más digna y elevada.

—Pues yo os ruego, señor, que las guardéis para otra, porque yo me rebelo contra ellas.

—Está bien, no insisto. ¿Cómo están los valles, Oaxacay?

—Muy bien, señor, todos allí empezamos á ser felices.

—¿Tuviste bastante dinero?

—Va á sobrarme la mitad. ¿Qué hago de él?

—Más edificaciones, más iglesias, más escuelas. Extiende la acción á los tres restantes valles.

—Ya lo hago, pero aún me sobra.

—No, no puede sobrarte, lo que ahora no necesites más adelante le das aplicación. Salió ese dinero de las arcas reales y no vuelve á ellas.

También Julio entró para saludar á Oaxacay, después Mendoza, y juntos estuvieron hasta que llegada la hora de comer los sentaron á su mesa.

No se descuidaron el padre y hermanos, y ni una sola vez llamaron Luisa á la joven.

—Mendoza, Almeida y Fajardo no pudieron salir de su error, respecto de Luisa.

A las cinco de la tarde, después de la más tierna y afectuosa despedida, partieron del castillo para el valle, Oaxacay y sus hijos.

Como de costumbre, Luisa no pudo llorar.

Todos debían salir para la capital de Méjico al anochecer. Llevaban un plan admirablemente combinado, pero el destino debía echarlo abajo, como veremos más adelante.

Antes de retirarse á descansar, preguntó Oso-

rio á Luisa, separado con ella á un lado del comedor.

—¿Qué traje quieres llevar?

—Uno de guerra como el de vos.

—Media armadura es pesada y molesta y en este país.

—No importa; puedo con ella y estoy más acostumbrada que vosotros al calor de Méjico.

—El ejército va por un lado y nosotros por otro.

—Iré con vosotros.

—Más segura ibas con el ejército.

—Mejor voy con vos.

—Dices que mando en tí, y sólo haces lo que más te agrada.

—No tengo yo la culpa.

—¿Pues quién la tiene?

—El que me deja cumplir siempre mi voluntad.

—Posible es que tengas razón.

—Mandad y yo obedeceré: si me consultáis ó pedís parecer traduzco que debo hacer lo que yo quiera.

Osorio sonrió, añadiendo:

—Tienes una voluntad de diamante, pero no quiero quebrantártela.

—Sois tan bueno, señor, que abusaré á mi antojo cuanto quiera.

—Con tal que seas feliz, que vivas dichosa dentro del círculo de hierro de tu honra, te faculto para que abuses, antítesis de Magdalena.

—¡Magdalena!... ¡Aquella víbora! ¡Vaya un recuerdo!

—Es que está junto á tí.

—¿Junto á mí?

—Sí, los extremos se tocan.

Poco después todos se retiraron á sus respectivas habitaciones.

Amaneció y el extruendo en los patios del castillo era grande; más de quinientos caballos piafaban, se oía el choque de las armas contra el suelo, á los relinchos sucedían las voces de mando, hasta que todos montaron, jefes y soldados, y fueron saliendo del palacio en perfecta formación.

Llegaron al campo y los maestres Almeida y Fajardo, puestos al frente de sus tercios, partieron en dirección de la capital de Méjico por un antiguo camino que acortaba bastante la distancia.

Los restantes, todos montados, eran Julio, Osorio, Mendoza, Luisa, Godínez, siete criados y veinte ginetes, tomaron el camino moderno, mejor que el otro pero más largo.

¿Qué se proponían nuestros amigos con esta separación?

Llegar á la vez que el ejército sin cansar á los peones, yendo más de prisa que ellos. Se proponían además sorprender la capital, y yendo todos por el camino real era posible que avisaran al virrey. Y otra cosa que diremos luego.

Pero este plan bien combinado, fué descompuesto por el destino, como luego veremos y como Osorio temía.

Dejemos al ejército que siga por el viejo é intransitable camino y continuemos nosotros con Julio y Flaviano.

CAPITULO XLVII

Un sueño.—Por si acaso.—La duda atormenta al héroe.—Marcha precipitada.—Continúa el misterio.

Antes de pasar adelante debemos retroceder un poco para averiguar la causa verdadera que Osorio tenía para haber mandado el ejército por un camino corto, pero muy malo, y partir los jefes principales por otro distinto.

Flaviano tenía mucho cuidado de no encontrarse nunca solo con su paje. No dudaba de su predominio y fortaleza, pero le bastó el que llegase á Julio una ligera sospecha para evitar hasta el más pueril pretexto. Tenía sobre la joven derecho de pernada, según las leyes y costumbres de Oaxacay, tenía sobre ella todos los derechos, pero se propuso no usar de ninguno. La había cobrado gran cariño y la verdad es que pensaba elegirle un buen esposo andando el tiempo y

tenía empeño en que fuese al tálamo conyugal como van las vírgenes.

Era, por otra parte, refractario el vicio, y no se violentaba en poco ni en mucho al obrar de aquella manera.

Dos días antes de partir, y en los momentos en que Osorio iba de su despacho al salón, lo detuvo Luisa para decirle:

—Os esperaba aquí, señor.

—Dime lo que quieras Luisa.

—Aquí no, que pudieran oirlo. Parto á mis habitaciones, y en ellas os espero.

—¿Urge mucho?

—Sí.

—Pues vé, que no tardaré.

La joven le obedeció, y seis minutos después entró Flaviano, besó su frente y le dijo:

—Aquí me tienes, Luisa; dí lo que quieras.

—Me encargasteis que si soñaba y retenía en la memoria el asunto os lo participara.

—Sin duda alguna.

—Pues he soñado y me acuerdo mucho de lo que soñé.

—Habla, amiga mía; te escucho con mucho gusto.

—Oid, señor: han salido de la capital fuerzas numerosas.

—¿Y eso te extraña?

—Sí, porque se dirigen á este castillo contra vos y el príncipe.

—Eso ya es distinto. ¿Es muy grande ese ejército?

—Como el de mi padre y el de Balaco juntos.

—¿Unos siete mil hombres?

—Eso es.

—¿Recuerdas quiénes los mandan?

—Perfectamente; un sobrino del virrey, maestre de campo.

—¡Puede ser!

—Lo es positivamente. Es joven, mal encarado, y lleva junto á él otro hombre más feo, repugnante y tuerto.

—¿Tuerto dices?

—Sí, señor, y no lleva traje de guerra.

—¿Recuerdas si ese hombre tiene en la cara, junto al ojo huero, un oyo como de haber recibido un balazo?

—Exacto; lo habéis conocido.

—Dame las señas que recuerdes de ese hombre.

—Delgado, muy descolorido, de mirada torva; usa barba negra y su traje es desaliñado.

—¿Viene todo ese ejército reunido?

—Sí, pero delante van unos pocos.

—¿Cuántos?

—Como veinte.

—¿A pie?

—No, á caballo.

—¿Una descubierta?

—Eso debe ser.

—¿Lleva el ejército caballería?

—Poca; unos cientos de hombres.

—¿Españoles?

—No; con raras excepciones son mejicanos.

—¿Buena gente?

—Muy mala; parece que anda con trabajo. Los arcabuceros no pueden con el arcabuz.

—¿Lo recuerdas bien todo eso?

—Admirablemente, es el sueño que mejor he recordado.

—¿Por qué camino vienen?—dijo Flaviano,—porque hay dos.

—Yo lo sé; por la carretera, que es el mejor.

—¿Cuándo han salido de Méjico?

—Nunca pude precisar fechas.

—¿Pero han salido ya?

—Acaso no, pero saldrán.

—¿Pronto?

—Lo más tarde mañana.

—¿Recuerdas algo más?

—Son accidentes tan variados é incorrectos, que nada puedo decir con certeza.

—Medita si algo más puedes y debes decirme.

—Tengo una memoria prodigiosa y os dije lo más que podía.

—Bien, si algo más recuerdas después, me lo dices. Ahora avisa á Godínez que vaya á mi despacho con su criado indígena. Allí los espero.

Le dió otro beso en la frente y se dirigió á su despacho.

Minutos después entraban Godínez, su criado y Luisa.

Osorio preguntó al segundo:

—¿Qué tal es el camino antiguo que va á la capital?

—Malo, señor, pero nosotros lo preferimos por lo corto.

—Es decir, que se puede ir por él.

—Sí, señor.

—¿También la caballería?

—Perfectamente.

—Si yendo por la carretera nueva, hubiera necesidad de correrse á la vieja, podríamos hacerlo fácilmente.

—A campo traviesa, sí señor; si no en todo él, en su mayor parte.

—¿Podrá ser en todo andando algo más, perdiendo la recta?

—De ese modo sí, señor. Cogiéndolo más abajo ó más arriba, nada más fácil.

—¿Siempre á campo traviesa?

—Siempre.

—¿Qué distancia es la mayor del uno al otro camino?

—¿Déjeme vuecencia pensarlo. La mayor seis leguas. Y la hay luego de cinco, cuatro, tres y de una.

—Muy bien, retiraos, que ya sé lo bastante. Ese criado te seguirá, Godínez.

—Perfectamente, señor.

Osorio se encerró acto contínuo con Julio, y le convenció de lo conveniente que era marchase la tropa por un camino y ellos por otro. No le habló del sueño de Luisa ni de nada que con esto se relacionase. Tomó

pretexto de otra índole, y con él disimuló la verdadera causa que era la predicción de la joven.

No creía en tal revelación de una manera absoluta, pero la joven era tan verídica, tan seria y tan ilustrada, que Flaviano dudó, y claro es que en la duda tomó medidas de precaución para en el caso de ser cierta la predicción, y no irse al ridículo en caso contrario.

Todas las instrucciones que dió á los jefes del ejército guardaban relación con el ensueño de Luisa, es decir, como si aquel debiera realizarse, pero á ninguno habló del último ni dijo lo que hacía para en el caso de aparecer cierta la predicción.

Incorporémonos con ellos.

Iban de descubierta Andrés Ros y cuatro soldados de caballería; á mil varas seguían Julio, Flaviano y Mendoza, detrás Godínez y Luisa y en pos los criados.

Todos usaban media armadura y cota de malla; de plata y oro cuatro, y los restantes de baqueta. Los cuatro eran Julio, Osorio, Meudoza y Luisa. Godínez y su criado iban con su traje ordinario.

Salieron á un trote largo, y Osorio entregó á Ros, que iba de descubierta, un itenerario perfecto.

De ese modo anduvieron cinco horas sin descaso alguno, dejando atrás ocho leguas. Eran las diez de la mañana cuando entraron en un pueblo pequeño, pero era de carretera, y por esta causa hallaron un gran mesón, en el cual pensaban detenerse hasta las cuatro de la tarde, seis horas en las cuales debían dar dos piensos á los caballos, comer los jinetes, refrescarse y dormir el que quisiera.

Tomaron las habitaciones principales, y á las doce les sirvieron una comida regular; no era posible otra cosa.

Osorio y su paje no hablaban nada; el uno parecía absorto, la otra lo imitaba á maravilla.

—¿Qué tiene el paje que no habla nada?—le preguntó Julio.

—Señor,—le contestó,—nunca fuí hablador.

—¿Estás cansado?

—No, señor.

—¿Resistes bien la media armadura?

—Perfectamente,—contestó Luisa,—Dios me hizo muy fuerte.

—Noto que tu señor no te hace hoy caso.

—Ni á ninguno,—contestó Mendoza:—positivamente llevó á su cerebro algún plan.

—¿Es verdad eso, Flaviano?—le proguntó Julio.

—Sí.

—¿Todo eso me dices?

—Pregunta cuanto quisieres; para tí tengo palabras, y tanto cariño como cabe en mi alma.

—¿Y para tu paje, no tienes nada?

Flaviano miró á Luisa con sonrisa melancólica, contestándole:

—Me causa pena verlo cargado de metal.

—Y á mí veros cargado de ideas que pesan más que la plata y el oro,—dijo Luisa.

—Luis, el estado normal del hombre que defiende la vida y fortuna de sus semejantes es el que yo tengo ahora.

—Si los pensamientos é ideas que llegan á vuestro elevado cerebro no estuviesen nublados por la incertidumbre y las dudas, estaríamos conformes.

—¿Y qué he de hacer?

—No abrigar dudas ni vacilaciones.

—Para eso necesito todavía andar algunas leguas.

—Dadla por andadas y no vaciléis.

—No puedo, Luis.

—Lo siento; pronto os arrepentiréis

—Pardiez,—exclamó Mendoza,—que no entiendo una palabra de lo que hablan Flaviano y Luis. ¿Y tú, Julio?

—Tampoco. Es la primera vez de mi vida que no adivino las ideas que llegan al cerebro de nuestro hermano.

—¿Y tú, Godínez?

—Menos, señor marqués.

—No torturéis, vuestro cerebro,—les dijo Flaviano: —ahora no se trata de un gobernador como Iglesias ni de un adelantado como Pantoja, sino de un virrey que tiene en Méjico todo el poder de Felipe III. Y esto me hacer vacilar.

—Hermano, si ese virrey,—añadió Julio,—desconoce la autoridad de su señor y nuestros derechos, caeremos sobre él y los que le defienden, y sucumbirán ante el esfuerzo de nuestros soldados.

—Y se le ejecuta, si es necesario,—dijo Mendoza,—como á Pantoja. También hay verdugo en Méjico y arcabuceros.

—Tiene más de sesenta años de edad, y abrigo la presunción de que desconoce nuestros derechos.

—No importa eso,—dijo Luisa.—¿Ya olvidasteis, señor, lo que hicieron vuestros padres en el Perú y la la fuerza con que contaban? ¿Desconocéis lo que los hijos pueden y valen?

—Paje, vales un imperio,—exclamó Mendoza entusiasmado;—si no fuéramos forrados de metal, te daba un beso en esos labios de oro y seis abrazos. ¡Vaya un talento que tiene el niño!

Todos sonrieron; hasta Osorio al oir las frases del jigante.

—No es eso, Flaviano,—añadió Julio;—además existe un secreto que guardáis cuidadosamente entre tu paje y tú.

—Ya sé yo, hermano, que adivinas como tu incomparable padre.

—¿Tienes un secreto y me lo ocultas, y se lo dices á Luis?

—No es cierto, Julio; sería una ingratitud indigna de mí contra el mejor de los hermanos, contra el hijo del hombre que más amo en el mundo. Yo nada he dicho á mi paje.

—Deduzco que el secreto te lo ha confiado él.

—Sí.

—¿Paje, valgo yo menos para tí que mi hermano Flaviano?

—Mucho menos, señor; después de él mi padre y vos; al lado de mi señor, ninguno.

—Sublime lealtad y cariño que aplaudo con toda mi alma, Luis.

—Ya sé que sois tan bueno como mi señor, alteza.

—Sin alteza te admiro.

—¡Gran merced que no merezco!

—Hazte digno de ella.

—¿Cómo?

—Refiéreme el secreto.

—Imposible; ya es de vuestro hermano, y lo que á él pertenece no puedo, ni debo, ni quiero dárselo á nadie.

—Muy bien, Luis; no me molestas por eso; con que mi hermano lo sepa, tengo yo bastante.

—Eso es indudable.

Continuaron hablando; ninguno de los cinco quiso dormir.

A las cuatro volvieron á montar á caballo, siguiendo á un trote vivo hasta las ocho y media de la noche que se detuvieron en una población mayor.

Habían andado siete leguas, que con las ocho de por la mañana eran quince.

Julio no comprendía la prisa de su hermano, ni el adelanto que tomaba al ejército, muy superior á la economía de camino que aquel mostraba; pero nada decía. Daba por hecho que cuando Flaviano lo disponía así, no debía de ser de otra manera.

Estaban en primavera y según avanzaban hacia el interior, la temperatura era más fresca y agradable.

A las diez cenaron, y á las once todos estaban en cama en otro mesón mejor que el de por la mañana. Este se hallaba situado á la entrada de la población, lo que agradó á Flaviano, pues de este modo ninguno del pueblo pudo verlos.

Volvieron á montar á las cinco de la madrugada y á las once tenían andadas otras ocho leguas como el día anterior.

La temperatura era ya primaveral, agradable. Habían seguido caminando hasta las once, sin que el sol les molestase mucho.

Comieron y descansaron hasta las cuatro.

Osorio y el paje continuaban mudos y ensimismados.

Julio, Godínez y Mendoza tuvieron que prescindir de ellos para hablar de Motezuma, de Hernán Cortés, de los indios y de las bellezas que contemplaron en el camino.

A caballo de nuevo, prosiguieron su camino sin detenerse ni dejar de trotar hasta después de la noche, que entraron en una población populosa.

En esta segunda jornada anduvieron lo mismo que por la mañana, ocho leguas.

Llevaban dejadas atrás treinta y una leguas en dos días.

Habían ganado á la tropa tres jornadas, que era lo que Flaviano deseaba.

Entraron en un excelente mesón, y cuando hubieron echado pié á tierra, dijo Osorio á Julio:

—Hermano, dispón la cena, toma habitaciones y espérame, que no tardaré mucho.

—¿Te vas Flaviano?

—Sí, por muy poco tiempo.

—¿Quiénes te acompañan?

—Mi paje y el criado de Godínez.

—¿No son pocos?

—No; en este pueblo no hay peligro alguno.

—Tan misterioso andas que no me atrevo á preguntarte nada.

—Pronto lo sabrás todo.

Y salió Osorio con su paje, yendo delante el indio que servía á Godínez.

A los pocos pasos se detuvo aquél preguntando á Flaviano.

—¿Dónde vamos, señor?

—¿Conoces bien este pueblo?

—Sí, señor.

—¿Sabes donde vive el alcalde?

—Sí, señor.

—Deseo hablar con él.

—Pues seguidme.

Y se perdieron por entre las oscuras calles de aquella grande, pero fea y desmantelada población.

CAPITULO XLVIII

Continúa el misterio.—Un alcalde bobalicón.—La sospecha y duda dejan de serlo.—Triunfo del paje.—Un capitán mandado hacer de encargo.

Cinco calles habían atravesado Osorio, su paje y el indígena cuando el último se detuvo diciendo:

—Aquí es, señor.

—Llama, y cuando entremos nosotros nos esperas á la puerta.

El indio le obedeció, contestando á la pregunta que le hicieron desde adentro en idioma mejicano:

—Abrid, un jefe español desea hablar con el alcalde.

Pronto se abrió la puerta y se presentaron dos indios armados que reconocieron á Osorio y á su paje diciéndoles:

—Españoles sois; pasad.

Y cerraron la puerta, entrándolos en una sala alumbrada con dos velas de cera en la cual estaba el alcalde de pie.

Al ver á Flaviano y Luis, exclamó:

—Capitán García, no os esperaba hasta mañana.

—¿Por qué?—le preguntó Osorio.

—En la orden que me dejó el correo, me dice el señor maestre, que mañana llegaría el capitán García y pasado mañana el ejército. Se han equivocado y nada tengo dispuesto todavía.

—Pues dadme la orden y lo veremos.

—Al momento, señor capitán; con mucho gusto.

El alcalde abrió un cajón, y sacando un escrito que tenía en él, se lo dió á Flaviano, diciendo:

—Tomad; veréis como no me he equivocado.

Flaviano leyó fuerte:

«Alcalde: ten dispuestas veinte raciones para los jinetes, y piensos para los caballos, que llegarán el jueves por la mañana, sobre las nueve; y para el viernes, á la misma hora raciones para siete mil hombres y piensos para doscientos caballos.—El maestre, FRANCISCO DE GÉLVEZ »

—Pero esto era otra cosa, alcalde; yo no soy el capitán García: ese vendrá mañana; yo voy á otra parte y sólo quería saber de vos si hay epidemia en este pueblo.

—Aquí, no, señor.

—¿Y terremotos?

—Estos días tampoco.

—¿Con que es tan buena población?

—La mejor de Méjico. A mí es la que más me gusta.

—¿Pero no conocéis las otras?

—No, señor; por lo que dicen. ¡Cómo me alegro que

no seais el capitán García! Sentía cometer una falta, porque yo soy muy amigo de los españoles.

—No habéis cometido ninguna. Yo no soy capitán ni me llamo García. Nosotros somos cazadores, por eso llevamos estos trajes.

—Para libraros de las garras de las fieras. Muy bien hecho.

—Gracias, alcalde.

—Matad muchas fieras sin temor á la epidemia. Id con Dios.

Les abrieron la puerta y los tres salieron.

—Al mesón,—dijo Osorio al indio:—Vé delante.

Luego cogió la mano de su paje que llevó entre las suyas todo el camino y le dijo:

—Tu ensueño es la exactitud.

—Ya lo sabía yo.

—Mi previsión dudó,—dijo Flaviano,—mas ahora declaro que tu revelación era el anuncio de lo que ya estaba ocurriendo.

—Siempre fué lo mismo.

—Es un don del cielo que te durará ínterin seas doncella.

—Es decir, toda la vida.

—¡Quien sabe!

—¿Dejasteis de meditar?

—Sí, amiga; aun cuando dudé tuve en cuenta la predicción y con arreglo á ella formo mi plan que empezaremos á realizar mañana.

Sin soltar la mano de su paje se incorporaron los dos con el guía, preguntándole Osorio:

—¿Se puede por una recta ir al otro camino desde este pueblo?

—Sí, señor.

—¿Cuántas leguas tiene esa travesía?

—De cuatro y media á cinco.

—¿A campo traviesa?

—No es posible de otro modo.

—Llegaremos cerca de una población.

—Muy cerca, señor.

—Está bien, vé delante.

—¿Qué os proponéis, señor?—le preguntó Luisa.

—Luego lo sabrás.

—Vamos por la calle y pudieran oirnos. Ya puedo ser explícito con mis hermanos, y á la vez te enteras.

Y continuaron caminando hasta llegar al mesón.

Luego se sentaron á cenar los cinco apareciendo Flaviano expansivo.

Julio le notó en el semblante lo que pasaba en su espíritu, mas nada le preguntó: esperó á que Osorio hablase.

Al terminar la cena dijo el general á su criado:

—Reina, cenad con calma y mañana no tengáis prisa ni madrugueis. Dejaremos esta población después de las nueve de la mañana.

—Muy bien, señor.

—Entera á todos, cenad y cuando hayáis concluido subid á desnudarnos.

Solos ya los cinco, preguntó Julio:

—¿Variamos de itinerario, mi querido general?

—Por completo, mi amado príncipe.

—¿Desde mañana?

—Sí.

—¿Iremos más despacio?

—Mucho más.

—Fué indispensable, Julio.

—Lo dí por hecho, hermano.

—De seguir con la misma dirección nos hubiéramos encontrado mañana con siete mil doscientos hombres dispuestos á arcabucear á todos.

—¿Qué dices, Flaviano?

—La verdad.

—¿Puedes hablar ya?

—Sí, y en ello tengo un placer.

—Pues habla, hermano.

—Mi paje ha tenido una revelación; me la participó, y yo dudé de su exactitud. No puede aventurarse la vida de millares de hombres sin tener seguridad de lo que se hace. Pero no la desatendí tampoco. Fuí precavido y obré de modo que no nos perjudicara si el hecho era cierto, y nada perdiéramos si no era verdad.

—Perfectamente, hermano.

—La revelación era exacta; mañana debe llegar á este pueblo una descubierta, y pasado mañana el ejército.

—¿Quién lo manda?

—El sobrino menor del virrey.

—¿Pero vienen contra nosotros?

—Claro está.

—¿Qué le hemos hecho?

—Todo lo que les haya mentido Lorenzo Alejandre.

—¿Está con ellos?

—Sí, viene con el maestre Gélvez.

—Considero grave la situación.

—Sin los consejos y mandatos de vuestro padre, Julio, nada más sencillo; los hubiéramos batido, derrotado, y luego entraríamos triunfantes en Méjico; pero habría costado mucha sangre, y una batalla de esa naturaleza debemos sólo aceptarla cuando no haya otro remedio.

—¿Pero lo hay ahora?

—Sí.

—¿Quieres decírmelo Flaviano?

—Con mucho gusto. La guerra, Julio, es un juego de ajedrez en su parte teórica: el maestre, que nos tiene miedo, aun cuando le haya hecho creer Alejandre, como sin duda sucederá, que somos un Silva y un Osorio falsificados; sacó toda la guarnición de Méjico para batirnos con más comodidad. Pues bien, eso nos va á proporcionar á nosotros el tomar la capital de Nueva-España sin tirar un solo tiro. Mientras el maestre da un paseo por los alrededores de Veracruz, seguido de los siete mil doscientos defensores de Méjico, nosotros entraremos traquilamente en él.

—¿Y luego?

—Tendrán que rendirse á nosotros, ó sitiará Gélvez á su tío el virrey.

—¡Qué plan tan admirable, hermano!—exclamó Julio.

—Ni su padre,—dijo Godínez.

—Ni los seis invencibles juntos,—añadió Mendoza.

—Todos esos elogios son á ti, Luis, que me has dado la clave,—esclamó Osorio.

—Yo, señor, no he discurrido plan alguno, ni hice otra cosa que contaros lo que á mí me refirieron.

—¿Quién te contó eso, Luis?—le preguntó Julio.

—¡Ah, señor, yo no lo sé!

—¿Que no lo sabes tú?

—No, señor, estaba dormido cuando lo oí.

—¡Cuando lo vió!—esclamaron admirados Mendoza y Godínez.

—No os extrañe, señores; Luis es lo que entendían los árabes por zahorí,—dijo Flaviano;—no es exactamente lo mismo, y menos lo que suponen los supersticiosos de nuestro país que conceden al zahorí la doble vista que penetra en el fondo de la tierra y vé lo que en ella se esconde. Luis dormido recibe algunas veces, pocas, muy raras, la intuición de lo que le está sucediendo en cosa que á él le interesa. Oid lo que me refirió.

Flaviano les contó todo lo que dijo Luisa, y luego lo que había sabido en casa del alcalde, como confirmación plena de la intuición de la joven.

Todos se fijaron en Luisa con admiración y sorpresa.

—Tu paje, hermano, es digno de tí; no se le puede hacer mayor elogio,—dijo Julio.

—¿Comprendéis ahora mi justificada reserva?—preguntó Flaviano.

—Sí, sí, sí,—contestaron los tres.

—Sin esa revelación mañana hubiéramos cubierto de cadáveres los campos mejicanos.

—Aun no es tarde, Flaviano,—dijo Silva.—Alejandre, junto á Gélvez, puede hacernos mucho daño.

—Todo lo sufro yo con paciencia, menos las justas reprensiones del Santo; ganemos tiempo; evitemos por ahora la batalla y que Dios disponga luego lo que estime más acertado.

—Tienes razón, Flaviano, y puesto que tú empezaste el desarrollo de tan admirable plan, conclúyelo, que quiero ser el primero en obedecerte. Tu pobre paje debe estar rendido; vélo con la cabeza inclinada y apagada la vista. Vamos á descansar.

—Yo estoy bien, señor.

—No importa, vamos á dormir.

Cerca de la media noche era cuando todos dormían.

Bien necesitados estaban de aquel descanso.

Godínez y su criado eran los únicos que no llevaban traje de guerra; iban con el que usaban ordinariamente y esta circunstancia vino á favorecer los designios de Osorio.

Hasta las ocho no se levantó el joven general; llamó á Godínez y le dijo:

—Vete á la salida del camino con tu criado. Después de las nueve llegará la descubierta del ejército de Gélvez; son veinte hombres mandados por el capitán García; síguelo, averigua donde se aloja y dímelo inmediatamente.

—Descuidad, señor.

—Si algo puedes averiguar sobre ese hombre, hazlo.

—Muy bien.

Y amo y criado se fueron á la entrada del pueblo por la parte del camino que venía de la capital.

Osorio, viendo levantado á Julio, Mendoza y Luisa, se reunió con ellos en la habitación del primero que era también la suya, y comenzaron á hablar de la guerra y del porvenir.

Serían las diez cuando regresó Godínez diciendo:

—Mi general, ha llegado la descubierta. Son, en efecto, veinte hombres, casi todos indígenas, buenos jinetes, pero no tienen otra cosa buena; creo que podemos cogerlos prisioneros sin disparar un tiro.

—Vamos á lo importante, al capitán,

—Viene, además de ese un teniente indígena, y el primero llega beodo; siempre que puede hacerlo impunemente se bebe una botella de aguardiente, y hoy para tomar la mañana apuró una en el camino.

—¿Donde para?

—En casa del alcalde.

—¿Sólo?

—Completamente; los restantes están alojados en varias otras casas.

—Pues no hay tiempo que perder. Dí á tu criado que compre una botella de aguardiente, del que tenga más grados, y me espere abajo con ella. Mendoza, que nos pongan la coraza, tú la banda además y vámonos.

—¿No me lleváis?—le preguntó el paje.

—Imposible. Luis; no corremos peligro alguno y podías estorbar.

No tardaron en salir Osorio y Mendoza. Delante iba el indígena con una botella de aguardiente.

Llegaron á la casa del alcalde y entraron. Este hablaba con el capitán García cuando aparecieron en la habitación Osorio y Mendoza. El indio con la botella quedó en un pasillo cerca de allí.

—Un tonto y un borracho,—se dijo al entrar Flaviano,—por Dios que la intriga no ha de tener mérito alguno.

Luego se dirigió al alcalde como á un íntimo amigo, mientras que Mendoza estrechaba á García llamándole compañero.

El alcalde lo reconoció y queriéndose hacer lugar con los españoles le alargó la mano diciéndole:

—Aun está por aquí, el valiente cazador de fieras?

—Sí, señor, venimos á saludar al bravo capitán García.

—Aquí está el bravo compatriota,—dijo García.—Vaya un compañero que viene con vos; parece un gigante.

—Donde lo veis bebe más que vos,—le contestó Osorio.

—Más que yo, ni el Padre... Jesús, iba á decir un disparate. ¡Qué ha de beber más que yo!

—Os digo que bebe y resiste más.

—¡Qué tontería, hombre!

—¿Queréis hacer una apuesta?

—Ahora mismo. ¿Apostáis un doblón?

—Aquí está.

—¿Ha de ser aguardiente?

—Capitán,—dijo Osorio á Mendoza.—Traed aguardiente y no me dejéis mal. Alcalde, puesto que los dos

no bebemos, hacedme el favor de enterarme, qué ocurrió aquí en la última epidemia.

—¡Pues no les tenéis poco miedo! Oidlo.

Y mientras el alcalde le refería una hisdoria á que no prestaba atención Flaviano, los dos capitanes bebían aguardiente, poco Mendoza y mucho García.

Cuando Flaviano creyó que el capitán García tenía bastante, dijo al alcalde:

—¿Os habéis enterado de si los restantes alojados que ha traido García están bien y si necesitan algo?

—No, pero...

—Si lo sabe el capitán que viene conmigo, os arcabucea. Son soldados del rey, son nada menos que una descubierta. Corred.

—Voy al momento.

—Reconocéis casa por casa, soldado por soldado, les preguntáis mucho...

—Ya sé, Ya sé. Hasta luego.

Y desapareció de allí.

Osorio hizo señal á Mendoza de que ya bastaba, y éste dejó caer la botella como impensadamente.

—Has perdido, compañero,—exclamó García,—el que rompe la botella, paga.

—Es verdad,—dijo Osorio,—y aquí está el doblón, pero sepamos antes si vuestra cabeza está fuerte; porque esta es una de las condiciones de la apuesta.

—Más fuerte que una roca.

—Lo vamos á ver. Contestad á mis preguntas.

—A todo lo que queráis.

—Veamos: ¿cuántos hombres trae el maestre Gélvez?

—Siete mil doscientos.

—¿Cuántos quedaron en Méjico?

—Sólo un tercio de españoles y los alabarderos del virrey.

—¡Vaya una cabeza; vais ganando! ¿Viene con el maestre un tuerto?

—Sí, Alejandre.

—También es verdad.

—¿Dónde va el ejército?

—Toma, al castillo de Pantoja.

—¿A qué va allí?

—Contra unos aventureros que quieren gobernar este país; y aquí sólo manda el virrey.

—¿Qué les vais á hacer?

—Poca cosa, llevamos orden de don Rafael para no dejar uno con vida.

—¿Es el sobrino mayor del virrey?

—Sí, el hermano de don Francisco; es el que gobierna Méjico, porque el tío está ya muy viejo.

—¿Quiénes son esos aventureros?

—Los hijos de los *Invencibles*.

—Traerán orden del rey.

—Aquí no hay más monarca que el virrey; sólo él manda, y siempre sucedió lo mismo; las órdenes de Madrid no se obedecen.

—Pondréis sitio al castillo.

—Lo tomaremos por asalto á la media hora de haber llegado.

Todavía Osorio le hizo varias preguntas, diciéndole al concluir:

—Tenéis una cabeza admirable; no conozco hombre de más resistencia que vos. Tomad el doblón y hasta la vuelta.

—No, ese dinero se gasta en una comida y en botellas para los tres.

—A la vuelta; tenemos preparada una cacería y hace tiempo que los compañeros esperan.

—¡Pues no se me cierran los ojos!

—Dormid un poco;—dijo Flaviano.—Aquí os queda el doblón.

Y los dos le volvieron la espalda desapareciendo de la casa.

El indígena echó delante y no tardaron en llegar al mesón.

—A caballo,—gritó Osorio entrando.

Minutos después salieron al trote los treinta y dos, á campo traviesa y guiados por el criado de Godínez.

El capitán García por efecto de la embriaguez se quedó dormido en el sofá de paja en que estaba sentado, y así continuó.

El alcalde no se atrevió á despertarle hasta que llegada la hora, le llamó; el teniente comió de pie y salieron del pueblo en dirección del castillo.

García, al recobrar sus facultades recordaba como un sueño la apuesta que hizo con un cazador amigo del alcalde y á nadie dijo nada.

Creyó que su compañero Mendoza, el gigante le llamaba él, era un convidado á la cacería; la embriaguez no le permitió fijarse en las armaduras de plata y

de oro que llevaban el cazador y el capitán, y no tuvo consecuencia alguna desagradable para nuestros amigos un acontecimiento de suma importancia. Verdad es qne lo dirigió Osorio, el cual jamás dejaba cabos sueltos.

CAPÍTULO XLIX

Ganando horas.—La reunión de las fuerzas.—Medidas acertadas.—Todo se puede ganar y todo se puede perder.

Los caballos de nuestros amigos trotaron, luego corrieron, continuando mucho tiempo á escape. Por fin entraron en terreno quebrado y quedaron al paso.

Julio aprovechó aquel intermedio para decir á Osorio:

—Son fuertes.

—¿A qué tanta prisa, hermano?—preguntó Mendoza.

—Nos conviene salir lo antes posible de este terreno é incorporarnos á nuestro ejército.

—¿Vamos á población?

—Sí.

—¿Cuándo deben llegar á ella nuestras tropas?

—Hoy.

—Mucho caminan.

—¿Hablaste con el capitán García?

—Sí.

—¿Te dijo cuanto querías saber?

—Todo.

—¿Traes mala impresión?

—Muy mala.

—¿Qué temes?

—Julio, los sobrinos del virrey se han impuesto á su anciano tío, y no obedecerán las órdenes del rey.

—¿Qué deduces?

—Que va á correr mucha sangre.

—¿Lo decía también la revelación de Luis?

—Sí.

—Lo siento por ellos, por mi padre, por la infeliz humanidad.

—Yo también; pero, Julio, hay que obrar con mucha energía ó seremos víctimas con todos los nuestros, de la ambición de Rafael, de Francisco Gélvez y de tanto malvado como hay en este país.

—Obra como tú puedes y sabes hacerlo. ¿Qué te he de decir yo, conociendo tu nobleza de alma y el amor y respeto iguales á los míos que profesas al Santo?

—¡Terrible misión nos ha encargado!

—¿No es digna de nosotros?

—Acaso, pero es tan difícil.

—Hasta ahora vamos bien.

—Cierto, hermano, pero vamos al centro de la corrupción, de las grandes ambiciones, y aquí interesa á muchos, á muchísimos que no haya paz, orden y concierto. Se han acostumbrado á hollar la justicia, y van imponiéndose de mayor á menor, hasta llegar á la úl-

tima capa social. El maestre atropella al capitán, éste al teniente; las autoridades civiles elevadas á las que le siguen éstas á las más inferiores, y desde la descomposición llegan al caos moral, donde sólo imperan la injusticia y la inmoralidad.

—¡Qué retrato tan exacto acabas de hacer! ¿Osorio, á qué hemos venído aquí?

—Julio, ¿y la sangre que va á correr?

—Si no se puede evitar, que corra. O nos cuesta vida ó imponemos á Nueva España, la justicia, la moralidad y el bien futuro.

—Sea.

—Flaviano, no quiero verte triste ni melancólico; tu vida hace mucho tiempo es una cadena de sacrificios; mi padre lo decía: «el héroe empieza martir,» y no consentiré en adelante que te atormenten ni que te atormentes. Tengo de mi parte la potestad real y tengo á cuantos nos rodean. ¿Me equivoco, Luis?

—No, señor.

—¿Me equivoco, Rogelio?

—No.

—¿Me equivoco Godínez?

—Como vuestro padre, acertáis siempre. En más de una ocasión y en más de diez me ha inspirado compasión ese héroe.

—¿Lo oyes, Flaviano?

—Sí, pero soy el general y mando. A escape.

Habían entrado en buen terreno y comenzaron á galopar.

No pudieron continuar mucho tiempo; los caballos

estaban siendo harto castigados, y sólo podían trotar y con trabajo. Viendo esto Osorio, los puso á un castellano sostenido.

Poco después dijo el guía á Flaviano:

—Mi general, estamos en el camino.

—¿A esto se llama camino en tu país?

—Los hay peores, señor.

—Buen consuelo. Noto que no hay huella que indique haber pasado nuestros soldados.

—No la hay, señor.

—¿Cuánto dista el pueblo más próximo?

—Media legua.

—¿Con dirección á Méjico?

—Si, señor.

—Pues adelante, y en él esperaremos la fuerza.

—Es lo mejor.

—No tardaron en dar vista á un pueblo indio, admirablemente situado, fresco y con unos alrededores pintorescos.

Una hora después llegó la descubierta que precedía á los maestres Fajardo y Almeida.

La mandaba el capitán Guzmán, y le hizo ir Osorio al mesón donde ellos estaban para preguntarle:

—¿Aconteció algo en el trayecto que habéis recorrido?

—Nada, señor.

—¿Hallasteis muchos caminantes?

—No puede andarse camino más solitario.

—¿Cuándo llegará el grueso de la fuerza?

—Al anochecer.

—Imponeos á este pueblo, capitán. Que hallen nuestros jefes y soldados buenos alojamientos, buenas camas y mejor cena.

—Lo vengo haciendo, señor.

—No toméis mucha delantera en lo sucsivo; con una hora basta y lo que ganéis en cada media jornada.

—¿Seguís con nosotros, señor?

—Sí.

—El ejército lo desea, y ha de recibir la noticia con un aplauso.

Partió Guzmán, y nuestros amigos se sentaron á la mesa.

Todos se habían quitado las armaduras, pues no debían salir hasta la mañana siguiente.

Eran cerca de las tres de la tarde; no habían comído nada en todo el día, y les sobraba apetito.

Mendoza empezó con un ave, de la cual dejó los huesos á los quince minutos escasos.

El paje lo miraba y sonreía.

—¿Qué te parece Luis? esto es comer, y no lo que vosotros haceis. Voy con otro pajarito.

—Con otra gallina, queréis decir.

—No cuestiono por el nombre.

—Se conoce que el aguardiente os ha abierto el apetito.

—Paje, no seas insolente con tus superiores; yo no bebo aguardiente, me hizo beber un poco tu delicioso señor.

—¿Y el capitán bebió mucho?

—Media botella.

—Sobre otra que antes apuró; quedaría bueno.

—Luis, te propones que yo no coma, y entiende que yo no te hago caso.

—Me haréis aunque os pese.

—La prueba.

—Vedla: Ya sabéis que adivino; os voy á predecir lo que os va á suceder en Méjico.

—Si, habla.

—Que vais á perecer de una indigestión.

—¡Que yo te haga caso!

—Ved; rien mi señor y el príncipe.

—Porque lo dices tú, no porque tengan chistes tus frases.

—Las mías no, son la vuestras.

—Ni las unas ni las otras.

—Que os ahogáis.

—Tú tienes la culpa por hacerme hablar.

—Pues no la emprende ahora con un trozo de carne!

—Es que aquí no hay pescado.

—Vaya una digestión que va á hacer.

—Laboriosa y nada más.

—¡Qué gestos hacéis!—dijo Luisa.—¿Está dura? ¡Vaya una cara!

—Flaviano, desde mañana, que coma tu paje en otra mesa con arreglo á su clase.

—Casi me alegraré, por no ver esas muecas ni oir el trueno que va á dar vuestro estómago.

—¡Chiquillo más travieso!

—Se me figura que durmiendo habéis de roncar mucho.

—Algo; yo no lo oigo, me lo dicen.

—Daréis estampidos.

—Flaviano, haz entrar en orden á ese niño.

—No te importa.

—¡Qué no me importa y se está burlando de mí!

—Eso prueba lo mucho que te quiere.

—Cuando no come,—dijo Luisa:—¿Vais á atreveros con los postres?

—Después; falta aquella salsa y esos huevos.

—No llegáis á la capital.

—Pues no he de llegar.

Mientras duró la comida, estuvo Luisa atormentando á Rogelio para ver si lograba de este modo que comiera menos.

Después quedaron de sobremesa hablando los cinco, hasta que algo antes de anochecer dijo Osorio á su paje:

—Vámonos.

—¿Volveréis pronto?—preguntó Julio.

—Sí, hermano, me propongo ver cómo llegan nuestros soldados sin que ellos nos vean.

—Es buena idea.

Y desaparecieron paje y señor, buscaron un paraje que llenara su deseo y comenzaron á pasear por el camino.

Minutos después vieron al ejército que empezaba á bajar una cuesta á mil varas de ellos.

En el mismo instante se ocultaron detrás de una

enramada, desde la que podían observar sin ser descubiertos.

No tardaron en aparecer los dos maestres Almeida y Fajardo á caballo; detrás iban los marineros y españoles, luego los indígenas y detrás la caballería.

—Qué aire tan marcial,—dijo Luisa.

—Sí.

—Cantan.

—Los españoles casi siempre.

—¿También frente al enemigo?

—Si no están de servicio, sí.

—¿Qué os parece, señor?

—No se les puede pedir más. Cantan, rien, van alegres y nada temen.

—Con ese pequeño ejército os sobra para conquistar un imperio. El héroe con poco tiene bastante.

—Aduladora.

—Nunca; siempre digo la verdad.

—¡Ay, Luisa, los venceré, pero cuantos van á perecer!

—Quién sabe...

—También tengo yo esa esperanza; lo probable, sin embargo...

—Lo probable es lo que Dios quiera.

—No, eso es lo seguro.

—Pues eso será, y nosotros no lo sabemos aún.

—¿Viste mucha sangre en tu sueño?

—Alguna, mucha no.

Dejaron de hablar después y se fueron hacia el mesón.

Al llegar dijo Julio á Osorio:

—Vendrás satisfecho como yo lo estoy.

—Sí. ¿Los has visto?

—Desde la primera casa del pueblo. ¿A qué distancia de Méjico y el castillo se halla el enemigo?

—Hoy al medio día estaba á la mitad próximamente.

—Cuando ellos regresen á la capital, llevaremos nosotros en ella ocho días.

—Lo menos.

—Podemos ir sin prisa.

—Y sin perder tiempo.

Sabiendo los maestres que estaban allí el general y el príncipe pasaron en el acto á saludarles.

Hablaron, concluyendo por encargarles Osorio que descansaran, cenasen después y volvieran luego con todos los capitanes y oficiales á recibir órdenes.

Así lo hicieron.

Serían las nueve y media de la noche cuando fueron llegando.

Osorio, Julio, Mendoza, Godínez y Luisa, estaban en la mejor y más grande habitación de aquel edificio y en ella los fueron recibiendo. Cuando todos estuvieron, los cnatro Ros se situaron convenientemente para no permitir que nadie les oyera de la gente de la casa.

—Señores,—les dijo Flaviano: — el rey nos ha mandado aquí para que impongamos la justicia, para que moralicemos este país y para que la ley se aplique con rectitud según venimos haciendo. No nos acompañaron ejércitos porque aquí los hay y no debemos ofen-

der la lealtad y honradez de los hombres de bien. Con vosotros nos basta para realizar la difícil empresa que nos ha impuesto S. M.; sois pocos, pero no es cuestión de cantidad sino de calidad y la que vosotros nos ofrecéis no es posible mejorarla. Para normalizar un país tan perturbado desde hace mucho tiempo, un país que tiene ya por hábito la corrupción de costumbres, es necesario hacer grandes esfuerzos y sacrificios; los más desobedecerán al rey como Pantoja, los menos seguirán sus banderas y dirán lo que nosotros: Vamos á vencer ó morir. Hasta ahora todo fué fácil ya lo visteis, pero nos dirigimos á la capital, centro del mal que se extiende por este mísero imperio; allí tiene su foco, sus raices, y para cortarlo hay necesidad de establecer una lucha á muerte entre el bien y el mal; lucha en la que van á perecer muchos, tantos como sean los tercos y algunos leales que no podremos salvar por los muchos peligros de que vamos á estar rodeados.

Españoles y mejicanos: la acción más indigna del hombre, la degradación más inícua del soldado la constituye el hecho de abandonar sus banderas cuando se halla al frente del enemigo. Todavía no estamos en ese caso, aún es tiempo de evitar el mayor borrón con que puede teñir un sér humano su vida, su honra, su presente y su porvenir. El que no quiera seguirnos que se ausente de aquí, el que carezca de valor para dar su vida por el rey y la honra de su patria, que nos deje; prefiero veinte leales, veinte valientes, veinte decididos á un ejército compuesto de millares de hombres

mezclados de traidores. Salid os digo; ahora es tiempo, nada haremos hoy al que nos abandone; ¡ay del que nos deje después! ¡ay del que dude luego en obedecer al rey! ¿Ninguno se mueve, ninguno sale? Hablad, yo os lo ruego.

Fajardo exclamó:

—Yo me quedo porque juré morir defendiendo las banderas de mi rey, y me quedo por merecer la honra de ser conducidos al combate por dos héroes, en cuyas frentes brilla el genio de la gloria. Compañeros, á vencer ó morir con el príncipe y con el mejor general del mundo. A vencer ó morir por la patria, por el rey, por vuestra honra. ¡Viva Felipe III

—¡Viva!

—¡Vivan vuestros héroes!

—¡Vivan!

—¿Todos hacéis vuestras las frases del maestre?—preguntó Osorio.

—Todos, todos. ¡Ay de nuestros enemigos! ¡Hurra! ¡Venga el combate ahora mismo! ¡Que venga!

Dominando la voz de Osorio, el tropel de vivas, hurras y amenazas al enemigo que se multiplicaban, añadió:

—Gélvez, al frente de la guarnición de Méjico, abandonó la capital y corre hacia el castillo, que nosotros hemos abandonado para medir sus armas con las nuestras. Lo sospechaba, pero no he tenido certidumbre hasta hoy. Que vaya al castillo, no nos oponemos ínterin recibe el primer desengaño, nosotros tomaremos la capital para recibirlo después con las bocas de los

cañones. Ese es mi plan; eso vamos á hacer. Todo por la patria y por el rey: ¡hermanos de España y de Méjico, á vencer ó morir!

—¡A vencer ó morir!—gritaron, y sus atronadoras voces fueron repetidas por los cóncavos de los montes.

Todos se disputaron la honra de estrechar las manos que les alargaron Julio y Osorio; los indígenas las besaban.

Según iban saliendo, repetían unos los vivas, otros los hurras y después las amenazas.

Cuando se vieron solos, exclamó Julio:

—No quieres la guerra, Flaviano, y hasta tus frases son de fuego. Rehusas el combate, y cada palabra tuya es un acero que ha de segar cien vidas de nuestros enemigos. No quieres la pelea, y has convertido en demonios exterminadores á esos valientes; ¿qué digo? Hasta ese niño Luis presentaba encendido el semblante, sus ojos parecían dos ascuas, y maquinalmente llevó su diestra al mango de su daga.

—¡Y el Santo, Julio!

—Flaviano, el Santo irá derecho al cielo; él nos ha mandado á Méjico, vamos á esa capital, y hazme el favor de no querer y respetar más á mi padre que yo.

A las diez y media todos dormían.

La paz había sustituído á la atmósfera de guerra que reinó en aquella morada.

Todo era ya silencio y sueño.

Los dejaremos descansar.

CAPITULO L

Osorio y Godínez.—Prosigue la marcha.—Llegada á la capital. Triunfo completo.—La mayor desgracia que podía ocurrir.

Antes de amanecer ya estaba levantado Osorio, llamó á Godínez y le dijo:

—Monta á caballo inmediatamente, y seguido de tu criado os adelantáis á la capital. Os adelantáis cuanto os sea posible, volad. Ya en Méjico, examinas los cuerpos de guardia, los fuertes, te enteras de la fuerza que ha quedado, adquieres todas las noticias que pueda convenirnos saber, y te vas al pueblo más próximo de esta carretera, que en él te hemos de esperar ó nos esperas. ¿Comprendes la importancia de la comisión que te doy?

—Sí, señor.

—¿Podrás desempeñarla con acierto, con todo el acierto que nos es indispensable?

—Sí, señor.

—Toma, en este escrito hallarás las instrucciones que necesitas. Parte.

—Que el cielo os guarde, señor.

—¡La Providencia te inspire y vele por tí y por nuestra causa!

A las cuatro de la mañana salían Godínez, su criado y el capitán Guzmán, con la descubierta que precedía al ejército.

Pronto los dos primeros adelantaron á los otros, corriendo sus caballos con cuanta velocidad les era posible.

El ejército salió poco después de las cinco.

Delante iba la infantería, con los dos maestres á la cabeza, detrás la caballería, yendo á su frente Julio, Osorio, Mendoza y Luis.

Los Ros ocupaban sus puestos, como tenientes y alféreces en la caballería.

Los peones que daban dirección, no iban ni muy de prisa ni despacio; era un paso un poco vivo sostenido.

No se había apagado el entusiasmo que Osorio despertó la noche antes en el ejército; todos iban contentos, satisfechos, cantaban, reían, y hasta Flaviano, que era el menos comunicativo y más ensimismado, hablaba con su hermano, con su bello paje, y á veces sonreía.

Y era que todos tenían el convencimiento de su propia fuerza y la superioridad que da la perfección relativa y la justicia de la causa que defendían,

Ninguno dudaba de que sufrirían algunos de esos

reveses tan propios en la guerra, pero daban por hecho que el fin coronaría con la victoria la obra empezada con tanto acierto, valor y sabiduría por el príncipe y el inimitable general que los mandaba.

Anduvieron cinco horas; llegaron á un pueblo pequeño; poco después de las diez almorzaron y á las dos comieron. Guzmán les tenía dispuesto alojamiento y raciones.

Salieron á las cuatro y anduvieron hasta las ocho que llegaron á otra población mayor. Allí cenaron y durmieron volviendo á salir á las cinco de la mañana.

De esta manera continuaron.

En todas las poblaciones del tránsito los juzgaban tropas del rey al servicio del virrey y no oponían reparo alguno lo que mandaban y podían.

Las comunicaciones en Nueva España eran en la época en que pasa nuestra historia escasísimas. Para correr partes se hacía uso de andarines, y éstos iban á pie de un punto á otro, por orden de la autoridad ó por encargo de los particulares ricos. Estos correos no tenían sueldo ni otra cosa que una cantidad por viaje que pagaba el que mandaba á este ó el otro punto al andarín. La retribución era de un tanto por legua y tan caro salía este servicio que eran pocos los correos que se les veía en los caminos. Sólo la Compañía de Jesús tenía en esta época un buen servicio regular, y organizado en todo el imperio mejicano. Eran los únicos que todo lo sabían y de todo estaban enterados.

Desde que llegaron Julio y Osorio á Méjico los favorecieron indirectamente, pues sabían quiénes eran,

lo que intentaban, y el respeto y admiración que el mundo tenía á sus padres, siendo aún mayor el suyo al príncipe de Italia.

Por esa causa sólo los sobrinos del virrey y algunos jefes del ejército tenían noticia de la llegada de los españoles á Veracruz y de algo de lo que habían hecho, desfigurado y expuesto por Lorenzo Alejandre, como es de presumir. Si este malvado no los hubiera enterado, es indudable que nuestros amigos llegarían á la capital sin que lo hubiera sabido otra clase social que la compuesta por los jesuítas y aun de éstos los jefes.

A pesar de la llegada de Alejandre y de las noticias que dió no hubieron corrido éstas; se circunscribieron á un reducido círculo militar, el cual, en su inmensa mayoría caminaba ahora hacia el castillo que edificó Pantoja cerca de Veracruz.

Ni el virrey, anciano y achacoso sabía nada, por tener confiado el gobierno del imperio á sus sobrinos, ni otros que su sobrino Rafael y los confidentes de este hombre funesto sabían nada. De los eclesiásticos conocían el hecho el arzobispo de Méjico y algunos jesuítas.

Malos los caminos, largas las distancias y vigilados aquellos por bandoleros, era muy raro el que se atrevía á cruzar una carretera desde el principio hasta el fin; á lo más que osaban era á cruzar por trozos de ellas como caminos vecinales.

Esta era la situación del imperio en tales momentos; de cómo se hallaba la capital nos dará razón cierta Godínez.

Al cuarto día, cerca de anochecido llegó el ejército de Osorio y Julio á un pueblecito que distaba media legua de la capital. Parecía escondido entre inmensos árboles que llegaban hasta las puertas de la gran ciudad mejicana.

Casi á la vez entraba Godínez y no tardó en encerrarse con Julio y Osorio.

—¿Has llenado tu misión?—le preguntó el último.

—Sí, señor, previo incidente que pudo haber tenido para mí fatales consecuencias.

—Empieza por ese.

—A la mitad del camino, de noche ya y en medio del bosque, fuimos sorprendidos mi criado y yo por una partida de bandoleros á caballo que no bajaría de veinte hombres. Eran indios, pero estaban mandados por un español. De pronto nos rodearon; el capitán me amenazó con su espada, pero gracias á vuestro obsequio de un par de pistolas de dos cañones cada una, lo derribé de un tiro, disparando los tres restantes sobre los indios que huyeron espantados al verse matar con un arma tan corta como desconocida por ellos.

—¿Cuántos derribastes?

—Tres.

—¿Quién te enseñó á manejar la pistola?

—Andrés, Ros y el capitán Mendoza.

—Tus maestros hubieran muerto á cuatro.

—No lo dudo, mas para aprendiz hice lo bastante.

—¿Y luego?

—Nadie nos impidió ya el paso, y llegamos á la

capital en el menos tiempo posible. María, que tiene huéspedes en su nueva casa, y no ha perdido su antigua costumbre de indagar y saber, fué la primera que me ilustró. Después empleé treinta y seis horas en visitar á mis amigos, uno de ellos al servicio del virrey, recorrí todo Méjico, y os traigo señor cuanto necesitáis saber.

—Empieza por la situación de la capital.

—Es la mejor para nosotros; ni cabe más tranquilidad, más ignorancia de lo que ocurre, ni más abandono. El virrey nada sabe, y su sobrino Rafael, enterado de todo, al parecer, por el malvado Alejandre, mandó á su hermano Francisco con casi toda la guarnición de la plaza. Teme sin duda que arranquéis de su mano el omnímodo poder que la ancianidad de su tío le ha cedido y mandó contra vos todo lo más que era posible, quedando satisfecho, y creo que hasta tranquilo. Noticias fidedignas de los dos hermanos: Rafael es astuto, reservado, tiene talento, y jamás repara en los medios que emplea para conseguir lo que se propone.

—Es decir; que no tiene conciencia.

—Sí, señor. Es déspota, tirano, ambicioso, poco expléndido y cobarde. Su hermano Francisco es valiente, casi temerario, carece de entendimiento, y es en la capital un instrumento de su hermano; ahora lo será de Alejandre. Tiene Francisco dos grandes defectos, que son, la terquedad y la soberbia. El virrey sólo tiene una hija de veinticuatro años, morena, agraciada, muy elegante, con la que quiere casarse su primo Rafael.

—¿Le quiere ella?

—No se quieren ninguno de los dos; son caracteres distintos; él pidió su mano, que hace tiempo le concedió su tío, por ambición, y ella le desdeña y se niega con firmeza á unirse á ese hombre, porque le parece feo, antipático y poco hombre para ella.

—¿Siendo el que manda?

—Eso dice él, pero ella le contesta que todo el poder es de su padre, que él sólo es maestre de campo, y que ella aspira á más. Cuando el padre le habla de esa boda, le contesta que mientras él viva no se casa para dedicar todo su tiempo al anciano autor de sus días.

—Muy bien, Godínez; sepamos ahora lo siguiente: ¿cuántos fuertes hay en la capital?

—Tres torres con artillería.

—¿Qué fuerzas las guarnecen?

—Sólo los encargados de los cañones.

—¿Qué guardias cuentan?

—Las del palacio y las de entrada á la ciudad,

—¿Nada más?

—No, señor.

—¿Qué fuerzas dejó Gélvez?

—Un tercio, cien alarbaderos y los encargados de los cañonss.

—¿Está acuartelado el tercio?

—En el palacio.

—¿Quién lo manda?

—Don Rafael.

—¿No se habla en la capital de nosotros?

—Los poquísimos que pueden tener noticias se ca-

llan, y la verdad es que nadie se ocupa de la llegada de nuevos españoles.

—¿Cómo han disculpado el hecho de dejar la ciudad indefensa?

—Han hecho correr la voz de que el maestre don Francisco va á batir los sublevados de Analmac, llamados chichimecos.

—¿Qué vida hacen el virrey, su hija y sobrino?

—Todas las tardes salen los tres en carroza y todas las noches reciben á damas y caballeros de los más principales. El resto del día lo ocupa el virrey en oir lo que leen, su hija en hablar con amigos y el sobrino en conversar con sus amigos y en dictar órdenes que hace firmar á su tío.

—¿Hasta qué hora dura la tertulia?

—Termina á las diez de la noche; á esa hora cenan y se retiran á descansar. El maestre don Rafael sale á esa hora todos los martes, viernes y domingos, y pasa todo el resto de la noche fuera del palacio.

—¿Sin excepción?

—Dicen que no.

—¿Conoces el edificio donde pasa esas noches?

—Todo el mundo lo sabe.

—¿A qué hora se cierra la entrada en Méjico?

—A las nueve de la noche.

—Son las siete. A las ocho saldremos, y media hora después tomaremos la ciudad. Dad la orden á los maestres.

Osorio se quedó solo con Julio, le comunicó su plan; aceptado por éste salieron, uniéndoseles Mendoza y Luisa.

Compraron todas las hachas que había en aquel pueblo, y á las ocho, después de recibir cada jefe y cada oficial la orden que debía cumplir, se pusieron en marcha, yendo delante Osorio, Julio, Mendoza, Luisa y Godínez. Inmediatamente detrás iban los Ros y siete criados, y detrás el ejército en el mayor orden; pero nadie hablaba ni promovían otro ruido que el monótono de las pisadas.

Llegaron á la capital y entraron sin oposición alguna. Mudaron la guardia, dijeron á los que las montaban quiénes eran, la obligación que tenían de servir al rey y los dejaban en libertad de elegir entre ellos á los del virrey. Pocas frases, pero claras y concretas. La mayor parte se quedaban con los de Osorio, á los que podían irse con los del virrey los hacían prisioneros y los encerraban, dejándolos custodiados.

De este modo tomaron las tres torres y todas las entradas, estableciendo guardias y puntos de defensa que dejaban guarnecidos.

Con tal arte y ciencia establecía Osorio estas guarniciones, que ninguna quedaba aislada. Después alistó cien mejicanos encargados de llevar y condimentar la alimentacion á los jefes, oficiales y soldados que le seguían.

En un hermoso cuartel de la ciudad se alojó la caballería y la parte de infantería que no estaba de servicio. Era un local dispuesto para cuatro mil hombres y tenían por consecuencia los de Osorio terreno sobrante.

Mientras Flaviano disponía personalmente cuanto

acabamos de decir, Julio, seguido de Godínez, de Mendoza de los cuatro Ros y siete criados, entró en la casa de María, escribiendo el siguiente pliego:

«Señor virrey:

En nombre de mi augusto primo, su majestad el rey don Felipe III, he tomado posesión de esta gran capital.

Os suspendo como representante del monarca y con poderes bastantes, en el ejercicio de virrey hasta tanto me déis cuenta de todos vuestros actos y os justifiquéis de las inmoralidades é injusticias que toleráis en vuestro virreinato.

Me manda el rey en unión del excelentísimo señor don Flaviano de Osorio, general en jefe de todas sus fuerzas de mar y tierra para imponer la justicia en todos sus estados, y el que nos desobedezca ó vacile, será en el acto pasado por las armas.—*El príncipe Julio* »

En el acto fué mandada al virrey, llevándola el mismo Mendoza y entregada á su sobrino Rafael, que era el encargado de abrir toda la correspondencia.

Eran las nueve y media de la noche, y se hallaban las tertulias del palacio oyendo una romanza que cantaba, acompañada de arpa, la hija del virrey, marqués de Gélvez.

La graciosa joven tenía poca voz, y cantaba bastante mal, pero al padre le parecía un ruiseñor, y el primo al acabar la última nota, batió palmas, siendo interrumpido por un paje que le ofreció un pliego en bandeja de plata.

—Señor,—le dijo,—de parte del príncipe Julio.

Al oir este nombre palideció, preguntando al criado:

—¿Quién ha traido ese escrito?

—Dijo el capitán de guardia que era el capitán don Rogelio Mendoza, marqués de Abella.

El rostro de Rafael quedó de color de cera, pero tuvo fuerza bastante para abandonar el salón y entrar en su despacho.

Se dejó caer en un sillón, y abrió con mano trémula el fatal escrito.

Luego empezó á leer. Cada frase escrita era un dardo que se clavaba en su alma.

Al acabar, pálido y demudado, parecía faltarle la vida.

Cuando logró reponerse algo, hizo comparecer al capitán de guardia, preguntándole:

—¿Quién ha traído este escrito, capitán?

—Don Rogelio Mendoza, marqués de Abella.

—¿Sabes tú que era el mismo?

—Señor, lo dijeron él, su armadura de plata y oro y el desdén con que me arrojó el pliego.

—¿Qué ocurre en Méjico capitán?

—Debe ser cosa grave, señor; está la ciudad alumbrada con teas; sólo se ven soldados, oficiales y jefes por las calles, y al militar que cojen lo hacen prisionero.

—¿Quién?

—No lo sé; acaba de referirme lo que os he dicho, un criado vuestro, que venía con dos alarbarderos, y se han llevado á estos últimos.

—¿No sabes más?

—No, señor.

—Que venga ese criado. Poned inmediatamente tode la fuerza, tercio y alabarderos, sobre las armas, y que no entre ni salga nadie sin mi permiso, á excepción de los tertulios de mi tío. La fuerza se rechaza con la fuerza; cerrais el palacio.

Poco después le contaba el criado lo que había visto, excitado por la curiosidad, luego añadió, que prendieron á los dos guardias, y el maestre comprendió por el relato que era verdad cuanto Julio de Silva decía en su despacho.

—¿Pero cómo puede ser esto?—exclamó.—¿Por dónde han venido esos hombres sin encontrar á mi hermano? Me vuelvo loco y no doy con la solución del problema. ¿Será todo ello una traición de Alejandre? No lo creo, habló de ellos con un odio y rencor, que salían de su alma, y Lorenzo no pudo engañarme á mí. Son ellos sólos; ¡oh, si se parecen á sus padres, estamos perdidos. Entran en Méjico como sus padres entraron en el Perú. ¡Maldición sobre ellos y todos los de su casta! Pero no es cosa de amilanarse; todas mis desgracias las he conjurado siempre con ideas. Tengo en el palacio fuerza bastante para defenderlo un mes. Meditaré; ese es el camino.

Y quedó ensimismado, sin perder su palidez y descomposición de semblante. Al cuarto de hora volvió á exclamar:

—Cuando no se puede con la fuerza se rucurre á la intriga. ¡Ah, señor Silva, de esta no te libra ni toda la santidad que suponen á tu padre!

Y comenzó á escribir dos pliegos, que luego hizo firmar á su tío.

Volvamos con nuestros amigos.

A la media noche, entraron Osorio, Luisa y dos maestres en la casa de María, y se sentaron á cenar con Julio, Mendoza y Godínez.

El primero enseñó á Flaviano el borrador del pliego mandado al virrey, lo leyó, le pareció muy bien y cenaron.

El golpe que acababan de dar era decisivo.

La capital de Méjico era de ellos, sin disparar un tiro, de doscientos soldados que cogieron ciento ochenta formaban ya en sus filas, tenían los veinte restantes en calabozos, y en el parque hallaron cerca de trescientos cañones útlles, diez mil arcabuces en buen estado y otras armas bastantes á proveer un ejército de veinte mil hombres.

Su ejército lleno de júbilo y de entusiasmo, inventaba himnos á su general, que entonaban con alegría.

A la una todos se retiraban á descansar.

Amaneció por fin el día más funesto para la vida de Osorio; el día en que más debía sufrir; el día en que por primera vez de su vida llegó á su mente la idea de atravesar su corazón con su propia daga.

A las ocho de la mañana se levantó, comenzando á dictar medidas desde la modesta casa de María; los héroes, empezaban la carrera de sus triunfos en Méjico, habitando uno de sus edificios más vulgares.

No eran palacios ni castillos lo que ellos buscaban,

era la moralidad, la justicia, el triunfo de la honra de España sobre todas las maldades:

Mandó Osorio fijar en todas las esquinas de la capital, una alocución á los españoles y mejicanos, en la cual se patentizaba la corrupción en que estaba Méjico y la decisión del príncipe y suya de cortar todos los males en nombre del rey, que les había confiado misión tan honrosa y digna en pechos nobles y esforzados.

Luego hacían un llamamiento al patriotismo de los españoles y otro al de todos los mejicanos honrados, concluyendo con afirmar, que la ley sería inexorable con los que se opusieran á los mandatos del rey.

Hecho esto, montó á caballo, y seguido de su paje, y una regular escolta, recorrió todos los puntos donde había fuerzas y luego toda la ciudad que reconoció y estudió hasta aprendérsela de memoria.

Como le sucede á todo vencedor, empezó siendo aplaudido por sus soldados y poco á poco, lo fué por casi todo Méjico.

¡Quién no lanzaba un viva á un general tan joven, tan valiente, tan bello, que ofrecia hacer la felicidad de todos los mejicanos! Hombres, mujeres y niños le aplaudían, y hubo calle en que las damas le cubrieron con hojas de rosas.

Ningún caso hacía él de aquella ovación, concreto siempre al estudió que iba realizando.

También hubo vítores para Luisa. La juzgaban un ayudante y al verlo tan joven y hermoso, les parecía un ángel disfrazado de hombre.

Ella sólo miraba A Flaviano, desdeñando las flores dirigidas á su persona.

Eran ya las dos de la tarde cuando se retiraba Osorio á comer, seguido de la multitud que lo aclamaba.

Al llegar á su casa salía á caballo Mendoza, encendido su rostro y despidiendo fuego sus ojos.

—¿Qué sucede, hermano?—le preguntó Osorio sorprendido.

—Una grave desgracia. ¿Dí, hermano, por qué no dejaste á Julio que te acompañara, como él quería?

—Rogelio, los principes nada tienen que hacer mientras los generales vigilan y observan.

—¡Qué desdicha, hermano!

Ya habían echado pie á tierra, la puerta de la casa se cerró tras ellos, pues despidieron la escolta y quedando Osorio y Rogelio y Luisa solos, preguntó el primero al segundo:

—¿Dónde ibas tan descompuesto?

—A buscarte.

—¿Qué le ha sucedido á nuestro hermano Julio?

—Arriba te espera el arzobispo que de todo te enterará. Lee ese pliego de Gélvez dirigido á tí y en él te anunciará probablemente nuestra gran desgracia.

Con rapidez, leyó Flaviano las siguientes líneas:

Señor Osorio:

«Tengo prisionero de guerra á Julio de Silva. Os advierto que en el momento que atenteis contra mi tío,

mi prima ó contra mí, rodará la cabeza de mi prisionero.

RAFAEL DE GÉLVEZ.»

—¡Prisionero mi hermano!—gritó Flaviano con acento desgarrador.—Y no puedo atentar contra sus enemigos! ¡Me sobra ya la vida!

Y cogió con su diestra el mango de su daga.

Pero el paje cayó sobre él como un león, y le contuvo diciendo:

—¡Loco, os olvidáis de la vida del príncipe, de vuestro padre, del Santo, de mí!

Y rodando por sus mejillas dos ardientes lágrimas añadió:

—¡Y dice que nos ama! ¡Qué ingratitud!

Osorio la miró con ojos espantados, pero ella clavó los suyos en los del general y debieron humedecerse con el líquido de sus dos lágrimas, el fuego que despedían los de Flaviano, porque dejó caer las manos diciéndole:

—Nada temas por mí, fuí víctima de un vértigo que ya pasó. Gracias, Luis, gracias.

Luisa arrancó el despacho de su mano y lo leyó, diciéndole:

—Creí que era otra cosa más grave. Señor, el destino pide á vuestro talento una prueba de su grandeza. ¿Os negais á dársela?

—¡Una prueba de mi talento! ¡Sí, eso es! Una intriga horrrble, una traición funesta arrancó á mi co-

razón un querido pedazo; pues bien, volverá conmigo y el del malvado lo desharé como este papel.

Y cogiendo la carta de Gélvez, la deshizo con sus dedos. Luego añadió:

—Tu mano, paje.

Y la beso repetidas veces, diciendo:

—Has vuelto á salvar mi vida y ahora fué con una idea. Dios te premie la acción y continúe iluminando tu entendimiento.

Y salió, abrazado á él en busca del arzobispo.

Mendoza les seguía llorando como un niño.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DE LOS

CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO

Capttulos		Págs.
I.....	Madrid en el primer tercio del siglo XVII.—Los dos héroes en miniatura.—Una bella y angelical italiana.—El rey.—La majestad sobre la razón.—La reina.—El primer triunfo de un héroe.	3
II.....	Un monarca celoso y ofendido —El favorito y el rey.—El palacio de los invencibles y lo que en él ocurría. El Santo....	22
III.....	El primer asesino.—Varias sorpresas, esperadas unas é inesperadas otras —El conflicto acrece. —La muerte.....	40
IV.....	La ilusión de un delincuente.—Serenata.—Desesperación de un favorito.—Otro triunfo de Osorio,—Nuevos acontecimientos.....	52

Capítulos. Págs.

V..... Las contrariedades de un favorito.—Golpe fatal. —Un callejón sin salida.—La audacia de la desesperación, ... 82

VI..... La policía del siglo XVII.—Sorpresa y prisión.—Una insigne torpeza del favorito y del alcalde. —Flaviano de Osorio digno sucesor del duque del Imperio.—La libertad.—Conatos de un crimen.—La pelea.—Catástsofe..... 100

VII..... Una inteligencia superior y cinco instrumentos de primer orden.—Sorpresa.—La casa misteriosa.—Al sótano.—Ni la paz y caridad salvan al favorito.—Lo que ocurre en una mísera celda.—La resonancia que tiene en el real alcázar los acontecimientos anteriores 116

VIII..... Madrid después del acontecimiento anterior.—El palacio de Silva.—Un notable paseo.—Vuelve á presentarse en escena el duque de Uceda. —La ambición ni se arrepiente ni se enmienda como veremos más adelante..... 137

IX..... Una entrevista importante.—Empieza el desarrollo de una intriga que debe concluir con una gran maldad.—Otro crimen oculto entre las sombras de la noche..... 154

X,..... Las consecuencias de un nuevo atentado.—Otra vez en campaña Magdalena.—El diablo inspira muchas vees á algunas hijas de Eva.—Golpe afortunado.—Sucumbió el noble león..... 170

XI..... El conflicto.—El pensamiento de Flaviano.—Algo hay que confiar á la suerte.—La muerte aparente.—Alegría del favorito.—Misterio de una terrible sentencia..... 207

XII..... Una nueva intriga del duque de Uceda.—El cómplice.—Plan acordado para la perpetración de

Capítulos. Págs.

un nuevo delito.—El rapto.—Fiasco y humillación..... 231

XIII..... Las consecuencias de un rapto.—De conflicto en conflicto.—Al acto de humillación sigue el de la venganza.—Un duelo á muerte.—Otro fiasco. 256

XIV..... Un envenenador consumado.—La Inquisición por dentro.—Hábil sospresa.—Convalecencia del duque de Uceda..... 280

XV..... Los trabajos de zapa.—La mina.—La ambición donde no debía haberla.—La más refinada hipocresía.—Los momentos antes del golpe.—*Consummatio perfectio*.—La inquisición..... 304

XVI..... El tormento de Uceda.—Los interrogatorios.—El escapado y el monarca.—La Inquisición y el rey.—De potencia á potencia.—Triunfó el más fuerte..... 330

XVII..... Los regios esposos.—El monarca y el arzobispo de Toledo.—El Santo y el pecador.—Confesión.—Verdadero arrepentimiento..... 356

XVIII..... Los dos padres y los dos hijos.—Obediencia ciega.—Tritnfa Alice para ser más desgraciada que nunca.—Preparativos de marcha..... 371

XIX..... Despedidas.—Alice y Flaviano.—El puñal envenenado.—A Cartagena..... 385

XX..... Cartagena.—Rogelio Mendoza, marqués de Abella.—Con lo que no contaban.—Silva y Osorio.—Un compañero más..... 405

XXI..... Despedida de Cartagena.—El navío *Invencible*.—La gente de á bordo.—El primer día de navegación..... 421

XXII..... La vida del navegante.—Málaga, Cádiz y alta mar.—Los héroes y un teniente de marina.—

Capítulos		Págs.
	Un discípulo del general Roch	443
XXIII	La calma chicha.—Todo tiene su término,—La tormenta.—El grave peligro.—Remedio heroico.—El ciclón	457
XXIV	La soberbia de un preso —Terminan las consecuencias del ciclon.—A navegar otra vez.—La Habana	482
XXV	América.—La habilidad sustituye á la fuerza,—Un polizonte de oro.—Un maestre de campo.—En Cuba siempre sucedió lo mismo	497
XXVI	Una quinta en la Habana.—Regreso.—Las primeras medidas	522
XXVII	Llegó el día del juicio. La audiencia.—La tiranía, el despotismo y la injusticia en su grado máximo,—El castigo	535
XXVIII	La justicia.—La modcstia.—La virtud.—Así se gobierna	551
XXIX	Una imprudencia.—Las pelotas del siglo XVII.—Milagro.—Los heridos	566
XXX	Consecuencias de la batida.—Despedida.—La historia de un criminal	578
XXXI	La salud de un malvado.—El diablo y su ahijado.—A Méjico	594
XXXII	El capitán don Raimundo Izquierdo.—Dlálogo importante.—Los preparativos	609
XXXIII	Tres indios falsificados y uno verdadero.—Los montes Traspalmeros.—Un cacique como hay pocos	624
XXXIV	Una india brava.—Los escritos.—La comida.—Todo empieza bien	643
XXXV	Las fuerzas del adelantado.—El capitan español Almeida.—Una carrera á mata caballo.—Regreso á Veracruz	654

Capítulos.		Págs.
XXXVI...	Principian los acontecimientos.—Un pequeño ejército.—Delante el genio, detrás otro genio y la fuerza.—El campamento español.....	667
XXXVII..	Un diálogo precursor de una gran tormenta.—Se levanta el campo.—Todo es hoy paz,—El castillo.....	688
XXXVIII.,	Entre los montes palmeranos.—La casa de un gran cacique.—El cacicazgo de Balaco.—La ferocidad primitiva.—Una escaramuza sangrienta.....	696
XXXIX...	Al amanecer,—La marcha.—Sorpresa sin consecuencias.—Empieza la pelea.—Peripecias.....	716
XL.....	La calma.—El anochecido.—Lucha á muerte sin batalla.—A la vez el incendio.—Acabó la pelea.	728
XLI.....	La paz.—Hasta las fieras son agradecidas.—Retirada.—Recibimiento.—Otra vez el cacicazgo de Oaxacay.....	740
XLII.....	El sueño.—La muerte disfrazada de indio.—La extrangulación.—Una india de oro.....	750
XLIII.....	El último reconocimiento.—Un paseo por la tierra virgen.—La culebra más grande que existe.—Los jaguares.....	764
XLIV.....	La revolución moral.—Merecidos ascensos.—Despedida.—Regreso al castillo.....	779
XLV.....	Los dos genios.—La sentencia de muerte.—Ejecución.—Regreso de Luisa.—Un paje delicioso.....	789
XLVI.....	La gran maniobra.—Preparativos.—Despedida.—El padre y la hija.—Nombramiento acertado.....	804
XLVII....	Un sueño.—Por si acaso.—La duda atormenta al héroe.—Marcha precipitada.—Continúa el mis-	

Capítulos		Págs.
	terio	816
XLVIII....	Continúa el misterio.—Un alcalde bobalicón.—La sospecha y duda dejan de serlo.—Triunfo del paje.—Un capitán mandado hacer de encargo	826
XLIX.....	Ganando horas.—La reunión de las fuerzas.—Medidas acertadas.—Todo se puede ganar y todo se puede perdcr	842
L.....	Osorio y Godínez.—Prosigue la marcha.—Llegada á la capital.—Triunfo completo.—La mayor desgracia que podía ocurrir	854

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

ADVERTENCIA

—

Advertimos á nuestros apreciables suscritores que la plantilla para la colocación de láminas, la publicaremos al final de la obra.

CATÁLOGO
DE LAS OBRAS QUE TIENE ESTA CASA EN VENTA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

	Pesetas.
El Cid Campeador, tres tomos	15,00
El Rey del Puñal	20,25
El Rey Maldito	25,00
José María el Tempranillo	27,00
La Reina Gitana	17,50
El Corregidor de Almagro	22,00

POR CERVANTES

El ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha	27,25

POR D. ANTONIO HIDALGO DE MOBELLAN

Pedro de Alvarado	20,00

POR D. MANUEL AMOR MEILAN

Una lágrima de Sangre	6,00

POR D. ANTONIO DE SAN MARTIN

Nerón, dos tomos	14,50

POR D. RAMON ORTEGA Y FRIAS

Un Reinado de Maldades, dos tomos	8,00

POR A. DE LAMARTINE

Hernán Cortés	27,50
Cristobal Colón	31,00

POR D. FLORENCIO LUIS PARREÑO

El Héroe y el César, dos tomos	13,25
La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo	19,50
Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera	16,00
Jaime Alfonso el Barbudo, dos tomos	15,00
El Rey Chico, la Gran Reina y los Españoles de Antaño	13,50
Pedro el Temerario	24,50
El Crímen sacrílego	19,25
El Cáncer de la Vida	22,00
Los Héroes del Siglo XVII	15,50
El Sino de los Héroes	17,00

POR D. JULIAN CASTELLANOS

La Bruja	17,50

POR D. RAFAEL BENITEZ CABALLERO

El Barquero de Cantillana	17,75

EN PUBLICACION

La Naturaleza (Historia Natural). Buffón Novísimo.
Historia de la Guerra civil con la Regencia de Espartero.
El Duende de la Corte.
Resumen de la Historia de España, por D. José Pulido Espinosa; para uso de las escuelas.—Precio; Una peseta.

A todas estas obras se admite suscrición y se reparten por cuadernos semanales de á uno y dos reales, con magníficas láminas al cromo.

331484 LS P2597h

Author Parreño, Florencia Luis

Title Los héroes del siglo XVII, novela historica.

Vol.1.

OF BORROWER.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED